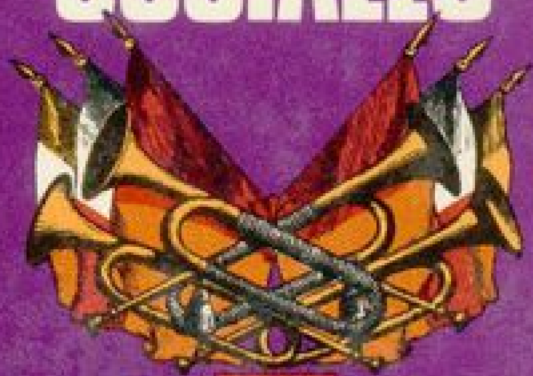
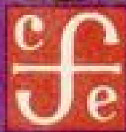
THEDA SKOCPOL

LOS ESTADOS Y LAS REVOLUCIONES SOCIALES



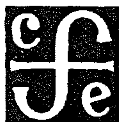


THEDA SKOCPOL

LOS ESTADOS Y LAS REVOLUCIONES SOCIALES

Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China

Traducción de
JUAN JOSÉ UTRILLA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1979
Primera edición en español, 1984

Título original:
States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China

ISBN 0-521-29499-1

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1688-X

Impreso en México

A

BILL

PRÓLOGO

Algunos libros presentan testimonios nuevos; otros, plantean argumentos que instan al lector a considerar los problemas antiguos bajo una luz nueva. Esta obra es, decididamente, de la última clase. Ofrece un marco de referencia para analizar las transformaciones socio-revolucionarias de la historia universal moderna. Y emplea la historia comparada para elaborar una explicación de las causas y de los resultados de la Revolución francesa de 1787-1800, la Revolución rusa de 1917-1921 y la Revolución china de 1911-1949. Desarrollados a través de una reflexión crítica de las suposiciones y tipos de explicación comunes a la mayor parte de las teorías ya recibidas de la Revolución, los principios de análisis esbozados en el primer capítulo del libro pretenden reorientar nuestro sentido de lo que es característico —y problemático— de las revoluciones, tal como han ocurrido históricamente. Más adelante, el resto del libro trata de aplicar, en realidad, el programa del capítulo I, presentando nuevos tipos de argumentos explicativos. En la Primera Parte, se buscan las raíces de las crisis y de los conflictos revolucionarios de Francia, Rusia y China, mediante análisis de las estructuras de Estado y de clase y de las situaciones internacionales de los antiguos regímenes borbónico, zarista e imperial. Particular atención se ha prestado a las formas en que los Estados del antiguo régimen entraron en crisis, y al surgimiento de insurrecciones campesinas durante los interregnos revolucionarios. Luego, en la Segunda Parte, se sigue el rastro de las propias revoluciones, desde sus brotes originarios hasta la consolidación de nuevos regímenes relativamente estables y distintivamente estructurados: el napoleónico en Francia, el estalinista en Rusia, y el característicamente sinocomunista (después de mediados de los años cincuenta) en China. Aquí se presta especial atención a los esfuerzos de construcción del Estado por parte de los líderes revolucionarios, y a las estructuras y actividades de las nuevas organizaciones de Estado dentro de las sociedades revolucionadas. En su vasto proceso, de regímenes antiguos a nuevos, las revoluciones francesa, rusa y china son tratadas como tres ejemplos comparables de una sola pauta, coherente, social-revolucionaria. Como resultado, tanto las similitudes cuanto los rasgos individuales de estas revoluciones son puestos de relieve

y explicados de maneras un tanto distintas de anteriores análisis teóricos o históricos.

Los libros crecen, de las maneras más inesperadas, a partir de las experiencias de sus autores, y éste no constituye una excepción al respecto. Las ideas que le dieron germen se desarrollaron durante mi época de estudiante graduada de la Universidad de Harvard, a comienzos de los años setenta. Fue éste —por débiles que nos lleguen hoy sus ecos— un periodo de activa participación política para muchos estudiantes, entre ellos, yo misma. Los Estados Unidos se hallaban en una guerra brutal contra la Revolución vietnamita, mientras que, en el interior, los movimientos que exigían la justicia racial y el fin inmediato a la participación militar en el extranjero desafiaban la capacidad de discernir el bien y el mal de nuestro sistema político nacional. Ciertamente, los tiempos estimularon mi interés en la comprensión del cambio revolucionario. Y fue durante estos años cuando maduró mi compromiso con los ideales democrático-socialistas. Empero, sería un error suponer que *Los Estados y las revoluciones sociales* derivaron inmediatamente de las preocupaciones políticas cotidianas. No fue así. En cambio, se desarrollaron en la relativa "torre de marfil" de la biblioteca y el estudio. Como estudiante graduada, emprendí estudios de teoría macrosociológica y de historia social y política comparada. En la interfase de estos conjuntos de estudios no dejaban de surgir preguntas desconcertantes. Mis intentos de formular respuestas a las cuestiones problemáticas, y luego de seguir las respuestas hasta sus conclusiones me condujeron, a través de muchas etapas de formulación, a los argumentos y análisis que hoy presento aquí.

Por una parte, estaba mi temprana confrontación intelectual con el caso de Sudáfrica. La historia de este desventurado país me pareció una obvia refutación de la estructura parsoniana, las explicaciones funcionalistas del orden y del cambio social, y como desafío insuperable a las predicciones habituales y tranquilizadoras, de que el descontento de masas conduciría a una revolución contra el palpablemente opresor régimen de *apartheid*. Parecía que la justicia social no triunfaba inevitablemente. El análisis marxista de clases sociales me impresionó y me pareció mucho más útil que el funcionalismo estructural o la teoría de la privación relativa, para comprender la situación de los no blancos de Sudáfrica, y para descifrar las tendencias a largo plazo del cambio socioeconómico. Pero, laborando estrictamente de acuerdo con el análisis de clases, era difícil conceptualizar —no digamos ya explicar adecuadamente— la estructura del Es-

tado sudafricano y la función política de los *Afrikaners*. Y sin embargo, éstas parecían ser las claves de por qué no había ocurrido ninguna revolución social —ni pareciera a punto de haberla— en Sudáfrica.

Otra experiencia formativa fue una extensa exploración, en profundidad, de los orígenes históricos de la Revolución china. Para estructurar mi programa de estudio, comparé y traté de explicar los relativos triunfos y fracasos de la Rebelión de Taiping, del movimiento nacionalista del *Kuomintang* y del Partido Comunista Chino, considerándolos a los tres movimientos el marco general, en constante cambio histórico, de la sociedad china. Profundamente fascinada por la China moderna y la del último periodo imperial, me aparté de esta investigación, sintiendo un profundo escepticismo sobre la aplicabilidad (a China, y quizá también a otros Estados agrarios) de las categorías sociocientíficas recibidas, como, por ejemplo, "tradicional" o "feudal". También llegué a convencerme de que las causas de las revoluciones sólo podrían comprenderse pensando en las interrelaciones específicas de las estructuras de clase y Estado y en la compleja interacción al cabo del tiempo, de los acontecimientos internos e internacionales.

Si la mayoría de los estudiosos de las revoluciones comparadas han pasado, por así decirlo, de Occidente a Oriente —interpretando la Revolución rusa a partir de la francesa, o la china a partir de la rusa—, mi travesía intelectual ha dado la vuelta al globo en sentido opuesto. Habiendo empezado por investigar a China, luego estudié acerca de Francia como parte de un programa general de estudios del desarrollo político comparado de la Europa occidental. Aunque comprendí que Francia era "supuestamente" como Inglaterra, su absolutista *antiguo régimen* me pareció, en muchos aspectos, similar a la China imperial. También encontré similitudes básicas en los procesos revolucionarios francés y chino, lanzados, ambos, por revueltas de la clase alta terrateniente en contra de monarcas absolutistas, y que incluían, también ambos, revueltas campesinas hasta culminar en nuevos regímenes más centralizados y burocráticos. Por último, llegué a interpretar la Rusia revolucionaria y del antiguo régimen en los mismos términos analíticos que había elaborado para China y Francia. Y el hincapié en las estructuras agrarias y en la construcción de Estados me pareció un buen medio para comprender el destino de esta revolución "proletaria" después de 1917, pasando por 1921, hasta llegar a comienzos de los años treinta de este siglo.

Hubo otra peculiaridad más digna de notar en mi inducción al enfoque sistemático de las revoluciones. A diferencia de la mayoría de los sociólogos que trabajan en este campo, aprendí bastante acerca de las historias de las verdaderas revoluciones *antes* de leer muy extensamente la bibliografía sociocientífica que pretende explicar teóricamente las revoluciones. Al llegar a esta literatura, pronto me sentí decepcionada. El propio proceso revolucionario era considerado de maneras que correspondían apenas a las historias que yo conocía. Y las explicaciones causales ofrecidas, o bien parecían inaplicables, o palmariamente erróneas, dado lo que yo había aprendido de las similitudes y diferencias de los países que habían tenido revoluciones, y los que no habían pasado por ellas. No necesité mucho tiempo para descubrir (al menos para mi propia satisfacción) dónde estaba la dificultad fundamental: las teorías sociocientíficas derivaban sus explicaciones de las revoluciones a partir del modelo de cómo supuestamente ocurrían la protesta y el cambio políticos en las sociedades liberaldemocráticas o capitalistas. Así, las teorías no marxistas solían considerar las revoluciones como variantes particularmente radicales e ideológicas del típico movimiento reformista social, y los marxistas las consideraban como acciones de clases sociales encabezadas por la burguesía o por el proletariado. No era sorprendente, pensé, que estas teorías ofrecieran tan poca luz nueva sobre las causas y las realizaciones de las revoluciones en los países predominantemente agrarios, con Estados absolutista-monárquicos y órdenes sociales basados en los campesinos.

De esta mezcla de experiencias intelectuales se me presentó un posible proyecto, que estaba destinado a culminar en este libro: el empleo de comparaciones entre las revoluciones francesa, rusa y china, y algunos contrastes de estos casos con otros países, para aclarar mi crítica acerca de lo inadecuado de las teorías existentes sobre la revolución, y desarrollar otro enfoque teórico y otras hipótesis explicativas. Aunque rechazara yo las suposiciones y los argumentos básicos de las teorías de la revolución que yo conocía, sentía aún el afán de aclarar la lógica general que yo sentía en acción a través de las diversamente situadas grandes revoluciones que había estudiado. El análisis histórico comparado me pareció un medio ideal para proceder.

Para mi buena fortuna, las tres revoluciones que quise incluir en mi análisis comparativo habían sido extensamente investigadas por los historiadores y especialistas. Una vasta bibliografía puede ser una barrera para el especialista que espera aportar

alguna nueva contribución basada en testimonios básicos, no descubiertos ni explotados; pero para el sociólogo comparativo ésta es la situación ideal. De manera inevitable, los proyectos de historia comparada concebidos con amplitud obtienen sus testimonios casi exclusivamente de "fuentes secundarias"; es decir, de monografías y síntesis de investigación ya publicadas en libros o artículos por los más destacados especialistas del campo histórico o cultural en cuestión. La labor del historiador que hace estudios de comparación —y su contribución potencial— no estriban en revelar nuevos datos acerca de aspectos particulares de los diversos periodos y lugares analizados en el estudio comparativo sino, antes bien, en establecer el interés y la validez *prima facie* de un argumento general acerca de las regularidades causales, a través de los diversos casos históricos. El "comparativista" no tiene ni el tiempo ni (todas) las capacidades apropiadas para efectuar la investigación básica que necesariamente constituye, en gran medida, el fundamento sobre el cual se edifican los estudios de historia comparada. En cambio, el "comparativista" debe concentrarse en escudriñar y revisar sistemáticamente las publicaciones de los especialistas que tratan de los asuntos definidos como importantes, por las consideraciones teóricas y por la lógica del análisis comparativo. Si, como a menudo ocurre, los puntos debatidos por los especialistas acerca de una época histórica o de un acontecimiento, en particular, no son exactamente los mismos que parecerían de mayor importancia desde la perspectiva comparativa, entonces el analista comparativo debe estar dispuesto a adaptar las pruebas presentadas en las obras de los especialistas con fines analíticos y un tanto tangenciales a las que originalmente había pensado. Y deberá ser tan sistemático como le sea posible al buscar información sobre los mismos temas, de un caso a otro, aun cuando los especialistas probablemente subrayen varios temas en su investigación y en su polémica de un país al otro. Claro está que la labor del "comparativista" sólo es posible *después* de que los especialistas han puesto a su disposición una gran literatura básica. Sólo entonces puede tener esperanzas de encontrar al menos cierto material pertinente a cada tema, que debe investigarse según los dictados del argumento comparativo y explicativo que esté tratando de desarrollar.

Como pretende indicarlo la bibliografía de este libro, he logrado basarme extensamente en ricas literaturas acerca de Francia, Rusia y China. Cada literatura tiene gran envergadura y profundidad, y cada una incluye muchos libros y artículos originalmente

publicados en inglés y francés, o traducidos a estas lenguas, los dos idiomas que yo leo con mayor facilidad. Con excepciones ocasionales, atribuibles al escaso interés en ciertos temas particulares de una u otra literatura historiográfica, los desafíos que he tenido que recoger no se han debido a la dificultad de encontrar información básica; antes bien, han sido desafíos consistentes en revisar enormes literaturas de historia y en sopesar y utilizar apropiadamente las aportaciones de los especialistas, para poder desarrollar un argumento histórico comparativo coherente. Los lectores (incluso los historiadores y los especialistas en el campo) juzgarán si he logrado recoger estos retos. En cuanto a mí, quedaré satisfecha si el libro sirve, aunque sea en alguna medida, para provocar debates e inspirar nuevas investigaciones, tanto en los interesados en una u otra revolución en particular cuanto entre las personas que deseen comprender las revoluciones modernas en general, sus causas pasadas y sus realizaciones, así como sus perspectivas futuras. La historia comparada crece de la interacción de teoría e historia y, a su vez, debe contribuir al enriquecimiento de ambas.

Al elaborar y reelaborar el argumento de este libro durante los últimos años me ha parecido, a menudo, una interminable lucha solitaria con un gigantesco rompecabezas. Pero en realidad, muchas personas me han tendido la mano, ayudándome a ver mejor el diseño general e indicándome dónde embonaba, o no, alguna pieza en particular.

Mi principal deuda académica es para con Barrington Moore, Jr. Fue mi lectura de su obra *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, mientras era yo aún pasante en la Michigan State University, la que me hizo comprender por vez primera el magnífico alcance de la historia comparada, y me enseñó que las estructuras y los conflictos agrarios ofrecen importantes claves a las pautas de la política moderna. Más aún, los seminarios para graduados que dirigía Moore en Harvard fueron los crisoles en que se forjaron mis capacidades de efectuar análisis comparativos, aun cuando tuviera espacio para desarrollar mis propias interpretaciones. Moore fijaba tareas rigurosas y reaccionaba con críticas reveladoras. Y el compañerismo estudiantil en los seminarios creó una atmósfera intelectualmente viva y alentadora. En realidad, dos amigos entre mis condiscípulos de los seminarios de Moore: Mounira Charrad y John Mollenkopf, me han dado su consejo y aliento a través de todas las etapas de esta obra sobre las revoluciones comparadas.

Otra influencia decisiva y duradera ha sido la de Ellen Kay Trimberger. Llegué a enterarme de su obra, emparentada con la mía, sobre "revoluciones desde arriba" en Japón y en Turquía en 1970. Y desde entonces, las ideas de Kay, sus comentarios y su amistad, me han ayudado enormemente a desarrollar mi análisis sobre Francia, Rusia y China.

Como muchas primeras obras, ésta tuvo una encarnación anterior como tesis de doctorado. Aquella fase del proyecto fue ciertamente la más difícil, porque abarqué demasiado en un lapso de tiempo excesivamente breve. No obstante, en retrospectiva, veo que valió la pena, porque una tesis "grande", por muy imperfecta que sea, ofrece mayor potencial para el subsiguiente desarrollo de un libro publicable que una disertación más pulida y limitada. Por alentarme a emprender lo casi imposible, debo mi agradecimiento a Daniel Bell, quien también hizo comentarios detallados y fructíferos a la primera redacción de la tesis. Mi director fue el bueno y admirable George Caspar Homans, quien aportó minuciosos datos y ejerció una implacable presión sobre mí para que terminara pronto. El otro miembro de mi comité de tesis, Seymour Martin Lipset, hizo agudas sugerencias, de principio a fin, y fue tan bondadoso que no tomó a mal el que la tesis necesitara más tiempo, para completarse, del que yo había supuesto originalmente. En mis últimos años de doctorado recibí apoyo financiero de la Danforth Graduate Fellowship, que permite a sus becarios emprender investigaciones de su propia elección.

Una vez terminada la tesis, Charles Tilly me brindó generosa ayuda y recomendacicnes para las grandes revisiones que aún se avecinaban. Mis colegas y estudiantes de Harvard, donde yo enseñaba, me ayudaron de mil maneras a facilitar y estimular mi avance en el libro. Y una vez parcialmente terminada la revisión, otros muchos ayudaron a acelerar su terminación. Walter Lippincott, Jr., de Cambridge University Press, hizo arreglos para las primeras revisiones de los originales; éstas redundaron, no sólo en un contrato de publicación, sino también en muy útiles consejos sobre la introducción, de John Dunn y Eric Wolf. Peter Evans también hizo indicaciones que me ayudaron en la corrección del primer capítulo. Mary Fulbrook me ayudó en las investigaciones para la revisión del capítulo III y su labor fue pagada con una pequeña beca de la Harvard Graduate Society. Yo también me beneficié del Fondo del Departamento de Sociología para la Junior Faculty Research.

Varios amigos míos, heroicamente, se dieron tiempo para hacer comentarios escritos sobre todo el plan de mi libro. Fueron: Susan Eckstein, Harriet Friedmann, Walter Goldfrank, Peter Gourevitch, Richard Kraus, Joel Migdal y Jonathan Zeitlin. Además, Perry Anderson, Reinhard Bendix, Victoria Bonnell, Shmuel Eisenstadt, Terence Hopkins, Lynn Hunt, Barrington Moore, Jr., Victor Nee, Magali Sarfatti-Larson, Ann Swidler e Immanuel Wallerstein, hicieron comentarios sobre artículos míos, comentarios que influyeron considerablemente en mi siguiente labor en el libro. Huelga decir que, aunque todas las personas mencionadas son responsables de mucho de lo que pueda haber de bueno en este libro, ninguna deberá considerarse responsable de sus insuficiencias.

Las señoras Nellie Miller, Louisa Amos y Lynn McKay realizaron una labor maravillosamente rápida y precisa al mecanografiar la versión final. La señora Miller merece mi agradecimiento ante todo, pues ella se encargó de casi toda la mecanografía en cada una de las etapas de la revisión. Realmente tuve buena fortuna al poder contar con su perfeccionismo e inteligencia.

Finalmente, desde luego, reconozco con amor la ayuda de mi esposo, Bill Skocpol, a quien dedico el libro. Sus comentarios sobre todas las partes del texto a través de muchas revisiones, su disposición a ayudar con labores prácticas, como mecanografiar las primeras versiones de la tesis y la revisión de las citas, al final, y su paciencia ante mis altibajos emocionales a lo largo de todo el proceso: todas estas contribuciones se encuentran en cada parte de *Los Estados y las revoluciones sociales.* Bill es físico experimental, pero sin su disposición de ayudar, esta obra de sociología histórica comparada no habría llegado nunca a su término.

INTRODUCCIÓN

I. LA EXPLICACIÓN DE LAS REVOLUCIONES SOCIALES: OTRAS TEORÍAS

Las revoluciones son las locomotoras de la historia.

KARL MARX

La controversia sobre las diferentes opiniones de "metodología" y de "teoría" se lleva adelante, apropiadamente, en íntima y continua relación con los problemas reales [...] El carácter de estos problemas limita y sugiere los métodos y conceptos que se emplean y cómo se emplean.

C. WRIGHT MILLS

LAS REVOLUCIONES sociales han sido acontecimientos excepcionales, pero gigantescos en la historia universal moderna. Desde Francia, en el decenio de 1790, hasta Vietnam, a mediados del siglo XX, estas revoluciones han transformado las organizaciones de los Estados, las estructuras de clase y las ideologías dominantes. Han hecho nacer naciones cuyo poder y autonomía superaron claramente a sus propios pasados prerrevolucionarios y dejaron atrás a otros países que se hallaban en circunstancias similares. La Francia revolucionaria se convirtió de pronto en un poder conquistador en la Europa continental, y la Revolución rusa generó una superpotencia industrial y militar. La Revolución mexicana dio a su patria la fuerza política necesaria para convertirse en una de las naciones más industrializadas entre las naciones poscoloniales, y en el país de América Latina menos expuesto a asonadas militares. Desde la segunda Guerra Mundial, la culminación de un proceso revolucionario que llevaba largo tiempo en gestación ha reunido y transformado a la antes quebrantada China. Y nuevas revoluciones sociales han capacitado a países descolonizados y neocoloniales, como Vietnam y Cuba, a romper las cadenas de una extremada dependencia.

Y las revoluciones sociales no se han limitado a una importancia nacional. En algunos casos, las revoluciones han hecho surgir modelos e ideales de inmensa repercusión y atractivo internacional, especialmente donde las sociedades transformadas han sido numerosas y de importancia geopolítica, verdaderas o poten-

ciales Grandes Potencias. Los ejércitos patrióticos de la Francia revolucionaria llegaron a dominar gran parte de Europa. Desde antes de sus conquistas y después de su derrota militar, los ideales revolucionarios franceses de "Igualdad, Libertad, Fraternidad", encendieron las imaginaciones que se hallaban en busca de liberación social nacional: sus efectos llegaron desde Ginebra hasta Santo Domingo, desde Irlanda hasta la América Latina y la India, e influyeron en los subsiguientes teóricos de la revolución; desde Babeuf hasta Marx y Lenin, hasta los anticolonialistas del siglo xx. La Revolución rusa asombró al Occidente capitalista y despertó las ambiciones de las naciones surgientes, al demostrar que el poder del Estado revolucionario, dentro del espacio de dos generaciones, podía transformar a un atrasado país agrario en la segunda potencia industrial y militar del mundo. Lo que la Revolución rusa fue por la primera mitad del siglo xx, lo ha sido la Revolución china para la segunda. Al mostrar que un partido leninista podía conducir a una mayoría campesina en las luchas económicas y militares, "ha hecho surgir una gran potencia que se proclama como modelo revolucionario y de desarrollo para los países pobres del mundo".[1] El "modelo de Yenán" y "el campo contra la ciudad" han ofrecido nuevos ideales y modelos renovados para las esperanzas de los nacionalistas revolucionarios a mediados del siglo xx. Además, como lo ha subrayado Elbaki Hermassi, las grandes revoluciones no sólo afectan a quienes, en el exterior, quisieran imitarlas. También afectan a los hombres de otros países que se oponen a los ideales revolucionarios, pero que se ven obligados a recoger los retos o a enfrentarse a las amenazas planteadas por el vigorizado poder nacionalista que se ha generado. "El carácter universal de las revoluciones significa, dice Hermassi, que ejercen un efecto demostrativo más allá de las fronteras de su país de origen, con un potencial para desencadenar oleadas de revolución y contrarrevolución dentro de unas sociedades y entre unas y otras."[2]

Desde luego, las revoluciones sociales no han sido las únicas fuerzas del cambio en acción en la época moderna. Dentro de la matriz de la "Gran Transformación" (es decir, la comercialización e industrialización mundiales, y el surgimiento de los Es-

1 Franz Schurmann, *Ideology and Organization in Communist China*, 2ª ed., Berkeley, University of California Press, 1968, p. xxxv. También la frase anterior sobre China y Rusia fue parafraseada de Schurmann.

2 Elbaki Hermassi, "Toward a Comparative Study of Revolutions", en *Comparative Studies in Society and History* 18:2, abril de 1976, p. 214.

tados nacionales y la expansión del sistema de Estados europeos, hasta abarcar todo el globo) en cada país han ocurrido trastornos políticos y cambios socioeconómicos. Mas dentro de esta matriz merecen especial atención las revoluciones sociales, no sólo por su extraordinaria importancia para las historias de las naciones y del mundo sino también por su clara pauta de cambio sociopolítico.

Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; van acompañadas, y en parte son llevadas por las revueltas, basadas en las clases, iniciadas desde abajo. Las revoluciones sociales se encuentran aparte en las otras clases de conflictos y procesos transformativos, ante todo, por la combinación de dos coincidencias: la coincidencia del cambio estructural de la sociedad con un levantamiento de clases, y la coincidencia de la transformación política con la social. En contraste, las rebeliones, aun cuando triunfen, pueden abarcar la revuelta de clase subordinada, pero no termina en el cambio estructural.[3] Las revoluciones políticas transforman las estructuras de Estado, y no necesariamente se realizaron por medio de conflicto de clases.[4] Y los procesos como la industrialización pueden transformar las estructuras sociales sin necesariamente producir, ni resultar, de súbitos cambios políticos o de básicos cambios político-estructurales. Lo que es exclusivo de la revolución social es que los cambios básicos de la estructura social y de la estructura política ocurren unidos, de manera tal que se refuerzan unos a otros. Y estos cambios ocurren mediante intensos conflictos sociopolíticos, en que las luchas de clase desempeñan un papel primordial.

Este concepto de las revoluciones sociales difiere de otras muchas definiciones de la revolución, en varios aspectos importantes. En primer lugar, identifica un objeto *complejo* de expli-

[3] Buenos ejemplos son las rebeliones basadas en el campesinado que recurrentemente conmovieron a la Europa medieval y a la China imperial. Las rebeliones chinas ocasionalmente lograron derrocar y aun remplazar dinastías, pero no transformaron fundamentalmente la estructura sociopolítica. Para mayor estudio y referencia, véase el capítulo III.

[4] Como yo interpreto el caso, la Revolución inglesa (1640-1650 y 1688-1689, en conjunto) es un ejemplo excelente de revolución política. Lo que se realizó fundamentalmente fue el establecimiento del gobierno parlamentario mediante la revuelta de secciones de la clase terrateniente dominante contra potenciales monarcas absolutos. El caso se analiza en los capítulos III y V. Otro buen ejemplo de revolución política pero no social es la Restauración Meiji japonesa, que será analizada en el capítulo II.

cación, del que hay relativamente pocos ejemplos históricos. Hace esto en lugar de multiplicar el número de casos para su explicación concentrándose tan sólo en un rasgo analítico (como la violencia o el conflicto político) compartido por muchos acontecimientos de naturaleza y resultados heterogéneos.[5] Estoy firmemente convencida de que la sobresimplificación analítica no puede llevarnos hacia explicaciones válidas y completas de las revoluciones. Si nuestra intención es comprender los conflictos y cambios en gran escala, como los que ocurrieron en Francia entre 1787 y 1800, no podremos avanzar si partimos con unos objetos de explicación que sólo aíslen los aspectos que comparten tales hechos revolucionarios, como por ejemplo motines o golpes de Estado. Hemos de considerar a las revoluciones como conjuntos, como totalidades, en gran parte de su complejidad.

En segundo lugar, esta definición hace de la transformación sociopolítica lograda —el cambio auténtico de las estructuras de Estado y de clase—, parte de la especificación de lo que habremos de llamar revolución social, en lugar de dejar que el cambio dependa de la definición de "revolución", como lo han hecho otros muchos estudiosos.[6] La razón de ello es mi creencia

[5] Para ejemplos de intentos de explicar las revoluciones mediante estrategias de simplificación analítica, véanse las varias obras citadas en las notas 18 y 20 de este capítulo. Más adelante ampliaré las ideas de dos importantes téoricos, Ted Gurr y Charles Tilly, los cuales subsumen las revoluciones dentro de categorías analíticas más generales, aunque de tipos contrastantes.

[6] Tres ejemplos de estudiosos que dejan contingente el cambio (estructural) son: Arthur L. Stinchcombe, "Stratification Among Organizations and the Sociology of Revolution", en *Handbook of Organization*, ed. James G. March, *Revolution*, Reading, Mass.; Addison-Wesley, 1978, cap. VII, y D. E. H. Russell, *Rebellion, Revolution, and Armed Force*, Nueva York, Academic Press, 1974, cap. IV. Quienes desean dejar contingente el cambio generalmente arguyen que nada se pierde haciéndolo, dado que después de haber examinado las causas de los estallidos, resulten o no en cambios reales, se puede proceder a preguntar qué causas *adicionales* explican el subconjunto de estallidos que conducen a los cambios logrados. Pero para aceptar este tipo de argumento, habríamos de estar dispuestos a suponer que las transformaciones sociorrevolucionarias triunfantes no tienen causas estructurales distintivas a largo plazo, ni requisitos previos. Hemos de suponer que las revoluciones sociales son simplemente revoluciones políticas o rebeliones de masas que poseen algún ingrediente adicional, a corto plazo, como el triunfo militar o la determinación de los dirigentes ideológicos para implantar los cambios después de subir al poder. Todo el argumento de este libro se basa en la suposición opuesta: que las revoluciones sociales sí tienen causas a largo plazo, y que se desarrollan a partir de

en que las revoluciones sociales triunfantes probablemente surgen de distintos marcos macroestructurales e históricos, más que las revoluciones sociales fallidas o las transformaciones políticas que no van acompañadas por transformaciones de la relación de clases. Como me propongo enfocar exactamente esta cuestión en mi análisis de historia comparada —en el cual las revoluciones sociales son comparadas con los casos fallidos y con las transformaciones no social-revolucionarias—, mi concepto de la revolución social necesariamente une en relieve el cambio triunfal como básico rasgo definitorio.

Entonces, ¿cómo explicar las revoluciones sociales? ¿Dónde hemos de buscar maneras fructíferas de analizar sus causas y sus consecuencias? A mi parecer, las teorías sociocientíficas de la revolución no son adecuadas.[7] Por consiguiente, el principal propósito de este primer capítulo será presentar y defender los principios y métodos de análisis que representan alternativas a aquellos que comparten todos (o casi todos) los enfoques existentes. Yo argüiré que, en contraste con los modos de explicación empleados por las teorías que hoy prevalecen, las revoluciones sociales no deben analizarse desde una perspectiva estructural, prestando especial atención a los contextos internacionales y a los acontecimientos, en el interior y en el exterior, que afectan al desplome de las organizaciones de Estado de los antiguos regímenes y la construcción de nuevas organizaciones de Estados revolucionarios. Además, sostendré que el análisis teórico comparativo es la forma más apropiada para desarrollar ex-

contradicciones estructurales y potenciales inherentes a los antiguos regímenes.

[7] No pretendo haber analizado toda la literatura sociocientífica sobre las revoluciones. Dos libros que aportan críticas a tal literatura son: A. S. Cohan, *Theories of Revolution: An Introduction*, Nueva York, Halsted Press, 1975, y Mark N. Hagopian, *The Phenomenon of Revolution*, Nueva York, Dodd, Mead, 1974. También se encuentran críticas en Isaac Kramnick, "Reflections on Revolution: Definition and Explanation in Recent Scholarship", en *History and Theory*, II:1, 1972, pp. 26-63; Michael Freeman, "Review Article: Theories of Revolution", en *British Journal of Political Science* 2.3, julio de 1972, pp. 339-59; Barbara Salert, *Revolutions and Revolutionaries: Four Theories*, Nueva York, Elsevier, 1976; Lawrence Stone, "Theories of Revolution", en *World Politics*, 18:2, enero de 1966, pp. 159-76; Perez Zagorin, "Theories of Revolution in Contemporary Historiography", en *Political Science Quarterly*, 88, 1 de marzo de 1973, pp. 23-52; y Theda Skocpol; "Explaining Revolutions: In Quest of a Social-Structural Aproach", en *The Uses of Controversy in Sociology*, eds. Lewis A Coser y Otto N. Larsen, Nueva York: Free Press, 1976, pp. 155-75.

plicaciones de las revoluciones que, al mismo tiempo, estén enraizadas en la historia y sean generalizables, mas allá de casos aislados.

Para facilitar la siguiente presentación de estas opciones teóricas y metodológicas, será útil identificar los grandes tipos de las teorías sociocientíficas de la revolución, esbozando brevemente las características principales de cada una, tal como se manifiesten en la obra de algún autor representativo. El tipo de teoría que estoy por resumir de esta manera ha sido adecuadamente llamado las teorías "generales" de la revolución; es decir, se trata de esquemas conceptuales formulados bastante ampliamente y de hipótesis que pretenden ser aplicables a través de muchos ejemplos históricos particulares. Este libro no representa exactamente la misma índole de esfuerzo que esas teorías generales. En cambio, como otros estudios comparativos, históricamente enraizados de las revoluciones —como *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, de Barrington Moore, Jr., *Peasant Wars of the Twentieth Century*, de Eric Wolf, y *Modern Revolutions*, de John Dunn—[8] este libro analiza básicamente en profundidad un conjunto de casos. Sin embargo, también como estas obras (y quizás aún más resueltamente que las dos últimas) mi libro no sólo pretende narrar los casos uno tras otro sino, antes bien, comprender la lógica generalizable en acción en todo el conjunto de revoluciones que analiza. Claro está que los tipos de conceptos e hipótesis que se encuentran en las teorías generales de la revolución son potencialmente aplicables a la labor explicativa del historiador comparativo. De hecho, todo estudio comparativo, o bien se alimenta de las ideas, o reacciona contra ellas, planteadas por los teóricos científico-sociales de la revolución, desde Marx hasta historiadores más contemporáneos. Por consiguiente, las teorías generales que resumen brevemente, aunque no nos permiten explorar los argumentos mucho más ricos de los existentes tratamientos histórico-comparativos de las revoluciones; sin embargo, sí aportan una manera económica de identificar las cuestiones teóricas básicas pertinentes, para su comentario posterior.

Por tanto, me permito pensar que es útil considerar las actuales teorías sociocientíficas de la revolución agrupadas en cuatro

[8] Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press, 1966; *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper & Row, 1969, y John Dunn, *Modern Revolutions, An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.

familias, que enfocaré una tras otra. La más obviamente aplicable a estos agrupamientos es la teoría marxista; y donde mejor están representadas sus ideas claves es en las obras del propio Karl Marx. Como partidarios activos de este modo de cambio social, los marxistas han sido los analistas sociales más consecuentemente interesados en el entendimiento de las revoluciones sociales como tales. Desde luego, en el tumultuoso siglo transcurrido desde la muerte de Marx, se han desarrollado muchas tendencias divergentes dentro de las propias tradiciones intelectuales y políticas marxistas: las siguientes teorías marxistas de la revolución van, desde los deterministas tecnológicos, tales como Nikolai Bujarin (en *Materialismo histórico*),[9] hasta los estrategos de la política como Lenin y Mao,[10] y hasta marxistas occidentales como Georg Lukács, Antonio Gramsci y "estructuralistas" contemporáneos como Louis Althusser;[11] no obstante, el enfoque original de Marx a las revoluciones ha seguido siendo la base indiscutida, aunque diversamente interpretada, de todos estos marxistas posteriores.

Los elementos fundamentales de la teoría marxista pueden identificarse directamente sin negar en absoluto el hecho de que todos sus elementos están abiertos a muy variados pesos e interpretaciones. Marx entendió las revoluciones no como episodios aislados de violencia o conflicto, sino como movimientos, basados en clases sociales, que surgían de las contradicciones estructurales objetivas que había dentro de sociedades históricamente desarrolladas e inherentemente conflictivas entre sus clases. Para Marx, la clave de toda sociedad es su modo de producción o su

9 Nikolai Bujarin, *Historical Materialism: A System of Sociology*, trad. de la 3ª edición rusa, ed., 1921, University of Michigan Press, 1969, esp. cap. VII.

10 Véase: Robert C. Tucker, ed., *The Lenin Anthology*, Nueva York, Norton, 1975, esp. pts. 1-3; y Stuart R. Schram, ed., *The Political Thought of Mao Tse-tung*. ed. corregida y aumentada, Nueva York, Praeger, 1969, esp. pts. 2-6. Puede encontrarse una buena exposición de las bases de las teorías de Lenin y Mao sobre la revolución en Cohan, *Theories of Revolution*, cap. v.

11 Véase especialmente, Georg Lukács, *History and Class Consciousness*, trad. Rodney Livingstone, Cambridge: The MIT Press, 1971; Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. y trad. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Nueva York, International Publishers, 1971 y Louis Althusser, "Contradiction and Overdetermination", pp. 87-128, en *For Marx*, ed. Althusser, trad. Ben Brewster, Nueva York, Vintage Books, 1970. Se encuentra un análisis de los acontecimientos históricos de las diversas corrientes del "Marxismo occidental" en Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, New Left Books, Londres, 1976.

combinación específica de fuerzas económicas de producción (tecnología y división del trabajo) y sus relaciones de clase de propiedad y apropiación del excedente. Estas últimas, las relaciones de producción, son especialmente decisivas:

> Es siempre la relación directa de los propietarios de las condiciones de producción con los productores directos —relación siempre naturalmente correspondiente a determinada etapa del desarrollo de los métodos de trabajo y por consiguiente, a su productividad social— la que revela la más recóndita, la base oculta de toda la estructura social y, con ella, la forma política de la relación de soberanía y dependencia; en pocas palabras, la correspondiente forma específica del Estado.[12]

La fuente básica de una contradicción revolucionaria en la sociedad, según la formulación teórica más general de Marx, es el surgimiento de una dislocación dentro de un modo de producción entre las fuerzas sociales y las relaciones sociales de producción.

> Al llegar a determinada etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas. Y surge así una época de revolución social.[13]

A su vez, esta dislocación se expresa en intensificados conflictos de masas. La generación de un modo naciente de producción dentro de los confines de otro ya existente: de capitalismo dentro de feudalismo, de socialismo dentro del capitalismo, crea una base dinámica para el crecimiento de la unidad y de la conciencia de cada clase protorrevolucionaria, por medio de continuas luchas dentro de la clase dominante que ya existía. Así, conduciendo hasta las revoluciones burguesas de Europa, "los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal".[14]

[12] Karl Marx, *Capital*, Nueva York, International Publishers, 1967, vol. 3, *El proceso de producción capitalista en conjunto*, ed. Friedrich Engels, página 791.

[13] Cita del Prólogo de Marx a *A Contribution to the Critique of Political Economy*, reproducido en Lewis S. Feuer, *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, Anchor Books, Nueva York, Doubleday, 1959, pp. 43-44.

[14] Cita de *The Communist Manifesto*, reproducido en Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Works*, International Publishers, Nueva York, 1968, p. 40.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político de esa clase. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna medieval; en unos sitios, República Urbana Independiente (como en Italia y en Alemania); en otros, Tercer Estado tributario de la monarquía (como en Francia); después, durante el periodo de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías semifeudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno.[15]

De manera semejante, al establecerse el capitalismo, el

progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación.[16]

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento. Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad...

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las muchas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional; en una lucha de clases...

[El resultado es] la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.[17]

La propia revolución se logra mediante una acción de clase encabezada por la naciente clase revolucionaria, que ha cobrado conciencia de su función (es decir, la burguesía en las revoluciones burguesas y el proletariado en las revoluciones socialistas).

15 *Ibid.*, p. 37
16 *Ibid.*, p. 46.
17 *Ibid.*, pp. 42-43, 45.

Quizás la clase revolucionaria sea apoyada por otros aliados de clase, como los campesinos, pero estos aliados ni tienen plena conciencia de clase ni están organizados políticamente en escala nacional. Una vez que ha triunfado, una revolución hace la transición, del anterior modo de producción y forma de dominio de clase a un nuevo modo de producción, en que las nuevas relaciones sociales de producción, las nuevas formas políticas e ideológicas y, en general, la hegemonía de la triunfante clase revolucionaria, crean las condiciones apropiadas para el ulterior desarrollo de la sociedad. En resumen, Marx considera que las revoluciones surgen de los modos de producción, divididos por clases, y que transforman un modo de producción en otro por medio del conflicto de clases.

Las otras tres familias de teorías de la revolución han tomado su forma básica mucho más recientemente que el marxismo (aunque todas ellas toman temas particulares de las teorías sociales clásicas, incluso las de Tocqueville, Durkheim y Weber, así como Marx). En realidad, en los dos últimos decenios, de la ciencia social estadounidense han surgido abundantes teorías de la revolución. Esta reciente proliferación se ha interesado, ante todo, en comprender las raíces de la inestabilidad social y la violencia política, no pocas veces con el propósito declarado de ayudar a establecer autoridades que prevengan o mejoren estas condiciones, tanto en el interior como en el extranjero. Sin embargo, sean las que fueren las aplicaciones propuestas, se han desarrollado elaboradas teorías que se proponen, o bien explicar las revoluciones como tales, o bien subsumir explícitamente las revoluciones dentro de alguna clase aún más general de fenómenos que supuestamente explican. La mayor parte de estas recientes teorías pueden identificarse con uno u otro de tres grandes enfoques: las teorías de *agregado psicológico*, que pretenden explicar las revoluciones por los móviles psicológicos de la gente para dedicarse a la violencia política o para unirse a los movimientos de oposición,[18] las teorías de *consenso de sistemas de*

[18] Convencidos de que las revoluciones se originan en los cerebros de los hombres, estos teóricos dependen de varias teorías psicológicas de la dinámica motivacional. Algunos basan sus argumentos en teorías cognoscitivas; por ejemplo: James Geschwender, "Explorations in the Theory of Social Movements and Revolution", en *Social Forces*, 42:2, 1968, pp. 127-35; Harry Eckstein, "On the Etiology of Internal Wars", en *History and Theory*, 4:2, 1965, pp. 133-63, y David C. Schwartz, "A Theory of Revolutionary Behavior", en *When Men Revolt and Why*, James C. Davies, ed., Free Press, Nueva York, 1971, pp. 109-32. Sin embargo, la variante

valores, que aspiran a explicar las revoluciones como respuestas violentas de movimientos ideológicos a graves desequilibrios de los sistemas sociales;[19] y las teorías de *conflicto político*, según las cuales, el conflicto entre los gobiernos y los diversos grupos organizados que luchan por el poder deben colocarse en el centro de la atención para explicar la violencia colectiva y las revoluciones.[20] Una obra teórica importante y representativa se ha producido dentro de cada perspectiva: *Why Men Rebel*, de Ted Gurr, dentro del agregado psicológico: *Revolutionary Change*, de Chalmers Johnson, dentro del consenso de valor de siste-

más plenamente desarrollada y prevaleciente de la teoría de agregados psicológicos se basa en teorías de frustración-agresión de comportamiento violento. Los teóricos y las obras importantes en ese terreno incluyen a James C. Davies: "Toward a Theory of Revolution", en *American Sociological Review*, 27, 1962, pp. 5-18, y "The J-Curve of Rising and Declining Satisfactions as the Cause of Some Great Revolutions and a Contained Rebellion", en *Violence in America*, eds. Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, Signet Books, Nueva York, 1969, pp. 671-709; Ivo K. y Rosalind L. Feierabend "Systemic Conditions of Political Aggression: An Application of Frustration Agression Theory", en *Anger, Violence and Politics*, eds. Ivo K. y Rosalind L. Feierabend y Ted Robert Gurr, Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1972, pp. 136-83, y Betty A. Neswold, "Social Change and Political Violence: Cross-National Paterns", en *Violence in America*, eds. Davis y Gurr, pp. 60-68, y Ted Robert Gurr, "A Causal Model of Civil Strife: A Comparative Analysis Using New Indices", en *American Political Science Review* 62, diciembre de 1968, pp. 1104-24; y "Psychological Factors in Civil Violence", en *World Politics*, 20, enero de 1968, pp. 245-278.

19 Bajo este rubro, deseo incluir (además del libro de Chalmers Johnson citado en la nota 32): Talcott Parsons, "The Processes of Change of Social Systems", en *The Social System*, Free Press, Nueva York, 1951, cap. 9; Anthony F. C. Wallace, "Revitalization Movements", en *American Anthropologist*, 58, abril de 1956, pp. 264-81; Neil J. Smelser, *Theory of Collective Behavior*, Free Press, Nueva York, 1963; y Edward A. Tiryakian, "A Model of Societal Change and Its Lead Indicators", en *The Study of Total Societies*, ed. Samuel Z. Klausner, Anchor Books, Nueva York, Doubleday, 1967, pp. 69-96.

20 Las obras de teóricos del conflicto político incluyen: Anthony Oberschall, *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1973, y "Rising Expectations and Political Turmoil", en *Journal of Development Studies* 6:1, octubre de 1969, pp. 5-22; William H. Overholt, "Revolution", en *The Sociology of Political Organization*, The Hudson Institute, Croton-on-Hudson, N. Y., 1972; D. E. H. Russell, *Rebellion, Revolution and Armed Force*, Academic Press, Nueva York, 1974; Charles Tilly, "Does Modernization Breed Revolution?", en *Comparative Politics*, 5:3, abril de 1973, pp. 425-447, y "Revolutions and Collective Violence", en *Handbook of Political Science*, eds. Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby, Reading Mass., Addison-Wesley, 1975, vol. 3, *Macropolitical Theory*, pp. 483-556.

mas, y *From Mobilization to Revolution*, de Charles Tilly, dentro del enfoque de conflicto político.

En *Why Men Rebel,*[21] Ted Gurr trata de desarrollar una teoría general, basada en la psicología, de la magnitud y las formas de la "violencia política", definida como

> Todos los ataques colectivos dentro de una comunidad política contra el régimen político, sus actores —incluso los grupos políticos en competencia, así como los que ocupan los cargos públicos— o su política. El concepto representa un conjunto de hechos; una propiedad común contra la cual se emplea, o se amenaza con emplear, la violencia [...] El concepto subsume la revolución [...] también incluye la guerra de guerrillas, los golpes de Estado, las rebeliones y los motines.[22]

La teoría de Gurr es compleja y está llena de matices interesantes en su elaboración plena, pero es bastante sencilla en esencia: la violencia política ocurre cuando muchas personas, en una sociedad, se ponen furiosas, especialmente si las condiciones culturales y prácticas existentes fomentan la agresión contra los blancos políticos. Y el pueblo se enfurece cuando ocurre una brecha entre las cosas valuadas y las oportunidades a las que se siente con derecho y las cosas y oportunidades que en realidad recibe: condición conocida como "privación relativa". Gurr nos ofrece modelos especiales para explicar diferentes formas principales de la violencia política. Distingue el "tumulto", la "conspiración" y la "guerra interna" como formas principales. Las revoluciones quedan incluidas en la categoría de guerra interna, junto con el terrorismo en gran escala, las guerras de guerrillas y las guerras civiles. Lo que distingue a las guerras internas de las otras formas es que son más organizadas que el tumulto y más basadas en las masas que la conspiración. Por tanto, lógicamente, las revoluciones se explican como debidas, básicamente, al surgimiento, en una sociedad, de una privación relativa difundida, intensa y multifacética, que toca a las masas cuanto a los aspirantes a ser una élite.[23] Pues si los dirigentes potenciales y sus seguidores, por igual, están intensamente frustrados, entonces es probable una participación general y una organización deliberada de la violencia política, y entonces se presentan las condiciones fundamentales para la guerra interna.

21 Ted Robert Gurr, *Why Men Rebel*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1970.

22 *Ibid.*, pp. 3-4.

23 *Ibid.*, esp., pp. 334-347.

From Mobilization to Revolution,[24] de Charles Tilly, representa, por decirlo así, la afirmación teórica culminante de un enfoque al conflicto político que nació en la oposición polémica a las explicaciones basadas en frustración y agresión, de la violencia política, como la de Ted Gurr. Los contra-argumentos básicos son especificados de manera convincente y fácil. Los teóricos del conflicto político arguyen que, por muy descontento que pueda llegar a estar un conjunto de gente, no puede dedicarse a la acción política (que incluye la violencia) a menos que forme parte de grupos siquiera mínimamente organizados y que tengan acceso a ciertos recursos. Aun entonces, los gobiernos o los grupos en competencia pueden reprimir bien el deseo de participar en la acción colectiva, con sólo hacer demasiado caros los costos. Además, los teóricos del conflicto político sostienen, como dice Tilly,

> que las revoluciones y la violencia colectivas tienden a fluir directamente de los procesos políticos centrales de una población, en lugar de expresar corrientes difusas y descontento dentro de la población; [...] que las afirmaciones específicas y contra-afirmaciones que se hacen respecto al gobierno existente, por varios grupos movilizados, son más importantes que la satisfacción o el descontento general de estos grupos, y que las pretensiones de lugares establecidos dentro de la estructura del poder son decisivas.[25]

En realidad, Tilly se niega a hacer de la violencia en sí el objeto de su análisis, porque sostiene que los incidentes de la violencia colectiva son, en realidad, simples subproductos de procesos normales de la competencia de grupos por el poder y de objetivos opuestos. En cambio, el objeto del análisis es la "acción colectiva", definida como "la acción del pueblo en conjunto en busca de sus intereses comunes".[26] Tilly analiza la acción colectiva con ayuda de dos modelos generales: un "modelo político" y un "modelo de movilización".[27] Los elementos principales del modelo político son los gobiernos (organizaciones que guían los medios principales concentrados de coacción en una población) y los grupos que compiten por el poder, incluso los miembros (contendientes que quieren un acceso rutinario, de bajo costo, a los recursos del gobierno) y los desafiantes (todos los

24 Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1978.

25 Tilly, "Does Modernization Breed Revolution?", p. 436.

26 Tilly, *Mobilization to Revolution*, p. 7.

27 *Ibid.*, cap. III.

demás contendientes). El modelo de movilización incluye unas variantes destinadas a explicar la pauta de la acción colectiva a la que se dedican los contendientes. Estas variantes se refieren a intereses de grupo, a grados de organización, a cantidades de recursos bajo control colectivo, y a las oportunidades y amenazas a las que se enfrentan los contendientes en sus relaciones con el gobierno y con los demás grupos contrincantes.

Para Tilly, la revolución es un caso especial de acción colectiva en que los dos contendientes (o todos ellos) luchan por la soberanía política definitiva sobre una población, y en que los desafiantes logran, al menos hasta cierto punto, desplazar a los anteriores detentadores del poder.[28] Dada esta concepción, las causas de una situación revolucionaria de "soberanía múltiple" incluyen lo siguiente. Las primeras consideraciones deben ser las corrientes sociales a largo plazo, que hacen cambiar los recursos de unos grupos de la sociedad a otros (en particular, si los que ganan antes estuvieron excluidos de la política). En segundo lugar, es importante examinar cualesquier hechos a mediano plazo, como la proliferación de ideologías revolucionarias y el aumento del descontento popular, que hacen probable el surgimiento de contendientes revolucionarios por la soberanía, y no menos probable que grandes elementos de la población apoyen sus pretensiones. Por último:

> El momento revolucionario llega cuando los miembros antes conformes de [...] [una] población se enfrentan a demandas estrictamente incompatibles del gobierno y de otro cuerpo, que exigen control sobre el gobierno y obedecen a este otro cuerpo. Le pagan impuestos, dan hombres a sus ejércitos, alimentan a sus funcionarios, honran sus símbolos, dedican tiempo a su servicio o entregan otros recursos, pese a la prohibición del gobierno aún existente, al que antes obedecían. Ha comenzado así la soberanía múltiple.[29]

Las revoluciones triunfantes, a su vez, no sólo dependen del surgimiento de la soberanía múltiple. También dependen, probablemente, de "la formación de coaliciones entre miembros de la política y de los contendientes que presentan pretensiones exclusivas de control del gobierno".[30] Y definitivamente dependen del "control de la fuerza sustancial de la coalición revo-

28 Véase *Ibid.*, cap. VII.

29 Tilly, "Revolutions and Collective Action", en *Handbook of Political Science*, eds. Greenstein y Polsby, vol. 3, Macropolitical Theory, pp. 520-521.

30 Tilly, *Mobilization to Revolution*, p. 213.

lucionaria".[31] Pues sólo si se cumplen estas condiciones adicionales será probable que los desafiantes revolucionarios logren derrotar y desplazar a los que antes ocupaban el poder.

Mientras que Ted Gurr y Charles Tilly analizan las revoluciones como tipos especiales de acontecimientos políticos, explicables de acuerdo con las teorías generales de la violencia política o la acción colectiva, Chalmers Johnson, en *Revolutionary Change*,[32] sigue a Marx al analizar las revoluciones desde la perspectiva de una teoría macrosociológica de la integración y el cambio sociales. Como el estudio de la fisiología y la patología, dice Johnson, el "análisis de la revolución se mezcla con el análisis de las sociedades viables y funcionantes".[33] Tomando su sabiduría sociológica de los parsonianos Johnson sostiene que una sociedad normal, libre de crisis, debe concebirse como un "sistema social coordinado por valores" funcionalmente adaptado a las exigencias de su ambiente. Semejante sistema social es un conjunto, internamente coherente, de instituciones que expresan y especifican las orientaciones nucleares sociales, en sus normas y funciones. Las orientaciones de valores también han sido ya internalizadas mediante procesos de socialización para servir como moral personal y como las normas definidoras de la realidad para la vasta mayoría de los miembros adultos normales de la sociedad. A mayor abundamiento, la autoridad política en la sociedad debe quedar legitimada de acuerdo con los valores sociales.

Las revoluciones son a la vez definidas y explicadas por Johnson sobre la base de este modelo de sistema social, coordinado por los valores. Violencia y cambio son, dice Johnson, los rasgos distintivos de la revolución: "Hacer una revolución es aceptar la violencia con el fin de causar el cambio de sistema; más exactamente, es la aplicación voluntaria de una estrategia de violencia para efectuar un cambio en la estructura social."[34] Cuando las revoluciones triunfan, lo que cambian, ante todo, son las orientaciones de valor de una sociedad. Y el intento consciente de hacerlo adopta la forma de un movimiento ideológico orientado por valores, que está dispuesto a emplear la violencia contra las autoridades existentes; y sin embargo, semejante movimiento no

31 *Ibid.*, p. 212.

32 Chalmers Johnson, *Revolutionary Change*, Little Brown, Boston, 1966. Me inspiro especialmente en los caps. 1-5 en el siguiente resumen.

33 *Ibid.*, p. 3.

34 *Ibid.*, p. 57.

surgirá, ante todo, a menos que el existente sistema social entre en crisis. Esto ocurre, según Johnson, siempre que los valores y el medio se queden gravemente "desincronizados", ya sea por intrusiones externas o internas, especialmente de nuevos valores o tecnología. Una vez implantada esta desincronización, la gente de la sociedad se desorienta y queda, por tanto, abierta a conversión a los valores alternos propuestos por un movimiento revolucionario. Al ocurrir esto, las autoridades existentes pierden su legitimidad, si tienen que depender cada vez más de la coacción para conservar el orden. Y sin embargo, sólo lograrán hacerlo durante un tiempo. Si las autoridades son astutas, flexibles y hábiles, aplicarán reformas para "resincronizar" los valores y el medio. Pero si las autoridades se muestran tercamente "intransigentes", entonces la revolución logrará por la violencia el cambio del sistema. Esto ocurre en cuanto a algún "factor al que contribuye la fortuna" se presenta para socavar la capacidad de las autoridades, ya tenue y temporal, para depender de la coacción.

> La fuerza superior puede retrasar la erupción de la violencia; no obstante, una división de trabajo sostenida por cosacos ya no es una comunidad de personas que comparten los mismos valores, y en semejante situación (por ejemplo, en la Sudáfrica de hoy [1966]), la revolución es endémica y, *ceteris paribus*, es inevitable una insurrección. Este hecho revela [...] la necesidad de investigar la estructura de valores de un sistema y sus problemas, para conceptualizar la situación revolucionaria de alguna manera reveladora.[35]

La revolución triunfante a la postre logra la resincronización de los valores y del medio del sistema social que las incompetentes e intransigentes autoridades del antiguo régimen no lograron. En realidad, según la visión de Johnson, la revolución, y no el cambio revolucionario, se vuelve posible y necesaria tan sólo porque las autoridades prerrevolucionarias fracasaron así, perdiendo su legitimidad. La teoría de la sociedad y del cambio social de Johnson, hace de las orientaciones de valor y de la legitimidad política los elementos claves para explicar el surgimiento de situaciones revolucionarias, las opciones de las autoridades existentes y la naturaleza y el triunfo de las fuerzas revolucionarias.

Aun de esbozos tan breves como éstos, podrá verse claramen-

35 *Ibid.*, p. 32.

te que hay enormes desacuerdos entre los tipos principales de teorías de las ciencias sociales, no sólo en su manera de explicar las revoluciones sino también en su manera de definirlas. En este libro, ciertamente no tenemos pretensiones de neutralidad respecto a tales desacuerdos. Evidentemente, el concepto de la revolución social aquí empleado se basa notablemente en el énfasis marxista en el cambio socioestructural del conflicto de clases. Y se niega a apartarse de los problemas de la transformación estructural, como lo hacen Gurr y Tilly, o a hacer de la reorientación de valores sociales la clave del cambio social revolucionario, como lo hace Johnson. Más aún: en mi análisis general de las causas y de los resultados de las revoluciones sociales, dejaré de lado las hipótesis explicativas acerca de la privación y el descontento relativos, esencialmente porque yo acepto las críticas de tales ideas que han planteado los teóricos del conflicto político. También dejaré de lado (por razones que serán evidentes conforme avance mi argumento) las ideas de desequilibrio del sistema, la deslegitimación de la autoridad y de la conversión ideológica a las cosmovisiones revolucionarias. En cambio, con mi propósito específico de comprender algunos de los conflictos que abarcan las revoluciones sociales, dependeré ampliamente de ciertas ideas adaptadas de las perspectivas marxistas y del conflicto político.

La concepción marxista de las relaciones de clase, como enraizadas en el control de la propiedad productiva y en la apropiación de los excedentes económicos por los no productores a los productores directos es, en mi opinión, un indispensable instrumento teórico para identificar una especie de contradicción básica de la sociedad. Las relaciones de clase siempre son fuente potencial de conflicto social y político clasificado, y los conflictos de clases y los cambios de las relaciones de clase figuran en lugar destacado en las transformaciones socio-revolucionarias triunfantes. En los casos que estudiaremos con profundidad en este libro —Francia, Rusia y China—, las relaciones de clase entre campesinos y terratenientes, necesitan especial análisis. Estas relaciones fueron el núcleo de tensiones subyacentes que influyeron en la dinámica económica y política de los antiguos regímenes prerrevolucionarios, aun durante los periodos en que no estallaba abiertamente el conflicto de clases. Más aún: durante las revoluciones francesa, rusa y china, los campesinos *sí* atacaron directamente los privilegios de clase de los terratenientes, y estos conflictos de clase en el campo contribuyeron, directa e indirectamente, a las generales transformaciones sociopolíticas

logradas por las revoluciones. Por consiguiente, como es claro, será importante comprender por qué, y exactamente cómo, se desarrollaron estos conflictos de clases abiertos durante las revoluciones.

Con este fin, el análisis de clase debe suplementarse con las ideas de los teóricos del conflicto político. Una cosa es identificar las tensiones subyacentes y potenciales arraigadas en las relaciones de clase objetivas, comprendidas de manera marxista, y otra cosa es comprender cómo y cuándo los integrantes de una clase se encuentran *capacitados* para luchar efectivamente en defensa de sus intereses. ¿Cuándo y cómo pueden las clases subordinadas luchar, con éxito, contra las que las explotan? ¿Y cuándo y cómo tienen las clases dominantes la capacidad para la acción política colectiva? Para responder a estas preguntas, el argumento del conflicto político, de que la acción colectiva se basa en la organización de grupo y el acceso a sus recursos (que a menudo incluyen los recursos de la coacción) resulta especialmente útil. Por tanto, en los análisis históricos de este libro, no sólo identificaré las clases y sus intereses, sino que también investigaré la presencia o ausencia (y las formas exactas) de las organizaciones y recursos de que disponen los miembros de las clases para emprender las luchas basadas en sus intereses.

Por consiguiente, de estas maneras específicas, encuentro aspectos de dos de los enfoques teóricos existentes que son aplicables al proyecto de comprender las revoluciones sociales. No obstante, como ya lo hemos dicho, el propósito predominante de este artículo no es sopesar las fuerzas y flaquezas relativas de las diversas familias de teorías de la revolución; antes bien, es señalar ciertos conceptos, suposiciones y modos de explicación que todas ellas, pese a las diferencias evidentes, en realidad comparten.

Se deben establecer tres principales principios de análisis como opción alterna a los rasgos que comparten todas las teorías de la revolución hoy prevalecientes. En primer lugar, un adecuado entendimiento de las revoluciones sociales requiere que el análisis adopte una perspectiva estructural, no voluntarista de sus causas y procesos; pero todos los enfoques existentes teorizan sobre la base de una imagen voluntarista, de cómo ocurren las revoluciones. En segundo lugar, no pueden explicarse las revoluciones sociales sin una referencia sistemática a las estructuras *inter*nacionales y a los acontecimientos de la historia universal; sin embargo, las teorías actuales enfocan básica o exclusivamente los conflictos *intra*nacionales y los procesos de modernización.

En tercer lugar, para explicar las causas y los resultados de las revoluciones sociales, es esencial concebir los Estados como organizaciones administrativas y coactivas, organizaciones que son potencialmente autónomas (aunque, desde luego condicionadas por intereses y estructuras socioeconómicos). Pero las actuales teorías que prevalecen acerca de la revolución, en cambio, o bien unen en su análisis al Estado y a la sociedad, o bien reducen las acciones políticas y al Estado a representaciones de fuerzas e intereses socioeconómicos.

Cada una de estas aseveraciones es de importancia fundamental, no sólo como crítica de las flaquezas que comparten las teorías actuales, sino también como base para el análisis de las revoluciones sociales en este libro en general. Por tanto, cada una merece una elaboración sistemática, por turno.

Perspectiva estructural

Si retrocedemos para examinar las diferencias existentes entre las perspectivas predominantes sobre la revolución, lo que más sorprende es la imagen misma del proceso revolucionario general que subyace e imbuye en los cuatro enfoques. De acuerdo con esa imagen compartida: primero, los cambios en los sistemas sociales o sociedades hacen surgir inconformidades, desorientación social o nuevos intereses y potenciales de clase o de grupo para la movilización colectiva. Se desarrolla entonces un movimiento consciente, basado en las masas —que se solidifica con ayuda de la ideología y de la organización— que conscientemente emprende el derrocamiento del gobierno existente y quizá de todo el orden social. Por último, el movimiento revolucionario lucha hasta el fin con las autoridades o con la clase dominante y, en caso de triunfar, se dedica a establecer su propia autoridad y su propio programa.

Algo similar a este modelo del proceso genérico revolucionario, como movimiento informado o guiado con pleno propósito es supuesto por todas las perspectivas teóricas que hemos revisado (con variaciones tales como las que requieren los rasgos teóricos, distintivos y metodológicos de cada perspectiva). Ninguna de estas perspectivas cuestiona nunca la premisa de que, para que ocurra una revolución, una necesaria condición causal es el surgimiento de un esfuerzo deliberado, de un esfuerzo que una a los dirigentes y a sus seguidores y que tienda a derrocar el orden político o social existente. Así, para Ted Gurr, "la básica

secuencia causal en la violencia política es, primero, el desarrollo del descontento, segundo, la politización de tal descontento y, por último, su realización en acción violenta contra los objetos y actores políticos.[36] Y, como ya se indicó en el anterior sumario de los argumentos de Gurr, las revoluciones en particular sólo se cristalizan si sus dirigentes deliberadamente organizan la expresión del descontento de las masas. De manera similar, Chalmers Johnson hace hincapié en una difundida desorientación personal, seguida por la conversión a los valores nuevos planteados por un movimiento ideológico revolucionario que entonces choca con las autoridades existentes. Tilly enfoca la atención de su teoría en la fase final del proceso revolucionario intencional: el choque de los revolucionarios organizados, que compiten por la soberanía con el gobierno; sin embargo, también se refiere a las causas psicológicas e ideológicas puestas en relieve por la privación relativa y por los teóricos de sistemas a fin de explicar el surgimiento y el apoyo popular a la organización revolucionaria. Por último, es evidente que también el marxismo generalmente se adhiere a una versión de la premisa de que las revoluciones son creadas por movimientos intencionados; pues los marxistas aunque a través de prolongadas luchas preparatorias, de "clase por sí misma" organizada y consciente,[37] como la condición intermedia necesaria para el desarrollo de una triunfal transformación revolucionaria, parten de las contradicciones de un modo de producción. Más aún: muchos de los acontecimientos teóricos dentro del marxismo, desde Marx, han acentuado desproporcionadamente los elementos más voluntaristas inherentes a la original teoría marxista de las revoluciones. Desde luego, esto no pudo decirse de la mayoría de los teóricos de la Segunda Internacional. Pero la insistencia en el voluntarismo sí ha sido característica del leninismo y del maoísmo, con su hincapié en la función del partido de vanguardia en la organización de "la voluntad del proletariado". Y también ha

[36] Gurr, *Why Men Rebel*, pp. 12-13.

[37] Los marxistas distinguen a menudo, por una parte, una "clase en sí", constituida por un conjunto de personas que están situadas, de manera objetivamente similar respecto a las relaciones de propiedad en el proceso de producción, pero a quienes faltan conciencia política común y organización. Por otra parte, señalan una "clase para sí" que sí posee conciencia política y organización. Un ejemplo célebre de esta distinción se encuentra en el análisis del campesinado francés, hecho por Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que se encuentra en Karl Marx y F. Engels, *Selected Works*, International Publishers, Nueva York, 1968, pp. 171-172.

sido característico de aquellos marxistas occidentales que, como Lukács y Gramsci, sostienen la importancia de la conciencia de clase o hegemonía para traducir las contradicciones económicas objetivas en verdaderas revoluciones.

Quizá valga la pena indicar que, el adherirse a una imagen intencionada del proceso por el cual se desarrolla la revolución, convierte aun las teorías que pretenden ser socioestructurales en explicaciones sociopsicológicas, pues, según esta imagen, las crisis revolucionarias sólo (o fundamentalmente) brotan mediante la aparición de personas insatisfechas o desorientadas, o de grupos movilizables hacia los objetivos revolucionarios. Y la destrucción y transformación del antiguo régimen sólo ocurre porque un movimiento revolucionario con determinado propósito se ha formado con tal fin. Por consiguiente, los analistas son inexorablemente alentados a considerar los sentimientos de insatisfacción de los pueblos o su conciencia de objetivos y valores fundamentalmente de oposición, como los asuntos problemáticos centrales. Tilly, por ejemplo, originalmente desarrolló su teoría de la acción colectiva con su hincapié en la organización social de los grupos y su acceso a los recursos como clara alternativa a las teorías sociopsicológicas de la violencia política; y sin embargo, como define las situaciones revolucionaria de acuerdo con la *meta especial* —en último término, la soberanía—, por la cual luchan los contendientes, Tilly termina haciendo eco a los argumentos de Johnson acerca de la guía ideológica revolucionaria y a las hipótesis de Gurr acerca del descontento como explicación al apoyo de las masas a las organizaciones revolucionarias.[38] De manera semejante, cuando los neomarxistas han llegado a considerar la conciencia de clase y la organización del partido como las cuestiones problemáticas claves de las revoluciones, han ido interesándose cada vez menos en explorar las cuestiones acerca de las condiciones objetivas y estructurales para las revoluciones. En cambio, dando por sentado lo adecuado del análisis económico marxista de las condiciones sociohistóricas objetivas para la revolución, han invertido una energía teórica innovadora en explorar las que son consideradas, con o sin razón, como las condiciones subjetivas más políticamente manipulables para realizar una revolución potencial, cuando están presentes las condiciones objetivas.

¿Qué hay de malo en la imagen intencionada de cómo se desarrollan las revoluciones? Por una parte, sugiere claramente

[38] Véase especialmente Tilly, *Mobilization to Revolution*, pp. 202-209.

que el orden social se apoya, fundamental o aproximadamente, en un consenso de la mayoría (o de las clases bajas) en que sus necesidades están encontrando satisfacción. Esta imagen indica que la condición última y suficiente para la revolución es el retiro de este apoyo consensual y, a la inversa, que ningún régimen puede sobrevivir si las masas llegan a sentir una inconformidad consciente. Aunque, desde luego, semejantes ideas nunca podrían ser completamente aceptadas por los marxistas, sí pueden intervenir por implicación, junto con el hincapié en la conciencia o hegemonía de clases. No es de sorprender que Gurr y Johnson abracen explícitamente estas ideas.[39] Y Tilly cae en una versión de ellas cuando presenta a los gobiernos y a las organizaciones revolucionarias como competidores por el apoyo popular, mientras las elecciones populares determinarán si ha de desarrollarse o no una situación revolucionaria.[40] Desde luego, cualesquiera de tales concepciones consensuales y voluntaristas del orden social y de la perturbación o del cambio son absolutamente ingenuas. Reciben un mentís de la manera más obvia en la prolongada supervivencia de regímenes tan manifiestamente represivos e internamente ilegítimos como el de Sudáfrica.[41]

Más importante aún: la imagen intencional resulta muy engañosa acerca de las causas y de los procesos de las revoluciones sociales que han ocurrido históricamente. En cuanto a las causas, sea cual fuere la forma que concebiblemente puedan tomar las revoluciones sociales en el futuro (digamos, en una nación industrializada liberal-democrática), el hecho es que, en la historia, ninguna revolución triunfante ha sido "hecha" por un movimiento declaradamente revolucionario que movilizara las masas. Como bien lo ha dicho Jeremy Brecher: "en realidad,

39 Por ejemplo, Gurr asevera que "como más eficazmente se mantiene el orden público —sólo así se le puede mantener— es cuando se aportan medios dentro de él para que los hombres trabajen tendiendo a la realización de sus aspiraciones (*Why Men Rebel*, p. x)". Y para Johnson, las sociedades, si son estables, son "comunidades de quienes comparten los mismos valores".

40 Véase la nota 29. Esta nota nos ofrece la fuente de una cita de Tilly que aparece en el texto, p. 32.

41 Véase, por ejemplo, Herbert Adam, *Modernizing Racial Domination: South Africa's Political Dynamies*, University of California Press, Berkeley, 1971; y también Russell, *Rebellion, Revolution, and Armed Force*, caps. I-III. Estas dos obras subrayan la cohesión y la estabilidad del Estado sudafricano como gran obstáculo a la revolución, pese al descontento y a las protestas de la mayoría no blanca.

los movimientos revolucionarios rara vez empiezan con una intención revolucionaria; ésta sólo se desarrolla en el curso de la lucha misma".[42] Es cierto que las organizaciones e ideologías revolucionarias han ayudado a cimentar la solidaridad de las vanguardias radicales antes o durante las crisis revolucionarias. Y han facilitado mucho la consolidación de los nuevos regímenes. Pero en ningún sentido tales vanguardias —y no digamos las vanguardias que cuentan con grandes masas, movilizadas e ideológicamente imbuidas— han creado nunca las crisis revolucionarias que luego hicieron estallar. En cambio, como lo veremos en capítulos posteriores, las situaciones revolucionarias se han desarrollado por el surgimiento de crisis político-militares de dominación de Estado y de clase. Y sólo por las posibilidades así creadas, han logrado los dirigentes revolucionarios y las masas rebeldes contribuir a la realización de las transformaciones revolucionarias. Además, las masas rebeldes han actuado muy a menudo por su propia cuenta, sin ser directamente organizadas ni ideológicamente, ni inspiradas, por dirigentes y metas declaradamente revolucionarios. Por lo que hace a las causas de las revoluciones sociales históricas, Wendell Phillips tuvo toda la razón cuando dijo: "Las revoluciones no se hacen; ellas solas vienen."[43]

La imagen intencional resulta tan engañosa acerca de los procesos y resultados de las revoluciones históricas como lo es acerca de sus causas. Pues tal imagen indica claramente que los procesos y resultados revolucionarios pueden comprenderse por la actividad y las intenciones o intereses del grupo (grupos) clave(s) que comenzaron por lanzar la revolución. Así, aun cuando Gurr no parece considerar las revoluciones como mucho más que actos de simple destrucción, sí sostiene que ello se debe directamente a la actividad de las masas amargadas y furiosas y de los dirigentes que originalmente causaron la revolución. Para Johnson, la violenta reorientación de valores lograda por la revolución es un hecho del movimiento ideológico que creció dentro del antiguo sistema social desincronizado. Y los marxistas no pocas veces atribuyen la lógica subyacente en los procesos revolucionarios a los intereses y acciones de la clase en sí

42 Jeremy Brecher, *Strike!*, Straight Arrow Books, San Francisco, 1972, página 240.

43 Cita atribuida (sin referencia exacta) a Wendell Phillips por Stephen F. Cohen, en: *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Knopf, Nueva York, 1973, p. 336.

misma históricamente pertinente, ya sea la burguesía o el proletariado.

Pero tales conceptos son demasiado simplistas.[44] En realidad, unas revoluciones históricas, grupos distintamente situados y motivados, se han convertido en participantes en el complejo desarrollo de múltiples conflictos. Pero los conflictos han sido poderosamente moldeados y limitados por las condiciones socioeconómicas e internacionales existentes. Y han procedido de diferentes maneras, según la forma en que cada situación revolucionaria había empezado por surgir. La lógica de estos conflictos no ha sido controlada por ninguna clase ni por ningún grupo, por muy decisivo que pareciera en el proceso revolucionario. Y los conflictos revolucionarios inevitablemente han hecho surgir consecuencias ni plenamente previstas, ni deseadas —por no servir perfectamente a sus intereses— por ninguno de los grupos particulares en cuestión. Por consiguiente, simplemente es inútil tratar de descifrar la lógica de los procesos o las consecuencias de las revoluciones sociales adoptando la perspectiva o siguiendo los actos de alguna clase o élite u organización, por muy importante que sea su participación. Como claramente lo ha dicho Eric Hobsbawm, "la importancia evidente de los actores en el drama [...] no significa que sean el dramaturgo, el productor y el escenógrafo". Por consiguiente, concluye Hobsbawm, "las teorías que exageran los elementos voluntaristas o subjetivos de la revolución deben tratarse con cautela".[45]

[44] Tilly evita presentar los procesos y resultados revolucionarios como hecho deliberado de grupos activos en particular, aunque no deja de presentar las causas de las situaciones revolucionarias en términos de movimiento con un propósito. La razón es que Tilly presenta el surgimiento de situaciones revolucionarias como obra de *coaliciones* de grupos movilizados, e indica que tales coaliciones, por lo general, se desintegran durante las revoluciones, haciendo surgir una serie de conflictos intergrupales que ningún grupo logra controlar por completo. Esta visión de los procesos revolucionarios es perfectamente válida. Pero la idea de las situaciones revolucionarias que tiene Tilly, como si fueran *causadas* por coaliciones que deliberadamente desafían la soberanía del gobierno existente, me parece demasiado intencionada, al menos para los casos históricos que he estudiado más minuciosamente. Para estos casos, la idea de *coyuntura* —que implica la unión de procesos separadamente determinados, y no conscientemente coordinados (o deliberadamente revolucionarios) y esfuerzos de grupos— me parece una perspectiva más útil sobre las causas de las revoluciones sociales que la idea de la coalición intergrupal. Mis razones para creer esto se harán evidentes a su debido tiempo, particularmente en los capítulos II y III.

[45] Eric Hobsbawm, "Revolution" (artículo presentado en el XIV Con-

Toda explicación válida de la revolución depende de que el analista "se eleve por encima" de los puntos de vista de los participantes, para encontrar regularidades importantes en una serie de ejemplos históricos dados, incluso faltas institucionales e históricas similares en las situaciones en que han ocurrido las revoluciones, y similares pautas de conflicto en los procesos mediante los que se han desarrollado. Como ha dicho el historiador Gordon Wood:

> No es que los motivos de los hombres carezcan de importancia; en realidad, forjan los acontecimientos, incluso las revoluciones; mas los propósitos de los hombres, especialmente en una revolución, son tantos y tan variados, tan contradictorios que su compleja interacción produce resultados que nadie intentó ni pudo siquiera prever. Son esta interacción y estos resultados a lo que se refieren los historiadores recientes cuando hablan con tanto desdén de aquellos factores "determinantes subyacentes" y de aquellas "fuerzas impersonales e inexorables" que influyen en la Revolución. Toda explicación histórica que no tome en cuenta estas "fuerzas", que, en otras palabras, simplemente se base en el entendimiento de las intenciones conscientes de los autores, quedará así limitada.[46]

Para explicar las revoluciones sociales hemos de esclarecer la problemática; en primer lugar, el surgimiento (no la "hechura") de una situación revolucionaria dentro de un antiguo régimen. Luego, hay que ser capaz de identificar la interacción, objetivamente condicionada y compleja, de las diversas acciones de los grupos diversamente situados; una interacción que da forma al proceso revolucionario y hace surgir el nuevo régimen. Podemos empezar por encontrar un sentido de tal complejidad sólo si enfocamos simultáneamente las situaciones y relaciones, institucionalmente determinadas, de los grupos dentro de la sociedad, y las interrelaciones de las sociedades dentro de las estructuras internacionales que se desarrollan en la historia universal. Adoptar tal punto de vista impersonal y no subjetivo —que subraya las pautas de relaciones entre grupos y sociedades— es trabajar partiendo de la que en cierto sentido genérico puede llamarse perspectiva estructural sobre la realidad socio-

greso Internacional de Sociedades Históricas, San Francisco, agosto de 1975), p. 10.

46 Gordon Wood, "The American Revolution", en *Revolutions: A Comparative Study*, ed. Lawrence Kaplan, Nueva York, Vintage Books, 1973, p. 129.

histórica. Tal perspectiva es esencial para el análisis de las revoluciones sociales.

LOS CONTEXTOS INTERNACIONAL Y DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Si una perspectiva estructural significa el enfoque en las relaciones, éste ha de incluir las relaciones transnacionales, así como las relaciones entre grupos distintamente situados dentro de determinados países. Las relaciones transnacionales han contribuido al surgimiento de todas las crisis sociorrevolucionarias e invariablemente han ayudado a formular las luchas revolucionarias y sus resultados. En realidad, todas las modernas revoluciones sociales deben considerarse como cercanamente relacionadas, en sus causas y realizaciones, con la difusión, internacionalmente desigual, del desarrollo económico capitalista y de la formación de naciones-Estados en la escala mundial. Por desgracia, las teorías actuales de la revolución no han tomado explícitamente esta perspectiva. Desde luego, han sugerido que las revoluciones están relacionadas con la "modernización"; pero esto ha entrañado un enfoque casi exclusivo en las tendencias y en los conflictos socioeconómicos *dentro* de las sociedades nacionales, tomadas una por una y aisladamente.

Como lo ha indicado Reinhard Bendix, todas las concepciones de los procesos modernizadores necesariamente parten de la experiencia de la Europa occidental, porque fue allí donde se originaron las revoluciones comercial-industrial y nacionales.[47] Sin embargo, los enfoques teóricos que hasta hace poco fueron dominantes —el evolucionismo estructural-funcional y el marxismo unilineal— se han generalizado en forma excesivamente específica, a partir de la lógica aparente del desarrollo de Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. Esencialmente, la modernización fue concebida como una dinámica interna de una nación. El desarrollo económico —considerado, o bien como una innovación de la tecnología y una creciente división del trabajo, o bien como una acumulación de capital y el surgimiento de la burguesía— es considerado como iniciador de un sistema interrelacionado de cambios complementarios en otras esferas de la vida social. La suposición, típicamente, ha sido que cada nación, quizás estimu-

[47] Reinhard Bendix, "Tradition and Modernity Reconsidered", *Comparative Studies in Society and History,* 9, 1967, pp. 292-313.

lada por el ejemplo o la influencia de los países que tuvieron un temprano desarrollo, más tarde o más temprano pasarían por una versión más o menos comprimida de la misma índole fundamental de transformación que, al parecer, experimentó Inglaterra. Como dijo Marx en 1867, "los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir".[48] Un siglo después, los sociólogos estadounidenses pueden expresar su inquietud por el grado en que puede esperarse que ciertas pautas históricas concretas de desarrollo nacional lleguen a parecerse. Pero, virtualmente todos ellos siguen delineando los conceptos de su "tipo ideal" de acuerdo con el mismo razonamiento.[49]

Los conceptos de modernización como una dinámica socioeconómica intranacional armonizan bien con los conceptos de las revoluciones como movimientos conscientes fundados en el desarrollo social, y que, a su vez, lo facilitan. Es posible que la expansión económica rápida y desarticulada estimule y luego frustre las esperanzas de las masas, haciendo surgir un descontento difundido y una violencia política que destruyen al gobierno existente. O bien, la diferenciación social deja atrás y abruma la integración del sistema social basado en el consenso de valores. Luego, a su vez, esto estimula movimientos ideológicos que derrocan a las autoridades existentes y reorientan los valores sociales. O bien, posiblemente, la gestación de un nuevo modo de producción, dentro de la matriz del antiguo, aporte una base para el surgimiento de una clase nueva, que establece un nuevo modo de producción por medio de la revolución. Sea como fuere, la modernización hace surgir la revolución mediante un cambio de temple, compromisos de valor o potencial de movilización colectiva del pueblo o de unos grupos de la sociedad. Y la propia revolución crea condiciones (o al menos suprime obstáculos) para un mayor desarrollo socioeconómico.

48 Prólogo a la primera edición alemana del volumen I de *Das Kapital*, Nueva York, International Publishers, 1967, pp. 8-9.

49 Para ejemplos, véase Neil J. Smelser, "Toward a Theory of Modernization", en *Essays in Sociological Explanation*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1968, pp. 125-146; W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960; Marion J. Levy, *Modernization and the Structure of Society*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1965; S. N. Eisenstadt, *Modernization: Protest and Change*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1966, y Bert F. Hoselitz, "A Sociological Approach to Economic Development", en *Development and Society*, eds. David E. Novack y Robert Lekachman, Nueva York, St. Martin's Press, 1964, pp. 150-162.

Pero los conceptos de la modernización como proceso socioeconómico intranacional que ocurre de maneras paralelas de un país a otro no pueden interpretar siquiera los cambios originales de Europa, y mucho menos las transformaciones sucesivas ocurridas en el resto del mundo. Desde el comienzo, las relaciones internacionales se han intersecado con las existentes estructuras políticas y de clase, para promover y moldear cambios, divergentes o similares, en los distintos países. Ciertamente, esto puede afirmarse de los desarrollos económicos comerciales e industriales. Al difundirse el capitalismo por todo el globo, los flujos transnacionales de comercio e inversión han afectado a todos los países, aunque de maneras desiguales, y, a menudo, contrastantes. El gran avance original de Inglaterra hacia la agricultura y la industria capitalistas dependió, en gran parte, de sus fuertes posiciones dentro de los mercados internacionales a partir del siglo XVII. La subsiguiente industrialización nacional en el siglo XIX fue formada, parcialmente —y de maneras diversas—, por los flujos internos de bienes, emigrantes y capital de inversiones, así como por los intentos de cada Estado nacional de influir sobre estos flujos. Más aún: al incorporarse zonas "periféricas" del planeta a las redes económicas mundiales centradas en los países avanzados más industrializados, sus preexistentes estructuras económicas y relaciones de clase a menudo fueron reforzadas o modificadas de maneras hostiles a todo subsiguiente crecimiento autosostenido y diversificado. Aun si las condiciones cambiaron después, de tal modo que la industrialización pudo ponerse en marcha en algunas de estas zonas, el proceso inevitablemente se desarrolló en formas totalmente distintas de las que habían sido características de las primeras industrializaciones nacionales. No hemos de aceptar necesariamente los argumentos según los cuales el desarrollo económico nacional en realidad es determinado por la estructura general y por la dinámica del mercado de un "sistema capitalista universal"; sin embargo, ciertamente podemos notar que las relaciones económicas transnacionales en desarrollo siempre han influido poderosamente (y diferencialmente) en los desarrollos económicos nacionales.[50]

[50] Las teorías de la modernización económica que enfocan el aspecto internacional han sido eficazmente criticadas desde dos tipos de perspectivas. Una de ellas está característicamente representada por Alexander Gerschenkron, cuyos ensayos más pertinentes se encuentran reunidos en *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 1966, y *Continuity in History and Others Essays*, Cam-

Otro tipo de estructura transnacional —un sistema internacional de Estados en competición— también ha moldeado el curso dinámico y desigual de la moderna historia universal. Europa fue la sede no sólo de los avances económicos capitalistas, sino también de una estructura política continental en que ningún Estado imperial controló todo el territorio de Europa y sus conquistas en ultramar (después de 1450). Los intercambios económicos ocurrieron sistemáticamente en un territorio más extenso que el que pudiese controlar cualquiera de tales Estados. Esto significó, por una parte, que la creciente riqueza que fue generada por la expansión geográfica europea y por el desarrollo del capitalismo nunca fue simplemente desviada para mantener una onerosa superestructura imperial que abarcara todo un continente. Tal había sido siempre el destino final de las riquezas generadas en otras economías mundiales que fueran abarcadas por imperios políticos, como Roma y China. Pero la economía mundial europea fue única, ya que se desarrolló dentro de un sistema de Estados en competición.[51] En palabras de Walter Dorn:

> Es [el] carácter competitivo mismo del sistema de Estados de la Europa moderna el que la distingue de la vida política de todas las civilizaciones anteriores y no europeas del mundo. Su esencia se encuentra en la coexistencia de Estados independientes y coordinados, cuyo impulso expansionista provocó incesantes conflictos militares [...] y ante todo, la prevención de que una sola potencia redujera a las demás a una situación de sujeción permanente.[52]

bridge, Harvard University Press, 1968. La otra perspectiva crítica es la de los teóricos del "sistema mundial capitalista", cuyas ideas han sido bien resumidas en: Immanuel Wallerstein, "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, 16:4, septiembre de 1974, pp. 387-415, y Daniel Chirot, *Social Change in the Twentieth Century*, Nueva York; Harcourt Brace Jovanovich, 1977. Los teóricos del sistema universal han sido eficazmente agudos al señalar las insuficiencias de los enfoques de la modernización, pero sus propias explicaciones teóricas del desarrollo económico han sido sometidas, a su vez, a reveladoras críticas, especialmente, en Robert Brenner, "The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism", *New Left Review*, núm. 104, julio-agosto de 1977, pp. 25-92.

51 Estos puntos acerca del sistema de Estados europeos se basan en Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press, 1974, cap. I.

52 Walter S. Dorn, *Competition for Empire*, Nueva York, Harper & Row, 1963, p. 1.

Especialmente mientras Inglaterra pasaba por la comercialización y por la primera industrialización nacional, la competición dentro del sistema de Estados europeos fomentó los desarrollos modernizadores por toda Europa.[53] Las guerras recurrentes dentro del sistema de Estados movieron a los monarcas y estadistas europeos a centralizar, regimentar y tecnológicamente mejorar sus ejércitos y sus administraciones fiscales. Y, a partir de la Revolución francesa, tales conflictos les obligaron a movilizar a las masas de sus ciudadanos con exhortaciones patrióticas. Los acontecimientos políticos, a su vez, reaccionaron modificando las pautas del desarrollo económico, primero, mediante los intentos burocráticos de guiar o administrar la industrialización desde arriba y, a la postre, también por el sometimiento de una participación de las masas mediante los regímenes revolucionarios, como en la Rusia soviética.

Más aún: conforme Europa experimentaba los avances económicos a partir del siglo XVI, el dinamismo competitivo del sistema de Estados europeos promovió la difusión de la "civilización" europea por todo el globo. Al principio, la competición de los Estados fue una condición que facilitó y promovió la expansión colonial ibérica por el Nuevo Mundo. Más adelante Inglaterra, espoleada por una competición internacional con Francia, luchó y a la postre logró el control formal o la hegemonía *de facto* virtualmente sobre todas las nuevas adquisiciones coloniales de Europa y sus antiguas colonias en el Nuevo Mundo. A finales del siglo XIX, la competición de las potencias industriales europeas, cada vez más similares, contribuyó a forjar la transformación de África y de gran parte de Asia en territorios coloniales. A la postre y en la secuela de los enormes cambios económicos y geopolíticos ocasionados por la segunda Guerra Mundial, estas colonias surgían como naciones nuevas, formalmente independientes dentro del nuevo sistema global de Estados. Para entonces, hasta Japón y China, países que tradicionalmente se habían mantenido apartados de Occidente, librándose de la colonización, también serían plenamente incorporados al sistema de Estado. Según las normas preindustriales, Japón y China eran Estados agrarios avanzados y poderosos; y ambos evitaron

[53] Una buena síntesis que subraya la importancia de la competición de Estados en el desarrollo europeo se encuentra en una tesis para el doctorado en Filosofía, inédita: John Thurber Moffet, "Bureaucratization and Social Control: A Study of the Progressive Regimentation of the Western Social Order", Ph. D. diss., Columbia University, Department of Sociology, 1971.

el sojuzgamiento final o permanente, en gran parte, porque las intrusiones occidentales suscitaron tumultos revolucionarios que, más tarde o más temprano, culminaron en poderes enormemente agrandados de la defensa nacional en la afirmación propia *dentro* del sistema internacional de Estados.

Algunos teóricos del capitalismo mundial, especialmente Immanuel Wallerstein, intentan explicar en términos de reduccionismo económico la estructura y la dinámica de este sistema internacional de Estados (originalmente europeo y, por último, global).[54] Para hacerlo, tales teóricos suponen típicamente que las naciones-Estados en particular, son instrumentos empleados por grupos económicamente dominantes en busca de un desarrollo orientado hacia el mercado mundial, en el interior, y ventajas económicas internacionales, en el extranjero; pero aquí hemos adoptado una perspectiva diferente, según la cual las naciones-Estados, más fundamentalmente, son organizaciones que tienden a conservar el control de los territorios interiores y sus poblaciones y a emprender la competición militar real o potencial con otros Estados en el sistema internacional. El sistema internacional de Estados como estructura transnacional de la competición militar no fue creado originalmente por el capitalismo. A lo largo de la historia universal moderna, representa un nivel analíticamente autónomo de la realidad transnacional: *interdependiente* en su estructura y dinámica con el capitalismo mundial, pero no reductible a él.[55] Las fuerzas militares aplicables y las ventajas internacionales (o desventajas) de los Estados no son explicables por completo en función de sus economías domésticas o de sus posiciones económicas internacionales: Fac-

54 Véase Wallerstein, "Rise and Demise", y *Modern World System*, especialmente los capítulos III y VII. Para la caracterización y la crítica más detalladas de las ideas de Wallerstein sobre el Estado véase mi estudio "Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique", en *American Journal of Sociology*, 82:5, marzo de 1977, pp. 1075-1090.

55 Al expresar mis opiniones del sistema de Estados y el capitalismo, me he basado extensamente en Charles Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1975 y Otto Hintze, "Economics and Politics in the Age of Modern Capitalism", en *The Historical Essays of Otto Hintze*, ed. Felix Gilbert, Nueva York, Oxford University Press, 1975. Como dice Hintze: "ni el capitalismo produjo el Estado moderno, ni el Estado moderno produjo el capitalismo" (p. 427). Antes bien: "Los asuntos del Estado y el capitalismo se encuentran inextricablemente interrelacionados. No son más que dos lados, dos aspectos de un mismo desarrollo histórico" (p. 452).

tores tales como la eficiencia administrativa del Estado, la capacidad política para la movilización de masas y la posición geográfica internacional, también tienen importancia.[56] Además, la voluntad y la capacidad de los Estados para emprender transformaciones económicas nacionales (que también pueden tener ramificaciones internacionales) son influidas por sus situaciones militares y por sus capacidades administrativas pertinentes y políticas preexistentes, relacionadas con el ejército.[57] Así como el desarrollo económico y capitalista ha fomentado las transformaciones de Estados y del sistema internacional de Estados, así han tenido efecto de reacción en el curso y las formas de la acumulación de capital dentro de las naciones y en escala mundial.

Por consiguiente, desde sus inicios europeos, la modernización siempre ha significado desarrollo nacional tan sólo dentro de los marcos de las estructuras transnacionales en desarrollo histórico, tanto en lo económico como en lo militar. El analista social sólo puede encontrar un sentido en las transformaciones al nivel nacional, incluyendo las revoluciones sociales, mediante una especie de malabarismo conceptual. En tanto que las naciones-Estados y su competición sigan siendo realidades importantes, lo mejor (al menos para analizar los fenómenos que abarcan a los Estados) es emplear la sociedad-Estado como unidad básica del análisis; sin embargo, junto con las variables que se refieran a pautas y procesos internos de estas unidades, también hay que tomar en consideración los factores transnacionales como variables contextuales clave.[58] Aquí son pertinentes dos clases distintas de contextos transnacionales. Por una parte, las *estructuras* de la economía capitalista mundial y el sistema internacional de Estados, dentro del cual las naciones se sitúan en diferentes posiciones. Y por otra parte, hay cambios y transmisiones del "tiempo del mundo", que afectan, tanto los contextos mundiales en general dentro de los cuales ocurren las revoluciones,

[56] Al respecto, véase, por ejemplo, Tilly, *Formation of National States;* Otto Hintze, "Military Organization and the Organization of the State", en *Historical Essays,* ed. Gilbert, pp. 178-215; y Randall Collins, "Some Principles of Long-Term Social Change: The Territorial Power of States" (documento presentado en la Reunión Anual de la Asociación Sociológica Norteamericana, Chicago, Illinois, septiembre de 1977).

[57] La Rusia zarista y soviética, la Prusia de los Hohenzollern y la Alemania imperial y el Japón Meiji, son notables ejemplos de la verdad de esta aseveración.

[58] Esta perspectiva analítica se basa en Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, "The Comparative Study of National Society", en *Social Science Information,* 6:5, octubre de 1967, pp. 25-28.

cuanto los modelos y las opciones particulares para la acción que pueden ser tomados del extranjero por los dirigentes revolucionarios.

El compromiso dentro de las estructuras transnacionales de los países (real o potencialmente) que pasan por revoluciones sociales es importante de varias maneras. A lo largo de la historia, las relaciones transnacionales desiguales o competitivas han ayudado a moldear las estructuras de Estado y de clase de cualquier país, influyendo así sobre el marco existente "interno" del que las revoluciones surgen (o no surgen); además, las relaciones transnacionales influyen sobre el curso de los acontecimientos durante las verdaderas coyunturas revolucionarias. Sólo han ocurrido revoluciones sociales modernas en países situados en posiciones desventajosas dentro de la arena internacional. En particular, las realidades del atraso militar o de la dependencia política han afectado de manera decisiva la ocurrencia y el curso de las revoluciones sociales. Aun cuando un desarrollo económico desigual siempre se halla en el fondo, los acontecimientos dentro del sistema internacional de Estados como tal —especialmente derrotas en guerra o amenazas de invasión y pugnas por controles coloniales— han contribuido directa y virtualmente a todos los estallidos de crisis revolucionaria, pues tales acontecimientos han ayudado a socavar las autoridades políticas y los controles de Estado existentes, abriendo así el camino a los controles básicos y a las transformaciones estructurales. Los equilibrios militares internacionales y los conflictos han aportado, a mayor abundamiento, el "espacio" necesario para la terminación y la consolidación política de las revoluciones sociales. Esto ocurre así porque tales equilibrios y conflictos han dividido los esfuerzos o distraído la atención de los enemigos extranjeros interesados en impedir los triunfos revolucionarios o en aprovecharse de las naciones revolucionadas durante sus periodos de crisis interna. También, en último análisis, los resultados de las revoluciones sociales siempre han sido poderosamente condicionados no sólo por la política internacional, sino también por los frenos y las oportunidades que, en el mundo económico, encuentran ante sí los nuevos regímenes nacientes.

En cuanto a la dimensión del "tiempo mundial", algunos aspectos de la "modernización" han sido procesos únicos, que han afectado al mundo en su globalidad.[59] Con las sociedades-Estados como unidades de análisis, pueden formularse generalizacio-

[59] Para el concepto de "tiempo mundial", véase Wolfram Eberhard, "Problems of Historical Sociology", en *State and Society; A Reader*, eds.

nes limitadas acerca de desarrollos nacionales similares y recurrentes. Pero, al hacer esto, debe prestarse atención a los efectos del ordenamiento histórico y de los cambios históricos universales. Nos vienen a la mente ciertas posibilidades aplicables a la comparación y a la explicación de las revoluciones sociales. Una posibilidad es que los actores en las últimas revoluciones puedan ser influidos por acontecimientos de las anteriores; por ejemplo, los comunistas chinos llegaron a ser emuladores conscientes de los bolcheviques y, durante un tiempo, recibieron consejos y ayuda directos del régimen revolucionario ruso. Otra posibilidad es que grandes avances de repercusión sobre la historia universal —tales como la Revolución industrial o la innovación de la forma leninista de organización del partido— puedan intervenir entre el surgimiento de una y otra revoluciones de envergadura similar. Por consiguiente, se crean nuevas oportunidades para el desarrollo de la última revolución, que no estaban abiertas, o no eran fáciles para la primera, porque ocurrió en una fase anterior de la historia universal moderna.

Un último punto es aplicable a ambas clases de influencias contextuales transnacionales. Al analizar los efectos internos de las relaciones transnacionales, nunca debe suponerse sencillamente —como, al parecer, casi invariablemente lo hacen los actuales teóricos de la revolución— que alguno de tales efectos influirá básicamente en la situación, las necesidades y las ideas de "el pueblo". Desde luego, esto puede ocurrir (como, por ejemplo, los cambios de las pautas internacionales de comercio que de pronto dejan sin trabajo a quienes laboraban en toda una industria). Pero en realidad, son los dirigentes del Estado, necesariamente orientados a actuar dentro de las arenas internacionales, los que con igual o más probabilidad serán quienes transmitan las influencias transnacionales a la política interna. Así, la intersección del antiguo régimen (gubernamental) y, después, del régimen revolucionario naciente en las arenas internacionales —y especialmente en el sistema internacional de Estados— es un lugar sumamente prometedor para estudiarlo con el fin de comprender cómo la dinámica de la modernización, en parte, causa y moldea las transformaciones revolucionarias.

Ninguna perspectiva teórica válida de las revoluciones puede darse el lujo de pasar por alto los marcos internacional e histórico-universal dentro del cual ocurren las revoluciones. Si, en su

Reinhard Bendix, *et. al.*, Berkeley, University of California Press, 1973, páginas 25-28.

mayor parte, las teorías de las revoluciones hasta aquí han tratado de desdeñar estos contextos, ello ha sido por haber operado con ideas inadecuadas, enfocadas hacia lo intranacional acerca de la naturaleza de la "modernización" y en sus interrelaciones con las revoluciones. Como correctivo, esta sección brevemente ha puesto de relieve los aspectos transnacionales de la modernización y ha planteado las formas en que estos aspectos son aplicables al análisis de las revoluciones, con especial hincapié en la importancia del sistema internacional de Estado. En efecto, este hincapié anuncia los argumentos que plantearemos en la siguiente sección, acerca de la centralidad de las organizaciones de Estado potencialmente autónomas en las transformaciones sociorrevolucionarias.

LA AUTONOMÍA POTENCIAL DEL ESTADO

Virtualmente todos los que escriben acerca de las revoluciones sociales reconocen que comienzan con crisis políticas manifiestas, como el embrollo financiero de la monarquía francesa y la Convocatoria a los Estados Generales en 1787-1789. De igual modo, es evidente para todos que las revoluciones proceden a partir de luchas en que partidos y facciones políticos organizados tienen una función destacada. Y se reconoce que culminan en la consolidación de nuevas organizaciones de Estado, cuyo poder puede emplearse no sólo para reforzar las transformaciones socioeconómicas que ya habían ocurrido, sino también para promover nuevos cambios. Nadie niega la realidad de estos aspectos políticos de las revoluciones sociales; sin embargo, la mayoría de los teóricos de la revolución suele considerar las crisis políticas que lanzan las revoluciones o bien como "gatillos" incidentales, o como poco más que indicadores epifenoménicos de contradicciones más fundamentales o de tensiones localizadas en la estructura social del antiguo régimen. De manera similar, los grupos políticos que intervienen en las luchas sociorrevolucionarias son considerados como representantes de fuerzas sociales. Y la estructura y las actividades de las nuevas organizaciones de Estado que brotan de las revoluciones sociales son tratadas como expresiones del interés de cualesquier fuerzas socioeconómicas o socioculturales que surjan victoriosas en los conflictos revolucionarios.

Una suposición que siempre se encuentra, aunque sea implícitamente, detrás de tal razonamiento, es que las estructuras

políticas y las luchas de alguna manera pueden reducirse (al menos "en última instancia") a fuerzas y conflictos socioeconómicos. El Estado es considerado exclusivamente una *arena*, en la cual se entablan los conflictos por los intereses sociales y económicos básicos. Lo que le da carácter especial al Estado como arena política es, sencillamente, que los actores que operan allí recurren a medios distintivos para desencadenar los conflictos sociales y económicos, medios tales como coacción o lemas que apelan al bien común. Esta manera general de pensar acerca del Estado es, en realidad, común a las variedades liberal y marxista de la teoría social. Entre estas dos extensas tradiciones de la teoría social, la diferencia decisiva de opinión es sobre qué medios encarna claramente la arena política: una autoridad legítima fundamentalmente basada en el consenso, o una dominación fundamentalmente coactiva. Y esta diferencia corre paralela a las distintas opiniones acerca de las bases del orden social que mantiene cada tradición teórica.

Una opinión ideal típica es que el Estado es la arena de la autoridad política encarnada en las reglas del juego político y en la política y guía gubernamentales. Se ven apoyados por cierta combinación de consenso normativo y de preferencia mayoritaria de los miembros de la sociedad. Desde luego, esta idea resuena condiciones liberales y pluralistas de la sociedad, que la consideran compuesta por grupos en libre competición y miembros socializados, en un compromiso con valores sociales comunes. En la literatura teórica sobre las revoluciones, encontramos versiones de estas ideas del Estado y de la sociedad, especialmente en los argumentos del teórico de la "privación relativa", Ted Gurr, y en el teórico de los sistemas, Chalmers Johnson. Según ellos, lo que importa al explicar el estallido de una revolución es si la autoridad gubernamental existente ha perdido su legitimidad. Esto ocurre cuando las masas socialmente descontentas o desorientadas llegan a sentir que es aceptable entregarse a la violencia, o bien se convierten a los nuevos valores que les ofrecen los ideólogos de la revolución. Tanto Gurr como Johnson sienten que el poder y la estabilidad del gobierno dependen directamente de las corrientes sociales y del apoyo popular. Ninguno de los dos cree que las organizaciones coactivas del Estado pueden reprimir eficazmente (durante largo tiempo) a unas mayorías descontentas o que están contra la sociedad.[60] En sus teorías, el Estado es un aspecto, o bien del

60 Para Johnson, véase *Revolutionary Change*, p. 32, para Gurr, véase la nota 39 y también *Why Men Rebel*, cap. VIII.

consenso utilitario (Gurr), o bien del consenso de valor (Johnson) en la sociedad. El Estado puede aplicar la fuerza en nombre del consenso popular y de la legitimidad, pero no está fundamentalmente basado en la coacción organizada.

En contraste con lo anterior, los teóricos marxistas —y también, hasta un grado considerable, los teóricos del conflicto político, como Charles Tilly— consideran al Estado básicamente como coacción organizada. Recuérdese que parte importante del modelo político de Tilly es el gobierno definido como "una organización que controla los principales medios concentrados de coacción dentro de la población".[61] De manera semejante, Lenin, el más destacado teórico marxista del aspecto político de las revoluciones, declara: "Un ejército y una policía permanentes son los principales instrumentos del poder del Estado. Pero, ¿cómo podría ser de otra manera?"[62] Ni Lenin ni (en su mayor parte) Tilly[63] consideran que la coacción del Estado dependa, para ser eficaz, de un consenso de valores o del consentimiento popular. Y ambos tienen plena conciencia de que los Estados pueden reprimir a las fuerzas populares y a los movimientos revolucionarios. Por tanto, no es de sorprender que, al explicar el triunfo revolucionario, tanto Tilly como Lenin hagan hincapié en el desplome del monopolio de la coacción del antiguo régimen y en la formación de fuerzas armadas por parte de los revolucionarios.

Sin embargo, sigue siendo cierto que los marxistas y los teóricos del conflicto político como Tilly son tan culpables como Gurr y Johnson de tratar al Estado básicamente como una arena en que se resuelven los conflictos sociales, aunque desde luego, ven la solución por medio de la dominación y no del consenso voluntario. Pues de una u otra manera, tanto los marxistas como Tilly consideran al Estado un sistema de coacción organizada que invariablemente funciona para apoyar la posición predominante de las clases o de los grupos dominantes sobre las clases o los grupos subordinados.

61 Tilly, *From Mobilization to Revolution*, p. 52.

62 V. I. Lenin, *The State and Revolution*, en *The Lenin Anthology*, ed. Robert C. Tucker, Nueva York.

63 Tilly, en realidad, vacila ante la cuestión de si el Estado depende básicamente del apoyo popular. Su definición del Estado y sus argumentos acerca de los ejércitos en las revoluciones no lo sugieren, pero su concepto de las situaciones revolucionarias contra la prohibición de las autoridades de Estado existentes, parecen indicarlo.

En la teoría de la acción colectiva de Tilly, Estado y sociedad parecen estar literalmente desplomados. Tilly enumera y analiza las relaciones intergrupos en términos políticos; no habla de clases o grupos sociales, sino de grupos "miembros" y alianzas que tienen poder en la política, y de aquellos grupos "desafiantes" que están excluidos de ella. Su definición misma de los grupos miembros —"cualquier contendiente que tiene acceso rutinario, a bajo costo, a los recursos controlados por el gobierno"[64]— da a entender claramente una imbricación virtualmente completa entre el poder del grupo dominante y el poder del Estado. El Estado se convierte en un instrumento (fundamentalmente coactivo) empleado por los grupos "miembros" de la política, los que tienen poder dentro de la población que se estudia.

Los teóricos del marxismo clásico no unen analíticamente Estado y sociedad. Los marxistas ven el orden social fundado en el conflicto y el dominio de clases. El poder del Estado es un tipo especializado de poder en la sociedad, que no equivale a poder de la clase dominante, ni lo abarca. Sin embargo, los teóricos marxistas sí explican la función básica del Estado en términos sociales. Sean cuales fueren las variaciones de sus formas históricas, el Estado, como tal, es considerado un rasgo de todos los modos de producción divididos entre clases; e invariablemente, la única e inevitable función necesaria del Estado —por definición— es contener el conflicto de clase y emprender otras medidas políticas en apoyo del predominio de la clase (clases) que se apropian del excedente y detentan la propiedad.[65]

Así pues, ni en el marxismo clásico ni en la teoría de la acción colectiva de Tilly se trata al Estado como estructura autónoma, como estructura con una lógica e intereses propios que no equivalen ni se funden con los intereses de la clase dominante en la sociedad o con todo el grupo de miembros de la política. Dentro de los términos de estas teorías, por consiguiente, es virtualmente imposible plantear siquiera la posibilidad de que

64 Tilly, *Mobilization to Revolution*, p. 52.

65 Para la base de la teoría marxista del Estado, véase Friedrich Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, reproducido en Marx y Engels, *Selected Works;* Lenin, *The State and Revolution*, reproducido en Tucker, ed., *Lenin Anthology;* Ralph Miliband, "Marx and the State", en *Karl Marx*, ed. Tom Bottomore, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1973, pp. 128-150, y Robert C. Tucker, "The Political Theory of Classical Marxism", en *The Marxian Revolutionary Idea*, Nueva York, Norton, 1970, cap. III.

los conflictos o intereses fundamentales puedan surgir entre la clase existente o conjunto de grupos dominantes, por una parte, y los dirigentes del Estado, por la otra. La sociedad es caracterizada por la dominación intergrupal y las luchas por el poder. Y el Estado, con apoyo en los medios concentrados de la coacción, embona como forma de dominación instrumental u objetiva y como objeto de lucha, pero no como organización por sí misma.

Sin embargo, ¿qué decir de las transformaciones más recientes del marxismo? Recientemente ha habido un interés renovado entre los intelectuales de orientación marxista por el problema del Estado.[66] En crítica reacción a la que había llegado a ser una difundida vulgarización —la idea de que los Estados no eran más que instrumentos manipulados consciente y directamente por sus jefes y por sus grupos de intereses representantes de la clase dominante— algunos analistas contemporáneos, como Ralph Miliband,[67] Nicos Poulantzas,[68] Perry Anderson,[69] Göran Therborn[70] y Claus Offe[71] han planteado la cuestión

66 Para un resumen de gran parte de esta literatura, véase David A. Gold, Clarence Y. H. Lo, y Erik Olin Wright, "Recent Developments in Marxist Theories of the Capitalist State", en *Monthly Review*, 27:5, octubre de 1975, pp. 29-43 y 27:6, noviembre de 1975, pp. 36-51.

67 Véase especialmente, Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society*, Nueva York, Basic Books, 1969, y "Poulantzas and the Capitalist State", en *New Left Review*, núm. 82, noviembre-diciembre de 1973, páginas 83-92.

68 Véase especialmente, Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, trad. Timothy O'Hagan, Londres, New Left Books, 1973; "The Problem of the Capitalist State", en *Ideology in Social Science*, ed. Robin Blackburn, Nueva York, Vintage Books, 1973, pp. 238-253, "The Capitalist State: A Reply to Miliband and Laclau", en *New Left Review*, núm. 95, enero-febrero de 1976, pp. 65-83; *Classes in Contemporary Capitalism*, trad. David Fernbach, Londres, New Left Books, 1975, y *The Crisis of the Dictatorships*, trad. David Fernbach, Londres, New Left Books, 1976.

69 Véase Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres New Left Books, 1974.

70 Véase Göran Therborn, "What Does the Ruling Class Do When it Rules?", en *The Insurgent Sociologist* 6(3), primavera de 1967: 3-16, y *What Does the Ruling Class Do When it Rules?*, Londres, New Left Books, 1978.

71 Véase especialmente Claus Offe, "Structural Problems of the Capitalist State", en *German Political Studies*, 1, 1974: 31-56; "The Theory of the Capitalist State and the Problem of Policy Formation", en *Stress and Contradiction in Modern Capitalism*, eds. Leon N. Lindberg, *et al.*, Lexington, Mass., Heath, 1975, pp. 125-144, y Claus Offe y Volker Ronge, "Theses on the Theory of the State", en *New German Critique*, núm. 6, 1975, pp. 137-147.

de "la autonomía relativa del Estado" ante todo control directo por las clases dominantes. El interés en esta posibilidad se ha enfocado especialmente en la sociedad capitalista, pero también en la fase absolutista del feudalismo europeo. Se ha prestado atención teórica a elucidar las coacciones estructurales generales que un modo de producción existente impone a la gama de posibilidades para las estructuras y las acciones del Estado. Y, en vena más innovadora, se ha desarrollado el argumento de que los dirigentes del Estado acaso deban estar libres del control de ciertos grupos específicos de la clase dominante y personal, si se quiere que puedan aplicar las medidas políticas que sirvan a los intereses fundamentales de toda una clase dominante. Tal interés constituye, desde luego, su necesidad de mantener la estructura de clase y el modo de producción en conjunto.

Aun cuando estos debates han sido recurrentes, algunos participantes —en especial, los más interesados en comprender cómo pueden actuar los Estados contra la resistencia de la clase dominante para mantener el modo de producción existente— han parecido a punto de afirmar que los Estados son potencialmente autónomos, no sólo por encima de las clases dominantes, sino también ante estructuras enteras de clase o modos de producción.[72] Sin embargo, esta posible línea de argumento, por lo general, ha sido cuidadosamente evitada.[73] En cambio, algunos analistas, como Claus Offe, simplemente han planteado la hipótesis de que, aun cuando las estructuras y políticas del Estado tienen importancia causal por derecho propio, funcionan objetivamente, por causa de "mecanismos de selección", integrados para mantener el modo de producción existente.[74] Otros, especialmente los llamados marxistas estructuralistas, han remplazado al desacreditado instrumentalismo de la clase

72 Véase especialmente Poulantzas, "Problem of Capitalist State", en *Ideology in Social Science*, ed. Blackburn, y Offe y Ronge, "Theses on the Theory of the State".

73 Dos neomarxistas que tratan a los Estados como potencialmente autónomos son: Ellen Kay Trimberger, en "State Power and Modes of Production: Implications of the Japanese Transition to Capitalism", *The Insurgent Sociologist*, 7, primavera de 1977, pp. 85-98, y en *Revolution From Above: Military Bureaucrats and Modernization in Japan, Turkey, Egypt, and Peru*, New Brunswick, N. J., Trans-action Books, 1978, y Fred Block, en "The Ruling Class Does Not Rule: Notes on the Marxist Theory of the State", en *Socialist Revolution*, núm. 33, mayo-junio de 1977, páginas 6-38. Yo he recibido gran influencia de estos escritos, y de las conversaciones personales con Trimberger y Block.

74 Offe, "Structural Problems of Capitalist State".

dominante por lo que podría llamarse un reduccionismo de lucha de clases.[75] Según esta idea, las estructuras y las funciones del Estado no sólo están controladas por las meras clases dominantes. Antes bien, son moldeadas y combatidas por la lucha de clases, entre clases dominantes y clases subordinadas, lucha que se lleva adelante dentro de los límites objetivos de la economía y de la estructura de clases, en general. Por último, Göran Therborn ha hecho una aportación muy reciente al debate, en un libro que enfoca directamente las estructuras de Estado como tales. Trabajando en vena relacionada, y sin embargo un tanto distinta de la de los teóricos de la lucha de clases, Therborn construye y contrasta los modelos tipológicos de las distintas formas y funciones de las organizaciones de Estado y las actividades de los modos de producción feudal, capitalista y socialista, respectivamente. Para cada modo, trata de derivar la estructura del Estado directamente de las correspondientes relaciones básicas de clase. Porque, junto con el teórico "estructuralista" Nicos Poulantzas, Therborn sostiene que el Estado no debería considerarse, ni como una institución específica, ni como un instrumento, sino como una relación; como una concentración materializada de las relaciones de clase de una sociedad determinada.[76]

Así, el reciente debate marxista sobre el Estado se detiene ante el problema de la autonomía del Estado, ya que la mayoría de quienes participan en el debate tienden, o bien a tratarlo de manera completamente funcionalista, o a considerarlo un aspecto de las relaciones o de la lucha de clases. Indiscutiblemente es un avance establecer (o restablecer, ya que ésta fue, sin duda, la posición marxista clásica) que los Estados no sólo son creados y manipulados por las clases dominantes; no obstante, sigue siendo esencial que los marxistas se enfrenten más directamente a las cuestiones de qué son los Estados por derecho propio, y cómo varían sus estructuras y se desarrollan sus actividades en relación con las estructuras socioeconómicas. Hasta aquí, virtualmente todos los marxistas continúan, simplemente, suponien-

[75] "Reduccionismo de lucha de clases" me parece una buena manera de describir la posición de Poulantzas en "Capitalist State: Reply to Miliband and Laclau" y en *Crisis of Dictatorships*. Esta perspectiva también ha sido desarrollada por algunos estructuralistas estadounidenses en Gösta Esping-Andersen, Roger Friedland y Erik Olin Wright, "Modes of Class Struggle and the Capitalist State", en *Kapitalistate*, núms. 4-5, verano de 1976, pp. 186-220.

[76] Therborn, *Ruling Class*, p. 34.

do que las formas y actividades del Estado varían de acuerdo con los medios de producción, y que los dirigentes del Estado no pueden actuar contra los intereses básicos de una clase dominante. Las discusiones permanecen limitadas a la cuestión de cómo se apartan los Estados y a la vez funcionan en pro de los modos de producción y las clases dominantes. El resultado es que casi nadie cuestiona aún esta versión marxista de la duradera tendencia sociológica de absorber al Estado dentro de la sociedad.

Sin embargo, hemos de objetar esta duradera tendencia sociológica, si queremos estar bien preparados para analizar las revoluciones sociales. A primera vista, una perspectiva determinista socioestructural (especialmente la que abarque un modo de análisis de clase) parece un enfoque obviamente prometedor. Así parece ser porque las revoluciones sociales, después de todo, envuelven centralmente las luchas de clases y resultan en básicas transformaciones socioestructurales. No obstante, las realidades históricas de las revoluciones sociales insistentemente indican la necesidad de un enfoque más centrado en el Estado. Como lo elucidaremos en los capítulos centrales de este libro, las crisis políticas que han lanzado las revoluciones sociales no han sido, todas ellas, reflejos epifenoménicos de tensiones sociales o contradicciones de clases. Antes bien, han sido expresiones directas de contradicciones centradas en las estructuras de los Estados del antiguo régimen. Los grupos del conflicto político que han figurado en las luchas sociorrevolucionarias no sólo han representado intereses y fuerzas sociales. En cambio, se han formado como grupos de intereses dentro de ellos, y han luchado por las formas de las estructuras del Estado. Los partidos de vanguardia que han surgido durante las fases radicales de las revoluciones sociales han sido exclusivamente responsables de construir ejércitos y administraciones centralizados, sin los cuales las transformaciones revolucionarias no habrían podido consolidarse. Más aún: las revoluciones sociales han cambiado las estructuras de Estado, tanto o más de lo que han cambiado las relaciones de clases, los valores sociales y las instituciones sociales. Y los efectos de las revoluciones sociales sobre el consiguiente desarrollo económico y sociopolítico de las naciones que han transformado se han debido no sólo a los cambios de la estructura de clases, sino también a los cambios de las estructuras y funciones del Estado logrados por las revoluciones. En suma, las modificaciones de clase y las transformaciones socioeconómicas que han caracterizado a las revoluciones sociales se han entrelazado

íntimamente con el desplome de las organizaciones de Estado de los antiguos regímenes, y con la consolidación y el funcionamiento de las organizaciones de Estado de los nuevos regímenes.

Sólo podremos encontrar un sentido a las transformaciones sociorrevolucionarias si tomamos seriamente al Estado como macroestructura. El Estado apropiadamente concebido no sólo es una arena en que se desarrollan las luchas socioeconómicas. Antes bien, es un conjunto de organizaciones administrativas, políticas y militares encabezadas y más o menos bien coordinadas por una autoridad ejecutiva. Cualquier Estado primero y fundamentalmente saca sus recursos de la sociedad y los despliega para crear y apoyar a sus organizaciones coactivas y administrativas.[77] Desde luego, estas básicas organizaciones del Estado se edifican y deben operar dentro del marco de las relaciones socioeconómicas divididas por clase, así como dentro del marco de la dinámica económica nacional e internacional. Más aún: las organizaciones coactivas y administrativas sólo son parte de los sistemas políticos en general. Estos sistemas también pueden contener instituciones a través de las cuales están representados los intereses sociales en la política del Estado, así como instituciones por las cuales se movilizan los actores que no pertenecen al Estado, para participar en la puesta en vigor de la política. Sin embargo, las organizaciones administrativas y coactivas son la base del poder del Estado, como tal.

Donde existen, estas organizaciones fundamentales del Estado son al menos potencialmente autónomas ante todo control directo de la clase dominante. El grado hasta el cual son *en realidad* autónomas, y con qué efecto, varía de un caso a otro. Vale la pena indicar que la verdadera extensión y las consecuencias de la autonomía del Estado sólo pueden analizarse y explicarse en términos específicos de tipos particulares de sistemas sociopolíticos y de conjuntos particulares de circunstancias históricas internacionales. Por ello la introducción al

[77] Mis opiniones sobre el Estado han sido directamente influidas por escritos comparativos y contemporáneos tales como Max Weber, *Economy and Society*, 3 vols. [FCE, *Economía y sociedad*], ed. Guenther Roth y Claus Wittich, Nueva York, Bedminster Press, 1968, vol. 2, cap. IX y vol. 3, caps. X-XIII, Otto Hintze, ensayos en *Historical Essays*, ed. Felix Gilbert, caps. IV-VI, XI; Tilly, ed., *Formation of National State*; Randall Collins, *Conflict Sociology*, Nueva York, Academic Press, 1975, cap. VII, y Collins, "A Comparative Approach to Political Sociology", pp. 42-69, en Bendix, *et al.*, eds., *State and Society*, y Franz Schurmann, *The Logic of World Power*, Nueva York, Pantheon Books, 1974. Véanse, también, las referencias en la nota 73.

capítulo II incluirá una elucidación de las formas institucionales del poder del Estado en Estados agrícolas como la Francia, la Rusia y la China prerrevolucionarias. Asimismo, se indicarán las probables líneas de conflicto entre las clases dominantes terratenientes y los gobernantes del Estado en tales sociedades agrarias. Aquí no es necesario entrar en esta discusión; para los fines del argumento, basta con indicar que los Estados son potencialmente autónomos y con analizar los distintos intereses a los que *puedan* favorecer.

Las organizaciones de Estado compiten necesariamente y hasta cierto grado con la(s) clase(s) dominante(s) en la asignación de recursos tomados de la economía y de la sociedad. Y los objetivos a los que se destinan estos recursos, una vez asignados, muy bien pueden no corresponder a los existentes intereses de la clase dominante. Pueden emplearse recursos para fortalecer la composición y la autonomía del Estado mismo, a veces amenazando necesariamente a la clase dominante, a menos que el poder del Estado sea indispensable y realmente aplicado en apoyar los intereses de la clase dominante. Pero el empleo del poder del Estado para apoyar los intereses de la clase dominante no es inevitable. En realidad, los intentos de los dirigentes por desempeñar simplemente las funciones "propias" del Estado pueden crear conflictos de interés con la clase dominante. El Estado normalmente desempeña dos conjuntos básicos de tareas: mantiene el orden y compite con otros Estados, reales o potenciales. Como lo han indicado los marxistas, los Estados habitualmente funcionan para mantener las existentes estructuras económicas y de clase, pues tal es normalmente el medio más directo para imponer el orden. Sin embargo, el Estado tiene sus propios intereses distintos de los de las clases subordinadas. Aunque tanto el Estado como la(s) clase(s) dominante(s) comparten un interés general en mantener en su lugar a las clases subordinadas en la sociedad, y funcionando de acuerdo con la economía existente, los intereses fundamentales propios del Estado en el mantenimiento del simple orden físico y de la paz política pueden llevarle —especialmente en periodos de crisis— a aplicar concesiones a las demandas de la clase subordinada. Estas concesiones pueden ser a expensas de los intereses de la clase dominante, pero no contrarios a los intereses del propio Estado, de controlar la población, recabar impuestos y conseguir reclutas para el ejército.

Además, no debemos olvidar que los Estados también existen en determinantes medios geopolíticos, en interacción con otros

Estados, reales o potenciales. La economía existente y la estructura de clase condicionan e influyen la estructura de Estado determinada así como las actividades de sus gobernantes. De igual modo, los medios geopolíticos crean tareas y oportunidades para los Estados y ponen límites a sus capacidades de enfrentarse a las tareas o crisis, sean externas o internas. Como en una ocasión escribió el historiador alemán Otto Hintze, dos fenómenos, ante todo, condicionan "la verdadera organización del Estado. Son, primero, la estructura de las clases sociales, y segundo, el ordenamiento exterior de los Estados: su posición relativa entre sí, y su posición general en el mundo".[78] En realidad, la participación de un Estado en una red internacional de Estados es una base para la potencial autonomía de acción por encima y en contra de grupos y acuerdos económicos dentro de su jurisdicción, llegando a incluir a la clase dominante y las relaciones concretas de producción. Pues las presiones y oportunidades militares internacionales pueden mover a los gobernantes del Estado a emprender políticas que entren en conflicto y, en casos extremos, lleguen a contradecir los intereses fundamentales de una clase dominante. Por ejemplo: los gobernantes del Estado pueden emprender aventuras militares en el extranjero que arranquen recursos al desarrollo económico en el interior, o que tengan el efecto inmediato o último de socavar la posición de los intereses socioeconómicos dominantes. Y, para ofrecer un ejemplo distinto, los gobernantes pueden responder a la competición militar internacional o a las amenazas de conquista tratando de imponer fundamentales reformas socioeconómicas, o tratando de reorientar el curso del desarrollo económico nacional por medio de la intervención del Estado. Tales programas pueden aplicarse con éxito o sin él. Pero, aun si no se llevan a cabo, el mero intento puede crear un choque de intereses entre el Estado y la clase dominante.

La perspectiva sobre el Estado que aquí proponemos bien puede llamarse "organizativa" y "realista". En contraste con la mayor parte de las teorías marxistas (en especial las más recientes), esta opinión se niega a tratar a los Estados como si fuesen simples aspectos analíticos de modos de producción abstractamente concebidos, o aun aspectos políticos de relaciones y luchas concretas de clase. Insisto, en cambio, en que los Estados son verdaderas organizaciones que controlan (o tratan de con-

[78] Hintze, "Military Organization", en Gilbert, ed., *Historical Essays*, página 183.

trolar) territorios y pueblos. Así, el analista de las revoluciones debe escudriñar, no sólo las relaciones de clase, sino también las relaciones de Estado entre sí y las relaciones de los Estados con las clases dominante y subordinada. Para los casos históricos de verdaderas revoluciones que serán analizados en los capítulos esenciales de este libro, el análisis de las contradicciones del antiguo régimen y del surgimiento de las crisis revolucionarias se centrará especialmente en las relaciones de los Estados con los competidores militares en el extranjero y con las clases dominantes, y con las estructuras socioeconómicas existentes en el interior. Y el análisis del surgimiento y de la estructura de los nuevos regímenes enfocará especialmente las relaciones de los movimientos revolucionarios en su construcción de Estados, con las circunstancias internacionales y con aquellas clases subordinadas (que invariablemente incluyen al campesinado) que fueron participantes insurrectos claves en los conflictos de las revoluciones. Las organizaciones estatales de los regímenes, tanto antiguos como nuevos, desempeñarán una función más central y autónoma en el análisis del que suelen desempeñar en la explicación marxista ortodoxa.

Y sin embargo, una perspectiva organizativa y realista del Estado no sólo entraña diferencias de los enfoques marxistas, sino que también contrasta con los enfoques no marxistas que tratan la *legitimidad* de las autoridades políticas como importante concepto explicativo. Si las organizaciones de Estado se enfrentan a cualesquiera tareas que suponen realizadas en forma eficaz y eficiente, la *legitimidad* —ya sea en el sentido de aprobación moral o en el probablemente mucho más habitual sentido de simple aceptación del *statu quo*— probablemente serán acordadas a la forma del Estado y a sus dirigentes por la mayoría de los grupos de la sociedad. Sea como fuere, lo que siempre importa más es el apoyo o la aquiescencia, no de la mayoría popular de la sociedad, sino de los grupos políticamente poderosos y movilizados, que invariablemente incluyen a los propios cuadros del régimen. La pérdida de legitimidad, especialmente entre estos grupos decisivos, tiende a continuar y en mayor grado cuando (por razones que siempre están abiertas a una explicación sociológica e histórica) el Estado no sabe enfrentarse a sus tareas actuales o resulta incapaz de enfrentarse a las nuevas tareas que de pronto le surjan de las circunstancias de una crisis. Aun después de una gran pérdida de legitimidad, el Estado puede seguir absolutamente estable —y ciertamente invulnerable a las revueltas internas basadas en las masas— espe-

cialmente si sus organizaciones coactivas siguen siendo coherentes y eficaces.[79] Por consiguiente, la estructura de tales organizaciones, su lugar dentro del aparato del Estado en general y sus nexos con las fuerzas de clase y con los grupos políticamente movilizados de la sociedad, son cuestiones importantes para el analista de los Estados en situaciones revolucionarias, reales o potenciales. Semejante enfoque analítico parece, ciertamente, resultar más fructífero que todo enfoque básico o exclusivo en la legitimación política. El clímax de la legitimidad de un régimen, a los ojos de sus propios cuadros, y de otros grupos políticamente poderosos, puede aparecer como una variable mediadora en el análisis del desplome de un régimen. Pero las causas básicas se encontrarán en la estructura y en las capacidades de las organizaciones de Estado, al estar éstas condicionadas por los desarrollos de la economía y de la estructura de clases y también por los acontecimientos ocurridos en la situación internacional.

El Estado es, en suma, fundamentalmente bifacético, como Jano, con un arraigo intrínsecamente doble en las estructuras socioeconómicas divididas por clase y en un sistema internacional de Estados. Si nuestro objetivo es comprender el desplome y la edificación de las organizaciones de Estado en las revoluciones, habremos de ver no sólo las actividades de los grupos sociales sino que también habremos de enfocar los puntos de intersección entre las condiciones y presiones internacionales, por una parte, y las economías estructuradas en las clases y en los intereses organizados políticamente, por la otra. Los funcionarios ejecutivos del Estado y sus seguidores aparecerán maniobrando con objeto de obtener recursos y construir organizaciones administrativas y coactivas precisamente en estas intersecciones.

Aquí, por consecuencia, es el lugar en que deben buscarse las contradicciones políticas que ayudan a lanzar las revoluciones sociales. También se encontrarán aquí las fuerzas que modelan la reedificación de las organizaciones de Estado dentro de las crisis sociorrevolucionarias.

En la parte del capítulo que acabamos de reseñar, han sido analizados críticamente tres principios de análisis compartidos por las teorías actuales de la revolución. Se han propuesto en su

79 Véase Katherin Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943; reproducido, ed., Boston, Beacon Press, 1973, y Russell, *Rebellion, Revolution and Armed Force*.

lugar otros principios teóricos. En realidad, todas las tendencias compartidas por las que hemos analizado las teorías existentes están íntimamente interrelacionadas: una imagen intencionada de las causas de las revoluciones sociales complementa una perspectiva intranacional de la modernización. Y cada una es más fácilmente congruente con la comprensión socioeconómicamente reduccionista del Estado. Por consiguiente, no es de extrañar que los nuevos principios aquí propuestos sean mutuamente complementarios. Analizaremos las causas y los procesos de las revoluciones sociales desde una perspectiva no voluntarista, estructural, atendiendo a las estructuras y los procesos internacionales y de la historia universal, así como intranacionales. Y un acompañante teórico importante consistirá en llevar a ciertos Estados —interpretados como organizaciones potencialmente autónomas, localizadas en la interfase de las estructuras de clase y en las situaciones internacionales— al centro mismo de la atención.

En la siguiente parte estudiaremos el método de análisis que nos parece apropiado para la tarea de explicar las revoluciones sociales.

Un método de historia comparada

La "Revolución social", tal como fue definida al comienzo de esta obra —transformaciones rápidas y fundamentales del Estado y de las estructuras de clase de una sociedad, acompañadas y en parte realizadas mediante revueltas, basadas en las clases, desde abajo— han sido acontecimientos relativamente escasos en la historia universal moderna. Además, cada una de tales revoluciones ha ocurrido de una manera particular, en un medio único de circunstancias de estructura social e internacionales. Entonces, ¿cómo puede esperar el sociólogo desarrollar explicaciones históricamente válidas de la revolución social como tal?

El estudio de las revoluciones sociales por derecho propio se ha evitado en la ciencia social estadounidense reciente, porque los estudiosos creen que sólo los fenómenos que se dan en gran número pueden estudiarse de manera verdaderamente científica. Ha habido una reacción consciente contra el enfoque del "naturalista" a las revoluciones, favorecido por una generación anterior de científicos estadounidenses. Los "historiadores naturales", principalmente Lyford Edwards, Crane Brinton y George Pettee, examinaron decenas de casos, en un intento por desarrollar

generalizaciones acerca del proceso típico de la revolución.[80] Desdeñando este enfoque por considerarlo demasiado "histórico", los estudiosos posteriores de la revolución trataron, en cambio, de teorizar tan sólo acerca de grandes números de casos. Así, en la introducción de un libro de 1964 intitulado *Internal War*, Harry Eckstein define "un tema teórico" como "un conjunto de fenómenos acerca de los cuales pueden hacerse generalizaciones informativas, sometibles a pruebas, que se sostienen en todos los ejemplos del tema, y algunas de las cuales se aplican sólo a dichos ejemplos",[81] y pasa después a aseverar que, en tanto que "una afirmación acerca de dos o tres casos es ciertamente una generalización en el sentido del diccionario, una generalización en el sentido metodológico debe basarse habitualmente en más; debe abarcar un número de casos lo bastante grande para ciertos rigurosos procedimientos de prueba, como el análisis estadístico".[82] Otros muchos estudiosos contemporáneos de la revolución están de acuerdo con Eckstein. Por consiguiente, las estrategias favorecidas para explicar las revoluciones se han colocado, como premisas, dentro de categorías mucho más generales. Éstas incluyen las categorías sistema social estructural-funcionalista (por ejemplo, Chalmers Johnson) y las categorías tales como la de la "violencia política" (por ejemplo, Ted Gurr), o de la "acción colectiva" (por ejemplo, Charles Tilly) que se refieren a aspectos compartidos por muchos tipos de acontecimientos políticos.[83]

80 Las obras claves son: Lyford P. Edwards, *The Natural History of Revolution*, 1927; reproducción, ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970; Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution*, Orig. 1938; edición corregida y aumentada, Nueva York, Vintage Books, 1965, y George Sawyer Pettee, *The Process of Revolution*, Nueva York, Harper and Brothers, 1938.

81 Harry Eckstein, ed., *Internal War*, Nueva York, Free Press, 1964, página 8.

82 *Ibid.*, p. 10.

83 Por ejemplo, la definición que da Chalmers Johnson del cambio revolucionario, enmarcado en términos de la teoría de los sistemas sociales, con su universalidad de referencia a todas las sociedades en todos los tiempos y lugares, lo incluye todo, desde los movimientos de revitalización en las sociedades tribales, hasta las guerras religiosas en las sociedades agrarias premodernas y las revoluciones de las contemporáneas naciones-Estados. Y tanto Ted Gurr como Charles Tilly, pese a sus enconados desacuerdos, tratan de situar las revoluciones dentro de teorías más generales de "violencia política" y "acción colectiva", respectivamente. Precisamente porque ambos desean teorizar tan sólo acerca de categorías que contengan grandes números de acontecimientos, de modo que sus modelos queden

No se trata de que los analistas contemporáneos de los fenómenos que incluyen la revolución consideren que sus teorías no tienen aplicabilidad a las revoluciones sociales. Desde luego, creen que sus teorías generales deben ser "aplicadas" a los ejemplos de revolución por historiadores o por científicos sociales que efectúan análisis de casos aislados. En cierto sentido, teorías como las de Johnson, Gurr y Tilly ciertamente son aplicables a casos individuales de revolución social: pueden encontrarse privación relativa, soberanía múltiple y desequilibrios de sistemas y movimientos ideológicos orientados hacia los valores en cualquiera y en todos los ejemplos de revolución social. Los historiadores o los analistas podrían así, en principio, utilizar cualquiera o todas estas ideas en el análisis de una revolución determinada. En realidad, como las teorías sociocientíficas contemporáneas están enmarcadas en términos conceptuales tan generales, es muy difícil decir si *no* se aplican a un caso dado. Por ejemplo: ¿qué sociedad carece de una difundida privación relativa de una u otra índole? ¿Y cómo discernir un sistema social sincronizado, cuando lo vemos? De manera bastante irónica, los enfoques teóricos puestos para evitar las trampas de un enfoque demasiado histórico a las revoluciones pueden terminar ofreciéndonos poco más que algunos indicadores hacia varios factores que los analistas de casos puedan desear tomar en cuenta, sin ninguna manera válida de favorecer algunas explicaciones sobre otras.

La teoría marxista labora con categorías menos generales, más afianzadas en la historia, que las recientes teorías sociocientíficas, y ofrece una explicación más elegante y completa de las transformaciones sociorrevolucionarias como tales (en lugar de la violencia política, por ejemplo, en general). Por tanto, no es casual que el marxismo haya sido la teoría científica-social más continua y útilmente empleada por los historiadores para elucidar varias revoluciones, en particular.[84] Sin embargo,

abiertos a la prueba cuantitativa, tanto Gurr como Tilly definen las revoluciones de acuerdo con los aspectos analíticos que tienen en común con otros muchos tipos de hechos políticos; es decir, la violencia política para Gurr y la acción política organizada y el desplazamiento de los detentadores del poder soberano para Tilly, dejando aparte toda preocupación por las grandes transformaciones estructurales distintivas de las revoluciones, especialmente de las revoluciones sociales como tales.

84 "Revoluciones burguesas" como la francesa y la inglesa han sido interpretadas, en general, de acuerdo con la teoría marxista. Para las revoluciones no burguesas se enfoca la función de las contradicciones de clase

las interacciones entre la teoría marxista y la historia son incompletas porque no se han empleado casos históricos para someter a prueba y modificar las explicaciones ofrecidas por la teoría. Los analistas marxistas se han dedicado a poner de relieve los conflictos de clases y los cambios de relaciones de clase que ciertamente ocurren durante las revoluciones. Pero no han inventado maneras de poner a prueba si estos factores realmente establecen una distinción entre las revoluciones y otros tipos de transformaciones o entre los estallidos revolucionarios triunfantes y los abortados. Quizás, especialmente, porque los factores que consideran en realidad son parte importante de la historia, los marxistas no han notado un punto decisivo: las variables causales que nos remiten a la fuerza y a la estructura de los Estados del antiguo régimen y las relaciones de organizaciones de Estado con las estructuras de clase pueden discriminar entre los casos de revoluciones triunfantes y los casos de fracaso o no ocurrencia, mucho mejor que las variables que nos remiten a las relaciones de clase y pautas de desarrollo económico, exclusivamente. De manera similar, en sus explicaciones de los resultados de las revoluciones, los estudiosos de orientación marxista subrayan los cambios de estructuras de clase y aun los acontecimientos económicos a muy largo plazo. Pero virtualmente pasan por alto las transformaciones habitualmente mucho más notables e inmediatas que ocurren en la estructura y en las funciones de las organizaciones de Estado, como ejércitos y administraciones, y en las relaciones entre el Estado y las clases sociales. Una vez más, esto ha significado que no identificaron los distintivos cambios políticos institucionales que colocan a las revoluciones aparte de las pautas no revolucionarias del desarrollo nacional.

Una brecha de una u otra índole entre la teoría y la historia vicia de esta manera tanto los estudios marxistas cuanto las teorías académicas más recientes de las ciencias sociales acerca de las revoluciones. Especialmente los historiadores notan la existencia de esta brecha, en tanto que algunos de ellos se quejan de la vaguedad de las recientes teorías sociocientíficas de la revolución.[85] Otros polémicamente aseveran lo inapropiado de

y los conflictos en las causas y en los procesos; pero los resultados rara vez son analizados en términos marxistas.

[85] Véanse, por ejemplo, Stone, "Theories of Revolution", y Zagorin, "Theories in Contemporary Historiography" (las citas completas en la nota 7).

los conceptos o explicaciones marxistas para cualquier caso que deseen analizar.[86] Por desgracia, los historiadores desilusionados a veces concluyen que su disciplina debe evitar por completo las teorías sociocientíficas.[87] En cambio, proponen analizar caso tras caso las revoluciones, cada una en sus propios términos analíticos, o bien cada una en el lenguaje de los actores y del tiempo y del lugar. En la práctica, ninguno de tales enfoques relativistas es siquiera posible, pues los historiadores siempre deben alimentarse, al menos intrínsecamente, de las ideas teóricas y de los puntos comparativos de referencia.[88] Pero un hiato de comunicación entre los historiadores y los especialistas en un terreno, por una parte, y los teóricos sociales, por el otro, *siempre* es posible. Hasta el punto en que existe tal hiato, como ocurre hasta cierto grado, tan sólo favorece simultáneamente la proliferación de teorías putativamente generales de (o acerca de) la revolución, que en realidad no iluminan las revoluciones históricas y aumentos de las versiones de los especialistas acerca de casos particulares que no están conscientemente informados por principios más generales de análisis y de explicación; sin embargo, la manera de enfrentarse a tal escisión no es deplorarla, desde una posición aventajada. Antes bien, el único antídoto eficaz es el real desarrollo de explicaciones de las revoluciones que iluminen las pautas verdaderamente generales de las causas y de los resultados, sin pasar por alto ni abstraerse por completo de los aspectos particulares de cada revolución y de su contexto.

Por fortuna, hay un método disponible para ayudarnos en el desarrollo de tales explicaciones de las revoluciones, al mismo tiempo generalizable a través de los casos, e históricamente sensible. Las revoluciones sociales, como tales, *pueden* tratarse como tema teórico. No existe el requisito inevitable de formular hipótesis explicativas sólo acerca de categorías con grandes números de casos. Tampoco tienen que contentarse los teóricos sólo con aplicar conceptos generales a casos particulares. Para generalizar acerca de las revoluciones sociales, para crear expli-

86 Véase por ejemplo, Alfred Cobban, *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1964, y J. H. Hexter, *Reappraisals in History*, Nueva York, Harper & Row, 1963.

87 A este argumento recurren típicamente los historiadores como Cobban y Hexter que están atacando la aplicación de los conceptos e interpretaciones marxistas a revoluciones en particular.

88 Este argumento ha sido desarrollado en E. H. Carr, *What is History?*, Nueva York, Vintage Books, 1961.

caciones de sus causas y resultados pueden emplearse los análisis históricos comparativos, con "tajadas" selectas de las trayectorias históricas nacionales como unidades de comparación. La "historia comparada" se utiliza comúnmente, y no laxamente, para referirse a cualquiera y a todos los estudios en que dos o más trayectorias históricas de naciones-Estados, complejos institucionales o civilizaciones quedan yuxtapuestas. En este sentido tan general, el término se refiere a los estudios con tipos de propósitos muy distintos. Algunas historias comparadas, como *The Rebellious Century 1830-1930* (por Charles, Louise y Richard Tilly), pretenden demostrar que un modelo sociológico particular y general puede sostenerse a través de diferentes contextos nacionales.[89] Otros estudios, como *Nation-building and Citizenship*, de Reinhard Bendix, y *Lineages of the Absolutist State*, de Perry Anderson, se valen básicamente de comparaciones para sacar a luz contrastes entre naciones o civilizaciones tomadas como conjuntos sintéticos.[90] Pero hay una tercera versión de la historia comparada —a la que aquí llamaré el método de *análisis* histórico-comparativo— cuyo interés primordial es desarrollar, someter a prueba y refinar las hipótesis causales y explicativas de los acontecimientos o estructuras que son integrales a las macrounidades, tales como las naciones-Estados.

El análisis histórico-comparativo tiene un largo y distinguido linaje en las ciencias sociales. Su lógica fue explícitamente establecida por John Stuart Mill en su obra *A System of Logic*.[91] El método fue aplicado, con poderoso efecto, por analistas sociales e históricos clásicos como Alexis de Tocqueville y Marc Bloch.[92] Y sigue siendo elaborado y aplicado por estudiosos contemporáneos, incluso (quizás notablemente) por Barrington Moore, Jr., en *Social Origins of Dictatorship and Democracy*.[93] El análisis

89 Charles, Louise y Richard Tilly, *The Rebellious Century 1830-1930*, Cambridge, Harvard University Press, 1975.

90 Reinhard Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, Nueva York; Wiley, 1964. Para la cita de Anderson, véase la nota 69. Aun cuando la perspectiva teórica de Bendix es weberiana y la de Anderson es marxista, ambos se valen de un tipo similar de enfoque comparativo.

91 Véase Ernest Nagel, ed., *John Stuart Mill's Philosophy of Scientific Method*, Nueva York; Hafner, 1950, Libro III, cap. VIII.

92 Para un análisis del empleo de Tocqueville del método comparativo, véase Neil J. Smelser, *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1976, cap. II. Acerca de Marc Bloch, véase William H. Sewell, Jr., "Marc Bloch and the Logic of Comparative History", en *History and Theory*, 6:2, 1967, pp. 208-218.

93 Para discusiones contemporáneas acerca del análisis comparativo,

histórico-comparativo ha sido claramente apropiado para crear explicaciones de los fenómenos macro-históricos de los cuales sólo hay, en esencia, unos cuantos casos. Esto contrasta con tipos más plenos y manipulables de fenómenos, apropiados para las investigaciones experimentales, y también contrasta con otros fenómenos donde hay grandes números de casos que exigen los análisis estadísticos. En realidad, el análisis histórico-estadístico es el modo del análisis multivariado, al que se recurre cuando hay demasiadas variables y no suficientes casos.

Lógicamente, ¿cómo funciona el análisis histórico-comparativo? Básicamente, se trata de establecer asociaciones válidas de causas potenciales con los fenómenos determinados que se estén intentando explicar. Hay dos maneras principales de proceder: Primero, puede tratarse de establecer que varias causas que tienen en común los fenómenos que están tratando de explicarse, también tienen en común un conjunto de factores causales, aun cuando varían en otros aspectos, que pueden parecer casualmente importantes. Este enfoque es lo que Mill llamó el "método de acuerdo". Segundo, pueden contrastarse los casos en que los fenómenos que deben explicarse y las causas planteadas como hipótesis también están presentes en otros casos, en que los fenómenos y las causas están ausentes, pero que, por lo demás, son tan similares como es posible a los casos positivos. A este procedimiento lo llamó Mill el "método de diferencia". Tomado aisladamente, es un método más poderoso que el método "de acuerdo" para establecer por sí solo asociaciones causales válidas (siempre que se encuentren casos negativos apropiados para los contrastes requeridos). Sin embargo, en la práctica a menudo es posible, y ciertamente deseable, combinar estas dos lógicas comparativas. Esto se hace empleando al mismo tiempo varios casos positivos junto con los apropiados casos negativos como contraste.

Tal será el enfoque de este libro. Francia, Rusia y China servirán como tres casos positivos de triunfal revolución social; yo sostendré que estos casos revelan similares pautas causales pese a otras muchas diferencias. Además, presentaré casos negativos con el propósito de validar diversas partes particulares del argu-

véase Smelser, *Comparative Methods;* Arend Lijphart, "Comparative Politics and the Comparative Method", en *American Political Science Review,* 65:3-4, 1971, pp. 682-693; Hopkins y Wallerstein, "Comparative Study of National Societies", y Morris Zelditch, Jr., "Intelligible Comparisons", en *Comparative Methods in Sociology,* ed. Ivan Vallier, Berkeley, University of California Press, 1971, pp. 267-307.

mento causal. Al hacerlo, presentaré siempre contrastes que llevan al máximo las similitudes del caso (casos) negativo(s) con el caso o los casos positivos en todo aspecto, al parecer pertinente, salvo la secuencia causal que supuestamente valida el contraste. Así, por ejemplo, la abortada Revolución rusa de 1905 será contrastada con la triunfal Revolución de 1917, con el fin de validar los argumentos acerca de la decisiva contribución al triunfo social revolucionario en Rusia de los procesos relacionados con la guerra que condujeron al desplome de las capacidades represivas del Estado. Además, emplearemos en varios sitios ciertos aspectos selectos de la historia inglesa, japonesa y alemana, para fortalecer los argumentos acerca de las causas de las crisis políticas revolucionarias y de las revueltas campesinas de Francia, Rusia y China. Estos casos son apropiados contrastes, porque fueron países comparables los que pasaron por crisis y transformaciones políticas, no socialrevolucionarias, en tiempos y circunstancias aproximadamente similares a las de Francia, Rusia y China.

A primera vista, el análisis histórico-comparativo puede no parecer muy distinto del enfoque de los "historiadores naturales" Lyford Edwards, Crane Brinton y George Pettee. También ellos analizaron y compararon en profundidad unos cuantos casos históricos; sin embargo, en realidad, los enfoques histórico-comparativos y de historia natural a las revoluciones difieren tanto en su objetivo cuanto en su método de análisis. Mientras que la meta del análisis histórico-comparativo es establecer las causas de las revoluciones, los historiadores naturales tratan de describir el ciclo característico o la secuencia de etapas que, típicamente, deben ocurrir en los procesos de las revoluciones. Como dijo Robert Park en su introducción a *The Natural History of Revolutions*, de Lyford Edwards:

> Todo cambio social que es capaz de descripción en términos conceptuales tendrá [...] su ciclo característico. Tal es una de las presuposiciones en que se basa este estudio. Como método científico, esta descripción del ciclo parece ser el primer paso hacia el análisis del cambio social por doquier.[94]

Metodológicamente, los historiadores naturales analizaron las revoluciones tratando de hacer embonar o bien partes de varios casos (por ejemplo Edwards) o unos cuantos casos íntegros (por

94 Edwards, *Natural History*, p. XVIII.

ejemplo Brinton) con las metáforas que mejor les parecieron describir sus etapas compartidas de desarrollo, y de allí la secuencia putativamente "natural" a las revoluciones. Brinton, por ejemplo, empleó explícitamente una metáfora de la enfermedad que también había empleado, implícitamente, Edwards:

> Observaremos las revoluciones como una especie de enfermedad febril [...] En la sociedad durante su incubación, poco más o menos anterior al estallido de la revolución [...] se encontrarán señales de la próxima perturbación [...] están [...] bien descritas como signos *prodrómicos*, indicaciones a los diagnosticadores más agudos, de que está desarrollándose una enfermedad, pero no lo suficientemente desarrollada aún para ser la gran enfermedad. Viene entonces un tiempo en que todos los síntomas se revelan, y es cuando podemos decir que ha comenzado la fiebre de la revolución. Ésta se desarrolla, no regularmente, sino con avances y retrocesos, hasta llegar a una crisis, frecuentemente acompañada por delirio, el gobierno de los revolucionarios más violentos, el Reino del Terror. Tras la crisis viene un periodo de convalecencia, habitualmente marcado por una o dos recaídas. Finalmente, la fiebre pasa, y el paciente nuevamente es el mismo, quizás en algunos aspectos, en realidad, vigorizado por la experiencia, o al menos inmunizado durante un tiempo contra todo ataque similar, pero no completamente restablecido.[95]

Desde luego, los historiadores naturales también ofrecieron, al menos implícitamente, algunas hipótesis teóricas acerca de las causas de la revolución. Éstas fueron básicamente sociopsicológicas, y —el punto significativo para nuestros propósitos—, se hizo un pequeño intento de emplear las comparaciones de casos históricos para validarlas. En cambio, las hipótesis teóricas simplemente fueron aplicadas al análisis en total, y los materiales históricos se utilizaron básicamente para ilustrar la secuencia por etapa metafórica. Los resultantes análisis de historia natural ciertamente no carecieron de valor —en realidad, ofrecen muchas vislumbres de los procesos revolucionarios, y aún hoy se les puede leer con provecho— pero fueron muy distintos de un análisis histórico-comparativo. Semejante análisis se basa en comparaciones entre casos positivos, y entre casos positivos y negativos, para identificar y validar las causas, y no las descripciones, de las revoluciones. Más aún: un análisis histórico-comparativo no supone, en absoluto, ni intenta argüir que los procesos revolucionarios deban parecer descriptivamente similares en sus trayectorias concretas de un caso a otro, pues los conjuntos

95 Brinton, *Anatomy of Revolution*, pp. 16-17.

analíticamente similares de causas pueden ser efectivos entre un caso y otro, aun si la naturaleza y la ocasión de los conflictos durante las revoluciones son distintos, y aun si, por ejemplo, un caso culmina en una reacción conservadora, mientras que otro no (en absoluto o de la misma manera). En un análisis histórico-comparativo, semejantes diferencias no son obstáculos para la identificación de causas similares entre distintos casos de revolución. Al mismo tiempo, representan variaciones que pueden explicarse comparando los casos históricos positivos entre sí.

Desde luego, la historia comparada no carece de dificultades y limitaciones, y varias especialmente aplicables merecen un breve análisis. En primer lugar, existen dificultades inevitables al aplicar el método de acuerdo con su lógica determinada. A menudo es imposible encontrar exactamente los casos históricos que se necesitan, dada la lógica de cierta comparación. Y aun cuando los casos sean más o menos apropiados, nunca podrán lograrse controles perfectos a todas las variables potencialmente aplicables. Así pues, hay que hacer ciertas conjeturas estratégicas acerca de que ciertos casos probablemente sean operativos; es decir, cuáles pueden o no pueden afectar en realidad al objeto de estudio. El resultado es que siempre hay rasgos contextuales no examinados de los casos históricos, que interactúan con los casos que están siendo explícitamente examinados en la forma en que el análisis histórico-comparativo no revela o bien simplemente se debe suponer que tal comparación no era pertinente.[96]

Otro conjunto de problemas surge del hecho de que el análisis histórico-comparativo necesariamente presupone (como cualquier lógica multivariada) que las unidades que se están comparando son independientes unas de otras. Pero en realidad, esta suposición es pocas veces o nunca plenamente válida para macrofenómenos como las revoluciones. Pues, como ya hemos observado, estos fenómenos ocurren en marcos de la historia universal únicos que cambian con el tiempo, y ocurren dentro de estructuras internacionales que atan las sociedades una a otra. En gran parte de cualquier análisis comparativo, a menudo puede sostenerse la ficción de las unidades independientes. Así, por ejemplo, estoy dispuesta a tratar a la Francia, la Rusia y la China del antiguo régimen como Estados agrarios básicamente

96 Esta dificultad ha sido indicada en Adam Przeworski y Henry Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley, 1970. Smelser, *Comparative Methods*, caps. VI y VII, *passim*, analiza varias maneras de enfrentarse a ella.

similares y no relacionados, con el fin de explorar las causas de las revoluciones francesa, rusa y china. Pero más tarde o más temprano, en la mayor parte de los macroanálisis, hay que tomar en cuenta los efectos únicos del medio y de la ocasión universales, y las interrelaciones entre unidades. Así pues, incluiré en mi análisis los efectos de los contextos únicos de la historia universal de la Revolución francesa del siglo XVIII contra las revoluciones rusa y china del siglo XX y tomaré en cuenta el hecho de que los revolucionarios rusos desempeñaron un papel en la Revolución china mediante la transmisión de modelos y medidas políticas del partido comunista, por vía de la *Komintern.*

Por último, debe subrayarse que el análisis histórico-comparativo no es sustituto de la teoría. En realidad, sólo puede aplicarse con la ayuda indispensable de conceptos o hipótesis teóricas, pues el método comparativo por sí solo no puede definir al fenómeno que debe estudiar. No puede seleccionar unidades apropiadas de análisis, ni indicar qué casos históricos deben estudiarse. Tampoco puede aportar las hipótesis causales que se explorarán. Todo esto debe proceder de la imaginación macrosociológica, informada por los debates teóricos de la época, y sensible a las pautas de evidencias para conjuntos de casos históricos.

Sin embargo, el análisis histórico-comparativo sí nos ofrece un freno o ancla valiosa para la especulación teórica. Nos alienta a poner en claro los verdaderos argumentos causales sugeridos por las grandes perspectivas teóricas, y a combinar diversos argumentos, de ser necesario, para permanecer fieles al objetivo último: que es, desde luego, la verdadera iluminación de las regularidades causales que existen a través de los casos históricos. Sea(n) cual(es) fuere(n) la(s) fuente(s) de la inspiración teórica, la historia comparada sólo triunfará si desempeña de manera convincente esta tarea. Y cuando es empleado con éxito, el análisis histórico comparativo sirve de estrategia ideal para mediar entre la teoría y la historia. Mientras no sea aplicado mecánicamente, puede estimular las extensiones y reformulaciones teóricas, por una parte y maneras nuevas de ver casos históricos concretos, por la otra.

¿Por qué Francia, Rusia y China?

Las partes anteriores de este capítulo han esbozado un marco teórico de referencia e introducido un método de análisis, los

cuales son aplicables, en principio, a la investigación de muchos posibles conjuntos de revoluciones sociales. Desde luego, este libro no analiza en profundidad todos los casos históricos conocidos de revolución social; tampoco analiza una muestra "aleatoria" tomada de todo el universo de casos posibles. En realidad, como mejor funciona el análisis histórico-comparativo es al aplicarlo a un conjunto de unos cuantos casos que comparten ciertos rasgos básicos. Los casos deben ser minuciosamente elegidos, y debe quedar explícito el criterio empleado al reunirlos. En los capítulos siguientes, son tratadas en conjunto las revoluciones francesa, rusa y china, como ejemplos básicamente similares de triunfales transformaciones sociales revolucionarias. Por consiguiente, en este punto proceden algunas palabras para justificar esta selección de casos.

Existen algunas importantes razones prácticas de que se escogieran estas revoluciones sociales para analizarlas, en vez de otras. Por una parte, todas ellas ocurrieron en países cuyas estructuras de Estado y de clase no habían sido creadas recientemente ni básicamente alteradas durante el dominio colonial. Esta consideración elimina muchas complejidades que habrían tenido que ser sistemáticamente incluidas en todo análisis de las revoluciones ocurridas en los marcos poscoloniales o neocoloniales. Además, las revoluciones francesa, rusa y china estallaron, todas ellas —después de procesos más o menos dilatados de lucha de clases y política— y culminaron en la consolidación del poder del Estado revolucionario, hace suficiente tiempo para poder estudiar y comparar las tres, como transformaciones revolucionarias *íntegras.* En otras palabras, es posible seguir cada revolución desde la caída del antiguo régimen, pasando por el surgimiento de un nuevo régimen claramente estructurado. Para la historia comparada, indudablemente sigue siendo cierta la máxima de Hegel: el búho de Minerva emprende el vuelo al caer la noche.

Sin embargo, se necesitan razones más poderosas para explicar, no sólo por qué fueron seleccionadas Francia, Rusia y China para su estudio intensivo, sino también por qué las tres fueron agrupadas como casos fundamentalmente *similares* de revolución social. Pues, de acuerdo con la mayoría de las formas existentes de definir y agrupar las revoluciones para su estudio comparativo, Francia, Rusia y China sencillamente no forman un grupo; ciertamente, no todas ellas en un mismo conjunto.[97]

97 Los estudiosos de orientación marxista, por ejemplo, plantean distinciones fundamentales entre revoluciones "burguesas" (como la de

Francia tuvo una revolución europea anterior al siglo XX, típicamente interpretada como de naturaleza capitalista-burguesa o liberal-demócrata. Según el esquema de categorías de cada quien, Rusia o bien tuvo una revolución antiabsolutista, o bien una revolución de desarrollo de Estado, o bien una revolución comunista-proletaria. Algunos analistas acaso estén dispuestos a agruparla junto con Francia; otros, con China, pero nadie convendría en que debe agrupársele con ambas.[98] Y es que China, en especial, no es considerada como legítimamente clasificable junto con Francia, ya sea porque la Revolución francesa fue "burguesa" o "liberal", y la china, evidentemente, no fue ninguna de las dos cosas, o bien porque China debe ser agrupada con las revoluciones de liberación nacional del Tercer Mundo, y no con revoluciones europeas de ninguna especie.

Pero la premisa de esta obra es que Francia, Rusia y China mostraron importantes similitudes en sus antiguos regímenes y procesos y resultados revolucionarios, similitudes más que suficientes para justificar su tratamiento en conjunto, como pauta que exige una explicación causal coherente. Las tres revoluciones ocurrieron en ricos y políticamente ambiciosos Estados agrarios, ninguno de los cuales había sido nunca colonialmente

Francia) y "socialistas" (o al menos, anticapitalistas), como las de Rusia y China. En forma un tanto análoga, los no marxistas suelen hacer clara distinción entre las revoluciones antiabsolutistas, liberal-democráticas, por una parte, y las revoluciones colectivistas, de reforzamiento del Estado, por la otra. Por último, estaba haciéndose muy común que los analistas apartaran de todas las "revoluciones europeas" (desde la inglesa hasta la rusa) una categoría de revoluciones de liberación nacional, como las que han ocurrido desde la segunda Guerra Mundial en varios países del Tercer Mundo. Esta distinción aparece en Elbaki Hermassi, en "Toward a Comparative Study of Revolutions", *Comparative Studies in Society and History*, 18:2, abril de 1976, pp. 211-235, y en Martin Malia, "The Escalation of European Revolution: 1640, 1789, 1848, 1917" (documento presentado en la Reunión Anual de la Sección Moderna Europea de la American Historical Association, Atlanta, Georgia, diciembre de 1975), pp. 5-9. Tanto Hermassi como Malia consideran que la Revolución china ha sido una revolución de liberación nacional ("periférica" o "del Tercer Mundo").

98 Malia, en "Escalation", trata la Revolución rusa como revolución antiabsolutista, junto con todas las demás revoluciones europeas, incluso la francesa. Hermassi, en "Comparative Study", considera la Revolución rusa como el prototipo de revolución "desarrollista", en contraste con las revoluciones "democráticas" como la francesa, y las "periféricas" como la china. Barrington Moore, en *Social Origins*, trata las revoluciones rusa y china como "revoluciones campesino/comunistas", en contraste con la burguesa-liberal Revolución francesa. El agrupamiento hecho por Moore probablemente sea el más típico, aun cuando otros estudiosos también emplean habitualmente diferentes marbetes.

sojuzgado. Estos antiguos regímenes eran autocracias protoburocráticas, que de pronto hubieron de enfrentarse con competidores militares más desarrollados en el aspecto económico. En las tres revoluciones, las crisis mediadas por el exterior se combinaron con condiciones y corrientes estructurales internas para producir una coyuntura de: 1) la incapacidad de las maquinarias del Estado central de los antiguos regímenes; 2) difundidas rebeliones de las clases bajas, sobre todo campesinos; y 3) intentos de jefatura política por movilizar las masas para consolidar el poder del Estado revolucionario. En cada caso, el resultado revolucionario fue una nación-Estado centralizada, burocrática e incorporadora de las masas, cuyo poder era cada vez mayor en la arena internacional. Se suprimieron (o redujeron mucho) los obstáculos al cambio social nacional unidos a las posiciones prerrevolucionarias de la clase superior terrateniente, y fueron creados nuevos potenciales de desarrollo, por la mayor centralización estatal e incorporación política de las masas de los nuevos regímenes.

Sean lo que fueren los otros sistemas de categoría que puedan adoptar, las revoluciones francesa y china —los dos casos "polares" de mi trío— no difirieron tanto una de la otra, ni fueron tan similares (respectivamente) respecto de las antiguas revoluciones liberales europeas y de las revoluciones de construcción de Estado en el Tercer Mundo, como parecen indicarlo sus medios cultural y espacio-temporal. La Revolución francesa en realidad fue, en aspectos importantes, notablemente distinta de la Revolución inglesa del siglo XVIII y bastante similar a las revoluciones china y rusa. Las revueltas campesinas desempeñaron un papel clave en el proceso de la Revolución francesa, y el resultado político fue un Estado más centralizado y burocrático; no un régimen parlamentario liberal. En cuanto a la Revolución china, parece notablemente miope, en términos históricos, considerarla como una revolución de construcción de nación nueva de mediados del siglo XX. China tuvo un antiguo régimen imperial con una historia cultural y política que se extendía hacia atrás a lo largo de muchas centurias. Y la Revolución china como proceso entero fue lanzado en 1911 por una revuelta de la clase superior contra un Estado monárquico absolutista, no muy distinto de la revuelta aristocrática que lanzó la Revolución francesa.[99] Además, la Revolución china, a la postre, hizo

99 Los estudiosos suponen a menudo que China ha tenido dos revoluciones: una en 1911, y otra, que enfrentó a los comunistas chinos con los

surgir un régimen comunista orientado hacia el desarrollo que ciertamente es tan similar —o más— al régimen soviético posrevolucionario como los gobiernos contemporáneos no comunistas del Tercer Mundo.

Como en realidad hay similitudes suficientes para poder agrupar estas tres revoluciones para su análisis histórico-comparativo, mucho puede ganarse haciéndolo así. Los rasgos sociopolíticos similares de las revoluciones francesa, rusa y china, pueden ponerse de relieve y explicarse de maneras tales que, necesariamente, serían perdidas de vista de los analistas determinados a mantenerlas apartadas, en categorías de tipos separados. Ante todo hay mucho que aprender de la yuxtaposición de estas revoluciones, acerca de las causas y de los resultados de la participación campesina en las revoluciones sociales. También hay mucho que aprender acerca de la dinámica del desplome y de la reconstrucción de las organizaciones administrativa y coactiva del Estado, en su paso del antiguo al nuevo régimen. No es casual que estos aspectos de las revoluciones tiendan a ser minimizados o desdeñados en muchos otros análisis comparativos. Esto ocurre porque la mayoría de los esquemas de categoría diferentes sirven para poner de relieve; en cambio, o bien las configuraciones de clase burguesa-proletaria, o las pautas de autoridad política legítima y las autoconcepciones ideológicas de los regímenes antiguos y nuevos.

Pero nosotros no sólo subrayaremos las pautas comunes que comparten las revoluciones francesa, rusa y china. Dadas la flexibilidad y la sensibilidad histórica del método comparativo, también puede prestarse antención a los rasgos particulares de

nacionalistas, durante las décadas de 1930 y 1940. Sin embargo, considero más apropiado ver la Revolución china como un proceso que se extiende desde la caída del antiguo régimen en 1911 (y la incapacidad de todo nuevo régimen nacional para consolidarse en aquel punto), pasando por el surgimiento y la competición por la soberanía de dos movimientos constructores: los nacionalistas y los comunistas, con la victoria final de los últimos, parcialmente determinada por el hecho de que los nacionalistas nunca lograron realmente unir y controlar a China bajo un solo gobierno. Así, por ejemplo, si aceptamos la distinción establecida por Samuel P. Huntington en *Political Power in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968, cap. v, entre revoluciones "occidentales" que comienzan con el desplome de un antiguo régimen, y revoluciones "orientales", donde surge un movimiento para desafiar a un débil gobierno del Tercer Mundo, entonces yo estoy sosteniendo que China realmente se parece más al tipo "occidental". La distinción analítica de Huntington es útil, pero eligió mal sus ejemplos, y hay que cambiar sus marbetes.

cada una de las tres revoluciones. No será necesario negar que la Revolución francesa tuvo rasgos burgueses liberales, que la Revolución rusa fue extremadamente estatista en sus resultados, o que la Revolución china tuvo, en su proceso, los elementos de una lucha de liberación nacional. Pues, aun cuando básicamente buscamos y tratamos de explicar las pautas comunes a Francia, Rusia y China, también podemos atender a las variaciones que caracterizan a las parejas de casos o a los casos aislados. Éstos pueden explicarse como debidos, en parte, a variaciones de las pautas causales compartidas, en parte a los contrastes entre las estructuras sociales de Francia, Rusia y China, y en parte a diferencias de la ocasión y la sucesión histórico-universal de las tres grandes revoluciones. Como resultado, exactamente aquellas características distintivas de las revoluciones y de su medio histórico mundial que han movido a otros estudiosos a segregarlas en categorías separadas, quedarán bajo una nueva luz explicativa, al ser estudiadas ante el fondo de las pautas que comparten estas tres revoluciones.

Mirando hacia adelante

Los capítulos siguientes presentan un análisis histórico-comparativo de las revoluciones francesa, rusa y china, análisis concebido y ejecutado dentro del marco de referencia creado en el primer capítulo. La Primera Parte analiza las condiciones estructurales e históricas del surgimiento de situaciones revolucionarias objetivas en la Francia, Rusia y China del antiguo régimen; el capítulo II enfoca las crisis políticas de los Estados absolutistas, y el capítulo III analiza la situación del campesinado. Para ayudar a validar las líneas principales del argumento, ciertas subsecciones particulares de los capítulos II y III exponen brevemente que las condiciones que, por hipótesis, debían ser decisivas para crear situaciones sociorrevolucionarias en Francia, Rusia y China, estaban ausentes, o presentes sólo fragmentariamente, en los periodos pertinentes en Japón, Prusia/Alemania, o Inglaterra. Así, la lógica de la comparación en la Primera Parte subraya básicamente los aspectos en que eran similares Francia, Rusia y China. Y esto queda confirmado mediante contrastes con los casos negativos.

En la Segunda Parte, en cambio, la lógica de la comparación enfoca enteramente las similitudes y diferencias entre los casos positivos de revolución social. Pues en ella se da por sentado que

Francia, Rusia y China compartían situaciones revolucionarias similarmente causadas. El objetivo es explicar los resultados revolucionarios ante su propio fondo. Por tanto, esta parte demuestra cómo los conflictos desencadenados en las crisis revolucionarias condujeron a los resultados sociorrevolucionarios, con ciertas pautas comunes a las tres revoluciones y a otras distintivas de una o dos de ellas. Dentro de la Segunda Parte, el capítulo IV presenta las principales consideraciones analíticas que serán exploradas para cada revolución; y los capítulos V, VI y VII tratan de los conflictos revolucionarios y de sus consecuencias en Francia, Rusia y China, respectivamente.

Primera Parte

CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES SOCIALES EN FRANCIA, RUSIA Y CHINA

II. LOS ESTADOS DEL ANTIGUO RÉGIMEN EN CRISIS

> Para que estalle una revolución no basta con que "las clases bajas se nieguen" a vivir de la antigua manera; también es necesario que las "clases superiores sean incapaces" de vivir a la antigua manera.
>
> LENIN

LAS REVOLUCIONES sociales en Francia, Rusia y China, brotaron a partir de crisis específicamente políticas, centradas en las estructuras y situaciones de los Estados del antiguo régimen. Los acontecimientos de 1787-1789 en Francia, de la primera parte de 1917 en Rusia, y de 1911-1916 en China, no sólo socavaron los regímenes monárquicos autocráticos, sino que también desorganizaron los controles administrativos y coactivos, centralmente coordinados, sobre las potencialmente rebeldes clases bajas. Las crisis revolucionarias se desarrollaron cuando los Estados del antiguo régimen resultaron incapaces de enfrentarse a los desafíos de situaciones internacionales en franca evolución. Las autoridades monárquicas se vieron sometidas a nuevas amenazas o a una competición intensificada de potencias del exterior, más desarrolladas en el aspecto económico. Y se vieron coaccionadas o contenidas en sus reacciones por las relaciones institucionalizadas de las organizaciones de Estado autocrático de las clases superiores de terratenientes y de las economías agrarias. Atrapadas entre presiones opuestas de las estructuras de clases internas y las exigencias internacionales, las autocracias y sus gobiernos y ejércitos centralizados se disgregaron, abriendo el camino a unas transformaciones social-revolucionarias encabezadas por revueltas desde abajo.

Para comprender la naturaleza y las causas de las crisis políticas que inauguraron las revoluciones francesa, rusa y china, necesitamos un sentido de las estructuras de los antiguos regímenes y de los conflictos a que estaban sometidos en los tiempos anteriores al estallido de las revoluciones. Podemos empezar con el hecho de que la Francia, la Rusia y la China prerrevolucionarias fueron países a los que mantenían unidos las monarquías autocráticas que enfocaban las tareas de mantener el orden interno y de enfrentarse a sus enemigos del exterior. En

estos tres antiguos regímenes, había *Estados imperiales* perfectamente establecidos; es decir, jerarquías diferenciadas, administrativas y militares, coordinadas desde el centro, que funcionaban bajo la égida de las monarquías absolutas.[1] Estos Estados imperiales eran protoburocráticos: *algunos* cargos, especialmente en los niveles superiores, eran funcionalmente especializados; *algunos* deberes oficiales o aspectos de deberes oficiales estaban sometidos a reglas y supervisión jerárquica explícitas; y la separación de los cargos y deberes del Estado de la propiedad privada y de los intereses privados estaba *parcialmente* institucionalizada (aunque de diferentes maneras particulares) en cada régimen; sin embargo, ninguno de estos Estados imperiales era plenamente burocrático.[2] De manera concomitante, ninguno era plenamente centralizado o poderoso dentro de la sociedad, como lo sería un moderno Estado nacional. En particular, debe subrayarse que los Estados imperiales de la Francia, la Rusia y la China del antiguo régimen no se encontraban en posición de controlar directamente, ya no digamos de reorganizar básicamente, las relaciones socioeconómicas agrarias locales. Antes bien, se veían limitados a variaciones o extensiones de las funciones que, para desempeñarlas, por decirlo así, habían sido construidas: entablar la guerra en el exterior, supervisar la sociedad en el interior para mantener alguna semejanza con el orden general, y asignar recursos socioeconómicos mediante el reclutamiento militar y los impuestos sobre la tierra, la población o el comercio (pero no sobre algo tan difícil de evaluar como el ingreso personal).

Los Estados imperiales de la Francia de los Borbones, la Rusia de los Romanov y la China manchú se encontraban sobrepuestos en economías en gran escala, básicamente agrarias en que las pretensiones a tierras y (no de Estado) a los productos agrícolas se hallaban divididas entre una masa de familias campesinas y una clase superior terrateniente. En cada antiguo régimen, la clase dominante más importante (es decir, que se

[1] Para el concepto de "Estado imperial" como tipo de Estado, estoy basándome en Frances V. Moulder, *Japan, China and the Modern World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, p. 45. Sin embargo, en contraste con Moulder, yo sostengo que los estados imperiales son *parcialmente* burocráticos, en lugar de no democráticos.

[2] Las normas de burocracia empleadas aquí proceden, desde luego, de Max Weber, *Economy and Society*, ed. Guenther Roth y Claus Wittich, 3 vols. Nueva York, Bedminster Press, 1968, Cap. 11, esp. pp. 956-963. [Hay versión en español del FCE.]

apropiaba los excedentes), era, básicamente, una clase superior terrateniente. Esto era así, aun cuando tal clase se hallara sumamente comprometida y regularmente rejuvenecida por la riqueza comercial. Las relaciones mercantiles se hallaban muy extensamente desarrolladas en estas tres sociedades prerrevolucionarias,[3] y había también clases laborales basadas en las ciudades, y clases que controlaban el comercio y la industria. No obstante, la mayor parte del comercio se hallaba local o regionalmente enfocado (no nacionalmente), la agricultura seguía teniendo mayor importancia económica que el comercio o la industria, y las relaciones capitalistas de producción no predominaban en intereses agrícolas o no agrícolas. Las clases superiores comerciales e industriales se hallaban simbióticamente relacionadas con las clases superiores terratenientes y/o muy dependientes de los Estados imperiales. Las fundamentales tensiones políticas en los tres antiguos regímenes *no* eran entre clases comercial-industriales y aristocracias terratenientes. En cambio, se hallaban centradas en las relaciones de clases productoras con las clases y los Estados dominantes, y en las relaciones de las clases terratenientes dominantes con los Estados autocráticos imperiales.

Como en todos los Estados agrarios, el potencial para las revueltas campesinas (y populares urbanas) era endémico en la Francia, la Rusia y la China del antiguo régimen. Aquí, esta tensión básica y omnipresente de la sociedad apenas merece anotarse, porque la estudiaremos con detalle en el capítulo III. En este punto, sólo necesitamos enfocar las relaciones entre los Estados imperiales y las clases superiores terratenientes, y los posibles conflictos a que podían dar motivo estas relaciones.

Desde luego, en un sentido, los Estados imperiales y las clases superiores terratenientes de la Francia, Rusia y China prerrevolucionarias simplemente eran socios en el control y en la explotación del campesinado. Ocurriera lo que ocurriese históricamente (en especial en la Francia preabsolutista), la mera existencia de administraciones y ejércitos centralizados no estaba siendo

[3] Un análisis ulterior y referencias específicas (para esta afirmación y otras introductorias) aparecerán en cada análisis, más adelante. Para las comparaciones de las redes urbanas (parcialmente basadas en sistemas de mercado) en cinco estados agrarios premodernos, incluso Francia, Rusia y China, véase Gilbert Rozman, *Urban Networks in Russia, 1750-1800, and Premodern Periodization*, Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1976, cap. 5.

deliberadamente desafiada por las clases terratenientes en los tiempos inmediatamente anteriores a las revoluciones. Las clases dominantes no podían defenderse de las rebeliones campesinas enteramente sobre una base local; todas ellas habían llegado a depender, aunque en diversos grados, de los centralizados Estados monárquicos para apoyar sus posiciones y prerrogativas de clase. Más aún: las clases dominantes se habían acostumbrado a tener oportunidades de edificar fortunas privadas mediante los servicios al Estado. Y, en realidad, tal apropiación de excedentes indirectamente por los cargos del Estado se había vuelto de gran importancia en la Francia, la Rusia y la China del antiguo régimen.

Pero si, en un sentido, los Estados imperiales y las clases terratenientes eran socios en la explotación, también eran competidores en el control de fuerza de trabajo del campesinado y en la asignación de excedentes tomados de las economías comerciales agrarias. Los monarcas estaban interesados en asignar las riquezas crecientes de la sociedad y en canalizarlas eficazmente hacia el engrandecimiento militar y el desarrollo económico centralmente controlado y fomentado por el Estado. Así los intereses económicos de las clases terratenientes superiores en parte eran obstáculos que había que superar, pues las clases terratenientes estaban básicamente interesadas, o bien en impedir que aumentaran las asignaciones al Estado, o en aprovechar los cargos oficiales para acaparar ingresos, de tal manera que reforzaran el *statu quo* socioeconómico interno.[4]

[4] Mi análisis de las estructuras sociopolíticas de Francia, Rusia y China antes de sus revoluciones se basa en enfoques marxistas y weberianos, sin aceptar, empero, completamente las inclinaciones teóricas de cada perspectiva. Del lado marxista hay especialmente similitudes con el concepto de Perry Anderson del Estado absolutista en la temprana Europa moderna en su *Lineages of the Absolutist State*, Londres, New Left Books, 1974, pero con dos diferencias importantes. En primer lugar, mientras Anderson traza una clara línea entre los absolutismos europeos y los imperios agrarios no europeos, yo veo importantes paralelos de organización socioeconómica y política (incluso la abrogación de la autonomía política de las ciudades) entre la China imperial de su época postrera y los estados absolutistas agrarios de la Europa continental a principios de la época moderna (sin negar, desde luego, que todos los marcos continentales de Europa y del Asia oriental eran totalmente distintos). Aun más importante, no puedo convenir con Anderson en que las formas particulares de organización del Estado en cuestión aquí —la monarquía protoburocrática— están fundamentalmente determinadas por el modo de producción y las formas de apropiación de excedentes en la sociedad. Dentro de la Europa "feudal", las formas estatales cambiaban y variaban no sólo por la presencia o ausen-

Si, y en qué formas, tales conflictos —objetivamente posibles— de intereses entre los monarcas y las clases superiores terratenientes hicieron surgir verdaderos conflictos políticos en la Francia, Rusia y China del antiguo régimen, dependía de las circunstancias históricas y de las exactas formas institucionales de cada Estado autocrático-imperial. Ninguno de estos Estados era, en ningún sentido, un régimen parlamentario que diera a los representantes de la clase dominante una función rutinaria en la política del Estado. Y sin embargo, tampoco eran Estados plenamente burocráticos. En varios aspectos, los miembros de la clase dominante disfrutaban de un acceso privilegiado y de un empleo exclusivo de los cargos de Estado. Tan sólo este hecho, ciertamente, no bastaba para asegurar el control de la clase dominante de las actividades imperiales del Estado. Pero hasta el punto en que los miembros de la clase dominante obtuvieron una capacidad de organización colectiva consciente dentro de los niveles superiores de las estructuras existentes del Estado imperial, podían estar en posición de *obstruir* las empresas monárquicas que fueran en contra de sus intereses económicos. Semejante obstrucción podía culminar en desafíos deliberados a la autoridad política autocrática; y, al mismo tiempo, podían tener el efecto, del todo involuntario, de destruir la integridad administrativa y militar del propio Estado imperial.

De ordinario, sin duda, esperaríamos que los monarcas de los

cia de esclavitud u otras formas de control y explotación del campesinado por los terratenientes.

Obviamente, mi manera de considerar la relación entre estados y sociedad debe mucho a Max Weber (véase *Economía y sociedad,* caps. 9-13). Sin embargo, también por este lado hay ciertas diferencias. Por una parte, Weber tendió a teorizar acerca de las formas principales de las estructuras políticas, de acuerdo con la índole dominante de las ideas —tradición, carisma, normas racional-legales— a través de las cuales se legitimaba la autoridad de los soberanos o subordinados, mientras que nuestro enfoque aquí se centra mucho más en la base de recursos naturales y forma organizativa del poder del Estado. En segundo lugar, hasta el punto en que Weber estuvo dispuesto a teorizar acerca de las estructuras sociopolíticas como conjuntos, solía emplear categorías que sólo se remitían a las formas políticas, en total aislamiento de las estructuras socioeconómicas, y analizó la dinámica política sobre todo examinando las luchas entre los gobernantes y los subordinados. En contraste, mi concepto de las estructuras de la Francia, Rusia y China prerrevolucionarias subraya la interdependencia de estructuras socioeconómicas y político-militares, y sugiere que las tensiones básicas potencialmente contradictorias en estas sociedades eran las inherentes a las relaciones de las clases productoras con las clases dominantes y de cada clase con el Estado.

Estados imperiales nunca intentasen emprender políticas que fundamentalmente fuesen distintas de los intereses económicos de las clases dominantes que poseían tan importante influencia; sin embargo, es el hecho que, durante los periodos históricos que desembocaron en las revoluciones francesa, rusa y china, los monarcas se encontraron ante dilemas extraordinarios. Como ya se indicó brevemente al comienzo de este capítulo, las contradicciones que llevaron a los antiguos regímenes a su caída no se debieron sólo a condiciones internas. En los periodos anteriores a las revoluciones, cada uno de estos regímenes —la Francia borbónica, la Rusa romanov y la China manchú— se encontraron en una situación de intensificada competición militar con naciones-Estados en el extranjero que poseían un poder mayor y más flexible, basado en avances económicos debidos a la industrialización capitalista o a la agricultura y al comercio. El triunfo al enfrentarse esta competición externa dependía de la capacidad de la monarquía para movilizar súbitamente recursos extraordinarios tomados de la sociedad y para poner en vigor, en el proceso, reformas que requirieran transformaciones estructurales.

El que unos Estados agrarios atrapados históricamente en la expansión internacional del capitalismo *pudiesen* defender su autonomía y aplicar reformas desde arriba no es algo que deba descartarse. Tanto Prusia como Japón —dos casos que analizaremos al término de este capítulo, como contrastes con Francia, Rusia y China— sí se movilizaron para enfrentarse a la competición exterior en el siglo XIX, evitando así las transformaciones sociorrevolucionarias. En Prusia y Japón, las *élites* del Estado no se vieron imposibilitadas en sus esfuerzos por responder a las exigencias externas, ya fuese mediante una economía agraria o mediante unas clases terratenientes políticamente poderosas con interés y capacidad para obstaculizar las iniciativas del Estado. En cambio, las reformas y la política designadas para movilizar y desplegar crecientes recursos podía aplicarse mediante los funcionarios de la burocracia que operaban en nombre de las legitimaciones tradicionales.

Pero, en la Francia de finales del siglo XVIII, en la Rusia de comienzos del siglo XX y en la China desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX, las monarquías de los antiguos regímenes demostraron ser incapaces para poner en vigor reformas suficientemente radicales o para promover un desarrollo económico lo bastante rápido para enfrentarse y contener la particular intensidad de las amenazas militares del exterior a las

que cada régimen tuvo que enfrentarse. Y las crisis políticas revolucionarias surgieron precisamente por causa de los fracasados intentos de los regímenes borbónico, romanov y manchú de enfrentarse a las presiones del exterior. Existían relaciones institucionales entre los monarcas y sus personales, por una parte, y entre las economías agrarias y las clases superiores terratenientes, por la otra, que hacían imposible a los Estados imperiales enfrentarse con éxito a las competiciones o intrusiones del exterior. Por consiguiente, los antiguos regímenes, o bien se disolvieron al choque de la derrota en la guerra total con potencias más desarrolladas (por ejemplo, Rusia), o fueron desposeídos en el interior por la reacción de unas clases superiores terratenientes, políticamente poderosas, contra los intentos monárquicos de movilizar recursos o imponer reformas (por ejemplo, Francia y China). De una u otra manera, el resultado fue la desintegración de las maquinarias administrativas militares centralizadas, que hasta entonces habían sido el único baluarte unido del orden social y político. Ya no reforzadas por el prestigio y el poder coactivo de la monarquía autocrática, las relaciones de clase existente se volvieron vulnerables a los ataques desde abajo. Surgieron las crisis políticas sociorrevolucionarias, como tan bien lo dijo Lenin, cuando fue "imposible a las clases gobernantes mantener su dominio en forma no modificada". Ocurrió una "crisis en la política de la clase gobernante que causó una fisura por la que brotaron el descontento y la indignación de las clases oprimidas".[5]

Para revelar más exactamente las fuerzas intersecantes que culminaron en las crisis políticas sociorrevolucionarias en Francia, Rusia y China, hemos de observar más minuciosamente cada caso, y establecer comparaciones entre ellos. En el resto de este capítulo me dedicaré a ello, analizando en cada antiguo régimen las características del Estado, la economía y la clase dominante. También examinaré los procesos históricamente específicos a través de los cuales la dinámica internacional interactuó con las estructuras sociopolíticas del antiguo régimen para suscitar las crisis revolucionarias. Al final del capítulo, se especificarán y validarán más los argumentos planteados para Francia, Rusia y China, mediante un breve análisis de los contrastes con las causas y consecuencias de las crisis políticas en Prusia y Japón,

[5] Stefan T. Possony, ed., *The Lenin Reader,* Chicago, Henry Regnery, 1966, p. 358. La cita procede de Lenin, "El desplome de la Segunda Internacional", escrito en 1915.

otros dos países similares que soportaron los embates de países extranjeros más desarrollados sin pasar por revoluciones sociales. Sin embargo, antes examinaremos los antiguos regímenes en que sí surgieron crisis sociorrevolucionarias, empezando por la Francia borbónica, y pasando después a finales de la China imperial manchú (de acuerdo con un orden que es al mismo tiempo conveniente para el análisis y cronológicamente exacto, ya que el antiguo régimen chino llegó a su fin en 1911). Después de China pasaremos a la Rusia de los zares Romanov, conforme se desarrolló desde mediados del siglo pasado hasta el estallido de los trascendentales acontecimientos revolucionarios de 1917.

LA FRANCIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN: LAS CONTRADICCIONES DEL ABSOLUTISMO BORBÓNICO

Las explicaciones de la Revolución francesa, desde hace mucho tiempo se han fundamentado en uno de dos temas básicos, o en una síntesis de ambos: el surgimiento de la burguesía y el surgimiento de una crítica ilustrada de la autoridad arbitraria tradicional.[6] Así, la Revolución ha sido atribuida a causas inmanentes a la evolución de la sociedad y la cultura francesas. Desde luego, no se ha olvidado el marco internacional. Precisamente, se le ha evocado para demostrar que el desarrollo comercial y la difusión de los ideales de la Ilustración, aun cuando fenómenos de envergadura europea y atlántica, sin embargo fueron peculiarmente intensos en la Francia prerrevolucionaria, especialmente en comparación con otras monarquías no liberales de la época.[7]

Sin embargo, lo que mucho menos frecuentemente se ha hecho es poner de relieve la omnipresente competición militar de los Estados europeos, y enfocar desde tal perspectiva la para-

6 Recientes críticas útiles en la historiografía de la Revolución francesa se encuentran en Alfred Cobban, *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, Norton, 1970; François Furet, "Le Catéchisme Révolutionnaire", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 26:2 (marzo-abril de 1971), 255-289; y Gerald J. Cavanaugh, "The Present State of French Revolutionary Historiography: Alfred Cobban and Beyond", *French Historical Studies* 7:4 (otoño, 1972), 587-606.

7 Véase, por ejemplo, Georges Lefebvre, *The French Revolution*, trad. Elizabeth Moss Evanson, Nueva York, Columbia University Press, 1962, vol. 1; y George Rudé, *Revolutionary Europe, 1783-1815*, Nueva York, Harper & Row, 1966.

dójica situación de la Francia del antiguo régimen.[8] En un medio dinámico internacional, cada vez más dominado por la comercializada Inglaterra, había aquí un país que estaba reduciéndose —pese a medio siglo de vigorosa expansión económica— del casi dominio de toda Europa a las humillaciones de las derrotas militares y de la quiebra real. La explicación de por qué ocurrió esto hace comprensible la crisis política específica que lanzó la Revolución francesa. Además, las pautas causales invocadas resultan comparables con las que actuaron en el surgimiento de las otras grandes revoluciones.

El Estado

Comenzamos nuestro análisis de la Francia del antiguo régimen localizando históricamente la consolidación de una administración de Estado imperial unificada. La monarquía absoluta, que pasó por un largo proceso de creación y fue una fantasía regia, llegó a ser la realidad dominante de Francia sólo durante el reinado de Luis XIV (1643-1715).[9] La Fronda de 1648-1653 marcó la última ocasión en que unos sectores de la nobleza territorial empuñaron las armas contra la realeza centralizante. También constituyó "el último intento, antes de la Revolución, de promulgar una Carta que limitara el absolutismo real, y su derrota aseguró el triunfo de la doctrina".[10] Francia fue gobernada, en adelante, por la administración real. Más de treinta *intendants* (intendentes generales) a los que se podía despedir en cada momento, representaban la autoridad del rey en las provincias. Al relegar a los antes todopoderosos gobernadores nobles hereditarios a papeles marginales, los *intendants* asumieron responsabilidades de recaudación directa de impuestos,

8 Un primer paso en esta dirección lo ha dado C. B. A. Behrens en *The Ancien Régime*, Londres, Harcourt, Brace and World, 1967.

9 Un fondo general para este párrafo y el siguiente (y para afirmaciones posteriores acerca del absolutismo francés) fue aportado por Pierre Goubert, *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen*, trad. Anne Carter, Nueva York, Vintage Books, 1970; Pierre Goubert, *L'Ancien Régime 2: Les Pouvoirs*, París, Armand Colin, 1973; W. H. Lewis, *The Splendid Century*, Nueva York, Doubleday, Anchor Books, 1957; Menna Prestwich, "The Making of Absolute Monarchy (1559-1683)", en *France: Government and Society;* eds. J. M. Wallace-Hadrill y J. McManners, Londres, Methuen, 1957, pp. 105-133; y G. R. R. Treasure, *Seventeenth Century France*, Londres, Rivingtons, 1966.

10 Leo Gershoy, *The French Revolution and Napoleon*, 1933; nueva edición, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1964, p. 6.

justicia real, regulación económica y mantenimiento del orden interno. Los asuntos de los poblados quedaron bajo la supervisión de los *intendants*, y los cargos municipales más importantes fueron puestos a remate recurrentemente por la Corona.[11] Los más grandes de la antigua nobleza fueron atraídos a la órbita de la nueva Corte de Versalles —símbolo último del absolutismo triunfante— sin paralelo en su esplendor, y llena de sinecuras y de intrigas.

El absolutismo triunfó bajo el poder de Luis XIV, y sin embargo la estructura estatal de la Francia del antiguo régimen siguió siendo extraordinariamente compleja y, por decirlo así, de múltiples estratos. Aun cuando fuera suprema la autoridad del gobierno absolutista, sus estructuras distintivas —consejos reales, y las intendencias— no llegaron a suplantar a aquellas descentralizadas instituciones medievales, como los dominios y las cortes señoriales, las corporaciones municipales y los Estados provinciales (asambleas representativas) localizadas en las remotas provincias llamadas *pays d'état*. Tampoco las estructuras del absolutismo reemplazaron por completo a anteriores instituciones administrativas monárquicas, como los *parlements* (corporaciones judiciales, que más adelante describiremos en detalle), oficios y jurisdicciones que antes habían tenido importancia, y la práctica (llamada "venalidad de cargo") de vender las posiciones dentro del gobierno real a hombres ricos, que después poseían y podían vender o heredar sus cargos. Pues, por extraordinarias que fueran sus realizaciones, Luis XIV continuó la larga tradición francesa regia de imponer nuevos controles "sobre" las instituciones establecidas sin abolirlas por completo. Por tanto, la autocracia triunfante tendió a congelar, de hecho a garantizar, las mismas formas sociopolíticas institucionales —señoriales, corporativas, provinciales— cuyas funciones originales remplazaba o sobreseía.

Junto con el mantenimiento de la unidad y del orden en el interior, el engrandecimiento militar llegó a ser propósito declarado del absolutismo borbónico. Habiendo pasado por más de un siglo de guerras civiles y rechazado el imperialismo de los Habsburgo, la monarquía francesa no podía dejar de luchar por la supremacía dentro del sistema europeo de Estados.[12] Su

[11] Nora Temple, "The Control and Exploitation of French Towns during the Ancien Régime", *History* 51:171 (febrero de 1966); 16-34.

[12] Ludwig Dehio, *The Precarious Balance, Four Centuries of the European Power Struggle*, trad. Charles Fullman, Nueva York, Vintage Books, 1962, cap. 2.

triunfo exigiría la capacidad de enfrentarse a dos tipos de enemigos a la vez: otras monarquías basadas en la tierra, en el continente europeo, y potencias navales-comerciales, cada vez más prósperas: los Países Bajos e Inglaterra. Inicialmente, las perspectivas parecían bastante prometedoras. Francia estaba unida, era territorialmente compacta, populosa y —una vez restaurado el orden político— potencialmente próspera. A las órde-



Mapa 1. ***Principales divisiones administrativas de la Francia del antiguo régimen, 1789.*** FUENTE: M. J. Sydenham, *The French Revolution*, Capricorn Books, Nueva York, 1966, p. 40.

nes del marqués de Louvois, Francia creó el primer real ejército permanente de Europa. Y Jean Baptiste Colbert creó el ejército, instituyó la política mercantil que guiara y fomentara la expansión de la industria, el comercio y la colonización y reformó las reales finanzas de maneras que aumentaron los ingresos disponibles para las guerras.[13]

Durante el reinado de Luis XIV, los primeros triunfos militares de Francia —en la guerra de Devolución (1667-1668) y en la guerra de Flandes (1672-1678)— estimularon la formación de una alianza de potencias comprometidas a contener su expansión. Por consiguiente, los franceses sufrieron serios reveses en la guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697) y en la guerra de la Sucesión Española (1701-1714). Más aún: entre 1715 y 1789, Francia no sólo reveló ser incapaz de dominar Europa, sino de mantener siquiera su situación de indiscutida primera potencia de Europa. Desde luego, las coaliciones de los Estados enemigos seguían formadas contra Francia; pero dificultades no menores surgieron de las limitaciones puestas a las reales capacidades (¡aunque nunca a las ambiciones!) por las imperfecciones del sistema absolutista completado durante el reinado de Luis XIV y por la naturaleza de la economía y la estructura de clases de Francia. Las comparaciones con Inglaterra resultan especialmente reveladoras, pues fue Inglaterra la que, en ese periodo, avanzó para retar a Francia en la carrera por la hegemonía europea (y, según resultó, por el capitalismo universal).

La economía

En el siglo XVII y durante todo el XVIII, Francia siguió siendo una sociedad predominantemente agrícola, con una economía obstaculizada por una compleja red de intereses de propietarios que impedían todo rápido avance a la agricultura capitalista o al industrialismo. En vísperas de la Revolución, después de más de cincuenta años de desarrollo económico, los campesinos aún seguían integrando 85% de la población nacional, de cerca de veintiséis millones;[14] y la producción agrícola constituía al

13 Treasure, *Seventeenth Century France*, caps. 19-21.

14 Behrens, *Ancien Régime*, p. 25. El cálculo que hace Behrens de la proporción campesina de la población probablemente es muy alto, contando a los pobres del campo tanto como a quienes poseían o alquilaban la tierra labrantía.

menos 60% del Producto Nacional Bruto.[15] El comercio y algunas industrias (premecanizadas) indiscutiblemente estaban extendiéndose por la Francia del siglo XVIII (aunque gran parte de este crecimiento estuviera centrado en las *hinterlands* —tierras interiores, vertientes— de los puertos del Atlántico, que estaban destinados a padecer mucho durante la Revolución). Sin embargo, por mucho que crecieran el comercio y las industrias nacientes, de manera simbiótica continuaban atados a las estructuras sociales y políticas de la Francia imperial agrícola, y limitados por ellas.[16]

En esta etapa de la historia universal, el progreso de la industria necesariamente se basó en la prosperidad de la agricultura. Pero la agricultura francesa, aun cuando avanzaba, de acuerdo con las normas del continente, era "atrasada" en relación con la agricultura inglesa y con el comercio y la industria de Francia.[17] Ya fuese poseída por campesinos o alquilada por terratenientes, la tierra estaba dividida en pequeñas parcelas. Gran parte de la agricultura se basaba en el sistema de desmonte, en que las posesiones individuales se hallaban dispersas y escindidas, y un tercio de las tierras labrantías, así como ciertas tierras comunales, quedaban en barbecho cada año. Dado el tamaño de Francia y la escasez de transporte interno barato para bienes voluminosos, fue lenta en desarrollarse la especialización regional de la agricultura. En Inglaterra y Holanda, desde el siglo XVI hasta el XVIII, una revolución de la productividad agrícola —se introdujo el cultivo de raíces y forrajes, que

15 Jan Marczewski, "Some Aspects of the Economic Growth of France, 1660-1958", *Economic Development and Cultural Change* 9:3 (961), 379.

16 Para un tratamiento general que capta bien el dinamismo y a la vez los límites del crecimiento económico en este período, véase Jan De Vries, *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

17 Este párrafo y el siguiente se basan en Paul Bairoch, "Agriculture and the Industrial Revolution", en *The Industrial Revolution*, ed. Carlo M. Cipolla, The Fontana Economic History of Europe, Londres, Collins/Fontana, 1973, vol. 3, pp. 452-506; Marc Bloch, *French Rural History*, trad. Janet Sondheimer, Berkeley, University of California Press, 1970; Ralph Davis, *The Rise of the Atlantic Economies*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1973, caps. 17 y 18; F. Crouzet, "England and France in the Eighteenth Century: a Comparative Analysis of two Economic Growths", en *The Causes of the Industrial Revolution in England*, ed. R. M. Hartwell, Londres, Methuen, 1967, cap. 7; Behrens, *Ancien Régime*, pp. 25-46, y George V. Taylor, "Noncapitalist Wealth and the Origins of the French Revolution", *American Historical Review* 72-2 (enero de 1967), pp. 472-476.

produjo un aumento de los rebaños y la creciente fertilización de las tierras, que ya no necesitaban quedar en barbecho— avanzó notablemente. Pero tales transformaciones sólo lograron un progreso limitado en Francia.

La implantación de las nuevas técnicas agrícolas dependía de la abolición de muchas costumbres comunales y derechos señoriales, para permitir la consolidación y la administración unificada de considerables extensiones. Pero en Francia existía un precario equilibrio de derechos entre un numeroso campesinado de pequeños propietarios, que poseía aproximadamente un tercio de las tierras, y una clase superior terrateniente, que también tenía considerables propiedades en la tierra y que poseía sobrevivientes derechos señoriales que podían explotarse comercialmente. Así, ninguno de los dos grupos se hallaba en la situación en que revolucionar la producción agrícola fuese simultáneamente en favor de sus intereses y dentro de su capacidad. La innovación también fue obstaculizada por la pesada carga que significaban los irracionales modos de recaudar los reales impuestos, que recaían principalmente sobre el campesinado.

Por último, hubo otra razón, más irónica, de que se vieran obstaculizados los cambios estructurales en la economía agraria. Debido a más de cuarenta años de buen tiempo, orden interno y crecimiento de la población, la producción agrícola bruta se extendió enormemente dentro de sus límites estructurales tradicionales, a mediados del siglo XVIII (1730-1770). Este crecimiento, acompañado por los precios y rentas cada vez mayores, llevó la prosperidad a los grandes y pequeños terratenientes, y así, probablemente, ayudó a confinar la necesidad percibida de unos cambios estructurales fundamentales a los pocos funcionarios gubernamentales y terratenientes progresistas que tenían mayor conciencia del contraste con Inglaterra.

La agricultura francesa, a su vez, contuvo el desarrollo de la industria francesa. Tanto su estructura cuanto la distribución de sus beneficios retardaron el surgimiento de un mercado de masas que creciera continuamente para sus productos. Esto puede decirse especialmente de los artículos de calidad media, los más reductibles a la producción mediante la máquina. Al término del siglo XVI, la industria francesa probablemente estaba por delante de la inglesa. Pero luego, acaso entre 1630 y 1730, la agricultura, el comercio y la industria de Francia sufrieron repetidos reveses por guerras, plagas y hambre. Mientras tanto, la economía inglesa crecía con paso firme, y las primeras

etapas de la revolución de las relaciones agrarias de producción y técnicas se consumaron así. Durante el siglo XVIII, el crecimiento económico *tanto* de Inglaterra como de Francia, incluyendo la expansión del comercio exterior, fue rápido y casi equivalente. Pero Inglaterra había estado a la cabeza en ingreso *per capita* antes de que empezara el siglo, y su revolución agrícola se hizo cada vez más profunda aun mientras la producción crecía durante el siglo XVIII. Así quedó dispuesto el escenario para la Revolución Industrial inglesa después de 1760. La expansión económica general indudablemente fue uno de los factores del avance de Inglaterra, pero la economía francesa en el siglo XVIII experimentó tasas comparables de desarrollo. Además de su mayor tamaño y de sus consecuentes dificultades de transporte interno, lo que por cierto diferenciaba a Francia era su economía agraria. Aun en la prosperidad, la economía agraria francesa ofrecía un muy inferior mercado potencial de masas a sus artículos industriales en comparación con el inglés, porque había, proporcionalmente, menos gente con ingresos medios. Y tampoco la estructura tradicional de la producción agraria pudo sostener un desarrollo prolongado. A menos que fuera contenida por los estragos de la guerra, el desarrollo de producción inexorablemente seguía a los aumentos de la productividad, y pronto los dejó atrás, causando una enorme alza de los precios, y el hambre. Precisamente una de tales crisis produjo una recesión industrial después de 1770, mientras la industria inglesa estaba adoptando las nuevas tecnologías de la máquina. "La base agrícola de la economía francesa reveló una vez más, durante los decenios de 1770 a 1779 y de 1780 a 1789, su incapacidad para sostener un crecimiento prolongado. En 1600-1630, en 1660-1690, en 1730-1770, una y otra vez, intentos de expansión llegaron a su fin, al reducirse la demanda, y las alforjas se vaciaban para adquirir alimentos cada vez más caros."[18]

La clase dominante

Ya en el siglo XVIII, había surgido en Francia una distintiva clase dominante. Ya no era "feudal" en el sentido político o jurídico. Pero tampoco era "capitalista"; no en el sentido de

[18] Davis, *Atlantic Economies*, p. 313. El análisis de este párrafo se basa mucho en Davies, pero también se ha basado en Crouzet, "England and France".

"empresarial", ni tampoco en el sentido marxista de una clase que se apropia de los excedentes mediante trabajo asalariado y las rentas del mercado y reinvierte para extender las relaciones capitalistas de producción e industrialización. Y sin embargo, había una clase dominante básicamente unificada, que se apropiaba del excedente directa e indirectamente, básicamente de la agricultura campesina.[19] Esta apropiación de excedentes se hacía mediante una mezcla de rentas e impuestos aplicados, en parte, por las instituciones judiciales dominadas por terratenientes, y por la redistribución de los ingresos recaudados bajo la égida del Estado monárquico. En realidad, si el término "feudal" se emplea de una posible manera marxista para indicar una relación de clase particular de apropiación de excedentes (es decir, la apropiación de una clase terrateniente, y por medios institucionales de coacción),[20] entonces puede afirmarse que la clase dominante de la Francia prerrevolucionaria, era hasta un grado considerable, feudal. Pero más importante es llegar a un sentido claro de cuáles eran —y cuáles no eran— las bases características e institucionales de esta clase dominante.

Ciertamente, la Francia del siglo XVIII no era una sociedad realmente estratificada por sus posesiones (es decir, la Iglesia, la nobleza, el Tercer Estado). Como lo indica François Furet, las formaciones y los ideales sociales fomentados por el crecimiento simultáneo (y simbiótico) de la administración del Estado y de la comercialización habían llevado a sobreseer el antiguo sistema medieval de órdenes:

> En realidad, la monarquía francesa había desempeñado durante siglos una parte activa dislocando la sociedad de las heredades, y continuó haciéndolo, más que nunca, durante el siglo XVIII. Atado al desarrollo de la producción comercial, hostil a los poderes locales, promotor de la unidad nacional, el Estado era —junto con el dinero, al mismo tiempo que el dinero, y más aún que el dinero— la fuente decisiva de la movilidad social. Progresivamente, el Estado había socavado, invadido y destruido la solidez vertical de las heredades, especialmente la nobleza.

19 Mis argumentos acerca de la clase dominante en la Francia del siglo XVIII han sido inspirados en gran parte por Pierre Goubert, *The Ancien Régime: French Society, 1600-1750,* trad. Steve Cox, Nueva York, Harper & Row, 1974, esp. cap. 6.

20 Véanse por ejemplo los análisis del feudalismo por Perry Anderson en sus *Passages From Antiquity to Feudalism,* y *Lineages of the Absolutist State,* Londres, New Left Books, 1974.

> Esto había ocurrido tanto en lo social como en lo cultural: en lo social, hasta el punto en que el Estado había constituido, especialmente mediante sus cargos, una nobleza distinta de la de la época feudal. Ya en el siglo XVIII, los nuevos grupos constituían la mayoría de la nobleza. En lo cultural, el Estado había ofrecido a los grupos dominantes del reino, reunidos en adelante bajo su égida, otro sistema de valores distinto del honor personal: la patria y el Estado. En suma, al convertirse en polo de atracción de la riqueza, al ser distribuidor de la promoción social, el Estado monárquico, aun conservando la herencia de la sociedad terrateniente, creó una estructura social paralela y contradictoria: una élite; una clase gobernante.[21]

La riqueza y los cargos, no sólo el pertenecer a la nobleza terrateniente, eran las claves del triunfo en la Francia del *ancien régime.*[22] Las fortunas de los nobles variaban enormemente. Los nobles más pobres se hallaban excluidos de la alta sociedad parisiense y del estilo de vida confortable en las ciudades de provincia, y tenían grandes dificultades para comprar los cargos más deseables en el ejército o en la administración civil. Por otra parte, los plebeyos que habían conquistado gran riqueza mediante el comercio exterior o las finanzas reales, o que avanzaban comprando sucesivos cargos del Estado, tenían acceso tanto a la condición como a los privilegios de los nobles y a la alta sociedad. De hecho, muchas de las familias nobles más destacadas y prósperas del siglo XVIII parecen haber sido ennoblecidas tan sólo tres o cuatro generaciones antes.

La distinción entre Primer Estado (eclesiástico) y el Segundo (el noble), por una parte, y el Tercer Estado, por la otra, era ya

21 Furet, "Le Catéchisme Révolutionnaire", p. 272. El pasaje citado ha sido traducido por mí del francés, con la ayuda que me complazco en reconocer, de Jerry Karabel.

22 Este párrafo y el siguiente se basan en J. McManners, "France", en *The European Nobility in the Eighteenth Century,* ed. Albert Goodwin, Nueva York, Harper & Row, 1967, pp. 22-42; Behrens, *Ancien Régime,* pp. 64-84; Colin Lucas, "Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution", *Past and Present,* No. 60 (agosto, 1973): 84-126; William Doyle, "Was There an Aristocratic Reaction in Pre-Revolutionary France?", *Past and Present,* No. 57 (noviembre de 1972), 97-122; D. D. Bien, "La Réaction Aristocratique avant 1789: l'Example de l'Armée", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 29.1 (enero-febrero de 1974), 23-48; Jean Egret, "L'Aristocratie Parlementaire Française à la Fin de l'Ancient Régime", *Révue Historique* No. 208 (julio-septiembre de 1952), 1-14: Robert Forster, *The Nobility of Toulouse in the Eighteenth Century,* Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1960; Robert Forster, "The Noble Wine Producers of the Bordelais in the Eighteenth Century", *Economic History Review,* segunda serie 14:1 (agosto de 1961), 18-33, y Behrens, *Ancien Régime,* pp. 64-84.

durante el siglo XVIII, más bien una movible zona de transición que una barrera, al menos desde la perspectiva de los grupos dominantes. Las posesiones formaban una verdadera barrera a los niveles intermedios del orden social basado, en gran parte, en la riqueza y en los cargos oficiales; y sin embargo, las tensiones sociales así engendradas —que pondrían a los nobles pobres y a los miembros plebeyos del Tercer Estado educados, al mismo tiempo unos contra otros y todos contra los ricos privilegiados— no fueron desatadas por completo hasta haber empezado la Revolución. No fueron ellas las que crearon la crisis revolucionaria. [23]

Tampoco fue ninguna contradicción de clase —basada en un choque de modos incompatibles de producción que afectaran a todos los estratos dominantes— la que creó la crisis revolucionaria. Como lo ha demostrado la excelente investigación de George Taylor, [24] más del 80% de la riqueza privada del antiguo régimen era riqueza de "propietarios":

> Había en la economía del antiguo régimen una distinta configuración de riqueza, de función no capitalista, a la que podemos llamar "propietaria". Encarnaba las inversiones en la tierra, la propiedad urbana, los oficios venales y las pensiones vitalicias. Los ingresos que dejaba eran modestos: entre el 1 y el 5%, pero eran bastante constantes y variaban poco de un año a otro. No se realizaban por medio de un esfuerzo empresarial [...] sino mediante la mera propiedad y el paso de los intervalos del calendario.[25]

En la economía agraria, la riqueza de los propietarios tomó las formas, al mismo tiempo, de a) tierra explotada indirectamente mediante rentas, por aparceros que ocupaban o explotaban partes de "dominios; granjas, *métairies*, ríos, campos, bosques", etc.; y de b) de "señoría, consistente en puestos, monopolios y derechos sobrevivientes del feudo [feudal] [...], orden de propiedad sobreimpuesto a la propiedad en dominio absoluto".[26] La

23 Como dice George V. Taylor "La lucha contra... la aristocracia fue producto de una crisis financiera y política que no creó" ("Noncapitalist Wealth", p. 491).

24 George V. Taylor, "Types of Capitalism in Eighteenth Century France", *English Historical Review* 79:312 (julio de 1964), 478-497, y Taylor, "Noncapitalist Wealth", véase también Guy Claussinand-Nogaret, "Capital et Structure Sociale sous l'Ancien Régime", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 25:2 (marzo-abril de 1970), 463-476.

25 Taylor "Noncapitalist Wealth", p. 471.

26 *Ibid.*, p. 472.

propiedad de tierras y edificios urbanos era otra fuente más de ingresos de la renta. Y allí estaban los oficios venales y las *rentes*, cuyos rasgos han sido bien descritos por Taylor:

> En la escala de preferencia de los propietarios, la pasión por la propiedad en el cargo era casi tan poderosa como la pasión por la propiedad en la tierra. Un oficio venal era una inversión a largo plazo. Por lo general, producía un ingreso pequeño pero estable y, mientras el propietario pagara regularmente el *droit annuel* [...] podía, de acuerdo con restricciones aplicables a cada cargo, venderlo a un comprador; legarlo a un heredero, o aun alquilarlo a alguien [...] en términos generales, una inversión en el cargo era una inversión fija. Lo que la hacía deseable era el *status* [la posición socioeconómica], la respetabilidad que confería.[27]

> Además [...] la riqueza propietaria se invertía en *rentes*. En el sentido más amplio, una *rente* era un ingreso anual que se recibía por haber transferido algo de valor a alguien [...] una *rente perpetuelle* era una pensión de duración indefinida, que sólo terminaba cuando el deudor, por su propia iniciativa, restituía el capital y así se libraba de pagar la *rente* [...] su dominio apropiado era el de los acomodos dentro de familias y entre familias e inversiones en pensiones vendidas por municipalidades, estados provinciales y la tesorería real.[28]

Aun los miembros más prósperos del Tercer Estado basaban sus fortunas en mezclas de *rentes*, oficios venales, bienes raíces y derechos señoriales. Taylor insiste en que "había, entre la mayor parte de la nobleza y del sector propietario de las clases medias, una continuidad de formas de inversión que hacía de ellos, económicamente, un solo grupo. En las relaciones de producción desempeñaban un papel común".[29] Tan sólo aquellos (en su mayoría no nobles) dedicados al comercio extranjero y aquellos (en su mayoría ennoblecidos) dedicados a las altas reales finanzas, poseían formas más fluidas y arriesgadas de riqueza circulante. Y sin embargo, también para estos grupos la riqueza propietaria era, a fin de cuentas, más atractiva. La mayoría de los mercaderes o financieros de éxito transferían sus fortunas a bienes de propiedad; asimismo, típicamente transferían sus esfuerzos, o los de sus hijos, a las de búsquedas más apropiadas a su posición social.

Por tanto, la "riqueza propietaria" era la base de propiedad de la clase dominante. Y sin embargo, algo importante que

27 *Ibid.*, pp. 477 y 478-479
28 *Ibid.*, pp. 479 y 481
29 *Ibid.*, pp. 487-488

debemos notar en la riqueza propietaria es cuán dependiente era, en sus diversas formas, de la peculiar estructura de Estado de la Francia del antiguo régimen. Tanto el aspecto absolutista, como el aspecto arcaico de la estructura estatal de "capas múltiples", ofrecía apoyos decisivos a la posición socioeconómica de la clase dominante. Los campesinos franceses, en su mayoría, seguían adhiriéndose aún a las concepciones premercantiles del orden social económico, y se habrían lanzado a la rebelión o el motín de haber visto flagrantemente violados sus ideales comunales de justicia.[30] Así, como los terratenientes ya no controlaban los medios significativos de coacción en los niveles locales, dependían del gobierno absolutista como su protector, en última instancia. Al mismo tiempo, las diversas instituciones señoriales, corporativas y provinciales que se mantenían bajo la protección del absolutismo, también tenían un gran significado socioeconómico para la clase dominante. En general, no pusieron a la burguesía (ni al alto Tercer Estado) contra la nobleza, porque las personas ricas de todas las propiedades poseían derechos señoriales, ocupaban cargos venales y pertenecían a corporaciones privilegiadas de una u otra índole.[31] Antes bien, estas instituciones expresaban y reforzaban las ventajas de los ricos propietarios contra los pobres en la Francia prerrevolucionaria; pues, fueran cuales fuesen sus diferentes propósitos sociales o políticos particulares, algo que todos estos derechos y cuerpos tenían en común era que entrañaban ventajas fiscales, impuestos por el Estado, y oportunidades de obtener mayores ingresos. Junto con las pretensiones de propiedad de la tierra, tales exenciones y oportunidades constituían una base importante de la riqueza de la clase dominante en general.

Esta situación, de depender del Estado, naturalmente produjo una clase dominante con intereses creados tanto en las formas institucionales más antiguas, como los derechos señoriales y cargos de propiedad, cuanto en las nuevas funciones absolutistas; principalmente, en aquellas relacionadas con la capacidad del

30 Louise Tilly, "The Food Riot as a Form of Political Conflict in France", *Journal of Interdisciplinary History* 2:1 (verano de 1971), 23-57.

31 "Privilegio" en el sentido de distinciones o exenciones jurídicas de que disfrutaban grupos de individuos y particulares, no estaba limitado a los estados nobiliarios y clericales. C. B. A. Behrens contiene un excelente análisis en *Ancien Régime*, pp. 46 *ss.* Observa que "la nobleza sólo constituía una entre muchos grupos privilegiados, y tenía privilegios [materiales] útiles que eran menos extensos que los de muchos burgueses" (p. 59).

Estado para promover el triunfo militar y para tasar la expansión económica del país (hasta el punto en que los ingresos fiscales provenían de los no privilegiados). Tal clase dominante se elevaría o caería con Francia como potencia comercial, pero no capitalista, agrario-imperial. La crisis revolucionaria sólo surgió cuando en Francia no resultó viable, dados los acontecimientos de la situación internacional existente y los conflictos de interés entre la monarquía y la clase dominante, con sus muchos pilares dentro de la estructura del Estado.

Las guerras y el dilema fiscal

Al desarrollarse los acontecimientos del siglo XVIII, se hizo cada vez más claro que la monarquía francesa no podía cumplir con su razón de ser. Las victorias en la guerra, necesarias para la vindicación del honor francés en el escenario internacional, para no mencionar siquiera la protección del comercio marítimo, estaban más allá de sus posibilidades. Francia luchó en la tierra y en el mar en las dos guerras generales de mediados del siglo XVIII —la guerra de la Sucesión austriaca (1740-1748) y la guerra de los Siete Años (1756-1763)—. En cada conflicto, los recursos del país fueron exprimidos al máximo, y su vital comercio colonial fue perturbado por la marina británica. A cambio, no hubo ninguna ganancia; en realidad, Francia perdió, a manos de Inglaterra, grandes tajadas de su Imperio en la América del Norte y en la India.[32]

Una de las principales dificultades para Francia era la estratégica. Como potencia comercial localizada en una isla, Inglaterra podía concentrar virtualmente todos sus recursos en el poderío naval, que, a su vez, podía emplearse para proteger y aumentar el comercio colonial, del cual llegaban los ingresos fiscales necesarios para las aventuras militares. No era necesario mantener en el interior un gran ejército permanente, y podían emplearse limitados subsidios financieros para ayudar o incitar a los aliados en el continente europeo en contra de Francia; en cambio, Francia sufría las penalidades de su "geografía anfibia". Francia era, o aspiraba a ser, "al mismo tiempo la mayor potencia terrestre y una gran potencia marítima [...] Parcialmente continental, parcialmente marítima, no podía, como Inglaterra (o Prusia y

[32] Walter L. Dorn, *Competition for Empire, 1740-1763*, Nueva York, Harper & Row, 1963, esp. caps. 6-8.

Austria), concentrar todas sus energías en una u otra dirección; quisiéralo o no, tenía que intentar ser ambas cosas".[33] Francia sólo podía tener esperanzas de derrotar a la que iba convirtiéndose en su principal enemiga, Inglaterra, si se mantenía fuera de toda guerra general simultánea en el continente y concentraba sus recursos en la guerra naval. "Éste era, sin embargo, un interés que los franceses no podían seguir sino abandonando sus pretensiones, si no de dominar, al menos de ejercer un papel determinante en Europa [...] [Pero] las grandes realizaciones de Luis XIV en sus primeros años habían fijado la norma para las generaciones futuras."[34]

Una dificultad aún más fundamental para Francia era lo inadecuado de los recursos financieros del Estado. En parte por el bajo nivel de la riqueza nacional *per capita* en Francia, comparada con Inglaterra, y en parte porque el sistema de tasación estaba viciado por las exenciones o deducciones de incontables *élites* privilegiadas —que incluían a funcionarios, aparceros, grupos comerciantes e industriales, así como a los clérigos y a la nobleza—,[35] la Corona francesa tuvo dificultades en conseguir suficientes ingresos para mantener prolongadas y repetidas guerras generales, especialmente contra coaliciones enemigas que incluían a Inglaterra. Antes que abandonar sus ambiciones marciales, la monarquía borbónica simplemente pidió prestado, con grandes tasas de interés, a financieros particulares, y aún más regularmente a los propios empleados de la monarquía. Como las *rentes perpetuelles* que el Estado vendía a compradores privados, los cargos venales eran una forma de finanzas a largo plazo, en que el capital "nunca" tenía que pagarse.[36] Además, la Corona continuamente pedía prestado, a corto término, y con intereses de sus incontables agentes financieros (pues no existía un tesoro unificado), simplemente ordenándoles pagar por adelantado, o

33 *Ibid.*, p. 114.

34 Behrens, *Ancien Régime*, p. 153.

35 Betty Behrens, "Nobles, Privileges and Taxes in France at the End of the Ancien Régime", *Economic History Review*, Segunda serie 15:3 (abril de 1963, 451-475.

36 "Entre otras cosas (la *rente perpetuelle)* engendraba aquel descuido característico hacia las deudas que hizo famoso al antiguo régimen. Sólo cuando el pago de las deudas a largo plazo era tan grande que hacía inevitable un déficit, un controlador general tenía que considerar el reembolso del capital. Pero entonces, desde luego, le resultaría imposible pagar. Ésta fue, precisamente la situación... después de la guerra de los Estados Unidos." (Taylor, "Noncapitalist Wealth", pp. 481-482.)

en cantidad excedente a los ingresos que cobraban por virtud de sus cargos venales.[37]

En contraste con la monarquía francesa, el gobierno inglés podía obtener préstamos, en caso de emergencia, rápidamente y con bajas tasas de interés, pues el gobierno inglés podía trabajar a través del Bank of England, institución pública cuya existencia y operaciones dependían del grado único de prosperidad comercial de Inglaterra, y de la confianza creada entre la clase superior, por el cuidadoso control mantenido por el Parlamento sobre las garantías de la deuda gubernamental. En consecuencia, nos dice C. B. A. Behrens, "aunque podía parecer [...] que los [impuestos] sobre la renta del gobierno inglés en la paz, aun a finales del siglo XVIII, no podían ser más que cerca de la mitad de los de Francia, el gasto inglés, en las últimas fases de las dos grandes guerras del siglo parecen haber sido superiores a los de Francia".[38]

Conforme las repetidas guerras y derrotas empeoraron la situación financiera de la monarquía francesa, toda una sucesión de ministros de finanzas intentó reformar el sistema fiscal aboliendo la mayoría de las exenciones de los grupos privilegiados e igualando la carga a través de las distintas provincias y localidades. Como un impuesto directo sobre la renta estaba más allá de la capacidad administrativa de todos los gobiernos del siglo XVIII, los impuestos directos existentes a la agricultura y los impuestos indirectos a los artículos de consumo necesariamente continuarían en vigor, probablemente a tasas superiores para todos, ya que la Corona necesitaba, en último análisis, un mayor ingreso.[39] Naturalmente, todos los grupos sociales ofrecieron resistencia a tales reformas. Sin embargo, la resistencia que más importó provino de los grupos prósperos y privilegiados que eran, a la vez, socialmente destacados y estaban estratégicamente colocados dentro de la maquinaria del Estado.

Los que más tercamente se resistieron a los intentos de la Corona por exprimir mayores ingresos fueron, indudablemente, los *parlements*. No siendo, nominalmente, más que una parte de la real administración, estas corporaciones jurídicas, situadas en

[37] J. F. Bosher, *French Finances, 1770-1795: From Business to Bureaucracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, y George T. Matthews, *The Royal General Farms in Eighteenth Century France*, Nueva York, Columbia University Press, 1958.

[38] Behrens, *Ancien Régime*, p. 149.

[39] Behrens, "Nobles, Privileges, and Taxes".

París y en las principales ciudades de provincia, eran ante todo cortes de apelación para todos los casos civiles y penales; sin embargo, tenían, además, varias características que se combinaban para hacer de ellos la sede clave de la presión de la clase superior contra el poder real. Por una parte, los magistrados poseían sus cargos y por tanto no era fácil suprimirlos. Más aún: como cuerpos comunes, los *parlements* controlaban el acceso a sus propias filas. En segundo lugar, los magistrados invariablemente eran ricos; la mayoría, en formas asociadas con la exención de impuestos. Según Franklin Ford, "sus fortunas no sólo incluían sus cargos, que ya representaban, en sí, grandes inversiones, sino también una formidable acumulación de bonos, propiedades urbanas y señoríos rurales".[40] Además, los magistrados desempeñaban un papel fundamental en la protección de la propiedad de los señoríos, en particular; pues, como tribunales de apelación para las disputas acerca de derechos señoriales, los *parlements* defendían esta "extraña forma de propiedad" sostenida tanto por nobles como por burgueses. Escribe Alfred Cobban: "En realidad, sin el apoyo jurídico de los *parlements* todo el sistema de derechos señoriales se habría desplomado, pues los funcionarios reales no tenían interés en el mantenimiento de un sistema que hacía pasar un ingreso de quienes eran gravables [es decir, los campesinos], a manos de quienes no lo eran."[41]

En tercer lugar, por virtud de sus diversas fortunas, estilos de vida y residencia en los grandes centros urbanos (incluso los importantes centros regionales), los magistrados estaban notablemente "bien conectados". Se casaban y se codeaban con miembros de la antigua nobleza (de "Estado") y con quienes vivían de propiedades señoriales, así como con familias de nuevos ricos (y recientemente ennoblecidas mediante el comercio y las finanzas).[42] Asimismo, "mantenían contacto con otros funcionarios, que aún no habían sido ascendidos a la nobleza [...] [y] mantenían nexos con un grupo de menor prestigio social; a saber, los abogados".[43]

40 Franklin L. Ford, *Robe and Sword*, Nueva York, Harper & Row, 1965, p. 248.

41 Alfred Cobban, *A History of Modern France*, Baltimore, Penguin Books, 1957, vol. 1, *Old Regime and Revolution, 1715-1799*, p. 155.

42 Ford, *Robe and Sword;* Forster, *Nobility of Toulouse;* J. H. Shennan, *The Parlement of Paris*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1968, y Egret, "L'Aristocratie Parlementaire".

43 Georges Lefebvre, "The French Revolution in the Context of World History", en *Revolutions: A Comparative Study*, ed. Lawrence Kaplan, Nueva York, Vintage Books, 1973, p. 164.

Por último, los *parlements* poseían, por tradición, el derecho de "argüir contra" los edictos reales, los que consideraban como violaciones de las prácticas consuetudinarias del reino. En la práctica, esto significaba que podían aplazar la puesta en vigor de las medidas políticas reales que les disgustaran, y en el proceso provocaban el debate público (sobre todo de la clase superior) al respecto. Su efecto fue, a menudo, hacer que el rey perdiera confianza en los ministros responsables de tratar de poner en vigor las medidas políticas objetables.[44]

Repetidas veces durante el siglo XVIII, los *parlements* se opusieron a los intentos ministeriales de reforma fiscal. La resistencia era una causa generalmente popular y, además, las reformas propuestas habrían puesto fin a los privilegios de los grupos de propietarios ricos, como ellos mismos y de los señores, rentistas y otros funcionarios, a quienes estaban vinculados. A mediados del siglo, los *parlements* hasta empezaron a afirmar el derecho de dar su aprobación casi legislativa a las medidas públicas reales, como representantes del pueblo francés contra la Corona. Finalmente en 1787-1788, los *parlements* "abrieron la puerta a la revolución", al reunir a la clase superior y obtener apoyo popular, una vez más, contra las propuestas ministeriales de reforma, y al vocear su exigencia de que se reunieran los Estados Generales.[45]

De manera irónica, el comienzo de la crisis política revolucionaria llegó en la secuela de la única guerra del siglo XVIII de la que Francia salió indiscutiblemente victoriosa. Habiendo evitado dificultades en el continente, Francia obstaculizó a la marina británica en la guerra de independencia norteamericana. Pero "el precio que habría que pagar por la independencia norteamericana era una Revolución francesa".[46] Pues para financiar la guerra que costaría a la Gran Bretaña sus colonias americanas, sus tesoreros reales (entre cerca de 1774 y 1778) finalmente llegaron al límite de su capacidad de obtener nuevos préstamos, al mismo tiempo que aumentaban grandemente los gastos y la deuda reales, hasta alturas astronómicas. Los gastos

44 William Doyle, "The Parlements of France and the Breakdown of the Old Regime, 1771-1788", *French Historical Studies* 6:4 (otoño de 1970), 415-458.

45 Shennan, *Parlement of Paris;* Ford, *Robe and Sword,* y Cobban, *History of Modern France,* vol. 1.

46 Cobban, *History of Modern France,* vol. 1, p. 122.

casi se triplicaron entre 1770 y 1788,[47] mientras que para este último año "tan sólo los cargos de pago de la deuda consumieron más de 50% de los gastos anuales".[48] El cargo de financiar la guerra norteamericana llegó antes de que los tesoreros lograran controlar la deuda de la anterior guerra general (la de Siete Años). Los impuestos "fueron sobrecargados por última vez en 1780 y en 1781. Dentro de los términos del sistema existente de fiscalidad corroída por los privilegios, la economía no pudo soportar más".[49] Asimismo, como ya hemos indicado, después de 1770, Francia fue cayendo en una recesión económica cíclica general, circunstancia que redujo sus ingresos fiscales y los fondos de inversión y produjo bancarrotas entre los agentes financieros del Estado.[50]

Sin embargo, como sabiamente nos lo recuerda J. F. Bosher: "la mayoría de los reyes borbónicos habían sobrevivido a las deudas y a la bancarrota; las dificultades financieras de los últimos años de Luis XIII, Luis XIV y Luis XV probablemente fueron tan graves como las que se sintieron en vísperas de la Revolución francesa".[51] Pregunta después: "¿Por qué se desarrollaron las dificultades financieras de Luis XVI hasta llegar a una crisis general?" ¿Por qué lanzaron una Revolución? Bosher responde que los acontecimientos de la sociedad francesa del siglo XVIII habían cerrado ya una vieja vía de escape:

> Una de cada dos crisis financieras de la monarquía borbónica había culminado en una Cámara de Justicia [*Lit de Justice*] (extraordinario procedimiento judicial), que dirigía la atención pública hacia los contadores, recaudadores de impuestos y otros financieros (todos ellos funcionarios venales de la monarquía, de los que habitualmente tomaba prestado, en anticipación de los ingresos fiscales) [...] como prevaricadores, y por tanto responsables de las dificultades [...] Las Cámaras de Justicia habían aportado un conveniente medio jurídico para cancelar las deudas a los financieros, recobrando, por la fuerza, grandes sumas. En la ocasión de estas Cámaras, la Corona había aprovechado la flaqueza momentánea de los financieros para hacer reformas a las instituciones financieras[...]
> Pero durante el siglo XVIII, los recaudadores generales, recibidores generales, tesoreros generales, pagadores de las rentas y otros altos

[47] Pierre Goubert, *L'Ancien Régime*, 2; *Les Pouvoirs*, París, Armand Colin, 1973, pp. 136-137.

[48] Matthews, *The Royal General Farms*, p. 258.

[49] *Ibid.*, p. 257.

[50] Bosher, *French Finances*, pp. 183-196 y p. 308.

[51] *Ibid.*, p. 304.

> funcionarios se habían ennoblecido en tan grandes números, y se habían mezclado hasta tal punto con las clases gobernantes, que la Corona no estuvo en posición de establecer contra ellos una Cámara de Justicia. La larga serie de Cámaras de Justicia llegó a su fin en 1717 [...] Los ministros de finanzas que intentaron algo similar a un ataque a los financieros, especialmente Terray, Turgot y Necker, sufrieron una derrota política y se vieron obligados a retirarse. En estas circunstancias, las dificultades financieras maduraron en una gran crisis.[52]

En suma, cuando su incontrolable tendencia a la guerra llevó a la monarquía borbónica del siglo XVIII a una aguda crisis financiera, se encontró ante una clase dominante sólidamente consolidada. Esta clase dependía del Estado absolutista, y estaba implicada en su misión internacional. Sin embargo, también tenía intereses económicos en minimizar los impuestos reales a su riqueza, y era capaz de ejercer presión política contra la monarquía absolutista por medio de los puestos institucionales que controlaba dentro del aparato del Estado.

La crisis política revolucionaria

En 1787, las noticias del peligro financiero de la monarquía precipitaron una crisis general de confianza dentro de la clase dominante.[53] En un esfuerzo por adelantarse a los *parlements*, el ministro de finanzas, Charles Alexandre de Calonne, convocó a la Asamblea de Notables (representantes de la clase dominante, de los tres órdenes) y les expuso un análisis de la situación financiera, y propósitos audaces de reformas jurídicas y fiscales. Las propuestas claves exigían un nuevo impuesto a todas las tierras, sin que importara el que sus propietarios fuesen nobles o plebeyos, y el establecimiento de asambleas de distrito que representaran a todos los terratenientes, fuera cual fuese su posición jurídica. No es de extrañar que los Notables rechazaran estas ideas; Calonne cayó, y fue reemplazado por Loménie de Brienne, quien envió unos edictos que constituían una versión modificada de las mismas ideas, a los *parlements*. El *Parlement* de París se negó a registrar los decretos de Brienne y, con gran

[52] *Ibid.*, pp. 304-305.

[53] Este párrafo se basa en Norman Hampson, *A Social History of the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1963, cap. 2, y A. Goodwin, "Calonne, the Assembly of French Notables of 1787 and the Origins of the Revolte Nobiliare", *English Historical Review* 61:240 (mayo de 1946), 202-234 y 61 (241) (septiembre de 1946), 329-377.

apoyo general, exigió la convocación de los durante largo tiempo disueltos Estados Generales. Ya no confiaba en que el absolutismo pudiese resolver los problemas del Estado y, temerosa por sus privilegios, la clase dominante quiso tener un cuerpo representativo que asesorara al rey y diera su aprobación a todo nuevo impuesto.

Al principio, el rey se negó, y procedió a pasar por encima de los *parlements*. Pero la resistencia cundió, especialmente en las provincias. Los *parlements* provinciales, los Estados provinciales en los alejados *pays d'état*, y cuerpos extraordinarios creados por los nobles y/o el alto Tercer Estado, formaron un clamor contra el "despotismo" y en pro de los Estados Generales. Manifestaciones populares, especialmente de partidarios de los *parlements*, defendieron a los *privilégiés* en contra de la Corona. Y no pudo contarse con todos los *intendants*, gobernadores militares y oficiales del ejército para suprimir la resistencia.[54]

La renuencia de muchos oficiales a suprimir la resistencia con algún vigor fue un factor, junto con la continuada crisis financiera, de la final capitulación real, al convocar a los Estados Generales. Y la renuencia de los oficiales ayudó a difundir el caos administrativo y el desplome militar. Reclutados entre diferentes capas sociales privilegiadas —nobles ricos, no nobles ricos y nobles campesinos pobres—, los oficiales tenían toda una serie de quejas ya de larga data. Algunas iban dirigidas contra otros oficiales y otras, significativamente, eran compartidas por ellos contra la Corona, que nunca podía satisfacer a todos los grupos.[55] Pero es probable que la explicación decisiva del comportamiento de los oficiales se encuentre en el hecho de que virtualmente todos ellos eran privilegiados, social y/o

[54] Hampson, *Social History*, cap. 2; Jean Egret, "The Origins of the Revolution in Brittany (1788-1789)" y "The Pre-Revolution in Provence (1787-1789)", en *New Perspectives on the French Revolution*, ed. Jeffrey Kaplow, Nueva York, Wiley, 1965, pp. 136-170, y Jean Egret, *La Pré-Révolution Française*, París, Presses Universitaires de France, 1962.

[55] Sobre el ejército de Francia al final del Antiguo Régimen véase Bien, "Réaction Aristocratique: l'Example de l'Armée"; Emile G. Léonard, "La Question Sociale dans l'Armée Française au XVIII Siècle", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 3:2 (abril-junio de 1948); 135-149; Louis Hartmann, "Les Officiers de l'Armée Royale à la Veille de la Révolution", *Révue Historique* 100 (enero-abril de 1909), 241-268, y 101 (mayo-agosto de 1909), 38-79; P. Chalmin, "La Désintégration de l'Armée Royale en France à la Fin du XVIIIe Siècle", *Révue Historique de l'Armée* 20:1 (1964), 75-90, y S. F. Scott, "The French Revolution and the Professionalization of the French Officer Corps", en *On Military Ideology*, eds. M. Janowitz y J. van Doorn, Rotterdam University Press, 1971, pp. 18 *ss*.

económicamente. Por tanto, muchos se identificaron durante 1787-1788 con los *parlements*. En su libro ya clásico *Armies and the Art of Revolution*, Katherine Chorley concluye, basándose en estudios históricos comparativos, que en las sociedades preindustriales los oficiales del ejército por lo general se identifican con los intereses de los estratos privilegiados entre los cuales se les reclutó, y actúan para protegerlos.[56] Durante sus primeras fases, y aun después, mientras no capituló el rey y convino en llamar a los Estados Generales, la Revolución francesa se enfrentó a todos los estratos sociales, conducidos por los ricos y privilegiados contra la Corona. La predecible renuencia de los oficiales a reprimir la resistencia durante tal periodo exacerbó la crisis de autoridad del gobierno, que a su vez desencadenó divisiones políticas y sociales, que finalmente hicieron imposible, fuese para el rey o para las facciones conservadoras de la clase dominante, el recurrir a la simple represión.

Pues, como es bien sabido, convocar a los Estados Generales no sólo sirvió para resolver la crisis financiera, sino también para lanzar la Revolución. Nadie duda de los hechos de este "lanzamiento", pero sí quedan pendientes cuestiones de interpretación. Muchos historiadores de la Revolución francesa afirman que la convocatoria a los Estados Generales condujo a la Revolución, porque hizo surgir a la burguesía capitalista, o bien al alto Tercer Estado, en el escenario político nacional.[57] Esto ocurrió cuando surgieron disputas sobre si los Estados Generales habían de actuar a la manera tradicional, votando por orden, o de una manera más unificada, votando por cabeza. Ciertamente esta disputa fue de importancia decisiva. Y sin embargo, mucho parece sugerir que su importancia no estribó en enfrentar a una clase o Estado en contra de otro. Antes bien, que la disputa intensificó la parálisis y condujo a la disolución del sistema administrativo del antiguo régimen, dejando así vulnerable a la clase dominante ante las implicaciones verdaderamente sociorrevolucionarias de las revueltas desde abajo.

En 1788 y a comienzos de 1789, la clase dominante francesa se hallaba virtualmente unida en su deseo de un gobierno nacional menos absolutista, más representativo. Pero no había ningún consenso acerca de qué principios habían de determinar

[56] Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943; nueva impresión, Boston, Beacon Press, 1973, pp. 138-139.

[57] La afirmación clásica de esta tesis se encuentra en Georges Lefebvre, *The Coming of the French Revolution*, trad. R. R. Palmer, Princeton, N. J. Princeton University Press, 1947, Segunda Parte.

exactamente quién estaba representado, y con qué poder institucionalizado.[58] La convocatoria de los Estados Generales inevitablemente planteó preguntas ante las cuales la clase dominante se encontraría, potencialmente, más dividida. Pues los Estados Generales no constituían una institución representativa establecida que ya funcionara, para mediar entre diversos intereses dentro de la clase dominante. Antes bien, los Estados habían de constituirse casi de la nada, tomando representantes de toda la suma de comunidades, grupos y cuerpos comunes que formaban la sociedad francesa en 1789. Habiendo sido aplicadas las guías "habituales" por última vez, en 1614, el proceso mismo de constituir los Estados Generales desencadenó incontables conflictos de intereses y principios. Esto puede decirse especialmente de los estratos ricos y privilegiados que se hallaban complejamente divididos por pertenencia a Estados, grados de nobleza, tipos de propiedad, nexos regionales, afiliaciones a ciudades o al país, intereses ocupacionales, y así sucesivamente.

Además, hasta el punto en que los grandes agrupamientos abrazaron un bando a comienzos de 1789 en la disputa sobre votar por orden, contra votar por cabeza, quienes se oponían a la constitución tradicional y favorecían una Asamblea Nacional unificada (cuyos representantes, de los tres órdenes, habrían votado individualmente) no sólo incluía a los representantes del Tercer Estado, sino también a una sólida minoría de la nobleza, con un número desproporcionado de nobles, aclimatados por nacimiento y/o residencia regular, a la vida y a la cultura urbanas.[59] En realidad, algunos de los principales dirigentes del Tercer Estado/burguesía "revolucionarios" eran aristócratas.[60] Esto no debe asombrarnos, pues lo que en realidad estaba en

[58] Ciertamente, los diversos sectores de la clase dominante de finales del antiguo régimen parecen haber estado mucho más unidos sobre la básica premisa de desear unos acuerdos nacionales representativos para los privilegiados, que los diversos grupos nobles y oficiales que participaron en la Fronda de 1648-1653. En el siglo XVIII, la simple existencia de un Estado francés unificado y nacional llegó a darse por sentado, mientras que los grupos privilegiados que participaron en la Fronda adoptaron posiciones fundamentalmente contradictorias en pro o en contra del Estado centralizado como tal.

[59] J. Murphy y O. Higonnet, "Les Députés de la Noblesse aux Etats Généraux de 1789", *Révue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 20 (abril-junio de 1973), 230-247.

[60] Elizabeth L. Eisenstein, "Who Intervened in 1788? A Commentary on *The Coming of the French Revolution*", *American Historical Review* 71:1 (octubre de 1965), 77-103.

juego en la primera fase de la Revolución no era la estructura de clases o social y del Estado —tan sólo unas revueltas populares podían poner esto en juego—, sino la estructura del gobierno. Y un sistema representativo que subrayara la riqueza, la educación y el prestigio público en general, indudablemente tenía más sentido precisamente para los nobles, con sus antecedentes urbanos y sus nexos cosmopolitas. Así pues, comprensiblemente, estaban más alejados de los nobles rurales, provincianos, resueltos a revivir una constitución política feudal, que de los representantes del Tercer Estado que, casi invariablemente, procedían de ciudades y poblados.

Pero, por lo demás, no se requerían contradicciones de clase o divisiones tan sólo de acuerdo con las líneas de los Estados Generales para lanzar la Revolución; las pugnas políticas multifacéticas dentro de la clase gobernante eran más que suficientes. Estos conflictos al principio paralizaron y luego desmantelaron el sistema administrativo del antiguo régimen, que, después de todo, nunca se había basado más que en el desempeño rutinario de diversos cuerpos gubernamentales comunes y funcionarios venales, bajo la coordinación del rey, los ministros y los *intendants.* Mientras estos grupos e individuos disputaban entre sí en 1788 y 1789 sobre cómo debían constituirse los cuerpos representativos, y sobre qué quejas habían de plantearse al rey, las puertas se abrieron de par en par a la expresión del descontento popular. Algunos dirigentes de la clase dominante llegaron a fomentar la creciente participación popular, apelando a grupos populares urbanos en su ayuda en sus luchas por la "libertad", definida de diversas maneras. Al principio los *parlements*, y luego los partidarios de la Asamblea Nacional participaron en este juego.

Ya en el verano de 1789, el resultado fue la "Revolución municipal", una oleada de revoluciones políticas en todas las ciudades y en los poblados de Francia, incluyendo, desde luego, la célebre "toma de la Bastilla en París".[61] En el marco de las simultáneas crisis políticas y económicas de 1788-1789,[62] multitudes de artesanos, tenderos, jornaleros y labradores recorrían

[61] Sobre la Revolución municipal, véase especialmente Lynn A. Hunt, "Committees and Communes: Local Politics and National Revolution in 1789", *Comparative Studies in Society and History* 18:3 (julio de 1976), 321-346, y George Rudé, "The Fall of the Bastille", en *Paris and London in the Eighteenth Century,* Nueva York, Viking Press, 1973, pp. 82-95.

[62] La naturaleza de la crisis económica francesa de 1788-1789 será analizada en el capítulo III.

las ciudades en busca de armas y de granos, exigiendo pan y libertad.[63] Los líderes más sagaces de la Revolución liberal, partidarios de la Asamblea Nacional, formaron nuevos gobiernos municipales, desplazando a los funcionarios nombrados por administración real, o a los leales a ella, y reclutaron a los más respetables líderes populares en milicias urbanas. A su vez, las milicias al mismo tiempo sirvieron de contrapeso al ejército real y ayudaron a guardar la propiedad y el orden urbano. Así, a comienzos del verano de 1789, las disputas dentro de la clase dominante por las formas de representación culminaron en una victoria de la Asamblea Nacional parisiense y de sus diversos partidarios liberales y urbanos por toda Francia. Y, junto con esta victoria, vino la súbita devolución del control por los medios de administración y coacción, de la administración real normalmente centralizada, a la posesión descentralizada de las diversas ciudades y poblaciones, controladas, en su mayor parte, por partidarios de la Asamblea Nacional.

Desde luego, la Revolución municipal no fue más que el principio de un proceso revolucionario en Francia, que pronto se haría más profundo, pasando de unas reformas constitucionales antiabsolutistas a unas transformaciones sociales y políticas más fundamentales. Pues las luchas de las clases bajas —y, ante todo, las de los campesinos, a quienes nadie de las clases dominantes había invitado a participar— mostrarían una dinámica y una lógica propias. Y sin la administración real, la nobleza rural, especialmente, se encontraría sin defensas contra las revueltas desde abajo. Pero estas cuestiones las habremos de explorar en los capítulos siguientes; por el momento, dejaremos a Francia y pasaremos a analizar el surgimiento de una crisis política revolucionaria en los últimos años de la China imperial.

La China manchú: del Celeste Imperio a la caída del sistema imperial

Del choque y el clamor del sistema de Estados europeos, al que la Francia borbónica estaba aclimatada desde largo tiempo antes de llegar a su némesis revolucionaria, pasaremos a un mundo distante y autocontenido, con un solo centro hegemónico.

[63] George Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, caps. 4, 12 y 13.

China, antes del siglo XIX, era el foco de una rica civilización que se remontaba en el tiempo a más de dos milenios, civilización encarnada en una estructura sociopolítica con una historia de más de seiscientos años de cohesión casi continua. Los problemas de la defensa exterior para este Estado imperial, que se extendía sobre un vasto país agrario, habían consistido principalmente en rechazar o dominar a otros pueblos en las fronteras de las tierras asiáticas, mientras que las intrusiones por mar eran desdeñadas o rechazadas por la fuerza. Los gobernantes de la China tradicional llegaban a dominar cada vez mejor estas tácticas a lo largo de los siglos. Los grupos ajenos podían ocupar los puestos de mando del régimen dinástico, pero el sistema imperial chino seguía operando.[64] En realidad, la dinastía Ch'ing (1644-1911) de los extranjeros manchúes, pueblo tribal achinado del sur de Manchuria, presenció el apogeo, así como el desplome final, de este notable sistema.

> Para finales del reinado del emperador Ch'ien-lung (1736-1796), los límites del imperio chino se extendían más allá que nunca; hacia el oeste, a la región Ili y los límites del Turkestán ruso; al sudoeste hasta los montes Himalaya y los Estados limítrofes de la India. El Tibet se hallaba pacificado y controlado; el Annam estaba en pleno vasallaje, y el resto del Asia sudoriental enviaba tributos reales; Corea formaba parte, una vez más, de la esfera de influencia china.[65]

Para el Celeste Imperio, paz y orden, expansión económica y elaboración cultural prevalecieron hasta el siglo XIX. De pronto, una Europa agresiva, en expansión, industrializada, hizo salir por la fuerza a China de su espléndida autonomía para entrar en un mundo de naciones-Estados en competición e intrusiones imperialistas. Pero antes de ver el porqué y la causa de las consecuencias revolucionarias que se sucedieron, examinemos la lógica del antiguo régimen por su propio derecho. Pues, como en el caso de la Francia borbónica, fue una combinación de presiones externas insólitas y de estructuras y acontecimientos internos particulares la que llevó al antiguo régimen chino a la crisis política revolucionaria.

64 Para antecedentes generales, véase Mark Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford, Stanford University Press, 1973, y Wolfram Eberhard, *A History of China*, tercera edición, Berkeley, University of California Press, 1969.

65 Frederic Wakeman, Jr., "High Ch'ing: 1683-1839", en *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. James B. Crowley, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1970, pp. 4-5.

Como mejor puede comprenderse la estructura sociopolítica de la China imperial en sus últimos tiempos es como interpenetración de dos "mundos": 1) una economía agraria y una sociedad de aldeas envueltas en redes de mercado enfocadas en el ámbito local, y 2) una administración de Estado imperial que reclutaba y desplegaba individuos educados, con certificados de un elaborado sistema de exámenes. Cada una de estas esferas puede introducirse por separado, con propósitos analíticos, aunque es importante tener en consideración, desde el principio, que ninguna de ellas actuaba en aislamiento de la otra. De hecho, su interpenetración creó y mantuvo una notable clase dominante: la clase acomodada china.

La economía y la sociedad agrarias

En la última época imperial, la agricultura china no era en absoluto "feudal", pues no había señores con derechos jurídicos a impuesto o a labor sierva como en la Europa precapitalista. La agricultura china tampoco tenía grandes heredades cultivadas por sus propietarios. En cambio, la tierra era poseída, alquilada, vendida y comprada casi invariablemente en pequeñas unidades. La vasta mayoría de los chinos, al menos 80%, era de agricultores campesinos que vivían en aldeas de varios cientos de familias, cada una con sus tierras labrantías que la familia poseía o alquilaba, o ambas cosas.[66]

Desde luego, la desigualdad económica en China se expresaba, en grado considerable, en la propiedad diferencial de la tierra.[67] En los campos, casi 40% de las tierras labrantías eran alquiladas por los terratenientes. Cerca del 30% de las familias campesinas era de aparceros, y otro 20% alquilaba partes de sus tierras, dejando 50% como propietarios de parcelas de tamaños que variaban grandemente. Pero las variaciones regionales eran considerables: en la mayor parte de la China central y meridio-

[66] Albert Feuerwerker, *The Chinese Economy, ca. 1870-1911*, Michigan Papers in Chinese Studies, No. 5, Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1969, p. 15. En la actualidad 80 por ciento probablemente sea un cálculo mínimo en la proporción de campesinos en la población china anterior a 1911.

[67] Los antecedentes para este párrafo y el anterior proceden de Dwight H. Perkins, *Agricultural Development in China, 1368-1968*, Chicago, Aldine, 1969; John Lossing Buck, *Chinese Farm Economy*, Chicago, University of Chicago Press, 1930, y R. H. Tawney, *Land and Labour in China*, 1932; reimpresión, Boston, Beacon Press, 1966.

nal, las tasas de aparcería eran más altas, mientras que en la mayoría del norte y del noroeste eran mucho más bajas. También había variaciones intrarregionales entre las localidades. En general, la renta de la tierra sólo podía ser provechosa en las regiones en que el transporte, sobre todo por agua, permitía llevar al mercado los granos fuera de las zonas locales exactas donde se cultivaban. En el norte de China (donde las principales cosechas eran de mijo y de trigo) el transporte era en general más difícil, para no mencionar el hecho de que la productividad era muy inferior a la de las tierras arroceras del sur y del centro de China.

La China agrícola estaba, en realidad, considerablemente comercializada, aun cuando el país en general no estuviese básicamente integrado por relaciones de mercado. Las dificultades del transporte hacían que el comercio estuviese fragmentado en miles de mercados locales, en que la mayoría de las ventas de los productos agrícolas estaban contenidas dentro de "regiones limitadas de pocas decenas de kilómetros de diámetro".[68] "El comercio a larga distancia principalmente llevaba artículos de lujo a la clase acomodada china o bienes de consumo a las ciudades chinas."[69] Sólo del 7 al 8% de toda la producción agrícola entraba en él; pero el comercio local e intrarregional era de gran importancia. Pues, mientras que los campesinos cultivaban la mayor parte de su propio alimento, seguían dependiendo de los mercados periódicos de la que William Skinner ha llamado "la ciudad-mercado estándar" para vender entre una quinta parte y dos quintas partes de sus productos a cambio de dinero para pagar impuestos, o para comprar productos manufacturados, de entretenimiento y servicios religiosos. "Hasta el punto en que puede decirse que el campesino chino vivía en un mundo autocontenido, aquel mundo no era la aldea sino la comunidad-mercado estándar",[70] que incluía de doce a dieciocho aldeas. De manera similar, las familias ricas a menudo residían en las ciudades-mercados,[71] cuyas operaciones les ofrecían artículos de lujo y les daban oportunidades de inversio-

68 Perkins, *Agricultural Development*, p. 115. Los hechos sobre el comercio que aparecen en este párrafo proceden del capítulo VI del libro de Perkins.

69 *Ibid.*, p. 172.

70 G. William Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China (Part I)", *The Journal of Asian Studies* 24:1 (noviembre de 1964), p. 32.

71 Gilbert Rozman, *Urban Networks is Ch'ing China and Tokugawa Japan*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1973, p. 82.

Ciudades Mercados

nes muy lucrativas en empresas manufactureras o, ante todo, en operaciones de préstamo con intereses de usura. Tales inversiones constituían decisivos suplementos a los ingresos inferiores que las familias ricas obtenían tan sólo de las rentas de la tierra; y representaban un importante mecanismo de asignación de excedentes en los últimos años de la China imperial. [72]

El Estado

Las familias ricas típicamente aspiraban a participar, por medio de servicios al Estado en un ámbito cosmopolita y universal de la vida china que no experimentaban las masas campesinas. Dado el carácter localizado y fragmentado de la enorme economía agraria china, tan sólo el Estado imperial —enfocado en una sucesión de dinastías aborígenes o extranjeras capaces de conquistar y sostener su posición por medio del ejército— unía a China en una sola sociedad. La dinastía era el pivote de una estructura administrativa centralizada, autocrática y semiburocrática que, durante la dinastía Ch'ing, contó con aproximadamente cuarenta mil funcionarios: [73]

> El emperador gobernaba, monarca absoluto y jurídicamente ilimitado, con varios de los clanes imperiales a su alrededor. Directamente debajo de él en la jerarquía administrativa se hallaban el Gran Consejo y el Gran Secretariado, y bajo éstos venían seis (que a la postre se aumentaron a doce) departamentos o juntas más o menos comparables a ministerios. Bajo el gobierno central se hallaban las administraciones provinciales encabezadas en cada caso por un gobernador general (virrey) y/o un gobernador. Además de estos funcionarios, la dinastía Ch'ing estableció en once provincias el puesto de tártaro general, que se ubicaba en rango "con, pero antes" que el virrey.
> Cada provincia estaba dividida en unidades pequeñas designadas como *tao* o circuitos presididos por un intendente. Cada *tao* estaba integrado por *fu* (supervisados por un prefecto), y los *fu*, a su vez, se dividían en departamentos (a las órdenes de magistrados departamentales) y *hsien* (bajo magistrado). Estos funcionarios recibían sus nombramientos de arriba, pues todas las comisiones procedían del propio emperador. [74]

[72] Perkins, *Agricultural Development*, p. 184

[73] Franz Michael, "State and Society in Nineteenth-Century China", en *Modern China*, ed. Albert Feuerwerker, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1964, p. 58.

[74] Cita de Robert C. North e Ithiel de Sola Pool, "Kuomintang and Chinese Communist Elites", en *World Revolutionary Elites*, eds. Harold D. Lasswell y Daniel Lerner, Cambridge, MIT Press, 1966, p. 320.

Los funcionarios se reclutaban entre las filas de hombres cultos y con diploma que, junto con sus familias, comprendían menos del 2% de la población total. La mayoría de estos letrados eran sometidos a exámenes patrocinados por el gobierno, sobre los clásicos confucianos, aun cuando cierta minoría compraba diplomas y posiciones.[75] Los aspirantes a los puestos oficiales podían proceder virtualmente de cualquier medio social de la China imperial, y, en realidad, personas de familias pobres ocasionalmente llegaron aun a los puestos más altos.[76] Sin embargo, todos ellos habían de alcanzar por sus propios recursos, o los de sus patrocinadores, la seguridad y el tiempo libre necesarios para cultivar los modales y la "categoría de la gente culta" y dedicarse a la "vida de examen" (que a menudo era, literalmente, del largo de toda una vida) de los literatos confucianos.[77] Y la conexión con las fortunas familiares que incluían riquezas en tierras era el único medio seguro y apropiado para garantizarse la seguridad y el tiempo libre necesarios.

Los funcionarios imperiales salían exclusivamente de las filas de los de la clase alta de literatos, aquellos (aproximadamente 14% de todos los letrados) que habían pasado los exámenes provinciales o metropolitanos (nacionales), o que habían comprado títulos oficiales además de sus grados.[78] Los altos letrados eran o bien funcionarios, o bien funcionarios retirados o funcionarios potenciales. Mediante sus experiencias de examen, en su mayoría habían obtenido relaciones y orientaciones extralocales. Una vez nombrados a sus cargos, los altos letrados se sometían a todo un conjunto de reglas destinadas —aun a expensas de la racionalidad administrativa— tanto a atenuar sus fuertes nexos

75 Chung-li Chang, *The Chinese Gentry*, Seattle, University of Washington Press, 1955, pt. 2.

76 Ping-ti Ho, *The Ladder of Success in Imperial China*, Nueva York, Columbia University Press, 1962.

77 Wakeman, "High Ch'ing", en *Modern East Asia*, ed. Crowley, pp. 12-15, y Chang, *The Chinese Gentry*, pt. 3.

78 Chang, *The Chinese Gentry*, pt. 1. Los chinos ricos, como los franceses ricos, podían abrirse paso comprando cargos gubernamentales. En China, esto abarcaba comprar grados confucianos así como puestos gubernamentales honoríficos o activos. Sin embargo, aun cuando este "sistema de compra" se extendió considerablemente en la China de mediados del siglo XIX (cuando la dinastía se hallaba bajo presión y urgentemente necesitaba ingresos), nunca llegó a ser el modo *dominante* de ingreso en el servicio gubernamental como lo fue el sistema de venalidad de los cargos en la Francia absolutista. (Véase Chang, *The Chinese Gentry*, pt. 2, esp. páginas 138-141.)

con el hogar y la familia, cuanto a forjarlos hasta constituir un cuerpo de *élite* que pudiese adoptar el punto de vista imperial acerca de las comunidades locales. Desde luego, el Estado chino nunca trató de apartar permanentemente a los funcionarios de sus localidades de hogar; se crearon periodos regulares de retiro en el hogar, en las carreras oficiales, y los nexos con las familias que se habían dejado en el hogar y con la posición social y económica local siguieron siendo importantes, aun para los funcionarios de mayor categoría. Pero el Estado imperial sí trató de asegurarse la lealtad de los funcionarios en activo. De acuerdo con una "regla de evitación", los letrados nombrados, gobernadores, magistrados, etc., habían de supervisar ciertas provincias distintas de aquellas en que habían nacido y crecido. No se les permitía emplear a miembros de su familia, ni casarse con mujeres de la localidad sin autorización oficial. Para impedir el desarrollo de camarillas permanentes dentro de sus rangos, o alianzas fijas entre ellos y las *élites* locales de las zonas que administraban, los funcionarios a menudo eran transferidos y mezclados en diferentes medios. Por último, deliberadamente se crearon jurisdicciones y funciones duplicadas en las estructuras administrativas de provincia, de modo que la Corte pudiese tener líneas traslapantes de supervisión y mando. [79]

Los letrados inferiores —aquellos que sólo habían pasado los exámenes de nivel básico (prefectural) (o que sólo habían comprado el grado de nivel básico)— no solían ser nombrados a los cargos imperiales, relativamente escasos. Sin embargo, junto con los hombres ricos que adoptaban la manera confuciana, típicamente poseían importante prestigio y poder en sus comunidades locales. [80] Y es que la administración imperial nunca llegaba hasta la aldea individual o el poblado-mercado estándar. El funcionario de nivel básico, el magistrado de condado (*hsien*), era responsable de una zona que contenía hasta doscientas mil personas. [81] Huelga decirlo, sólo podía administrar semejante zona mediante la cooperación con las gentes del lugar. [82] Un recurso al que acudían todos los magistrados consistía en emplear muchos ayudantes y trabajadores de bajo nivel, que eran remunerados parcialmente mediante pagos del propio magistrado, y parcialmente, mediante sobornos

[79] Michael, "State and Society", en *Modern China*, ed. Feuerwerker, página 66.

[80] Chang, *The Chinese Gentry*, pt. 1.

[81] Michael, "State and Society", p. 58.

arrancados a la gente local. Además, los letrados residentes y los terratenientes confucianos ricos casi siempre colaboraban con el magistrado, al que podían dirigirse como a un igual en categoría. A cambio de tasas más bajas para ellos y sus amigos, estos señores locales podían ayudar al magistrado a recabar el impuesto de la tierra. Y, aún más importante, el magistrado ayudaba a los letrados locales y a hombres ricos a organizar servicios para la comunidad, como proyectos de riego, asuntos religiosos o de clan, esfuerzos educativos o milicias locales, a cambio de pagos recaudados entre el campesinado local. Tales pagos constituían una importante fuente de ingresos, en especial para los letrados menores. Y desde luego, la administración imperial también apoyaba los derechos de los terratenientes y deudores para recaudar rentas y pagos.

La clase acomodada

Así, en forma no muy distinta de la clase dominante en la Francia prerrevolucionaria, la clase acomodada dominante de la China imperial se hallaba simultáneamente basada en sus cargos y en la propiedad de tierras excedentes y riquezas líquidas. La riqueza, prestada o rentada con el apoyo del Estado a los campesinos, mantenía el cultivo de los modales confucianos. El Estado imperial sancionaba la cultura confuciana mediante el sistema de exámenes y aceptaba a una minoría de sus devotos como sus funcionarios. Los ingresos de los funcionarios, así como los pagos recibidos por organizar y administrar los asuntos de la comunidad local, aportaban mayores ganancias que las que podían conseguirse mediante la simple propiedad de la tierra.[83] En última instancia, la riqueza así recaudada era reinvertida

82 Además de las citas que aparecen en las notas 80 y 81 véase T'ung-tsu Ch'ü, *Local Government in China Under the Ch'ing*, Cambridge, Harvard University Press, 1962, cap. 10; Yuji Muramatsu, "A Documentary Study of Chinese Landlordism in Late Ch'ing and Early Republican Kiagnan", *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 29:3 (1966), 566-599.

83 Chang, *Income of the Chinese Gentry;* Michael, "State and Society", en *Modern China*, ed. Feuerwerker, y Perkins, *Agricultural Development.* Perkins nota: "Como la tasa de ingresos de la tierra era baja, la mayoría de los terratenientes hacían su fortuna fuera de la agricultura y conservaban sus tierras como propiedad fácilmente vendible y como fuente de prestigio" (p. 184). Los cargos oficiales y el comercio eran los principales focos de construcción de fortunas.

parcialmente en tierras y en usura, completando así el ciclo de interdependencia entre el Estado imperial y la sociedad agraria basada en la propiedad privada, fragmentada y estratificada, y el comercio localizado.

Muchas controversias han girado en torno de la cuestión de quiénes formaban realmente la "clase acomodada" en la China prerrevolucionaria. Algunos sostienen que eran aquellos *particulares* que ocupaban cargos oficiales y tenían grados confucianos, identificando así a la clase acomodada estrictamente con los que yo he llamado letrados.[84] Otros sostienen que la clase acomodada estaba formada básicamente por *familias ricas*, especialmente de terratenientes.[85] Hasta el punto en que esta controversia no es puramente semántica, los estudiosos difieren, al menos implícitamente, en sus conceptos de la estructura esencial del antiguo régimen chino. ¿Era, fundamentalmente, un Estado imperial con una única cultura y sistema educativo confuciano? ¿O era fundamentalmente una sociedad agraria estratificada por clases? Mi opinión es que la China del antiguo régimen era una inextricable amalgama de ambos. La clase agraria dominante dependía del apoyo administrativo/militar de las oportunidades de empleo del Estado imperial. Y las dinastías reinantes dependían de las clases locales dominantes para extender su control y apropiarse recursos de la inmensa y complicada expansión agraria que formaba China. Desde esa perspectiva, puede argüirse que el núcleo de la clase acomodada eran familias de terratenientes con miembros diplomados. También deben considerarse como miembros marginales de la clase dominante a otros que carecían de esta constelación de atributos, como las familias ricas que no tenían miembros oficiales, o los literatos o funcionarios pobres, pues compartían la cultura confuciana distintiva o las fuentes de riqueza de la clase acomodada, y así compartían ciertos aspectos de su poder.[86] La existencia y la supervivencia de la clase acomodada como clase dominante dependía de las aspiraciones y de la capacidad de tales miembros "marginales" para alcanzar los atributos de clase de toda aquella constelación que les faltaran. En realidad, durante cientos de

84 Entre los estudiosos que toman básicamente esta posición se incluyen Chang Chung-li, Franz Michael y Mary C. Wright.

85 Entre los estudiosos que adoptan básicamente esta posición se incluyen William Skinner, Philip Kuhn, Fei Hsiao-tung y John King Fairbank.

86 Frederic Wakeman ha expresado bellamente cómo el patriciado marginal podía compartir el poder del patriciado básico en su ensayo "High Ch'ing", en Crowley, ed., *Modern East Asia*, pp. 12-15.

años antes del final del siglo XIX, la economía agraria china floreció, permitiendo así a las familias alcanzar la riqueza para sostener aspirantes a los diplomas y cargos oficiales. Y la estructura del Estado imperial sobrevivió a los vaivenes de las dinastías, aportando así apoyo a las clases dominantes locales y extraordinarias oportunidades de riqueza a sus funcionarios. Durante todo este tiempo, la clase acomodada china, pese al surgimiento y a la caída de individuos y familias, floreció como clase basada en las intersecciones del Estado imperial y de la economía agraria.

Intrusiones extranjeras y rebeliones internas

Y sin embargo, el Imperio chino declinó y cayó, allanando el camino a la destrucción revolucionaria de la clase acomodada, y hemos de descubrir cómo y por qué ocurrió esto. Esencialmente, China se encontró bajo extraordinarias presiones de las naciones industriales imperialistas extranjeras. Esto ocurrió precisamente cuando unos acontecimientos internos, que durante largo tiempo habían estado gestándose, desequilibraban el sistema desde adentro, precisamente de las maneras que más dificultaban a las autoridades imperiales responder a la amenaza extranjera.

Durante el siglo XIX, China se halló sometida a presiones extranjeras cada vez más intensas, y de una índole sin precedente.[87] Antes de mediados del siglo XVIII, los comerciantes europeos habían sido tratados como portadores de tributos, comparables a los otros vasallos reales o simbólicos de China. Luego, entre mediados del siglo XVIII y del XIX, un limitado comercio en dos sentidos entre China y los mercaderes extranjeros había sido rigurosamente regulado, supervisado y gravado por las autoridades imperiales, por el que llegó a conocerse como "sistema de Cantón". Pero a comienzos del siglo XIX, Inglaterra pudo apoyar las aspiraciones de sus ciudadanos a un "libre comercio" extendido por toda China, con la organiza-

[87] Los antecedentes de este párrafo proceden de John K. Fairbank, Edwin O. Reischauer y Albert M. Craig, *East Asia: Tradition and Transformation*, Boston, Houghton Mifflin, 1973, caps. 9, 16 y 19-21, y Frederic Wakeman, Jr., *The Fall of Imperial China*, Nueva York, Free Press, 1975, caps. 7-9. Véase también Frances V. Moulder, *Japan, China and the Modern World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, cap. 4.

ción militar y la tecnología surgidas de la industrialización. Después de infligir decisivas derrotas navales a las fuerzas chinas en la guerra del Opio, de 1839-1842, Inglaterra obtuvo mayores derechos comerciales. Otras naciones occidentales pronto se le unieron en la búsqueda de una China "abierta". Concesiones de libre comercio, limitaciones de tarifas, jurisdicción extraterritorial en los puertos de "tratado" que proliferaban, inmunidades jurídicas a los misioneros cristianos en el interior: todo se fue imponiendo, paso a paso, en tratados que seguían a las repetidas invasiones extranjeras, en un país profundamente renuente a enfrentarse al Occidente y a su modo de vida. Hacia el fin del siglo, las intrusiones imperialistas tomaron un cariz aún más feo, cuando la búsqueda de colonias por todo el mundo, entre las naciones industriales, suplantó al "imperialismo de libre comercio" de Inglaterra. Inicialmente, antiguas zonas tributarias del Imperio chino —incluso Indochina, ciertas áreas del Asia interior y Corea— fueron tomadas por Francia, Rusia y Japón. Y a la postre, las potencias, en franca competición, procedieron a arrancar grandes "esferas de influencia", mediante "préstamos, ferrocarriles, zonas prestadas, reducidas tarifas de la tierra y derechos de jurisdicción local, de potencia policiaca y de explotación de minas".[88] La existencia misma de China como país soberano se vio profundamente amenazada.

Tan sólo las autoridades centrales del Estado imperial habrían podido lanzar proyectos económicos y militares que permitieran a China rechazar las incursiones, cada vez más profundas, que se hacían a costa de su soberanía.[89] Sin embargo, en los últimos años de la China tradicional, las realidades de la situación del Estado iban en contra del triunfo de cualquier iniciativa central. Y a fines del siglo XVIII, la dinastía Ch'ing empezaba a ser socavada: irónicamente, por los efectos de la paz, la prosperidad y el equilibrio político que habían prevalecido cuando la dinastía se hallaba en su apogeo.

Por una parte, el crecimiento de la población iba en contra de

88 Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, p. 625.

89 Para testimonio comparativo-histórico sobre este punto véase Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 1962; David S. Landes, "Japan and Europe: Contrasts in Industrialization", en *The State and Economic Enterprise in Japan*, ed. William W. Lockwood, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1965, y Barry Supple, "The State and the Industrial Revolution, 1700-1914", en *The Industrial Revolution*, ed. Carlo M. Cipolla, The Fontana Economic History of Europe, vol. 3, Londres, Collins/Fontana, 1973, pp. 301-357.

las limitaciones de la economía agraria. Dentro de un intacto marco institucional, la economía china tradicional se extendió más o menos continuamente durante más de quinientos años, a partir del siglo XIV, sobre todo, durante los periodos de paz y de estabilidad política.[90] Debido a la apertura de tierras nuevas al cultivo y a la aplicación más intensiva de la mano de obra, de los tradicionales insumos técnicos, la producción de grano *per capita* logró mantenerse al nivel del crecimiento de la población, que llegó a ser del 0.4% anual, al aumentar el número de chinos, de 65 a 80 millones en 1400, a cerca de 400 millones, a mediados del siglo XIX. También el comercio y las industrias artesanales se mantuvieron al mismo ritmo, y acaso llegaran a experimentar cierto desarrollo. Hubo realizaciones espectaculares. Mientras se dispuso de nuevas tierras que abrir, los métodos tradicionales de China lograron impedir que se redujera el consumo alimentario *per capita* (en general). Sin embargo, ya en el siglo XIX estaban agotándose las tierras nuevas. La tradicional economía iba alcanzando los límites de su posible expansión, sin crear las condiciones de algún surgimiento espontáneo de industrialismo.[91] Como consecuencia, se hizo más frecuente el desorden rural, especialmente en las zonas donde la producción o el comercio fueron perturbados por alguna razón.

Además, las autoridades imperiales empezaban a debilitarse en lo financiero y en lo administrativo. En lo financiero, la dificultad estaba en el impuesto a la tierra. Desde 1712, las cuotas provincianas para el impuesto financiero (la fuente más importante de ingresos imperiales hasta fines del siglo XIX) habían sido fijadas "a perpetuidad".[92] Originalmente, durante el apogeo Ch'ing, esto favoreció el equilibrio de un imperio nominalmente centralizado que sobrevivía gracias a la delicada interacción y contrabalance de intereses creados locales y regionales. Pero, con el tiempo, Pekín se vio privado de los frutos de los aumentos de la productividad en la economía agraria. "Los recibos estatutarios registrados por el gobierno de Pekín no cambiaron considerablemente entre 1712 y el tercer cuarto del

90 Perkins, *Agricultural Development.*

91 *Ibid.*, Elvin, *Pattern of Chinese past*, cap. 17, y Feuerwerker, *Chinese Economy, ca. 1870-1911*, caps. 1-3.

92 Este párrafo se basa en Yeh-chien Wang, *Land Taxation in Imperial China, 1750-1911*, Cambridge, Harvard University Press, 1973, y Feuerwerker, *Chinese Economy, ca. 1870-1911*, cap. 5.

siglo XIX."[93] Mientras tanto, los ingresos locales y provinciales aumentaban desproporcionadamente, al multiplicarse las recaudaciones y los salarios informales para compensar el vacío dejado por las demandas estáticas de Pekín.

Relacionada de cerca con la inercia financiera de Pekín, estuvo la pérdida de dominio de la administración civil sobre los campos; pues, al crecer la economía y la población, la burocracia imperial no pudo mantener el mismo paso, dejando a los magistrados de distrito del nivel básico encargados de supervisar a poblaciones locales cada vez mayores.[94] En consecuencia, los magistrados hubieron de apoyarse cada vez más en agentes locales y jefes oficiosos. Y éstos obtenían sus recompensas en forma de salarios extraoficiales cada vez más numerosos y reducciones de impuestos, todo ello arrancado a un campesinado cada vez más abrumado y escaso de tierra.

Por tanto, no es de extrañar que los Ch'ing se encontraran, desde finales del siglo XVIII, con rebeliones basadas en el campesinado.[95] Primero hubo la rebelión del Loto Blanco, de 1795-1804. Luego, al cabo de unos cuantos decenios de desórdenes internos, vinieron tres revueltas de masas, bien organizadas: la rebelión de Taiping de 1850-1864, la rebelión Nien de 1853-1868, y las revueltas separatistas musulmanas en el noroeste, desde el decenio de 1850 hasta el de 1870. Rebeliones como éstas habían estallado periódicamente durante la historia china. A menudo indicaban el declinar de una dinastía y el advenimiento de otra, debido a fenómenos cíclicos, tales como corrupción oficial, ineficacia militar y crecientes desigualdades agrarias. Semejantes causas tradicionales también actuaron al socavar la dinastía Ch'ing después de 1800, pero esta vez fueron agravadas y complicadas por los efectos de las corrientes económicas y demográficas, a largo plazo, que ya hemos analizado. Más aún: la rebelión fue favorecida por los efectos laterales de las intrusiones imperialistas occidentales. Así, la mayor y más abiertamente revolucionaria de las revueltas de mediados del siglo XIX fue la de Taiping, rebelión que se originó en medio de desórdenes económicos en el Sudeste, seriamente exacerbados por las secuelas de la guerra del Opio. Su ideología anticonfu-

93 Feuerwerker, *Chinese Economy, ca. 1870-1911*, p. 64.

94 Wakeman, *Fall of Imperial China*, pp. 105-6.

95 Un excelente y breve resumen aparece en Albert Feuerwerker, *Rebellion in Nineteenth-Century China*, Michigan Papers in Chinese Studies, No. 21, Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1975.

ciana fue inspirada, en parte, por la propaganda misionera cristiana.[96]

Desde luego, las rebeliones del siglo XIX tuvieron enorme repercusión sobre el Estado imperial chino. Los recursos de Pekín se agotaron combatiendo las rebeliones, y la percepción de impuestos declinó por causa de las terribles pérdidas económicas y de población causadas por las muy extendidas guerras civiles. Más aún: los desafíos abiertos a su soberanía impidieron que los Ch'ing prestaran plena atención a las crecientes amenazas del exterior. No obstante, la dinastía Ch'ing soportó las rebeliones y al parecer surgió "restaurada" y en plena salud.[97] Sin embargo, los dirigentes manchúes sólo sobrevivieron al costo de modificaciones institucionales internas y redistribuciones de poder que les dejaron más incapaces que nunca para enfrentar las amenazas externas. Estos cambios institucionales y de poder, a la postre, hicieron que la dinastía y el sistema imperial fueran derribados, desde dentro, por la clase acomodada dominante.

En realidad, con el propósito de explicar la caída del antiguo régimen chino, el legado más importante de las rebeliones fue la manera en que se les pudo sofocar. La dinastía Ch'ing fue incapaz de contener o de sofocar las rebeliones con sus propios ejércitos imperiales permanentes. Éstos se habían vuelto corrompidos e ineficaces después de tantos decenios de paz, en el siglo XVIII; más aún: se veían obstaculizados por la debilidad de las finanzas y la administración imperial. Cuando los ejércitos imperiales resultaron incapaces, la tarea de enfrentarse a las rebeliones cayó, en cambio, en las asociaciones de defensa propia, encabezadas por la clase alta, y después, en ejércitos regionales encabezados por camarillas de clase alta, con acceso a los recursos de la aldea, y con poder de reclutamiento sobre grandes zonas.[98] Al separar, simultáneamente, a los rebeldes de potenciales reclutas campesinos y al derrotar a sus ejércitos en batallas

[96] Sobre la rebelión Taiping, véase especialmente Yu-wen Jen, *The Taiping Revolutionary Movement*, New Haven, Yale University Press, 1973; Philip A. Kuhn, *Rebellion and its Enemies in Late Imperial China*, Cambridge, Harvard University Press, 1970; Vincent Y. C. Shih, *The Taiping Ideology: Its Sources, Interpretations, and Influences*, Seattle, University of Washington Press, 1967, y Frederic Wakeman, Jr. *Strangers at the Gate: Social Disorder in South China, 1839-1861*, Berkeley, University of California Press, 1966.

[97] Mary C. Wright, *The Last Stand of Chinese Conservatism: The T'ung-Chih Restoration, 1862-1874*, Stanford, Stanford University Press, 1957.

[98] Kuhn, *Rebellion and Its Enemies*, especialmente partes III y IV.

campales, los ejércitos encabezados por la clase acomodada finalmente restauraron el orden para los Ch'ing. Y sin embargo, a causa del papel desempeñado por la clase acomodada al sofocar la rebelión, la dinastía tuvo que conceder su aprobación en toda forma a unas prácticas gubernamentales que iban directamente en contra de políticas largamente establecidas para controlar a los funcionarios y mantener la posición de la administración imperial ante las clases acomodadas locales. Los derechos de recaudar nuevos impuestos, de quedarse con mayores porciones de los impuestos establecidos, y de mantener el orden, recayeron sobre funcionarios provincianos y locales, que a menudo quedaron exentos de las reglas de "evitación" de residencia y rotación. Aun después de vencidas las rebeliones, las camarillas locales de la clase dominante que habían triunfado sobre aquéllas conservaron la mayor parte del control administrativo y militar de sus propias zonas.[99]

Un resultado decisivo de este desequilibrio de la balanza del poder hacia la clase acomodada provinciana y local fue una exacerbada debilidad financiera para Pekín. Después de mediados del siglo XIX, nuevos impuestos indirectos hicieron menos considerable el tradicional impuesto sobre la tierra; pero las autoridades imperiales no se beneficiaron, en términos generales. Se creó un establecimiento de Aduanas Marítimas Imperiales, y fue dirigido por representantes de intereses extranjeros, para regularizar la recaudación de los impuestos fijados al comercio exterior. Los propios impuestos fueron injustamente fijados por tratados impuestos a China, y sin embargo, los ingresos así obtenidos fueron canalizados, en su mayor parte, hacia Pekín. Otro impuesto, el *likin* sobre la producción, el tránsito y/o la venta de artículos, produjo mucho mayores ingresos. Pero de éstos, sólo cerca de 20% fue enviado a Pekín. El resto se les quedaba a las autoridades locales y provincianas, que recaudaban los impuestos y se quedaban con la mayor parte. Durante los últimos años de los Ch'ing, el total de los ingresos del gobierno en China, según cuidadosos estudios, equivalió tan sólo al 7.5% del Producto Nacional Bruto. Y el gobierno de Pekín sólo estaba recibiendo cerca del 40% de tal cantidad, o sea aproximadamente 3% del PNB.[100] Al mismo tiempo, los ingresos que recaudaba Pekín se

[99] *Ibid.*, pt. VI.B; Feuerwerker, *Rebellion*, cap. 5, y Stanley Spector, *Li Hung-chang and the Huai Army: A Study in Nineteenth-Century Chinese Regionalism*, Seattle, University of Washington Press, 1964.

[100] Estas cifras y este párrafo en general se basan en Feuerwerker, *Chinese Economy, ca. 1870-1911*, pp. 64-72.

fueron comprometiendo cada vez más en pagar las indemnizaciones impuestas por los vencedores de las guerras chino-japonesa y de los Bóxer, y en pagar los préstamos extranjeros (originalmente contraídos para pagar los costos de guerra, indemnizaciones y limitada construcción de ferrocarriles).

Mayores recursos quedaban en manos de las autoridades provincianas y locales, y de la clase dominante en general. Pero "desde el punto de vista del posible desarrollo económico, en oposición al mantenimiento de un equilibrio económico continuado, estos [...] recursos quedaron casi completamente neutralizados".[101] Grandes ingresos locales y provincianos iban a parar directamente a los bolsillos de los recaudadores de impuestos y funcionarios; el resto se distribuía de tales maneras que también reforzaban el orden dominado por la clase alta. Dentro de tal orden, sólo se creaban empresas para obtener grandes ganancias a corto término, y el poder militar era sospechoso si amenazaba con salir del control de los intereses de la clase alta.

Así pues, escasos y vitales recursos quedaban a disposición de las últimas autoridades imperiales chinas, ya fuese para invertir en transportes e industrialización modernos, o para financiar reformas sociales y políticas, de tal manera que pudiesen fortalecer el control central. Junto con la novedad de la amenaza externa y la naturaleza apremiante de los problemas internos a mediados del siglo XIX, esta falta de una verdadera oportunidad para que Pekín tomase la iniciativa probablemente explica el hecho de que los funcionarios imperiales fuesen lentos aun para reconocer la necesidad de un cambio fundamental. En realidad, los primeros en experimentar las tecnologías industrial y militar modernas fueron funcionarios afiliados a agrupamientos de poder regionales.[102] Pero estos experimentos eran demasiado limitados y estaban demasiado mal coordinados para preparar a China a enfrentarse a las potencias extranjeras.[103] Tal tarea sólo se habría podido emprender con alguna perspectiva de triunfo de acuerdo con una poderosa dirección central.

101 *Ibid.*, p. 63.

102 Feuerwerker, *China's Early Industrialization*, pp. 12-16, y Ralph, L. Powell, *The Rise of Chinese Military Power, 1895-1912*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1955, caps. 1 y 2.

103 Véase por ejemplo, John L. Rawlinson, "China's Failure to Coordinate her Modern Fleets in the Late Nineteenth Century", en *Approaches to Modern Chinese History*, eds. Albert Feuerwerker, Rhoads Murphey y Mary C. Wright, Berkeley, University of California Press, 1967, pp. 105-132.

Las reformas y la "Revolución de 1911"

La gravedad de la situación de China finalmente se manifestó con toda claridad con la humillante derrota de China en la guerra de 1895-1896 con Japón, otra sociedad oriental que, desde el decenio de 1860, rápidamente había sintetizado algunas de sus formas tradicionales con las realizaciones industriales y militares de Occidente. Aun cuando ciertos dirigentes provincianos chinos habían experimentado con armas y arsenales al estilo occidental, la guerra chino-japonesa se perdió ante un Estado al que la China imperial siempre había tratado, con más o menos éxito, como su vasallo. La derrota hizo despertar a muchos chinos a la conclusión de que sólo unas grandes reformas estructurales introducidas por las autoridades centrales podrían salvar a China de la humillación internacional permanente, o aun de la dominación colonial. La rebatiña imperialista general por esferas de influencia después de 1895 reforzó más aún esta conclusión. Un intento inicial hecho por reformadores mandarines de hacer que las autoridades imperiales iniciaran ciertos cambios fue derrotado después de "los cien días" de 1898, por un golpe de Estado conservador encabezado por la emperatriz viuda. Pero pocos años después del desastre de los bóxer en 1899-1901, los manchúes al menos se habían decidido, inequívocamente, por el curso reformador y las clases superiores, en general, estaban volviéndose partidarias nacionalistas de las reformas.[104]

Entre 1901 y 1911 se decretó toda una gama de reformas, a vertiginosa velocidad: el sistema confuciano de exámenes fue modificado, y luego abolido en 1905; escuelas modernas que ofrecían enseñanza especializada, al estilo occidental, para una nueva *élite* gubernamental, se establecieron en las localidades y provincias, y también en Pekín. Los estudiantes universitarios recibieron becas para estudiar en el extranjero (al principio, por lo general en Japón). Se establecieron academias militares para adiestrar un moderno cuerpo de oficiales. También se establecieron en Pekín ministerios especializados de asuntos interiores: guerra, educación, asuntos exteriores y comercio, ostensiblemente para supervisar y coordinar los programas de las oficinas de las provincias. Se instituyó, asimismo, un sistema presupuestario verdaderamente nacional. Por último, el gobierno Ch'ing emprendió, a partir de 1908, la creación de asambleas repre-

104 Wakeman, *Fall of Imperial China*, cap. 10.

Procesos contra...

sentativas, a través de las cuales esperaba poder movilizar a las clases superiores a un papel de asesoramiento en apoyo del gobierno imperial. Se establecieron asambleas locales inmediatamente, en 1908, y se programaron elecciones para las asambleas provinciales en 1909, y en 1910 se habría de elegir una Asamblea Nacional que proyectara el Parlamento, que se establecería en 1917.[105]

Pero "la reforma destruyó al gobierno reformista".[106] Las nuevas medidas socavaron más aún el ya tenue poder central y exacerbaron las tensiones entre la clase acomodada y la autocracia manchú. Emprendidas contra el fondo de los acontecimientos durante las rebeliones y después de ellas, las medidas reformistas sólo sirvieron para reforzar a las fuerzas regionales contra el centro. Los estudiantes y funcionarios que habían recibido educación moderna mostraron opiniones nacionalistas radicales, que sintetizaban las lealtades provincianas con la hostilidad a la "extranjera" dinastía manchú.[107] Los oficiales y las armas del Nuevo Ejército fueron absorbidos por el marco de los ejércitos basados en las regiones provincianas, y que han sobrevivido desde la época de las rebeliones; más aún: los funcionarios preparados profesionalmente sólo tenían la más tenue lealtad a los manchúes y al sistema imperial.[108] Los intentos de crear nuevas estructuras administrativas en las provincias para contraatacar los poderes de los gobernantes abortaron cuando los nuevos funcionarios y sus funciones fueron absorbidos por las camarillas aborígenes preexistentes.[109] Y, lo más decisivo de todo, las recién establecidas asambleas representativas rápidamente fueron transformadas por grupos de clase alta local y provincial y por los comerciantes en plataformas formales, desde las cuales podrían seguir un programa "constitucionalista" de reformas liberales, que descentralizaran la política.[110]

105 *Ibid.*; Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, pp. 726-737, y Mary C. Wright, ed., *China in Revolution: The First Phase, 1900-1913*, New Haven, Yale University Press, 1968, intro.

106 Wrigth, ed. *China in Revolution*, p. 50.

107 Véase, por ejemplo: Mary Backus Rankin, *Early Chinese Revolutionaries: Radical Intellectuals in Shanghai and Chekiang, 1902-1911*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.

108 Yoshihiro Hatano, "The New Armies," en *China in Revolution*, ed. Wright, pp. 365-382, y Powell, *Rise of Military Power*.

109 John Fincher, "Political Provincialism and the National Revolution", en *China in Revolution*, ed. Wrigth, pp. 185-226.

110 P'eng-yuan, Chang, "The Constitutionalists", en *China in Revolution*, ed. Wright, pp. 143-184.

Como lo ha indicado E. P. Young, "la politización de la clase alta acaso sea el rasgo más destacado [de la historia china] a comienzos del siglo xx".[111] A diferencia de las noblezas europeas, la clase acomodada china nunca había poseído una organización común para representar sus intereses de clase dentro del Estado. Sólo se había permitido la participación individual, y la protección de los intereses de grupo había dependido de las conexiones interpersonales hasta llegar a la burocracia imperial. Pero todo esto cambió después de 1900. Al agudizarse la crisis nacional, los grupos de estudio local, organizados por la clase alta, empezaron a hacer peticiones públicas a las autoridades centrales. Luego, la clase alta obtuvo una representación formal a través de las recién creadas asambleas representativas locales y provinciales, que fueron elegidas con una muy limitada franquicia, que favoreció a los letrados y a los ricos. Sintiéndose provocados por las amenazas imperialistas e impacientes por la respuesta manchú, los ricos se volvieron nacionalistas. Y, aún más decisivo, el "Constitucionalismo" al parecer asociado al poder de las naciones extranjeras, llegó a ser visto por los ricos como un programa ideal para combinar sus intereses de clase, enfocados en la provincia y en la localidad, con la independencia y el progreso nacionales. Aunque los Ch'ing intentaron que las asambleas representativas sólo fueran asesoras, sus miembros, de las clases dominantes, pensaron en la creación de una monarquía constitucional y parlamentaria, que acordara considerable autonomía a los gobiernos locales y provinciales controlados por la clase alta. En 1910, muchos grupos de ricos organizados estaban dispuestos, en lo ideológico y en lo organizativo, a afirmar su programa de descentralización contra los manchúes. Y cuando los asambleístas nacionales elegidos se reunieron aquel año en Pekín —ostensiblemente para hacer planes de los graduales cambios futuros— en cambio, exigieron la creación inmediata de un gobierno parlamentario. Como era de predecir, las autoridades manchúes se negaron, y los amargados representantes de la clase rica volvieron a sus provin-

111 Ernest P. Young, "Nationalism, Reform, and Republican Revolution: China in the Early Twentieth Century", en *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. James B. Crowley, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1970, p. 166. Los antecedentes de este párrafo proceden de ibid., Chang, "The Constitutionalists", en *China in Revolution*, ed. Wright; Chuzo Ichiko, "The Role of the Gentry: an Hypothesis", en *China in Revolution*, ed. Wright, pp. 297-318, y Edward J. Rhoads, *China's Republican Revolution, The Case of Kwangtung, 1895-1913*, Cambridge, Harvard University Press, 1975, esp. caps. 6-9.

cias de origen, donde muchos desempeñarían pronto papeles claves en el derrocamiento de la dinastía.

Lo que directamente precipitó la "Revolución de 1911" fue otro intento más de reforma del gobierno central, que, significativamente, amenazaba de manera directa los intereses financieros de los agrupamientos provincianos de ricos. Para garantizar la planificación y el control coordinado sobre un sistema ferroviario nacional que se desarrollaba lentamente, Pekín decidió en 1911 comprar todos los proyectos ferroviarios a los grupos provincianos que habían invertido en ellos. En respuesta,

> surgió un movimiento de "protección de los ferrocarriles", particularmente en Szechwán (provincia occidental), con reuniones de masas y angustiadas peticiones a Pekín; todo ello en vano. El movimiento de Szechwán se intensificó. Se cerraron las tiendas y las escuelas. Cesó el pago de impuestos. Se movilizó el apoyo campesino. En septiembre, el gobierno puso en marcha a sus tropas, disparó contra los manifestantes y se apoderó de los líderes. Típicamente, estos hombres eran diplomados, con recursos y antecedentes de la clase terrateniente-mercantil, que habiendo estudiado en Japón, hoy eran notables en la asamblea provinciana y que habían invertido sus ahorros en los proyectos ferroviarios. Su lema antiextranjero, "Szechwán para los szechwaneses" representaba los intereses de la clase gobernante de la provincia, que para entonces se había vuelto violentamente antidinástica.[112]

"El alzamiento szechwanés [...] encendió frecuentes disturbios, que a menudo no tenían ninguna conexión con el asunto de los ferrocarriles."[113] Para aplacar los disturbios en Szechwán, se llevaron tropas del exterior; incluso algunas de la zona de Wuhán, donde ocurriría el siguiente acto del drama, el 10 de octubre. Cuando el 9 de octubre fue descubierta una conspiración antimanchú, por ciertos oficiales, unas unidades del Nuevo Ejército de Wuchang se levantaron en armas para salvar a los oficiales. El gobierno manchú tuvo miedo y huyó, y un comandante de brigada aceptó encabezar la revolución local.[114] El alzamiento de Wuhán resultó un ejemplo contagioso. En unas cuantas semanas, "la delantera, al declarar la independencia de una provincia tras otra fue tomada por dos elementos principales: los gobernadores militares que mandaban las fuerzas del

[112] Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, pp. 738-739.

[113] Wright, ed., *China in Revolution*, p. 50.

[114] Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, p. 748, y Vidya Prakash Dutt, "The First Week of Revolution: the Wuchang Uprising", en *China in Revolution*, ed. Wright, pp. 383-416.

Nuevo Ejército y los dirigentes de la clase mercantil rica y de funcionarios de las asambleas provinciales".[115]

En la secuela de los alzamientos de 1911, los ricos y mercaderes constitucionalistas, ex funcionarios, oficiales del Nuevo Ejército y jóvenes radicales, se afiliaron a la Alianza Revolucionaria de Sun Yat-sen (pequeña y generalmente ineficaz) y disputaron entre ellos para definir un nuevo sistema político nacional para reemplazar a los dirigentes manchúes. Pues, aunque muchos favorecían la descentralización política, ostensiblemente todos deseaban fortalecer, no debilitar, la unidad nacional china. Al principio se proclamó la República; después, el general Yuan Shih-kai trató de restaurar el sistema imperial, colocándose él mismo como emperador. Pero, en menos de cinco años, estuvo claro que la verdadera realización de la "Revolución de 1911" había sido, simplemente, dar el tiro de gracia a las instituciones administrativas y políticas imperiales que ya habían sido socavadas desde dentro por las usurpaciones de los funcionarios provinciales, los oficiales y los ricos, en general. También estuvo claro que ningún otro sistema político nacional podía surgir inmediatamente para reemplazar al quebrantado sistema imperial.[116] Pues los grupos de la clase dominante que temporalmente se habían unido para derrocar a los manchúes se hallaban divididos en sus lealtades y en lo político no estaban de acuerdo sobre qué forma de instituciones debía reemplazar a la monarquía absoluta. La única tendencia persistente durante 1911 y después fue que los ricos provincianos y locales favorecieron el control civil, aliándose a los gobernadores militares. Sin embargo, al cabo de pocos años, el poder llegó a estar básicamente en las máquinas militares "modernizadas", basadas en las regiones; y las rivalidades entre los "señores de la guerra" se siguieron, cuando los ejércitos y sus comandantes compitieron por territorios y riquezas materiales. Hasta 1949, estas condiciones nunca serían superadas más que imperfecta y temporalmente. Condenaron a China a un tumulto incesante.

115 John K. Fairbank, *The United States and China*, tercera edición, Cambridge, Harvard University Press, 1971, p. 192.

116 Sobre la secuela de 1911 véase Young, "Nationalism, Reform, and Republican Revolution", en *Modern East Asia*, ed. Crowley, pp. 171-175; Wakeman, *Fall of Imperial China*, pp. 248-255, y C. Martin Wilbur, "Military Separation and the Process of Reunification under the Nationalist Regime, 1922-1937", en *China in Crisis*, eds. Ping-ti Ho y Tang Tsou, Chicago, University of Chicago, Press, 1968, vol. 1, bk. 1, pp. 203-263. Los argumentos de este párrafo serán más desarrollados en el capítulo VII.

Y sin embargo, como veremos en los capítulos próximos, también ofrecieron aperturas para esfuerzos de consolidar el poder revolucionario-nacional sobre la base del apoyo y la movilización de las clases bajas.

Similitudes entre Francia y China

Llegados a este punto, conviene detenernos para reflexionar acerca de los notables paralelos que hemos visto en la génesis de las crisis revolucionarias en la Francia borbónica y en la última China imperial. Pese al hecho de que ambos países se hallaban muy apartados en lo cultural y en lo geopolítico, y aunque el desplome de sus antiguos regímenes ocurrió en tiempos y circunstancias particulares muy distintas, sin embargo, pueden encontrarse pautas estructurales similares en los antiguos regímenes y procesos causales similares que actuaron en sus caídas.

Tanto en la Francia del *ancien régime*, como en la China imperial, unas clases superiores comerciales, de terratenientes, relativamente prósperas, obtuvieron influencia política colectiva dentro y en contra de las maquinarias administrativas de las autocracias monárquicas. En la Francia del siglo XVIII, una clase superior de propietarios, socialmente cada vez más solidaria, viendo aumentar su riqueza mediante rentas y apropiaciones infladas, y apoyadas por el Estado monárquico, pudo expresar sus aspiraciones políticas mediante los *parlements* y otros cuerpos corporativos, junto con la administración real autocrática. En los últimos años de la China tradicional, los ricos aumentaron y garantizaron su prosperidad de rentistas, logrando, en la secuela de las rebeliones de mediados del siglo XIX, un control *de facto* sobre grandes sectores de la administración imperial. Luego, alcanzaron una representación colectiva en las asambleas establecidas en 1908-1910 por los manchúes reformadores.

De manera similar, las crisis revolucionarias surgieron, tanto en Francia como en China, porque los antiguos regímenes quedaron bajo presiones inesperadas de naciones extranjeras más desarrolladas, y porque estas presiones condujeron a conflictos políticos internos entre las autoridades autocráticas y las clases dominantes. La intensificación de la competición internacional y las humillaciones, simbolizadas particularmente por derrotas inesperadas en las guerras (como la guerra de los

Siete Años y la guerra chino-japonesa) inspiraron a las autoridades autocráticas a intentar reformas que, según creían, facilitarían la movilización y la coordinación de los recursos nacionales para enfrentarse a las exigencias externas; sin embargo, las clases superiores comerciales y terratenientes perderían riquezas y poder si las autoridades centrales lograban llevar a cabo sus reformas racionalizadoras. Y no incidentalmente, los *privilégiés* franceses y los ricos chinos fueron atraídos por la asociación entre el parlamentarismo y el poder nacional que se daba entre sus competidores extranjeros más modernizados; esperaron poder conservar sus propios intereses de clase y fomentar al mismo tiempo el bienestar nacional.

A la postre, los intentos autocráticos de implantar reformas modernizadoras desde arriba, en Francia y en China —específicamente, las reformas fiscales en Francia, y la reorganización de los ferrocarriles en China— desencadenaron la concertada resistencia de bien organizadas fuerzas de la clase dominante. A su vez, como estas fuerzas poseían influencia dentro de las maquinarias formalmente centralizadas de los Estados monárquicos, su resistencia desorganizó dichas maquinarias. La autoridad autocrática quedó abolida. Y cuando los grupos de la clase dominante, basados en varias ubicaciones institucionales y geográficas (por ejemplo, *parlements*, provincias, cuerpos representativos y municipalidades en Francia, y provincias, ejércitos y asambleas en China) compitieron en sus esfuerzos por definir los nuevos acuerdos políticos, las administraciones y los ejércitos monárquicos se disolvieron irremisiblemente. En adelante, la triunfal oposición de las clases dominantes a las reformas autocráticas abrieron la puerta, inadvertidamente, a revoluciones cada vez más profundas tanto en Francia como en China.

La Rusia imperial: una gran potencia subdesarrollada

En la Francia borbónica y en la China manchú, ocurrieron crisis revolucionarias durante tiempos de paz formal, cuando los intentos autocráticos de reforma y de movilización de los recursos tropezaron con la resistencia de las clases dominantes poderosas en el aspecto político. En contraste, en la Rusia zarista, las crisis revolucionarias sólo se desarrollaron bajo el efecto directo de las derrotas en la guerra. Antes de encontrar su fin, el Estado imperial ruso soportó una intensificada competi-

el papel del Ejército en el Desarrollo del Capital

ción de las naciones más desarrolladas del sistema europeo de Estados y, en realidad, instituyó una serie de reformas modernizadoras de largo alcance. Así, todo análisis de la Rusia prerrevolucionaria debe tomar en cuenta las diferencias específicas —así como las similitudes generales— con las pautas que hemos notado en los antiguos regímenes de Francia y de China.

El Estado imperial y la economía de siervos

Rusia, que antaño fuera un despotismo oriental que compitiera por la supervivencia y la soberanía sobre la vasta planicie eurasiática, en el siglo XIX era una de las potencias dominantes del sistema de Estados europeos. Era conocida y temida como el "Gendarme de Europa", némesis de las esperanzas revolucionarias en la Europa central. Ciertamente, la Rusia imperial constituía una autocracia más militarizada y burocratizada que la Francia borbónica o que la China imperial. [117]

La Rusia imperial nació durante el notable reinado de Pedro el Grande (1682-1725). Explotando los rudimentos de la autocracia personal consolidada en la Moscovia medieval por Iván el Terrible, Pedro impuso de pronto a su pueblo las últimas técnicas europeas de guerra naval y terrestre y de la dominación administrativa "racional". En forma bastante irónica, estos métodos pronto pudieron producir un poder de Estado más eficiente en Rusia que en ninguna parte de Occidente, pues Moscovia estaba libre de los obstáculos sociopolíticos de los legados feudales al estilo occidental. Pedro "aunó los métodos tomados de Occidente con [...] la tradición de un despótico régimen oriental. La explosiva mezcla así creada [...] envió por las nubes el poder de Rusia". [118] Ante todo, se crearon nuevos y enormes ejércitos permanentes, cuyas filas se llenaron con los siervos y nobles reclutados forzosamente para prestar servicio de por vida, y armados con armas aportadas por minas y fábricas iniciadas por el Estado, y financiadas por pesados impuestos directos e indirectos, que exigían impuestos al pan a todo campesino

[117] Los antecedentes sobre la Rusia imperial proceden especialmente de Marc Raeff, *Imperial Russia, 1682-1825*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1971, caps. 1-3. Sobre los lineamientos generales de la historia del antiguo régimen, véase Richard Pipes, *Russia Under the Old Regime*, Nueva York, Scribner, 1974.

[118] Ludwig Dehio, *The Precarious Balance: Four Centuries of the European Power Struggle*, trad. Charles Fullman, Nueva York, Vintage Books, 1962, p. 96.

varón adulto. Los impuestos, a su vez, eran recaudados por un naciente servicio civil integrado por funcionarios de tiempo completo. En cuanto los nuevos ejércitos rusos triunfaron sobre las formidables fuerzas de Suecia en la Gran Guerra del Norte, de 1700-1721, Rusia quedó establecida como un imperio multiétnico y como Gran Potencia en el sistema de Estados europeos. Aunque su economía agraria fuera y siguiera relativamente atrasada, las reformas de Pedro y las prácticas de sus sucesores crearon y emplearon el poder del Estado burocrático para equilibrar con creces este déficit. Además, la maciza maquinaria militar de Rusia era tecnológicamente moderna, y así siguió siéndolo hasta que se realizaron las repercusiones militares de la industrialización de la Europa occidental del siglo XIX.[119]

En cuanto a la base socioeconómica sobre la que se edificó y sostuvo el Estado imperial, durante su desempeño como potencia dominante en Europa, Rusia siguió siendo una sociedad agraria basada en los siervos. Para mediados del siglo XIX, sólo un 8 o 10% de la población del Imperio, de cerca de 60 millones, vivía en las ciudades.[120] En las vastas campiñas, millones de campesinos-siervos, atados a sus propios pueblos y a las heredades pertenecientes a la nobleza o al Estado, laboraban principalmente recuperando cosechas de grano. Prevalecían dos sistemas de relaciones entre terrateniente y siervos, combinados a menudo en una misma heredad o mezclados en un local, pero también hasta cierto punto regionalmente diferenciados. En las fértiles provincias de las tierras negras, los siervos desempeñaban *barschina*, o servicios laborales en la *demesne* del señor, durante la mitad o más de cada semana. En las provincias menos fértiles, las rentas fijas pagadas sobre propiedad inmueble *(obrok)* eran más comunes, y permitían a los señores participar de los ingresos no agrícolas de los siervos, obtenidos por artesanías o trabajo industrial.[121]

119 Thomas Esper, "Military Self-Sufficiency and Weapons Technology in Muscovite Russia", *Slavic Review* 28:2 (junio de 1969), p. 208.

120 Mi cálculo del porcentaje de la población urbana representa la cifra de Jerome Blum en su *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1961, p. 326, aumentándole para reconciliarlo una cifra un tanto inferior para la población total, tomada de Gilbert Rozman, *Urban Networks in Russia, 1750-1800*, Princeton, N. J., Princeton University Press, pp. 98-99. Me he basado en las cifras de población de Rozman porque parecen basadas en investigación más reciente y minuciosa.

121 Véase Blum, *Lord and Peasant*, cap. 20; Geroid Tanquary Robin-

Si una parte del suelo no era fértil, el clima era invariablemente riguroso e impredecible, y la organización y las técnicas de la producción eran primitivas. La técnica agrícola se basaba en sistema de tres campos, desnudos campos dispersos, labor comunal, pocos y enfermizos animales de trabajo, y herramientas ligeras. "Los bajos rendimientos y las frecuentes cosechas fallidas eran los resultados no inesperados de estas muchas desventajas."[122] En realidad, "los cálculos [...] para la primera mitad del siglo XIX, muestran que los rendimientos eran los mismos de lo que habían sido en el siglo anterior y, en realidad, comparables a los del siglo XVI y probablemente a los de antes".[123]

Sin embargo, no se trataba de una economía estancada. Cierto, las técnicas y los rendimientos por unidad de tierra permanecieron en gran parte sin cambiar, salvo en algunas zonas recién colonizadas del sur y del sudoeste, donde la agricultura capitalista se desarrolló en ciertas heredades que empleaban a trabajadores asalariados. Sin embargo, la producción agrícola mantuvo el ritmo a través de todo el extensivo crecimiento, mientras la población de Rusia casi se cuadruplicaba entre 1719 y 1858 (pasando de cerca de dieciséis a sesenta millones de habitantes).[124] Aunque se anexaron al Imperio más de 3.2 millones de Km^2, la mayor parte del crecimiento de la población procedió del aumento natural en las zonas más antiguas del reino. Las tierras labrantías se extendieron en las provincias de la tierra negra, y los campesinos en las zonas en que no había tal tierra suplementaron su ingreso mediante la producción de artesanías o con sus trabajos en el comercio y la industria.[125] Así, mientras que la agricultura experimentaba un crecimiento extensivo, las artesanías y las industrias de talleres proliferaron a lo largo de todo el siglo XVIII, hasta entrar el XIX. Y el desarrollo comercial se manifestó en los niveles local e interregional.[126] Sin embargo, pese a todo esto, antes de

son, *Rural Russia Under the Old Regime*, 1932; nueva impresión Berkeley, University of California Press, 1969, caps. 3 y 4, y Peter I. Lyashchenko, *History of the National Economy of Russia*, trad. L. M. Herman, Nueva York, Macmillan, 1949, cap. 17.

122 Blum, *Lord and Peasant*, p. 329.

123 *Ibid.*, p. 330.

124 Rozman, *Urban Networks in Russia*, pp. 98-99; véanse también mis comentarios en la nota 120.

125 Blum, *Lord and Peasant*, cap. 15.

126 Cyril E. Black, et al., *The Modernization of Japan and Russian*, New

la construcción de una red ferroviaria en el último tercio del siglo XIX, las dificultades de transporte siguieron siendo obstáculo insuperable a todo avance fundamental hacia la industrialización en un país de tan vastas dimensiones.[127]

El desastre de Crimea y las reformas desde arriba

Pero la industrialización *estaba* transformando las economías de la Europa occidental a comienzos del siglo XIX, y sus efectos pronto pusieron a la Rusia imperial a la defensiva en las vitales arenas internacionales de la guerra y la diplomacia. Dada su situación geopolítica, un básico interés ruso era el control del acceso al mar Negro.[128] Por tanto, no es de extrañar que la cadena de acontecimientos que llevaron a la Rusia imperial del dominio de Europa, después de la revolución de 1848, hasta la desintegración y revolución de 1917, comenzaron con la ignominiosa derrota del Imperio en la limitada guerra de Crimea, en 1854-1855. En este conflicto por el control naval del mar Negro y la influencia sobre el disgregante Imperio otomano, Rusia se enfrentó a Francia e Inglaterra sin el apoyo de su anterior aliado, Austria. A la postre, la guerra se centró en el sitio del fuerte ruso de Sebastopol, en Crimea. La flota rusa del mar Negro, la cual estaba compuesta por "barcos de vela que no eran rivales para los vapores acorazados de las poderosas escuadras aliadas",[129] tuvieron que ser hundidos a la entrada de la bahía de Sebastopol.

Luego, al cabo de meses de desesperada defensa por las fuerzas del lugar, el propio Sebastopol cayó ante la fuerza expedicionaria anglo-franco-otomana, de setenta mil hombres. El tratado de paz hizo desaparecer la influencia rusa en el Cercano Oriente, y privó al país de su presencia naval en el mar Negro:

York, Free Press, 1975, p. 76. Véanse también Lyashchenko, *History of National Economy*, caps. 15-20.

[127] Alexander Baykov, "The Economic Development of Russia", *Economic History Review* 2ª serie 7: 2 (1954), 137-149.

[128] Roderick E. McGrew, "Some Imperatives of Russian Foreign Policy", en *Russia Under the Last Tsar*, ed. Theofanis George Stavrou, Minneapolis, Minn., University of Minnesota Press, 1969, pp. 202-229.

[129] Sergei Pushkarev, *The Emergence of Modern Russia, 1801-1917*, trad. Robert H. McNeal y Tova Yedlin, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1963, p. 121.

> La posición de Rusia en Europa había cambiado [...] En 1815, Rusia aparecía como la potencia más grande del continente [...] Después de 1848, parecía haber dejado atrás a las demás potencias terrestres: la supremacía rusa se había convertido en dominio ruso. La guerra de Crimea redujo a Rusia a la condición de una más entre las Grandes Potencias [...] Mientras el zar gobernó en San Petersburgo, Rusia nunca recuperó su primacía de 1815.[130]

Y sin embargo, la derrota de Rusia en la guerra de Crimea tuvo efectos aún más importantes sobre su política interna, pues puso de manifiesto lo inadecuado de un sistema imperial que se apoyaba en una sociedad preindustrial, basada en la servidumbre. En palabras de Alexander Gerschenkron:

> La guerra de Crimea asestó un rudo golpe a la serena imagen de la fuerza rusa. Reveló la inferioridad rusa en muchos aspectos decisivos. Los acorazados rusos no fueron rivales para los navíos ingleses y franceses, y su transformación en escollos para submarinos fue el único uso eficaz que pudo dárseles. El primitivo fusil ruso fue el principal causante de la pérdida de la decisiva batalla de Alma; los abastos de hombres y municiones a la sitiada Sebastopol se vieron obstaculizados por la pobreza del sistema de transportes. En los cerebros del emperador y de la alta burocracia, el curso de la guerra y su resultado dejaron la sensación de que una vez más el país se había quedado muy atrás de las naciones avanzadas de Occidente. Cierto grado de modernización [...] era indispensable para recuperar una fuerte posición militar.[131]

Como antes en la historia rusa, el sentido del atraso militar causó una serie de reformas encabezadas desde arriba por funcionarios imperiales, que contaban con el apoyo del zar. El objetivo consciente era reformar —"liberalizar"— la sociedad rusa sólo lo necesario para apoyar más la misión de Gran Potencia del Estado, pero no tanto como para llegar a causar cierta inestabilidad políticamente peligrosa. La primera serie de reformas, formuladas y aplicadas durante la generación que siguió a la guerra de Crimea, incluyó el establecimiento de un sistema judicial moderno, la puesta en vigor del servicio militar universal y la extensión de la preparación de oficiales profesionales, así como la creación de asambleas representativas del *zemstvo* y *dumas* municipales, con cuidadosamente limitados poderes de au-

130 Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire, 1801-1917,* Nueva York, Oxford University Press, 1967, p. 331.

131 Alexander Gerschenkron, "Russian Agrarian Policies and Industrialization, 1861-1917", en *Continuity in History and Other Essays,* Cambridge, Harvard University Press, 1968, p. 143.

togobierno local.[132] Pero la reforma más importante de todas fue la emancipación de millones de siervos rusos, proceso iniciado, según el primero de una serie de decretos zaristas, en 1861.

Como ocurrió a las demás reformas aplicadas por Alejandro II en la secuela inmediata del desastre de Crimea, el intento de emancipación pudo liberar más energías sociales de una manera consecuente con la estabilidad y eficacia militar del Estado imperial, en vez de promover el desarrollo económico.[133] Por una parte, la igualdad jurídica para el campesinado era requisito para el establecimiento de un ejército moderno de conscriptos "ciudadanos". Más aún: había un verdadero temor a las revueltas de siervos, cuya incidencia había aumentado durante la guerra de Crimea y después de ella. El zar Alejandro declaró que era "mejor abolir la servidumbre desde arriba que aguardar hasta que empezara a abolirse a sí misma desde abajo".[134] Así, pasó por encima de la franca oposición de la mayoría de los terratenientes nobles, y les obligó a aceptar la emancipación legal de los siervos. También se pidió a los terratenientes que asignaran a los campesinos la propiedad legal de porciones considerables de las tierras labrantías, que la mayoría de los nobles solían considerar completamente de su propiedad.

Hagamos aquí una pausa, para colocar en una perspectiva comparativa los acontecimientos de Rusia durante los decenios de 1850-1860. Desde semejante perspectiva, no resulta nada asombroso que los efectos humillantes de la derrota militar a manos de naciones económicamente más desarrolladas precipitaran una crisis para el Estado imperial ruso, y le llevaran a instituir reformas modernizadoras; sin embargo, lo que sí resulta extraño es que tales reformas —incluyendo especialmente la emancipación, que violaba directamente los intereses económicos establecidos de la nobleza terrateniente— fuesen *puestas en vigor con éxito* por las autoridades imperiales. Desde luego, los intereses de la clase dominante expresaron su oposición, tanto al contenido de las reformas posteriores a Crimea, como a los modos autocrático y burocrático de su formulación y aplica-

[132] Sobre las reformas en general, véase Seton-Watson, *Russian Empire*, cap. 10. Sobre las reformas en el gobierno local y sus limitaciones, véase S. Frederick Starr, *Descentralization and Self Government in Russia, 1830-1870*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1972, pts. III-VI.

[133] Véanse los argumentos de Gerschenkron en "Agrarian Policies", en *Continuity in History*. Me he basado mucho en este artículo.

[134] Citado de un discurso pronunciado en 1856 por Alejandro II en Lazar Volin, *A Century of Russian Agriculture*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, p. 40.

ción.[135] Pero, en tanto que la oposición de la clase dominante a los esfuerzos monárquicos de reforma en realidad lograron desposeer a la autocracia y disolver a los sistemas de Estados imperiales en Francia en 1787-1789 y en China en 1911, semejante cosa no ocurrió en la Rusia de mediados del siglo XIX. Para comprender por qué no, hemos de ver la situación de la nobleza terrateniente rusa.

La debilidad de la nobleza terrateniente

Colocada entre la economía de siervos, medianamente comercializada, y el Estado imperial, se hallaba la nobleza terrateniente rusa. Como la clase superior propietaria francesa y la clase acomodada china, la clase dominante rusa se asignaba excedentes, tanto del campesinado, en forma directa, cuanto mediante remuneración por servicios al Estado, de manera indirecta. Pero en agudo contraste con las clases dominantes francesa y china, la nobleza terrateniente rusa era económicamente débil y políticamente dependiente de las autoridades imperiales.

Desde antes de Pedro el Grande, el estatuto de la nobleza rusa y la continuidad intergeneracional de la riqueza de las familias particulares habían dependido por completo de los servicios prestados a los zares.[136] La servidumbre en Rusia fue consolidada, no por terratenientes comerciantes (como en gran parte de la Europa oriental, después de 1400) sino, en cambio bajo el ímpetu de los zares centralizadores, dispuestos a arrancar suficientes riquezas al pueblo para apoyar las fuerzas militares de defensa y expansión en medios geopolíticos amenazadores.[137] Por tradición los campesinos trashumantes rusos habían de ser atados a la tierra si se les quería mantener en el trabajo, y produciendo excedentes gravables; de manera concomitante, los zares necesitaban funcionarios y oficiales para las organizaciones de Estado requeridas para la guerra exterior y el control social interno. A lo largo de un periodo de siglos, las tierras de los nobles y príncipes independientes fueron expropiadas y pasaron a ser re-

135 Terence Emmons, *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

136 Este párrafo se basa especialmente en Pipes, *Old Regime*, caps. 2-4 y 7.

137 Blum, *Lord and Peasant*, caps. 8-14, y Richard Hellie, *Enserfment and Military Change in Muscovy*, Chicago, University of Chicago Press, 1971.

compensas de los oficiales de carrera que llegaron a integrar una nueva clase de nobles de servicio. Tal como ocurrieron las cosas, los zares se tomaron grandes trabajos para asegurarse de que no surgieran nuevos agrupamientos de aristócratas terratenientes independientes. La nobleza en servicio recibió derechos de "almas" de siervos y de tierras hereditarias. Sin embargo, típicamente, sus posesiones no se hallaban concentradas en una localidad o siquiera en una provincia, sino que estaban dispersas por distintas regiones del Imperio. En estas condiciones, era difícil que se desarrollara una solidaridad regional y local entre los nobles.

Pedro el Grande llevó este estado de cosas a su extremo lógico: hizo obligatoria la carrera militar o el servicio civil para todo varón adulto noble. Obligados al servicio permanente, enviados, por órdenes centrales, de asignación en asignación y de una zona a otra, los nobles llegaron a ser un agregado completamente dependiente del Estado. Más se debilitaron aún los nexos de solidaridad con las provincias y hogares. "Conscientе o vicariamente, asimilaron el punto de vista militarista, burocrático y global que dominaba la vida pública rusa."[138] El servicio llegó a ser "el marco normativo básico de las relaciones individuales y sociales, y [...] el rango de servicio llegó a ser la única forma reconocida del *status* del noble".[139]

Durante el siglo XVIII, los nobles rusos, por último, fueron liberados del servicio vitalicio al Estado, y sus derechos de propiedad privada fueron plena y oficialmente confirmados. La nueva libertad de retirarse de los puestos de servicio condujo a una regeneración de la vida social y cultural en las provincias. Sin embargo, la situación de los nobles no cambió mucho.[140] Orientados ahora cada vez más hacia los estilos de vida de las clases superiores de la Europa occidental, los nobles rusos seguían gravitando hacia los empleos del Estado como el único lugar seguro de oportunidades para residir en las ciudades y ganar salarios y recompensas para suplementar los muy escasos ingresos que, en su mayoría, obtenían de las heredades trabaja-

138 Raeff, *Origins*, p.50

139 *Ibid.*, p. 119.

140 Mi interpretación de la situación de la nobleza imperial rusa se basa notablemente en Marc Raeff, *Imperial Russia*, caps. 3-5, y en *Origins of the Russian Intelligentsia: The Eighteenth-Century Nobility*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1966. A diferencia de otros escritores (por ejemplo Blum), Raeff *no* cree que el poder de la clase nobiliaria ante la autocracia se expandiera considerablemente durante el siglo XVIII.

das por siervos, que se subdividían en cada generación. Aun si los nobles hubiesen tenido la preparación cultural necesaria para la administración agrícola, la economía agrícola rusa sólo ofrecía (a lo largo de la mayor parte del siglo) pocos incentivos para aquel otro modo de vida. Lo que es más, los propietarios de siervos tenían poco que invertir en la agricultura (o en cualquiera otra empresa económica), pues, de acuerdo con las normas europeas, eran sumamente pobres. Cerca de cuatro quintas partes de ellos (83% en 1777, 84% en 1834, 78% en 1858) poseían menos de cien "almas" (siervos varones adultos): el mínimo considerado necesario para mantener un estilo de vida cultivado.[141] Y en la lucha por mantener un nivel de vida apropiado, los propietarios de siervos no sólo habían acudido en tropel a los cargos del Estado, sino que también se habían hundido en deudas cada vez peores, parcialmente a manos de financieros privados, pero básicamente a manos del Estado. Así, en 1860, 66% de todos los siervos habían sido "hipotecados" por sus nobles propietarios a instituciones especiales de crédito del Estado.[142]

Irónicamente, sin embargo, mientras la nobleza poseedora de siervos seguía dependiendo del Estado imperial, la autocracia llegó a depender menos de la nobleza terrateniente. Pedro el Grande había abierto un camino a la movilidad ascendente para alcanzar estatutos de noble a los plebeyos cultos que servían a la burocracia civil.[143] De manera inexorable, el reclutamiento de plebeyos de familias eclesiásticas y urbanas produjo un estrato de nobles de servicio alejados de la tierra, aun cuando números crecientes de familias de trabajadores del gobierno educados, no nobles, continuaban produciendo aspirantes al servicio burocrático. En consecuencia, en un reciente estudio cuantitativo se concluye que

> al término del siglo XVIII, la burocracia civil en las agencias centrales, y en 1850 también en las provincias, era un grupo que esencialmente se perpetuaba a sí mismo. Le llegaban reclutas de una nobleza que en gran parte estaba alejada de la tierra, y de entre los hijos de trabajadores no nobles del gobierno (militares, civiles y eclesiásticos).[144]

141 Raeff, *Imperial Russia*, p. 96, y Blum, *Lord and Peasant*, pp. 368-369, y cap. 19 en general.

142 Blum, *Lord and Peasant*, p. 380

143 Raeff, *Imperial Russia*, cap. 3

144 Walter M. Pintner, "The Social Characteristics of the Early Nineteenth-Century Russian Bureaucracy", *Slavic Review* 29:3 (septiembre de 1970), p. 442

La educación universitaria y la disposición a comprometerse con una carrera de por vida fueron las claves del éxito en el servicio del Estado. La riqueza en tierras sólo parece haber importado por cuanto facilitara aquello, y estuvo lejos de ser la única manera.

> La falta de siervos no fue una barrera al éxito burocrático a mediados del siglo XIX. De todo el grupo noble [de funcionarios estudiados] casi 50% no tenía siervos en su familia[...] Es particularmente importante notar que los nobles sin siervos estaban lejos de limitarse a las filas inferiores. Aun en los altos puestos, más del 40% de los nobles que servían no tenían siervos en su familia.[145]

El resultado de las condiciones anteriores, en conjunto, fue que los nobles rusos se encontraron con escaso poder político independiente, basado en la clase o en las posesiones. Los nobles de las provincias, si se quedaban allí largo tiempo, eran pobres, inquietos y deferentes hacia los funcionarios del Estado. Sus instituciones comunes sólo desempeñaban funciones sociales y culturales. Mientras tanto, en el servicio del Estado, los nobles del antiguo linaje competían por vitales ascensos de sus carreras con los ennoblecidos y con los aspirantes a formar parte de la nobleza en servicio. Los ascensos llegaban mediante la aprobación imperial o la rígida adherencia a las órdenes y la rutina. Las iniciativas de política colectiva o las protestas no eran fomentadas ni facilitadas. En contraste con la Francia del *ancien régime*, no había cuerpos representativos bien establecidos, corporaciones casi políticas, ni cargos venales que permitieran hacer presión sobre la clase dominante dentro de la estructura del Estado imperial.

A este respecto, Rusia se parecía más a la China imperial (antes de 1908). Sin embargo, aun cuando el sistema imperial chino se hallaba en la cumbre de su poder, la clase acomodada había disfrutado de mucho mayor poder político e independencia en los niveles locales que la nobleza rusa. Y nada comparable al crecimiento, en China, después de 1840, del poder de la clase acomodada local y provinciana ocurrió en ningún punto de la Rusia del antiguo régimen. Fuesen terratenientes o funcionarios o ambas cosas (y esta categoría traslapante iba reduciéndose), los nobles en la Rusia imperial disfrutaron de poco poder autónomo político colectivo. Dependieron, en cambio, de sus relaciones individuales con la maquinaria centralizada del Esta-

[145] *Ibid.*, pp. 438-439.

do y del compromiso generalizado de la autocracia con la estabilidad del orden existente.

Contra este trasfondo podemos completar nuestro análisis de la emancipación de los siervos. Claramente, la debilidad de la nobleza agraria rusa explica por qué esta clase fue incapaz de impedir la emancipación, y mucho menos de derribar al sistema político imperial-autocrático en nombre de un programa aristocrático o "constitucionalista" liberal. Si la nobleza terrateniente rusa hubiese poseído fuerza económica e influencias político-administrativas ante el Estado imperial comparable con la fuerza e influencia que alcanzaron las clases dominantes francesa y china, entonces muy posiblemente habría surgido una crisis política revolucionaria en Rusia durante el decenio de 1860; en cambio, la autocracia zarista logró implantar las reformas deseadas en la secuela de la humillante derrota de Crimea, incluso las reformas que iban manifiestamente contra los intereses económicos y contra las prerrogativas sociales de la nobleza poseedora de siervos.[146]

Sin embargo, erróneo sería concluir que, dado que la nobleza terrateniente rusa no pudo tomar la ofensiva política contra la autocracia reformista, por tanto, no tuvo ningún efecto sobre los límites del acuerdo de emancipación. En realidad, la nobleza terrateniente acabó por ejercer considerable influencia, especialmente en el proceso de aplicación de la política. Esto ocurrió por la mera existencia de la nobleza terrateniente, como clase dominante poseedora de siervos, y por las limitaciones inherentes puestas al poder efectivo del Estado imperial, dada su relación institucional con la estructura de la clase rural.

Como ya lo hemos indicado, el primer objetivo de la autocracia al liberar a los siervos fue estabilizar el régimen imperial. Por consiguiente, el zar y sus funcionarios no sólo decidieron conceder la "libertad" jurídica y personal a los campesinos, sino también asignarles la propiedad de cantidades considerables

146 En su libro *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861,* Terence Emmons subraya hasta qué punto el campesinado noble *ejerció* influencia política colectiva durante el decenio de 1860. Pero según la versión del propio Emmons, los ímpetus originales, tanto para las reformas como para fomentar una participación del campesinado noble procedieron del Estado zarista y a la postre, los grupos liberales y reaccionarios por igual no lograron consumar ningún aspecto de los programas políticos que no coincidieran con los intereses o programas zaristas. Creo yo que todas las pruebas que él nos presenta coinciden con las formulaciones que he ofrecido aquí; mis diferencias en hincapié interpretativo se deben al hecho de que estoy analizando a Rusia desde una perspectiva *comparada.*

de las tierras que laboraban.[147] Se consideró que dejar sin propiedades a los antiguos siervos garantizaría las rebeliones y los no menos aborrecidos desórdenes de una proletarización súbita y masiva. Pero, ¿quién decidiría cuánta (y cuál) tierra dar a los ex siervos? Hubo que implantar mecanismos de aplicación de la política para asignar propiedades entre los nobles y los campesinos, localidad tras localidad y heredad tras heredad. Porque históricamente la jurisdicción imperial cesaba ante la puerta de las heredades que eran propiedad de los nobles —con los nobles o sus agentes como responsables de mantener allí el orden y de recaudar los impuestos—, sólo los nobles y sus agentes tenían un conocimiento detallado de la estructura y del funcionamiento de la economía servil, que era esencial para la aplicación de la emancipación en muchas localidades. Por ello, inevitablemente, los comités de nobles recibieron el encargo de las autoridades imperiales de determinar la proporción exacta de tierras que darían a sus antiguos siervos.[148] Naturalmente, este acuerdo aseguraba que los nobles pudiesen servir al máximo sus propios intereses dentro de los límites de los decretos de emancipación. Y así lo hicieron. En las regiones fértiles, se dio a los campesinos un mínimo de tierras, mientras que en las zonas menos fértiles se vieron obligados a pagar las deudas de las grandes heredades. Más aún: los campesinos se vieron aislados por doquier de todo acceso a recursos vitales, como el agua o las tierras de pastoreo o bosques, que en adelante tenían que alquilar de sus antiguos amos.

Aplicadas así dentro de los límites de las relaciones de clase agrarias, las reformas de la emancipación no pudieron allanar el camino a la súbita modernización de la agricultura rusa.[149] Pues los campesinos quedaron con insuficientes tierras sometidas a abrumadores pagos de deudas, que había que pagar al gobierno a lo largo de muchos decenios. Y los nobles no se vieron acicateados a invertir en la modernización de la agricultura, pues se quedaron con la posesión legal de cerca del 40% de la tierra, y con acceso a mano de obra barata, mientras que la mayor parte de su ganancia para redimir sus finanzas (pagada a los nobles por el Estado) sirvió para pagar deudas previamente acumuladas (en su mayoría, al Estado mismo). Lo que la emancipación

147 Gerschenkron, "Agrarian Policies", en *Continuity in History*, páginas 140-147 y 159-165.

148 *Ibid.*, pp. 165-174.

149 Sobre los términos de emancipación y sus consecuencias, véase *ibid.*; Volin, *Century*, caps. 2-3, y Robinson, *Rural Russia*, caps. 5-8.

indiscutiblemente realizó fue dar al Estado imperial una función más directa y exclusiva para controlar al campesinado y obtener ingresos de la agricultura. La nobleza campesina fue apartada por el régimen zarista; pero, aunque considerablemente debilitados por la emancipación de los siervos y su secuela, los terratenientes quedaron en el lugar como clase dominante, en una economía agraria, en gran parte estancada. Por consiguiente, tal economía serviría de lastre a los siguientes esfuerzos imperiales por promover el desarrollo económico. Y los nobles terratenientes siguieron siendo un blanco potencial de las revueltas campesinas.

Por último, debe notarse que la nobleza rusa no oficial, incluso quienes aún eran terratenientes, siguió siendo impotente en el aspecto político ante la autocracia, después del decenio de 1860. Esto fue así, pese a la formación, como parte de las reformas del decenio, de *zemstvos*, cuerpos representativos locales y provinciales en que los nobles disfrutaban de un excesivo acceso electoral. En el mejor de los casos, los *zemstvos* establecieron un punto de apoyo en los asuntos sociales y culturales de la localidad, mediante la provisión de una base fiscal muy limitada de servicios educativos, de bienestar y asesoramiento en materia de economía. Pero este sector de servicio controlado por cuerpos gubernativos elegidos creció no dentro sino a un lado de la jerarquía del poder político social. Y es que las autoridades imperiales conservaron el monopolio de administración y coacción y siguieron gravando casi todo el excedente agrícola; y los *zemstvos* sólo fueron tolerados por la burocracia imperial hasta el grado en que no desafiaran los controles centrales ni sus prerrogativas de dirigir la política.[150]

El contraste con lo que ocurrió con las asambleas representativas dominadas por la clase superior cuando fueron establecidas en China (1908-1910) resulta interesante y revelador. Allí, la clase acomodada ya tenía influencia administrativa y militar, mientras que las autoridades imperiales eran financieramente débiles y carecían de un eficaz control central. Así, las nuevas asambleas sirvieron para dar expresión colectiva política al poder de que ya disfrutaba la clase dominante en China. Pero en la Rusia del antiguo régimen, la autocracia se encontraba en posición tan fuerte, que pudo crear eficazmente los órganos

150 Véanse las citas en la nota 132, y Alexander Vucinich, "The State and the Local Community", en *The Transformation of Russian Society*, ed. Cyril E. Black, pp. 191-208, Cambridge, Harvard University Press, 1960.

representativos absolutamente limitados que los manchúes habían intentado, sin éxito, establecer en China. Los *zemstvos* (y *las dumas* municipales) de Rusia no llegaron a ser una amenaza política para la autocracia hasta 1905, cuando el Estado temporalmente vaciló después de perder una guerra. Hasta entonces (y nuevamente después de 1906), el Estado imperial conservó el poder y la iniciativa necesarios para exprimir y remodelar considerablemente a la sociedad rusa, para mayor detrimento aún de los intereses de la nobleza.

La industrialización guiada por el Estado

Después de las reformas modernizadoras posteriores a la guerra de Crimea, la siguiente gran iniciativa del Estado ruso fue un notable esfuerzo por espolear la industrialización desde arriba, pero esto no se logró hasta después de algunos experimentos iniciales con política capitalista de *laissez-faire.* Durante los decenios de 1860-1870, Rusia quedó abierta al comercio y a las inversiones exteriores, basada en la teoría de que podría adquirir modernos materiales industriales y de transporte y técnicas del exterior, a cambio de unas mayores exportaciones agrícolas.[151] La red ferroviaria seguía tendiéndose, lenta, pero seguramente, en gran parte por los esfuerzos de empresarios privados, extranjeros o interiores. Pero el acero empleado estaba hecho con materiales importados, de modo que "la minería y la metalurgia rusas recibieron poco apoyo".[152] Mientras tanto la productividad agrícola se estancaba, cuando los precios internacionales del grano se desplomaban, y la deuda exterior y las necesidades de importaciones de Rusia crecían. La guerra (es decir, la guerra ruso-turca de 1877-1878) y los preparativos militares (es decir, la crisis búlgara de 1886) seguían devorando los ingresos del gobierno. Al mismo tiempo, la capacidad de pagar de los contribuyentes campesinos era explotada al máximo, conduciendo a grandes hambrunas, en 1891.[153] Claramente, la gloria del Estado ruso requería de otra estrategia.

151 George Barr Carson, Jr. "The State and Economic Development: Russia, 1890-1939", en *The State and Economic Growth,* ed. Hugh S. J. Aitken, Nueva York, Social Science Research Council, 1959, p. 117.

152 Seton-Watson, *Russian Empire,* p. 407; sobre los ferrocarriles, véanse páginas 405-406.

153 Carson, "State and Economic Development", en *State and Economic Growth,* ed. Aitken, pp. 117-118, y Theodore H. Von Laue, *Sergei*

Esta otra estrategia llegó durante el decenio de 1890, con un ministro de finanzas, Sergei Witte, quien creía firmemente que "la fuerza política de las grandes potencias que están llamadas a cumplir con las grandes misiones históricas en el mundo" se basaba directamente en un relativo poder industrial. "La competición internacional no espera", advirtió Witte al zar Nicolás II, en 1900:

> Si no tomamos medidas enérgicas y decisivas para que en el curso de los próximos decenios nuestra industria pueda satisfacer las necesidades de Rusia y de los países asiáticos que están —o deben estar— bajo nuestra influencia, entonces [...] es posible que el lento desarrollo de nuestras industrias ponga en peligro el cumplimiento de las grandes tareas políticas de la monarquía. Nuestro atraso económico puede conducirnos también a un atraso político y cultural.[154]

Witte proponía un programa gubernamental enérgico que promoviera la industrialización nacional. Su "sistema" de política, puesto plenamente en vigor mientras él era ministro de finanzas, de 1892 a 1903, requería de grandes gastos gubernamentales para la construcción y el mantenimiento de los ferrocarriles, subsidios y servicios de apoyo a los industriales privados, altas tarifas protectoras a las industrias rusas (especialmente a las industrias pesadas y a las minas, cuyos productos eran adquiridos para la construcción de ferrocarriles y la modernización del ejército), mayores exportaciones, una moneda estable y la ayuda a los inversionistas extranjeros. Los gastos del gobierno para acelerar la industrialización fueron pagados con impuestos regresivos indirectos y concentrados a los artículos de consumo de masas, y mediante préstamos extranjeros (que había que pagar puntualmente).[155]

En términos absolutos, esta aventura de desarrollo capitalista guiado por el Estado tuvo un brillante éxito.[156] Durante el decenio de 1890, el crecimiento industrial ruso tuvo un promedio del 8% anual. El kilometraje de las vías férreas creció, a

Witte and the Industrialization of Russia, Nueva York, Columbia University Press, 1963, cap. 1.

154 Von Laue, *Sergei Witte,* pp. 2-3.

155 *Ibid.*, cap. 3.

156 Los hechos y evaluaciones presentados en este párrafo fueron tomados de Von Laue, *Sergei Witte,* cap. 8; Carson, "State and Economic Development", en *State and Economic Growth,* ed. Aitken, pp. 118-127, y Alexander Gerschenkron, "Problems and Patterns of Russian Economic Development", en *The Transformation of Russian Society,* ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, pp. 47-61.

partir de una base muy considerable, en 40% entre 1892 y 1902; las comunicaciones interiores de la Rusia europea se intensificaron grandemente y se completó su nexo con Siberia. Estimuladas a su vez, las industrias pesadas rusas —minas, hierro y acero y petróleo— se multiplicaron y construyeron enormes fábricas aprovechando la última tecnología europea. También se expandieron las industrias ligeras, aunque menos espectacularmente, pues desde luego la industrialización no estaba basada en la demanda de un mercado de masas. Al mismo tiempo, Witte logró duplicar con creces los ingresos fiscales y estabilizar la moneda introduciendo el patrón oro. A los campesinos se les arrancaron "excedentes" agrícolas que fueron vendidos en el exterior para financiar las compras de tecnología extranjera y para mantener la balanza de pagos. Todo esto, finalmente, abrió el camino a un rápido crecimiento industrial continuado (promedio: 6% anual) entre 1906 y 1913, cuando, en la secuela de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, el Estado se encontró en posición más débil para tomar la iniciativa en las inversiones.

No obstante, tanto por sus logros cuanto por sus limitaciones, la rápida industrialización de la Rusia del cambio de siglo dejó dispuesto el escenario a dos revoluciones: una que terminó en fracaso, en 1905; la otra, en triunfo, en 1917. Parcialmente hizo esto al crear clases nuevas y exacerbar las tensiones sociales. El cuadro general ha sido bien esbozado por Arthur Mendel:

> Aparte de concentrar peligrosamente un proletariado, una clase profesional y un rebelde cuerpo estudiantil en los centros del poder político, la industrialización enfureció tanto a estas nuevas fuerzas cuanto a las tradicionales clases rurales. Desplazó radicalmente a la clase acomodada, intensamente consciente de su posición, y oprimió al campesinado mediante exportaciones forzosas, precios de monopolio e impuestos regresivos que, a la postre, pagaron la cuenta de la modernización. Aceleró en todos los segmentos de la sociedad la penosa caída de los antiguos valores, funciones, motivaciones y esperanzas [...] No dejó dinero para mejorar las deplorables condiciones urbanas en que los campesinos, ya desorientados y deprimidos acudían con la esperanza, pronto frustrada, de algo mejor.[157]

Específicamente, como lo demostrarían los hechos futuros, el cambio interno más importante de los últimos decenios del antiguo régimen ruso fue la rápida formación de un proletariado

[157] Arthur Mendel, "On Interpreting the Fate of Imperial Russia", en *Russia Under The Last Tsar*, ed. Theofanis George Stavrou, Minneapolis, Minn., University of Minnesota Press, 1969, pp. 20-21.

industrial.[158] Numéricamente pequeña dentro del total de la población rusa, esta clase, sin embargo, se había concentrado desproporcionadamente, tanto en las empresas industriales en grande escala, cuanto en los grandes centros industriales, incluyendo, de manera ominosa, a las ciudades capitales de la Rusia europea: San Petersburgo y Moscú. Los nuevos proletarios se encontraron de pronto, reciente e incompletamente separados de las aldeas campesinas. Quizás en el principio la novedad de su contacto con el medio urbano-industrial les dificultó la protesta a los recientes reclutas, aunque los ex campesinos también pudieron llevar sus tradiciones aldeanas de solidaridad colectiva y resistencia a las fábricas. Sea como fuere, antes de que transcurriera mucho tiempo, cohortes de trabajadores industriales cobraron experiencia y un sentido de identidad en el mundo industrial. Y las condiciones a las que se enfrentaron —privación económica, falta de servicios sociales y (casi continuas) prohibiciones zaristas contra los sindicatos legales— ciertamente dieron razones suficientes para que los trabajadores industriales, después de 1890, se mostraran cada vez más inclinados a la huelga y más receptivos a las ideas antiautocráticas y anticapitalistas de los partidos políticos radicales. La rápida industrialización creó así una formidable fuerza popular capaz de enfrentarse, a la vez, al Estado imperial y a los capitalistas capitanes de industria, cuyas actividades tan fervientemente fomentaba el Estado.

Sin embargo, igual o mayor importancia tuvieron las implicaciones internacionales de la industrialización rusa. Por una parte, los procesos de financiar la rápida industrialización ataron al Estado y la economía rusos más aún a la Europa occidental. Para suplementar las débiles capacidades de la burguesía inter-

158 Un excelente ensayo crítico sobre el proletariado ruso de la última época imperial se encuentra en Reginald Zelnik, "Russian Workers and the Revolutionary Movement", *Journal of Social History* 6 (invierno de 1971-1972, 214-234. Otras fuentes sobre el proletariado incluyen: Leopold Haimson, "The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917", *Slavic Review* 23:4 (diciembre de 1964), 619-642 y 24:1 (marzo de 1965), 1-21; Arthur P. Mendel, "Peasant and Worker on the Eve of the First World War", *Slavic Review* 24:1 (marzo de 1965), 23-33; Gaston W. Rimlinger, "Autocracy and the Factory Order in Early Russian Industrialization", *Journal of Economic History* 20:1 (marzo de 1960), 67-92; Theodore H. Von Laue, "Russian Labor Between Field and Factory, 1892-1903", *California Slavic, Studies* 3 (1964), 33-65, y Allan K. Wildman, *The Making of a Worker's Revolution: Russian Social Democracy, 1891-1903*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.

na, se alentó oficialmente a inversionistas privados extranjeros a invertir en industrias más allá de la barrera tarifaria. El capital extranjero invertido en empresas (en su mayor parte de la industria pesada) en Rusia creció, de 215 millones de rublos en 1890 a 911 millones en 1900, y a más de 2 mil millones en 1914.[159] "En 1900 había 269 compañías extranjeras en Rusia, de las cuales sólo 16 habían existido antes de 1888. El capital francés y belga se hallaba invertido principalmente en las industrias y minas metalúrgicas del sur; el británico en el petróleo, y el alemán en productos químicos y en ingeniería eléctrica."[160] Al mismo tiempo, para pagar las importaciones de equipo industrial y mantener el equilibrio de los pagos internacionales, del cual dependían la estabilidad monetaria y la confianza de los inversionistas, Rusia se apoyó en sus exportaciones agrícolas, básicamente a Inglaterra y Alemania.[161] Y para ayudar a financiar las inversiones del gobierno en la industria (que eran superiores aun a las masivas inversiones extranjeras), el régimen zarista dependió de préstamos obtenidos en Alemania, Inglaterra y, ante todo, Francia.[162] Las cantidades en cuestión eran muy grandes:

> La deuda nacional [...] [creció] casi al mismo ritmo del creciente ingreso nacional [...] Ya en 1913 [...] Rusia ocupaba el segundo lugar entre las naciones del mundo en cantidad absoluta de su deuda nacional. En la cantidad de pagos anuales por pago de la deuda, Rusia era la primera [...] El total de la deuda rusa al exterior excedía ligeramente al total de la deuda interior.[163]

Por tanto, tan atada se hallaba la economía rusa a las finanzas europeas que cuando, en 1899-1900, se contrajeron los mercados monetarios occidentales, la industria rusa, que tan rápidamente había crecido durante el último decenio del siglo, cayó en una crisis más profunda y prolongada que la recesión, que al mismo tiempo afectó a la industria de Europa occidental.[164] Este retroceso "agravó el descontento por toda la sociedad en

[159] John P. Sontag, "Tsarist Debts and Tsarist Foreign Policy", *Slavic Review* 27:4 (diciembre de 1968), pp. 530-531.

[160] Seton-Watson, *Russian Empire*, p. 531.

[161] *Ibid.*, p. 530.

[162] Sontag, "Tsarist Debts", p. 533.

[163] Carson, "State and Economic Development", en *State and Economic Growth*, ed. Aitken, pp. 130-131.

[164] Lyashchenko, *History of National Economy*, pp. 647-661.

los cinco años, poco más o menos, que precedieron a la Revolución de 1905".[165]

Entonces, ¿fue la Rusia imperial en sus últimos años una semicolonia de la Europa occidental? Esta opinión podría defenderse. Después de todo, importaba tecnología y capitales excedentes europeos a cambio de exportaciones primarias y pago de intereses. Al mismo tiempo, se hizo presión sobre el consumo interior para mantener la balanza de comercio y el patrón oro. Más aún: las alianzas políticas rusas llegaron a favorecer a sus principales acreedores, Francia e Inglaterra. Por otra parte, en cantidades *per capita*, la deuda exterior rusa era inferior a la de Suecia o de los Estados Unidos,[166] y los investigadores no han logrado descubrir que las empresas extranjeras o los inversionistas buscaran el control político, además de sus ganancias, o que los funcionarios del gobierno, tanto en Rusia como en Europa occidental, consideraran que el Estado zarista era dependiente, por virtud de sus nexos económicos.[167] Sea como fuere, esos nexos también se extendían a Alemania.

Antes bien, más atinado parece suponer que Rusia continuó operando como Gran Potencia competidora en el sistema de Estados europeos. Las alianzas rusas que condujeron a la primera Guerra Mundial perfectamente pueden explicarse sobre tal base. Durante gran parte del siglo XIX, Rusia se mantuvo laxamente aliada con Prusia y con Austria-Hungría, y pudo contarse con la diplomacia para proteger los intereses rusos. Llegó entonces la unificación y la rápida industrialización de la Alemania imperial —hecho que trastornó la diplomacia europea y amenazó a Rusia (y especialmente sus intereses en los Balcanes, al ir deslizándose Alemania hacia una alianza con Austria). Por tanto, estaba dentro de la lógica del "equilibrio del poder" europeo el que Rusia se viese "empujada [...] hacia una alianza occidental que hiciera depender la seguridad de sus fronteras occidentales más del ejército que de la política".[168]

Con esto no pretendemos implicar que el desarrollo económico de los últimos años del Imperio ruso no tuviese graves implicaciones políticas internacionales; tan sólo, que los efectos

165 Mendel, "Interpreting the Fate", en *Russia Under Last Tsar*, ed. Stavrou, p. 21.

166 Sontag, "Tsarist Debts", p. 534.

167 *Ibid.*, y McGrew, "Some Imperatives", en *Russia Under Last Tsar*, ed. Stavrou.

168 McGrew, "Some Imperatives", en *Russia Under Last Tsar*, ed. Stavrou, p. 228.

más importantes se relacionaron con las *capacidades* rusas de enfrentarse a la competición internacional; pues, a pesar de su impresionante expansión industrial después de 1880, especialmente en la industria pesada, el desarrollo económico ruso dejó al país aún muy atrás de otras naciones con las que tenía que tratar diplomáticamente y, en lo potencial, también militarmente. Por ejemplo: en vísperas de la primera Guerra Mundial, el ingreso real *per capita* en Rusia aún no era más que un tercio del de Inglaterra o el de los Estados Unidos.[169] Aún más revelador es el hecho de que, aun cuando la tasa de crecimiento medio de Rusia en materia de ingreso real *per capita* fuese, entre 1860 y 1913, casi igual al medio de Europa en general, sin embargo aún se hallaba considerablemente por debajo de la tasa del 2.5% en los Estados Unidos, de la tasa del 2% en Alemania y de la tasa del 3% para Japón (1878-1912).[170] Estaba claro que Rusia "no alcanzó económicamente al mundo occidental y que estaba aún más lejos de sus potencias dirigentes".[171]

El problema decisivo era el bajo nivel del crecimiento real en la agricultura, que seguía siendo el factor preponderante de la economía rusa. Ni siquiera la extraordinaria y desproporcionada expansión de la industria pesada, después de 1890, pudo compensar el atraso de la agricultura rusa. Así, el programa de industrialización forzada de Witte no alcanzó el objetivo estratégico de paridad internacional que había movido al zar a apoyarlo, para empezar, mientras reforzaba las tendencias sociales que en el interior eran hostiles al continuado régimen absolutista.[172]

La repercusión de las guerras

Así pues, al término del siglo XIX, estaba dispuesto el escenario para una crisis revolucionaria, precisamente porque la Rusia imperial seguía siendo "una Gran Potencia, colocada, por causa de su duro destino, en el cruce de corrientes de la política de poder europea y global", mientras su desarrollo económico se

169 Raymond W. Goldsmith, "The Economic Growth of Tsarist Russia, 1860-1913", *Economic Development and Cultural Change* 9.3 (abril de 1961), p. 443.

170 *Ibid.*, pp. 474-475.

171 *Ibid.*, p. 443.

172 Theodore H. Von Laue, "The State and the Economy", en *The Transformation of Russian Society*, ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, pp. 209-223.

quedaba atrás.[173] Nacido y templado en la guerra, aislado de las fuerzas de la sociedad, y supremo contra ellas, el Estado ruso sólo pudo sucumbir mediante la derrota general en una guerra total. Así, la primera Guerra Mundial sería la causa necesaria —así como la ocasión— de la crisis revolucionaria que llevó a su fin a la Rusia imperial.

Para ver exactamente por qué resulta sumamente instructivo contrastar febrero de 1917 con la fracasada Revolución rusa de 1905. Trotsky, en una ocasión, llamó a 1905 un "ensayo general" para 1917. En realidad, virtualmente las mismas fuerzas sociales y políticas tomaron parte en ambos dramas. Y sin embargo, las tramas fueron muy distintas. Isaac Deutscher realmente se encuentra más cerca de la verdad cuando sugiere que en 1917 la Revolución "volvió a empezar desde los puntos en los que se había detenido en 1905 [...] la fase 'constitucionalista' de la Revolución ya se había desarrollado antes de 1917".[174]

La "Revolución" de 1905 se pareció a la de 1917 ya que surgió en mitad de una guerra perdida. Pensando en combinar las adquisiciones semicoloniales del Extremo Oriente con la diversión de la inquietud interna en lo que el ministro del interior, Viacheslav von Plehve, supuso que sería una "victoriosa guerrita", el régimen zarista entró en guerra con Japón en 1904. Pero mientras el ejército y la marina imperiales iban de derrota en derrota, en el interior surgió un movimiento revolucionario que reunió a todas las clases de la sociedad. En representación de terratenientes, profesionales y burgueses, el Congreso del Zemstvo de todas la Rusias exigió (en noviembre de 1904), libertades civiles, igualdad jurídica para todas las clases y nacionalidades y una asamblea nacional legislativa representativa; en efecto, una monarquía constitucional liberal. Una creciente oleada de huelgas industriales se expresó en sus exigencias económicas y apoyó al movimiento político en contra de la autocracia. Las unidades navales se levantaron en el

[173] Theodore H. Von Laue, *Why Lenin?, Why Stalin?*, segunda edición, Filadelfia, Lippincott, 1971, p. 60. Von Laue observa: "a este respecto, la posición de Rusia fue única en la historia universal moderna. Ningún otro país entre los clasificados como atrasados —ni Japón en el siglo XIX, ni la China ni la India, para no mencionar los otros menores, hoy protegidos por el estancamiento entre la URSS y los Estados Unidos— ha tenido que soportar la carga de tan extrema exposición" (p. 60 nota).

[174] Isaac Deutscher, "The Russian Revolution", en *The New Cambridge Modern History*, segunda edición, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, vol. 12, p. 403.

famoso motín del *Potemkin*, de junio de 1905. El clímax llegó en octubre de 1905, con una huelga ferroviaria que se convirtió en una huelga política general. En vista de todo esto —aparentemente una revolución social al estilo occidental—, el zar retrocedió: fueron concedidas las libertades civiles, y una Duma legislativa basada en extensa franquicia; esto se concedió en el *Manifiesto de Octubre.*[175]

Y sin embargo, la Revolución de 1905 fue derrotada en 1907. ¿Por qué? La razón fue notablemente sencilla. Con una inminente derrota a corto plazo y la amenaza de una revolución, el régimen pronto concluyó la guerra con el Japón. La Paz de Portsmouth fue firmada en septiembre de 1905, dejando al ejército imperial en Manchuria en posición de ser redisciplinado y luego reintroducido, selectivamente, en la turbulenta Rusia europea.[176] Claramente, la Revolución de 1905, y el trabajo y la inquietud agraria que continuaron hasta 1906, llegaron hasta donde llegaron no sólo porque la guerra agravó las tensiones sociales y porque las derrotas desilusionaron a las clases superiores, sino también porque durante 1905 "la Rusia europea se encontró casi sin tropas".[177] Pero aquella fue una condición temporal que el zarismo pronto pudo corregir dada la naturaleza limitada y periférica del conflicto ruso-japonés. Así, cuando las tropas volvieron a la patria a aplastar huelgas y revueltas campesinas y a arrestar a los dirigentes políticos más turbulentos, el zar Nicolás II retiró sus concesiones constitucionales una tras otra hasta que, en sustancia, el absolutismo quedó plenamente restaurado. Fue una "borrasca pasajera".[178]

La primera Guerra Mundial creó una situación muy distinta. Este conflicto devoró todo el sistema de Estados europeos. Rusia no pudo mantenerse aparte ni retirarse una vez comenzada la guerra. "La decisión rusa de movilizar a sus tropas en 1914 fue una respuesta directa a la acción militar de Austria contra Serbia y a la amenaza al territorio ruso planteada por el apoyo de Alemania a Austria."[179] En cuanto Francia e Inglate-

175 Mi relato de 1905 sigue a William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, 2 vols., 1935; reimpresión en rústica, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965, vol. 1, cap. 3.

176 Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943, Boston, Beacon Press, 1973, pp. 118-119, y capítulo 6 en general.

177 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, p. 51.

178 Von Laue, *Why Lenin?, Why Stalin?*, p. 52.

179 McGrew, "Some Imperatives", en *Russia Under Last Tsar*, ed. Stavrou, p. 218.

rra entraron en guerra, dependieron de la cooperación de su aliada. La Rusia imperial se vio condenada a una dilatada confrontación con la formidable Alemania.

Las consecuencias inexorables para el régimen imperial fueron derrotas militares y el caos económico y administrativo. Esto a su vez, hizo surgir la crisis revolucionaria. Las condiciones objetivas no ofrecían otras salidas. De 1914 a 1917, Rusia movilizó a quince millones de hombres para sus ejércitos, pero el país carecía de la infraestructura económica necesaria para soportar sus esfuerzos contra Alemania (sólo se obtuvieron victorias considerables contra fuerzas austro-húngaras y turcas).

Al comienzo de la guerra, las divisiones de infantería rusa sólo tenían la mitad de las baterías de artillería ligera de las que disponían las divisiones alemanas. La diferencia de las baterías pesadas era aún peor: el ejército ruso contaba con 60 contra 381 de los alemanes. En cuanto a municiones, la producción anual de las fábricas del Estado era de 600 mil rondas, mientras que las necesidades anuales durante la guerra pronto llegaron a ser siete veces mayores. Las industrias privadas se hallaban mal equipadas para convertirse a la producción de municiones, y lo hicieron muy lentamente. Ya en el quinto mes de la guerra, el ejército se halló con una aguda escasez de municiones; muchos soldados del frente entraron en combate sin fusiles. Tan sólo en 1917 estuvo Rusia produciendo armas suficientes, aun cuando no se mantuviera al paso de las innovaciones tecnológicas del enemigo.[180]

Sin embargo, para entonces, los ejércitos rusos habían sufrido repetidas derrotas masivas a manos de los alemanes. Millones de hombres habían sido muertos, heridos o tomados prisioneros, y una gran proporción del cuerpo de oficiales profesionales había desaparecido. Los oficiales sólo podían ser remplazados por los reservistas civiles educados y mediante promociones entre las filas. De manera ominosa, el ejército zarista ya no era una organización profesional apartada de la sociedad y conducida por conservadores empedernidos.[181]

Otra cadena para Rusia era el sistema de transportes. Dadas la falta de buenos caminos y la insuficiencia de vías de agua internas, los ferrocarriles eran el factor clave; pero por muy rápida y considerable que fuese la expansión del sistema ferro-

180 Nicholas N. Golovine, *The Russian Army in the World War,* New Haven, Yale University Press, 1931, pp. 32, 39, 126, 160.

181 Chorley, *Armies*, cap. 6.

viario ruso desde 1860, para 1914 la densidad del sistema alemán (kilómetros de ferrocarril por kilómetros cuadrados de territorio) era más de diez veces superior al ruso. Además, el material rodante ruso era técnicamente anticuado. Carentes de frenos de aire, por ejemplo, los vagones de carga debían avanzar muy lentamente.[182] Esto significaba que los servicios de apoyo (abastos y evacuaciones) para los ejércitos de los frentes se veían obstaculizados. También significaba que, en la retaguardia, la producción industrial se veía coartada y que las ciudades —atiborradas por los crecientes números de reclutas militares, trabajadores de las industrias de guerra y personal para los servicios auxiliares— se veían privadas de vitales servicios de transporte. "Las más afectadas por lo inadecuado del sistema ferroviario fueron las grandes ciudades, donde la escasez de alimentos, combustibles y materias primas llegó a ser aguda en el invierno de 1916-1917."[183]

La crisis político-revolucionaria de 1917

¿Cómo se tradujeron estas condiciones en las crisis revolucionarias? Al manifestarse la magnitud de las derrotas rusas (comenzando en la primavera de 1915), los estratos dominantes fueron perdiendo confianza en el zar y en la autocracia. Y al persistir las presiones impuestas por la guerra interminable, las clases inferiores, que padecían terriblemente, se hartaron de la guerra y se rebelaron. Finalmente, estos descontentos sociales —que habían recibido nuevo poder debido al desplome, en condiciones de guerra, de las barreras habituales entre las organizaciones del Estado y los grupos sociales— cristalizaron en las ciudades de Rusia, para dar expresión política al repudio casi universal al régimen autocrático.

Al comienzo de la guerra, todos los grupos políticos con capacidad de expresión (salvo los bolcheviques y unos cuantos mencheviques) comprometieron su apoyo "entusiasta" a la defensa de "la Patria". Al surgir las dificultades del esfuerzo bélico, la respuesta inicial de los estratos privilegiados consistió en crear comités, y en extender las existentes organizaciones representativas y locales para dar el máximo apoyo al ejército y al gobierno. En agosto de 1914, los *zemstvos* provinciales se

182 Golovine, *Russian Army*, pp. 34-36.

183 Pushkarev, *Emergence of Modern Russia*, p. 393.

unieron para formar una Unión Panrusa de *zemstvos*, para alivio de los soldados heridos y enfermos, y las municipalidades crearon la Unión Panrusa de Pueblos. Recibiendo recursos financieros del gobierno, estas organizaciones ayudaron a las autoridades militares a mantener hospitales y trenes militares y a abastecer al ejército de alimentos y ropa. También ayudaron en la evacuación de refugiados, participaron junto con los comités de las industrias bélicas en el impulso de movilizar a las industrias privadas para la producción de guerra, e hicieron lo que pudieron para satisfacer las necesidades civiles. En 1915 se habían establecido relaciones íntimas, institucionalizadas en Consejos especiales, entre los jefes de estas organizaciones representativas/voluntarias, miembros de la Duma y los ministros y burócratas de la autocracia.[184]

El principal significado de este *rapprochement* (acercamiento) entre el Estado y la sociedad privilegiada resultó ser político. Pues aunque algo se avanzó tratando de satisfacer las necesidades inmediatas del ejército en materia de abastos y servicios, ni siquiera esta fusión de la burocracia y de las organizaciones voluntarias pudo superar las dificultades básicas. Las derrotas en el frente y "la rampante desorganización de la vida económica en el frente interno" continuaron.[185] En respuesta parcial a estas realidades, y en respuesta parcial al comportamiento peculiar del zar Nicolás en la crisis (pues, aunque siguiera aseverando su autoridad absoluta, redujo sus contactos a su esposa alemana, al extravagante Rasputín y a una camarilla de archiconservadores proalemanes), fue formulado un programa político reformista por la mayoría de la Duma, apoyada por los *zemstvos*, poblados y comités. En agosto de 1915 se pidió al zar que nombrara sólo ministros que gozaran de la "confianza pública", del apoyo de las instituciones legislativas, y que pusiera en vigor medidas liberales de conciliación hacia las minorías nacionales y los sindicatos. Quizás por haber sido llevados por la guerra a una relación de trabajo más íntima con los "liberales constitucionales", muchos ministros, burócratas y oficiales apoyaron estas moderadas demandas. Pero Nicolás no estaba dispuesto a sacrificar el principio autocrático, y así creció el disgusto contra él de los oficiales y civiles de la

184 *Ibid.*, pp. 394-403. Este párrafo y los siguientes sobre los papeles de la clase media y superior en 1914-1916 se basan principalmente en el excelente y detallado relato de Pushkarev.

185 *Ibid.*, p. 400.

clase superior y media. Floreció la crítica pública, especialmente porque pudo ser expresada en términos nacionalistas, deplorando la mala conducción del esfuerzo de guerra, de la que se hizo responsables, como convenientes chivos expiatorios, al zar y a su corte. Aún más ominoso para Nicolás: se difundió el rumor de un posible golpe de Estado por el cuerpo de oficiales, aumentado con miembros ascendidos o recién reclutados.

Y sin embargo, temerosos de los estallidos populares, y comprendiendo quizá que en realidad no podrían enfrentarse mejor a las dificultades de la guerra habiéndose ido el zar, los estratos privilegiados se sostuvieron. Nunca actuaron decisivamente para cambiar el régimen. Cuando el zar prorrogó las Dumas, ellos obedecieron. En cambio, en febrero de 1917, cuando el mal tiempo aumentó los retrasos en el abasto de alimentos a la ciudad, los soldados y obreros de Petrogrado derribaron desde abajo a la autocracia moribunda. En realidad:

> El desplome de la autocracia Romanov, en marzo de 1917, fue una de las revoluciones más espontáneas, anónimas, no dirigidas de todos los tiempos [...] nadie, ni siquiera entre los dirigentes revolucionarios, comprendió que las huelgas y motines del pan, que estallaron en Petrogrado el 8 de marzo, culminarían en el motín de la guarnición y en la caída del gobierno, cuatro días después.[186]

Desde luego, los insurgentes de Petrogrado se beneficiaron de la aquiescencia inicial de los estratos privilegiados y del comando del ejército supremos que se hallaba en el frente, al ser abolido el zarismo.[187] Sin embargo, estaban formándose nexos entre los obreros y los soldados rasos del ejército, que pronto anularían todo intento de la clase superior. Pues las guarniciones de las ciudades en la retaguardia —incluso la decisiva guarnición de Petrogrado— rebosaban de reclutas recientes, que temían ir al frente y conocían directamente las circunstancias de los traba-

186 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, p. 73.

187 Marcel Liebman, *The Russian Revolution*, trad. Arnold J. Pomerans, Nueva York, Vintage Books, 1972, p. 107. Escribe Liebman: "El 28 de febrero... el zarismo estaba totalmente muerto, pero el zar se aferró a su corona... cuando finalmente comprendió su situación desesperada ordenó a buen número de regimientos de línea acudir a Petrogrado. Por desgracia para él, el ejército ya no obedecía sus órdenes y aun el supremo comando lo abandonó." Sin embargo, los oficiales se habrían opuesto sólo a Nicolás, prefiriendo conservar la monarquía con otro zar. Y aun si hubiese tratado de atacar la capital no está enteramente claro que los ferroviarios y los soldados rebeldes no les hubieran detenido. Esta certidumbre llegó a ser la situación antes de que pasara mucho tiempo.

jadores civiles que padecían los precios estratosféricos y la escasez de los artículos más básicos.[188] Así, cuando un cierre de las industrias y manifestaciones en el Día Internacional de la Mujer coincidieron en Petrogrado para suscitar crecientes protestas, con gritos en que se pedía la caída de la autocracia, no fue demasiado difícil para los manifestantes que ya fraternizaban convencer a las unidades de la policía y del ejército de que no dispararan contra ellos. Una vez comenzada la rebelión inicial, se difundió irrepresiblemente de una a otra unidad militar; de los obreros de las fábricas a los ferroviarios; de la capital de Petrogrado a Moscú y a las ciudades de provincia.[189]

De pronto, la autocracia zarista desapareció, y el Estado rápidamente se desintegró. Después de febrero, las fuerzas políticas organizadas en la capital y en otras ciudades, trabajando en torno del nuevo "Gobierno Provisional", maniobraron para definir y controlar los órganos de un gobierno nacional unificado, liberal demócrata, para remplazar a la difunta autocracia. Pero en la secuela inmediata a la abdicación del zar, las guarniciones militares rebeldes resultaron virtualmente imposibles de coordinar desde arriba. Y la administración imperial pronto quedó incapacitada y desorganizada cuando los *soviets* y otros órganos políticos populares compitieron con las *dumas*, los *zemstvos* y el Gobierno Provisional por la autoridad sobre sus diversas agencias y funciones. En las ciudades, las rivalidades de partido sólo sirvieron para profundizar y politizar el creciente caos, que también fue agravado por la inexorable continuación de la guerra.[190]

Mientras tanto, las revueltas desde abajo iban cobrando ímpetu, en las ciudades, en los frentes y en los campos. Y sin la protección de la administración y de los ejércitos imperiales, de que tanto habían dependido, los estratos privilegiados urbanos y la nobleza campesina se encontrarían desnudos e inermes contra los asaltos desde abajo. El resultado, como lo veremos en los capítulos III y VI, sería la caída más rápida y espontánea de un régimen establecido, y de sus clases dominantes, en los anales de las revoluciones modernas.

188 Chorley, *Armies*, p. 113.

189 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, cap. 4, y Liebman, *Russian Revolution*, cap. 4.

190 Deutscher, "Russian Revolution", en *New Cambridge Modern History*, segunda edición, vol. 12, y Paul P. Gronsky y Nicholas J. Astrov, *The War and the Russian Government*, Nueva Haven, Yale University Press, 1929, caps. 4, 8, y pp. 122-127.

Ahora que han sido analizadas con cierto detalle la Francia borbónica, la China manchú y la Rusia de los Romanov, podemos concluir tentativamente que las crisis políticas revolucionarias surgieron en los tres antiguos regímenes porque las estructuras agrarias chocaron con las organizaciones de Estado autocráticas y protoburocráticas de manera que bloquearon o anularon las iniciativas monárquicas de enfrentarse a la creciente competición militar internacional, en un mundo que estaba pasando por las desiguales transformaciones del capitalismo. En Francia y en China, unas clases superiores terratenientes, prósperas y políticamente poderosas, bloquearon hasta el progreso inicial de las reformas modernizadoras. En Rusia, una débil nobleza campesina no pudo evitar las reformas desde arriba. Sin embargo, la economía agraria y la estructura de clases sirvieron de frenos a la industrialización guiada por el Estado, haciendo imposible a la Rusia zarista alcanzar en lo económico y en lo militar a la Alemania imperial, su principal enemiga potencial en el sistema de Estados europeos. Más aún: en los tres casos, el efecto último de las impedimentas a las reformas propuestas por el Estado fue la caída de la autocracia monárquica y la desintegración de las organizaciones administrativas y militares centralizadas del Estado. Las revueltas desde abajo podían surgir y cundir sin que las clases dominantes pudieran recurrir al acostumbrado apoyo de los Estados autocrático-imperiales. Se hallaban ya ante revoluciones sociales.

Japón y Prusia como contrastes

Los argumentos aquí presentados acerca de las causas distintivas de las crisis políticas revolucionarias en Francia, Rusia y China deben sostenerse o caer principalmente sobre la norma de lo bien que puedan explicar estos tres casos históricos. Sin embargo, de acuerdo con la lógica del análisis histórico-comparativo, podremos estar más seguros de lo adecuado de estos argumentos si podemos demostrar que las causas planteadas para Francia, Rusia y China también diferenciaron sus pautas de desarrollo social y crisis a partir de pautas y crisis generalmente similares en países comparables, que no experimentaron transformaciones sociorrevolucionarias. Con este propósito, resultarán sumamente reveladoras las comparaciones con algunas de las condiciones que acompañaron a la Restauración Meiji del Japón de 1868-1873 y el Movimiento prusiano de reforma de

1807-1815. Al preguntar por qué estas crisis políticas no fueron proto-social-revolucionarias, sino antes bien preludios a eficaces reformas estructurales instituidas desde arriba, podremos validar más, por contraste, los argumentos acerca de las causas distintivas de las crisis políticas sociorrevolucionarias. Resultan especialmente apropiadas las comparaciones de Prusia y Japón con Francia y China, y esto es lo que subrayaremos en el análisis siguiente. Al término de cada sección, sin embargo, también estableceremos pertinentes comparaciones con Rusia.

La Restauración Meiji en Japón

La Restauración Meiji de 1868-1873 fue una reorganización súbita y fundamental de la política japonesa. Un grupo de gobiernos aristocráticos, regionalmente basados, que constituía el sistema de *baku-han* bajo la hegemonía del shogunato Tokugawa se transformó en un Estado nacional burocrático y plenamente centralizado en torno al emperador Meiji.[191] La Restauración preparó el escenario para las fundamentales reformas modernizadoras administradas desde arriba por los oligarcas meiji durante los decenios de 1870-1880, reformas que, a su vez, hicieron posible la rápida industrialización y el ascenso del Japón hasta las filas de las grandes potencias militares modernas.

Como las crisis políticas revolucionarias de la Francia borbónica y (especialmente) de la China manchú, la crisis que condujo a la Restauración Meiji fue desencadenada por presiones militares extranjeras. Después de la llegada del almirante Perry, en 1853, hubo recurrentes intrusiones de potencias occidentales industrializadas en la soberanía política del Japón de los Tokugawa, que le obligaron a abrir las puertas a emisarios y al comercio exteriores. Llegando, como llegaban, en un tiempo en que la administración del shogún Tokugawa había sido debilitada en relación con muchos *han* (dominios provinciales) administrados por señores *daimyo*, nominalmente vasallos del shogún de Edo, las intrusiones extranjeras no sólo desencadenaron movimientos antiextranjeros, sino también luchas dentro de

[191] Para relatos de la Restauración Meiji, véase W. G. Beasley, *The Modern History of Japan*, Nueva York, Praeger, 1963, caps. 5-8; John K. Fairbank, Edwin O. Reischauer y Albert M. Craig, *East Asia: Tradition and Transformation*, Boston, Houghton Mifflin, 1973, caps. 17-18, y John Whitney Hall, *Japan: From Prehistory to Modern Times*, Nueva York, Dell, 1970, caps. 11-13. Sobre puntos interpretativos, sigo muy de cerca a Hall.

ausencia de una clase terrateniente superior

la *élite* política del Japón; sin embargo, los resultados estuvieron en marcado contraste con los acontecimientos políticos ocurridos en Francia y en China después de crisis inducidas por la asociación internacional. El Japón de los Tokugawa tenía una estructura de gobierno mucho menos centralizada que la Francia borbónica o la China imperial de su última época, de modo que había condiciones aparentemente ideales para el triunfo de los potenciales movimientos anticentralistas. No obstante, la historia real de la Restauración Meiji en el Japón *no* fue (como en Francia y China) de resistencia contra los intentos monárquicos de reformas racionales. En cambio, los dirigentes nobles, que procedían básicamente de los *han* más apartados y menos privilegiados, efectuaron en 1868 un golpe de Estado en el centro, remplazando al shogún Tokugawa por el emperador, como jefe del Estado. Después emplearon el poder militar de sus *han* natales junto con los recursos y el prestigio del nuevo gobierno central para imponer, paso a paso, una serie de fundamentales cambios sociales y administrativos. Se abolieron los estatutos y privilegios aristocráticos, haciendo a todos los ciudadanos jurídicamente iguales. Y las jurisdicciones administrativas, antes centralizadas y fragmentadas, quedaron sobreseídas por un gobierno nacional centralizado, unificado y sumamente burocrático que después implantó nuevas reformas desde arriba, incluso la industrialización promovida por el Estado.

¿Por qué pudo ocurrir la Restauración Meiji del Japón, como ocurrió? Una parte clave de la explicación se halla en la *ausencia* de una clase superior terrateniente y políticamente poderosa en el Japón de los Tokugawa. Ya hemos indicado que, en la Francia y en la China del antiguo régimen, las clases superiores terratenientes y económicamente prósperas habían obtenido puestos colectivos dentro de organizaciones de Estado imperiales imperfectamente burocratizadas, cargos que emplearon para apartar potenciales ingresos al Estado del control central, y con lo cual pudieron impedir la aplicación de reformas modernizadoras, que lesionaban sus intereses de clase. También en el Japón de los Tokugawa había grandes terratenientes; familias más o menos comparables a los ricos terratenientes y campesinos de China, ya que eran económicamente prósperas y dominantes en los poblados y en los mercados locales.[192] Sin embargo, junto

192 Thomas C. Smith, *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford, Stanford University Press, 1959, cap. 11, y Thomas C. Smith, "The Japanese Village in the Seventeenth Century", *Journal of Economic History* 12:1 (invierno de 1952): 1-20.

con los mercaderes, estos terratenientes fueron excluidos de los niveles extralocales del poder militar y administrativo. Pues, históricamente, en el Japón de los Tokugawa se había desarrollado una bifurcación virtualmente completa entre la riqueza económica privada y el poderío administrativo del shogún, el *daimyo*, y los numerosos agentes de la casta *samurai*. Los poseedores de riquezas, como terratenientes y mercaderes, tuvieron prohibido llevar armas y sólo pudieron ocupar puestos gubernamentales en los niveles locales, dentro de sus comunidades y bajo la supervisión estricta de los administradores *samurai*.[193] De manera concomitante, el régimen Tokugawa, aunque imperfectamente centralizado, había alcanzado un nivel extraordinariamente alto de racionalización burocrática para un régimen preindustrial y aristocrático. Virtualmente dentro de todos los dominios *han* los agentes *samurai* de los señores, desde el siglo XVI, habían sido separados de la propiedad directa y personal de las tierras y de la supervisión de las comunidades campesinas y habían sido reunidos dentro de guarniciones urbanas y centros administrativos. Así excluidos del control de la tierra, los *samurai* quedaron dependientes de salarios y estipendios pagados por las tesorerías centrales. Gradual, pero inexorablemente, se encontraron transformados de rudos guerreros en funcionarios formalmente educados y a menudo especializados, sujetos a una disciplina estricta y cada vez más impersonal y meritocrática, en sus deberes asignados de administradores de los dominios del shogún y el *daimyo*.[194]

Esta notable bifurcación entre la riqueza terrateniente-comer-

193 Hall, *Japan*, cap. 10; John Whitney Hall, "The Castle Town and Japan's Modern Urbanization", *Far Eastern Quarterly* 15:1 (noviembre de 1955, 37-56, y Harumi Befu, "Village Autonomy and Articulation with the State", *Journal of Asian Studies* 25:1 (noviembre de 1965): 19-32. Ambos artículos están reproducidos en John W. Hall y Marius B. Jansen, eds., *Studies in the Institutional History of Early Modern Japan*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1968.

194 Véase Hall, "Castle Town"; John Whitney Hall, "Foundations of the Modern Japanese Daimyo", *Journal of Asian Studies* 20:3 (mayo de 1961): 317-329; Thomas C. Smith, "'Merit' as Ideology in the Tokugawa Period", en *Aspects of Social Change in Modern Japan*, ed. R. P. Dore, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1967, pp. 71-90; Thomas C. Smith, "Japan's Aristocratic Revolution", *The Yale Review* 50 (1960-1961): 370-383; Marius B. Jansen, "Tokugawa and modern Japan", *Japan Quarterly* 12:1 (enero-marzo de 1965), 27-38, y R. P. Dore, "Talent and the Social Order in Tokugawa Japan", *Past and Present* No. 21 (abril de 1962), 60-67, los artículos de Hall, Jansen y Dore están reimpresos en Hall y Jansen, eds., *Studies in Institutional History.*

cial y el poder político-burocrático que surgió en el sistema Tokugawa ayuda a explicar por qué los cambios de la Restauración Meiji ocurrieron como ocurrieron, en respuesta a las presiones occidentales sobre el Japón. Los hombres que dirigieron la Restauración fueron *samurais.*[195] Su acceso al poder administrativo y militar en el *han* "exterior" de Choshu y Satsuma les dio recursos independientes que pudieron emplear contra el shogún Tokugawa; sin embargo, al no ser terratenientes ni tener nexos íntimos con ellos, nada les impidió buscar la salvación nacional del Japón mediante programas de centralización política. "No siendo una aristocracia terrateniente, sus ambiciones sólo podían realizarse al servicio del gobierno."[196] Y lo mismo pudo decirse de muchos otros miembros del estrato gobernante Tokugawa, que o bien participaron en el movimiento Meiji o aceptaron sus reformas a cambio de nombramientos a los nuevos cargos oficiales, que remplazaron a los que acababan de abolirse.

También fue importante que las luchas de la crisis de la Restauración pudieran proceder dentro de las filas del existente estrato burocrático gobernante, sin que se inmiscuyeran en ninguna parte las altas clases terratenientes, que poseían el poder político de resistir a la centralización del Estado. Semejante alta clase terrateniente, con poder político, simplemente no existía en el Japón de los Tokugawa. Así, su resistencia no pudo socavar la autoridad política autocrática, desafiar las existentes funciones de Estado y desorganizar los controles del Estado sobre los estratos interiores, como lo hicieron las clases terratenientes en Francia y China. En Japón, en cambio, los estratos políticos y administrativos siguieron de acuerdo sobre la continuación de las funciones fiscales y políticas habituales a lo largo de toda la crisis de Restauración.[197] Los cambios en la estructura general del régimen político fueron logrados paso a paso por los reformadores Meiji, trabajando a través de las estructuras y con el personal establecidos. "Mientras que el shogunato y el *han* fueron abolidos, sin embargo resultó posible utilizar muchos de los antiguos canales de la autoridad y gran parte de la maquinaria existente de la administración, satisfaciendo así

195 Hall, *Japan*, pp. 266-268.

196 *Ibid.*, p. 269.

197 Observa Hall: "Durante todo el período de adaptación política que acompañó al abandono de los *han*, las altas autoridades lograron conservar la fuerza de modo que ni siquiera se interrumpió el cobro de impuestos." (*Japan*, p. 276.)

las necesidades modernas con pequeños cambios incrementales."[198]

Clases y grupos antes excluidos de la política no ganaron nuevas oportunidades de intervenir durante la Restauración, que ha sido bien descrita como una "revolución desde arriba".[199] Y, lo más decisivo, aun cuando los "motines campesinos" bien localizados, y bastante comunes antes de mitad del siglo XIX siguieron ocurriendo —y aun se hicieron más frecuentes durante la Restauración y después de ella— ninguna rebelión campesina de todo el país contribuyó a las transformaciones Meiji. Como lo ha indicado Hugh Borton:

> la Restauración Meiji se desarrolló independientemente de los campesinos. La Restauración fue dirigida contra el peligro de la presión exterior que amenazaba con la semicolonización de Japón y al régimen Tokugawa, por causa de su incapacidad de gobernar con eficacia. Fue producida por un *coup d'état* dentro del Palacio Imperial y los campesinos se encontraron víctimas de cambios maquinados y perpetrados por miembros de la clase gobernante de guerreros [...] El poder de gobernar había pasado de un grupo de destacados guerreros (los Tokugawa) al Emperador y al grupo de los Clanes Occidentales que lo apoyaron. No hubo un derrocamiento de la clase guerrera gobernante, ni un surgimiento de los campesinos al poder, ni cambios radicales de sus condiciones de vida.[200]

Los no *samurais* se vieron envueltos en la restauración tan sólo mediante unas movilizaciones militares minuciosamente controladas. Más aún: al producirse violentos choques, solieron ocurrir después del hecho de los cambios a los que trataban de resistir, y abarcaron secciones bastante pequeñas de la *élite* política Tokugawa. Desde el principio, las fuerzas militares leales al emperador contaron con la ventaja tecnológica, y fueron cada vez más fuertes después de 1868.[201]

198 Hall, *Japan*, p. 273.

199 Véase Ellen Kay Trimberger, *Revolution From Above: Military Bureaucrats and Development in Japan, Turkey, Egypt, and Peru*, New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1978.

200 Hugh Borton, *Peasant Uprisings in Tokugawa Japan* (1938); reed. Nueva York, Paragon Book Reprint Corporation, 1968, intro., p. 2. Borton está resumiendo aquí los resultados de la investigación de un estudioso japonés, Aoki Koji.

201 Hall, *Japan*, pp. 279-281. Véase también Roger F. Hackett, "The Military: A Japan", en *Political Modernization in Japan and Turkey*, eds. R. E. Ward y D. A. Rustow, Princeton N. J., Princeton University Press, 1964, pp. 328-338.

La Restauración Meiji —como revolución política centralizadora y nacionalizadora sin obstrucción de la clase superior terrateniente, y sin revueltas basadas en clase desde abajo— resultó *posible* como respuesta a las presiones imperialistas sobre Japón, precisamente porque el régimen Tokugawa ya se había burocratizado, a pesar de su imperfecta centralización. En cuanto las amenazas exteriores hicieron obligatoria la centralización del Estado para la supervivencia soberana de Japón, unos sectores de la *élite* gobernante de los Tokugawa rápidamente pudieron realizar una transformación política desde adentro y desde arriba. Y lograron hacerlo sin destruir los existentes acuerdos administrativos, ni perturbar el control sobre los estratos inferiores, exactamente lo que los personales monárquicos, más complejamente entrelazados y las clases terratenientes con poder político no pudieron hacer en la Francia borbónica ni en la China manchú.

Por último, ¿qué decir de la comparación de Japón con la Rusia zarista? Tanto en Japón como en Rusia a partir de 1860, las autoridades políticas autocráticas, a diferencia de las autoridades de la Francia borbónica y de la China imperial, lograron sobreponerse a crisis inducidas internacionalmente y aplicar reformas modernizadoras desde arriba. Sin embargo, de manera significativa, los cambios económicos que transpiraron después de la Restauración, impulsados o fomentados por el régimen Meiji, tuvieron mucho más éxito al enfrentarse a las exigencias de la situación internacional de Japón que las reformas y los programas de la industrialización guiada por el Estado, en la Rusia zarista pos-Crimea, al enfrentarse a las exigencias de la situación de Rusia. Un análisis completo de todas las razones del rápido desarrollo del Japón después de 1880 estaría más allá del alcance de este libro; sin embargo, es interesante notar que Japón disfrutó de ventajas correspondientes a las desventajas que antes hemos ya subrayado en el caso de Rusia.

Por una parte, el Japón en su primera época de industrialización no se vio atado por un atrasadísimo sector agrícola. El sector agrícola japonés, estructurado casi como lo había estado en la época de los Tokugawa, antes de la Restauración Meiji, pudo aumentar su productividad muy marcadamente, como no había podido hacerlo Rusia, entre 1870 y 1920. Para explicar esto cabalmente, tendríamos que hundirnos en las diferentes posibilidades de producción y necesidades de cultivo del arroz, en contra de agricultura y granos para pan. Pues el hecho es que el desarrollo agrícola japonés en la era de los Tokugawa y

Meiji ocurrió sin insumos "modernizados", mediante la aplicación y la difusión de las tecnologías tradicionales, más intensivas en mano de obra. El aumento de la población no había alcanzado al aumento de la productividad en el Japón de los Tokugawa, como ocurrió en la China imperial, y había aún espacio para más crecimiento a lo largo de las mismas líneas, durante cierto tiempo, después de 1870.[202] Por consiguiente la agricultura japonesa no sólo dio exportaciones (como la agricultura rusa, bajo la implacable presión del Estado), sino que también contribuyó con recursos de inversión (canalizados a través del Estado), alimento y mano de obra, y apoyo a las industrias en pequeña escala, a las primeras etapas de la industrialización japonesa. En gran parte por su capacidad de depender de tales contribuciones de la agricultura (y, en realidad, del tradicional sector económico, en general), el régimen Meiji pudo evitar, como no lo logró el régimen zarista, el depender demasiado de las inversiones extranjeras y los préstamos en su esfuerzo por promover un desarrollo infraestructural y de la industria pesada mediante las inversiones del Estado.[203]

Más aún: Japón disfrutó de otra ventaja adicional. Después de la lograda consolidación de un Estado nacional autónomo en la Restauración Meiji, el Japón, en su primera etapa industrial, no se enfrentó a un medio militar internacional tan amargo o amenazador como la Rusia zarista. Cerca del cambio de siglo, Japón entabló dos guerras limitadas: una contra China y la otra contra Rusia. Y como vencedor en ambos conflictos, evitó la perturbación o la derrota a las que se enfrentaron las autoridades zaristas en 1905-1906. Sin embargo, desde luego, la diferencia clave es que el Japón recién industrializado no participaba plenamente en el sistema de Estados europeos y, por consiguiente, nunca se vio sometido a los terribles golpes de una guerra tan prolongada y moderna como la primera Guerra Mundial. Así, ambos conjuntos de diferencias entre el Japón Meiji y la Rusia zarista pos-Emancipación señalan la menor participación del Japón recién industrializado en las relaciones internacionales

202 Cyril E. Black et al., *The Modernization of Japan and Russia*, Nueva York, The Free Press, 1975, pp. 81, 179-180, 184-185, y Smith, *Agrarian Origins*, pp. 208-211.

203 David S. Landes, "Japan and Europe: Contrasts in Industrialization", en *The State and Economic Enterprise in Japan*, ed. William W. Lockwood, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1965, pp. 96-97, 163, y Thomas C. Smith, "Pre-Modern Economic Growth: Japan and the West", *Past and Present* No. 60 (agosto de 1973), 127-160.

que habrían podido socavar su autonomía y su estabilidad. En cambio, la temprana industrialización de la Rusia zarista tan sólo la hizo participar más intensamente en tales conflictos, conduciendo a la disolución del Estado imperial en la primera Guerra Mundial.

El Movimiento Prusiano de Reforma

Comparadas con las transformaciones políticas que intervinieron en la Restauración Meiji, las que abarcó el movimiento prusiano de reforma de 1807-1814 fueron realmente ligeras. La estructura general de la monarquía absoluta de los Hohenzollern permaneció esencialmente sin cambio; la única modificación considerable "fue el remplazo del gobierno real caprichoso por un sistema más impersonal de absolutismo burocrático".[204] Es decir, el monopolio directo, personal y dictatorial que el rey ejercía sobre todas las iniciativas políticas y la supervisión de los asuntos administrativos y militares que fue remplazado por un sistema más flexible y profesional de gobierno *de facto* por "la autocracia colectiva legalmente regulada de la aristocracia burocrática, encabezada por una pequeña *élite* de ministros y consejeros ministeriales, responsables ante su conciencia y ante [...] poderosos 'primeros ministros'."[205] La ocasión para esta modificación política fue el advenimiento de una sucesión de ministros reformadores nombrados por el rey de Prusia, que les dio jurisdicción insólitamente amplia después de que sus ejércitos sufrieron desastrosas derrotas a manos de Napoleón, en Jena y Auerstadt, en 1806. Los ministros reformadores, al fortalecer sus posiciones oficiales dentro de la monarquía absoluta, introdujeron simultáneamente una serie de reformas socioeconómicas y militares destinadas a revitalizar el sistema prusiano: la abolición de monopolios de *status (Stände)*, del acceso a las ocupaciones y derechos a poseer heredades; la eliminación de las incapacidades personales para la servidumbre, y la institución de la conscripción militar universal.[206]

204 Hans Rosenberg, *Bureaucracy, Aristocracy, and Autocracy: The Prussian Experience, 1660-1815*, ed. rústica, Boston, Beacon Press, 1966, p. 208.

205 *Ibid.*, p. 209.

206 Para un relato del Movimiento de Reforma, véase Rosenberg *Bureaucracy*, cap. 9; Gordon A. Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1955, cap. 2; Hajo

Hay varias cosas notables en el Movimiento Prusiano de Reforma: primero, que el Estado prusiano sobreviviera para aplicarlas todas; segundo, que las luchas inevitables no pasaran de ser intrigas políticas enteramente faccionales dentro de la clase gobernante, "asunto interno de los diez mil de arriba",[207] sin que intervinieran los estratos inferiores más que como objetos de manipulación; tercero, que la resistencia de los terratenientes nobles fuera limitada y, en considerable parte, superada; y cuarto, que tan sólo un conjunto limitado de cambios sirvieran tan profundamente para revitalizar al Estado prusiano, hasta tal punto de ayudarle a derrotar a Napoleón después de 1814, y más adelante, para ponerse al frente en la unificación de una Alemania en proceso de industrialización.

En 1806, la derrota de los prusianos y de otras fuerzas alemanas ante la *grande armée* de Napoleón condujo a la ocupación de muchos territorios alemanes (incluso, durante un tiempo, partes de la Prusia oriental), a la pérdida de territorios prusianos al oeste del Elba, y a la imposición, por Francia, de abrumadoras indemnizaciones. Sin embargo, el régimen autocrático de los Hohenzollern no se desplomó, como el régimen de los Romanov en la Rusia de 1917. Tanto las batallas como las derrotas fueron súbita y rápidamente resueltas, y las consideraciones del equilibrio del poder después de 1806 entre Francia y Rusia dictaron que Prusia, al este del Elba fuera dejada en paz, nominalmente independiente.[208] Así, la presiones internacionales sobre Prusia en 1806, aunque grandes, no fueron tan implacables como las que se ejercieron sobre Rusia durante la primera Guerra Mundial.

Una vez más, como en la Restauración Meiji, la comparación inmediatamente significativa es con Francia y China. ¿Por qué pudieron iniciar los burócratas prusianos las reformas que sólo conducirían a una resistencia limitada, mientras que los intentos comparables de los ministros de los Borbón, 1787-1788 y de los manchúes, en 1905-1911, precipitaron crisis políticas revolucionarias? La respuesta no es tan sencilla como en el caso de Japón; porque Prusia sí tenía una clase superior terrateniente, los

Holborn, *A History of Modern Germany, 1648-1840*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1963, cap. 13, y Walter M. Simon, *The Failure of the Prussian Reform Movement, 1807-1819*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1955. Mi interpretación de los puntos controvertidos por lo general sigue a Rosenberg.

207 Rosenberg, *Bureaucracy*, p. 204.

208 Holborn, *History*, pp. 382-385.

Junker, muchos de cuyos miembros eran oficiales del ejército y funcionarios de la administración civil.

En realidad, precisamente de algunos terratenientes *Junker* surgió cierta resistencia a muchas reformas, y aun contra iniciativas políticas que —lo cual nos recuerda a la nobleza francesa en 1787-1788— pedían el establecimiento de Estados representativos que compartieran el gobierno con el monarca. Pero la eficacia de la resistencia *Junker* estuvo limitada (como la de la nobleza rusa contra las reformas pos-Crimea) a limitar la aplicación de los decretos que liberaban a los siervos. Todas las quejas contra la supresión de las limitaciones de *status* a la propiedad de heredades y las ocupaciones fueron rápidamente superadas o desdeñadas por los ministros reformadores, así como las demandas reaccionarias de reinstitución del gobierno de *Ständestaat* (monarquía controlada por asambleas de nobles, descentralizada).[209] Claramente, los estratos privilegiados franceses tenían mucho mayor influencia contra la monarquía borbónica, así como la clase acomodada china contra los manchúes, en 1911. Entonces, ¿qué hizo distinta a Prusia, aun cuando también fuera un régimen basado en la alianza política entre una clase superior terrateniente y una autocracia regia?

"La unicidad, la extraordinaria fuerza [...] [de] Prusia se encontró en la fusión del poder económico y militar de su nobleza con el orden, el sistema y la eficiencia de su burocracia."[210] He aquí un Estado agrario en que la nobleza terrateniente retenía el completo control político en los niveles locales y, sin embargo, sólo participaba como un agregado de individuos manipulables y disciplinados en la milicia real y en las maquinarias administrativas que mantenían unidas a las provincias del reino. En los sistemas francés y chino, los individuos *y grupos* de la clase superior y ricos tuvieron permiso de infiltrarse en los ámbitos medio y superior de las administraciones reales; y conquistaron derechos formalmente reconocidos para impedir las funciones administrativas coordinadas por el centro. Pero esto no podía ocurrir y no ocurrió en Prusia, "el país clásico de la autocracia monárquica".[211]

El viejo dicho de que Prusia no era un país con un ejército, sino un ejército con un país, nos indica la razón. Desde media-

209 Véase Rosenberg, *Bureaucracy*, cap. 9.

210 Walter L. Dorn, "The Prussian Bureaucracy in the Eighteenth Century", *Political Science Quarterly* 46 (1931), p. 403.

211 *Ibid.*, p. 408.

dos del siglo XVII y todo el siglo XVIII, una sucesión de reyes Hohenzollern, determinados a hacer de su dinastía una potencia reconocida en la política europea, forjaron una máquina administrativa extraordinariamente disciplinada y eficiente. Esta máquina había sido proyectada sólo para unificar y explotar financieramente una diversa colección de territorios no contiguos, heredados por dinastía; incluso algunos relativamente pobres, al este del río Elba.[212] Los primeros pasos decisivos fueron dados por el Gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo, durante los decenios de 1650 y 1660, cuando creó un ejército permanente y lo empleó para limitar los poderes de las herencias representativas, dominadas por nobles, que antes habían administrado los heteróclitos territorios de los Hohenzollern y controlado los préstamos financieros a los reyes. Los sucesores del Gran Elector siguieron adelante, desarrollando una administración basada en los principios militares de organización, y que estaba destinada a exprimir hasta el último penique posible "para mantener el ejército de una potencia de primera clase con los recursos de un Estado de tercera clase".[213]

En la administración prusiana, a diferencia de la francesa, el número de funcionarios fue mantenido al mínimo, y no hubo cargos importantes en venta. Los impuestos no se encargaron a empresarios independientes, sino que fueron recaudados por funcionarios que fueron responsables ante un sistema sorprendentemente moderno de controles presupuestarios anuales. Los funcionarios no tenían autorizado ejercer su juicio personal ni su iniciativa, sino que eran mantenidos bajo estrechos, múltiples y continuamente documentados controles por sus compañeros y superiores, con líneas de información e iniciativa que se centraban en el propio rey.[214] Aun cuando la burocracia prusiana empleara principalmente a nobles con antecedentes de clase superior terrateniente, no había grupos comunes como los *parlements* franceses incrustados en la administración prusiana,

212 Véase Rosenberg, *Bureaucracy*, cap. 1; F. L. Carsten, *The Origins of Prussia*, Londres, Oxford University Press, 1954, pt. III; A. Goodwin, "Prussia", en *The European Nobility in the Eighteenth Century*, ed. Albert Goodwin, ed. rústica, Nueva York, Harper & Row, 1967, pp. 83-101, y Sidney B. Fay y Klaus Epstein, *The Rise of Brandenburg-Prussia to 1786*, Nueva York, Rinehart and Winston, 1964.

213 Dorn, "Prussian Bureaucracy", 46 (1931), p. 404.

214 Dorn, "The Prussian Bureaucracy in the Eighteenth Century", *Political Science Quarterly* 46 (1931), 403-423, 47 (1932), 77-94, y 47 (1932), 259-273, y F. L. Carsten, "Prussian Despotism at its Height", *History*, new series 40 (febrero y junio de 1955), 42-67.

y los funcionarios no tenían propiedad de sus cargos. En realidad, ni siquiera tenían seguridad en su puesto: a la menor sospecha de corrupción o desobediencia de un funcionario, el rey podía —y a menudo lo hizo— despedirlo, encarcelarlo y hasta ejecutarlo. "El burócrata era el galeote del Estado [...] Todo el mecanismo burocrático se basaba en la suposición de que no podía tenerse en un funcionario confianza, sino bajo la mirada aguda de sus superiores."[215]

Además, hacia 1740, la "Corona prusiana había despojado a su nobleza de los últimos restos de poder político en las provincias",[216] algo que ni los Borbones franceses ni los manchúes en China lograron hacer con sus privilegiadas clases superiores. Esto fue posible en Prusia, no sólo porque los Hohenzollern pudieron coaccionar a los *Junker*, sino también porque los *Junker*, como clase de terratenientes que poseían heredades comerciales trabajadas por siervos, tenían características y necesidades que complementaban la hegemonía militar Hohenzollern. Habiendo quedado políticamente soberanos en sus heredades y en los condados rurales, los *Junker* podían conservar en su lugar a los campesinos, produciendo para pagar impuestos, y disponibles para la conscripción militar. A su vez, como los *Junker* tenían un control local tan absoluto, poco perdieron entregando la guía provincial y nacional, y en compensación, obtuvieron cierta protección contra los merodeadores ejércitos de las vecinas grandes potencias. Y, de mayor importancia aún: como la economía agraria de la Prusia del siglo XVIII no era próspera, los *Junker* obtuvieron oportunidades para emplear a miembros de sus familias al servicio del rey.[217] Este sistema de alianza entre el Estado y la clase superior terrateniente fue un tanto similar al sistema chino en sus comienzos; sin embargo, el Estado chino era mucho menos centralizado y militarista, y la sociedad china era mucho más tendiente a las rebeliones basadas en los campesinos. Y, desde luego, fueron precisamente los fracasos internos y externos militares de los manchúes los que abrieron el camino a la intromisión de los ricos en los niveles provincianos del Estado, después de 1840. En cuanto a la comparación con Francia, los contrastes son obvios: la monarquía francesa logró apartar a los señores en los niveles locales de poder; sin embargo, sólo hizo esto para padecer la infiltración de

215 Dorn, "Prussian Bureaucracy", 47 (1932), p. 94.

216 *Ibid.*, p. 262.

217 Rosenberg, *Bureaucracy*, cap. 1; Dorn, "Prussian Bureaucracy", y Goodwin, "Prusia", en *European Nobility*, ed. Goodwin.

grupos diversos, pero cada vez más aliados entre sí, de poseedores de riquezas y heredades en los niveles medio y superior de la administración real, perdiendo así la iniciativa burocrática potencial contra la clase social dominante y sus intereses económicos. No fue ésta la dificultad a la que hubo de enfrentarse la monarquía prusiana.

El sistema prusiano logró, durante el reinado de Federico el Grande (1740-1786) aportar el material necesario para las victorias militares en la guerra de los Siete Años, que súbitamente transformó a Prusia en una gran potencia.[218] Desde el fin del siglo XVIII. la burocracia continuó generando impuestos muy eficientemente. Pero una vez que se extendieron los territorios prusianos y desaparecida la coordinación y guía decisivas de Federico el Grande, la administración prusiana y su cuerpo de oficiales se tornaron, como era predecible, lentos e inflexibles: el castigo natural de fomentar la obediencia ciega a las reglas, a expensas de la iniciativa. Al verse súbitamente obligados a enfrentarse a la rapidez y a la flexibilidad de la dictadura plebiscitaria de Napoleón, las maquinarias autocráticas de los Hohenzollern resultaron inadecuadas.

Sin embargo, conservaron el potencial de rápida recuperación una vez que se vieron amenazadas desde fuera.[219] Administradores profesionales como Karl von Stein y Karl August von Hardenberg, y reformadores militares como Gerhard von Scharnhorst y August Neithardt von Gneisenau, pudieron salir al frente, a empujar a un lado los debilitados controles personales del despotismo Hohenzollern y aprovechar las organizaciones de Estado aún existentes y en funciones, para aplicar unas medidas limitadas para que la economía y la sociedad fueran apoyos más flexibles a la autocracia militar. No se abolieron los títulos ni las prerrogativas de la nobleza, pero legalmente se hicieron accesibles a plebeyos de nacimiento que podían permitirse comprar las heredades o bien obtener la educación y protección necesarias para ascender en la burocracia o en el cuerpo de oficiales. Los siervos recibieron su libertad personal. Y comenzó la conscripción militar universal, medida que permitió a los ejércitos prusianos extenderse súbitamente y beneficiarse del creciente entusiasmo de los ciudadanos recién beneficiados por las reformas, o que sentían hostilidad e irritación por varios años de in-

218 Walter L. Dorn, *Competition for Empire, 1740-1763,* Nueva York, Harper & Row, 1963, *passim.*

219 Véanse especialmente Rosenberg, *Bureaucracy*, pp. 218-228, y Craig, *Prussian Army*, cap. 2.

tervención francesa y sus exacciones financieras. Todas estas reformas *pudieron* aplicarse desde arriba, en forma relativamente tranquila, porque el Estado prusiano ya era tan poderoso dentro de la sociedad, y porque los *Junker* —cuyos intereses económicos y de *status* se veían un tanto menoscabados por las reformas— sin embargo no se hallaban en posición institucional de bloquear las iniciativas concertadas por el Estado.

Así, las comparaciones con la Francia borbónica y la China imperial aclaran por qué el Estado prusiano logró aplicar reformas modernizadoras inmediatamente adecuadas en 1807-1814; pero hay que establecer un punto final acerca de las reformas prusianas, mediante una comparación con la emancipación rusa de los siervos. Como hemos visto, la emancipación rusa fue puesta en vigor dentro de los confines de la preexistente estructura de clases agrarias. Y tal estructura condenaba a la agricultura rusa a muy lentas tasas de desarrollo (sin un gran rompimiento hacia las técnicas modernas) después de 1870. Ahora bien, sucede que la liberación de los siervos en Prusia, después de 1807, también ocurrió como una serie de reformas jurídicas y adaptaciones de propiedad aplicadas de tal manera que reforzaban las existentes relaciones de clase entre los terratenientes y los campesinos. Y sin embargo, la abolición prusiana de la servidumbre ayudó a facilitar la modernización y la creciente prosperidad de la agricultura prusiana durante los dos primeros tercios del siglo XIX.[220] ¿Cómo explicar esta importante diferencia entre los efectos de las reformas zaristas posteriores a Crimea y las reformas prusianas posteriores a 1806?

La respuesta se halla en las diferencias, tanto antes como después de la abolición de la servidumbre, entre las relaciones agrarias de producción de los dos países. En Rusia, los verdaderos procesos de producción agraria estaban en su mayor parte controlados por comunidades siervas (y después, por pequeños agricultores), mientras los terratenientes funcionaban básicamente como asignadores del excedente mediante cargos y servicios laborales, o mediante rentas. Pero en Prusia, la producción agrícola, durante la servidumbre, y después, se centró en grandes heredades comercialmente orientadas, que eran propiedad de los señores o de sus agentes, y administradas por ellos. Tanto en Prusia como en Rusia, al ser abolida la servidumbre, los terratenientes influyeron sobre el proceso, de tales maneras, que ase-

220 Véase *ibid.*; Landes, "Japan and Europe", en *State and Enterprise*, ed. ed. Lockwood, pp. 157-63, y Tom Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe*, Londres, Longman, 1969, pp. 85-89, y cap. 4 en general.

guraban, hasta donde era posible el mantenimiento de su habitual hegemonía económica en formas nuevas. Los campesinos prusianos fueron obligados a ceder a las grandes heredades, propiedad de los *Junker*, de un tercio a dos tercios de las parcelas que durante la servidumbre habían trabajado para ellos, para obtener el título de propiedad de las tierras restantes. Esto significó que la gran mayoría quedara con tierras insuficientes para mantenerse, asegurando así que tuvieran que seguir trabajando en las heredades *Junker*, en adelante como asalariados.

Así, cuando las reformas prusianas a la vez abolieron la servidumbre y abrieron el mercado de las heredades nobles a todos los inversionistas prósperos, los terratenientes prusianos —propietarios de grandes dominios consolidados, bajo una administración unificada— pudieron empezar a adoptar técnicas innovadoras que requerían el trabajo asalariado "libre". Pudieron responder a las nuevas oportunidades mercantiles de vender grano dentro de Alemania o al extranjero. La resultante prosperidad agrícola (que duró hasta cerca de 1870) ayudó a mantener la aspiración del Estado prusiano, de convertirse en núcleo de una Alemania imperial unificada, industrializada e internacionalmente poderosa.[221] En contraste, como hemos visto, el retardo de la agricultura rusa después de la emancipación aherrojó los intentos zaristas de adaptar la Rusia imperial a las exigencias del sistema de Estados europeos en proceso de modernización.

Resumen

Nuestro breve análisis de las condiciones subyacentes en las crisis políticas de la Restauración Meiji y del movimiento prusiano de reforma ha tendido a reforzar, por contraste, los argumentos centrales de este capítulo acerca de las causas de las crisis políticas revolucionarias en Francia, Rusia y China. La Francia borbónica, la Prusia de los Hohenzollern, el Japón de los Tokugawa, la China manchú y la Rusia de los Romanov: todos ellos se vieron sometidos a presiones militares de naciones extranjeras más desarrolladas en lo económico, y todos experimentaron, como respuesta, crisis políticas sociales; sin embargo, sólo Fran-

221 Desde luego, la agricultura prusiana no explica por sí sola por qué la Alemania imperial estaba tan adelantada sobre la Rusia imperial al estallar la primera Guerra Mundial. Antes bien, el punto significativo para el argumento de este capítulo es que las consecuencias divergentes de las reformas agrarias rusa y prusiana son explicables en términos analíticos comunes.

cia, Rusia y China se vieron hundidas en el torbellino de las revoluciones sociales, mientras que Prusia y Japón, en términos relativos, se adaptaron con rapidez y facilidad a las exigencias internacionales, mediante reformas instituidas desde arriba por autoridades políticas autocráticas. Los diversos destinos de estos regímenes monárquicos agrarios, al enfrentarse al desafío de adaptarse a las exigencias de un desigual desarrollo internacional pueden explicarse en gran parte observando las maneras en que las relaciones agrarias de producción y las clases dominantes de terratenientes chocaron con las organizaciones de Estado, aunque también es importante evaluar la gravedad de la presión ejercida desde el exterior, a la que tuvo que enfrentarse cada régimen.

En Rusia, la crisis revolucionaria del gobierno autocrático y de la privilegiada clase dominante se debió a la abrumadora presión de la primera Guerra Mundial sobre una economía en comienzos de industrialización, atada por un atrasado sector agrario. El régimen imperial era lo bastante fuerte para sobreponerse a los intereses de la clase dominante y poner en vigor reformas modernizadoras después del choque de la derrota en la guerra de Crimea, pero no logró reorganizar las relaciones de clase agrarias que se oponían al moderno desarrollo económico o al rápido aumento de la productividad. Ni siquiera los extraordinarios triunfos de la industrialización fomentada por el Estado bastaron para permitir a la Rusia zarista superar su atraso económico en relación con el Occidente, y permaneció enredada en el sistema de Estados europeos al encaminarse a la primera Guerra Mundial. En contraste, ni Japón ni Prusia se encontraban en tal retraso agrícola ni bajo semejante presión internacional durante su temprana industrialización, como la Rusia zarista.

Tanto la Francia borbónica como la China manchú contaban con economías agrícolas bastante prósperas y expermimentaron presiones externas no mayores que las que sufrieron el Japón de los Tokugawa y la Prusia de los Hohenzollern. Otra pauta es la causa diferencial aquí: específicamente, la presencia o la ausencia de una clase superior terrateniente con influencia política institucionalizada en niveles extralocales, influencia en relación con las funciones fiscales y político/militares organizadas centralmente por los reales gobiernos. Si tales clases terratenientes políticamente organizadas y administrativamente atrincheradas se hallaban presentes, como lo estuvieron en Francia y en China, entonces las reacciones de aquellas clases contra los intentos autocráticos por instituir reformas modernis-

tas depusieron a las monarquías, y precipitaron la descomposición de las organizaciones administrativas y militares. Esto significa que las crisis políticas inducidas desde el exterior se desarrollaron en potenciales situaciones sociorrevolucionarias. Pero si, como en Japón y en Prusia, las clases terratenientes que tenían poder político se hallaban ausentes, de modo que los Estados del antiguo régimen eran más altamente burocráticos, entonces las crisis inducidas desde el exterior podían resolverse mediante luchas políticas confinadas, en términos generales, dentro de la *élite* gobernante establecida y en los acuerdos administrativos. Y esto impidió toda posibilidad de revolución social desde abajo.

En este capítulo se ha afirmado que las revoluciones sociales de Francia, Rusia y China fueron lanzadas por crisis centradas en las estructuras y situaciones de los Estados de los antiguos regímenes. Sin embargo, el surgimiento real de revoluciones sociales en estos tres países dependió, no sólo de haberse presentado crisis políticas revolucionarias, sino también de la orientación y la convergencia de las estructuras sociopolíticas agrarias de los antiguos regímenes hacia revueltas campesinas. Por consiguiente, para seguir con el análisis desde aquí, habremos de reexaminar a las sociedades prerrevolucionarias desde la perspectiva opuesta; ya no de arriba abajo, haciendo hincapié en el Estado, en la clase dominante y en el marco internacional, sino ahora de abajo hacia arriba, haciendo hincapié en la situación estructural de los campesinos en la economía agraria, y en las relaciones políticas y de clase locales. Tal será la tarea del capítulo III.

III. ESTRUCTURAS AGRARIAS E INSURRECCIONES CAMPESINAS

Cuando chocan las fuerzas sociales no campesinas, cuando los gobernantes están divididos o cuando atacan las potencias extranjeras, la actitud y la acción del campesinado bien pueden ser decisivas. Que este potencial se realice depende, básicamente, de la capacidad de los campesinos para actuar al unísono, con o sin organización formal.

TEODOR SHANIN

POR MUY masivas que fueran, las crisis políticas sociales por sí solas no bastaron para crear situaciones sociales revolucionarias en Francia, Rusia y China. Las degradaciones administrativas y militares de las autocracias inauguraron las transformaciones socialrevolucionarias, más que, por ejemplo, los interregnos de pugnas intra*élite* que condujeron al desplome de la política existente o a la reconstitución de un régimen similar sobre una base más o menos liberal. Este resultado se debió a que las difundidas revueltas campesinas coincidieron, y en realidad aprovecharon, el hiato de la supervisión y de las sanciones gubernamentales. Según la vívida frase de Barrington Moore, "los campesinos [...] aportaron la dinamita para demoler el viejo edificio".[1] Sus revueltas destruyeron las antiguas relaciones de clase agraria y socavaron los apoyos políticos y militares para el liberalismo o la contrarrevolución. Abrieron el camino a las *élites* políticas marginales, quizás apoyadas por movimientos populares urbanos, para consolidar las revoluciones sobre la base de organizaciones de Estado centralizadas y que incorporaban a las masas.

Las revueltas campesinas en realidad han atraído menos la atención de los historiadores y teóricos sociales que las acciones de la clase inferior urbana en las revoluciones, aun para las sociedades predominantemente agrarias que nos interesan aquí. Esto es comprensible; los obreros de las ciudades, preindustriales o industriales, han desempeñado a menudo papeles muy

[1] Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966, p. 480.

visibles en las revoluciones (tanto en las abortadas como en las victoriosas). Y sus objetivos y realizaciones han sido relacionados con las de los liderazgos revolucionarios conscientes. Por tanto, los obreros urbanos insurrectos parecen verdaderos revolucionarios, comparados con los campesinos que simplemente se "rebelan" en los campos, lejos de los centros de la conciencia y de la decisión de la política nacional.

No obstante, las revoluciones campesinas han sido el ingrediente insurrecto decisivo virtualmente en todas las revoluciones sociales, hasta la fecha (es decir, en las triunfantes), [2] y ciertamente en las revoluciones francesa, rusa y china. Esto en realidad no es de extrañar, por cuanto las revoluciones sociales han ocurrido en países agrícolas, donde los campesinos constituyen la mayor clase productiva. Sin revueltas campesinas, el radicalismo urbano en los países predominantemente agrarios al final no ha logrado realizar transformaciones sociales revolucionarias. Los casos de las revoluciones inglesa y alemana (1848) (que analizaremos más adelante) ayudan a demostrar este aserto. Estos dos casos contrastantes contaron con vigorosos movimientos revolucionarios urbanos populares. Y sin embargo, fracasaron como revoluciones sociales, en parte por falta de insurrecciones campesinas contra las clases superiores terratenientes.

Esto no significa que las revueltas de obreros urbanos no constituyan ninguna diferencia en las revoluciones que estudiamos, especialmente la francesa y la rusa. Los actos de los *sans-culottes* ("descamisados") franceses y los de los obreros industriales rusos ayudaron a moldear los conflictos y resultados revolucionarios distintivos de Francia y Rusia. Como hemos visto en el capítulo II las revueltas de obreros urbanos constituyeron momentos intermedios en los procesos por los cuales los antiguos regímenes francés y ruso fueron socavados (aun cuando las causas fundamentales fueran las presiones internacionales y las contradicciones dominantes entre clase y Estado, que hemos analizado en profundidad). Más aún: como veremos en la Segunda Parte, las revueltas urbanas contribuyeron decisivamente a las luchas políticas mediante las cuales fueron construidos regímenes revolucionarios basados en las ciudades, en Francia y

2 Los casos como Cuba y Yugoslavia son limítrofes. En ambos casos, los campesinos dieron apoyo logístico a los movimientos revolucionarios militarizados, pero puede discutirse si tal participación campesina constituye una "revuelta basada en la clase, desde abajo". Sin embargo, las revueltas de los obreros urbanos no fueron importantes.

en Rusia. Pero aquí, en este capítulo, nos interesan por igual las causas de las revoluciones sociales en Francia, Rusia y China. Las revueltas campesinas contra los terratenientes fueron un ingrediente necesario en las tres revoluciones, lo que no fueron las revueltas triunfales de los obreros de las ciudades. Así, con el propósito explicativo que nos preocupa, prestar atención a las condiciones en pro y en contra de las insurrecciones campesinas es mucho más importante que un enfoque (por más que sea más habitual) en las revueltas urbanas.

Entonces, ¿cómo explicar la contribución campesina a las grandes revoluciones? Para empezar, es necesario identificar aquellos aspectos de la participación campesina en el drama revolucionario que condujeron a su repercusión social revolucionaria. Las revueltas campesinas de las revoluciones francesa, rusa y china fueron notables ya que al mismo tiempo se difundieron y se dirigieron particularmente contra los terratenientes. Su repercusión revolucionaria dependió de estas dos facetas. Como cundieron por vastas regiones de Francia, Rusia y China, las revueltas campesinas tuvieron un impacto que trascendió las localidades a las que permanecieron confinadas las organizaciones campesinas. Al atacar especialmente la propiedad y los poderes de los terratenientes de la clase dominante, las revueltas debilitaron los baluartes de las órdenes socioeconómico y político de los antiguos regímenes. En conjunto, la extensión y el enfoque antiterrateniente de las revueltas campesinas revolucionarias crearon coerciones decisivas, en el nivel social, sobre toda la gama de opciones sociopolíticas disponibles para las *élites* que contendían por el poder nacional.

He aquí algo realmente nuevo en las historias de Francia, Rusia y China. Históricamente, en estos países había habido revueltas masivas de regiones marginales contra las exacciones de representantes de las monarquías centrales. En China, tales revueltas terminaron (si no es que empezaron) bajo la guía de los ricos, de modo que las acciones reales y potenciales contra los terratenientes, a la postre, fueron suprimidas o desviadas.[3] En Francia, algunas revueltas regionales fueron encabezadas por nobles. Otras comenzaron así y luego hicieron surgir revueltas campesinas contra sus señores, que facilitaron la represión por la monarquía, y en que los campesinos también perdieron.[4] En

[3] Las rebeliones campesinas chinas se analizan más adelante.

[4] Esta frase, cuidadosamente redactada, representa mi manera de tratar (para los limitados propósitos de esta obra) las complejidades de un

Rusia, las tradicionales rebeliones de base campesina abarcaban un gran componente de ataques directos a los terratenientes. Pero esto sólo era así porque los cosacos, que vivían en los límites (y no los terratenientes con influencias regionales políticas y militares) aportaron el ímpetu militar y la protección a todo levantamiento en gran escala.[5] Por su cuenta, en tiempos tradicionales —sin la ayuda de las revueltas regionales— los campesinos en los tres países ciertamente emprendieron una violenta resistencia localizada y esporádica contra los terratenientes; pero los campesinos nunca habían emprendido un ataque triunfante, generalizado y directo contra la propiedad o contra los derechos de los terratenientes.

Empero, un generalizado ataque directo a los terratenientes fue exactamente lo que a la postre ocurrió en las revoluciones sociales francesa, rusa y china. Así, estamos buscando una explicación de una pauta de comportamiento campesino que trascendió a inquietudes localizadas y regionales, y que realizó algo muy distinto de todas las anteriores rebeliones de base campesina. Nuestra hipótesis explicativa no da mayor importancia a los factores que típicamente han sido considerados como centrales en otros enfoques, como la ideología revolucionaria, la simple presencia de la explotación o lo agudo de la pauperización relativa.

No es necesario que abundemos en explicaciones que atribuyen las "revoluciones campesinas" al surgimiento de nuevas metas, nuevos valores o ideologías que trascendían sistemas entre los campesinos. Es difícil exagerar el hecho de que los objetivos campesinos en las revoluciones francesa, rusa y china *no* fueron intrínsecamente distintos de anteriores objetivos de los campesinos en rebeliones o motines. Los campesinos participaron en estas revoluciones sin convertirse a las visiones radi-

vivo debate entre los historiadores de Francia acerca de las revueltas del siglo XVII en particular. Los principales protagonistas son Boris Prochnev, *Les Soulèvements Populaires en France de 1623 à 1648*, *Oeuvres Étrangères*, núm. 4, París, École Pratique des Hautes Études, VI Section, Centres de Recherches Historiques, 1963, *versus* Roland Mousnier, *Peasant Uprisings in Seventeenth-Century France, Russia and China*, trad. Brian Pearce, Nueva York, Harper & Row, 1970, y "Recherches sur les Soulèvements Populaires en France avant la Fronde", *Révue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, núm. 5, 1958; pp. 81-113. Véase también Léon Bernard, "French Society and Popular Uprisings under Louis XIV", en *French Historical Studies* 3:4, otoño de 1964, pp. 454-474.

[5] Véase Paul Avrich, *Russian Rebels, 1600-1800*, Nueva York, Schocken Books, 1972.

cales de una sociedad nacional y anhelada y sin convertirse en una clase organizada nacionalmente por sí sola. En cambio, lucharon por objetivos concretos, que típicamente abarcaban el acceso a más tierra, o libertad de las pretensiones ajenas a sus excedentes. Tales objetivos eran perfectamente comprensibles, de acuerdo con las circunstancias económicas y políticas locales en que se encontraban los campesinos. En Francia y en Rusia, los campesinos se movilizaron para la acción mediante las tradicionales organizaciones comunitarias de aldeas. En China, los campesinos participaron primero como "bandidos sociales" tradicionales, y a la postre fueron (re)organizados directamente por el Partido Comunista Chino; sin embargo, aun entonces los campesinos chinos actuaron en pos de objetivos concretos e inmediatos,[6] no muy distintos de los que habían tratado de lograr en motines y rebeliones históricas.

En cuanto a la posibilidad de que los campesinos se volvieran revolucionarios como reacción contra la explotación,[7] este enfoque tiende a convertir un rasgo constante de la condición campesina en una variante explicativa. Por definición, los campesinos se ven invariablemente sometidos a pretensiones no recíprocas sobre su producción. Los campesinos son básicamente cultivadores agrícolas que, por su marginalidad política y cultural y su relativa inmovilidad socioeconómica, han de soportar el peso de variadas combinaciones de impuestos, rentas *corvée*,* tasas de interés de usura y precios discriminatorios.[8] Los campesinos siempre tienen motivos para la rebelión contra terratenientes, agentes del Estado y mercaderes que los explotan. De lo que se trata, no es tanto del potencial objetivo para

[6] Se encuentra un buen argumento en el sentido de que los campesinos chinos actuaron en busca de objetivos concretos, y no ideológicos, en Joel Migdal, *Peasants, Politics, and Revolution*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1974, cap. x. Yo no estoy de acuerdo con el argumento general de Migdal como explicación causal de la revolución campesina en China específicamente (por razones que parcialmente doy en la nota 126, abajo). Pero su análisis del proceso de intercambio entre los comunistas chinos y los campesinos del norte de China me parece excelente. Yo propongo un argumento similar en el capítulo VII.

[7] Elementos de este tipo de argumentos se encuentran en el capítulo IX, "Peasants and Revolution", de Moore, *Social Origins*, especialmente, pp. 470-471.

* *Corvée:* impuesto que pagaba el campesino en forma de trabajo gratuito, sobre todo en hacer caminos, o repararlos [T].

[8] Véase Eric Wolf, *Peasants*, Englewood Cliffs., N. J., Prentice-Hall, 1966, cap. I, y Teodor Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, Baltimore, Md., Penguin Books, 1971, p. 15, y *passim*.

revueltas por motivos de queja justificable; antes bien, se trata del grado en que las quejas se encuentran siempre, al menos implícitamente, presentes pero que pueden ser percibidas colectivamente y aprovechadas en consecuencia.

La exacerbación subjetiva a corto plazo de quejas específicas —el factor subrayado por los teóricos de la privación relativa—, bien puede desempeñar un papel de precipitador, que explique el momento de particulares actos de rebelión; sin embargo, importa recordar que la privación relativa es un estado psicológico acumulativo, para el cual es casi imposible encontrar una auténtica prueba histórica. En rigor, los campesinos en muchas localidades tendrían que ser entrevistados individualmente al estallido, o recurrentemente después, durante las tres revoluciones. Pero este tipo de testimonio, o aun las más habituales medidas indirectas de privación relativa,[9] no pueden enfrentarse a la pregunta de cómo y por qué —y especialmente qué— puede hacerse acerca de una inconformidad que siente un conjunto de individuos. La pregunta de verdadera importancia es qué transforma al campesinado, aunque sólo sea a niveles locales, en una fuerza colectiva capaz de agredir a sus opresores.

Como lo ha indicado Eric Wolf, "a la postre, el factor decisivo al hacer posible una rebelión campesina se encuentra en la relación del campesinado con el campo de poder que lo rodea. Una rebelión no puede partir de una situación de impotencia completa".[10] Si han de actuar, en vez de padecer en silencio sus quejas omnipresentes, los campesinos han de tener "influencia interna"; alguna capacidad organizada de acción colectiva contra la explotación de sus superiores. A mi entender, el grado en que los campesinos han contado con tal influencia interna, en particular durante crisis políticas históricas de Estados agrarios, se explica mediante condiciones estructurales y situacionales que afectan: 1) los grados y tipos de solidaridad de las comuni-

[9] Los índices políticos y/o económicos como medidas indirectas de privación relativa se emplean, por ejemplo, en Ted Robert Gurr, "A Causal Model of Civil Strife: A Comparative Analysis Using New indices", en *American Political Science Review*, 27, 1968, 1104-1124, y David Snyder y Charles Tilly, "Hardship and Collective Violence in France, 1830 to 1960", en *American Sociological Review*, 37·5, octubre de 1972, pp. 520-532. Este último estudio examina los índices sobre el tiempo para aproximarse mejor a la lógica de los argumentos de privación relativa; encuentra que tales argumentos *no* predicen las pautas de violencia colectiva en Francia, a lo largo del tiempo.

[10] Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper & Row, 1969, p. 290.

dades campesinas; 2) los grados de autonomía campesina ante supervisión cotidiana y control de los terratenientes y de sus agentes, y 3) la relajación de las sanciones coactivas del Estado contra las revueltas campesinas. Los dos primeros factores —solidaridad campesina y autonomía— han de ser investigados mediante el análisis de las estructuras agrarias de los antiguos regímenes prerrevolucionarios. La estructura de clase y la estructura política local importan, ambas, y algo puede decirse aquí acerca de por qué cada una es importante y cómo debe investigarse.

Al examinar las relaciones de clase en los campos, nunca basta sólo con identificar diferentes estratos de propietarios, aislándolos de los marcos institucionales. Este enfoque, frecuentemente empleado,[11] puede resultar engañoso acerca de la base de poder de una clase superior terrateniente, menospreciándola en los ejemplos en que tal clase (por ejemplo, los ricos chinos) suplementa su ingreso por su simple posesión de tierras con otras formas complementarias de expropiación de excedentes. De manera similar, muchos analistas han sido engañados acerca de los grados posibles de solidaridad entre los campesinos, cuando sólo han notado los hechos acerca de las posesiones individuales y la diferenciación económica entre los campesinos más ricos y los más pobres. Han desdeñado examinar las instituciones de parentesco y comunidad con funciones económicas colectivas que pueden unir a los ricos y a los pobres, más de lo que pudiesen indicar sus intereses individuales de propiedad.[12]

[11] Véase, para dos ejemplos: Hamza Alavi, "Peasants and Revolution", en *The Socialist Register 1965*, Londres, The Merlin Press, 1965, pp. 241-277, y Jeffery M. Paige, *Agrarian Revolution*, Nueva York, Free Press, 1975. Alavi es un destacado participante en un debate que lleva tiempo desarrollándose sobre si los campesinos "pobres" o "de medianos ingresos" son más revolucionarios esencialmente, algo que, en mi opinión, simplemente no se puede decidir fuera de los marcos institucional, organizativo y situacional. El libro cuidadosamente organizado de Paige lleva más lejos aún el enfoque puramente económico. Trata de *derivar* la organización social y las propensiones políticas de los cultivadores y no cultivadores por igual, a partir de sus parcelas de propiedad y fuentes de ingreso de cada clase. En la detallada exposición de su teoría y más aún, en sus análisis de casos históricos, Paige en realidad reintroduce todos los factores importantes: sociales, estructurales y políticos, que se necesitan para dar sentido a la política agraria. Pero sus afirmaciones teóricas —erróneamente, en mi opinión— son estrechamente deterministas en lo económico.

[12] El analista más célebre que de esta manera se confundió fue Lenin, en sus opiniones acerca del campesinado ruso. Vio a proletarios contra

Antes bien, investigar una estructura de clases significa buscar los *acuerdos institucionales históricamente específicos* por los cuales dos tipos analíticamente básicos de relaciones sociales quedan simultáneamente establecidos: por una parte, las relaciones de productores directos "entre sí, con sus herramientas y con la tierra en el proceso inmediato de producción", y por otra parte, las relaciones "por las cuales una parte no pagada del producto es arrancada a los productores directos por una clase de no productores".[13] La solidaridad y la autonomía campesinas pueden (o no) construirse en las estructuras de clase agraria, según la forma institucional exacta que tomen estas relaciones.

Ciertos hallazgos tentativos parecen haber surgido de estudios anteriores sensibles a los efectos de las relaciones de clase institucionalizadas acerca de la capacidad de insurrección de los campesinos.[14] Los regímenes agrícolas que presentaban grandes posesiones trabajadas por siervos o labradores carentes de tierras suelen ser hostiles a las rebeliones campesinas espontáneas, organizadas por sí mismas. Esto es así, no simplemente porque los siervos y labradores son pobres, sino porque están divididos entre sí y sometidos a supervisión continuada y minuciosa y a la disciplina de los terratenientes o de sus administradores. Los sistemas agrarios de rentistas, en que las familias campesinas pequeñas propietarias poseen y trabajan tierras propias, son notablemente más susceptibles a las revueltas campesinas;[15]

burgueses, cuando en realidad había unas comunidades campesinas notablemente igualitarias. (El argumento se desarrolla más en la sección sobre Rusia). También Paige, en *Agrarian Revolution*, arguye que los campesinos pequeños propietarios se inclinan *inherentemente* en contra de la acción común. En realidad, todo depende de la presencia o de la ausencia y del tipo exacto de las propiedades y funciones de la comunidad, y también de si las comunidades campesinas compiten por recursos contra los terratenientes.

13 Estas frases, que resumen las ideas de Marx acerca de las fuerzas y relaciones de producción, proceden de Robert Brenner, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe", en *Past and Present*, núm. 70, febrero de 1976, p. 31.

14 Son especialmente útiles: *ibid.*; Arthur L. Stinchcombe, "Agricultural Enterprise and Rural Class Relations", en *Class, Status, and Power*, d:ª ed., eds. Reinhard Bendix y Seymour Martin Lipset, Nueva York, Free Press, 1966, pp. 182-190; Wolf, *Peasant Wars*, y Moore, *Social Origins*. Más eclécticos pero también informativos son Henri A. Landsberger, "The Role of Peasant Movements and Revolts in Development", en *Latin American Peasant Movements*, ed. Landsberger, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1969, pp. 1-61, y Landsberger, ed., *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*, Nueva York, Barnes & Noble Books, 1973.

15 Stinchcombe subraya especialmente esto en "Agricultural Enter-

en particular, diría yo, donde unas relaciones de comunidad socioeconómicamente basadas unen a las familias en oposición a los terratenientes. Como veremos, las relaciones de clase en Francia y Rusia embonan en esta pauta de rentistas/comunidad.

Empero, aun si no se encuentra presente la agricultura de grandes posesiones, un orden agrario aun puede ser inmune a las revueltas campesinas autónomas, si los terratenientes controlan directamente las maquinarias de sanción administrativas y militares (tales como milicias o agencias de ayuda a los pobres) en los niveles locales. Esto indica la necesidad de ir más allá del simple análisis de clases si queremos comprender adecuadamente las condiciones en pro y en contra de las revueltas campesinas. Hemos de analizar las estructuras políticas de los órdenes agrarios, analizando especialmente la naturaleza del gobierno; y su relación con las autoridades políticas centrales: los monarcas y sus agentes. ¿Controlan los campesinos, burócratas o terratenientes la toma de decisiones de política local? ¿Sirven los terratenientes como agentes locales, o hacen sus veces, en el Estado monárquico? Al parecer, estos órdenes agrarios más vulnerables a súbitas y autónomas revueltas campesinas, fueron aquellos que no sólo tuvieron relaciones de clase favorables a la solidaridad y autonomía campesinas. Estos vulnerables órdenes agrarios también tenían maquinarias de sanción, central y burocráticamente controladas, aun si las comunidades campesinas disfrutaban de considerable autonomía política local.

Por último, sin embargo, hemos de subrayar que un enfoque exclusivo en la situación estructural de los campesinos en las estructuras locales de clase y política no basta para explicar, ni el simple surgimiento, ni las pautas específicas de las difundidas revueltas antiterratenientes que ocurrieron en las revoluciones francesa, rusa y china. Porque, en las tres revoluciones, la crisis política revolucionaria del Estado autocrático —ocasionada por acontecimientos nacionales e internacionales totalmente independientes del campesinado— también fue una causa decisiva. Este factor político interactuó con el potencial insurreccionario —estructuralmente dado— de los campesinos, para

prise and Agrarian Class Relations". Paige, en *Agrarian Revolution*, está muy en desacuerdo con esta tesis, en parte por la buena razón de que (según sostiene) los pequeños propietarios pueden dividirse unos contra otros. Pero Paige no se da cuenta de que las pautas de la comunidad (en oposición a los terratenientes) han superado en algunos casos las divisiones entre los pequeños propietarios. Véase mi comentario, en la nota 12, más arriba.

producir la madura situación social revolucionaria que ninguna de las dos causas por sí sola habría podido producir. Fue el desplome de la capacidad represiva concertada de un Estado antes unido y centralizado el que finalmente creó las condiciones directa o indirectamente favorables a unas revueltas campesinas *difundidas* e *irreversibles* contra los terratenientes. Si semejantes estructuras agrarias de clase y de política local no habían hecho surgir antes la misma pauta de revueltas campesinas, ello ocurrió porque el ingrediente que faltaba era un desarrollo histórico de los asuntos de la clase dominante. En cuanto a esa clase —y sólo entonces— bajo la presión internacional en un mundo en proceso de modernización, se hubo apoyado en una crisis política revolucionaria, entonces el campesinado fue capaz de alcanzar sus objetivos insurreccionales, implícitos durante largo tiempo. El resultado de esta coyuntura fue la revolución social.[16]

Y un análisis coyuntural de las revueltas campesinas en las revoluciones sociales tampoco puede terminar con el análisis de las causas de las revueltas campesinas en sí mismas. Además, las realizaciones inmediatas de las revueltas campesinas tienen poderosos efectos de "retroalimentación" sobre el curso de la política nacional dentro de las propias crisis revolucionarias en desarrollo. Tales efectos nos ofrecen claves indispensables de pautas compartidas y variadas de la dinámica y de los resultados sociorrevolucionarios. Sin embargo, también a este respecto, el lector habrá de aguardar hasta la Segunda Parte. Este capítulo necesariamente da por sentado que las revueltas campesinas son consecuencias del curso de las revoluciones sociales, y trata de interpretar las condiciones estructurales y situacionales que explican su brote.

Ya hemos comentado algunos argumentos acerca de estas condiciones, pero deben elaborarse en detalle para cada caso de revolución social y para unos casos contrastantes apropiados (donde no triunfaron las revoluciones sociales). Por tanto, examinemos cada caso. Empezaremos con Francia, pasaremos luego a Rusia, y después examinaremos la Inglaterra del siglo XVII y la Alemania de 1848-1850, como contraste. Por último,

16 Los análisis sociocientíficos de las revoluciones casi *nunca*, que yo sepa, atribuyen suficiente peso analítico a las interacciones coyunturales de procesos determinados, originalmente, por separado. Sin embargo, tanto las causas cuanto el desarrollo de las revoluciones probablemente deban interpretarse de esta manera, lo cual, desde luego, significa que los análisis y las explicaciones deben estar fundados en la historia.

ante el fondo de todos los anteriores análisis de casos, estudiaremos las cuestiones especiales planteadas por China.

Campesinos contra señores en la Revolución francesa

Una de las fechas más célebres de la Revolución francesa es el 4 de agosto de 1789. Al atardecer de ese famoso día, los miembros de la Asamblea constituyente lucharon entre sí por denunciar y renunciar a las estructuras "feudales" de la sociedad y de la política francesas. Los derechos señoriales, la venalidad de los cargos judiciales, las inmunidades fiscales, los derechos de caza, las tensiones de la Corte, la justicia señorial —todo fue denunciado, "conforme un orador tras otro renunciaba a sus privilegios o a los de sus prójimos".[17] Simbólicamente, los cambios que harían que la Revolución pudiese ser considerada como una revolución *social* —que fue más allá de los cambios políticos para transformar a la sociedad— fueron lanzados aquella noche. Y sin embargo, los nobles liberales y los representantes del Tercer Estado, reunidos en Versalles, nunca habrían iniciado aquella sesión de reformas radicales, de no ser porque una difundida revuelta agraria contra el sistema señorial los obligó a ello, a pesar de su renuencia inicial. Escandalizados y sorprendidos por la intensificada resistencia campesina. al pago de derechos y diezmos por la creciente violencia contra los *châteaux* (castillos) e individuos, los hombres acostumbrados a las propiedades y los privilegios que aquella noche se hallaban en Versalles, apresuradamente decidieron hacer concesiones que no habían proyectado. Sin la revolución campesina —que el más grande de los historiadores de la revolución, Georges Lefebvre, ha llamado "espontánea" y "autónoma"—, "podríamos estar seguros de que la Asamblea Constituyente no habría asestado tan serio golpe al régimen feudal".[18] La revolución no se habría desarrollado más allá de unas reformas constitucionales.[19]

[17] Norman Hampson, *A Social History of the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1963, p. 82.

[18] Georges Lefebvre, "The French Revolution and the Peasants", en *The Economic Origins of the French Revolution*, ed. Ralph W. Greenlaw. Lexington, Mass., D. C. Heath & Company, 1958, p. 76.

[19] No pretendo implicar que el ímpetu de los cambios revolucionarios estructurales sólo proceda del campesinado. Ciertamente, los líderes liberales de la Asamblea Nacional estaban pensando en transformaciones políticas básicas, que necesariamente también tendrían que tener implicaciones

Las condiciones estructurales

El potencial para las revueltas campesinas que estallaron en 1789 fue inherente a la estructura social agraria peculiar de Francia (y de las partes occidentales de una Alemania desunida) dentro de la Europa del siglo XVIII. No es que la opresión del campesinado francés fuese la peor, aunque sin duda había motivos de verdaderas quejas. Antes bien, las condiciones socioeconómicas y políticas que influían sobre la capacidad del campesinado a reaccionar contra la explotación señorial eran, comparativamente, favorables a Francia.

En contraste con los siervos de la Europa oriental y con los bajos estratos agrícolas, cada vez más desposeídos, de Inglaterra, el campesinado francés virtualmente poseía una porción considerable de las tierras de Francia. Al menos un tercio de la tierra —y una proporción aun mayor de las tierras cultivables— era trabajada por millones de campesinos en pequeñas parcelas que podían ser administradas, compradas y vendidas, y trasmitidas a sus herederos, tan sólo sometidas a varios derechos señoriales. Además, como muy pocos grandes terratenientes cultivaban directamente sus propias heredades, aproximadamente otros dos quintos de la tierra eran alquilados a aparceros y arrendatarios, principalmente en pequeñas parcelas. Por tanto, los campesinos controlaban el empleo de la mayor parte de las tierras dedicadas a la producción agrícola.[20]

Sin embargo, sólo lo hicieron así sometidos a graves derechos de alquiler sobre lo que producían. La "renta básica —real, señorial, de diezmo y propiedad— [fue] la fuerza motora del reino y de su sistema social. Los contribuyentes [fueron] los gobernados, los receptores de la renta y sus agentes, los gobernantes".[21] El diezmo —colectado en especie, en tiempos de

sociales. Pero la revuelta campesina aporta el primer empuje contra las instituciones señoriales en el campo. También creó una situación crítica, en que pronto pudieron exponerse otros cambios sociales y políticos por lo menos en principio.

20 Georges Lefebvre, "Répartition de la Propiété et de l'Exploitation Foncières à la Fin de l'Ancien Régime", en *Etudes sur la Révolution Française*, París, Presses Universitaires de France, 1963, pp. 279-306, y Ernest Labrousse, "The Evolution of Peasant Society in France from the Eighteenth Century to the Present", en *French Society and Culture Since the Old Regime*, eds. E. M. Acomb y M. L. Brown, Jr., Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1966, pp. 44-46.

21 Pierre Goubert, *The Ancien Régime: French Society, 1600-1750*, trad. Steve Cox, Nueva York, Harper & Row, 1974, p. 102. Los detalles de

cosecha— tenía como promedio 8% e iba a parar, en gran parte a ricos obispos, canónigos y señores laicos, fuera de las parroquias locales. Los derechos señoriales (que iban a parar a terratenientes burgueses y a casas religiosas así como a los nobles) variaban enormemente, según la región y la localidad; por lo general, eran pesados en Bretaña y en el este de Francia, y ligeros en las zonas que rodean al sur del Loira (donde, en cambio, los diezmos eran mayores). Los impuestos —de los que estaban en gran parte exentos los terratenientes nobles— se llevaban entre 5 y 10% de la producción bruta en el *pays d'élection*, pero menos en el *pays d'état*. Las rentas de propiedad a menudo eran las más onerosas: en las zonas del sur y del oeste donde predominaba el *métayage* (la aparcería), los aparceros habían de entregar la mitad de la cosecha a los terratenientes; en otras partes, los derechos exigían al menos un quinto de la cosecha. En general, los diversos derechos de renta sobre la producción campesina se llevaban entre un quinto y tres quintos de su ingreso bruto (lo que les quedaba después de que al menos una quinta parte era retenida para semillas, y se apartaba para la subsistencia de los labradores y para cubrir los costos de producción y mantenimiento), con variaciones importantes a través de las diversas épocas y regiones. Normalmente, las rentas eran gravosas; en los tiempos de crisis de producción o de crisis de mercado parecían una sangría casi insoportable al margen dejado para la subsistencia.

El bienestar campesino dependía del grado en que una familia poseía tierras sujetas a mínimos derechos de renta, además de los medios, incluso herramientas y ganado, necesarios para trabajar la tierra. Pero en todas las zonas de la Francia del siglo XVIII, quienes podían vivir con seguridad de sus tierras, o de considerables tierras rentadas, sólo eran una pequeña proporción del campesinado.[22] Cierto, cada comunidad podía tener uno o dos ricos *coqs de village* (gallos de aldea) que quizás fueran agentes de los señores o, en otro caso, al menos algunos considerables *laboureurs* (propietarios campesinos independientes), pero en su mayoría eran pobres e inseguros. O bien, como

este párrafo se basan en el capítulo VI, "Landed Income and Ground Rentiers", especialmente, pp. 122-134.

[22] Las fuentes de este párrafo incluyen: Goubert, *Ancien Régime: Society*, caps. II, V; Alun Davies, "The Origins of the French Peasant Revolution of 1789", *History*, new series, 49:165, febrero de 1964, pp. 24-41, y Georges Lefebvre, *The Great Fear of 1789*, trad. Joan White, Nueva York, Pantheon Books, 1973, primera parte.

inquilinos, tenían que pagar onerosos alquileres por trabajar pequeñas parcelas para su subsistencia, o bien no poseían más que una casa y un huerto y habían de encontrar ingresos suplementarios mediante un empleo agrícola día tras día, o una producción industrial diaria, o bien la emigración estacional para encontrar trabajo lejos de su hogar.

En el fondo mismo de la escala socioeconómica se hallaban los vagabundos carentes aun de la más mínima posesión que les diera un hogar y una comunidad. Como la población crecía más rápidamente que el desarrollo económico, que pudiese ofrecer los nuevos empleos, el número de aquellos vagabundos empobrecidos —los que vivían mediante una combinación de mendicidad, empleo ocasional y pillaje— aumentó a finales del antiguo régimen. Y muchas familias establecidas nunca se hallaron lejos del destino de aquellos vagabundos. Los crecientes precios de la tierra y los granos no podían ayudarlos, pues su perspectiva —y su problema— era sencillamente conservar tierras suficientes, y empleos para pagar los alquileres y arrebatarle a la tierra una subsistencia precaria.

Sin embargo, durante el antiguo régimen, los campesinos franceses asentados no se enfrentaron a la lucha por la vida tan sólo como un agregado. Aún no eran, como bien escribiría Marx a mediados del decenio de 1880, como otras tantas patatas en un saco. Cierto, la diferenciación económica dentro de las filas del campesinado estaba muy avanzada, y el "individualismo agrario" había hecho grandes avances por los campos.[23] No obstante, la comunidad campesina, moldeada por siglos de lucha por la seguridad económica y la autonomía administrativa, aún era una realidad. La base fundamental de la comunidad era económica. El centro de la disposición era el *terroir*, es decir, "la suma de todos los tipos de tierra cultivada o explotada por un grupo de hombres, o bien centrados en un gran pueblo o en torno de varios caseríos, o bien dispersos por una zona de campos dispersos".[24] La comunidad campesina tenía intereses en "la propiedad colectiva y el uso de [...]

23 "Individualismo agrario" se refieren a una situación en que el propietario de cierta propiedad individual tiene derechos libres de administrar una propiedad consolidada, libre de todas las prácticas habituales, como los derechos a pastoreo común o a espigar, etc. Véase Marc Bloch, "La Lutte pour l'Individualisme Agraire dans la France du XVIIIe-siécle", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 11:7, julio de 1930, pp. 329-381 y 11:8 octubre de 1930, pp. 511-556.

24 Goubert, *Ancien Régime: Society*, p. 78.

bienes comunales", o "frenos colectivos a la propiedad privada en beneficio de los habitantes como grupo".[25] En los *pays de bocage* de Normandía y Bretaña, donde se hallaban dispersas las granjas, las comunidades campesinas poseían tierras comunes, que incluían bosques, que habían de ser administradas para la colectividad y defendidas contra las invasiones y reclamaciones de fuera. En el Norte y en el Este, las aldeas campesinas contaban con menores tierras comunales, pero el propio cultivo se hallaba enmarcado por reglas comunales acerca de la rotación de las cosechas, la fijación de las fechas de cosecha, los derechos de pastura en el barbecho, las regulaciones de encierro, etc. Estas costumbres, también, no sólo tuvieron que ser aplicadas a los miembros de la comunidad, sino también en contra de los extraños. En la mayoría de los lugares, los señores —cuyas tierras de dominio con campesinos traslapaban a las comunidades campesinas— fueron los competidores clave por los derechos agrarios. Estaban en juego tan importantes derechos como el acceso a los bosques o a las pasturas, o la prerrogativa de decidir cómo habían de cultivarse las tierras. Fue ante todo en las luchas contra los señores por tales cuestiones, como las comunidades campesinas, pese a sus tensiones internas, mantuvieron cierto residuo de cohesión y conciencia de sí mismas.

Más aún, en el siglo XVIII, las comunidades campesinas disfrutaron de un grado considerable de autogobierno. La penetración de la administración real en las localidades gradualmente fue apartando al señor, dejándolo tan sólo como "primer súbdito de la parroquia". Él o sus agentes, si era absentista (como a menudo ocurría) conservaban el control de la justicia señorial; éste era un derecho de gran significado económico, pero poco político. De otra manera los campesinos, con la ayuda del cura local, atendían sus propios asuntos, siendo responsables ante el *intendant* (intendente) por medio de su subdelegado. Los *terroirs* a menudo coincidían con las parroquias, de modo que la asamblea de los jefes de familia de la comunidad típicamente se reunía después de la misa, los domingos, para tratar de una vasta gama de asuntos de la comunidad, como "la venta, compra, intercambio o alquiler de la propiedad comunal; el mantenimiento de la iglesia, de los edificios públicos, caminos y puentes; la elección de síndicos comunales, del maestro de

[25] Albert Soboul, "The French Rural Community in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Past and Present*, núm. 10, noviembre de 1956, p. 82. El resto de este párrafo y el siguiente se apoyan mucho en Goubert y Soboul.

escuela, del pastor comunal, del encargado del heno, de los colectores de diezmos, los asesores y colectores de la *taille*.[26] *

Aunque era cierto que las asambleas de aldea, las más de las veces, eran informalmente dominadas por los campesinos ricos, sin embargo, potencialmente funcionaban como vitales arenas para la discusión de los asuntos locales por todos los jefes de familia; y en sus decisiones se controlaban los aspectos claves de la vida de la aldea.[27]

Los efectos de la crisis política de 1789

Pero, ¿cómo ayudan, exactamente, estas condiciones estructurales, a producir el desplome del antiguo régimen en el campo? Para encontrar la respuesta hemos de examinar las corrientes y los hechos del periodo revolucionario. Empezaremos con algunas corrientes económicas que ayudaron a encender los disturbios populares en 1788-1789, para luego enfocar la combinación de condiciones estructurales agrarias y acontecimientos políticos nacionales que dieron un aspecto revolucionario a los levantamientos populares de 1789.

El formidable historiador de la economía Ernest Labrousse ha establecido, mediante dificultosas investigaciones de las corrientes de precios y salarios, que una crisis de la economía francesa precipitó los levantamientos populares de finales del antiguo régimen.[28] Desde cerca de 1733, hasta 1770, la econo-

[26] Soboul. "Rural Community", p. 81.

* La *taille*, la *capitation* y los *vingtièmes* eran los principales impuestos sobre la tierra, pagaderos en efectivo o en especie [T].

[27] Al final del antiguo régimen, la Corona trató de formalizar el gobierno local de tal manera que favoreciera a los habitantes más ricos. El Edicto de 1787 estableció en todas las comunidades del *pays d'élection* consejos de gobierno local, en que el señor y el cura de la localidad estarían *ex officio*, y a los que seguirían de tres a nueve campesinos, elegidos en votación secreta por las asambleas de la parroquia, y que estarían limitadas a quienes pagaran diez *livres* en impuestos, o más. Así, las funciones de la asamblea general de todos los miembros de la comunidad quedaron reducidas. Sin embargo, cuando en 1789 se reunieron las asambleas para redactar los *cahiers* y elegir a los representantes de *bailliage* (de la bailía), todos los contribuyentes de veinticinco años o más quedaron elegibles. Así, la política real, en los últimos meses antes de la Revolución, no logró socavar sostenidamente la solidaridad de la comunidad campesina.

[28] C. E. Labrousse, *La Crise de l'Économie Française a la Fin de l'Ancien Régime et au Début de la Révolution*, París, Presses Universitaires de France, 1943.

mía francesa se encontró en mitad de un ciclo que fue parte de una fase, de casi un siglo de duración, de expansión económica. La productividad agrícola e industrial, el comercio colonial e interno: todo estaba en expansión. Los precios y los alquileres subían más que los salarios, de modo que este crecimiento benefició desproporcionadamente a los empresarios y a los grandes terratenientes. Sin embargo, muchas personas más pobres pudieron defenderse mientras continuó la expansión; después de 1770, "un periodo de depresión económica, un periodo de contracción comenzó [...] [y] para términos de 1778, lo más tarde, era un hecho consumado; los precios se hallaban por doquier en plena baja".[29] Los ingresos de los campesinos se desplomaron y la industria languideció; el desempleo aumentó.

> El viejo problema de las bocas y el alimento para llenarlas, ya agravado durante los dos primeros tercios del siglo por el declinar de la tasa de mortalidad, entró en fase aguda y durante un tiempo se hizo mucho más explícito conforme el conflicto [...] entre un aumento revolucionario de la población y una economía en estado de contracción se hacía más notable.[30]

Para mediados del decenio de 1780, la economía empezaba a recuperarse. Luego, en 1788, ocurrió "un grave accidente de un tipo que ocurría periódicamente".[31] La cosecha de trigo se frustró. Los ingresos campesinos cayeron (pues había muy poco que vender, aunque los precios fueran altos), y el desempleo agrícola aumentó. Los mercados para productos industriales se contrajeron, y así más campesinos se quedaron sin trabajo. Mientras tanto, los precios del pan se fueron a las nubes (1789-1790), y los millones de campesinos pobres y artesanos y obreros urbanos que tenían que comprar toda o parte de su alimentación de pronto se encontraron en la penuria.

La respuesta popular al aumento de los precios en el pan en 1789 siguió unas formas bien establecidas.[32] Recurrentemen-

29 C. E. Labrousse, "The Crisis in the French Economy at the End of the Old Regime", en *The Economic Origins of the French Revolution*, ed. Ralph W. Greenlaw, Lexington, Mass., Heath, 1958, p. 64. Esta pieza es traducción de una sesión de la introducción de la obra, mucho más extensa, citada en la nota anterior.

30 *Ibid.*, p. 66.

31 *Ibid.*, pp. 66-67.

32 Véase Louise A. Tilly, "The Food Riot as a Form of Political Conflict in France", *Journal of Interdisciplinary History*, 2:1, verano de 1971,

te durante el siglo XVIII, siempre que los precios del pan subían de pronto, los pobres de los campos y de las ciudades respondían con "motines de pan". Las comunidades campesinas se apoderaban del grano que estaba siendo transportado para su venta fuera de sus comunidades y, en cambio, lo vendían a "precio justo" a los consumidores locales. Los consumidores urbanos respondían a las escaseces y a la carestía apoderándose de los abastos de los panaderos y tratándolos de la misma manera. Dentro y fuera, el gobierno real trató de promover el libre comercio nacional de granos, pero el pueblo seguía creyendo en los precios fijos y en los abastos locales garantizados para todo. No mucho antes de la Revolución, en 1775, enormes "motines del pan" (la "*guerre des farines, o guerra de las harinas*",) obligó a la Corona a abandonar las políticas innovadoras y a restaurar el orden mediante una combinación de dar grano a los necesitados y reprimir las manifestaciones. Gran parte de lo ocurrido en 1789 fue una repetición de esta forma recurrente de disturbios populares.

Sin embargo, en 1789, los resultados fueron extraordinarios. Esto ocurrió, en parte, porque los motines del pan urbanos coincidieron con pugnas entre las *élites* privilegiadas por ciertas fórmulas de representación política que habían de producir la Revolución municipal.[33] Más aún: porque los acontecimientos se desarrollaron en una revolución social ya completa en el campo. Durante la primavera, y mucho antes de la Revolución municipal, los campesinos empezaron a ir más allá de los motines del pan, atacando el sistema señorial. "La primera oleada de levantamientos rurales fue dirigida [...] contra los diezmos, los derechos feudales y los hombres que los recibían."[34] Muy a menudo, el blanco de su odio fueron los registros feudales de los señores locales, pero también los saqueos de los granos "acaparados". Aun aquellos primeros movimientos fueron muy vastos, y ocurrieron en Anjou, el Delfinado, la región de París, Picardía, Hainault y el Midi

pp. 23-57, y George Rudé, "The Outbreak of the French Revolution", en *Paris and London in the Eighteenth Century*, Nueva York, Viking Press, 1973, pp. 63-81.

33 Acerca de la Revolución municipal, véanse el análisis y las referencias que se encuentran al final de la sección sobre Francia, en el capítulo II de esta obra.

34 Goubert, *Ancien Régime: Society*, p. 14. Basándose en las obras de Georges Lefebvre, Goubert (pp. 12-15) identifica tres oleadas de levantamientos campesinos entre 1788 y 1793.

(Mediodía de Francia). Al llegar el verano, la inquietud se intensificó y cundió por la mayor parte del país, en parte por el temible vehículo de "el Gran Miedo".[35] Fue éste un pánico colectivo, inspirado por la creencia en que unos "asaltantes" atacarían la cosecha de grano que por entonces maduraba. Creció la convicción de que existía una "conspiración aristocrática" para matar de hambre al pueblo; y los campesinos se organizaron para enfrentarse a esta nebulosa amenaza. La hostilidad se fundió con la esperanza de cambio que había surgido al ser llamados los Estados Generales, para intensificar la revuelta contra las clases superiores:

> Ahora que los Estados Generales estaban reunidos pero se mostraban lentos en responder a [...] las esperanzas de libertad, la gran masa del campesinado tomó una decisión sencilla y espontánea. La cosecha había pasado. Ellos dejarían de pagar a los señores, recolectores de diezmos, y aun a los recolectores reales. Furiosas minorías atacaron las salas de mapas y los castillos, con rastrillos y antorchas. La mayoría adoptó el curso, más seguro y eficaz, de la resistencia pasiva, y se negó a pagar.[36]

Así, en el campo, el antiguo régimen vio cómo bajo sus pies cedían sus apoyos, y los reformadores políticos de las ciudades se enfrentaron a una inesperada crisis de la propiedad y del orden, que habrían preferido evitar.

¿Por qué se rebelaron los campesinos a partir de 1789, por qué se levantaron, ante todo y en general contra el sistema señorial? Las causas fueron la interacción de las existentes estructuras socioeconómicas y políticas con los acontecimientos políticos de 1789, que reforzaron las capacidades existentes y crearon nuevas oportunidades para las revueltas colectivas antiseñoriales.

De enorme importancia fueron los procesos puestos en marcha por la decisión del rey, del 29 de enero de 1789, de convocar los Estados Generales. Los diputados del Tercer Estado debían ser elegidos en los *bailliages* (las bailías) por los delegados de las comunidades urbanas y rurales. En cada comunidad rural, todo hombre de 25 años o más que pagara algún impuesto era elegible para participar en la reunion, en que a la vez se elegirían los representantes de la asamblea del *bailliage*

[35] Véase Lefebvre, *Great Fear* (El gran miedo). Ésta es una obra clásica.

[36] Goubert, *Ancien Régime: Society*, p. 14.

y se establecería un *Cahier de doléances* (Cuaderno de dolencias o quejas) que expresara todas las quejas de la localidad. Por extraordinario que pueda parecer, toda comunidad campesina fue invitada, por orden del rey, a reflexionar colectivamente en sus dificultades. El resultado fue, en general, aumentar las posibilidades de que los campesinos se rebelaran, especialmente contra los señores y los recaudadores no locales de los diezmos. No es que los *cahiers* indicaran explícitamente estos blancos; en cambio, los *cahiers* quedaron llenos, en general, de quejas locales, limitadas y sumamente variadas.[37] Más aún: cualesquier demandas de cambios más generales que contuvieran no pudieron atribuirse simplemente al campesinado, porque las asambleas a menudo eran dirigidas por curas, burgueses y representantes locales de los señores.[38] Pero más significativo que el contenido de estos *cahiers* fue el proceso por el cual se les redactó. Tal proceso hizo surgir esperanzas de cambio y unió a los campesinos en medios comunitarios donde las luchas antiseñoriales, especialmente, habían sido a lo largo de la historia una empresa común.

El reforzamiento de la conciencia colectiva y de la organización se asoció con la redacción de los *cahiers*, y preparó mejor a los campesinos a actuar con fines insurreccionales en 1789. En realidad, algunas revueltas ocurrieron inmediatamente después de las asambleas locales. Al parecer, ello se debió a que, en ciertos casos, los campesinos creyeron que el simple hecho de expresar sus quejas en los *cahiers* significaba que en adelante quedarían abolidos los pagos por ciertas prácticas particulares. Lefebvre nos informa así del lamento de los funcionarios reales:

> Lo que resulta realmente irritante, [escribió Desmé de Dubuisson, teniente general de la bailía de Saumur durante las elecciones] es que estas asambleas convocadas por lo general se han creído investidas con cierta autoridad soberana y que, al tocar a fin, los campesinos se fueron a sus casas con la idea de que en adelante estarían libres de diezmos, prohibiciones de caza y pago de los derechos feudales... Y, en el otro extremo del reino, el subdelegado de Ploërmel dio un grito de alarma el 4 de julio de 1789: "... Todos los campesinos de los alrededores, y en mi zona en general están preparándose a negar su cuota de gavillas a los recaudadores del diezmo, y dicen abiertamente que no habrá recaudación

37 Véase George V. Taylor, "Revolutionary and Nonrevolutionary Content in the *Cahiers* of 1789: An Interim Report", *French Historical Studies*, 7:4, otoño de 1972, pp. 489-491.

38 Acerca de este punto, véase Charles Tilly, *The Vendée*, edición en rústica, Nueva York, 1967, pp. 164-165, y p. 177.

milicias urbanos

sin derramamiento de sangre, por el insensato motivo de que, como la petición de abolición de estos diezmos se incluyó en los *cahiers*... tal abolición ha entrado en vigor."[39]

Y, aun si no ocurrieron hasta bastante después de que los *cahiers* habían sido redactados, las revueltas típicamente brotaron en los mismos medios en que normalmente se habían celebrado aquellas reuniones comunales:

> A menudo el mismo tipo de revuelta (antiseñorial) estalló exactamente de la misma manera hasta 1792. Las cosas empezaban a moverse un domingo: durante todo el periodo, este día, como los días de fiesta en honor de los santos locales y *baladoires* [paseos y procesiones] siempre era un día crítico; los campesinos iban a misa; luego, no teniendo nada más que hacer, erraban hasta llegar al café local; no había nada mejor para hacer estallar un motín.[40]

Otra circunstancia importante que facilitó la difusión de las revueltas a partir de 1789 fue la desorganización y división de los estratos superiores, incluso los que se encargaban de la policía y del ejército. Especialmente después de la Revolución municipal de julio, las clases poseedoras se encontraron en mala posición para reprimir los disturbios rurales. Muchos *intendants* habían sido despedidos. Las milicias urbanas se habían apoderado de las armas y de las municiones. Las deserciones del ejército eran crecientes. Más aún: los soldados campesinos recibieron autorización, como de costumbre, de irse a sus hogares en el verano para ayudar en la cosecha, y llevaban allí noticias de los acontecimientos políticos que ocurrían en las ciudades.[41]

Acaso más decisivo aún fuera el hecho de que los partidarios de la Asamblea Nacional se hallaban en un aprieto: si (como muchos habrían preferido) empleaban las milicias locales o llamaban al ejército real para proteger los derechos de propiedad en los campos, caerían en manos de la reacción autocrática. Éste era el peligro que en su mayoría no estaban dispuestos a correr.[42] Tan sólo en unas cuantas localidades actuaron las fuerzas urbanas contra los campesinos. En general, las fuerzas

39 Lefebvre, *Great Fear*, pp. 39-40.
40 *Ibid.*, p. 43.
41 Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943, reimpresión, ed., Boston, Beacon Press, 1973, p. 141.
42 Hampson, *Social History*, pp. 76 y ss.

locales no estaban coordinadas ni fueron decisivamente desplegadas, favoreciendo así las revueltas campesinas, y la resistencia empezó a cundir por los campos.

Por último, las fuerzas urbanas estaban atacando, vociferantemente, a la que llamaban "reacción aristocrática". Esto probablemente alentó a los campesinos a enfocar las prácticas de explotación que particularmente se asociaban con los nobles; es decir, los derechos señoriales, las exenciones fiscales y los diezmos (la mayoría de los cuales *no* iba a parar a los curas para los gastos de la iglesia local). Mediante las asambleas de *bailliage*, los delegados campesinos entraron en contacto regular con los líderes urbanos. Y, por último, los decretos de reforma de la Asamblea Constituyente facilitarían a los campesinos enfocar la resistencia efectiva continuada hasta 1793, en los diezmos y derechos feudales, y no en los alquileres regulares y en los impuestos.

Todos estos factores específicos de la crisis política de 1789 ayudan a explicar el hecho de que hubiese revueltas *difundidas* de comunidades campesinas especialmente contra el sistema señorial, a partir de la primavera de 1789. Desde luego, estos factores solos no habrían sido eficaces, de no ser por la gran conductividad de las estructuras rurales francesas a las revueltas campesinas antiseñoriales. En diversos grados y en diferentes lugares, pero casi por doquier, los señores y recaudadores de diezmos en nombre de absentistas privilegiados irritaban a los campesinos que poseían propiedades considerables, autonomía comunitaria y solidaridad antiseñorial. En suma, había un preexistente potencial para las revueltas antiseñoriales. Y los acontecimientos de 1789 aumentaron la solidaridad y la conciencia de los campesinos y debilitaron las defensas de la clase domintante (y particularmente la señorial) exactamente de las maneras que podrían liberar aquel potencial.

Las variaciones regionales de las combinaciones de estructuras comunitarias, pautas de tenencia de la tierra, forma de extracción de rentas y corrientes socioeconómicas del siglo XVIII, al parecer no fueron muy importantes al determinar la forma e incidencia general de las revueltas campesinas en 1789 (por mucho que hayan tenido que ver en el hecho de que se subrayaran las quejas particulares y con los blancos específicos que fueron atacados por comunidades campesinas individuales). Lo ocurrido después de 1788 fue fomentado por una crisis política *nacional*, a la cual fueron arrastrados los campesinos por doquier —aquellos que tenían quejas potenciales así como autén-

ticas—, casi simultáneamente, acontecimientos ocurridos por todo el reino, como la redacción de los *cahiers* y la Revolución municipal. La rebelión campesina en realidad fue autónoma y espontánea, pero sólo dentro de este marco nacional. Así pues, las acciones de los campesinos en 1789 no pueden interpretarse sólo como extensiones de luchas "subterráneas" entabladas en localidades durante todo el siglo XVIII. El historiador social francés Emmanuel Le Roy Ladurie ha hecho minuciosos estudios de las relaciones sociales rurales, para demostrar que había marcadas variaciones regionales en la forma, en la extensión y en la intensidad de las luchas campesinas durante el periodo (libre de grandes rebeliones) de 1675 a 1788.[43] Las luchas "antiseñoriales" fueron importantes sólo en el Norte y en el Nordeste, donde unos terratenientes modernizadores estaban aplicando mecanismos "feudales" para extender la agricultura comercial, contra la resistencia de las comunidades campesinas. En las regiones del Centro, del Sur y del Oeste, los terratenientes eran menos poderosos y menos dinámicos; las luchas campesinas fueron moderadas y no notablemente antiseñoriales. Sin embargo, como observa el propio Le Roy Ladurie, en 1789, las comunidades campesinas de la Baja Auvernia y de Bretaña, que habían sido absolutamente pasivas entre 1675-1788, rápidamente se unieron a las revueltas antiseñoriales de 1789. Y los campesinos del Languedoc unieron su ya vieja resistencia a los diezmos, al fermento revolucionario en general.

Lo que parecen indicar estos hechos es que, con el propósito específico de explicar la revolución campesina que comenzó en 1789, hemos de atribuir mayor peso, tanto a 1) los rasgos estructurales, básicamente similares, que caracterizaron las relaciones sociales a través de toda Francia y 2) la dinámica política nacional de 1789, más que a las variaciones locales y regionales sobre los temas en general. Sería agradable poder correlacionar la información detallada sobre las pautas estructurales sociales y los procesos exactos de movilización política para cada localidad y región. Pero mientras ello no sea posible, debemos y podemos seguir haciendo generalizaciones acerca de la revolución en conjunto. Pues, por naturaleza, fue algo completamente distinta de una simple agregación de acontecimientos y procesos locales o regionales. Como muy correc-

43 Emmanuel Le Roy Ladurie, "Révoltes et Contestations Rurales en France de 1675 à 1788", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 29:1, enero-febrero de 1974, pp. 6-22.

tamente lo ha dicho Charles Tilly, "una revolución es un estado de toda una sociedad; no de cada segmento de la sociedad" [44]

Los límites de la revolución campesina francesa

Aunque un estudio completo de los resultados de la Revolución francesa en el campo depende de un análisis (que haremos en el capítulo v) de cómo se interceptaron la política urbana y la consolidación del poder del Estado revolucionario con la situación agraria, no obstante, en este capítulo hemos de elucidar una cuestión final. Ya hemos visto que, antes de la Revolución, las rentas estrictamente de propiedad eran probablemente la carga más pesada sobre el campesinado en general. Seguramente, constituía una sangría más pesada que los derechos señoriales y los diezmos. Más aún, se notó que durante el siglo XVIII en Francia, la creciente población había causado una aguda hambre de tierras entre la mayoría de los campesinos, que no poseían ni alquilaban tierras, o no suficientes para mantener a sus familias exclusivamente mediante la producción agrícola. Sin embargo, es un hecho claro acerca de la Revolución francesa que pese a la decisiva contribución de las revueltas campesinas a su triunfo, hubo muy poca redistribución de propiedad de las tierras como tales. Tan sólo cerca del 10% de la tierra confiscada a la Iglesia y a algunos emigrados cambió de manos en la Revolución. Y no más de la mitad de ello fue a parar a manos de los campesinos.[45] Además, los recipiendarios de las tierras confiscadas hubieron de comprarlas a los gobiernos revolucionarios escasos de recursos, y este requisito efectivamente impidió a los campesinos más pobres adquirir nuevas tierras. Una cuestión obvia acerca del componente agrario de la Revolución francesa es por qué el campesinado rebelde, dado que en su mayoría tenía hambre de tierras, no llegó a arrebatar realmente las tierras que eran propiedad de los señores, de la Iglesia y de otros, incluso de rentistas de las ciudades.

Las respuestas se hallan en los límites intrínsecos de la solidaridad de la comunidad aldeana.[46] Como hemos visto, el campesinado francés estaba internamente diferenciado respecto

44 Tilly, *Vendée*, p. 159.

45 Hampson, *Social History*, pp. 251-255.

46 Este párrafo y los dos siguientes se basan en especial en Soboul, "Rural Community", pp. 85 ss., y Davies, "Origins of Peasant Revolution", pp. 40-41.

a la propiedad individual de la tierra, el ganado y los aperos. Y, aun de mayor importancia, las costumbres comunitarias, aunque pudieran limitar los usos que podían darse a la propiedad individual, *no* incluían ninguna violación de la propiedad individual, como las reglas contra las ventas privadas o las redistribuciones periódicas de parcelas que eran de propiedad individual. En cambio, las costumbres comunitarias unían a los grupos de cultivadores particulares contra los extraños, cuyos derechos y pretensiones afectaban a todos. Así, en las prácticas habituales y el interés universal, por igual, unían a pueblos enteros contra diezmos, derechos señoriales y exenciones fiscales a los nobles, así como a las pretensiones señoriales a tierras comunales, designadas. Pero todo ataque a la propiedad individual de las tierras habría amenazado a muchos pequeños terratenientes ricos o de clase media, la gente misma que dirigía a las comunidades locales. Además, semejantes ataques habrían vulnerado la acción campesina en pro de acciones nada tradicionales.

La revolución campesina se detuvo mucho antes de llegar a revueltas tan radicales contra la propiedad. Cuando se trató de diezmos y derechos, fue persistente la resistencia colectiva de las comunidades campesinas a pagarlos, o a comprarlos, como primero lo decretó la Asamblea Nacional Constituyente de 1789. Siendo tan inequívoca y persistente, esta resistencia a la postre obtuvo el triunfo, cuando todos aquellos derechos fueron abolidos sin compensación en 1793. En general, los campesinos fueron librados de una sangría de cerca del 10% de sus ingresos (aunque, asimismo, los beneficios fueron a dar, desproporcionadamente, a los terratenientes más ricos). Especialmente al ir menguando la revolución, las comunidades campesinas también resistieron, frecuentemente, a las pretensiones de las autoridades revolucionarias, en materia de impuestos y mano de obra. Pero esta forma de resistencia tradicional estaba condenada a la derrota, hasta el punto en que se atrevió a manifestarse, porque (como veremos) la Revolución sólo fortaleció la administración centralizada de Francia. En cuanto al blanco restante, aparentemente "lógico" para la revuelta campesina —las grandes heredades como tales— no se desarrollaron verdaderos movimientos de igualización radical. Había muchos campesinos pobres manifiestamente menesterosos (en realidad, una mayoría). Sin embargo, las pautas sociales agrarias que facilitaron y dieron forma a las primeras revueltas colectivas contra el señorialismo, al mismo tiempo bloquearon su extensión contra la propiedad de la tierra en general.

En realidad, un resultado muy irónico de la revolución campesina francesa fue que su triunfo mismo tendió a socavar la residual solidaridad comunitaria que había empezado por hacer posible la Revolución. El señor —tradicional antagonista local contra el cual se había forjado y unido la comunidad campesina— desapareció, institucionalmente hablando, de la escena. Y los cambios jurídicos de la Revolución fortalecieron la propiedad privada, facilitando así burlar los controles comunales a la agricultura. Desde luego, muchas costumbres colectivas sobrevivieron largo tiempo a la Revolución, y hubo disturbios campesinos de base comunal, en Francia, durante la mitad del siglo XIX.[47] No obstante, la revolución agraria de 1789-1793 dejó a los campesinos franceses más divididos internamente en sus intereses económicos, y con menor capacidad de acción unida contra los no campesinos. "Lo que ocurrió, escribe R. R. Palmer, fue que durante la Revolución, el bloque campesino y la aldea comunal, la solidaridad agraria fueron quebrantados. Nunca más podría haber un universal levantamiento agrario como en 1789."[48]

En suma, las revueltas agrarias de la Revolución francesa fueron obra de los campesinos ricos y pobres, por igual. Pero los resultados fueron, desproporcionadamente, en beneficio de aquellos campesinos que ya estaban económicamente seguros y bien establecidos como dirigentes de la política local.

LA REVOLUCIÓN DE LOS "OBSHCHINAS": EL RADICALISMO CAMPESINO EN RUSIA

Trasladándonos de la Francia revolucionaria a Rusia, vemos que factores similares —agricultura rentista, estructuras comunitarias campesinas y el desplome del aparato represivo— explican los orígenes y la naturaleza de las revueltas campesinas. De hecho, la lógica de los acontecimientos en Rusia es más claramente visible, pues el cuadro se ha pintado con tonos más audaces.

47 Véase Soboul, "Rural Community", pp. 91-93, y Albert Soboul, "The Persistence of 'feudalism' in Rural Society of Nineteenth-Century France", trad. Elborg Forster, en *Rural Society in France; Selections from the Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, eds. Robert Forster y Orest Ranum, Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 1977, páginas 50-71.

48 R. R. Palmer, "Georges Lefebvre: The Peasant and the French Revolution", en *Journal of Modern History*, 31:4, 1959, p. 337.

La servidumbre (la calidad de siervo) quedó históricamente consolidada como base de la autocracia rusa "no en ausencia de oposición, sino a pesar de ella".[49] Aherrojadas a las heredades, las comunidades de campesinos eran consideradas como colectivamente responsables de los pagos y de las obligaciones laborales de servicio a los nobles que poseían jurisdicción casi exclusiva sobre ellos (a menos que pertenecieran directamente al zar). Con el establecimiento del régimen imperial, se añadieron tributos y la provisión del reclutamiento militar a las obligaciones de las comunidades de siervos. La resistencia campesina tomó la forma, o bien de abierta huida a las estepas, o de esporádicos estallidos locales. Ocasionalmente, estos conflictos se convirtieron en ataques sangrientos (especialmente a los nobles), cuando pudieron encontrarse aliados en los pueblos y en los cosacos de los límites. Pero, a finales del siglo XVIII, el Estado ruso había pacificado las estepas fronterizas y se había ganado a los cosacos como gendarmería imperial. La rebelión de Pugachev, de 1773-1775, fue la última revuelta en masa anterior a 1905. Ante un aparato representativo unificado, y sin ninguna fuerza militar similar, los campesinos ya no pudieron expresar sino una resistencia esporádica y localizada, siempre más o menos rápida y cruelmente aplastada.[50]

Como hemos visto en el capítulo II la "Emancipación" de los siervos en 1861 se hizo por iniciativa del zar y de sus burócratas, y su propósito fue aumentar la estabilidad social y la vitalidad política del sistema imperial. ¡Cuán irónico es, entonces, que la emancipación misma preparara el escenario a la Revolución agraria que desarraigó el orden social prerrevolucionario en 1917! Y es que el efecto real de esta reforma consistió en reforzar aquellas pautas estructurales que hacían al orden rural ruso tendiente a la rebelión, sin estimular el desarrollo económico ni la transformación social del grueso de los campesinos, que habrían podido socavar el potencial para la rebelión.

La situación agraria después de la emancipación

La emancipación fue iniciada por insistencia de las autoridades imperiales, pero los detalles de su aplicación se dejaron a los

[49] Geroid Tanquary Robinson, *Rural Russia Under the Old Regime*, 1932; reimpresión.

[50] Véase Robinson, *Rural Russia*, caps. I-II, y Paul Avrich, *Russian Rebels, 1600-1800*, Nueva York, Schocken Books, 1972.

nobles de las diversas regiones. En parte por la intervención de los terratenientes y en parte por las pretensiones del Estado después del decenio de 1860-1869, los campesinos, ya liberados, se encontraron con más obligaciones de las que habían tenido cuando eran siervos.[51] En las yermas provincias de los bosques del norte, los nobles cedieron sus tierras excedentes a los campesinos, a cambio de los inflados pagos que los ex siervos sólo podrían pagar si se dedicaban cada vez más a trabajos industriales estacionales. En las provincias de tierra negra y en las estepas del sur, los terratenientes "apartaron" más de una quinta parte de las tierras antes trabajadas por los siervos, de modo que los campesinos se verían obligados a alquilar o a trabajar las tierras de los terratenientes. Los antiguos siervos del Estado y quienes estaban atados a campesinos polacos disfrutaron de mejores condiciones en estos acuerdos. Pero los ex siervos domésticos se quedaron sin tierras. Además, a los que se habían asignado tierras habían de permanecer atados a la tierra durante cuarenta y nueve años, para amortizar lo que el Estado pagaba a los nobles en compensación por la pérdida de sus siervos. En general, la liberación de los siervos no tuvo más que algunas consecuencias pequeñas, pero amargamente irónicas, para los campesinos. Aunque la emancipación asignara a los campesinos más de la mitad de las tierras, los dejaba económicamente en peores condiciones. Seguían anhelando la liberación de todas las obligaciones y explotación, y el acceso a las restantes tierras de los nobles que, creían los campesinos, debían poseer y trabajar para ellos mismos.

Aún más importante que las consecuencias económicas de la emancipación fue su base institucional, porque la propiedad de las tierras asignadas a los ex siervos se hizo segun las pautas tradicionales, lo que significaba que la propiedad colectiva por medio de la *obshchina* seguía siendo la forma predominante de tenencia de la tierra en la Rusia europea.[52] La *obshchina* era una

[51] Las fuentes de este párrafo incluyen, especialmente a Lazar Volin, *A Century of Russian Agriculture*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, cap. II; Terence Emmons, "The Peasant and the Emancipation", en *The Peasant in Nineteenth Century Russia*, ed. Wayne S. Vucinich, Stanford, Stanford University Press, 1968, pp. 41-71, y Alexander Gerschenkron, "Russia: Agrarian Policies and Industrialization, 1861-1917", en *Continuity in History and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 140-248.

[52] "Este tipo de cultivo campesino predominó durante todo el Imperio; en toda la Rusia europea, aproximadamente las tres cuartas partes de todos los campesinos varones utilizaban tierras poseídas en común, y cerca

comuna de aldeas que controlaba la propie[illegible] [illegible]ra y distribuía el acceso a ella por medio de hog[illegible] [illegible]ular. Éstos consistían, a menudo, en extensas fam[illegible] [illegible]cales, cada una de las cuales administraba el cultivo [illegible] [illegible]a los frutos sobre una base individual. Cada famili[illegible] [illegible]men- siones, poseía putativamente un derecho igu[illegible] [illegible]ación de tierras labrantías y accesos a las aguas, p[illegible] [illegible]es y bosques. Periódicamente, la tierra de la comu[illegible] [illegible]epar- tida" para reafirmar el principio de igual acces[illegible] [illegible]bian- te composición de la familia.

Históricamente la *obshchina* había sido refo[illegible] [illegible]oble- za y el Estado, porque le aportaba un meca[illegible] [illegible]ra la garantía colectiva de las obligaciones campesi[illegible] [illegible]urar el mantenimiento (en niveles de subsistencia) [illegible] [illegible]áxi- mo de "almas" siervas.[53] La emancipación [illegible] [illegible] tra- dición de una manera nueva, pues el Esta[illegible] [illegible]omo intermediario en el proceso de pago sólo si to[illegible] [illegible]as de una comunidad, en conjunto, asumían la resp[illegible] [illegible]or el pago subsiguiente durante el periodo de 49 añ[illegible] [illegible]ez de acuerdo en esto, era virtualmente imposible [illegible] [illegible]sino en particular rompiera sus nexos con la *obshch*[illegible] [illegible]erlo, tenía que pagar toda su parte de redención, [illegible] [illegible] al- guien que la comprara. Más aún: las práctica[illegible] [illegible]divi- dualistas fueron desalentadas; y es que toda [illegible] [illegible] de posesión, o escape del ritmo del cultivo, cole[illegible] [illegible]bliga- torio, de tres campos, requería el asentimient[illegible] [illegible]s de la asamblea aldeana. Por último, las propia[illegible] [illegible]bían contar con la autorización del gobierno para [illegible] [illegible]erras asignadas. Inevitablemente, el efecto era man[illegible] [illegible]o de los campesinados atados a la tierra, trabaja[illegible] [illegible]eras antiguas.

Desde luego, hubo importantes variacione[illegible] [illegible]n el desarrollo de la agricultura rusa y en las rel[illegible] [illegible]oduc- ción en los últimos decenios del siglo XIX, pue[illegible] [illegible]ción

de cuatro quintas partes de todas las tierras asign[illegible] [illegible]oladas así". Tan sólo en Ucrania y en otras zonas occidental[illegible] [illegible]enen- cia hereditaria individual. Francis M. Watters, "The [illegible] [illegible]illage Commune", en *The Peasant in Nineteenth-Century R*[illegible] [illegible]ne S. Vucinich, Stanford, Stanford University Press, 1968, p[illegible]

[53] *Ibid.*, pp. 137-138, y Jerome Blum, *Lord and Pea*[illegible] [illegible] Prin- ceton, N. J., Princeton University Press, 1961, cap. X[illegible]

[54] *Ibid.*, pp. 138-141, 151-157, y Robinson, *R*[illegible] [illegible]ítulos VI-VII.

refor[illegible]encias ya existentes que fomentaban la comerci[illegible] la agricultura en torno a los límites de la Rusia [illegible] tanto que el núcleo quedaba sin ninguna transf[illegible][55] En las provincias del Báltico, una temprana eman[illegible] 1817 había liberado a los siervos, sin asignaciones [illegible] y negándoles el derecho a emigrar; así, los terraten[illegible] disfrutaban de acceso a los mercados de granos del O[illegible]odían desarrollar grandes heredades capitalistas, trabaja[illegible]bradores asalariados. En la Ucrania occidental, los ca[illegible] alquilaban tierras asignadas a cosechadores-procesado[illegible]listas, ya establecidos, de remolacha azucarera y buscab[illegible]o, junto con los inmigrantes estacionales, en estas "[illegible] en los campos". En las regiones del Sudeste, la constr[illegible] los ferrocarriles permitió a muchos antiguos siervos [illegible]s, que habían quedado liberados con asignaciones rel[illegible]te generosas, dedicarse a trabajar en granjas comerci[illegible]ñas. De manera similar, después de 1890, con la const[illegible] Ferrocarril Trans-Siberiano, el Estado fomentó nuevas [illegible]ciones en Siberia. Y aquellos pequeños nobles y campe[illegible]s que podían aprovechar esta oportunidad fundaron [illegible] granjas capitalistas, sin ningún respeto a las formas [illegible]es de comunidad o cultivo. Por último, en las provin[illegible]sas del Norte (las regiones de los Lagos, Industrial [illegible] Septentrional), donde la agricultura no podía ser [illegible]te lucrativa, salvo en la contigüidad de las grande[illegible], los nobles se apresuraron a vender las tierras que l[illegible] después del decenio de 1860-1869. En las mismas re[illegible] comunidades campesinas que se habían asignado exten[illegible] aceleraron la tendencia —anterior a la emancipac[illegible]viar emigrantes de temporada a los empleos indus[illegible] ciudades. Esta corriente se intensificó, sobre todo, [illegible]as fábricas después de 1880. Y, cuando las reformas [illegible]pin de 1906 permitieron a los campesinos romper su[illegible]omunales, muchos obreros-campesinos del norte aprove[illegible] oportunidad para emigrar de manera permanente a las [illegible]rbanas.

55 P[illegible] información acerca de variaciones regionales me baso especial[illegible] la excelente síntesis de Craig Jenkins, en una tesis para la maestrí[illegible], todavía inédita: "Agrarian Class Structure and Peasant Revolu[illegible] 1917", *Department of Sociology, State University of New Y[illegible] Brook*, 1974, pp. 47-54. Gerschenkron, "Agrarian Policies", [illegible]*ty in History*, presenta un cuadro similar.

Sin embargo, el macizo núcleo de la Rusia agrícola —que comprendía las muchas provincias de la Tierra Negra central y las estepas adyacentes de la región del Volga medio— siguió en gran parte sin comercializar, con sus tradicionales relaciones de producción aún sobrevivientes en forma modificada.[56] Fue ésta la zona en donde la emancipación fue dejando tierras aisladas en manos de los nobles, y donde los controles de la *obshchina* sobre la propiedad y el cultivo de los campesinos eran más poderosos y casi omnipresentes. Algunos nobles pobres vendieron sus tierras. (En realidad, para 1905, los campesinos rusos, en general, habían aumentado su parte de la propiedad a casi dos tercios de todas las tierras labrantías.)[57] Sin embargo, muchos terratenientes seguían alquilando partes de sus heredades, a cambio de trabajo o de participación en la cosecha.

> Como los campesinos estaban atados a la tierra, y cada vez más hambrientos de tierras, el noble fácilmente podía alquilar su propiedad en pequeñas parcelas a tasas extraordinariamente altas, y vivir de ese ingreso. Las relaciones de los rentistas fácilmente sustituyeron la tradicional relación (noble-siervo) de la agricultura de subsistencia. Esto capacitó al noble a obtener un ingreso de las tierras, mientras dejaba lo principal de la responsabilidad por administrar el cultivo y aportar los aperos y el ganado a los campesinos.[58]

Los rentistas eran a menudo comunidades campesinas enteras. De otra manera, las tierras alquiladas parecen haber ido a parar básicamente a familias campesinas (atadas a comunidades), que sencillamente necesitaban más tierras para ganarse la subsistencia. Especialmente en las provincias centrales, las compras y rentas de tierras no generaron un poderoso estrato de campesinos ricos. Antes bien, tales compras y alquileres "sirvieron como apoyo al cultivo de subsistencia entre aquellos elementos del campesinado que aún conservaban el mínimo capital necesario para trabajar la tierra".[59]

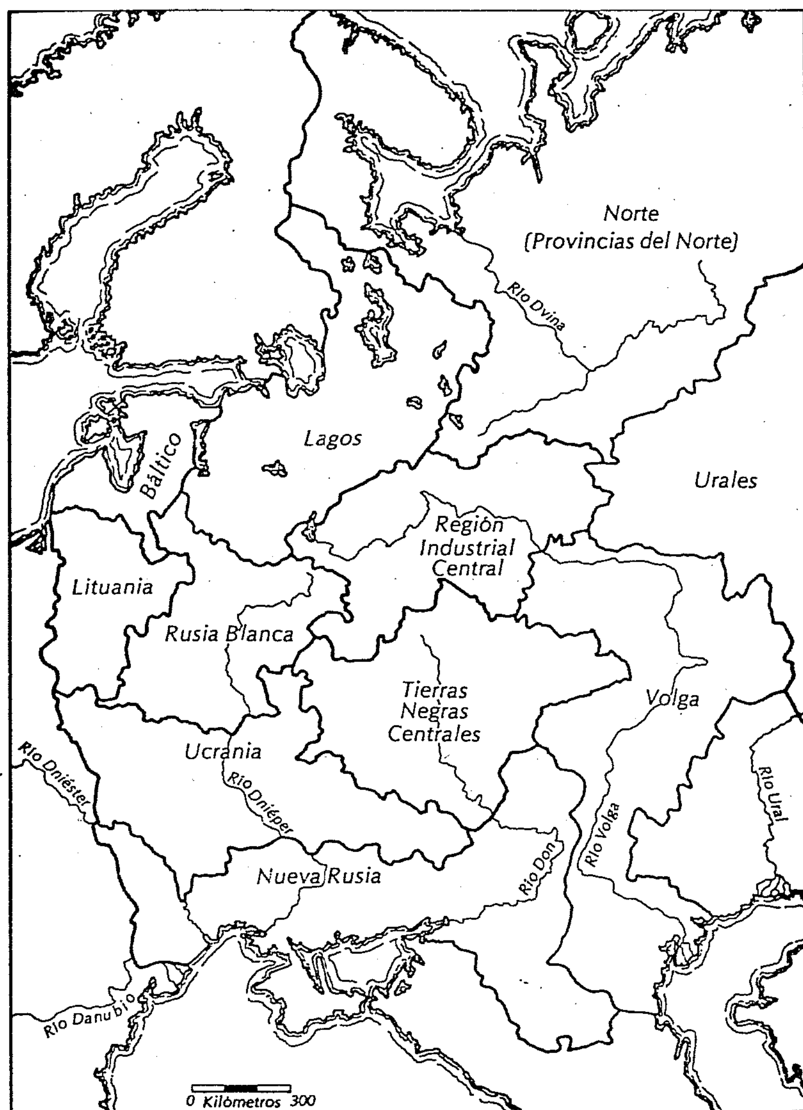
En vísperas de la Revolución de 1917, de un medio a dos tercios de las familias campesinas de Rusia seguían siendo esencial-

[56] Este párrafo se basa en Jenkins, "Agrarian Class Structure", pp. 55-76; Volin, *Century*, cap. III; Robinson, *Rural Russia*, caps. VI-VIII, y Watters, "Peasant and Commune", en *Peasant in Russia*, ed. Vucinich, páginas 147-151.

[57] Volin, *Century*, p. 70.

[58] Jenkins, "Agrarian Class Structure", p. 52.

[59] *Ibid.*, p. 71.



MAPA 2. *Principales regiones de la Rusia europea.* FUENTE: Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1967, p. 770.

mente productores en el nivel de subsistencia.[60] Éstos se concentraban en las regiones centrales de agricultura rentista, e incluían una mezcla de quienes poseían tierras por asignación e inquilinos que coexistían dentro del tradicional marco de la *obshchina.* Era la suya una continua lucha por la supervivencia ante una pobreza cada vez mayor, causada por la coincidencia de tecnología estancada, pocas oportunidades de mercados y creciente población, todo ello además de las graves exacciones opuestas al ingreso campesino por los terratenientes y el Estado.

Aunque la emancipación y su secuela hicieron aún más problemática la supervivencia económica para sus miembros, paradójicamente, la comunidad campesina quedó liberada en muchos aspectos del control político de la nobleza y de sus administradores del Estado. Los campesinos recibieron derechos de autonomía bajo la supervisión de agentes burocráticos del Estado imperial.[61] El *mir,* o asamblea aldeana de todos los jefes de familia, se convirtió en centro de la autoridad política formal. Además de sus básicas funciones económicas de asignar tierra y regular el ciclo de las cosechas, el *mir* tenía ya responsabilidades para poner en vigor las obligaciones de la comunidad en materia de impuestos y pagos de deudas, así como la regulación del sistema de pasaportes que gobernaba los desplazamientos de los campesinos que salían de su aldea. El anciano elegido, tradicionalmente un jefe del *mir,* colectivamente autogobernado, se consideraba el responsable y era destituible por los capitanes y la policía de la tierra, los supervisores oficiales de

[60] Éste es el cálculo que considera Jenkins. Jenkins se basa especialmente en la detallada investigación de Teodor Shanin, *The Awkward Class,* Nueva York, Oxford University Press, 1972, Segunda parte. Shanin trata la creencia marxista de que la diferenciación económica entre las aldeas campesinas estaba generando una clase de *kulaks* ricos e independientes. Muestra que esta idea era errónea, porque investigadores como Lenin no tomaron en cuenta los efectos de las diferentes dimensiones de las familias campesinas. Una vez tomadas en cuenta las variaciones en las propiedades de tierra familiares, que se explican por las fluctuaciones del tamaño de la familia, entonces se explica una proporción considerable de la diferenciación económica en las filas del campesinado. La mayor parte de lo demás se debió, arguye Jenkins, no al desarrollo del estrato de *kulaks,* sino al absoluto empobrecimiento de quienes ya no podían producir su subsistencia y se veían obligados a alquilar las tierras asignadas a ellos, y a buscar empleos en la industria.

[61] Jenkins, "Agrarian Class Structures", pp. 131-132, y Alexander Vucinich, "The State and the Local Community", en *The Transformation of Russian Society,* ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, pp. 191-194.

los asuntos de la aldea. En este sentido, la dirección campesina de los asuntos de la aldea quedó modificada por las intrusiones burocráticas. Empero, el efecto general de las medidas posteriores a la emancipación fue aumentar el manejo colectivo de los campesinos de sus propios asuntos políticos locales, haciendo así a la aldea más autónoma y solidaria contra el exterior.

¿Cómo pudo existir entonces un juego de situaciones que mejor condujera a la revolución agraria? Una nobleza en decadencia económica y política mantenía, no obstante, una cabeza de puente en los campos, atada a los campesinos mediante relaciones de rentista abiertamente explotadora y que no respondían a ninguna función. Mientras tanto, las instituciones colectivas y la independencia política de las comunidades campesinas habían sido reforzadas, mientras sobre los campesinos caía la carga de mayores exigencias exteriores a las que habían de enfrentarse con los mismos métodos de producción. En realidad, como los impuestos que necesitaban los programas de industrialización de Witte coincidieron con la crisis agrícola general para hacer desesperada la situación de los campesinos, los disturbios locales ocurrieron más frecuentemente después de 1890, aun ante represión segura.[62] Todo lo que se necesitó para asegurar una conflagración general fue la falla de los controles coactivos. Ello ocurrió temporalmente en 1905, y de nuevo —esta vez irreversiblemente— en 1917. En ambas coyunturas la ocasión fue la guerra y la derrota de los ejércitos imperiales.

La repercusión de las crisis políticas de 1905 y 1917

La Revolución de 1905 comenzó en las ciudades, pero pronto cundió por los campos. Con el ejército atascado en la inútil guerra con el Japón y el gobierno preocupado por la inquietud urbana, los campesinos se unieron a la lucha al comenzar la primavera de 1905.[63] Durante un tiempo, los campesinos estuvieron libres de toda represión eficaz. Como apunta Gerschenkron:

> El gobierno había desarrollado desde tiempo atrás una sencilla técnica para enfrentarse a la violencia o la resistencia de los campesinos. Se

62 Volin, *Century*, cap. III y p. 95.

63 Para un análisis general de la Revolución de 1905 desde la "perspectiva campesina", véase Robinson, *Rural Russia*, caps. IX-X.

enviaba un destacamento del ejército a la aldea amotinada, a dispersar a la gente, de ser necesario mediante el uso de las armas de fuego, para detener a los cabecillas, organizar flagelaciones en masa y luego partir, habiendo restablecido la paz y el orden. Esos métodos fueron bastante eficientes mientras los amotinados fueron escasos y separados. Cuando se convirtieron en un fenómeno de masas casi ubicuo, mientras grandes segmentos de las fuerzas del gobierno se hallaban por causa de la guerra en el Extremo Oriente y cuando, además, la rebelión campesina coincidió con un difundido movimiento de huelga en los transportes, las comunicaciones y las fábricas, la revolución estuvo a la mano.[64]

Siguiendo su propio ritmo, marcado por las estaciones, el movimiento campesino alcanzó su clímax en el otoño de 1905; después se aplacó, tan sólo para revivir considerablemente en la primavera y el verano de 1906; sin embargo, durante la última mitad de 1906, el gobierno —habiendo reintroducido el ejército en la Rusia europea después de terminar precipitadamente la guerra ruso-japonesa en el otoño de 1905— pudo sorprender y reprimir violentamente la rebelión campesina.

Las acciones de los campesinos durante la abortada Revolución de 1905 siguieron ciertas pautas que hacen ciertas explicaciones más plausibles que otras. Los datos referentes a lo que ocurrió proceden de un cuestionario enviado en 1907 por la Sociedad Imperial de Libre Economía a sus corresponsales en cuarenta y siete de las cincuenta provincias de la Rusia europea. Los análisis de esta información han sido efectuados por G. T. Robinson, en su obra *Rural Russia Under the Old Regime*, (La Rusia rural bajo el antiguo régimen), y por Maureen Perrie, en un artículo intitulado "The Russian Peasant Movement of 1905-1907" [65]

Los inmediatos objetivos campesinos de la Revolución de 1905 eran abrumadoramente económicos, no políticos. Su querella era contra los terratenientes, y los conflictos con la policía y otros representantes del gobierno fueron principalmente subproductos de estos conflictos con los terratenientes. Según dice Perrie:

64 Gerschenkron, "Agrarian Policies", en *Continuity in History*, página 230.

65 Robinson, *Rural Russia*, pp. 152-153, y Maureen Perrie, "The Russian Peasant Movement of 1905-1907: Its Social Composition and Revolutionary Significance", en *Past and Present*, núm. 57, noviembre de 1972, páginas 123-155.

> Las formas adoptadas por el movimiento contra los terratenientes fueron determinadas básicamente por el sistema de tenencia de la tierra y las relaciones agrarias en cada localidad determinada. Donde más poderoso se mostró el movimiento fue en aquellas zonas, como en la Tierra Negra central, el Volga y Ucrania, donde la explotación de los campesinos rentistas por los terratenientes acomodados era mayor, o donde las más graves penalidades habían sido causadas por la transición de la agricultura, de rentista a capitalista en gran escala. Allí, la forma predominante del movimiento fue el ataque a la posesión del terrateniente. Ésta incluyó a menudo la destrucción de la casa señorial y demás edificios, para asegurarse de que el "amo" jamás retornaría, y la toma de las tierras y de la propiedad por los campesinos. En algunas regiones, como en las del Oeste, donde las posesiones eran trabajadas por un proletariado agrícola, fueron comunes las huelgas en pos de mejores salarios y condiciones.[66]

Quienes respondieron al cuestionario de 1907 minimizaron los efectos de la agitación por los partidos revolucionarios sobre los campesinos, pero sí subrayaron el hecho de que los guías locales a menudo eran campesinos con contactos y experiencias extralocales, como reclutas del ejército o trabajadores de las ciudades. Sin embargo, Robinson indica que

> la práctica de alejarse temporalmente de los pueblos para buscar trabajos asalariados estaba mucho más difundida, y este tipo particular de oportunidad de contacto de las masas con ideas urbanas era, por tanto, más general en las aldeas situadas al norte de la frontera que en las del Sur, mientras que la situación económica de los campesinos, en general, era más difícil en las *gubernias* que se hallaban en una extensa faja a lo largo y por debajo de este límite; y [...] con excepciones [...] no fue al norte de este límite, sino al sur de él, donde ocurrieron los más graves disturbios agrarios de este periodo revolucionario.[67]

Además, Robinson afirma que "probablemente no fue coincidencia pura que entre las veinte *gubernias* [provincias] en donde los terratenientes sufrieron las pérdidas más graves durante los disturbios del otoño de 1905, dieciséis muestran un predominio de tenencia repartida sobre las heredades, por familias campesinas individuales".[68] Por último, Perrie sostiene que "las más de las veces, los campesinos participaron en el

66 Perrie, "1905-1907", p. 127.
67 Robinson, *Rural Russia*, p. 155.
68 *Ibid.*, p. 153.

movimiento como aldea o comuna completa",[69] y que, en nombre del tradicional "principio laboral" de igual acceso a la tierra para todas las familias que la trabajaban, las comunidades campesinas frecuentemente atacaron a los campesinos ricos con granjas separadas individuales, así como las heredades de la nobleza.[70]

Por todo ello, es lícito concluir que los impulsos más profundos de las revueltas agrarias de 1905-1907 procedieron de las empobrecidas *obshchinas* campesinas de las provincias nucleares de la Rusia europea. La "razón" básica de la revuelta fue la estrechez económica, y una oportunidad buena fue aportada por la guerra ruso-japonesa. Ideas y formas absolutamente tradicionales de solidaridad comunitaria dieron forma a la lucha: "La base organizativa de la revolución campesina estaba, por así decirlo, *ya hecha* en las aldeas."[71]

Ciertamente, tal fue la conclusión a la que llegaron las autoridades zaristas. Habiendo sofocado la Revolución de 1905, el régimen zarista abandonó su política de apoyar a la comuna campesina. En las llamadas reformas de Stolypin decidió promover la descomposición de las tierras repartidas en heredades privadas y facilitar las ventas de tierra por los campesinos más pobres y las compras por los más ricos. Entre 1905 y 1917, estas medidas, aunadas a los acontecimientos económicos generales, ayudaron un tanto a aliviar el estancamiento agrario, a promover la migración permanente a las zonas industriales urbanas y a aumentar la diferenciación económica y el individualismo en los campos. Sin embargo, en 1917 —aun cuando la proporción de hogares campesinos que oficialmente trabajaban tierras, de acuerdo con la tenencia hereditaria, en oposición a la comunal, había aumentado de menos de un cuarto a más de la mitad— sólo un décimo de todas las familias campesinas, desde 1905, habían sido reasentadas en posesiones individuales consolidadas.[72] También debemos considerar que "después de una separación sólo de título, el antiguo vínculo de la tierra aún se conservaba en muchos de sus aspectos, y que ni siquiera una consolidación física logró en muchos casos cortar el último nexo de la propiedad común". Por tanto, hemos de convenir con Robinson en que "mucho sobrevivía de los antiguos intereses colectivos y del an-

69 Perrie, "1905-1907", p. 138.
70 *Ibid.*, p. 143.
71 Jenkins, "Agrarian Class Structure", p. 158.
72 Robinson, *Rural Russia*, pp. 225-226.

tiguo aparato de acción colectiva".[73] Aun donde las nuevas medidas tuvieron mayor éxito, promoviendo la migración permanente de los pobres o la separación de los campesinos ricos, simplemente puede haber reforzado la solidaridad radical y el control sobre las asambleas de aldea de los campesinos intermedios que se quedaban atrás. Más aún: las reformas de Stolypin sólo tuvieron "un escaso efecto en las provincias centrales donde era más agudo el problema campesino".[74]

Por todo ello, no es de sorprender que la revolución agraria de 1917 se asemejara mucho en sus formas y en su ritmo a la de 1905.[75] En la secuela de la Revolución de febrero contra el zarismo en las ciudades, el movimiento campesino contra las heredades locales comenzó en la primavera con invasiones de las propiedades de los terratenientes y con la negativa a prestar servicios o pagar alquileres. Luego, el conflicto gradualmente se aceleró y profundizó, hasta llegar a consistir en violentos ataques directos a las casas señoriales y en tomas de las heredades, para distribuir sus tierras entre los campesinos. Se alcanzó el clímax en el otoño de 1917, y fue oficialmente sancionado después de que los bolcheviques ocuparon el poder nacional urbano en octubre. Como en 1905, donde más violentas y radicales fueron las acciones campesinas fue "en el bloque de provincias que se hallan al sur y al sudeste de Moscú, y que forman las Regiones de Agricultura Central y del Medio Volga",[76] donde prevalecían los terratenientes rentistas y las comunas a base de tierras de reparto. Desde luego, por doquier los terratenientes, más tarde o más temprano, fueron expulsados, ya fuera por medio de acciones directas menos violentas de los campesinos y trabajadores agrícolas, o bien mediante la extensión administrativa de la política revolucionaria o por ambas cosas. Pero el movimiento campesino en las provincias del centro fijó el ritmo y el tono de la revolución agraria.

La diferencia verdaderamente importante entre 1917 y 1905

73 *Ibid.*, p. 227.

74 W. E. Mosse, "Stolypin's Villages", en *Slavonic and East European Review*, 43:101, junio de 1965, p. 273.

75 Para una visión general de las revueltas campesinas de 1917, véase William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, 2 vols., 1935, reimpresión, ed., Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965, vol. I, cap. XI, y John L. H. Keep, *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilization*, Nueva York, Norton, 1976, tercera parte, "The Countryside in Revolt".

76 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, p. 252.

estribó en lo que ocurrió al ejército. Mientras que en 1906 el ejército imperial casi intacto pudo ser empleado para aplastar las revueltas rurales, durante el verano y el otoño de 1917, se desintegró el jactancioso ejército que había sido movilizado para entablar una guerra total europea. La derrota decisiva de la ofensiva de junio en Austria fue la que, por último, volvió derrotistas a las tropas del frente.[77] Después de ello, la disolución del ejército y la profundidad de la revuelta agraria se entremezclaron. Los ex soldados volvieron a las aldeas para unirse, y a menudo para encabezar los repartos de tierras. El Gobierno Provisional no tuvo tropas de confianza para suprimir al movimiento espontáneo y violento contra la propiedad, que nunca pudo aceptar ni apoyar. Y los campesinos se envalentonaron cada vez más al sentir que no había fuerza oficial que pudiera lanzarse contra ellos, y cuando el poder social de su solidaridad colectiva se reforzó con las armas de los ex soldados. "Aparte del resentimiento por los ineficaces intentos de represión del Gobierno y del impulso natural, con el paso del tiempo, el ímpetu del movimiento campesino en el otoño de 1917 se explica por la llegada de más y más soldados, desmovilizados y 'autodesmovilizados' a las aldeas."[78] Ante todo, la llegada de los soldados y el desplome de la represión oficial que implicaba, selló el triunfo de la revolución campesina de 1917, en contraste con su costosa derrota de 1906-1907.

El resultado nivelador en Rusia

Lo que más pedían los campesinos rusos de la Revolución y lo que inmediatamente lograron fue la posesión de la tierra y los medios disponibles para trabajarla.[79] Virtualmente por doquier, las heredades de la nobleza fueron tomadas o requisadas, y sus tierras labrantías, bosques y aguas, ganado, edificios y herra-

[77] Sobre los acontecimientos en el ejército, véase Marc Ferro, "The Russian Soldier in 1917: Undisciplined, Patriotic, and Revolutionary", en *Slavic Review*, 30:3, septiembre de 1971, pp. 483-512, y Allan Wildman, "The February Revolution in the Russian Army", *Soviet Studies*, 22:1, julio de 1970, pp. 3-23.

[78] Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, pp. 252-253.

[79] Sobre las realizaciones generales de las revueltas campesinas de 1917-1918, véase (además de Chamberlin) Volin, *Century*, cap. VI; Shanin, *Awkward Class*, cap. VIII, y Keep, *Russian Revolution*, caps. XV, XVI, XXIX, XXX.

mientas fueron repartidos entre los campesinos. En muchos casos (aunque no en todos) el propio propietario fue violentamente atacado, y los edificios quemados para asegurar lo irrevocable de la transferencia: "un hombre explicó en un lenguaje extraño que su objetivo era: 'los *muzhiki* [campesinos] están destruyendo los nidos de hidalgos para que el pajarito nunca pueda retornar'; el 'pajarito' es un eufemismo por la propiedad terrateniente en grande escala".[80] Además de las heredades, los campesinos, especialmente en las provincias centrales, se apoderaron de las granjas de los *khutors*, campesinos que habían consolidado propiedades individuales y las habían separado de la *obshchina* (quizá en respuesta a las reformas de Stolypin). De manera semejante, hicieron presión sobre los campesinos que poseían granjas individuales dentro de las aldeas, para que una vez más las entregaran a las disciplinas colectivas de repartición y cultivo coordinado.

En conjunto, el campesinado ruso obtuvo la posesión de la tierra y de los recursos que anteriormente estaban en poder de los terratenientes, y se liberó de las obligaciones de pagar alquiler a los antiguos propietarios de las heredades. Desde luego, hubo pérdidas, así como ganancias, porque gran parte de las tierras apropiadas antes habían sido alquiladas a campesinos y porque las posibilidades de trabajo asalariado desaparecieron junto con las heredades. En una estadística de la época se mostró un aumento medio de las tierras ocupadas por los campesinos de cerca de tres a cinco acres por familia.[81] Pero hubo enormes variaciones a través de las provincias y aun de las localidades, porque el aumento de las tierras campesinas dependió de la localización exacta de las propiedades nobles y zaristas que fueron tomadas. Más aún: no todas las tierras ganadas fueron igualmente útiles. Y no todas ellas fueron realmente cultivadas, aun si fueron útiles, porque sus nuevos propietarios a menudo carecían de las necesarias semillas o herramientas. En general, muchas familias campesinas no obtuvieron mucho de la revolución agraria.[82]

De mayor interés y significado que los resultados agregados fueron los efectos de distribución entre los campesinos. En 1919, virtualmente toda la agricultura de Rusia se había conver-

80 Keep, *Russian Revolution*, p. 213.

81 *Ibid.*, p. 414.

82 Shanin se muestra especialmente pesimista a este respecto.

tido en actividad de pequeños campesinos; pues, como lo ha indicado Chamberlin, "el resultado general de la toma de tierras campesinas de 1917 fue una general nivelación de la agricultura campesina".[83] Las familias campesinas más ricas eran proporcionalmente pocas y poseían, en general, menos tierras, menos vacas y caballos. Las familias que antes fueron de mediana riqueza parecen haber sostenido su posición, o ganado un poco. Y ciertamente, las filas intermedias se engrosaron proporcionalmente con la revolución agraria. Los más ganancioso fueron los campesinos antes pobres en tierras, que se beneficiaron especialmente por la división de las heredades. De manera similar muchos labradores sin tierras (aunque no todos) y otras personas sin tierras que volvieron a las aldeas durante la crisis, recibieron modestas posesiones.[84]

Está claro que las realizaciones de la revolución campesina rusa de 1917 contrastan de manera importante con las realizaciones de la revolución campesina francesa de 1789. En Francia, los derechos y controles señoriales fueron abolidos por los campesinos rebeldes; pero la propiedad privada, que incluía tanto las grandes heredades como las ricas granjas campesinas, fue respetada y no se atacó. Y entre el campesinado francés los más beneficiados fueron aquellos campesinos ricos y de medianos ingresos que ya poseían sus propias tierras (y otros medios de producción). En cambio, en Rusia la revolución campesina no sólo abolió los derechos de renta de los terratenientes, sino que también se apoderó de la mayoría de las propiedades inmuebles, y las redistribuyó. Esto funcionó para enorme beneficio de los campesinos más necesitados y pobres en tierras. Empero, es cierto que los procesos de las revoluciones campesinas francesa y rusa fueron similares en muchos aspectos. Y tanto las similitudes como las diferencias pueden explicarse, analíticamente, en términos comparables.

Por una parte, tanto en Rusia como en Francia, la asamblea campesina, relativamente autónoma como lo era de todo control exterior, aportó la base organizativa para las revueltas espontáneas y autónomas. Como lo ha dicho Teodor Shanin de la rebelión campesina en Rusia, "su organización fue notable. Las asambleas de aldeas decidían cómo repartir las propiedades no

83 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 1, p. 256.

84 Keep, *Russian Revolution*, pp. 412-413, informa de estadísticas soviéticas de 1919, que presentan este cuadro de los efectos distributivos generales.

campesinas en cada localidad. Luego se emprendía acción, siendo obligadas todas las familias a participar para asegurar el triunfo, y la igual responsabilidad en caso de posibles represalias siguientes".[85] Por más que las autoridades superiores trataran de controlar o de canalizar las revueltas campesinas locales, tuvieron poco éxito.[86] Los comités de tierra, organizados por el Gobierno Provisional como parte de la burocracia que moderara la revolución agraria, se vieron infiltrados desde abajo y redirigidos hacia las propias metas campesinas de apropiación de tierras y autonomía local. Algo similar ocurrió a los órganos del Partido Socialista Revolucionario y a los *soviets*, inspirados por los bolcheviques, durante 1917-1918. En consecuencia, nadie (incluso los bolcheviques, después de octubre) pudo mantener la integridad económica de las grandes propiedades. Y la naturaleza y extensión de las redistribuciones de propiedades fueron determinadas en los niveles de aldea, distrito o, cuando mucho, condados, según la extensión de la cooperación popular entre las aldeas vecinas. El irónico resultado pudo ser que en algunas partes de ciertas provincias o condados, los campesinos obtuvieron más tierra que repartir, que en otros lugares, mientras que las autoridades superiores eran incapaces de promover una más general redistribución. Sin embargo, no es absurdo por ello, si se piensa que la revolución agraria fue ante todo autónomamente controlada por las propias asambleas aldeanas locales.

Otra comparación con Francia nos indica una diferencia entre ambas revoluciones campesinas. En ambos casos, revueltas campesinas localmente controladas recibieron una influencia de la naturaleza específica de las crisis políticas que abarcaban a toda la sociedad, dentro del marco en el cual ocurrieron. En Francia, la crisis revolucionaria fue básicamente un acontecimiento político interno. Aunque la administración y el ejército reales finalmente se encontraron lo bastante debilitados para resultar ineficaces contra los campesinos, no hubo nada similar al súbito desplome de los enormes ejércitos que en Rusia habían sido movilizados para luchar durante la primera Guerra Mundial. Ese desplome no sólo fue esencial para el triunfo de la revolución campesina rusa: también influyó sobre la rapidez y la forma de las realizaciones campesinas; pues gran parte de la

85 Shanin, *Awkward Class*, p. 150.

86 Keep, *Russian Revolution*, caps. XVII-XIX, XXVIII, nos ofrece un valioso relato de la interacción entre las organizaciones administrativas políticas campesinas locales y nacionales.

política intra-aldeas de la Rusia rural en 1917 tomó la forma de hombres jóvenes, que habían llevado sus armas, sus ideas de su experiencia militar de tiempo de guerra, desafiando a la autoridad y la precaución de los más viejos dirigentes tradicionales del *mir*, que a menudo también eran jefes de patriarcales y extensas familias. El resultado fue, casi ciertamente, llevar la revolución agraria a su conclusión, de manera más rápida y violenta. Además, una parte de la explicación del nivelamiento de las familias campesinas ricas que ocurrió durante 1917-1918 es que las familias antes extensas tendieron a descomponerse durante la crisis, dejando más familias en general, con menor tamaño y riquezas proporcionales.[87] Parte de esto seguramente ocurrió como subproducto de la afirmación de los hombres más jóvenes. Esto, a su vez, puede atribuirse al hecho de que la crisis política revolucionaria de Rusia llegó en mitad (y por causa de), la derrota nacional en una enorme guerra moderna. En contraste, en Francia la crisis política revolucionaria primero invadió las aldeas cuando el rey convocó a elecciones en los Estados Generales. Por muy radical que fuera, podemos imaginar que las asambleas de aldea para la ocasión, fueron convocadas y encabezadas, no (como en Rusia) por "jóvenes turcos" militantes, sino por unos habituales influyentes de la comunidad (más viejos y también más ricos).

Por último, llegamos al común factor analítico que da sentido a la diferencia principal entre ambas revoluciones campesinas: así como la base socioeconómica de la comunidad campesina francesa puede explicar las realizaciones y los límites de la revolución campesina en Francia, así también la base, cualitativamente distinta, de la *obshchina*, nos da la clave del contenido de la victoria campesina en Rusia. Las comunidades campesinas francesas, basadas como lo estaban simplemente en la coordinación del ciclo agrícola y la administración de las tierras comunes residuales, soportaron las revueltas antiseñoriales de 1789. Pero después se desintegraron ante los intereses conflictivos de los campesinos más ricos o más pobres por los derechos de propiedad privada. En contraste, la *obshchina* rusa, aunque reconoció y posibilitó el cultivo y la tenencia de familias campesinas individuales, no legitimó la propiedad privada de las tierras como tal. Antes bien, "toda la tierra pertenecía a Dios", y la comunidad campesina en general se esforzó por tener acceso a lo más que fuera posible y luego repartirlo más o menos equitativamen-

[87] Véase especialmente Shanin, *Awkward Class*, pp. 153 y *ss*.

te, entre las familias (o bien según su número de trabajadores varones adultos, o su número de "bocas" o alguna combinación de estos criterios). Además, todas las asignaciones de tierras sólo fueron temporales, hasta la siguiente repartición periódica, cuando las familias, en particular, ganarían o perderían fajas de tierra, de acuerdo con su tamaño relativo. Es obvio que las comunidades campesinas con este tipo de base socioeconómica no hicieron nada por imponer el respeto a la propiedad privada (especialmente, no a la de los explotadores terratenientes) entre los campesinos rusos. Más aún: el aspecto del reparto de la *obshchina* dio enorme influencia a los partidarios del igualitarismo dentro de la aldea rusa.

Durante 1917, en Rusia, el ritmo de la revolución campesina fue fijado donde fue más poderosa la *obshchina.* Y aun en las regiones en que la tenencia comunal o el reparto había caído en desuso, estas prácticas fueron resucitadas a menudo para la ocasión revolucionaria. Unos observadores de la época escribieron que "la comuna agrícola, surgida a la vida con fuerza excepcional, indudablemente fue el básico núcleo ideológico del mecanismo social, que en realidad efectuó la revolución agraria entre el propio campesinado".[88] Y ello es comprensible ya que la *obshchina* era el instrumento mejor y más familiar de que disponían los campesinos para atacar efectivamente a sus antagonistas terratenientes. Y fue el interés colectivo de la *obshchina* en extender sus posesiones, así como su tradicional hostilidad a los derechos de propiedad privada, los que hicieron la revolución campesina rusa tan generalizada y niveladora en sus realizaciones.

Dos contrapuntos: la ausencia de revueltas campesinas en las revoluciones inglesa y alemana

Los levantamientos agrarios que contribuyeron de manera indispensable a las revoluciones sociales francesa y rusa pudieron ocurrir porque los dos antiguos regímenes eran, de maneras similares, estructuralmente proclives a revueltas campesinas contra los terratenientes. Como las crisis políticas revolucionarias habían depuesto a los monarcas absolutos y desorganizado a los gobiernos y ejércitos centralizados, las relaciones de clase agrarias y las disposiciones políticas locales en Francia y en

[88] Citado en *ibid.*, p. 151.

Rusia permitieron a las comunidades campesinas cobrar suficiente solidaridad y autonomía para golpear a la propiedad y los privilegios de los terratenientes. Las condiciones que fueron tan conducentes a las revueltas campesinas no se dieron en todos los países, ni mucho menos. Y su ausencia pudo explicar por qué una revolución social victoriosa no pudo ocurrir ni aun contando con una crisis política social. Una vez más, como en nuestro examen de las causas de las crisis políticas revolucionarias del capítulo II, podemos ayudar a confirmar lo apropiado de las hipótesis planteadas acerca de los casos positivos de las revoluciones sociales, estableciendo contrastes con ciertos casos en que no ocurrieron revoluciones sociales victoriosas. La Revolución inglesa del siglo XVII y la Revolución alemana de 1848-1850 son dos de tales casos. Aun cuando sus características y resultados respectivos fueron totalmente distintos —la Revolución inglesa fue una revolución *política* victoriosa, mientras que la Revolución alemana fue una revolución social *abortada*— ambas se vieron impedidas de llegar a ser victoriosas transformaciones sociorrevolucionarias. Esto fue así, en gran parte, porque la clase agraria y las estructuras políticas de los antiguos regímenes inglés y alemán (al este del Elba) dieron un poder predominante a los terratenientes y no a las comunidades campesinas. Las capacidades y los intereses políticos nacionales de las clases superiores terratenientes inglesa y al este del Elba no eran las mismas; de ahí las diferencias entre las revoluciones en general. Pero para nuestros propósitos actuales, el elemento significativo es que, en contraste con Francia y Rusia, los terratenientes ingleses y alemanes no pudieron ser desafiados desde abajo, ni aun durante las crisis políticas revolucionarias. Para ver por qué no fue así con mayor detalle, examinemos brevemente cada caso, por turnos.

La Revolución parlamentaria inglesa

Los acontecimientos claves de la Revolución inglesa cubren la mitad del siglo XVII, desde la convocación del Parlamento largo, en 1640, hasta la "Revolución Gloriosa" de 1688-1689, aun cuando la mayor parte de la acción que nos interesa ocurrió entre 1640 y 1660.[89] En muchos aspectos, la dinámica de la

[89] Pueden encontrarse buenos análisis históricos en G. E. Aylmer, *The Struggle for the Constitution*, 2ª ed., Londres, Blandford Press, 1968, y Christopher Hill, *The Century of Revolution, 1603-1714*, Nueva York, Norton, 1966.

Revolución inglesa se asemejó a la de la Revolución francesa. Carlos I, ante una crisis financiera provocada por la guerra, convocó a un Parlamento dominado por la clase superior. Este Parlamento pronto pasó a la ofensiva contra la política del rey y exigió cambios institucionales que limitaran los poderes reales. El Parlamento se benefició por las manifestaciones populares (especialmente de jornaleros, artesanos y otros que eran pequeños propietarios)[90] y de una revolución municipal en Londres.[91] Este levantamiento le dio algunos de los recursos administrativos y militares que necesitaba para impedir un intento de golpe de Estado real, y después, para alinear sus fuerzas contra los monarquistas en la guerra civil. Unas crisis sucesivas dividieron y polarizaron a los primeros partidarios de la Revolución. Y, antes de ser, a la postre, invertida durante los decenios de 1650 y 1660, la radicalización de la Revolución culminó en la detención y en la ejecución del rey, la declaración de una República, la aseveración popular de demandas políticas y sociales democráticas, y el establecimiento de emergencia de una dictadura política y militar centralizada. Todo esto fue realmente muy similar a los acontecimientos que marcarían la trayectoria de la Revolución francesa, ciento cincuenta años después.

En parte por causa de tales semejanzas y en parte porque ambas revoluciones ocurrieron en países que se habían vuelto democracias liberales y capitalistas, las revoluciones inglesa y francesa a menudo son llamadas "revoluciones burguesas". Lo apropiado que pueda ser este nombre para cada revolución,[92] no debe cegarnos ante las muy importantes diferencias que existen entre ambas. Aunque la Revolución inglesa ciertamente fue

90 Aunque yo no estoy de acuerdo con sus interpretaciones, Brian Manning nos ofrece un vívido relato de la movilización popular en "The Nobles, the People, and the Constitution", en *Crisis en Europe, 1560-1660*, ed. Trevor Aston, Nueva York, Doubleday [Anchor Books], 1967, pp. 261-284, y "The Outbreak of the English Civil War", en *The English Civil War and After*, ed. R. H. Parry, Berkeley, University of California Press, 1970, pp. 1-21.

91 Véase Valerie Pearl, *London and the Outbreak of the Puritan Revolution*, Londres, Oxford University Press, 1961.

92 En el capítulo V analizaré lo apropiado de la expresión "revolución burguesa" para la Revolución francesa. Para la Revolución inglesa el nombre puede ser apropiado, siempre que no implique sino una revolución *política* realizada por una clase con considerables intereses capitalistas. Sin embargo, por lo general el término lleva la implicación añadida de que una revolución se realiza a través de lucha de clases y transforma la estructura de clase, y éstos *no* fueron rasgos de la Revolución inglesa del siglo XVII.

Xquano cuenta. Hacer folio? ...

una revolución triunfante, no fue una revolución *social* como la francesa. No se logró mediante una lucha de clases, sino mediante una guerra civil entre segmentos de la clase terrateniente dominante (en que cada bando consiguió aliados y partidarios de todas las demás clases y estratos). Y mientras que la Revolución francesa transformó marcadamente las estructuras de clase y sociales, la Revolución inglesa no lo hizo. En cambio, revolucionó la estructura política de Inglaterra. Abolió el derecho (y la capacidad institucional) del rey para intervenir en los asuntos religiosos, políticos y económicos locales, y, en general, le obligó a gobernar sólo con la confianza y el apoyo legislativo del Parlamento.[93] En adelante, el Parlamento, por ley, se reuniría regularmente, y llegó a ser la arena central de la política nacional británica, segura y únicamente controlada por la clase dominante hasta el siglo XIX. Desde luego, esta revolución política funcionó para fomentar el mayor desarrollo socioeconómico en Inglaterra. Sin embargo, lo hizo, no porque súbitamente colocara a una nueva clase en el poder, sino porque reforzó y confirmó el directo control político de una clase dominante que ya tenía muchos miembros (bien distribuidos y socialmente integrados) dedicados a la agricultura y al comercio capitalistas.

En realidad, si deseamos comprender la Revolución inglesa, habremos de observar la clase que la lanzó, la llevó a cabo y por último se benefició con ella. Esta clase, aunque de componentes mercantiles, fue fundamentalmente una clase superior de terratenientes, formada por un pequeño estrato elitista de aristócratas jurídicos y una gran mayoría de ricos terratenientes (que en lo social eran considerados como caballeros, aunque no hubiesen sido formalmente ennoblecidos). En marcado contraste con los aristócratas, señores y otros *privilegiés* de Francia, después de 1789, esta clase superior terrateniente inglesa no fue de ninguna manera (estructuralmente) desplazada por la Revolución. Cierto: hubo desafíos a su hegemonía especialmente de parte de los niveladores, demócratas populares un tanto similares (aunque mucho menos importantes) a los *sans-culottes* (descamisados) de la Revolución francesa.[94] Pero lo que faltó

[93] Para interpretaciones de la Revolución inglesa de acuerdo con estos lineamientos, véase especialmente Perez Zagorin, "The Social Interpretation of the English Revolution", en *Journal of Economic History*, 19:3, septiembre de 1959, pp. 376-401, y Lawrence Stone, *The Causes of the English Revolution 1529-1642*, Nueva York, Harper & Row, 1972.

[94] El relato más completo de los Niveladores es el de H. N. Brailsford, *The Levellers and the English Revolution*, ed. Christoper Hill, Stanford, Stanford University Press, 1961.

en Inglaterra —algo que habría constituido a la vez un ataque directo a la base del poder de la clase dominante y una apertura para los radicales urbanos— fueron unas difundidas revueltas campesinas contra los terratenientes. Y no es difícil comprender por qué tales revueltas faltaron cuando examinamos la clase agraria y las estructuras políticas locales que existían en Inglaterra en aquella época.

En el siglo XVII, el campesinado inglés, aunque no tan marginal como con el tiempo llegaría a serlo, había perdido la batalla por conservar el control sobre casi la mitad de las tierras labrantías que había ocupado, sometida a los señores, en tiempos medievales.[95] Había aquí cierta ironía trágica. Como el campesinado francés, también el inglés había ganado su libertad de toda servidumbre durante los siglo XIV y XV, pero, a diferencia de los franceses, los ex siervos ingleses no lograron obtener una tenencia segura de sus parcelas acostumbradas. Al principio, parecieron encontrarse mejor a este respecto que los franceses, porque se libraron de los derechos señoriales y empezaron a establecer claras pretensiones a sus tierras. Mas los terratenientes ingleses lograron extender sus propios dominios manteniendo a muchos campesinos como *copyholders*, lo que significaba que sus parcelas sólo podían venderse o heredarse mediante el pago de multas al señor. Y, como escribe el historiador de la economía Robert Brenner, "a la postre, las multas a menudo parecen haber dado a los terratenientes la influencia que necesitaban para disponer de habituales inquilinos campesinos".[96] El camino quedó abierto para que los terratenientes engrosaran y cerraran grandes posesiones para alquilar (a la manera capitalista) a sus aparceros, acontecimiento que fue muy favorecido por las nuevas oportunidades del mercado para los productores de granos y de algodón, a partir del siglo XVI. La consecuencia fue que, al llegar el siglo XVII, los terratenientes ingleses parecen haber poseído al menos dos tercios de las tierras, los que (a diferencia de los franceses) no sólo estaban alquilando a los

[95] La aproximación de "un medio" procede de F. M. L. Thompson, "The Social Distribution of Landed Property in England since the Sixteenth Century", en *The Economic History Review*, 2ª serie, 19.3, 1966, página 513.

[96] Robert Brenner, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe", *Past and Present*, núm. 70, febrero de 1976, p. 62. Todo el párrafo se basa en la síntesis de Brenner, pp. 61 y *ss.* Desde luego, un argumento clásico es el de R. H. Tawney, *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, 1912; reimpresión, ed. Nueva York, Harper & Row, 1967.

campesinos en pequeñas parcelas, sino también alquilando a menudo con fines comerciales.[97]

De manera similar, durante todo el periodo (desde el siglo XV), la comunidad campesina en muchos lugares fue polarizada desde dentro, por una parte, por el surgimiento de prósperos granjeros acomodados, dedicados con éxito al comercio (algunos llegaron a ser inquilinos de grandes terratenientes y otros llegaron a ser propietarios absolutos de las tierras) y, por otra parte, el declinar, hasta la pobreza o la inseguridad, de labradores con tierras inadecuadas.[98] Éstos llegaron a ser cada vez más dependientes de la labor de sus sirvientes o (cuando había) del trabajo asalariado. A diferencia de la situación en Francia, donde desde luego también hubo cierta diferenciación económica, ricos y pobres no pudieron unirse contra los derechos y controles señoriales que afectaban a todos los campesinos, pues tales derechos y controles no existían en Inglaterra.

Como si todos esos impedimentos socioeconómicos no bastaran, los acuerdos políticos locales en la Inglaterra del siglo XVII eran aún más desfavorables a las acciones difundidas y concertadas de los campesinos contra los terratenientes. Y éstas afectaron por doquier a los campesinos, aun en los muchos lugares en que no predominaban los terratenientes. No había asambleas de aldeas gobernadas por los campesinos y parcialmente sujetas a la burocracia real y parcialmente protegidas del predominio de los terratenientes por esa misma burocracia, pues los reyes (o las reinas) de Inglaterra no tenían ejércitos de planta ni burocracias que penetraran (siquiera nominalmente) en las localidades. En cambio, desde el tiempo de Enrique VIII, gobernaron (en caso de hacerlo) mediante nominados que no gozaban de sueldos escogidos entre los gentileshombres campesinos.[99] Los caballeros poseedores de tierras servían como lugarteniente, subteniente, justicia de paz y *sheriff* del señor. Y la clase próspera, aliada a ellos, ocupó a menudo importantes cargos subordi-

[97] Thompson, "Social Distribution", pp. 513-517.

[98] *Ibid.*, y Peter Laslett, *The World We Have Lost*, 2ª ed., Nueva York, Scribner, 1971, caps. II-III.

[99] Los antecedentes de este párrafo provienen de Aylmer, *Struggle*, pp. 20-22; Christopher Hill, *Reformation to Industrial Revolution*, Baltimore, Penguin Books, 1969, pt. 2; Ivan Roots, "The Central Government and the Local Community", en *The English Revolution 1600-1660*, ed. E. W. Ives, Nueva York, Harper & Row, 1971, pp. 36-47, y Laslett, *World Lost*, cap. VIII.

nados, como el de alguacil.[100] El clero parroquial, lejos de ser, como en Francia, potencial aliado o protector de los campesinos, era nombrado por los terratenientes, y leal a ellos. Estos establecimientos de tierras, como apropiadamente puede llamárseles, controlaban todos los asuntos políticos y judiciales de importancia. Impartían justicia, gobernaban la milicia, aplicaban las leyes de los pobres y ponían en vigor las decisiones reales que se sintieran inclinados a imponer. Los campesinos en general no tenían unidad ni autonomía ante estos establecimientos del condado, pues los ricos en realidad eran elegidos como funcionarios subalternos, y los labradores y sirvientes, por lo general, tenían fuertes nexos con sus amos terratenientes. Aun cuando surgieron desórdenes locales, como una resistencia al encercamiento, los terratenientes amenazados tuvieron a mano buenos instrumentos para la represión.

En realidad, fue de los bastiones del poder político en el nivel del condado de donde surgió la fuerza de unión para la clase superior terrateniente en Inglaterra, por medio de sus representantes elegidos al Parlamento, en 1640-1641, para desafiar al potencial absolutista Carlos I en nombre de la libertad de las clases altas. Y durante toda la guerra civil, mientras las pugnas políticas nacionales dividían a los "dirigentes naturales", siguieron operando las maquinarias políticas en el nivel del condado. Las más de las veces, estas maquinarias permanecieron bajo la guía de las familias campesinas que estuviesen atadas a la facción en ascenso; y al mismo tiempo, el parentesco y las relaciones sociales siguieron funcionando para unir a las clases terratenientes locales.[101] Tan sólo en el clímax radical de la Revolución, los comités de condado que gobernaban cada localidad a veces cayeron bajo la guía de gente que no procedía de la clase dominante, como los hacendados. Y sin embargo, aun los hacendados, por mucho que simpatizaran con las ideas de los niveladores acerca de la democracia política para todos los ciudadanos económicamente independientes, no tenían interés en dirigir (ni en permitir) una revuelta campesina contra los terratenientes.

100 Mildred Campbell, *The English Yeomen Under Elizabeth and the Early Stuarts,* New Haven, Yale University Press, 1942, cap. IX.

101 Véase Alan Everitt, "The County Community", y D. H. Pennington, "The Country Community at War", en *The English Revolution 1600-1660,* ed. E. W. Ives, Nueva York, Harper & Row, 1971, pp. 48-63 y 64-75. Para un estudio detallado de un país, véase especialmente Alan M. Everitt, *The Community of Kent and the Great Rebellion, 1640-1660,* Bristol, Inglaterra, Leicester University Press, 1966.

Además, la fase radical de la Revolución, con su doble amenaza (desde el punto de vista de la clase superior terrateniente) de centralización política y nivelación social, pronto pasó. La clase superior campesina aceptó volver a la monarquía restaurada, aunque esta vez una monarquía que hubiese de respetar el control último de los gobernantes de los condados y del Parlamento sobre las fuerzas militares, los impuestos, los asuntos de la Iglesia y la regulación económica. Cuando otro monarca Estuardo empezó a olvidar esto durante el decenio de 1680-1689, pronto se lo recordaron (y lo reemplazaron), esta vez con muy poco escándalo. Mientras tanto, las clases bajas de la Inglaterra preindustrial permanecían a la defensiva en lo político y en lo económico mientras el país avanzaba hacia la industrialización capitalista. Ellos —especialmente los campesinos— no habían poseído la fuerza necesaria para desafiar a la clase superior terrateniente, aun cuando ésta disputara con la monarquía y dentro de sus propias filas durante la Revolución inglesa. Por consiguiente, la Revolución no pasó de ser una revolución política dominada por la clase superior, en vez de desarrollarse en una revolución social desde abajo.

Ahora correremos doscientos años de historia para contemplar brevemente otra revolución, esta vez una revolución social abortada, donde la ausencia de revueltas campesinas contra una clase terrateniente firmemente arraigada también estableció toda la diferencia.

La fallida Revolución alemana de 1848-1850

La Revolución alemana de 1848-1850 fue en realidad una serie de revueltas centradas básicamente en las capitales urbanas de las varias monarquías y de los varios principados separados que constituían la muy poco integrada Confederación Germánica. No pasaron de ser un conjunto de racha de revueltas similares que pasaron por toda Europa. Sin embargo, culminaron en un intento concertado por establecer, mediante la labor del Parlamento de Francfort, una nación alemana unificada liberal-demócrata, con el anterior rey de Prusia como monarca constitucional elegido.[102]

[102] Para versiones de la Revolución alemana de 1848-1849, véase Hajo Holborn, *A History of Modern Germany, 1840-1945*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969, caps. II y III, y Theodore S. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1958. En toda esta sección me he basado en estas fuentes.

El programa social y político elaborado por los liberales alemanes reunidos en Francfort —derechos civiles liberales para todos los ciudadanos, gobierno representativo, supresión de los obstáculos sociales y políticos a la unificación nacional y la libertad económica— no fue muy distinto del que se aplicó en 1789-1790 por los monarquistas constitucionales de la Revolución francesa. Esto no debe sorprendernos, porque Alemania, en 1848, no estaba más desarrollada en lo económico y en lo político que Francia en 1789. Y la composición social del Parlamento de Francfort (en su mayoría, abogados, al servicio del gobierno o no) era muy similar a la integración de las Asambleas revolucionarias francesas.[103]

También hubo importantes similitudes entre la dinámica de la Revolución alemana y la de la francesa. En ambos casos, unos políticos liberales subieron al poder oficial cuando los monarcas se encontraron a la defensiva ante los levantamientos populares, especialmente los de artesanos, tenderos y jornaleros de las ciudades, enfurecidos por las duras condiciones económicas durante las recesiones. A menudo se ha insistido, en las historias de la Revolución alemana, en que los objetivos de tales rebeldes populares —alimentos más baratos, salarios más altos, garantías políticas y organización de gremios y/o empleos— no estaban relacionados con los objetivos políticos de los políticos liberales y eran antitéticos a las ideas económicas liberales dominantes *(laissez-faire)* de la época. En realidad, esto suele citarse como explicación principal del fracaso de la Revolución alemana.[104] Pero, desde luego, durante la Revolución francesa, los objetivos populares y "liberales burgueses" también se encontraron en contraposición,[105] y sin embargo la gran Revolución alcanzó el triunfo.

Lo que realmente diferenció la Revolución alemana de la francesa, y puede explicar decisivamente el fracaso de 1848-1850, fue la capacidad del rey de Prusia, después de un año de política revolucionaria, para poner un alto decisivo a todo el

103 Hamerow, *Restoration*, pp. 124-125. Compárese esto con Norman Hampson, *A Social History of the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1963, pp. 60-61, 132-133.

104 Este tema es central en Hamerow. Véase también Holborn, *History*, páginas 99-100.

105 Ningún historiador importante de la Revolución francesa deja de subrayar esto, incluyendo a Albert Soboul, Georges Lefebvre, Norman Hampson y Alfred Cobban.

asunto. Pudo pasar por alto la Constitución de Francfort, tan laboriosamente construida, disolver el Parlamento y aplastar toda resistencia por toda Alemania. Fácilmente podemos imaginar que, en la Francia de 1790, Luis XVI habría quedado encantado de poder hacer lo mismo. Mas no fue así. ¿Cómo explicar tal diferencia?

Parte de la respuesta se encuentra en la conducta contrastante de la clase dominante francesa en 1787-1788, y de los *Junker* prusianos en 1848. Ya hemos señalado que los estratos privilegiados franceses, al lanzar la Revolución, hicieron que los ejércitos reales ya no fueran de confianza como instrumentos para suprimir las iniciales manifestaciones populares y pusieron en movimiento procesos dentro y fuera del ejército que facilitaron la final descomposición de la disciplina militar. En cambio, la Revolución alemana no fue lanzada por revueltas de nobles contra los monarcas. En cambio, fue desencadenada por las noticias de la Revolución parisiense, súbitamente triunfal, en contra de Luis Felipe, acontecimiento que envalentonó a los amotinados en las capitales alemanas y puso nerviosos a los monarcas alemanes y dudosos de su capacidad de mantenerse en el poder sin hacer concesiones políticas a los liberales. Específicamente, en Prusia, los "acontecimientos revolucionarios" de toda Europa se combinaron con la noticia de la caída de Metternich en Austria y el brote de violencia en Berlín entre soldados y manifestantes populares, todo lo cual inauguró grandes cambios. El tímido Federico Guillermo IV, actuando contra el vehemente consejo de sus asesores militares, retiró su ejército de Berlín, autorizó la creación de una milicia urbana y entregó los poderes ministeriales a los liberales.

Así, la monarquía prusiana (como otras muchas monarquías alemanas) acaso no estuviera tan debilitada, al tomar el poder los liberales, como se encontró la monarquía borbónica en Francia, en 1789. Sin embargo, había surgido una situación potencialmente sociorrevolucionaria, tanto en Prusia en la primavera de 1848 como en Francia a comienzos del verano de 1789. En ambos casos, la monarquía se encontraba a la defensiva ante una revolución municipal, y su monopolio militar y su autoridad se hallaban debilitados. Cuando Luis XVI ordenó a sus tropas salir de París después del 14 de julio de 1789, también él o algunos de sus partidarios seguramente esperaron que podrían emplearlas más adelante, de ser necesario. Pero las primeras vacilaciones de Luis XVI se convirtieron en una derrota para él, así como para la monarquía y la nobleza, mientras que el igualmen-

te indeciso y tímido Federico Guillermo IV demostró ser capaz de cambiar de opinión un año después.

Sin duda, una parte importante de la explicación de la contrastante evolución de los hechos se encuentra en el hecho de que las revueltas populares, particularmente campesinas, no promovieron la disolución de los ejércitos prusianos en 1848-1849. En contraste, para 1790, después de año y medio de revueltas populares urbanas y rurales por toda Francia, los ejércitos reales franceses habían sufrido deserciones en masa y una politización que condujeron al desplome de la disciplina, así como la pérdida de miles de oficiales nobles que se vieron obligados a emigrar, en parte considerable por las revueltas populares.[106] (Además, si consideramos la comparación con Rusia en 1917, notaremos que estas revueltas campesinas aceleraron la disolución de los ejércitos permanentes, aun cuando la crisis política revolucionaria no hubiese sido originalmente lanzada por actos de la clase dominante contra la monarquía.)

No es que las revueltas campesinas estuvieran totalmente ausentes en Alemania en 1848. De hecho, sí *hubo* intensas revueltas antiseñoriales —en apariencia, similares en objetivos, formas y resultados a las revueltas campesinas de la Revolución francesa— en los pequeños Estados del noroeste de Alemania, y moderadamente difundidas de la misma clase en el centro de Alemania (Sajonia y Hanover). Pero al este del Elba, con excepción de algunos estallidos en Schleswig-Holstein y en Silesia, no se desarrollaron grandes insurrecciones campesinas. Por inquietos que se sintieran, los campesinos de las tierras de los *Junker*, tierras del reclutamiento de oficiales y hombres de los formidables ejércitos prusianos, no se rebelaron.[107] En realidad, la incidencia diferencial de revueltas campesinas en Alemania en 1848 corresponde al contraste entre los rasgos de la estructura agraria sociopolítica en las regiones de Alemania, al oeste, en contra del este del río Elba, a lo largo de los mismos lineamientos que establecen nuestras hipótesis generales acerca de las condiciones de las revueltas campesinas.

106 S. F. Scott, "The Regeneration of the Line Army during the French Revolution", en *Journal of Modern History*, 42:3, septiembre de 1970, pp. 307-330, y S. F. Scott, "The French Revolution and the Professionalization of the French Officer Corps, 1789-1793", en *On Military Ideology*, eds. Morris Janowitz y Jacques Van Doorn, Rotterdam, Holanda, Rotterdam University Press, 1971, pp. 18-28.

107 Hamerow, *Restoration*, pp. 101-110, y cap. IX, y Holborn, *History*, pp. 58-59.

En términos generales, las estructuras agrarias al oeste del Elba, en Alemania, se parecían a las de Francia. La tierra estaba dividida en pequeñas y dispersas unidades, que en alto grado eran poseídas o alquiladas por campesinos individuales, pero con pautas de uso de la tierra aún sometidas a considerables controles de la comunidad. Los campesinos se habían vuelto libres en sus personas y poseían derechos de poseer y transferir tierras. Y las prerrogativas feudales de los señores sobrevivieron básicamente en forma de rentas, cargos y deberes, y débiles derechos de influir sobre el uso y la transferencia de las antiguas tierras señoriales. La jurisdicción política local había pasado en su mayor parte a los agentes de los monarcas ansiosos de dar a las comunidades de contribuyentes campesinos independencia y protección, en contra de los avances de la nobleza que no era contribuyente.[108]

En marcado contraste, al este del Elba, los terratenientes *Junker* se hallaban en posición mucho más fuerte que sus primos de la nobleza de Occidente. Como ha escrito David Landes:

> Las posesiones nobles *(Rittergüter)* solían ser grandes y la tierra solariega era trabajada como empresa comercial; la mayor parte del ingreso del señor procedía de la venta de cosechas comerciales; básicamente cereales, tanto dentro de Alemania como al exterior. Hasta las familias campesinas a menudo se apartaron y no quedaron sometidas a las servidumbres comunales del sistema de campos abiertos.[109]

Durante todo el siglo XVIII, las heredades de los *Junker* fueron trabajadas por labradores siervos sometidos a pretensiones virtualmente ilimitadas sobre sus personas y sus tiempos de trabajo. Aquellos derechos fueron prestamente puestos en vigor, porque los *Junker* no sólo eran terratenientes sino también agentes locales del Estado prusiano. Como la clase acomodada inglesa, los terratenientes *Junker* controlaban la justicia y las unidades militares en su provecho propio. Después del Movimiento de Reforma, muchos siervos recibieron la "libertad" personal, pero la continuación del monopolio *Junker* de la soberanía

108 David S. Landes, "Japan and Europe: Contrasts in Industrialization", en *The State and Economic Enterprise in Japan*, ed. William W. Lockwood, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1965, pp. 121-127; J. H. Clapham, *Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, 1936, reimpresión, Cambridge, Cambridge University Press, 1961, cap. II, y Hamerow, *Restoration*, cap. III.

109 Landes, "Japan and Europe", en *State and Enterprise*, ed. Lockwood, p. 121.

administrativa local y la escasez y pobreza de tierras campesinas en el este se combinaron para asegurar que muchos ex siervos siguieran siendo labradores en las *Rittergüter.*[110] Ciertamente, la abolición de la servidumbre no dejó a los campesinos del este del Elba en mejor posición para levantarse colectivamente contra sus opresores en el siglo XIX de lo que habían estado entre los siglos XV y XVIII. Así pues, no es de sorprender su relativa aquiescencia en 1848, mientras que sus compañeros, que ya se encontraban mucho mejor, al oeste, estaban levantándose contra los restos de la autoridad señorial.

Y sin embargo, para Alemania las consecuencias fueron enormes. No sólo permaneció intacto el poder de clase de los *Junker*, sino también la capacidad militar para una inversión contrarrevolucionaria de lo que se había logrado en 1848. Si hubiese habido revueltas campesinas difundidas y continuadas en Prusia, en 1848, entonces, dado que el ejército prusiano había sido reclutado casi exclusivamente en los distritos rurales, su cuerpo de oficiales se habría encontrado en la encrucijada, y sus soldados "habrían sido sensibles a la propaganda revolucionaria. Tal como ocurrieron las cosas, el ejército prusiano siguió siendo instrumento de confianza en manos del rey"[111] y Federico Guillermo lo utilizó en 1849-1850 para destruir la revolución liberal y social por toda Alemania. La íntima alianza de la nobleza *Junker* y la monarquía burocrática prusiana permaneció intacta y en ascenso, para unificar pronto a Alemania sobre una base autoritaria.

La incapacidad campesina y la vulnerabilidad de los nobles en China

Por último, es hora de volver a las complejidades del tercer caso positivo de revolución social. La Revolución china es, de común consenso, la revolución social más obviamente basada en los campesinos de las tres que hemos presentado en este libro. Así pues, por sorprendente que pueda parecer, las estructuras políticas agrarias de clase y locales de la China del antiguo régimen, pese a ciertas similitudes con Francia y Rusia, se parecían a las de Inglaterra y Prusia en ciertos aspectos claves. Analizando las estructuras agrarias chinas en una perspectiva comparada, nos pondremos en posición de comprender los diferentes ritmos y

110 Véanse las referencias de la nota 108.
111 Holborn, *History*, p. 100.

pautas del interregno revolucionario de China, entre 1911 y 1949. Una revolución campesina contra los terratenientes a la postre ocurrió en China, como en Francia y Rusia, pero los campesinos chinos carecían del tipo de solidaridad y autonomía que ya existían en sus estructuras y que permitieron a las revoluciones agrarias de Francia y Rusia surgir rápidamente y con relativa espontaneidad, en reacción al desplome de los gobiernos centrales de los antiguos regímenes. En contraste, la Revolución agraria china fue más prolongada; y para su consumación requirió que la conquista militar estableciera "zonas de base", dentro de las cuales pudieran ser creadas para los campesinos organizaciones colectivas y libertad del control directo de los terratenientes.

Las condiciones estructurales

Como en la Francia del siglo XVIII y en la Rusia zarista después de la emancipación, la vida agraria en China había sido considerablemente modelada por las relaciones de rentistas entre campesinos y terratenientes, aun cuando el grado de desigualdad de tenencia de la tierra, en particular, fuese menor en China. Cerca del 40% de todas las tierras estaba alquilado, relativamente mucho más en el sur y menos en el norte. Entre 20 y 30% de todas las familias campesinas alquilaban todas las tierras que trabajaban, y muchas de las partes alquiladas restantes para suplementar sus propias pequeñas tenencias. Los terratenientes que no trabajaban ni vivían en las aldeas (aunque a menudo vivieran en los pueblos locales) poseían cerca de tres cuartas partes de las tierras alquiladas. Esto significa que poseían alrededor del 30% de las tierras en total, y tales tierras les producían rentas hasta del 50% de la cosecha.[112] Por estos simples hechos acerca de la tenencia de la tierra, podemos concluir que los terratenientes chinos eran considerablemente más débiles y que los campesinos chinos eran considerablemente más fuertes que sus homólogos respectivos en Francia y en Rusia.

Pero no ocurrió así, ni en lo económico ni en lo sociopolítico. Es importante recordar que la clase acomodada china asignaba sus excedentes no sólo mediante alquileres de tierras. También obtenía ingresos mediante tasas de interés de usura en los préstamos a los productores campesinos, compartiendo los im-

112 Dwight H. Perkins, *Agricultural Development in China, 1368-1968*, Chicago, Aldine, 1969, cap. v.

puestos imperiales y las sobretasas locales, y exigiendo ciertas cantidades por organizar y dividir las organizaciones y los servicios locales (como clanes, sociedades confucianas, obras de riego, escuelas y milicias).[113] De manera semejante, los impuestos imperiales eran una fuente de ingreso para las clases dominantes francesa y rusa, pero la usura y los diversos impuestos y cargos locales fueron formas de asignación de excedentes mucho más distintivas de los ricos chinos. A su vez, éstos reflejaron y dependieron del hecho de que, en agudo contraste con los señores franceses y los terratenientes rusos, los ricos chinos tenían una posición preponderantemente organizativa dentro de las comunidades locales. Su posición fue un tanto análoga, especialmente en sus consecuencias políticas sobre el campesinado, a la hegemonía local de la clase terrateniente inglesa y los *Junker* prusianos.

Los campesinos chinos no tuvieron sus propias comunidades de aldea en oposición a los terratenientes. Y, aun cuando queden pequeños terratenientes, como los franceses y rusos (y además poseían más tierras), los campesinos chinos, como sus desventurados homólogos ingleses y prusianos, carecían de nexos entre sí que pudiesen apoyar la solidaridad de la clase comunal contra los ricos. En cambio, los ricos nobles chinos dominaban las comunidades rurales locales de tales maneras que simultáneamente, favorecían su posición económica (por simple tenencia de la tierra) y mantenían a un campesinado fragmentado internamente bajo un firme control sociopolítico.

Para comprender cabalmente esta situación en su particular forma china, hemos de notar que la unidad básica de comunidad en la China tradicional *no* era la aldea individual (es decir, un puñado de residencias campesinas y/o parcelas individuales), sino la comunidad de mercado compuesto por un núcleo de aldeas. Como ha escrito G. W. Skinner:

> Lo que puede llamarse plano básico de la sociedad china era esencialmente celular. Aparte de ciertas zonas remotas y escasamente colonizadas, el paisaje de la China rural estaba ocupado por sistemas celulares de forma aproximadamente hexagonal. El núcleo de cada célula era de aproximadamente 45 mil poblados de mercado (como a mediados del siglo XIX), y su citoplasma puede verse, en primera instancia, como la zona mercantil del mercado del pueblo. El cuerpo de la célula —o sea, la zona inmediatamente dependiente del poblado— típicamente incluía

[113] Véanse el análisis y las referencias en la sección sobre la clase próspera en China, en el capítulo II de esta obra.

de quince a veinticinco aldeas, habitual, pero no necesariamente nucleadas.[114]

Aun cuando residieran y trabajaran en aldeas aisladas, la comunidad de mercado era el mundo local de los campesinos. Allí vendían y compraban regularmente en los mercados periódicos, obtenían servicios de artesanos, préstamos, participaban en los ritos religiosos y encontraban parejas para casarse.

Los ricos de la localidad, no los campesinos, aportaban directa o indirectamente la guía para las actividades sociales organizadas dentro de la comunidad del mercado y representaban a la localidad en sus interfases dentro de la sociedad en general. Los clanes (donde florecían) y muchos tipos de asociaciones que reclutaban campesinos organizados por doquier con propósitos religiosos, educativos, benéficos o económicos tendían todos a basarse en las comunidades de mercado y eran administradas por los ricos. Especialmente en las localidades más prósperas y estratificadas internamente, los ricos organizaban y controlaban las milicias y otras organizaciones que, en realidad, funcionaban como canales de control popular y socorro a los pobres. Irónicamente, esto significó que los ricos, en las zonas con más altas tasas de tenencia, acaso eran los menos susceptibles a las revueltas campesinas locales, basadas en los clanes, contra sus privilegios. Pero lo mismo ocurrió por toda China: los ricos, al crear y encabezar las organizaciones locales, se ganaban o cooptaban a los campesinos, aumentando así su poder de negociación local en relación con los funcionarios imperiales, y desviando de sí mismos la potencial hostilidad.[115]

Por doquier donde los nexos de asociación, clientelas y cuasiparentesco pasaban por encima de las distinciones de clase entre los campesinos y los terratenientes en la China tradicional, los

114 G. William Skinner, "Chinese Peasants and the Closed Community: An Open and Shut Case" *Comparative Studies in Society and History*, 13:3, julio de 1971, p. 272. Véase también Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China" (Parte I), en *Journal of Asian Studies*, 24:1, noviembre de 1964, pp. 3-43.

115 Además de Skinner, "Chinese Peasants" y "Marketing", véase Hsiao-tung Fei, "Peasantry and Gentry: an Interpretation of Chinese Social Structure and its Changes", *American Journal of Sociology*, 52:1, julio de 1946, pp. 1-17; Maurice Freedman, *Lineage Organizations in Southeastern China*, Londres, London University, 1965; Morton H. Fried, *The Fabric of Chinese Society*, Nueva York, Praeger, 1953, y Philip A. Kuhn, *Rebellion and its Enemies in Late Imperial China*, Cambridge, Harvard University Press, 1970.

campesinos de las aldeas estaban en gran parte aislados y en competencia entre sí. Como lo ha dicho Fei Hsiao-tung: "Por lo que hace a los campesinos, la organización social se detiene en el vecindario apenas organizado. En la estructura tradicional, los campesinos viven en pequeñas células que son las familias, sin poderosos nexos entre las células."[116] Salvo donde las organizaciones dirigidas por los ricos desempeñaron una función clave (por ejemplo, al construir y mantener obras de riego), la producción agrícola era administrada por familias individuales, básicamente nucleares.[117] Estas familias habían de poseer o alquilar sus propias tierras y poseer o comprar su propio equipo y (en caso de ser necesario), trabajo suplementario. Las familias constantemente estaban maniobrando para adquirir más de sus vecinos, en un sistema en que los factores de producción podían comprarse y venderse, y donde los muy pobres podían ser completamente derrotados. No había tierras comunes para que los propios campesinos las administraran; si los clanes o las organizaciones poseían tierras, eran administradas a su vez por los ricos o sus asociados. Y los campesinos rara vez cooperaban desempeñando labores agrícolas, salvo sobre una base comercial-contractual. En suma, a menos que los campesinos chinos se organizaran bajo la égida de los ricos, solían permanecer en un aislamiento competitivo.

Las pautas de la inquietud agraria

Dadas estas características de las comunidades locales, no resulta sorprendente que, en la última época imperial, la inquietud agraria pocas veces tomara la forma de ataques concertados de los campesinos contra los terratenientes dentro de sus comunidades. De vez en cuando, terratenientes individuales eran atacados por campesinos que protestaban por el acaparamiento de

116 Fei, "Peasantry and Gentry", p. 3.

117 *Ibid.*, y R. H. Tawney, *Land and Labour in China*, 1932; reimpreso ed. Boston, Beacon Press, 1966, caps. II-III. El artículo de Ramon H. Myers sobre "Cooperation in Traditional Agriculture and Its Implications for Team Farming in the People's Republic of China", en *China's Modern Economy in Historical Perspective*, ed. Dwight H. Perkins, Stanford, Stanford University Press, 1975, pp. 261-278, no se opone, pese a su título, al cuadro general presentado aquí. La "cooperación" que había entre los campesinos en la China prerrevolucionaria o bien estaba organizada por los terratenientes o bien basada en intercambios comercial-contractuales entre familias.

grano en periodos de sequía, o la colusión de los ricos en la corrupción en la recolección del impuesto. Pero las formas más prevalecientes y mejor organizadas de la rebelión agraria incluían ataques a los agentes oficiales del Estado imperial. Éstos iban, desde frecuentes motines en los conjuntos de oficinas *(yamens)* de los magistrados del condado, celebrados para protestar por los impuestos o exigir auxilio contra el hambre, hasta ocasionales rebeliones masivas que erigían contra-administraciones que abarcaban regiones enteras y que a veces lograron derrocar y reemplazar a las dinastías gobernantes.[118]

Ciertamente, tanto los motines como las rebeliones siempre dependieron de la participación campesina. Y sus objetivos declarados siempre se referían a las quejas de los campesinos: especialmente, contra las "malas prácticas", como corrupción oficial, acaparamiento de grano y precios y rentas consideradas exorbitantes. Asimismo, las sociedades secretas no confucianas que trataban de reclutar a campesinos pobres frecuentemente elaboraron ideologías milenaristas que presentaban sueños utópicos de justicia política e igualdad de acceso a la tierra.[119] La ideología de Taiping, como tipo de caso extremo, presentaba un mundo social sin ricos, y con igualdad económica y entre los sexos dentro de las comunidades agrarias.[120]

Sin embargo, en materia de organización, todas las formas más sostenidas de revueltas basadas en los campesinos, más tarde o más temprano fueron dirigidas o infiltradas por no campesinos. Sociedades secretas de base local y regional con propósitos religiosos o políticos heterodoxos, a menudo aportaron la base de organización de las revueltas. Sin embargo, frecuentemente

118 Jean Chesneaux, *Peasant Revolts in China, 1840-1949*, Nueva York, Norton, 1973, cap. I, Kung-chuan Hsiao, *Rural China: Imperial Control in the Nineteenth Century*, Seattle, University of Washington Press, 1967, caps. IX y X; Wolfgang Franke, *A Century of Chinese Revolution 1851-1949*, trad. Stanley Rudman, Nueva York, Harper & Row, 1971, cap. I, y C. K. Yang, "Some Preliminary Statistical Patterns of Mass Actions in Nineteenth-Century China", en *Conflict and Control in Late Imperial China*, eds. Frederic Wakeman, Jr. y Carolyn Grant, Berkeley, University of California Press, 1975, pp. 174-210.

119 Véase Yuji Muramatsu, "Some Themes in Chinese Rebel Ideologies", en *The Confucian Persuasion*, ed. Arthur F. Wrigth, Stanford, Stanford University Press, 1960, pp. 241-267; Vincent Y. C. Shih, "Some Chinese Rebel Ideologies", *T'oung Pao*, 44, 1956, 150-226, y C. K. Yang, *Religion in Chinese Society*, Berkeley, University of California Press, 1961, cap. IX.

120 Véase Vincent Y. C. Shih, *The Taiping Ideology*, Seattle, University of Washington Press, 1967.

fueron encabezadas por mercaderes o por presuntos letrados que no habían pasado los exámenes imperiales; es decir por individuos en las márgenes de la riqueza (y aspirantes a ella).[121] Los motines contra los impuestos o los funcionarios fueron dirigidos, muy a menudo, por los propios ricos de la localidad.[122] Además, cuando alguna rebelión alcanzó proporciones considerables, habitualmente atrajo a los ricos ortodoxos confucianos a posiciones de activo apoyo y guía, y por tanto, de influencia sobre los objetivos y las prácticas del movimiento. Históricamente, hasta dirigentes campesinos bandidos que encabezaron rebeliones triunfales hicieron que los emperadores llegaran a depender notablemente de los ricos para gobernar el país: pues sólo los ricos tenían las conexiones y los intereses que salvaban las brechas entre los poblados administrativos y los extensos campos poblados. En la cumbre de su poder, a mediados del siglo XIX, la rebelión de Taiping estaba mostrando tendencias similares, aun cuando no lograra ganarse el apoyo de los ricos campesinos, fracaso que puede ayudar a explicar su derrota final.[123] A lo largo de toda la historia de la China imperial, las quejas de los campesinos fueron combustibles de revueltas, especialmente las rebeliones triunfantes, que simplemente revitalizaron el sistema existente, pues los campesinos carecían de la autonomía local, basada en la comunidad, para hacer que su resistencia fuera siquiera potencialmente revolucionaria.

¿Significa todo esto que los ricos chinos eran tan invulnerables a las revueltas campesinas difundidas como las clases terratenientes superiores inglesa y prusiana? En muchos respectos, se hallaban en posición comparablemente fuerte, por causa de su similar hegemonía local sobre los campesinos. Sin embar-

121 Chesneaux, *Peasant Revolts*, pp. 16-18. Véase también Jean Chesneaux, ed., *Popular Movements and Secret Societies in China, 1840-1950*, Stanford, Stanford University Press, 1972.

122 Hsiao, *Rural China*, pp. 433-453, y Yang, "Preliminary Statistical Patterns", en *Conflict and Control*, eds. Wakeman and Grant, pp. 198-204.

123 Acerca de la clase rica en las rebeliones, véase Franke, *Century*, cap. I; Ettienne Balazs, "Tradition and Revolution in China", en *Chinese Civilization and Bureaucracy*, trad. H. M. Wright, New Haven, Yale University Press, 1964, y, para un ejemplo, Romeryn Taylor, "Social Origins of the Ming Dynasty, 1351-1360", *Monumenta Serica* 22 (1963), 1-78. En *Rebellion and its Enemies in Late Imperial China*, Philip Kuhn analiza cómo la incapacidad de los Taipings para ganarse a la clase rica en grandes números comprometió sus oportunidades de consolidar una nueva dinastía.

go, había aspectos importantes en que su situación era menos segura. Por una parte, mientras que los terratenientes ingleses del siglo XVII y los prusianos del siglo XIX eran los amos de sectores agrarios que (aunque de maneras diferentes) estaban pasando con éxito a la producción capitalista, los ricos chinos formaban la clase dominante de una economía agraria significativamente comercializada, pero estancada en su desarrollo. Además, los ricos chinos no se hallaban sobre campesinos de clase media ni sobre labradores, sino sobre una masa de pequeños terratenientes, que en su mayoría tendrían mucho que ganar si las tierras de los ricos eran redistribuidas y quedaban abolidas las asignaciones de sus excedentes. Por consiguiente, en estos aspectos estrictamente económicos, la situación de los ricos chinos era la de los señores franceses o de los terratenientes rusos.

Además, aun cuando el predominio sociopolítico local de los ricos chinos se parecía al de los terratenientes ingleses y prusianos, su relación con el poder político central, la monarquía, no era la misma. Por una parte, en contraste con los *Junker* prusianos, los ricos chinos (especialmente a partir de mediados del siglo XIX) se encontraron cada vez más en pugna con la monarquía y con sus agentes burocráticos. Y, como lo hemos visto en el capítulo II, los ricos asentados en las localidades y las provincias desempeñaron un papel activo, haciendo caer la dinastía y desmantelando al Estado imperial en 1911 e inmediatamente después. Pero, por otra parte, a diferencia de la clase alta de hacendados ingleses, los ricos chinos, históricamente, *dependían de* un Estado imperial centralizado y considerablemente burocrático. No había un parlamento nacional que uniera a los representantes de la clase dominante de todas las diversas comunidades de mercado. Históricamente no se había desarrollado tan sencilla conjunción del poder local y el nacional en un país tan vasto como China, con sus diversos niveles de administración que intervenían entre Pekín y cada localidad. En cambio, los ricos chinos, con raíces locales, se hallaban unidos en bases regionales sólo por su participación y cooperación con la burocracia imperial confuciana. De manera similar, sólo el unificado poder administrativo y coactivo del Estado imperial podía aportar cierto apoyo, a largo plazo, a la posición de clase dominante de los ricos. La ironía es que, aun cuando los ricos chinos, durante el periodo que desembocó en 1911, habían tenido la capacidad y el interés de socavar al Estado imperial, una vez que ello ocurrió, se encontraron vulnerables, como clase, a toda fuerza

política organizada extralocalmente que se resolviera a atacar su posición en el orden agrario.

Tal fuerza antiterrateniente tampoco sería capaz de reclutar partidarios campesinos para una lucha contra los ricos terratenientes. Es cierto que los campesinos asentados, y con trabajo, serían difíciles de alcanzar al principio. Pero había un *componente*, del ciclo, a largo plazo, del declinar dinástico: la rebelión, y la renovación que requería una mayor autonomía insurreccionaria campesina, en lugar de procesos en las comunidades asentadas, o que envolvieran a éstas. Durante los periodos de debilidad de la administracion central y de deflación económica y catástrofe en la historia china —fenómenos que solieron ocurrir juntos—, invariablemente floreció el "bandidismo social".[124] Precisamente porque las relaciones agrarias chinas estaban considerablemente comercializadas, los campesinos no fueron a menudo protegidos por sus nexos comunales en la aldea contra las dislocaciones económicas. Durante los periodos de declinar económico, los campesinos más pobres, especialmente en las comunidades que no contaban con una *élite* local acomodada que les diera empleo, perdían su propiedad, su medio de vida y aun su familia, y se veían obligados a emigrar para evitar morir de inanición. Los emigrantes empobrecidos a menudo se reunieron como bandidos o contrabandistas que operaban en las "zonas limítrofes", en los bordes del imperio, o en las intersecciones de las fronteras provinciales, lugares donde estaban fuera del alcance de los ricos locales y del Estado imperial cuando no se encontraba en la plenitud de su vigor. Para sobrevivir o prosperar, los bandidos atacaban a las comunidades asentadas y, siempre que les fuera posible, especialmente a sus miembros más ricos, porque atacar a los ricos llevaba al máximo los

[124] El concepto de "bandidismo social" o "bandolerismo social", ha sido explicado por E. J. Hobsbawm en su obra *Primitive Rebels*, Nueva York Norton, 1965, cap. II, y en un ensayo excepcionalmente valioso, intitulado "Social Banditry", en *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*, ed. Henry A. Landsberger, Nueva York, Barnes & Noble Books, 1973, pp. 142-157. En este último artículo, Hobsbawm arguye que ciertos tipos de sociedades agrarias, incluso la china, hicieron surgir una clase relativamente permanente y consciente de bandolerismo social, a la que Hobsbawm llama *haidukry:* "los *haiduks* siempre estaban en las montañas... como núcleo reconocido de disidencia potencial. A diferencia de los Robin Hood, que existen como individuos célebres o nada, los *haiduks* existen como entidad colectiva" (p. 154). "*Haidukry* es quizás lo más cerca que el bandolerismo social llega a estar de un movimiento organizado y consciente de rebelión potencial." (p. 155).

ingresos de los bandidos y también aumentaba las oportunidades de liberarse de ser capturados por las autoridades. Por tanto, en tal bandidismo social se expresó la lucha de clases, aun cuando fuera indirectamente y, a través de la historia, siempre efímeramente.

El siglo XIX y la primera mitad del XX constituyeron un periodo de decadencia dinástica e interregno político en China. Dificultades económicas, empobrecimiento de los campesinos, difusión del bandidismo social y violentos conflictos entre milicias locales, grupos de bandidos y señores de la guerra y/o ejércitos "ideológicos" caracterizaron todo el periodo, hasta llegar a su cúspide a mediados del siglo XIX y durante los decenios de 1920-1930. Como hemos visto, este periodo de decadencia del gobierno central se vio complicado de maneras nuevas por las instrusiones imperialistas occidentales y japonesas. Y sin embargo, aunque el imperialismo fundamentalmente dislocó y revolucionó la política nacional y de la clase dominante, no alteró básicamente la situación económica y política de la vasta mayoría de los campesinos y las comunidades rurales.[125] Salvo en las cercanías de los "puertos de tratado", las principales vías navegables y la escasa red ferroviaria (construida después de 1880), las redes de mercado, agentes y pautas de cambio tradicionales no fueron desplazados por el moderno desarrollo económico. Los campesinos siguieron trabajando la tierra con técnicas tradicionales, cultivando básicamente cosechas de subsistencia y a vender para pagar sus alquileres y sus impuestos (a menos que el impuesto se exigiera en especie). Hasta el punto en que la vida se volvió más difícil para los campesinos en una localidad o región dada —o quizás incluso en general (las pruebas no son concluyentes)—, la razón no fue que las fuerzas económicas modernas estuviesen alterando fundamentalmente las relaciones agrarias de producción. Antes bien, fue que los desórdenes políticos eran endémicos y traían tras ellos dislocaciones económicas e "impuestos" confiscato-

125 Albert Feuerwerker, *The Chinese Economy, 1912-1949, Michigan Papers, in Chinese Studies*, núm. 1, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Chinese Studies, 1968; Marie-Claire Bergère, "De la Chine Classique à la Chine Actuelle: Fluctuations Economiques et Révolution", *Annales: Economies, Sociétiés, Civilisations*, 24:4, julio-agosto de 1969, pp. 860-875; G. William Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China (Part. II), *Journal of Asian Studies*, 24:2, febrero de 1965, pp. 195-228, y Rhoads Murphey, "The Treaty Ports and China's Modernization", en *The Chinese City Between Two Worlds*, eds. Mark Elvin y G. William Skinner, Stanford, Stanford University Press, 1974, pp. 17-72.

rios, y que las catástrofes recurrentes, como inundaciones o sequías, resultaban en mayor sufrimiento cuando no existía un gobierno estable que facilitara el alivio y la rehabilitación. Los campesinos obtenían lo que podían; de lo contrario, se amotinaban, morían de hambre, emigraban o bien se unían al ejército o a alguna banda de bandidos. Las quejas de los números crecientes que fueron desplazados a comienzos del siglo xx fueron agudas, pero no distintas ni más urgentes de las que recurrentemente había habido, en especial durante la reciente historia china. Tampoco habían alterado fundamentalmente algunos cambios estructurales básicos los términos por los cuales podían los campesinos atacar las causas de sus dificultades.[126]

En cambio, como veremos en el capítulo VII, una nueva índole de vía política nacional, el Partido Comunista Chino, operando en el marco de la fragmentación político-militar, a la postre consideró necesario tratar de fundir sus esfuerzos con las fuerzas del bandidismo social de base campesina, para formar un ejército rojo capaz de tomar y conservar regiones que después administraría. Entonces, bajo la protección aportada por los militares comunistas y sus controles administrativos, la política local finalmente fue reorganizada, de tal manera que permitía a los campesinos chinos la influencia colectiva contra los terratenientes de que históricamente habían carecido. Una vez que

126 Los analistas comparativos de los campesinos en las revoluciones cometen típicamente el error (en mi opinión) de interpretar la depresión económica muy verdadera de los campesinos chinos en el siglo xx como debida a los *efectos del capitalismo occidental que súbitamente* se había entremetido. Tanto Eric Wolf, en *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper & Row, 1969, como Joel S. Migdal, en *Peasants, Politics, and Revolution*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1974, tratan así de asimilar la experiencia china a la del antes colonizado Tercer Mundo. Lo que ocurre es que tales observaciones confunden la apertura comercial establecida hace mucho ("tradicional") con las aldeas chinas de la última época imperial, con algo nuevo. También confunden las pautas de desorden y revuelta que desde largo tiempo atrás habían coexistido con las estructuras sociopolíticas rurales establecidas, con un desplome sin precedentes del antiguo orden en el campo. Aún más fácil ha sido que los comparativistas cometan tales errores porque, naturalmente, han dependido de los estudios de aldea de lugares en la China en que las fuerzas económicas imperialistas penetraron más, pues tales fueron también los lugares, cerca de las grandes ciudades y los transportes modernos, en que más fácil era estudiar a los científicos sociales. Pero China era un país enorme, y, como lo arguyen las referencias de la nota anterior, en su mayor parte no fue transformada por el imperialismo (ni por ninguna otra fuerza del moderno desarrollo económico). Ante todo, los lugares en que los comunistas formaron zonas seguras, no fueron transformados.

esto ocurrió —como en el norte de China durante el decenio de 1940-1949— los campesinos se levantaron violentamente contra los restos de la clase rica y destruyeron sus posiciones de clase y poder. Así, la contribución campesina a la Revolución china se pareció mucho más a una respuesta movilizada a las iniciativas de una *élite* revolucionaria, que las contribuciones campesinas en Francia y en Rusia. Las razones de este aspecto movilizador de masas tuvieron poco que ver con la ideología revolucionaria y mucho con las "peculiaridades" (como parecieron desde una perspectiva europea) de la estructura sociopolítica agraria china. Tal estructura no permitía a los campesinos chinos establecidos la autonomía institucional y la solidaridad contra los terratenientes. Pero, en periodos de crisis político-económica, sí generó parias marginados, campesinos pobres, cuyas actividades exacerbaron la crisis, y cuya existencia aportó un apoyo potencial a las rebeliones encabezadas por una *élite*, incluyendo, en el marco del siglo xx, un movimiento revolucionario. Así, las actividades de los comunistas chinos después de 1927, y su triunfo final en 1949, dependieron directamente de los potenciales insurreccionales y de los bloqueos a las revueltas campesinas autónomas que ya existían en el orden agrario chino.[127]

Pero los detalles de la historia de cómo los comunistas chinos, que originalmente fueron un partido orientado hacia las ciudades y basado en ellas, terminaron en el campo, y cómo los bandidos y otros campesinos desplazados y después los cultivadores asentados contribuyeron al triunfo de la consolidación comunista de la Revolución en China, serán narrados en el capítulo VII, pues, por única vez en el caso chino, la revolución campesina y la consolidación del poder nacional por una *élite* revolucionaria estuvieron tan entrelazados, que llegaron a ser virtualmente indistinguibles.

Resumen

En los capítulos II y III se ha presentado un análisis histórico comparativo de las causas de las revoluciones sociales en Fran-

[127] Véase Lucien Bianco, "Les Paysans et la Révolution Chine, 1919-1949", *Politique Etrangère*, núm. 2, 1968, pp. 117-141, y Chesneaux, *Peasant Revolts*, caps. V-VIII. Véanse también el análisis y las referencias en la sección sobre "Los comunistas y los campesinos", en el capítulo VII de esta obra.

cia, Rusia y China. Yo he afirmado que: 1) las organizaciones de Estado que podían desplomarse en lo administrativo y lo militar al ser sometidas a presiones intensificadas de países extranjeros más desarrollados, y 2) las estructuras sociopolíticas agrarias que facilitaron las difundidas revueltas campesinas contra los terratenientes fueron, conjuntamente, las causas distintivas suficientes de las situaciones social revolucionarias que comenzaron en Francia en 1789, en Rusia en 1917 y en China en 1911. El cuadro 1 resume los argumentos causales que se han desarrollado extensamente para Francia, Rusia y China, así como algunos un tanto más brevemente, para Prusia/Alemania, Japón e Inglaterra como casos contrastantes.

Y sin embargo las "revoluciones sociales" son llamadas así sólo porque las crisis sociales han culminado en el surgimiento de nuevas disposiciones sociopolíticas. Así pues, nuestro análisis no puede detenerse en las causas. Debe proceder a mostrar lo que cambió en las revoluciones francesa, rusa y china y por qué estos cambios surgieron lógicamente de las situaciones social-revolucionarias cuyos orígenes ya hemos seguido. Estas tareas serán emprendidas en la Segunda Parte.

Cuadro 1. *Causas de las revoluciones sociales en Francia, Rusia y China*

A. Condiciones para las crisis políticas

Monarquía *Clase dominante*	*Economía agraria*	*Presiones internacionales*
Francia		
La clase dominante terrateniente-comercial tiene influencia dentro de la monarquía absoluta semiburocrática.	Avance, pero no decisivo hacia la agricultura capitalista.	Moderadas. Repetidas derrotas en las guerras, debidas especialmente a la competición de Inglaterra.
Rusia		
Estado absolutista sumamente burocráti-	Crecimiento extensivo; poco desarrollo	Extremas. Derrotas durante 1850 y 1905.

CUADRO 1. [*Continúa.*]

A. Condiciones para las crisis políticas

Monarquía Clase dominante	*Economía agraria*	*Presiones internacionales*
co; nobleza terrateniente, que tiene poco poder político.	en las regiones nucleares.	Participación prolongada y derrota en la primera Guerra Mundial.
China		
La clase dominante, terrateniente-comercial tiene influencia dentro del Estado absolutista semiburocrático.	Ningún avance en su desarrollo; cerca de los límites del crecimiento, dadas la población y las tierras disponibles.	Poderosas. Derrotas en guerras e intrusiones imperialistas.
Contrastes Prusia/Alemania.		
Estado absolutista sumamente burocrático; la nobleza campesina tiene poca influencia política extralocal.	Transición a la agricultura capitalista.	1806: Fuertes 1848: Benignas.
Japón		
Estado sumamente burocrático (aunque no completamente centralizado). No hay una verdadera clase superior campesina.	La productividad aumenta dentro de las estructuras tradicionales.	Fuertes; Intrusiones imperialistas.
Inglaterra		
No hay Estado burocrático. La clase terrateniente domina la política.	Transición a la agricultura capitalista.	Moderadas.

CUADRO 1. [*Continúa.*]

B. Condiciones para insurrecciones campesinas

Estructuras de clase agrarias	*Política local*
Francia	
Pequeños campesinos poseen entre 30 y 40% de la tierra; trabajan 80% más en pequeñas parcelas. La propiedad individual está establecida, pero la comunidad campesina se opone a los señores, que recaudan los derechos.	Las aldeas son relativamente autónomas, bajo la supervisión de funcionarios reales.
Rusia	
Los campesinos poseen 60% y alquilan más; proceso de control de producción en pequeñas parcelas; pagan alquileres y deudas de tierras. Comunidad fuerte, basada en la propiedad colectiva.	Las aldeas son soberanas bajo control de la burocracia zarista.
China	
Los campesinos poseen 50% + y trabajan virtualmente toda la tierra en pequeñas parcelas. Pagan alquileres a los ricos. No hay comunidad campesina.	Los ricos terratenientes, usureros y letrados dominan la vida de la organización social; cooperan con los funcionarios imperiales.
Contrastes Prusia/Alemania.	
Al oeste del Elba: se parece a Francia. Al este del Elba: grandes heredades trabajadas por labradores y campesinos con minúsculas parcelas, y no hay comunidades fuertes.	Los terratenientes *Junker* son los agentes locales del Estado burocrático; dominan la administración y la policía locales.
Japón	
Las comunidades están dominadas por los campesinos ricos.	Fuertes controles burocráticos a las comunidades locales.

CUADRO 1. [*Concluye.*]

B. Condiciones para las insurrecciones campesinas

Estructuras de clase agrarias	*Política local*
Inglaterra	
La clase terrateniente posee 70% más. El campesinado se polariza entre los ricos hacendados y los labradores. No hay una fuerte comunidad campesina.	Los terratenientes son los agentes locales de la monarquía; dominan la administración y la policía.

C. Transformaciones sociales

	Resultados de A más *B*
Francia	1787-1789: desplome del Estado absolutista; difundidas revueltas campesinas contra los derechos señoriales.
Rusia	1860-1890: Reformas burocráticas desde arriba. 1905: Fracasado intento revolucionario. 1917: Disolución del Estado; difundidas revueltas campesinas contra toda propiedad privada de tierras.
China	1911: Desplome del Estado imperial; difusión del desorden agrario, pero no hay revueltas autónomas de los campesinos contra los terratenientes.
Contrastes	
Prusia/Alemania	1807-1814: Reformas burocráticas desde arriba. 1848: Abortada revolución social; la monarquía burocrática sigue en el poder.
Japón	La revolución política centraliza el Estado; seguida por reformas burocráticas desde arriba.
Inglaterra	La revolución política establece el predominio parlamentario dentro de una monarquía no burocrática.

SEGUNDA PARTE

RESULTADOS DE LAS REVOLUCIONES SOCIALES EN FRANCIA, RUSIA Y CHINA

IV. LO QUE CAMBIO Y COMO: ENFOQUE EN LA CONSTRUCCIÓN DE ESTADOS

> Cada gran revolución ha destruido el aparato de Estado que fundó. Después de muchas vacilaciones y experimentos, cada revolución ha puesto otro aparato en su lugar, las más de las veces de carácter totalmente distinto del que destruyó; pues los cambios del orden de Estado que produce una revolución no son menos importantes que los cambios del orden social.
>
> FRANZ BORKENAU

LAS CRISIS sociorrevolucionarias en Francia, Rusia y China desencadenaron luchas de clases y políticas que culminaron en transformaciones duraderas fundamentales de sus estructuras. Importantes pautas de cambio fueron comunes a las tres revoluciones. Las revueltas campesinas contra los terratenientes transformaron las relaciones de clase agraria. Las monarquías autocráticas y protoburocráticas se vieron ante Estados nacionales burocráticos que se incorporaron a las masas. Las clases terratenientes prerrevolucionarias ya no fueron las únicas privilegiadas en la sociedad y en la política. Perdieron sus funciones especiales de control de los campesinos y sus participaciones de los excedentes agrarios por medio de instituciones locales y regionales casi políticas.[1] Bajo el antiguo régimen, los privilegios y las bases de poder institucional de las clases superiores terratenientes habían sido impedimentos para la plena burocratización estatal y para la directa incorporación política de las masas. Estos impedimentos fueron suprimidos por los conflictos políticos y los levantamientos de clase de los interregnos revolucionarios. Al mismo tiempo, fueron desafiadas las guías políticas nacientes, por la desunión y los intentos contrarrevolucionarios en el interior, y por invasiones militares procedentes del exterior, para construir nuevas organizaciones de Estado que consolidaran las revolucio-

[1] Tales instituciones incluían a los *parlements*, Estados provinciales y tribunales y derechos señoriales en Francia; los *zemstvos* y posesiones rurales en Rusia, y los clanes y asociaciones locales y los gobiernos de subdistrito, condado y provinciales, en China.

nes. Lograr enfrentarse a los desafíos de la consolidación política fue posible, en gran parte, porque el liderazgo revolucionario pudo movilizar a grupos de clases bajas que antes habían sido excluidos de la política nacional, ya fuesen obreros urbanos o campesinos. Así, en las tres revoluciones, las clases terratenientes superiores (al menos) perdieron, en beneficio de los grupos de las clases bajas, por una parte, y de los nuevos cuadros del Estado, por la otra. En cada nuevo régimen, hubo una mucho mayor incorporación popular a la dirección de los asuntos de la nación. Y las nuevas organizaciones de Estado forjadas durante las revoluciones fueron más centralizadas y racionalizadas que las del antiguo régimen. Por ello, fueron más poderosas dentro de la sociedad y más poderosas y autónomas por encima y en contra de los competidores dentro del sistema internacional de Estados.

Y sin embargo, hubo también por supuesto variaciones importantes en los resultados de las revoluciones francesa, rusa y china, que deben comprenderse siguiendo los lineamientos comunes a los resultados de las tres revoluciones. Para empezar, los resultados de la Revolución francesa contrastaron con los de la Rusia soviética y la China comunista en formas que sugieren el actual calificativo de "burguesa" aplicado a la Revolución francesa. Las revoluciones rusa y china hicieron surgir organizaciones de Estado encabezadas por el partido, que aseguraron su dominio sobre las economías nacionales de los dos países y (de una u otra manera) movilizaron a la población a impulsar un mayor desarrollo económico nacional. En cambio, en Francia no se dieron tales resultados. Y en realidad, la Revolución francesa culminó en un Estado profesional burocrático que coexistió simbióticamente con los mercados nacionales y con la propiedad privada capitalista, y que de hecho los garantizó. La movilización popular democrática (después de 1793) o bien fue suprimida o bien canalizada hacia el reclutamiento militar y hacia esfuerzos políticos simbólicos y de rutina. Y pese a la presencia enorme en la sociedad del Estado francés como marco administrativo uniforme y centralizado, el nuevo desarrollo económico nacional y la diferenciación social siguieron guiados básicamente por las leyes del mercado y fuera del control directo del gobierno.

En contraste con Francia, la Rusia soviética y la China comunista se asemejaron como Estados-Partidos orientados hacia el desarrollo. Pero por lo demás difirieron en aspectos claves, ya que el régimen ruso mostró ciertas importantes similitudes con Francia; pues, a semejanza de la Revolución francesa, la Revolu-

ción rusa hizo surgir un Estado profesionalizado y jerárquico orientado hacia la firme supervisión administrativa de los grupos sociales. Esto puede aplicarse en particular a la dominación de la mayoría campesina en la sociedad, en nombre de los intereses urbanos.

Desde luego, también hubo diferencias entre Francia y Rusia: aparte de la mayor dirección de desarrollo económico y nacional ejercida por el Estado soviético, la administración de Estado, en Rusia, aun cuando privilegiada y dominante en relación con el resto de la sociedad, se halló sometida (junto con la población en general) a manipulación y coacción por los jefes supremos del Partido Comunista y sus agentes policiacos. En suma, el Estado soviético se convirtió en una amalgama de, por una parte, todos los políticos dictatoriales y coactivos (aportados por el partido o en su nombre) y, por otra parte, con una administración profesionalizada burocrática a lo largo de lineamientos jerárquicos en toda forma, no muy distintos de los de sistemas capitalistas. En realidad, como veremos, las jerarquías de mando y control y las desigualdades de rango y recompensa fueron, en aspectos importantes, muy extremadas en la sociedad soviética después de 1928.

En China, la Revolución generó un Estado que, desde luego, era sumamente centralizado y, en aspectos básicos, absolutamente burocrático. Pero también estaba orientado a fomentar la general y profunda movilización popular. Organizaciones del partido o del ejército sirvieron, no sólo como medios de control sobre la administración del Estado y la sociedad, como en Francia y Rusia, sino también como agentes de movilización popular, especialmente para fomentar un renovado desarrollo económico nacional. Donde más notable ha sido el contraste con Francia y Rusia ha sido en la movilización de campesinos para el desarrollo rural. Como corolario, el nuevo régimen chino (en comparación con el francés o el ruso) ha sido menos reductible, aunque no inmune, al profesionalismo y a una insistencia en reglas en toda forma y en jerarquías unitarias del mando en toda forma.[2] Además, los comunistas chinos, en forma única, han hecho recurrentes intentos por reducir o impe-

[2] Mi conceptualización de este aspecto de las divergencias en los resultados revolucionarios se basa notablemente en Martin King Whyte, "Bureaucracy and Modernization in China: The Maoist Critique", en *American Sociological Review*, 38.2, abril de 1973, pp. 149-163. Se dirá más acerca de esto en la sección sobre China.

dir el crecimiento desenfrenado de las desigualdades de rango y recompensa en el Estado y en la sociedad.

Las tareas que nos quedan para la Segunda Parte ya quedan reveladas por lo que hasta ahora hemos visto: los resultados de las revoluciones deben ser caracterizados más cabalmente. Y los conflictos reales de los interregnos revolucionarios han de analizarse y compararse para explicar cómo los resultados, generalmente similares e individualmente distintos, surgieron de las originales crisis sociorrevolucionarias. Estas tareas son bastante claras; lo que requiere mayor análisis es el enfoque que habrá de aplicarse para cumplirla. El análisis de los procesos y resultados de las revoluciones enfocarán las luchas que rodearon la creación de las nuevas organizaciones de Estado dentro de las situaciones social-revolucionarias. También examinaremos las características de aquellos Estados en relación con los órdenes socioeconómicos de los nuevos regímenes. Cada revolución será seguida, desde la crisis original del antiguo régimen, hasta la cristalización de las distintivas pautas sociopolíticas del nuevo régimen. Y el hilo que seguiremos a lo largo de todo este estudio será el surgimiento y la consolidación de nuevas organizaciones de Estado y el despliegue del poder del Estado en las sociedades revolucionadas. ¿Por qué se impone este enfoque, y qué entraña? El balance de este capítulo introductorio tratará de responder a tales preguntas.

Una razón de enfocar la construcción de Estados se impone casi por definición: "una revolución completa, escribe Samuel P. Huntington, abarca [...] la creación e institucionalización de un nuevo orden político".[3] Es opinión de esta autora que los resultados social-revolucionarios ya estaban, por decirlo así, en el programa de la historia francesa, rusa y china, una vez que se desplomaron los antiguos regímenes. No obstante, desde luego, es cierto que las revoluciones sólo quedaron plenamente consumadas cuando las nuevas organizaciones de Estado —administraciones y ejércitos, coordinados por ejecutivos que gobernaban en nombre de los símbolos revolucionarios— quedaron construidas entre los conflictos de las situaciones revolucionarias. En las tres situaciones revolucionarias, las guías políticas y los regímenes —los jacobinos, y después los napoleónicos en Francia, los bolcheviques en Rusia, y los comunistas en China— surgieron para restablecer el orden nacional, para consolidar las

[3] Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies,* New Haven, Yale University Press, 1968, p. 266.

transformaciones socioeconómicas producidas por los levantamientos de clase desde abajo, y para imponer la potencia y autonomía de cada país por encima y en contra de sus competidores internacionales. De no haber ocurrido esto, no podríamos llamar "triunfantes" (es decir, completas) a las revoluciones sociales francesa, rusa y china. En el mejor de los casos, se les podría considerar como casos abortados, como el de Alemania en 1848 y el de Rusia en 1905.

Más allá de consideraciones definitorias, las razones de un enfoque en la construcción de Estados han sido sugeridas por la afirmación de Franz Borkenau, en el sentido de que "los cambios del orden estatal que produce una revolución no son menos importantes que los cambios del orden social".[4] Desde luego, las revoluciones sociales efectúan grandes cambios de relaciones de clase; y afectan a áreas básicas de la vida social y cultural, como las familias, la religión y la educación. Sin embargo, igualmente importantes, si no más, son los cambios que las revoluciones sociales efectúan en la estructura y en la función de los Estados, en los procesos políticos y administrativos por los cuales los jefes del gobierno se relacionan con los grupos de la sociedad, y en las tareas que los Estados pueden emprender con éxito en el interior y en el exterior. Y tales cambios del "orden estatal" no son simples subproductos de los cambios del orden social. En realidad, a tal grado importante, ocurre lo contrario: los cambios de las estructuras del Estado que ocurren durante las revoluciones sociales típicamente consolidan y, a la vez entrañan cambios socioeconómicos. Así, en Rusia y en China, los Partidos-Estados comunistas no sólo sancionaron ataques desde abajo a las clases dominantes existentes (como también los revolucionarios franceses); también completaron y extendieron el desplome de aquellas clases cuando el Estado-Partido intervino para asumir muchas de las funciones económicas que antes desempeñaban los detentadores de la propiedad privada. De manera análoga en Francia, el reforzamiento de la propiedad privada y de la economía nacional de mercado, en gran parte se debieron a cambios producidos por la Revolución sobre la estructura del Estado francés. Por tanto, se impone una insistencia en la construcción de Estados, por causa de la innegable importancia, no sólo de la consolidación política, sino

[4] Franz Borkenau, "State and Revolution in the Paris Commune, the Russian Revolution, and the Spanish Civil War", *Sociological Review*, 29:41, 1937, p. 41.

también de las estructuras del Estado al determinar los resultados revolucionarios.

Los liderazgos politicos

Habiendo establecido que la construcción de Estados puede ser un buen hilo conductor al analizar las revoluciones sociales, queda por aclarar lo que entraña semejante hincapié. Algo que significa es que los liderazgos políticos que participan en las revoluciones deben considerarse actores que luchan por afirmar y validar sus pretensiones a la soberanía del Estado. Esto puede parecer obvio, pero no es la manera usual en que se analizan los liderazgos políticos en las revoluciones. De manera más típica, tales liderazgos suelen tratarse como representantes de clases o de grupos sociales que luchan en bien de sus intereses económicos o de clase, y/o como actores que tratan de poner en vigor cierta visión ideológica del orden social ideal. En armonía con tal forma de considerar a los dirigentes políticos, a menudo se buscan en sus antecedentes individuales las pruebas de orígenes dentro de, o en conexión con, las clases o grupos que supuestamente representan. Y si los orígenes o las conexiones apropiadas evidentemente faltan, entonces se insiste en demostrar cómo sus orientaciones y actividades ideológicas resuenan con el interés social en cuestión. Lo que suele pasarse por alto en todo esto es lo que los liderazgos políticos en las crisis revolucionarias *están haciendo*, ante todo: afirmándose y luchando por mantener el poder del Estado. Durante los interregnos revolucionarios, los dirigentes políticos suben o caen según lo bien que logren crear y emplear los nuevos acuerdos políticos dentro de las circunstancias de crisis a las que se enfrentan. Las luchas por los asuntos más fundamentales de la política y de las formas del Estado siguen hasta que se han consolidado nuevas organizaciones relativamente estables; en adelante, continúan las luchas políticas acerca de cómo emplear el poder del Estado en su forma ampliamente establecida.

Considerar los liderazgos políticos en las revoluciones como potenciales edificadores de Estados significa tomar sus actividades más en serio que sus antecedentes sociales. No obstante, es cierto y tiene cierto interés que los antecedentes y las orientaciones de "carreras" de tales dirigentes políticos que a la postre triunfaron consolidando nuevas organizaciones de Estado en las tres revoluciones, al menos fue congruente con una visión de

estos liderazgos básicamente como constructores de Estados, y no como representantes de clase. Pues en Francia, Rusia y China por igual, los guías políticos se precipitaron saliendo de las filas de grupos relativamente educados y orientados a las actividades o a los empleos del Estado. Y los líderes surgieron especialmente entre aquellos que se hallaban un tanto al margen de las clases establecidas dominantes y de las *élites* del gobierno durante los antiguos regímenes.

A lo largo de gran parte de su curso, la Revolución francesa fue encabezada por grupos que operaban en y por medio de una serie de Asambleas elegidas por toda la nación: la Asamblea Nacional Constituyente de 1789-1791, la Asambles Legislativa de 1791-1792 y la Convención de 1792-1794. Todos estos cuerpos políticos estaban predominantemente poblados por hombres profesionales y administrativos pertenecientes al Tercer Estado.

Los dirigentes más importantes de las primeras fases de la Revolución, de 1788 a 1790, quedan bien descritos como "notables"; es decir, nobles o miembros ricos y privilegiados del Tercer Estado. Sin embargo, de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente del Tercer Estado, 43% era de ocupantes de cargos venales, principalmente de las provincias y localidades, y otro 30% era de abogados u otros profesionales.[5] La subsiguiente Asamblea Legislativa estuvo más dominada aún por funcionarios y políticos de nivel local.[6] Y la convención sacó el 25% de sus miembros de quienes desempeñaban cargos públicos, nada menos que el 44% de abogados y otros profesionales.[7] Más aún: al entrar la Revolución en su fase más radical, en 1792-1794, la verdadera guía nacional pasó a los jacobinos de la Montaña. Especialmente en contraste con la más moderada facción girondina, dentro de la Convención, los jacobinos procedían, desproporcionadamente, de familias administrativo-profesionales, más que comerciales, y acudían desde poblados administrativos provincianos pequeños o de mediano tamaño, y no de las capitales regionales, cosmopolitas, privilegiadas y ricas, ni de puertos comerciales.[8] Desde luego, a

[5] Alfred Cobban, *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, Norton, 1970, pp. 110-111.

[6] Norman Hampson, *A Social History of the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1963, pp. 132-133.

[7] Cobban, *Aspects*, p. 111.

[8] Patrice L. R. Higonnet, "Montagne, Gironde et Plaine: Bourgeoisie

la postre (como veremos con mayor detalle) los dirigentes más radicales de la Revolución francesa cayeron del poder del Estado, que fue usurpado por Napoleón y sus agentes administrativos y militares. Sin embargo, entre aquellos hombres se incluían muchos ex jacobinos. También incluían antiguos funcionarios del antiguo régimen, especialmente funcionarios civiles de nivel mediano y oficiales del ejército con antecedentes de pequeña nobleza o del Tercer Estado sin privilegios;[9] es decir, de otras antiguas *élites* marginadas que también lograron una movilidad en sus carreras, a través del Estado, durante y como resultado de la Revolución.

Los dirigentes de la Revolución francesa eran "marginados", porque podían proceder de los centros urbanos provinciales menores y/o de los bajos niveles de la anterior real administración. En cambio, el liderazgo revolucionario en Rusia y China incluyó algunos que eran marginados por virtud de sus orígenes sociales y a otros que, aun cuando de antecedentes sociales privilegiados, se habían convertido a la política radical en el curso de la moderna educación secundaria o universitaria. Los bolcheviques de Rusia y los comunistas de China reclutaron gente entre todos los estratos, incluso la clase obrera y el campesinado. Pero en ambos partidos, la mayoría de quienes ocupaban las posiciones supremas e intermedias de la jefatura procedía o bien de la clase dominante o de familias situadas al margen de las clases privilegiadas (especialmente de familias urbanas de clase media, en Rusia, y especialmente de familias campesinas ricas en China).[10] Más aún: ambas guías revolucionarias incluían muy altas proporciones de personas que habían recibido educación

Provinciale, Bourgeoisie Urbaine, Bourgeoisie Rurale", documento inédito, Cambridge, Department of History, Harvard University, s. f., pp. 14-16.

9 Véase Cobban, *Aspects*, p. 111; Crane Brinton, *The jacobins*, 1930; reimpresión, Nueva York, Russel and Russell, 1961, p. 231, y S. F. Scott, "The French Revolution and the Professionalization of the French Officer Corps", en *On Military Ideology*, eds. Morris Janowitz y Jacques Van Doorn, Rotterdam, Holanda, Rotterdam University Press, 1971, páginas 28-50.

10 Acerca de los bolcheviques, véase David Lane, *The Roots of Russian Communism*, University Park, Penn. Pennsylvania State University Press, 1975, pp. 21-24, y Jerome Davis, "A Study of One Hundred and Sixty-three Outstanding Communist Leaders", *American Sociological Society Publications*, vol. 24, *Studies in Quantitative and Cultural Sociology*, 1929, p. 48. Acerca de los comunistas chinos, véase Robert C. North e Ithiel de Sola Pool, "Kuomintang and Chinese Communist Elites", en *World Revolutionary Elites*, eds. Harold D. Lasswell y Daniel Lerner, Cambridge, MIT Press, 1966, pp. 376-379.

secundaria y (nacional o exterior) universitaria.[11] Tradicionalmente, en la Rusia zarista y en la China imperial, la educación era el camino del servicio del Estado. Y cuando en ambas sociedades se establecieron escuelas y universidades modernas, la intención fue que aportaran funcionarios al Estado. (En la China posterior a 1900, grandes números de jóvenes también acudieron a universidades extranjeras con el mismo propósito.) Pero las formas modernizadas de la educación superior también se volvieron el camino por el cual algunos estudiantes de cada generación, independientemente de sus antecedentes desproporcionadamente privilegiados, se convirtieron a ciertas perspectivas críticas que exigían la transformación fundamental del antiguo régimen.[12] Por consiguiente, muchos no se dedicaron al servicio del Estado, sino a una carrera del "revolucionario profesional", dispuestos a dejar la organización y propaganda política para concentrar sus esfuerzos en la construcción del Estado revolucionario siempre que tuviesen oportunidad.

Los dirigentes originales del Partido Comunista Chino no fueron muy distintos en antecedentes y trayectorias de los del Partido Nacionalista *(Kuomintang)*, y los dirigentes bolcheviques de Rusia también compartieron muchas características sociales con sus rivales, los líderes mencheviques.[13] Pero es interesante notar que, en ambos países, los dirigentes revolucionarios a la postre triunfantes (comunistas) poseyeron desde el principio (y se confirmaron cada vez más, con el tiempo) características étnicas y regionales generales que estaban más cercanas que las de sus rivales a las características de antecedentes tradicionalmente asociadas a la categoría de la *élite* política de los antiguos regímenes imperiales. Así, los bolcheviques en Rusia

11 Lane, *Roots*, p. 27; Davis, "Study", pp. 48-49, North y Pool, "Elites", en *World Revolutionary Elites*, eds. Lasswell y Lerner, páginas 381-382.

12 Sobre los antecedentes de las conversiones estudiantiles a las perspectivas críticas y a la política radical, véase George Fischer, "The intelligentsia and Russia", en *The Transformation of Russian Society*, ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, pp. 263-267; Martin Malia, "Wath Is the Intelligentsia?"; Richard Pipes, "The Historical Evolution of the Russian Intelligentsia", y Benjamin Schwartz, "The Intelligentsia in Communist China: A Tentative Comparison", todos ellos en *The Russian Intelligentsia*, ed. Richard Pipes, Nueva York, Columbia University Press, 1961, y John Israel, "Reflections on the Modern Chinese Student Movement", *Daedalus*, invierno de 1968, pp. 229-253.

13 Véase Lane, *Root*, pp. 20-32, y North y Pool, "Elites", en *World Revolutionary Elites*, eds. Lasswell y Lerner, pp. 376-382.

eran más desproporcionada y homogéneamente grandes rusos de las provincias centrales del imperio que los mencheviques, los cuales más frecuentemente procedían de regiones y nacionalidades minoritarias.[14] Y en China, los comunistas procedían más frecuentemente de la China central (y finalmente también septentrional), y más a menudo de las zonas interiores que los dirigentes del Kuomintang, reclutados en masa entre las regiones del sur de la China y de las regiones costeras más occidentalizadas.[15] Nótese que las pautas de Rusia y China se parecen al contraste entre los de la Montaña y los girondinos de la Convención, en Francia: los *Montagnards* (de la Montaña) solían proceder de los centros administrativos que habían formado la base de la monarquía absolutista, mientras que los girondinos habían sido reclutados en grandes cantidades entre las ciudades portuarias comerciales, que históricamente existían en cierta disociación y tensión con el Estado monárquico.[16]

Dos conjuntos de consideraciones ayudan a explicar que los dirigentes políticos de todas nuestras revoluciones sociales procedían específicamente de las filas de *élites* educadas marginales, orientadas a los empleos y las actividades del Estado. En primer lugar, la Francia borbónica, la China manchú y la Rusia zarista fueron, todas ellas, sociedades "estatistas". Desde antes de la época histórica del desarrollo capitalista, los empleos oficiales en aquellas sociedades constituyeron al mismo tiempo un camino importante de la movilidad social y un medio para validar la categoría tradicional y suplementar las fortunas de los terratenientes. Todos aquellos Estados agrarios como Francia (después de la consolidación del absolutismo real),[17] la Rusia zarista y la China imperial (así como Prusia/Alemania y Japón) más o menos continuamente generaron excedentes de aspirantes a la participación en los empleos del Estado. Y algunas de tales personas siempre estaban potencialmente disponibles para las

14 Lane, *Roots*, pp. 32, 39-46.

15 North y Pool, "Elites", en *World Revolutionary Elites*, Lasswell y Lerner, eds., pp. 393-404.

16 Higonnet, "Montagne, Gironde, et Plaine", pp. 14-16. La tensión entre las ciudades portuarias comerciales de Francia y la monarquía absoluta es un tema importante en Edward Whiting Fox, *History in Geographic Perspective: The Other France*, Nueva York, Norton, 1972.

17 Sobre la generación de aspirantes excedentes en Francia durante el siglo XVIII (después de la consolidación del absolutismo borbónico en el siglo XVII), véase Colin Lucas, "Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution", *Past and Present*, núm. 60, agosto de 1973, pp. 84-126.

actividades políticas rebeldes o revolucionarias en las circunstancias críticas.

En segundo lugar al advenimiento del desarrollo económico capitalista en el mundo, las actividades de Estado adquirieron una importancia aún mayor que nunca en aquellos Estados agrarios que se vieron obligados a adaptarse a los efectos del desarrollo económico extranjero. Como hemos visto, los efectos inevitables de tal desarrollo al principio chocaron con la esfera del Estado en forma de una competencia militar aguda y súbitamente acelerada, o de las amenazas de las naciones extranjeras más desarrolladas. De manera concomitante, los efectos culturales del desarrollo en el extranjero al principio chocaron con personas relativamente educadas de las burocracias agrarias; es decir, con aquellos que en su mayoría, o bien eran empleados del Estado o bien estaban conectados u orientados hacia estas actividades. Por tanto, fue comprensible que, cuando los Estados agrarios se enfrentaron a los problemas planteados por el desarrollo en el extranjero, virtualmente todos los grupos con conciencia política, desde reformadores conservadores hasta radicales y revolucionarios, consideraran *el Estado* como la herramienta apropiada para implantar los cambios en el interior que elevaran la posición nacional en el marco internacional. Esto es obvio para Rusia y China. Considérese, asimismo, la fascinación de los funcionarios educados y de los legos de la Francia prerrevolucionaria ante los modelos económicos y políticos británicos, y las difundidas peticiones de que la monarquía implantara algunas reformas. Edward Fox ha señalado lo irónico de que durante el siglo XVIII en Francia,

> en mitad de lo que se ha descrito como la "Revolución democrática" toda una generación de talentosos críticos sociales y publicistas casi unánimemente exigiera la imposición real de sus diversos programas de reforma. En la literatura teórica y polémica de la época, la monarquía "absoluta" fue criticada por no ejercer el poder arbitrario. Para los franceses del *Ancien Régime*, es la monarquía la que representaba lo que era moderno y progresista; las "libertades" políticas casi parecían anacrónicas [...] Para virtualmente todos los habitantes de la Francia continental, las reformas fiscales y jurídicas eran asuntos mucho más urgentes que el desarrollo de la libertad política; y la monarquía era el agente obvio para su puesta en vigor. Sólo cuando el rey no cumplió con aquellas esperanzas, intervinieron sus súbditos.[18]

[18] Fox, *Other France*, p. 90. Véase también, C. B. A. Behrens, *The Ancien Regime*, Londres, Harcourt, Brace, and World, 1967, partes III-IV.

En Francia, como en Rusia y China, los críticos con espíritu cívico, desde los antiguos regímenes, incluyendo, desde luego, a los grupos administrativos-profesionales de los que saldrían los futuros dirigentes revolucionarios, estaban orientados hacia la necesidad y hacia la posibilidad de los cambios por todo el Estado.

En suma, los antecedentes de los dirigentes revolucionarios que surgieron a la palestra durante las revoluciones francesa, rusa y china son congruentes con la perspectiva aquí planteada, de que se trataba de dirigentes *constructores de Estados*. Eran personas que creaban organizaciones administrativas y militares e instituciones políticas para tomar el lugar de las monarquías prerrevolucionarias. No obstante, conocer las características generales de los dirigentes revolucionarios no nos revela *por qué* las revoluciones tuvieron los resultados (compartidos y variados) que tuvieron. ¿Por qué terminaron los dirigentes revolucionarios creando esos tipos específicos de estructuras estatales centralizadas y burocráticas (con variables relaciones con los grupos sociales y variables funciones dentro de la sociedad)?

El papel de las ideologías revolucionarias

Para responder a esta pregunta, a menudo los estudiosos de la Revolución que toman en serio a los dirigentes revolucionarios como políticos suelen adoptar una particular versión explicativa. Las más de las veces, tales investigadores arguyen o implican que las *ideologías* (como "jacobinismo" y "marxismo-leninismo") con las cuales están comprometidos los dirigentes revolucionarios nos ofrecen la clave de la naturaleza de los resultados revolucionarios. También creen que las ideologías revelan las estrategias prácticas que siguen los dirigentes revolucionarios cuando actúan tratando de producir los resultados deseados.[19] Los análisis de los procesos revolucionarios y sus

[19] Incontables análisis históricos de la Revolución rusa enfocan básicamente la ideología y la organización del Partido Bolchevique. *Ideology and Organization in Communist China*, de Franz Schurmann, Berkeley, University of California Press, 1968, ha hecho una muy refinada labor de análisis de los resultados revolucionarios en China, de acuerdo con la ideología comunista china. En la historiografía de la Revolución francesa, algunos analistas siempre han subrayado los ideales de la Ilustración y de las *élites* políticas radicales por encima de los intereses de la burguesía,

resultados que subrayan las orientaciones ideológicas de las vanguardias revolucionarias típicamente tienen como premisas ciertas nociones. De acuerdo con esta opinión, aun cuando los conflictos inherentes y las contradicciones de los antiguos regímenes puedan producir una crisis social, en que sean *posibles* las transformaciones revolucionarias, no obstante la verdadera aplicación de los cambios revolucionarios —y especialmente de qué tipos particulares de cambios se impongan— depende de las intenciones de vanguardias revolucionarias determinadas y bien organizadas. Si esto es cierto, de allí parece colegirse que las explicaciones de los resultados revolucionarios deben remitirse básicamente a las visiones ideológicas de los dirigentes revolucionarios. Pues, ¿de qué otro modo puede explicarse la realización de unas posibilidades particulares, y no de otras, dentro de la crisis social abierta? Esta línea de razonamiento tiene cierta plausibilidad. Por tanto, examinemos la función de las ideologías revolucionarias.

Ciertamente, parece que las ideologías revolucionarias como el jacobinismo y el marxismo-leninismo funcionaron para sostener la cohesión de los dirigentes políticos que intentaron construir y consolidar el poder del Estado en ciertas condiciones sociales revolucionarias[20] De manera similar, el compromiso con tales ideologías ayudó a los políticos revolucionarios a luchar de la manera apropiada. Así, una breve ojeada a los reformadores Meiji de Japón puede señalar, por contraste, lo que quiero indicar. Los radicales Meiji pudieron luchar por el poder del Estado con un estilo ideológico y organizativo muy distinto que los jacobinos, los bolcheviques y los comunistas chinos. Los radicales Meiji se unieron y sostuvieron la cohesión de grupo mediante conexiones particularistas dentro y en el gobierno *han* existente (ya que la mayoría de los dirigentes de la Restauración procedían de Satsuma y Choshu, dos provincias "externas"). Alcanzaron el poder del Estado y efectuaron cambios trascendentales mediante luchas internas faccionales y manipulación de los mecanismos institucionales establecidos. Y pudieran justificar sus acciones innovadoras y universalistas ante ellos mismos y ante otras *élites* mediante referencias a un

como clase. Y, desde luego, el hincapié en las orientaciones ideológicas se encuentra en teorías más generales de la Revolución, especialmente en las teorías de *valores de sistemas y consensos*, y en la variedad gramsciana de la teoría marxista-leninista.

20 Acerca del "jacobinismo" como movimiento revolucionario, véase Briton, *Jacobins*, especialmente los caps. II, IV, V-VII.

símbolo antes desprestigiado, pero que por tradición era legitimador: "el emperador". Ciertas instituciones y conexiones, y algunos símbolos tradicionales pudieron ser empleados así por los reformadores radicales Meiji por causa de la flexibilidad y los potenciales únicos para las adaptaciones rápidas a las condiciones modernas del régimen Tokugawa, del que habían surgido.[21] Fueron estas características las que, como hemos visto en el capítulo II, faltaron a los regímenes Borbón, Manchú y Romanov. Dentro de las situaciones sociorrevolucionarias de Francia, Rusia y China, *nuevas* ideologías y organizaciones habían de desempeñar funciones para los dirigentes revolucionarios, similares a las que sirvieron a los dirigentes de la Restauración Meiji gracias al símbolo del emperador, los necios *han*, y los potenciales de manipulación faccional dentro de disposiciones políticas ya establecidas.

Las ideologías revolucionarias como el jacobinismo y el marxismo-leninismo pudieron ayudar a las *élites* políticas comprometidas por ellas a luchar por, construir y sostener el poder del Estado dentro de situaciones sociorrevolucionarias, y por diversas razones. En primer lugar, eran (en sus marcos histórico y nacional), credos universalistas que podían permitir y alentar a la gente de muy diversos antecedentes particularistas, a trabajar unida como conjunto de conciudadanos o de camaradas. Esto fue importante en Francia, Rusia y China, porque las revoluciones no fueron consolidadas por tomas, por las *élites* seccionales antes existentes, como en Japón. Más aún: las únicas legitimaciones políticas preexistentes en toda la sociedad eran los símbolos monárquicos que se desacreditaron dentro de las situaciones sociorrevolucionarias. Surgieron entonces las ideologías revolucionarias para justificar la reconstrucción y el ejercicio del poder del Estado.

En segundo lugar, estas ideologías movieron a las *élites* revolucionarias a hacer prosélitos y movilizar a las masas para las actividades y luchas políticas. Y esta orientación, si bien no produjo muchas conversiones reales, dio a los jacobinos, bolcheviques o comunistas chinos, acceso a decisivos recursos adicionales para las luchas político-militares contra los contrarrevolucionarios, cuyos ideales e intereses materiales les hacían menos anuentes a iniciativas de masas. En tercer lugar, el jacobinismo y el marxismo-leninismo eran, ambos, visiones seculares "totalita-

[21] Véanse el análisis y las referencias en la sección sobre Japón en el capítulo II de esta obra.

rias", que daban una justificación a los actores que creían en ellos, para emplear medios ilimitados para alcanzar en la tierra los últimos objetivos políticos, fines como "la aplicación de la Voluntad General" y avanzar hacia la "sociedad sin clases". Y, como lo ha anotado Egon Bittner, si las ideologías totalitarias han de ser sostenidas como creencias exclusivas dentro de unos grupos, bien pueden establecerse ciertos tipos de mecanismos de organización. Estos incluirían mecanismos tales como controles para alentar el compromiso individido de los cuadros con los lineamientos de grupos y jerárquicos de la autoridad, enfocados en símbolos y jefes extraordinarios.[22] Por poco atractivos que parezcan tales mecanismos desde la perspectiva de la teoría política liberal, el hecho es que probablemente darán a las minorías armadas formidables ventajas en las luchas políticas ilimitadas del tipo que caracteriza a las guerras civiles revolucionarias.

Así, las ideologías revolucionarias y la gente comprometida con ellas eran indudablemente ingredientes necesarios en las grandes revoluciones sociales que aquí investigamos. Sin embargo, no puede decirse, además que el contenido cognoscitivo de las ideologías ofrezca en algún sentido una clave de predicción para los resultados de las revoluciones o las actividades de los revolucionarios que edificaron aquellas organizaciones de Estado que consolidaron las revoluciones. Toda línea de razonamiento que considere las ideologías revolucionarias como planos preestablecidos de las actividades revolucionarias y los resultados de las revoluciones, no puede apoyar un estudio a la luz de la prueba histórica acerca de cómo el jacobinismo y el marxismo-leninismo en realidad se desarrollaron y funcionaron dentro del desarrollo de las situaciones social-revolucionarias en Francia, Rusia y China.[23] Los ideólogos jacobinos compartie-

22 Egon Bittner, "Radicalism and the Organization of Radical Movements", *American Sociological Review*, 28, 1963, pp. 928-940.

23 Desde luego, casi seguramente es cierto que los sistemas de idea general —es decir, la Ilustración, incluso la filosofía de Rousseau, y las teorías sociohistóricas de Karl Marx— tuvieron que estar, históricamente, a disposición de los líderes de las revoluciones francesa, rusa y china. Puede sostenerse que estos sistemas ideológicos aportaron las indispensables orientaciones generales; por ejemplo, hacia Estados finales, que lo abarcaran todo, para la sociedad o la historia, importantes para grupos de referencia universal-democráticos, como "el pueblo" o "el proletariado". Tan vastas orientaciones podían combinarse entonces durante las crisis revolucionarias con objetivos, modelos y estrategias y tácticas más específicamente apropiadas a las concretas y cambiantes circunstancias políticas a

ron el gobierno de la Francia revolucionaria sólo durante cerca de un año, y el "Reino de la Virtud" no pudo implantarse. Los jacobinos realizaron, en cambio, las tareas más mundanas, de construcción de Estado y defensa revolucionaria, indispensables para el triunfo de la misma Revolución que los devoró.[24] En Rusia, los bolcheviques fueron abrumados por las exigencias del intento de tomar y conservar el poder del Estado en nombre del socialismo marxista, en un país agrario y quebrantado por la derrota en una guerra total. Se vieron obligados a emprender tareas y a tomar medidas que directamente contradecían su ideología. A la postre, el estalinismo triunfante deformó y trastornó virtualmente todo ideal marxista, contradiciendo rudamente la visión de Lenin en 1917, de destruir las burocracias y los ejércitos permanentes.[25] En China, los comunistas se organizaron de apropiada manera marxista-leninista para tomar el poder mediante levantamientos proletarios en las ciudades. Sólo *después* de que éstos fueron aplastados y nuevos y viables movimientos orientados hacia los campesinos estaban ya bien enraizados en las zonas militares básicas de los campos, se desarrolló la doctrina "maoísta", para santificar y codificar lo que ya estaba hecho. En adelante, fueron añadiéndose epiciclos al modelo básico, siempre que fueran necesarios para justificar las desviaciones prácticas por el camino del poder nacional.[26]

las que habían de adaptarse las *élites* revolucionarias para lograr construir las nuevas organizaciones del Estado revolucionario. Sin embargo, desde esta perspectiva, las preguntas interesantes acerca de la influencia de los sistemas pertinentes de idea general en las revoluciones francesa, rusa y china, se convierten en cuestiones acerca de cómo, exactamente, los líderes revolucionarios se adaptaron y especificaron estos sistemas de una idea general. Por tanto, hemos de inquirir en las circunstancias sociales e históricas particulares a las que estaban respondiendo estos líderes al crear y transformar sus ideologías revolucionarias. Para un estudio particularmente bueno realizado según estos lineamientos, véase Maurice Meisner, *Li Tachao and the Origins of Chinese marxism,* Nueva York, Atheneum, 1973.

24 Véase M. J. Sydenham, *The French Revolution,* Nueva York, Capricorn Books, 1966, caps. VII-VIII.

25 Véase Barrington More, Jr., *Soviet Politics— The Dilemma of Power,* Nueva York, Harper & Row, 1965; Arthur Rosenberg, *A History of Bolshevism,* Nueva York, Oxford University Press, 1934; Robert Vincent Daniels, *The Conscience of the Revolution,* Cambridge, Harvard University Press, 1960.

26 Véase Stuart R. Schram, *The Political Thought of Mao Tse-tung,* edición corregida y aumentada, Nueva York, Praeger, 1969, especialmente, la introduc., y Roland Lew, "Maoism and the Chinese Revolution", *The Socialist Register 1975,* Londres, Merlin Press, 1975, pp. 115-159.

En suma, los líderes ideológicamente orientados en las crisis revolucionarias se han visto muy limitados por las condiciones estructurales existentes, y desconcertados por las corrientes, en rápido cambio, de las revoluciones. Así, típicamente, han terminado por realizar tareas muy distintas y por fomentar la consolidación de tipos de régimen enteramente nuevos de los que originalmente (y quizás siempre) habían intentado de acuerdo con su ideología. Esto no debe parecer sorprendente si comprendemos y reflexionamos en una palmaria verdad: las crisis revolucionarias *no* son totales rompimientos en la historia que de súbito hagan posible algo que desearan los revolucionarios. Y de esto hay varias razones. Por una parte, las crisis revolucionarias tienen formas particulares, y crean concatenaciones específicas de posibilidades e imposibilidades, de acuerdo con la manera en que estas crisis se generaron originalmente en antiguos regímenes dados y en determinadas circunstancias. Además, aun cuando una crisis revolucionaria sí entraña desplomes institucionales y conflictos de clase que rápidamente cambian los parámetros de lo que es posible en determinada sociedad, muchas condiciones —especialmente condiciones socioeconómicas— siempre se traspasan del antiguo régimen. Y también éstas crean posibilidades e imposibilidades específicas dentro de las cuales han de operar los revolucionarios al tratar de consolidar el nuevo régimen. Y lo mismo hacen los determinados marcos internacional y universal en los que ocurren las transformaciones revolucionarias.

El análisis por venir

Ahora, todos los rasgos definitorios del enfoque explicativo que seguiremos en el resto de la Segunda Parte pueden quedar en su lugar. Seguiremos el hilo de la construcción del Estado, desde las originales crisis revolucionarias hasta la cristalización de los básicos resultados revolucionarios. Y tomaremos en serio a los dirigentes revolucionarios como políticos que luchan por consolidar y emplear el poder del Estado. Pero *no* trataremos de descifrar ni de explicar los acontecimientos revolucionarios desde la perspectiva de las cosmovisiones o programas ideológicos; en cambio, dirigiremos nuestra atención a las formas en que las crisis revolucionarias y los legados de los antiguos regímenes formaron y limitaron los esfuerzos y realizaciones de los dirigentes revolucionarios empeñados en construir un Estado.

Varios conjuntos de circunstancias que obstaculizan los esfuerzos de construcción del Estado serán sometidos, en cada caso, al análisis, y constituirán la base analítica de las comparaciones entre las diversas revoluciones.

Ante todo, se prestará cuidadosa atención a los rasgos particulares de cada crisis sociorrevolucionaria, remitiéndonos así a mucho de lo que ya ha quedado bien establecido acerca de cada Revolución en la Primera Parte. Este hincapié analítico tiene dos aspectos. En primer lugar, la manera específica en que cada antiguo régimen se desplomó en lo político (como fue analizado en el capítulo II) tiene importantes consecuencias. Determinó las pautas iniciales del conflicto político durante el interregno revolucionario, e influyó sobre las posibilidades (o imposibilidades) de la estabilización temporal de los regímenes políticos liberales. También ayudó a determinar la clase de las tareas administrativas y militares a las que hubieron de enfrentarse los dirigentes que movían a las masas, según fueron surgiendo dentro de las situaciones revolucionarias.

En segundo lugar, mucho dependió del surgimiento en el tiempo y de la naturaleza de las revueltas campesinas o de los desórdenes agrarios dentro de las crisis revolucionarias, asuntos explicables en términos de las estructuras sociopolíticas agrarias que hemos analizado en el capítulo III. Donde las revueltas campesinas ocurrieron de pronto de manera autónoma, como fueron los casos de Francia y de Rusia, tuvieron efectos inmediatos e incontrolables en el curso de las luchas nacionales-urbanas. En China, las revueltas campesinas contra los señores terratenientes se pospusieron hasta que los campesinos, como era necesario, fueron movilizados políticamente en el proceso de construcción revolucionaria del Estado. Con ello se logró que los campesinos chinos fuesen excepcionalmente influyentes en el moldeamiento del Nuevo Régimen. Sin embargo, aunque los constructores del Estado revolucionario en Francia y en Rusia, movilizaron políticamente a obreros urbanos, más que a campesinos, ellos también tuvieron que pactar con los órdenes agrarios revolucionados, y comprender bien cómo lograron hacer esto es entender en gran parte el curso y los resultados de cada Revolución.

Los legados socioeconómicos del antiguo régimen también aparecerán en cada análisis de los casos, especialmente con el fin de explicar las variantes entre las revoluciones. Prestaremos atención a los tipos particulares de estructuras comerciales, industriales y de transporte, centradas en las ciudades, y que

fueron legado del antiguo régimen. ¿Fueron industrias modernas o no? Y, en ese caso, ¿de qué tipo, y dónde estaban localizadas? Las respuestas nos ayudarán a explicar los tipos de clase sociales, basadas en las ciudades, y los conflictos de clase que figuraron en cada drama revolucionario, las bases y límites posibles del apoyo urbano a los constructores del Estado revolucionario, y las oportunidades (abiertas o no) de emplear el poder del Estado revolucionario, una vez consolidado, para promover la industrialización nacional (de uno u otro tipo) bajo el control del Estado.

Por último, desde luego, consideraremos las influencias de las circunstancias históricas universales y de las relaciones internacionales sobre los nacientes regímenes revolucionarios. La ocasión y secuencia histórica de las revoluciones afectó los modelos de la organización del partido político y las maneras de emplear el poder del Estado disponibles para los sucesivos liderazgos revolucionarios. Más aún: tanto en Francia como en Rusia y China, invasiones militares del exterior durante los interregnos revolucionarios y situaciones militares internacionales después de la consolidación inicial del poder del Estado, afectaron poderosamente el desarrollo de las revoluciones. Los tipos particulares de influencias internacionales variaron entre Francia, Rusia y China, sólo que tales realidades sí tuvieron importancia al producir los resultados revolucionarios en los tres casos.

En el resto de la Segunda Parte, desarrollaremos algunos argumentos para explicar las *pautas compartidas* por las tres revoluciones, y otras para explicar las *variaciones clave* entre las revoluciones, ante el fondo de las pautas compartidas. Así trataré de demostrar que el surgimiento de Estados más centralizados, que incorporaban a las masas y eran burocráticos, en Francia, Rusia y China, resulta explicable de acuerdo con exigencias, desafíos y oportunidades bastante semejantes. Éstos fueron creados para los constructores del Estado revolucionario por las coyunturas originales, en los tres casos de desplome del antiguo régimen y difundidas inquietudes campesinas. Al mismo tiempo, me valdré de comparaciones entre los tres casos para especificar cómo los rasgos particulares de cada coyuntura revolucionaria en el medio histórico universal dado, junto con las condiciones específicas que habían quedado del antiguo régimen, sirvieron para modelar las luchas y los resultados distintivos de cada revolución.

En el capítulo v examinaré el proceso y los resultados de la

Revolución francesa, desde 1789, hasta la consolidación del régimen napoleónico. El capítulo VI trata de Rusia desde 1917, hasta el triunfo del estalinismo, durante los años 30. Y en el capítulo VII analizo los acontecimientos de China desde la secuela de 1911 hasta 1949 y el decenio de los años 60.

V. LA CREACIÓN DEL EDIFICIO DE UN "ESTADO MODERNO" EN FRANCIA

> El poder del Estado centralizado, con sus ubicuos órganos de ejército permanente, policía, burocracia, clero y judicatura —órganos que han creado según el plan una división sistemática y jerárquica del trabajo— se originaron desde los días de la monarquía absoluta [...] Sin embargo, su desarrollo siguió bloqueado por todo tipo de escombros medievales, derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales y constituciones provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución francesa [...] barrió todos estos vestigios de tiempos pasados, limpiando así, simultáneamente, el suelo social de sus últimos obstáculos a la superestructura del edificio del Estado moderno levantado durante el Primer Imperio, el cual, a su vez, era un brote de las guerras de coalición de la antigua Europa semifeudal contra la Francia moderna.
>
> Karl Marx

El curso de la Revolución francesa fue determinado por las consecuencias de una crisis social-revolucionaria, en que la estabilización liberal resultó imposible, y por el surgimiento, mediante la movilización de masas, de organizaciones de Estado centralizadas y burocráticas. Como en Rusia y en China, tales organizaciones de Estado sirvieron para consolidar la Revolución en el marco de una guerra civil e internacional. Nuestro examen de la dinámica y de los resultados de la Revolución francesa subrayarán estos acontecimientos fundamentales. No obstante, como preludio a este análisis, permítaseme entrar primero en el actual debate historiográfico acerca de cómo debe caracterizarse la Revolución general en su conjunto.

¿Una revolución burguesa?

¿Qué cambió fundamentalmente y cómo en la Revolución francesa? Éstos son temas de gran controversia entre los histo-

riadores contemporáneos. Se han hecho reveladoras críticas a la "interpretación social" hasta hace poco dominante, idea de inspiración marxista, en gran parte, según la cual la Revolución fue encabezada por la burguesía para desplazar el feudalismo y la aristocracia y establecer en su lugar el capitalismo.[1] Ninguna interpretación contraria de comparables dimensiones y poder ha logrado hasta hoy una aceptación general.[2] Esto es cierto, en parte, quizás, porque los debates en torno de las posibles reinterpretaciones han permanecido en gran medida dentro de los términos socioeconómicos del marco de referencia establecido. Como los conceptos marxistas de la centralidad de la burguesía y de la transición de un modo feudal a un modo capitalista de producción han quedado abiertos a cuestionamiento, los debates más vocingleros acerca de qué poner en su lugar tan sólo han estado probando con partes del argumento original, dejando intactos sus focos sustantivos y su estructura. Se han buscado en su lugar grupos nuevos, aparte de la burguesía, con intereses económicos correspondientes a los resultados económicos no tan capitalistas de la Revolución.[3] O bien se ha subrayado una manera más indirecta y cautelosa de reimplantar un eco tenue del argumento marxista, en términos sociales pero no económicos.[4] El resultado ha sido hacer el hincapié interpre-

1 Para una afirmación breve y concisa de una interpretación diluida de "revolución burguesa", véase especialmente Albert Soboul, "Classes and Class Struggles During the French Revolution", en *Science and Society*, 17.5, verano de 1953, pp. 238-257. Para una crítica acerba (y hoy ya muy conocida) de este tipo de interpretación, véase Alfred Cobban, *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1964, y Cobban, "The Myth of the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, Norton, 1970, pp. 90-111.

2 Véase Gerald J. Cavanaugh, "The Present State of French Revolutionary Historiography: Alfred Cobban and Beyond", en *French Historical Studies*, 7:4, otoño de 1972, pp. 587-606.

3 Por ejemplo, Norman Hampson ha sugerido acertadamente que las conclusiones de Alfred Cobban señalan hacia una "interpretación económica no marxista de la Revolución". Considérese este pasaje de la *Social Interpretation*, de Cobban: "No fue completamente una revolución en favor, sino en gran parte en contra de la penetración de un capitalismo embrionario en la sociedad francesa. Considerada como tal, en gran parte logró sus fines. Los propietarios campesinos del país y los abogados, *rentiers* y hombres de propiedad en los poblados resistieron con éxito a las nuevas corrientes económicas. En particular, los últimos se apoderaron de la revolución y consolidaron su régimen mediante la dictadura de Napoleón." (p. 172).

4 Quizás el ejemplo más importante —y la culminación— de esta

tativo en aspectos muy parciales de los resultados revolucionarios. Así, todos los nexos entre el surgimiento histórico del capitalismo y de los capitalistas y los verdaderos acontecimientos políticos y las luchas de la Revolución francesa han ido haciéndose cada vez más tenues, aun cuando supuestamente existe alguna conexión última intrínseca, que, en realidad, debe "explicar" la revolución en general.

Mientras tanto, ciertos cambios producidos por la Revolución francesa en la estructura y el funcionamiento del Estado francés han sido, en gran parte, olvidados por los intérpretes contemporáneos que tratan de discernir el significado general de la Revolución.[5] Sin embargo, aquí y allá, en ensayos interpretativos y en síntesis, han surgido ciertos indicios, y aún más claramente en los descubrimientos de los estudios empíricos sobre los desarrollos del ejército y la administración durante la Revolución. Éstos indican que la lógica general de los conflictos y resultados de la Revolución pueden encontrarse básicamente en las transformaciones sociopolíticas y jurídicas —es decir, la burocratización, la democratización, y el surgimiento de un marco político-jurídico favorable al capitalismo— producidas mediante la confluencia de las luchas políticas por el poder del Estado y las luchas campesinas contra los derechos señoriales, más que en una transformación básica de la estructura socioeconómica efectuada por la acción de clases de una burguesía capitalista.[6] Desde luego, las diferencias aquí enumeradas

estrategia sea la obra de Norman Hampson, *A Social History of the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1963. Pero la corriente fue iniciada por la magistral *The French Revolution* de Georges Lefebvre, 2 vols., trad. Elizabeth Moss Evanson, vol 1, y John Hall Stewart y James Friguglietti, vol. 2, Nueva York, Columbia University Press, 1962, 1964.

5 Desde luego, uno de los clásicos intérpretes de la Revolución francesa, Alexis de Tocqueville, colocó el Estado en el centro de su análisis en *The Old Regime and the French Revolution*, trad. Stuart Gilbert, Nueva York, Doubleday [Anchor Books] 1955.

6 Véase. Cavanaugh, "Present State", pp. 599-606, y M. J. Sydenham, *The French Revolution*, Nueva York, Capricorn Books, 1966, en que el autor "deliberadamente ha decidido reafirmar la importancia de los acontecimientos políticos [...] particularmente [...] el surgimiento de la nueva religión del nacionalismo y el intento de reconciliar la autoridad constitucional con el control popular del poder" (p. 5). El propio Albert Soboul, especialmente en su ensayo interpretativo, *A Short History of the French Revolution, 1789-1799*, trad. Geoffrey Symcox, Berkeley, University of California Press, 1977, invoca frecuentemente a Tocqueville y pone de relieve los acontecimientos del Estado, aunque su argumento teórico

son cuestión de hincapié y de perspectiva, pero tales diferencias pueden tener grandes consecuencias, especialmente si nos llevan a tratar de explicar de maneras nuevas los procesos y resultados de la Revolución.

La Revolución y el desarrollo económico

Los partidarios de la idea de que la Revolución francesa fue una "revolución burguesa" pueden señalar testimonios que parecen apoyar su posición. Ciertamente, las *élites* políticas que surgieron no tomaron el control directo de la economía para fomentar la industrialización nacional; en cambio, la Revolución fortaleció a las clases basadas en la propiedad privada. Se eliminaron las barreras regionales, de propiedad y gremiales de la formación de un mercado nacional, y, a su debido tiempo, Francia pasó por la etapa de industrialización capitalista.

Sin embargo, existen hechos no menos importantes que contradicen toda versión económicamente fundada de la tesis de la "revolución burguesa". Antes de la Revolución, la industria francesa era abrumadoramente en pequeña escala, y no mecanizada; la riqueza comercial y financiera coexistía sin antagonismos, en realidad, simbióticamente, con las modalidades más establecidas y prestigiosas de "propietarios" de tierras, cargos venales y rentas vitalicias. Durante la Revolución, el liderazgo político procedió básicamente de las filas de profesionales (especialmente abogados), ocupantes de cargos e intelectuales. Los hombres que dominaron a Francia después de la Revolución no fueron industriales ni empresarios capitalistas sino básicamente burócratas, soldados y propietarios de heredades.[7] Y las reformas económicas aplicadas durante la Revolución, o bien fueron implantadas por revueltas desde abajo o bien fueron culminación de "[...] el movimiento, ya viejo de un siglo, por la abolición de las aduanas internas[...] [movimiento] dirigido y a la postre llevado al triunfo, no por representantes de intereses comerciales e industriales, sino por funcionarios reformadores" del Estado francés.[8]

básico, desde luego, sigue siendo que la Revolución francesa "marca el advenimiento de la sociedad burguesa capitalista en la historia francesa" (p. 1.) Para estudios empíricos procedentes, véanse las obras citadas en la última sección de este capítulo, acerca de "El nuevo régimen".

7 Cobban, *Social Interpretation*, caps. VI, VIII, XII-XIV.

8 *Ibid.*, p. 70

Más revelador aún: la Revolución casi ciertamente obstaculizó la industrialización capitalista en Francia, casi tanto como la facilitó. Puede esperarse que todo periodo de tumultos revolucionarios vaya acompañado de obstáculos al desarrollo inmediato. Así:

> La serie de levantamientos y guerras que comenzó con la Revolución francesa y terminó con Waterloo[...] llevó con ella la destrucción de capital y pérdidas de mano de obra; la inestabilidad política y una difundida angustia social; diezmar a los grupos empresariales ricos, todo tipo de interrupciones al comercio, inflaciones violentas y alteraciones de la moneda.[9]

Una de estas perturbaciones fue de especial importancia. Antes de la Revolución, muchas de las surgientes industrias de Francia habían sido alimentadas por un comercio de ultramar en continua expansión.[10] Pero este comercio se desplomó como resultado de la Revolución y de las guerras siguientes, de modo que, aun cuando "[...] de 1716 a 1789 el comercio exterior de Francia se cuadruplicó", no volvió a alcanzar sus niveles prerrevolucionarios hasta bastante después de 1815.[11]

La Revolución obstaculizó el desarrollo económico francés también de otras maneras más fundamentales. La estructura socioeconómica que surgió de los levantamientos revolucionarios presentó a una burguesía no industrial y a un campesinado seguro en sus lugares.[12] Desde luego, la burguesía posrevolucionaria era rica, ambiciosa, y disfrutaba de derechos absolutos de propiedad privada. Sin embargo,

> La base de la [...] burguesía no era la industria, sino antes bien sus bases eran el comercio, las profesiones y la tierra. Los nuevos hombres que surgieron como resultado de las oportunidades creadas por el

9 David S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, pp. 142-143.

10 Walter L. Dorn, *Competition For Empire, 1740-1763*, Nueva York Harper & Row, 1963, pp. 252-253, y F. Crouzet, "England and France in the Eighteenth Century: A Comparative Analysis of Two Economic Growths", cap. VII de *The Causes of the Industrial Revolution in England*, ed. R. M. Hartwell, Londres, Methuen, 1967.

11 Henri Sée, *Economic and Social Conditions in France During the Eighteenth Century*, trad. Edwin H. Zeydel, Nueva York, F. S. Crofts & Co., 1931, p. 154.

12 Tom Kemp, *Economic Forces in French History*, Londres, Dobson Books, 1971, caps. V-VI.

trastorno social [...] no vieron en la inversión industrial y la producción el camino mejor para aprovechar las recién ganadas libertades. Podían formarse fortunas mucho más rápidamente en la especulación de tierras y artículos. Más adelante pasarían a la industria, pero sólo cuando y como se les presentaran oportunidades.[13]

Sin embargo (especialmente en comparación con la situación de Inglaterra) las oportunidades de inversión industrial sólo surgieron gradualmente en la Francia del siglo XIX. La economía posrevolucionaria siguió siendo básicamente agraria, y los campesinos siguieron trabajando la tierra de manera virtualmente igual. La Revolución fortaleció a los pequeños propietarios rurales mediante la abolición de los privilegios señoriales y las transferencias de ciertas tierras, y la aplicación jurídica de la herencia divisible. Como lo ha señalado Alexander Gerschenkron:

No cabe duda de que la granja familiar francesa merece lugar de distinción en la lista de obstáculos y desventajas colocada en el camino del desarrollo económico francés.
Ante todo, las granjas francesas resultaron una fuente muy inadecuada de suministro laboral para las ciudades. El campesino francés se aferró a sus tierras [...] Al mismo tiempo [...] el deseo de comprar tierras adicionales siempre pareció uno de los principales fines, al determinar las decisiones económicas del campesinado francés. Así, su avaricia proverbial significó la abstención de comprar nuevos bienes de consumo; sin embargo, muy poco de los ahorros se empleó en la adquisición de bienes de capital, como maquinaria y fertilizantes [...] En consecuencia, el campesinado francés no sólo dejó de ayudar al desarrollo industrial al no suministrarle una mano de obra barata y disciplinada [...] Tampoco actuó como un mercado grande y creciente para los productos industriales.[14]

Después de 1814, la industria francesa se encontró muy atrás de la industria británica, y entonces se volvió hacia el fortalecido Estado francés, "para perpetuar en Francia una atmósfera de invernadero en que a gran costo se mantenían empresas anticuadas e ineficientes, mientras que las nuevas fábricas y empresas carecían del aguijón de la competencia y de la conexión libre con los países extranjeros para la importación de bienes de capital y de tecnología".[15] Más beneficiosas con-

13 *Ibid.*, p. 102.

14 Alexander Gerschenkron, "Reflections on Economic Aspects of Revolutions", en *Internal War*, ed. Harry Eckstein, Nueva York, Free Press, 1964, pp. 188-189.

15 *Ibid.*, p. 190. Véase también, Landes, *Unbound Prometheus*, páginas 142-150, y Kemp, *Economic Forces*, cap. VI.

tribuciones del fortalecido Estado francés a la facilitación de la industrialización capitalista tuvieron que aguardar el advenimiento de la época del ferrocarril. Aun entonces, el desarrollo económico francés sólo parece haber recomenzado no lejos de donde se había quedado en 1789 y haber procedido firmemente en un medio socioeconómico que, en general, no era mucho más ni menos favorable al crecimiento que el del antiguo régimen. Como ejemplo en que los historiadores de la economía no han podido ponerse de acuerdo sobre ningún periodo de la época del "despegue industrial", Francia ofrece pobre material para sustanciar la idea de una revolución burguesa que, supuestamente, de pronto rompió las cadenas que trababan el desarrollo capitalista.[16]

Las realizaciones políticas

No basta sencillamente con transferir la clásica tesis de la revolución burguesa, de un nivel básicamente socioeconómico, a otro nivel más estrictamente político de análisis, arguyendo que la Revolución francesa constituyó el triunfo del liberalismo político logrado mediante luchas políticas intensificadas por conflictos de clases y encabezadas por la burguesía.[17] Las luchas políticas de la Revolución francesa no fueron encabezadas, en ningún sentido considerable, por una burguesía capitalis-

16 Véase Kemp, *Economic Forces;* Jan Marczewski, "Some Aspects of the Economic Growth of France, 1660-1958", *Economic Development and Cultural Change,* 9:2, 1961, pp. 369-386; Jan Marczewski, "The Take-Off Hypothesis and French Experience", en *The Economics of Take-off into Sustained Growth,* ed. W. W. Rostow, Nueva York, St. Martin's Press, 1963, pp. 119-138; Claude Fohlen, "France 1700-1914", en *The Emergence of Industrial Societies,* 1, ed. Carlo M. Cipolla, The Fontana Economic History of Europe, vol. 4, Londres; Collins/Fontana, 1973, pp. 7-75, y Barry Supple, "The State and the Industrial Revolution 1700-1914", en *The Industrial Revolution,* ed. Carlo M. Cipolla, The Fontana Economic History of Europe, vol. 3, Londres, Collins, 1973, especialmente pp. 327-333.

17 Véase, por ejemplo, Soboul, *Short History.* También es pertinente aquí el capítulo sobre Francia de Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy,* Boston, Beacon Press, 1966. Moore desdeña la idea de que la burguesía encabezó la Revolución (aún más que Soboul, quien siempre había subrayado que la Revolución en realidad siempre fue empujada, desde 1789-1794, por revueltas populares). No obstante, Moore considera el resultado general y el significado de la Revolución como la eliminación de obstáculos hacia el liberalismo y la democracia. No explora considerablemente el grado en que la Revolución también creó o reforzó sus obstáculos a estas formas políticas.

ta ni por sus representantes. Ciertos cambios claves causados por la Revolución en la estructura política de Francia fortalecieron el dominio ejecutivo-administrativo dentro del gobierno, y no unos acuerdos representativo-parlamentarios. Y las posibilidades de un gobierno autoritario aumentaron a expensas de las libertades cívicas. Y, quizás lo más importante de todo, cualquier analista que trate de encontrar un sentido en las condiciones que influyeron en las luchas y realizaciones políticas de la Revolución deberá prestar especial atención a los efectos de la participación francesa, de 1792 a 1814, en grandes guerras europeas. Pues la construcción del Estado en la Francia revolucionaria fue más poderosa y directamente influida por las exigencias de entablar guerras y enfrentarse a sus repercusiones políticas internas, más que por los intereses de clase de los grupos sociales en conflicto.

Una vista a ojo de pájaro de aquello que de la manera más notable realizó la Revolución francesa se encuentra expresado, mejor que en ninguna otra parte, en el pasaje citado como epígrafe de este capítulo, y tomado del escrito de Karl Marx sobre "La guerra civil en Francia".[18] Este notable pasaje coloca las "ruinas medievales" del antiguo régimen en la perspectiva correcta, sugiriendo que estaba íntimamente relacionado con el aparato de Estado de la monarquía. Sobreimpuesta a la estructura, cada vez más fluida y moderna, de la Francia prerrevolucionaria (como hemos visto en el capítulo II) había una onerosa colección de derechos y cuerpos locales, provinciales, y ocupacionales, institucionalizados y políticamente garantizados. Algunos de ellos tenían formas o nombres heredados de los tiempos medievales, pero todos ellos hacía mucho tiempo ya que habían sido funcionalmente transformados mediante la expansión de la monarquía absoluta y la difusión de la comercialización. Lo que los trastornos sociales y políticos de la Revolución ciertamente lograron hacer fue eliminar estos "escombros medievales" que habían dependido del Estado monárquico para su continuada existencia y, de manera simultánea, ponían límite al funcionamiento eficiente del absolutismo regio.

Fueron barridos los privilegios y derechos señoriales, dejando una economía agraria dominada por terratenientes medianos y

[18] Citado de Karl Marx, "La Guerra Civil en Francia" (1871), reimpreso en Karl y Friedrich Engels, *Selected Works*, Nueva York, International Publishers, 1968, p. 289.

pequeños, con derechos de propiedad exclusivos sobre sus tierras. La nación —compuesta de ciudadanos despojados de distinciones estatales y corporales y oficialmente iguales ante las leyes de la tierra— reemplazó a la monarquía hereditaria, sancionada divinamente como fuente simbólica de la soberanía política legítima. Como lo muestra el mapa 3, unas jurisdicciones políticas uniformes y racionalmente ordenadas —que mostraban entre 80 y 90 "departamentos" (los que a su vez abarcaban distritos y comunas)— reemplazó al caos de "35 provincias, 33 *généralités* fiscales [...], 175 *grands bailliages*, 13 *parlements*, 38 *gouvernements militaires* y 142 diócesis" del antiguo régimen.[19] Sistemas nacionales de derecho, impuestos y aduanas reemplazaron las variaciones y barreras locales regionales de los tiempos prerrevolucionarios. En la administración del ejército y del Estado, principios burocráticos de reclutamiento, recompensa y funcionarios supervisores reemplazaron las prácticas de los cargos venales, la venta de funciones gubernamentales y el reconocimiento especial de la condición de nobles y de los privilegios de corporación que tanto habían comprometido la unidad y eficacia del Estado monárquico. El gobierno central aumentó sus dimensiones y funciones. Y la nueva política nacional se volvió más "democrática", no sólo en el sentido de que la nación de iguales civiles reemplazó a la monarquía y a la aristocracia como fuente de legitimidad, sino también en el sentido de que el Estado penetró más profunda e igualitariamente en la sociedad. Al hacerlo, trató de distribuir los servicios y oportunidades sin consideración formal a los antecedentes sociales y exigió más a cada quien, una participación más activa en las funciones del Estado, y mayores recursos de dinero, tiempo y mano de obra para alcanzar los objetivos nacionales.

En suma, la Revolución francesa sólo fue "burguesa" en el sentido específico de que consolidó y simplificó la compleja variedad de derechos de propiedad prerrevolucionarios, en la forma individualista y exclusiva de la moderna propiedad privada. Y sólo fue "capitalista" en el sentido específico de que suprimió todo tipo de barreras de corporación y provincia opuestas a la expansión de una economía nacional competitiva de mercado en Francia. Desde luego, estos cambios fueron muy importantes. Representan la eliminación de formas casi feudales de apropiación de excedentes y el establecimiento, en cambio, de

19 Hampson, *Social History*, pp. 112-113.

Una revolución burocrática

prometedoras condiciones jurídicas —aunque no condiciones socioeconómicas ideales— para la apropiación capitalista y para la industrialización capitalista de Francia.[20] Pero no debemos olvidar que estas transformaciones sólo nos cuentan parte de la historia. En cierto sentido, fueron simples complementos a las transformaciones más asombrosas y trascendentales del Estado francés y de la política nacional. A su vez, estos cambios políticos no fueron sencilla ni básicamente "liberales" en su naturaleza, ni tampoco fueron decididos directamente por la actividad o los intereses de la clase burguesa. Antes bien, fueron resultado de complejos entrecruzamientos de revueltas populares y de los esfuerzos por la consolidación administrativo-militar de una sucesión de dirigentes políticos. Por virtud de sus resultados y de sus procesos, la Revolución francesa —y parte de esto aún queda por demostrar— es tanto, o más, una revolución burocrática, fortalecedora del Estado e incorporadora de las masas, como también fue (en cualquier sentido) una revolución burguesa.

Los efectos de la crisis social-revolucionaria de 1789

Si la Revolución francesa fue básicamente la transformación de una monarquía absoluta obstaculizada por "escombros medievales" a un Estado nacional centralizado, burocrático e incorporador de las masas, entonces, ¿cómo y por qué ocurrió esto? El resultado político de la Revolución francesa, plenamente consolidado por Napoléon, no fue el que preferían los grupos dominantes económicamente en Francia. Aunque nunca se habrían puesto de acuerdo en las formas específicas institucionales, lo que probablemente deseaba la mayoría de los franceses ricos y propietarios, de la Revolución, era algo parecido al sistema parlamentario inglés. Era éste un sistema con gobiernos locales y una Asamblea Nacional (o asambleas) dominada por representantes de la gente educada y acomodada, y en que el cuerpo representativo nacional disfrutaba de poderes para iniciar la legislación y ejercer controles financieros sobre el Ejecutivo. Pero este tipo liberal de resultado político no fue lo que surgió del proceso social-revolucionario en Francia, como

[20] Salvo que las leyes que imponían herencia igual para todos los hijos de una familia promovieron la continua división de la propiedad, en especial entre los campesinos, y esto representó una carga para el desarrollo capitalista. Véase Kemp, *Economic Forces*, pp. 103-104.



Mapa 3. *Los departamentos de Francia (con exclusión de Córcega), en 1790 y después.* Nota: París se convirtió en el Departamento del Sena; Rhône-et-Loire fue dividido en dos Departamentos: Rhône y Loire. Como resultado de las primeras anexiones, Mont-Blanc (es decir, Saboya y la Alta Saboya) procedieron de Saboya; los Alpes-Maritimes, de Niza y Mónaco; Mont-Terrible (es decir, Territorio de Belfort) del distrito de Porentruy, y Vaucluse, de Avignon y del Comtat-Venaissin. En 1799, había 90 Departamentos en total. Fuente: M. J. Sydenham, *The French Revolution*, Nueva York, Capricorn Books, 1966, p. 70.

tampoco en China o Rusia. Desde el comienzo, desde 1879 en adelante, la crisis social-revolucionaria —marcada por la incapacidad de la administración monárquica, de la que había dependido la clase dominante, en combinación con las revueltas campesinas incontroladas— contenía las semillas de la posibilidad de intentos de consolidar la Revolución en formas liberales. Para ver cómo y por qué esto fue verdad, resulta útil contrastar brevemente la estructura sociopolítica francesa y su trayectoria revolucionaria con las de Inglaterra, durante su Revolución parlamentaria del siglo XVII.

Las capacidades políticas de la clase dominante

Desde el principio, la clase dominante francesa tuvo menos capacidad que la inglesa para efectuar una revolución política liberal contra la monarquía. El Parlamento inglés era una asamblea nacional que funcionó durante el siglo anterior a la Revolución inglesa, y unió a prósperos notables que representaban a la vez zonas urbanas y rurales. (En realidad, muchas camarillas de gentileshombres simplemente habían absorbido los derechos de representar a las comunidades urbanas de estas zonas en la Cámara de los Comunes.) Más aún: los representantes en el Parlamento tenían nexos bien establecidos con los gobiernos locales que controlaban la mayor parte de los medios de administración y de coacción en los campos.[21] Por tanto, cuando la clase dominante inglesa decidió cortar los poderes de la monarquía, actuó para afirmar y defender los poderes de una Asamblea representativa nacional ya existente. Y cuando estallaron disputas acerca del control de las fuerzas armadas, seguidas por la guerra civil, las facciones de la clase dominante que prestaban apoyo al Parlamento pudieron valerse de las conexiones que tenían con los gobiernos locales (Londres y muchos condados) con objeto de movilizar recursos militares y financieros por lo menos iguales a aquellos de que disponían el rey y sus partidarios.

21 Véase G. E. Aylmer, *The Struggle for the Constitution*, 2ª ed., Londres, Blandford Press, 1968, esp. caps. I-II; D. Brunton y D. H. Pennington, *Members of the Long Parliament*, Londres, Allen and Unwin, 1954, e Ivan Roots, "The Central Government and the Local Community", en *The English Revolution, 1600-1660*, ed. E. W. Ives, Nueva York, Harper & Row, 1971.

En Francia las cosas fueron muy distintas. La clase dominante estaba internamente dividida desde el principio sobre la clase de instituciones representativas que deseaba frente al rey. Los Estados Generales en realidad no eran sino un precedente histórico; y los privilegios de importancia política se encontrarían en juego si los Estados, *parlements* y la votación por orden fueran sacrificados a la alternativa de una Asamblea Nacional unificada. Para finales de la primavera de 1789, los notables liberales del Tercer Estado y la aristocracia habían ganado la batalla por la Asamblea Nacional. Sin embargo, a diferencia del Parlamento inglés, este recién nacido cuerpo francés no gozó de nexos establecidos con gobiernos locales poderosos. En cambio, su supervivencia ante la oposición regia sólo se logró mediante la espontánea y nacional Revolución municipal del verano de 1789.

Aun cuando la Asamblea Nacional (rebautizada como Constituyente) se benefició sin duda de la Revolución municipal, en ningún sentido dirigió este movimiento. Y después poco pudo hacer más que sancionar constitucionalmente los resultados descentralizadores. Cierto fue que los nuevos comités municipales tenían una poderosa orientación hacia la política nacional y estaban ávidos por apoyar la Revolución.[22] Sin embargo, en términos administrativos, el resultado de la Revolución municipal no sólo fue desorganizar al gobierno monárquico, sino impedir el surgimiento de un eficaz gobierno revolucionario. "El hecho fundamental", escribió Alfred Cobban, parafraseando a un historiador anterior, "es que antes de 1789 [...] no hubo una sola Asamblea realmente elegida en el país, sino sólo funcionarios del gobierno; en 1790, ya no había un solo cuerpo oficial, sino cuerpos elegidos".[23] Era tanta la desconfianza por todo poder ejecutivo centralizado en las primeras fases de la Revolución, que no se creó ningún sistema viable para reemplazar al monárquico. En cambio, las corporaciones locales fueron confirmadas como autoridades virtualmente autónomas, aunque sin las disposiciones adecuadas para obtener ingresos.[24] Simultáneamente, el gobierno nacional encontró cada vez más difícil

22 Este punto es subrayado por Lynn A. Hunt en "Committes and Communes: Local Politics and National Revolution in 1789", en *Comparative Studies in Society and History*, 19:3, julio de 1976, pp. 321-346.

23 Alfred Cobban, "Local Government during the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, Norton, 1970, p. 118.

24 *Ibid.*, pp. 118-120.

poner en vigor sus medidas políticas sobre una base coordinada, o aun obtener los fondos necesarios mediante impuestos. Para gobernar en los campos, los miembros de la Asamblea tuvieron que depender de su capacidad para persuadir a las autoridades locales de seguir las directivas nacionales.

Los dirigentes parlamentarios ingleses se enfrentaron a dificultades similares durante la guerra civil. Pero al menos pudieron enfrentarse a autoridades locales bien establecidas y conocidas, a más de los gobiernos locales con poderes demostrados de control social. Las autoridades locales francesas después de 1789 eran absolutamente nuevas y no contaban con medios adecuados para cumplir las funciones que habían asumido. En cuanto se crearon los Departamentos en 1790 como importante nivel de gobierno "por encima" de las municipalidades, los dos conjuntos de autoridades locales, cada una de las cuales tendía a representar distintos tipos de intereses, a menudo se encontraron en pugna unas con otras. Y los cambiantes liderazgos nacionales o las facciones nacionales en competencia cortejaron primero a un nivel de las autoridades locales, y luego al otro.[25] A mayor abundamiento, durante todo esto, la integración política de las zonas rurales era potencialmente débil, y expuesta al desplome donde y cuando los intereses campesinos y urbanos entraran en contradicción. Las autoridades locales más activas del recién surgido sistema nacional estrictamente estaban basadas en las ciudades. Así pues, por doquier, el gobierno liberal revolucionario que surgió en Francia en 1789-1790 tenía una base más tenue que el gobierno parlamentario inglés. Esto no es de sorprender, dados los orígenes del régimen liberal francés. Sólo había logrado formarse, para empezar, en virtud de la desorganización descentralizadora del gobierno monárquico, del cual había dependido la clase dominante prerrevolucionaria.

La repercusión de las revueltas campesinas

Para colmo de males, los revolucionarios liberales franceses se enfrentaron, inmediata y persistentemente, a amenazas más directas que los parlamentarios ingleses: amenazas, a la vez, de revueltas incontenibles desde abajo, y de una polarización de la clase dominante acerca de cuestiones sociales y políticas funda-

25 *Ibid.*, pp. 121 y *ss.*

mentales. Fue entonces cuando adquirieron importancia las revueltas campesinas. Por las razones explicadas en el capítulo III, las difundidas revueltas campesinas contra los terratenientes de la clase dominante nunca se desarrollaron en la Revolución inglesa. La clase superior inglesa quedó libre de disputar acerca de las formas políticas (acerca de las cuales estaban potencialmente mucho más unificados, de todas maneras, que los franceses) sin enfrentarse a un desafío revolucionario desde abajo. Para las revueltas campesinas, dirigidas especialmente contra los poseedores de derechos señoriales dentro de la clase dominante francesa, sí surgieron en Francia en la primavera y el verano de 1789. Y sus consecuencias para la Revolución francesa fueron de mucho peso. Desde luego, básicamente, la realización directa de las revueltas campesinas fue un ataque a la estructura de clases existente, la eliminación de un modo existente de asignación de excedentes y control sobre la propiedad y la producción agrícola. De igual o mayor importancia fueron los efectos de "retroalimentación" de las revueltas campesinas sobre el curso de la política revolucionaria nacional. Por causa de su repercusión en las acciones de la Asamblea Constituyente (directamente en agosto de 1789, e indirectamente después), las revueltas campesinas determinaron la abolición no sólo del señorialismo sino también de muchas otras instituciones del antiguo régimen. Hicieron posible el surgimiento del sistema administrativo y jurídico uniforme y racional que ha caracterizado a la Francia moderna desde 1790. Pero, al mismo tiempo, las revueltas campesinas y sus repercusiones políticas nacionales promovieron una creciente polarización política dentro de la clase dominante. Así, los campesinos ayudaron a asegurar que la institucionalización de un régimen liberal, monárquico-constitucional, fuera un espejismo que seguía desapareciendo conforme los dirigentes revolucionarios moderados trataban de alcanzarlo.

La inquietud rural que como una bola de nieve creció durante el verano de 1789 presentó a la Asamblea Constituyente recién creada difíciles opciones y creó una mentalidad de crisis entre sus integrantes. En contraste con la inquietud popular urbana de julio, las revueltas campesinas no pudieron ser aplacadas ni tranquilizadas por las autoridades constituidas. Tampoco se les pudo reprimir sistemáticamente sin regenerar la administración absolutista que tan recientemente se había disgregado, y que había sido parcialmente remplazada en las ciudades y poblados. Algunos de los diputados más militantes de la Asamblea vieron la situación de crisis como una oportunidad para acelerar y

garantizar la eliminación de muchos privilegios particularistas que comprometían la unidad nacional y el ideal de igualdad jurídica para todos los ciudadanos. Así, la famosa noche del 4 de agosto fueron "abolidos" los derechos señoriales (en realidad, hechos conmutables mediante pagos monetarios). Además, toda una serie de privilegios especiales: derechos de propiedad e inmunidades fiscales —de poblados, provincias, nobles de la corte, nobles provincianos, funcionarios venales y la Iglesia— fueron suprimidos en un arranque, parcialmente planeado, parcialmente espontáneo, de renuncias. Se aprobó la compensación para las pérdidas económicas considerables (como derechos señoriales, cargos venales, y reducidos diezmos eclesiásticos). No obstante, fue barrida muy rápidamente una gran cantidad de "escombros medievales".[26]

Se sacrificaron los privilegios del Tercer Estado, así como los de los nobles y clérigos. Sin embargo, para muchos conservadores que ya habían sido obligados a acceder, de mala gana, al establecimiento de la Asamblea Nacional Constituyente, estas pérdidas socioeconómicas se sobreimpusieron tan rápidamente a la pérdida de los privilegios politicos, que resultaron excesivas. Además, en pocos meses, la Asamblea fue obligada a confiscar las tierras de la Iglesia para rescatar las finanzas nacionales que seguían deteriorándose; pues se había incurrido en nuevas obligaciones del Estado para los que ocupaban los cargos venales y con la Iglesia, como resultado de las reformas de agosto. La inquietud rural continuó con recurrentes explosiones, cuando los campesinos se negaron a pagar las deudas señoriales mientras se aferraban a sus derechos. En ocasiones, los campesinos atacaron violentamente a los señores o sus castillos.[27] Y la disciplina del ejército siguió deteriorándose mientras los soldados, aquí, desertaban en grandes cantidades, y allí se negaban a obedecer o se rebelaban contra los oficiales, en su mayoría nobles.[28] En especial, los nobles se volvieron desproporcionadamente vulnerables a los ataques y las pérdidas, pues

26 Para relatos del 4 de agosto, véase Hampson, *Social History*, pp. 78-85, y Sydenham, *French Revolution*, pp. 51 y *ss.*

27 Para un incidente particularmente vívido, colocado en el marco de la continua inquietud campesina en 1791-1792, véase Georges Lefebvre, "The Murder of the Comte de Dampierre", en *New Perspectives on the French Revolution*, ed. Jeffrey Kaplow, Nueva York, Wiley, 1965, páginas 277-286. Véase también Hampson, *Social History*, pp. 95-96.

28 Sobre la inquietud en el ejército en 1789-1790, véase S. F. Scott, "The Regeneration of the Line Army during the French Revolution",

los medios de administración y coacción se hallaban ahora en gran parte en manos de las autoridades municipales. Así, los nobles —en especial los nobles rurales— se encontraban sin control directo sobre los medios administrativos o militares, y sin acceso a ellos para proteger sus intereses y su posición. En números crecientes, a partir del atoño de 1789, muchos nobles rurales, y otros conservadores que aborrecían los desórdenes populares y los acontecimientos políticos nacionales, emigraron de Francia.[29] A menudo se fueron a engrosar los ejércitos contrarrevolucionarios que estaban siendo formados por Artois, hermano del rey, que apelaba a otros monarcas europeos para que intervinieran militarmente en Francia.

Mientras tanto, en su interior, el rey y otros conservadores renuentes nunca dejaron de mostrar su disgusto por la Revolución y de negarse a cooperar de todo corazón con los dirigentes moderados, que trataban de consolidar una monarquía constitucional nacionalmente unificada. El rey y sus amigos no tenían medios gubernamentales ni militares a su disposición para derrotar a la Revolución. Sin embargo, su falta de cooperación, especialmente en el marco de la creciente retórica contrarrevolucionaria de los emigrados del exterior, fue suficiente para reforzar las tendencias políticas radicales —y, a la postre, republicanas y democráticas— dentro de la Asamblea y entre quienes seguían sus procedimientos por toda Francia y en París.

Así, a partir de agosto de 1789 se inició una polarización que fortaleció inexorablemente el extremo del resurgimiento aristocrático-monárquico en gran escala, por una parte; y por otra parte, había una intensificada desconfianza del rey y temor de la contrarrevolución, que condujeron a la postre al republicanismo radical. Como pronto veremos, las tensiones se inmovilizaron cada vez más y finalmente (en condiciones de guerra) desgarraron al gobierno revolucionario liberal tenuemente unido de 1789-1792. A su vez, esto ofreció aperturas a la movilización de las masas urbanas por las *élites* políticas radicales; hombres apartados de la antigua clase dominante terrateniente-comercial, y básicamente orientados al avance propio y nacional mediante actividades de construcción del Estado. En la Revolución inglesa nunca surgieron aperturas comparables para los radicales popu-

Journal of Modern History, 42:3, septiembre de 1970, pp. 307-318, y Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943; reimpresión, ed., Boston Beacon Press, 1973, cap. VIII.

29 Donald Greer, *The Incidence of the Emigration During the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1951, pp. 21-31.

lares urbanos y para las *élites* dedicadas a la construcción del Estado. Allí, el centro de gravedad —y la guía del revolucionario Nuevo Ejército Modelo— se quedó en manos de caballeros terratenientes de una clase dominante que estaba basada, en lo político, en el Parlamento y en los gobiernos locales. La clase dominante francesa no tuvo semejante nexo de poder político. Por tanto, en cuanto surgió la crisis revolucionaria de 1789, los propietarios de los derechos señoriales no sólo tuvieron que enfrentarse en los campos a las revueltas campesinas ya incontenibles. Igualmente decisivo fue el hecho de que los sectores liberales de la clase dominante también resultaran incapaces de reemplazar a la monarquía absoluta con algún gobierno de estilo parlamentario, sólidamente basado, que pudiese reunificar a los estratos posesores y afirmar su régimen contra las potenciales amenazas políticas burocráticas y populares.

La guerra, los jacobinos y Napoleón

A la postre, fue la declaración de guerra de Francia a Austria, en abril de 1792 —que envolvió a la nación en la primera de una serie de conflictos internacionales, que habían de abarcar a toda Europa, hasta 1815— la que dio el tiro de gracia a la fase liberal de 1789-1791. Este acto desencadenó los procesos de centralización gubernamental y movilización política popular que habrían de culminar, primero, en el Terror *montagnard* de 1793-1794; y después, en la dictadura napoleónica. Como lo ha dicho sucintamente Marcel Reinhard, "la guerre révolutionna la Révolution" (la guerra revolucionó a la Revolución).[30] Las presiones sobre los dirigentes revolucionarios franceses, después de 1791, para que movilizaran a su pueblo para las guerras en el continente, así como en su patria luchaban contra los contrarrevolucionarios, deben tomarse en cuenta como conjunto de condiciones comparables en importancia a los efectos de la coyuntura social revolucionaria de 1789, al determinar la naturaleza centralizadora de los resultados de la Revolución francesa. Una vez más contrasta Francia con Inglaterra, pues los revolucionarios ingleses no se enfrentaron a invasiones de grandes potencias militares.

¿Cómo podríamos concluir, como lo han hecho no pocos intérpretes, que la guerra fue un accidente histórico que "des-

30 Esta cita se tomó de una nota del capítulo VI de la *Social History* de Hampson, p. 132.

vió a la Revolución de su curso?"[31] Creer esto es suponer que la Revolución habría podido proceder, ya no digamos estallar, en una Francia de algún modo milagrosamente arrancada del marco del sistema de Estados europeos del que siempre había formado parte. Ni los actores internos en los dramas revolucionarios franceses ni los espectadores extranjeros, reyes y pueblos, sucumbieron a semejante ilusión. Subyacente en el inicial estallido de guerra (entre Francia y Austria) en 1792 y en los recurrentes estallidos en escalas cada vez mayores en adelante, se encontraron simplemente las ya viejas tensiones establecidas y la dinámica del equilibrio del poder del sistema de Estados europeos, ahora interactuando con las incertidumbres y súbitos cambios de la Revolución en proceso.[32] Dentro de la Francia revolucionaria, grupos en conflicto repetidas veces se vieron tentados (como las camarillas de la Corte durante el antiguo régimen) a emplear con propósitos faccionales los preparativos de guerra, y las consecuencias previstas o reales de campañas victoriosas. De manera similar, las otras potencias de Europa descubrieron, tanto en el inicial desplome de la monárquica Francia, como después, en los amenazadores resultados de la renovada fuerza de la Francia republicana y napoleónica, razones de sobra para luchar una y otra vez. A la postre, la Revolución francesa hizo surgir directamente un sistema militante que intentó, como lo había soñado Luis XIV, dominar todo el continente. Fracasó porque tanto Francia como las otras monarquías continentales se vieron flanqueadas, por una parte, por la potencia comercial-industrial de Inglaterra y, por otro lado, por la inconquistable vastedad de la Rusia imperial.[33] Con tal fracaso, el ímpetu único del legado revolucionario se agotó sin haber logrado la supremacía internacional para Francia. No obstante, bajo la égida de la movilización para la guerra y la intervención militar en la inestable política interna, se había construido un Estado burocrático centralizado, que sería legado a una nación francesa consolidada. Así, la guerra estuvo

[31] François Furet y Denis Richet, *The French Revolution*, trad. Stephen Hardman, Nueva York, Macmillan, 1970, cap. V.

[32] Véase Geoffrey Bruun, "The Balance of Power During the Wars, 1793-1814", en *The New Cambridge Modern History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965, vol. 9, pp. 250-274. También, para un intento de un no historiador de analizar la dinámica internacional europea durante la Revolución francesa, véase Kyung-won Kim, *Revolution and International System*, Nueva York, New York University Press, 1970.

[33] Véase Ludwig Dehio, *The Precarious Balance*, trad. Charles Fullman, Nueva York, Vintage Books, 1962, cap. III.

lejos de ser extrínseca al desarrollo y destino de la Revolución francesa; antes bien, fue central y constitutiva, como podía esperarse, conociendo la naturaleza y los dilemas del antiguo régimen del que surgió la Revolución.

Descontentos populares y movilización para la dictadura revolucionaria

Cuando los brissotinos* llevaron a Francia a declarar la guerra contra Austria, en abril de 1792, supusieron que el esfuerzo uniría a una nación patriótica y revolucionaria, y la llevaría a fáciles victorias. Pero en realidad, la polarización política interna sólo se exacerbó. Los ejércitos se desempeñaron mediocremente, debilitados por la emigración o la inconformidad de muchos oficiales, y por la insubordinación o falta de preparación de los soldados. A su vez, las siguientes derrotas militares de Francia despertaron las esperanzas y los temores de los reaccionarios y radicales en el interior. Al mismo tiempo, la guerra ineluctablemente produjo la inflación, al irse a las nubes el valor del *assignat* (asignado: papel moneda). Mientras los políticos radicales repetían lemas republicanos, las crisis políticas y militares, cada vez peores, y el costo en aumento de los alimentos básicos, despertaron el descontento de las masas del *menu peuple* (pequeño pueblo) urbano.

¿Quiénes formaban este *menu peuple* urbano, y cuál era la base de su función en el proceso revolucionario? No eran una clase en algún sentido moderno (especialmente capitalista), pues sus filas, mal definidas, incluían: propietarios, como tenderos, artesanos, y pequeños comerciantes; protoasalariados, como jornaleros y peones, y gente apenas asalariada o profesional.[34] Si tales personas tenían en común algo socioeconómico, era que trabajaban para ganarse la vida, adquirían o alquilaban propiedad (y acaso) tan sólo en conjunción con su trabajo, y compartían el resentimiento contra los ricos y privilegiados (incluso los burgueses) que "vivían noblemente". De manera similar, el *menu peuple* compartía una preocupación por el precio y la mera disponibilidad de los artículos básicos; pues como moradores no privilegiados de las ciudades en un periodo

* De Brissot, uno de los más prominentes miembros del Club Bretón [T.].

34 George Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, esp., el cap. XII.

histórico en que el abasto de las ciudades con pan y otros artículos era recurrentemente problemático, debido a los caprichos del clima, la dificultad de los transportes y la "imperfección" de los mercados, nunca podían estar seguros de tener suficiente para mantener a sus familias. Ciertamente, como lo han demostrado las investigaciones de George Rudé, la angustia básica del *menu peuple* acerca de los artículos disponibles se halló subyacente en la participación política popular de virtualmente todos los puntos decisivos (*journées* o jornadas) de la Revolución, desde 1788-1789, hasta 1795.[35]

Y sin embargo entró en acción otro factor: la conciencia política selectiva, y cada vez más profunda.[36] Fue el *menu peuple*, en cada punto de la Revolución, el que dio su apoyo a aquellas *élites* políticas que parecían los partidarios más seguros al principio (1788-1789), de la "libertad" y después (1791), también de la "igualdad": igualdad en derechos políticos y el derecho de ganarse la vida. Y al crecer la amenaza de la contrarrevolución armada, el *menu peuple* políticamente activo, sobre todo en París, se convirtió en los conscientemente republicanos, antiaristocráticos y moralistamente igualitarios *sans-culottes* (descamisados). Exigieron que se aboliera la distinción entre ciudadanos "activos" y "pasivos" consagrada en la Constitución original de 1790. Y organizaron su propia participación política y militar en ciertas secciones (de París), en las comunas urbanas, en comités de vigilancia y en *armées révolutionnaires* (bandas armadas de autodeclarados defensores de la Revolución, que también se hicieron cargo, cada vez más, de procurarse abastos básicos para los pueblos y ciudades).[37]

A finales de 1792, debido en gran parte a la intervención activa de los *sans-culottes* en manifestaciones políticas y acciones armadas decisivas, no sólo los brissotinos, sino también la monarquía y la Asamblea Legislativa, fueron barridos en favor de una República liberal-democrática. Sin embargo, al principio la estructura del gobierno nacional continuó tan poco centralizada, en lo administrativo, como antes, supuestamente coordinada por la Convención elegida, mientras se dedicaba a

35 *Ibid.*, esp., el cap. XIII.

36 Este punto ha sido particularmente bien desarrollado por Gwyn A. Williams en *Artisans and Sans-Culottes*, Nueva York, Norton, 1969, cap. II.

37 Véase *ibid.*, caps. II, III, V; Rudé, *Crowd*, y Albert Soboul, *The Sans-Culottes: The Popular Movement and the Revolutionary Government, 1793-1794*, trad. Rémy Inglis Hall, Nueva York, Doubleday [Anchor Books], 1972.

redactar una nueva Constitución. Como podía esperarse, esto no resultó adecuado a las circunstancias críticas del día. Los acontecimientos pronto abrumaron a la Convención, haciendo presión sobre la forma descentralizada de gobierno heredada de la Revolución antimonárquica y liberal. A pesar de algunas afortunadas victorias tempranas de los ejércitos de la República, a principios de 1793, los enemigos del exterior estaban ejerciendo nueva presión sobre Francia. Simultáneamente, estallaron revueltas internas. Atemorizados por la amenaza de la conscripción al ejército nacional, los campesinos de la Vendée se levantaron contra el gobierno revolucionario en marzo. Y cuando los acontecimientos de París (como la purga de los girondinos, en la Convención, a finales de mayo) se precipitaron más que los acontecimientos políticos en las provincias, lanzando a la oposición a más políticos descontentos, muchas rebeliones locales basadas en gobiernos departamentales o municipales estallaron para desafiar la autoridad de París. A comienzos del verano, más de un tercio de los Departamentos de Francia se hallaban envueltos en tales revueltas contrarrevolucionarias o "federalistas", que en algunos casos daban oportunidades favorables a la intervención armada extranjera.

Lo que surgió para enfrentarse a la crisis y defender la Revolución de sus enemigos armados del interior y del exterior fue un sistema dictatorial y arbitrario de gobierno. Los dirigentes fueron minorías dedicadas de jacobinos *montagnards* que movilizaron, manipularon y canalizaron los descontentos espontáneos y el fervor de los *sans-culottes*.[38] En París, Robespierre y otros diputados *montagnards* de la convención se establecieron en el Comité de Salvación Pública y en el Comité de Seguridad General, manteniendo nexos con los portavoces de los *sans-culottes* de la Comuna de París. Trabajando por medio de "representantes en misión" y "agentes nacionales" enviados por la Convención, mediante comités de vigilancia de los distritos locales y mediante la red de clubes jacobinos establecidos por toda Francia, los comités impusieron una coordinación central cada vez más estrecha sobre la política nacional. "Se suspendieron las elecciones, y la renovación de los consejos administrativos [locales] fue turnada a los 'representantes' nacionales con

38 Para una revisión general de la dictadura *montagnard*, véase (aparte de las historias generales de la Revolución) Soboul, *Sans-Culottes;* Richard Cobb, *Les Armées Révolutionnaires*, 2 vols., París, Mouton, 1961-1963, y R. R. Palmer, *Twelve Who Ruled*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1941. Durante el análisis siguiente me basaré en estas fuentes.

ayuda de las sociedades populares [...] A la extrema descentralización de la Asamblea Constituyente, sucedió la más poderosa centralización que Francia hubiese conocido nunca."[39] Medidas judiciales draconianas y sumarias, conocidas como el Terror, fueron adoptadas para aprisionar y ejecutar a los enemigos de la Revolución. Estas medidas, impuestas al gobierno *montagnard* por sus partidarios populares, afectaban con la mayor frecuencia (en relación con la proporción de la población total) a los nobles, a los sacerdotes renuentes y a los burgueses ricos. Pero en números absolutos muchos más campesinos y pobres de las ciudades fueron afectados, en su mayoría en las zonas rebeldes. Las pautas generales de ejecuciones durante el Terror prueban concluyentemente que su función primaria no fue la guerra de clases, sino la defensa política, que, en palabras de Donald Greer, "fueron aplicadas para aplastar la rebelión y sofocar toda oposición a la Revolución, la República o la Montaña".[40] Sin tales medidas, resulta difícil imaginar cómo habría podido surgir tan pronto una apariencia de gobierno centralizado. Aun con el Terror (de hecho, en parte, por su violenta arbitrariedad), el sistema que surgió al principio no tuvo una pauta propia. En cambio, mostró representantes en misión y cuerpos locales que hacían variadas y aun contradictorias cosas en distintos lugares, todo ello en nombre de defender a la Revolución (y a los *montagnards*).[41] Sólo gradualmente se instituyeron unos controles más normalizados.

El propósito principal y la realización más duradera de la dictadura de los *montagnards* fue extender, vigorizar y abastecer los ejércitos nacionales de Francia. Una de las primeras medidas adoptadas (en agosto de 1793) por el Comité de Salvación Pública fue la famosa *levée en masse* (leva en masa), que proclamaba:

> Todos los franceses se hallan en requisición permanente para el servicio del ejército. Los jóvenes irán a luchar; los hombres casados forjarán armas y llevarán abastos; las mujeres harán tiendas de campaña y uniformes y darán servicio en los hospitales; los niños romperán las

39 Jacques Godechot, "The French Revolution", en *Chapters in Western Civilization*, 3ª ed., 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1962, vol. 2, p. 34.

40 Donald Greer, *The Incidence of the Terror During the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1935, p. 124.

41 Véase Colin Lucas, *The Structure of the Terror*, Nueva York, Oxford University Press, 1973.

ropas viejas; los ancianos serán llevados a las plazas públicas para excitar el valor de los combatientes, el odio a la monarquía y la unidad de la República.[42]

Los ejércitos de Francia engrosaron enormemente, y los miembros del Comité de Salvación Pública, ante todo Lazare Carnot, "el organizador de la victoria", se ocuparon en seleccionar y asesorar a los nuevos generales del ejército, hacer propaganda entre las tropas y aplicar todo el poder del gobierno a los enormes problemas de abastecer las tropas. Pues, al promover la movilización militar en masa, el gobierno *montagnard* también decomisó y compró alimentos y otros abastos para los ejércitos y las ciudades, organizó la fabricación de armamentos y reguló los precios de los artículos básicos y el trabajo. La "regulación de la economía pronto fue tan extensa como podían hacerlo la burocracia de la época y el poder de la coacción".[43] Esto no sólo fue porque, como lo han subrayado muchos intérpretes de la Revolución, los *montagnards* se hallaran bajo constante presión de los *sans-culottes* para aliviar la miseria económica popular. También fue porque sólo mediante tan estrechos controles pudieron los revolucionarios abastecerse de alimentos y materiales.

Sin embargo, debe establecerse un punto importante acerca de la realización militar de la dictadura revolucionaria. Los *montagnards* no partieron de la nada, ni tampoco suprimieron los ejércitos regulares ni simplemente los reemplazaron por voluntarios armados, organizados en unidades independientes, como habían sido las primeras milicias revolucionarias. Como lo han demostrado las recientes investigaciones de S. F. Scott,[44] los ejércitos de línea de Francia, aunque considerablemente debilitados por tasas elevadísimas de deserción de los soldados rasos en 1789 y 1790, y desquiciados por la enorme emigración de oficiales nobles desde 1789 hasta 1792, sin embargo, en lo organizacional, se hallaban intactos en 1793, cuando se hicieron cargo de ellos los *montagnards.* Más aún: las unidades del ejército de línea en 1791-1792 ya habían recuperado la fuerza de sus filas y el cuerpo de oficiales había sido reabastecido por ascensos de hombres reclutados antes de 1789 (que constituían más de la mitad de los oficiales a comienzos de 1792). Durante

42 Citado en John Ellis, *Armies in Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, p. 97.

43 Sydenham, *French Revolution*, p. 187.

44 Scott, "Regeneration of Line Army".

1793-1794, los *montagnards* amalgamaron unidades voluntarias y recién movilizados soldados ciudadanos con las existentes unidades de línea de los ejércitos permanentes. Al mismo tiempo, los oficiales políticamente leales y victoriosos fueron ascendidos desde dentro por representantes en misión del Comité de Salvación Pública. Desde luego, los ejércitos aumentaron considerablemente y en ellos se infundió el ímpetu patriótico; y (como demostraremos más adelante) ciertos nuevos tipos de tácticas de batalla se volvieron posibles con aquellas tropas ciudadanas tan altamente motivadas. Pero estas tropas —con toda su conciencia y participación política— fueron incorporadas al marco de los ejércitos de línea que aún no se habían disuelto completamente en 1789-1792. Pese a ciertas transformaciones, éstas habían sobrevivido para servir de base a la reconstrucción del Estado revolucionario en el marco de la guerra territorial en el continente.

La caída de los montagnards

Bajo el régimen dictatorial del Comité de Salvación Pública, los ejércitos de la Francia revolucionaria pasaron de la desmoralización y las derrotas a frecuentes victorias. A comienzos de 1794, habían contenido toda gran amenaza militar, interna o externa, a la República; sin embargo, a partir de entonces la insatisfacción cundió entre los antiguos partidarios de la dictadura *montagnard*. Y ya en el verano de 1794, Robespierre y sus principales lugartenientes fueron enviados a la guillotina, cuando la Convención revocó su apoyo a la dictadura del Comité.

Hubo factores políticos y económicos que precipitaron la caída de la dictadura. Si consideramos primero las dificultades económicas, el intento *montagnard* de controlar los precios y salarios había sido virtualmente imposible de aplicar en una economía preindustrial hasta tal punto descentralizada.[45] Se había subvenido a las necesidades de emergencia del Estado, pero ciertos grupos sociales quedaban inconformes. En los centros urbanos, tenderos, mercaderes y pequeños patronos se quejaban de precios demasiado bajos y salarios demasiado altos.

[45] Véase Rudé, *Crowd*, caps. VIII-IX; Moore, *Social Origins* pp. 86-92, y Soboul, *Sans-Culottes*; especialmente la parte II y la Conclusión. Moore en particular subraya el aspecto agrario de las dificultades económicas de los *montagnards*.

Y los miembros más pobres de los *sans-culottes* se quejaban ante todo cuando los *montagnards* trataron de bajar el salario máximo en la primavera de 1794, ocasión en que el pan a precios razonables aún era difícil de conseguir.

Mientras tanto, los campesinos propietarios en los campos se mostraban cada vez más renuentes a producir o vender a cambio de precios artificialmente bajos, o ante requisiciones forzosas de agentes del gobierno y bandas armadas de revolucionarios de las ciudades. La ironía del caso está en que estos campesinos eran los mismos que más habían salido ganando con los cambios agrarios de la Revolución. Eran los que más se habían beneficiado no sólo de la lucha colectiva campesina, desde abajo, contra los diezmos y derechos señoriales, sino también de los decretos legales por los que los radicales de la Convención trataron de cortejar a los campesinos para ganarse su apoyo durante la crisis militar de la Revolución. Los *montagnards* estaban dispuestos a sancionar la victoria campesina de 1789-1792 eliminando las leyes (imposibles de poner en vigor) por las cuales los campesinos habían de compensar a los propietarios de los antiguos derechos señoriales. Los *montagnards* también hicieron algunos esfuerzos por permitir a los campesinos comprar pequeñas unidades de tierra confiscadas a la Iglesia y a los nobles emigrados. Sin embargo, como todos los demás dirigentes políticos durante la Revolución francesa, continuamente trataron de reforzar los derechos legales de los propietarios de bienes individuales. En realidad, ésta era la única posible estrategia sensata que podían seguir los *montagnards*, dado que su "partido" no gozaba de una base organizativa extensa en los campos, y dado que los campesinos pobres franceses no tenían organizaciones colectivas propias con las cuales tratar de imponer programas de redistribución de tierras (o por la protección jurídica de aquellos derechos colectivos particulares que habían subsistido de tiempos feudales, que salvaguardaban sus intereses). En lo político, lo mejor que los *montagnards* podían tratar de hacer era ganarse tantos pequeños terratenientes campesinos como fuera posible a la causa revolucionaria, sancionando jurídicamente las ganancias ya obtenidas, y permitiendo que tantos individuos como fuera posible compraran las tierras comunales. Sin embargo, simultáneamente esto tuvo el efecto de reforzar el control sobre la economía agraria de aquellos mismos propietarios campesinos, cuyos intereses necesariamente se veían afectados por los controles de precios de emergencia y requisiciones forzosas de granos de la dictadura *montagnard* en 1793-1794.

Además, los *montagnards* se enfrentaban a contradicciones políticas, una vez más resultado lógico de su propia política.[46] Sintiendo quizás lo inseguro de su posición, los *montagnards* en realidad intensificaron el Terror oficial después de las decisivas victorias militares obtenidas. Y lo emplearon no sólo para castigar a los vencidos contrarrevolucionarios sino también para atacar a las facciones de la derecha inmediata (dantonistas) y de la izquierda (hebertistas) que guiaban la dictadura. Esto sirvió para preocupar a los moderados de la Convención, haciéndoles buscar maneras de revocar su imperio sobre los Comités. Y cortó los más fuertes nexos del Comité en el movimiento popular en París. La pérdida del eslabón hebertista con la izquierda fue especialmente grave ya que, en la primavera de 1794, los *sans-culottes* ya no formaban la fuerza revolucionaria espontánea que había sido cuando sus intervenciones originalmente llevaron a los *montagnards* al poder. De manera irónica, una de las básicas realizaciones de la dictadura había sido amansar y arruinar al movimiento popular. Las asambleas y los cuerpos populares que en un tiempo habían sido democracias directas, o bien no se animaban ya siquiera a reunirse, o habían sido ganadas como órganos subordinados de la dictadura, en que sus dirigentes, en muchos casos, se convertían en funcionarios pagados del gobierno. Más aún: el esfuerzo de la guerra total había diezmado las filas y el fervor de los originales *sans-culottes*, ya que muchos fueron a los frentes, y ya que las energías de quienes se quedaron atrás fueron canalizadas a la labor de rutina. Añádase a todo esto el creciente disgusto, motivado por razones económicas, de los *sans-culottes* contra el gobierno *montagnard*, y no será difícil comprender por qué Robespierre pudo ser derrocado en *Thermidor* sin una efectiva resistencia de abajo.

Por lo general, los historiadores invocan alguna combinación de estas contradicciones económicas y políticas como suficientes para explicar por qué la dictadura *montagnard* llegó a su fin, así como, en 1794, terminó la radicalización de la Revolución francesa. En realidad, las contradicciones mencionadas *sí* fueron suficientes, pero sólo porque actuaban en el marco sociopolítico e histórico de la Francia de fines del siglo XVIII. Como veremos en la siguiente parte de este capítulo, dificultades muy similares apremiaron a los bolcheviques en 1921, en

46 Véase Palmer, *Twelve Who Ruled*, caps. XI-XIII, y Soboul, *Sans-Culottes*, pts. III-V y Conclusión. Soboul, en especial, es excelente expositor de las contradicciones políticas entre los movimientos populares y los *montagnards*.

la inmediata secuela de sus victorias en la guerra civil. Si los bolcheviques hubiesen caído del poder, los historiadores fácilmente podrían atribuir su caída al descontento de los obreros y campesinos y a las contradicciones económicas de la economía de mando del "comunismo de guerra"; ambas condiciones ya eran claramente obvias en 1921. Sin embargo, los bolcheviques lograron ejecutar cambios de su política económica (que incluían concesiones a los intereses enfocados al mercado y a los pequeños terratenientes) y conservar el poder político nacional. ¿Por qué lograron hacerlo ellos, y no los *montagnards* en 1794? Como "partido del proletariado", actuando en una sociedad del siglo XX que ya contaba con industrias modernas en grande escala, los bolcheviques disfrutaron de dos ventajas: poseían a la vez una justificación ideológica y una base organizativa realista para una misión política que pudiera sostener su movimiento en el poder del Estado más allá de la defensa militar de la Revolución. Los bolcheviques pudieron "retroceder" para apoyarse en industrias controladas por el Estado, y dedicarse, después de 1921, a proyectar el medio de emplear el poder del Estado para extender aquellas industrias y el número de obreros empleados en ella. En contraste, los *montagnards* de Francia, aun si hubiesen estado dispuestos siempre a considerarse como el "partido de los *sans-culottes*", no habrían tenido objetivamente a su disposición una misión económica expansionista que los conservara en el poder del Estado más allá de las victorias militares de 1793-1794. Los propios *sans-culottes* eran una mezcla inextricable de pequeños propietarios, que tenían los ojos en el mercado, y de gentes sin propiedades, pero que tenían un interés en resistir a las corrientes del desarrollo económico. Y, de mayor importancia, una economía francesa que consistía casi exclusivamente de unidades comerciales y agrícolas en pequeña escala (y en algunas empresas industriales no mecanizadas) no podía ser dirigida desde arriba por un partido político. No había "alturas de mando" que administraran el Estado; y aun los modelos extranjeros de industria en gran escala escaseaban en aquel punto de la historia universal.

Por tanto, en la Francia revolucionaria, las potenciales contribuciones prácticas de los radicales jacobinos al poder nacional francés y su desarrollo terminaron, al ser superadas las directas amenazas militares contrarrevolucionarias. En aquel punto, poco les quedó por hacer, aparte de continuar con sus violentas medidas punitivas contra todo contrarrevolucionario, vagamente definido, y tratar de poner en vigor las formas culturales de la

República de la virtud, completada con el "culto del Ser Supremo" que reemplazaran al catolicismo.[47] La cohesión política de los *montagnards* disminuyó mientras sus oponentes potenciales en el país y en la Convención se envalentonaban. Ni siquiera los "doce que gobernaban", el Comité de Salvación Pública, permanecieron unidos ni actuaron con decisión de propósito a partir de la primavera de 1794, en notable contraste con la manera en que actuarían los dirigentes bolcheviques en 1921.

La búsqueda de estabilidad

Después de la caída de Robespierre, la Convención termidoriana rápidamente desmanteló el aparato judicial del Terror y los controles centralizados del gobierno revolucionario de emergencia. Sufriendo los efectos del alza de los precios y el súbito aflojamiento de los frenos económicos, el *menu peuple* parisiense volvió a levantarse en armas en la primavera de 1795.[48] Pero sin unas *élites* políticas radicales dispuestas y capaces de canalizar su apoyo, el *menu peuple* urbano ya no pudo ser árbitro de la Revolución. En realidad, esta vez su iniciativa fue brutalmente suprimida, y sus jefes eliminados, cuando la Convención llamó al ejército contra ellos. Ya a finales de 1795, un régimen llamado Directorio (porque presentaba cinco directores ejecutivos) quedó instalado, de acuerdo con una nueva Constitución republicana. Esta Constitución había sido planeada para mantener a los políticos moderados de la Convención en el poder (por ley, dos tercios de ellos debían ser elegidos o nombrados a los consejos del Directorio) y para dar a los ciudadanos más ricos un poder administrativo local y legislativo nacional más considerable. Una vez más estaba haciéndose un intento por consolidar la Revolución en forma liberal. Pero el Directorio liberal-republicano no tendría más éxito que la monarquía constitucional anterior a 1792, pues se hallaba viciado con similares problemas y discordias.

El Directorio no desmanteló todo lo heredado de sus predecesores; conservó a la mayoría de los servidores públicos y aumentó las oficinas administrativas centrales. "Así, la burocracia central recibió una estabilidad renovada, que allanó el camino a la

47 Véase Sydenham, *French Revolution*, cap. VIII, "The Republic of Virtue".

48 Rudé, *Crowd*, cap. X.

función vital que desempeñaría en el nuevo Estado moldeado por Napoleón y legado por él a las generaciones posteriores."[49] No obstante, la autoridad ejecutiva era débil. Nominalmente, eran agentes de los Directores encargados de supervisar a las autoridades departamentales locales, pero por lo general eran hombres influyentes de sus comunidades, nombrados por el patrocinio de los representantes locales de los Consejos legislativos. Ante abrumadores problemas de las crisis económicas (especialmente en 1795-1797) las continuadas guerras con el exterior y las crisis financieras, y estallidos del Terror blanco y resistencia a la política anticatólica, los Directores se encontraron sin medios legítimos eficaces para influir en la composición o la política de los Consejos legislativos nacionales o bien de los gobiernos locales. El gobierno central resultó incapaz de aplicar sus propios decretos. No pudo persuadir a los electores de que votaran. No pudo obligar a las autoridades recalcitrantes a levantar el préstamo forzoso (recurso para aliviar la crisis financiera del gobierno), para perseguir a los sacerdotes refractarios, ni para responder a los cuestionarios del gobierno. No pudo impedir que condonaran las deserciones en masa.[50] Las dificultades del Directorio no sólo reflejaron su ineficiente estructura institucional, sino también su débil apoyo social.[51] Aunque su estructura y su política habían pretendido (como lo lograron) beneficiar a los estratos propietarios, éstos no apoyaron en cambio, de muy buena gana al Directorio. Ello se debió, en parte, a que el Directorio, pese a su política antijacobina, aún era considerado como demasiado radical en su personal y en su política antimonárquica y anticlerical por muchos elementos propietarios. También parcialmente, ello fue porque los grupos económicos dominantes en Francia estaban en 1795 más

49 Clive H. Church, "The Social Basis of the French Central Bureaucracy under the Directory 1795-1799", *Past and Present*, núm. 36, abril de 1967, p. 60.

50 Martyn Lyons, *France Under the Directory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, p. 173. Me he basado en el capítulo XI al escribir este párrafo.

51 Véase C. H. Church, "In Search of the Directory", en *French Government and Society, 1500-1850*, ed. J. F. Bosher, Londres, Athlone Press, 1973, pp. 261-294. Church cuestiona la idea generalmente aceptada de que el Directorio era un régimen claramente "burgués", y señala las tensiones entre los políticos del Directorio y los notables, cuyo apoyo buscaron sin gran éxito. El enfoque de Church presta gran atención a la estructura *política* y a las dificultades del Directorio; este enfoque me parece convincente y útil.

fraccionados que nunca en lo político, ya que los monárquicos se oponían a los republicanos, y cada campo estaba dividido dentro de sus propias filas. Después de la movilización popular de 1793-1794, con sus amenazas a los derechos de propiedad y a las jerarquías sociales, los estratos propietarios franceses fueron menos capaces aún de lo que habían sido en 1793, de llegar a un acuerdo y operar dentro de un marco de instituciones políticas liberales y descentralizadas. El Directorio representó un intento de los políticos republicanos de la Convención termidoriana por conservar y liberalizar el poder del Estado con el apoyo de los propietarios. Pero fue un intento fallido, tanto por causa de sus inadecuaciones institucionales, como por causa de que los propietarios no quisieron —y probablemente no pudieron— colaborar en materia política.

Carente de un extenso apoyo social y de medios administrativos para un régimen autoritario, y, desde luego, renuente a recurrir a la movilización política de las masas, el Directorio, con una base cada vez más precaria, se volvió a los ejércitos de Francia para apoyar su gobierno, no sólo mediante la represión directa de los rebeldes armados, sino también mediante repetidas purgas de los Consejos legislativos elegidos. Mientras tanto, los ejércitos nacionales evolucionaban hasta ir formando cuerpos autocontenidos, profesionalizados y bien organizados: los que antes fueran voluntarios revolucionarios, eran "cada vez más indiferentes a las disputas políticas internas, y estaban cada vez más conscientes de las capacidades y de los intereses especiales del oficio de soldado".[52] Y los oficiales, que antes dependieran de gobiernos civiles para avanzar por las filas de los ascensos, ahora habían sido ganados, desde dentro, por los generales. "A finales del Directorio, la manera más rápida de lograr un ascenso era unirse a la clientela de un general influyente."[53] Así, mientras los jefes del gobierno llegaron a depender rutinariamente de los ejércitos, los dirigentes de éstos estaban cada vez menos sometidos al control político de los civiles.

Como era predecible, no pasó mucho tiempo antes de que un general aventurero (invitado a intervenir por algunos de los Directores en 1799) demostrara estar dispuesto a explotar la indispensabilidad y el prestigio del ejército para subir al poder mediante un golpe de Estado. Napoleón Bonaparte se valió de su base en el ejército para establecerse (paso a paso), primero

52 Lyons, *Directory*, p. 155. Véase también todo el cap. x.
53 *Ibid.*, p. 154.

como dictador *de facto*, luego como Primer Cónsul vitalicio, y finalmente, como emperador dinástico en toda forma.

Mucho más importantes, sin embargo, fueron los avances institucionales durante Napoleón. Al confirmar legalmente el *statu quo* de las realizaciones sociales y económicas de la Revolución, y al reintroducir la centralización administrativa, Napoleón logró poner fin a los violentos conflictos civiles del periodo revolucionario. Su enfoque funcionó admirablemente bien, especialmente porque, para reunir su régimen, Napoleón tomó prestado personal sin prejuicios de sobrevivientes, políticamente flexibles, de todos los regímenes anteriores. Como lo ha dicho Godechot:

> Esta gigantesca reorganización administrativa, que abarcaba el nombramiento del Estado a un gran número de puestos bien pagados, dio a Bonaparte la apertura para su labor de reconciliación. El Directorio debió su caída parcialmente a la estrechez de sus bases políticas. Bonaparte, muy consciente de tal hecho, buscó aliados tanto en la derecha como en la izquierda, y su mejor método de ganarse las simpatías fue nombrar hombres de todas las secciones del mundo político para ocupar los nuevos puestos que estaban creándose [...] [en]tre los prefectos: en el primer grupo había 15 *constituants*, 16 *legislateurs*, 19 *conventionnels* y 26 ex miembros de los Consejos del Directorio. Algunos habían sido terroristas; otros pertenecían a la nobleza.[54]

Para hacer funcionar su ecléctico sistema, Napoléon juiciosamente prescindió de movilizaciones de masas, no rutinarias, y de todas las manifestaciones de compromiso ideológico. Fundiendo en cambio los símbolos, rituales y la propaganda de un nacionalismo francés muy generalizado, Bonaparte decoró su régimen esencialmente autoritario-burocrático, con todo un conjunto de concesiones simbólicas a las facciones heredadas: rituales plebiscitarios y patrióticos para los radicales, Consejos Consultivos con limitadas bases electorales para los liberales, y un concordato con la Iglesia católica para los conservadores.[55]

54 Jacques Godechot, "The Internal History of France During the Wars, 1793-1814", en *The New Cambridge Modern History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965, vol. 9, p. 298.

55 Acerca del régimen de Napoleón, véase Leo Gershoy, *The French Revolution and Napoleon*, 1933, reimpresión, ed., Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1964, pp. 375-381, 451-467; F. M. H. Markham "Napoleonic France", en *France: Government and Society*, eds. J. M. Wallace-Hadrill y John McManners, Londres, Methuen, 1957, pp. 188-206, y Franklin L. Ford, *Europe 1780-1830*, Londres, Longman, 1970, cap. VIII.

Después de un respiro en 1802-1803, el precio del acuerdo interno de Napoleón fue continuar con la participación francesa en las guerras europeas generales. Napoleón administró el entusiasmo francés y sus recursos más eficientemente que nunca para aventuras militares en el extranjero, que remodelaron gran parte de la faz de Europa. No obstante, el proyecto napoleónico de conquistar todo el continente estaba, en última instancia, condenado al fracaso. Las conquistas francesas pronto estimularon reacciones nacionalistas en los otros países de Europa, de modo que las viejas pautas europeas de competición entre Estados y equilibrio del poder volvieron a triunfar en nuevas formas políticas. A mayor abundamiento, el sistema "continental" de Napoleón, orientado hacia el interior, en aquel punto de la historia universal no podía tener esperanzas de derrotar al imperio comercial-industrial de Inglaterra, basado en su poderío marítimo.[56]

Sin embargo, por mucho que las hazañas militares exigieran a las riquezas de Francia, Napoleón nunca perdió su poderío en el interior mientras triunfó. Dados los únicos propósitos a los cuales el aumentado poder del Estado, generado por la Revolución, *pudieron* estar (en aquel punto de la historia universal) aplicados directa e inmediatamente —es decir, a la estabilización interior y al intento de establecer la hegemonía francesa en Europa por medio de conquistas militares— la "solución" política de Napoleón a las luchas de poder de la Revolución en realidad tuvieron más sentido que el extravagante sueño jacobino de la República de la virtud. Napoleón sólo se hallaba alejado del poder por las intervenciones extranjeras después del desplome militar. Aun entonces, sus básicas realizaciones institucionales subsistieron, porque los regímenes subsiguientes no pudieron permitirse, ni invertir el arreglo revolucionario, ni prescindir del poder administrativo que les había legado Bonaparte.

El nuevo régimen

¿Qué tipo de sistema sociopolítico consolidó la dictadura militar de Napoleón? Para comprender los rasgos básicos y duraderos de los resultados de la Revolución francesa, hemos de volver

56 Sobre las dificultades del sistema continental, véase Kemp, *Economic Forces*, pp. 96-104; Gershoy, *Revolution and Napoleon*, cap. XVII, y Dehio, *Precarious Balance*, pp. 132-180.

sobre nuestros pasos. Sin embargo, esta vez conviene apartarnos un poco de la dinámica de la Revolución, para pasar revista sistemáticamente a los cambios más notables aportados por las luchas revolucionarias en la estructura del Estado francés y en la sociedad que funcionaba dentro de él.

Los cambios en el ejército

Las realizaciones burocráticas y "democráticas" de la Revolución francesa no encontraron mejor ejemplo que en el ejército. Respecto a dos líneas de desarrollo militar en Europa —profesionalización del cuerpo de oficiales y surgimiento de un ejército nacional— la Revolución francesa representó una verdadera innovación.[57]

Bajo el antiguo régimen, el cuerpo de oficiales constituía un conjunto inflado de posiciones honoríficas así como funcionales. Los cargos más altos eran virtualmente monopolizados por hombres de condición noble y con conexiones en la Corte real, y con la riqueza necesaria para pagar por comisiones y ascensos. Los deberes de los oficiales, concebidos como "servicios" prestigiosos, según la antigua tradición feudal, no eran pagados, aunque constituyeran una ocupación de tiempo completo. Más aún: para permitirse los gastos de ostentación asociados a su categoría, la mayoría de los oficiales habían de combinar sus búsquedas de puestos militares con actividades remunerativas diferentes.[58]

La Revolución cambió básicamente la organización y el funcionamiento del cuerpo de oficiales.[59] La abolición de la

57 Mi análisis de estos acontecimientos militares ha sido sintetizado de cierto número de fuentes, incluyendo en especial S. F. Scott, "The French Revolution and the Professionalization of the French Officer Corps, 1789-1793", en *On Military Ideology*, eds. Morris Janowitz y Jacques Van Doorn, Rotterdam, Rotterdam University Press, 1971, pp. 5-56; S. F. Scott, "The Regeneration of the Line Army during the French Revolution", en *Journal of Modern History*, 42:3, septiembre de 1970, pp. 307-330; Ernest Barker, *The Development of Public Services in Western Europe*, Nueva York, Oxford University Press, 1944, cap. II; Theodore Ropp, *War in the Modern World*, ed. rev., Nueva York, Collier Books, 1962, cap. IV; Alfred Vagts, *A History of Militarism*, ed. rev., Nueva York, Free Press, 1959, cap. IV, y John Ellis, *Armies in Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, cap. IV.

58 Scott, "Professionalization", pp. 8-18.

59 Sobre los cambios generales que suscitó la Revolución en el cuerpo de oficiales de Francia, véase Scott, "Professionalization", pp. 18 *ss.*

nobleza y el establecimiento de igualdad de oportunidades abrieron formalmente el acceso a los puestos de oficial a los ciudadanos de todo tipo de antecedentes sociales. El número de cargos de oficial quedó limitado, conforme las funciones honoríficas cedían ante las funciones estrictamente utilitarias. Por la misma razón, la artillería tecnológicamente avanzada pasó de ser la última a la primera rama del servício militar.[60] La venalidad de comisiones y ascensos quedó abolida, y los cargos militares fueron provistos con salarios apropiados, para permitirles convertirse en especialistas de carrera, de tiempo completo. Por último, los ascensos, que llegaban con insólita frecuencia en medio de las luchas y guerras del periodo revolucionario, se dieron sobre la base de la educación, la capacidad y, ante todo, la experiencia militar, incluso el servicio en las filas (aun cuando, desde luego, las conexiones políticas siempre pesaron, especialmente para ascensos a los cargos más altos).

Estos cambios de organización, junto con los altibajos sociales y políticos de la Revolución, aseguraron un influjo de hombres de familias plebeyas (especialmente de la clase media urbana y educada) al cuerpo de oficiales que, antes de 1789, había estado integrado en 90% por nobles. Sin embargo, muchos hombres de familia noble sobrevivieron y aun prosperaron extraordinariamente en el nuevo sistema. En realidad, nada confirma mejor el hecho de que los cambios aportados por la Revolución fueran tanto organizativos cuanto básica o primariamente sociales, que el notable éxito en la carrera de las armas del periodo revolucionario de muchos nobles pobres y provincianos. Tales individuos no habrían podido esperar competir con éxito con los nobles ricos y conectados con la Corte del antiguo régimen.[61] El propio Napoleón Bonaparte nos ofrece un ejemplo notable de movilidad del noble provinciano durante la Revolución. Hijo de un pequeño noble corso, asistió a una academia militar de provincia durante el antiguo régimen, y fue ascendido a teniente. La Revolución fomentó una carrera que de otro modo habría podido terminar pronto. Sus conexiones con los jacobinos capacitaron a Bonaparte a recibir el mando de la artillería en la batalla contra la rebelde Tolón, y después de la victoria sobre los monárquicos, Napoléon fue ascendido a general de brigada. Termidor aportó algunos reveses temporales,

60 Sobre este punto específicamente, véase Vagts, *History of Militarism*, p. 109.

61 Scott, "Professionalization", pp. 45-47.

pero antes de mucho tiempo, después de ayudar a suprimir las manifestaciones monárquicas contra el régimen en 1795, Napoleón ascendió en el servicio del Directorio hasta llegar a comandante en jefe, primero del ejército del interior, y luego de las fuerzas expedicionarias de Italia. Tales eran las posibilidades para los hombres de talento y ambición durante la Revolución en el ejército, aun para muchos que tenían antecedentes nobles, que podían ser políticamente desventajosos.

La Revolución también aportó cambios a los soldados rasos de infantería. Antes de 1789, el reclutamiento era "voluntario", pero no atraía a los civiles que podían ganarse la vida decentemente. La disciplina era ruda y arbitraria, y la paga y el mantenimiento eran modestos e inseguros. El ejército permanente, aproximadamente de doscientos mil hombres, no era grande en comparación con la población francesa, de veinticinco millones; por ejemplo, Prusia llamaba a las armas a una proporción muy superior de sus súbditos. Y una sexta parte del ejército francés era de extranjeros.[62] Con la Revolución surgió una participación militar cada vez mayor en formas celebradas como patrióticas. Empezó con el establecimiento y luego con la gradual expansión para incluir a los ciudadanos más pobres, de las urbanas Guardias Nacionales, y alcanzó su clímax en la célebre *levée en masse* de 1793. Los ejércitos franceses aumentaron hasta 770 mil hombres en 1794.[63] Con la continuación de las guerras, el Directorio aprobó en 1798 una Ley de Conscripción, que estableció el marco para un ejército nacional permanente: "Todo francés es un soldado y se debe a la defensa de la Patria", declaraba la Ley.[64] Napoleón puso un toque de organización a esta Ley, y se valió de ella para reclutar números crecientes de soldados. "En los diez años que van de 1804 a 1813 reclutó a 2 400 000 hombres."[65] En sus campañas no escatimó los hombres, pues extendió los sistemas de lucha y maniobra heredados de las feroces batallas de 1792-1794. En estas campañas, los soldados ciudadanos, tratados correctamente y sometidos a propaganda política, fueron lanzados contra ejércitos enemigos en enormes masas, apenas supervisadas, y se les pidió vivir de los campos y atacar y perseguir al enemigo hasta que sus ejércitos fueran destruidos. En suma, escribe Gordon Craig:

62 Barker, *Development of Services*, pp. 42-43.
63 Vagts, *History of Militarism*, p. 111.
64 Citado en Ropp, *War*, p. 116.
65 Vagts, *History of Militarism*, p. 126.

La destrucción del antiguo régimen y la concesión de derechos fundamentales a todos los ciudadanos tuvo un efecto inmediato sobre la constitución del ejército francés. Hicieron posible la creación de un ejército verdaderamente nacional, el cual, como sus filas estaban integradas por ciudadanos dedicados a la causa nacional, estaba libre de las rígidas limitaciones de la guerra del siglo XVIII. Ya no era necesario que los franceses concentraran sus fuerzas en filas cerradas en el campo de batalla, lo que obstaculizaba las maniobras independientes, pero evitaba la deserción en masa. Los *tirailleurs* franceses avanzaban en orden desplegado, luchando, disparando y buscando abrigo como individuos, y el ejército ganó inconmensurablemente en elasticidad táctica. Más aún: podía confiarse en que las tropas se alimentarían por sí mismas, y entonces fue posible divorciar las unidades francesas de las lentas y estorbosas caravanas de abastos y la dependencia de los almacenes, que limitaba la movilidad de los ejércitos del antiguo modelo. Esta liberación de la tiranía de la logística, combinada con las nuevas tácticas y la perfeccionada organización divisional, introdujeron un tipo completamente nuevo de guerra en Europa: el tipo de guerra fulminante, del que Napoleón demostró ser el maestro en la campaña de Italia de 1800.[66]

Los cambios en el estado civil

Análogos a los cambios producidos en la esfera militar, la Revolución francesa produjo en el estado civil una "conjunción de gobierno democrático con administración burocrática", variaciones que han marcado desde entonces el sistema político de Francia.[67] Lo primero y más básico que debe notarse es el simple crecimiento en tamaño de la maquinaria administrativa francesa durante la Revolución. Clive H. Church, verdadera autoridad, ha calculado que durante la Revolución "el tamaño de la burocracia pudo aumentar de 50 mil a cerca de un cuarto de millón de hombres; el personal de los ministerios centrales, por ejemplo, pasó de 420 en 1788 a más de 5 mil en 1796".[68] En realidad, según Richard Cobb, quizás 150 mil nuevos buró-

66 Gordon A. Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1955, p. 27. Véase también Vagts, *History of Militarism*, cap. IV. Al parecer (véase Vagts, p. 128), Napoleón estaba retrocediendo ante algunas de estas innovaciones tácticas al término de su reinado. Pero esto no cambia el hecho de que la Revolución las hiciera posibles.

67 Barker, *Development of Services*, p. 14.

68 En "Social Mobility" (Summary of Proceedings of a Conference) en *Past and Present* núm. 32, diciembre de 1965, p. 8.

cratas fueron nombrados tan sólo durante el Terror. Cobb dice que la Revolución creó "La France fonctionnaire".[69]

Obviamente, esto parece apropiado dada tan sólo la expansión numérica; más aún lo parece cuando comprendemos las implicaciones sociales y organizativas de los cambios burocráticos causados por la Revolución. Estas implicaciones han sido brillantemente documentadas en el ámbito de las finanzas del Estado, por J. F. Bosher. Su libro, *French Finances, 1770-1795*, lleva el revelador subtítulo "From Business to Bureaucracy", para expresar que "en el ámbito de las finanzas gubernamentales, la Revolución francesa parece haber llevado a su fin una época de capitalismo privado, y haber inaugurado una época de administración pública".[70] Pues "ocurrió algo que fue más fundamental que la victoria de una clase social sobre otra: la invención de una rama administrativa para la dominación social y política".[71]

Durante el antiguo régimen no hubo una tesorería real unificada ni una contabilidad presupuestaria central, ni control sobre los ingresos y egresos gubernamentales. En cambio, la administración de las finanzas del Estado se hallaba en manos de funcionarios venales —a la vez nobles y hombres de negocios con ansias de lucro— como el granjero general, el recaudador general, el tesorero general, los pagadores de las *rentes* y otros altos funcionarios. Estos

> altos cargos se habían convertido en propiedad privada de contadores y pronto estaban volviéndose patrimonio de las familias nobles. Responsables tan sólo ante las Cámaras de Cuentas, estas altas figuras de las finanzas no formaban parte de una jerarquía administrativa, ni se hallaban sujetas a inspección o mando ministeriales. La mayor parte de su ingreso no procedía de salarios sino de las ganancias logradas mediante sus actividades como banqueros de la Corona, que recaudaban y gastaban los ingresos, prestaban al gobierno cada vez más dinero, y se dedicaban a sus actividades de negocios. Apenas organizados en cuerpos profesionales o *compagnies*, con comités que vigilaran sus intereses comunes, los financieros ejercían un provechoso monopolio sobre la recaudación y el gasto de los ingresos reales y sobre los negocios a corto plazo del sistema.[72]

69 *Ibid.*

70 J. F. Bosher, *French Finances, 1790-1795*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, p. 302.

71 *Ibid.*, p. 313.

72 *Ibid.*, p. 305.

Los elementos de verdadera burocracia que hubo durante el antiguo régimen se limitaron a los escasos *bureaux* (oficinas) consistentes en grupos de empleados que trabajaban para los altos funcionarios independientes, o para los jefes burocráticos de los reales ministerios. Como empleados asalariados "podía considerarse que tenían condición burocrática, pero se parecían más a los sirvientes domésticos de los hombres para quienes trabajaban", [73] pues ayudaban a sus amos en negocios personales, tanto como en la administración de las finanzas reales, y se les contrataba o despedía a capricho.

Con la Revolución, llegaron cambios fundamentales, pues la "Asamblea Nacional, en su gran mayoría, no aprobó al sistema financiero, precisamente porque se hallaba en manos de capitalistas ávidos de lucro: ésta fue la palabra que emplearon" [74] y en cambio trató de establecer la administración nacional de las finanzas públicas.

> La Asamblea Nacional proyectó salvaguardar las finanzas públicas mediante una organización burocrática. Con una visión de la eficiencia y la articulación mecánica [...] los planificadores revolucionarios esperaron prevenir la corrupción, poniendo su fe en las virtudes de organización para compensar los servicios de los individuos. Esta esperanza se encuentra en el núcleo mismo de la revolución financiera. En lugar de varios cientos de cajas [fondos] separadas en manos de contadores independientes, ávidos de lucro, y recaudadores de impuestos, Francia tendría un fondo central consolidado en una Tesorería burocrática sólo compuesta por funcionarios asalariados, que cumplirían con sus deberes de acuerdo con un plan racional de funciones. La Tesorería creció cada vez más durante los años revolucionarios, absorbiendo una tras otra a las demás cajas. La Asamblea exigió listas de empleados, salarios y gastos de operación, y estableció cuentas anuales, tales como la monarquía nunca las tuvo. [75]

El acompañante social de estas medidas para los funcionarios del Estado fue un cambio, de un sistema de independencia empresarial y jerarquía personal de precedencia y patrocinio, a un sistema de jerarquía administrativa basada en la supervisión impersonal pero firme de los funcionarios por sus superiores. Más aún, en adelante se esperaba que los funcionarios se dedicaran al cumplimiento de deberes públicos específicamente definidos, y diferentes de los negocios privados. Se abolieron los

73 *Ibid.*, p. 287.

74 *Ibid.*, p. 309.

75 *Ibid.*, pp. 310-311.

cargos y emolumentos de los agentes financieros venales y aristócratas. Los jefes de oficina, durante un tiempo aspirantes independientes y bien pagados a los altos cargos de la nobleza, quedaron reducidos a simples *fonctionnaires*, con salarios rebajados no muy superiores a los de sus subordinados. Y sus empleados se convirtieron en servidores públicos regularmente pagados, libres de la "dependencia personal de sus señores, que ahora no serían más que sus superiores".[76] Lo que surgió fue toda una escala de servidores públicos asalariados, pagados todos ellos por una autoridad central y sujetos a supervisión y control centrales.

En cuanto al modo de control ejecutivo que envolvió a los personales cada vez más burocratizados de la administración del Estado, la Revolución (como hemos visto) pasó por toda una sucesión de fases. Un solo tema legitimador corrió por todas las fases: la identificación de las funciones ejecutivas con la aplicación de la voluntad de la nación o del pueblo. No por casualidad, el propio Bonaparte realizó esta labor bajo la guía de una dictadura nacional-democrática. Napoleón, que se decía "el primer representante de la nación", vio cuatro veces apoyado su régimen por plebiscitos nacionales.[77] Sin embargo, los logros institucionales de Napoleón no fueron nada democráticos (ni liberales).[78] En esencia, añadió a las reorganizadas oficinas y a los personales heredados de las Asambleas revolucionarias y del Directorio un sistema general de funcionarios administrativos y judiciales nombrados desde el centro. En la cúspide del sistema se hallaba el Consejo de Estado, grupo de expertos nombrados por Napoleón e investidos con amplios poderes *de facto*. Los ministros del gobierno no formaban un gabinete, sino que, en cambio, informaban individualmente al Consejo (y a Napoleón). Regularmente se formularon y deliberaron nuevas leyes, en la sección legislativa del Consejo, y en otras secciones (sobre guerra, marina, interior y finanzas) se supervisaban las partes pertinentes de la burocracia del Estado. Por debajo de esta cúspide tecnocrática se extendió una jerarquía de jueces y funcionarios administrativos nombrados, que iba descendiendo hasta los subprefectos y alcaldes. El eslabón

[76] *Ibid.*, p. 288.

[77] Barker, *Development of Services*, p. 14.

[78] El gobierno napoleónico ha sido bien descrito en Godechot, "French Revolution", en *Western Civilization*, vol. 2, pp. 47-51; Gershoy, *Revolution and Napoleon*, pp. 348-359, 451-467, y Ford, *Europe 1780-1830*, pp. 170-188.

decisivo de la jerarquía era el prefecto departamental, comparable al *intendant* del antiguo régimen, pero más controlable, y también más poderoso, porque su jurisdicción era más pequeña y no estaba obstaculizada por cuerpos privilegiados.

Desde luego, Francia ha tenido muchos regímenes políticos desde la dictadura de Napoleón; en realidad, el propio Bonaparte sólo duró hasta 1814, cuando fue seguido, primero, por los restaurados monarcas Borbones, luego por una monarquía "burguesa"; luego por una Segunda República, un Segundo Imperio, una Tercera República, y así sucesivamente hasta llegar al siglo XX. La mayor parte de estos regímenes incluyeron intentos considerables (más que el de Napoleón I) por instituir un control político liberal-parlamentario (más o menos democrático). Sin embargo, como lo ha indicado Herbert Leuthy, un observador que sólo se concentre en las formas constitucionales, en cambios recurrentes, no comprenderá la verdadera base y el poder duradero del gobierno francés.

> Si examinamos un Manual Constitucional no encontraremos ninguna mención, o si acaso alguna nota de pie de página, dedicada a alguna de las grandes instituciones de las que depende la permanencia del Estado [...] No se hace mención de los ministerios que quedaron después de partido el ministerio de un día. No se hace mención del Consejo de Estado que, por causa de la jurisdicción sobre la máquina administrativa, gobierna, supremo, sobre los instrumentos del poder del Estado, es indispensable a un ejecutivo incapaz de llevar adelante su voluntad sin él, interpreta de acuerdo con su propio código el verdadero contenido de las leyes aprobadas por el Parlamento, o silenciosamente las encierra, y como asesor universal del gobierno, por lo general impone su voluntad, aun en la formulación de la política del gobierno, porque tiene autoridad y permanencia, de las que carece el gobierno. No se menciona "estado mayor" de la administración financiera, capaz de modificar e interpretar el presupuesto aprobado por el Parlamento, tan autocráticamente como el Consejo de Estado es capaz de modificar e interpretar sus leyes, y por su control sobre los ingresos y gastos del Estado puede ejercer una influencia decisiva sobre la vida y la muerte de los gobiernos [...] ninguna de estas instituciones se deriva "del pueblo". Representan el aparato de Estado de la monarquía absoluta, perfeccionada y llevada a su conclusión lógica durante el Primer Imperio. Cuando cayeron las cabezas coronadas, la verdadera soberanía fue transferida a este aparato. Pero trabaja en el fondo, disimulada, anónimamente, alejada de toda publicidad y casi en secreto [...] no es tanto un Estado dentro de un Estado, cuanto el verdadero Estado tras la fachada del Estado democrático. [79]

79 Herbert Leuthy, *France Against Herself*, trad. Eric Mosbacher, Nueva York, Praeger, 1955, pp. 18-20.

Cristalizar este "verdadero Estado" en el proceso de rematar y consolidar la Revolución no sólo fue la tarea más importante de Napoleón; también fue un notable y duradero logro.

El Estado en la sociedad

El revolucionado Estado francés tuvo mayor injerencia en más funciones que la monarquía del antiguo régimen. La educación universitaria y secundaria fueron puestas bajo el control del gobierno para formar un sistema sumamente selectivo, centralizado y elitista, del que pudiesen reclutarse administradores y especialistas para el Estado.[80] El concordato de Napoleón con la Iglesia católica hizo algunas concesiones (incluso, admitir el control de la Iglesia en casi toda la educación primaria). Pero la Iglesia, desaparecida gran parte de su propiedad, y con sus sacerdotes ahora pagados por el Estado, ya no era el poder independiente que había sido durante el antiguo régimen. No menos notable fue el cambio de la administración financiera del Estado: con los impuestos ahora recaudados por delegados permanentes, y no por empresarios venales ni por autoridades locales elegidas, podía contarse con los ingresos, y con la cooperación de los banqueros para crear una banca de Francia, que "prestó considerables servicios al Estado, adelantándole fondos en forma de billetes de banco".[81] Cierto es que las finanzas públicas francesas nunca estuvieron plenamente establilizadas durante el régimen de Napoleón. Pero, en decisivo contraste con el antiguo régimen, el nuevo Estado pudo superar las crisis financieras. Napoleón pudo confiscar fondos a los financieros y desatender las protestas de los grupos económicos dominantes, mientras que el Estado monárquico se había desplomado durante la crisis financiera de 1787-1789.[82] El Estado tenía ya una ventaja potencial aun sobre sus ciudadanos más poderosos.

80 Véase Joseph Ben-David y Awraham Zloczower, "Universities and Academic Systems in Modern Societies", en *Archives Européennes de Sociologie*, 3:1, 1962, esp., pp. 76-80. Aquí, Francia es agrupada junto con la Rusia soviética, en contraste con Inglaterra y los Estados Unidos, por causa de la naturaleza sumamente centralizada, tecnocrática y orientada hacia el Estado de los sistemas de educación superior que surgieron de las revoluciones francesa y rusa.

81 J. Godechot, "French Revolution", en *Western Civilization*, vol. 2, página 48.

82 Ford, *Europe 1780-1830*, p. 174.

Más aún: el revolucionado Estado francés intervino más directamente que nunca en las vidas de todos los ciudadanos, lo quisieran o no. En palabras de William McNeill:

> Lo que hicieron los revolucionarios franceses fue derribar los obstáculos a la manipulación de los hombres y los recursos por un solo centro nacional de mando. Fueron sistemáticamente suprimidas las prácticas e inmunidades locales [...] Después de codificada y aplicada la legislación revolucionaria por toda Francia, los ciudadanos individuales se enfrentaron a la encarnación augusta de la Nación, por decirlo así, cara a cara, sin el punto protector de las identidades y funciones comunes [...] En realidad, a lo que se enfrentó el ciudadano fue a un agente del gobierno central, fuese representante en misión, prefecto, cobrador de impuestos o sargento reclutador, quienes, en nombre del Pueblo, exigían bienes y servicios en escala mucho mayor de la que nunca pudiesen gobernar los agentes reales.[83]

El efecto de este mayor alcance del Estado pudo ser especialmente perturbador para las comunidades rurales. Basados en sus estudios de las relaciones de las comunidades campesinas en Bretaña con los gobiernos prerrevolucionarios y posrevolucionarios, Le Goff y Sutherland llegaron a la conclusión de que "la Revolución llegó como una intrusión sin precedentes, a menudo mal vista, a los ojos de muchos [...] ciudadanos. Después de 1790, las demandas que el gobierno central hizo a los ciudadanos, en materia de atención, actividad y lealtad, fueron mucho mayores que las exigencias de la descentralizada administración del antiguo régimen".[84] Antes de la Revolución, mientras se pagaron los impuestos y no se desarrollaron grandes rebeliones, los campesinos bretones fueron libres de ventilar sus propias disputas, ejercer funciones de policía y atender a todos los problemas de comunidad que ellos y sus curas quisieran definir. Sacerdotes y real gobierno cooperaron a menudo, informalmente, en canalizar la información "hacia arriba" y las preocupaciones oficiales "hacia abajo" por la escala del Estado y la comunidad. Con la Revolución, los curas locales fueron superados por la autoridad de los Departamentos, distritos y comunas, y luego convertidos oficialmente en empleados

83 William McNeill, *The Shape of European History*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, p. 154.

84 T. J. A. LeGoff y D. M. G. Sutherland, "The Revolution and the Rural Community in Eighteenth-Century Brittany", *Past and Present* núm. 62, febrero de 1974, p. 96. Este párrafo se ha basado en dicho artículo, en general.

públicos. Se suponía que la gente de la localidad prestaría mayores recursos y atención a los niveles supraaldeas del gobierno dirigido por funcionarios basados en los mayores poblados, y de mentalidad urbana. En la cúspide radical de la Revolución, además, muchos campesinos se encontraron sujetos a directa coacción de los partidarios de la Revolución determinados a adquirir abastos de grano, exigir la conscripción militar y aplicar medidas para castigar a los sacerdotes refractarios y suprimir el ritual católico.

En algunas partes de Francia, especialmente en Bretaña y en otras regiones del oeste, los cambios posteriores a 1789 ayudaron a estimular la resistencia campesina a las autoridades revolucionarias, desde acciones locales hasta guerra de guerrillas y participación en revueltas regionales en gran escala. Los estudios de que disponemos de las bases socioeconómicas de las reacciones campesinas a la Revolución parecen indicar que se mostraban más receptivos a los cambios revolucionarios en las regiones en que las relaciones establecidas de mercado unían a los campesinos con propiedades y a los aldeanos de la localidad. Los campesinos solían ser más indóciles —por tanto, inclinados a resistir, de ser posible— en las regiones en que las relaciones de mercado estaban penetrando apenas o donde los campesinos sin orientación comercial eran competidores activos, pero fracasados, con los aldeanos, por las tierras vendidas durante la Revolución.[85] Sin embargo, al final, fue suprimida toda resistencia abierta, porque, debido a los acontecimientos que ya hemos venido siguiendo, "la Revolución arrancó la iniciativa de la comunidad y la dio al gobierno y al mismo tiempo dio al gobierno el poder de coacción que nunca había tenido su competidor del antiguo régimen".[86]

A pesar de todo, el arreglo napoleónico se alejó de los tipos de política económica coactiva y de medidas extremas anticatólicas que habían vuelto a comunidades campesinas y regiones rurales enteras contra la Revolución. En cambio, el recién

[85] Véase, especialmente Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*, Le Mands, Imprimerie M. Vilaire, 1960; Marcel Faucheux, *L'Insurrection Vendéenne de 1973*, París Imprimerie Nationale, 1964, y Charles Tilly, *The Vendée*, Cambridge, Harvard University Press, 1964. Véase también Harvey Mitchell, "The Vendée and Counterrevolution: A Review Essay", en *French Historical Studies*, 5:4, otoño de 1968, pp. 405-429, y Claude Mazauric, "Vendée et Chouannerie", *La Pensée*, núm. 124, noviembre-diciembre de 1965, pp. 54-85.

[86] LeGoff y Sutherland, "Revolution and Rural Community", p. 109.

consolidado Estado administrativo, mientras exigía impuestos y conscriptos más firmemente que nunca, buscaba un acomodo con los propietarios de cada localidad. Los terratenientes acomodados, incluso los campesinos ricos, rentistas y a menudo antiguos nobles, fueron elegidos mediante una franquicia limitada para cooperar en el gobierno local con funcionarios ejecutivos y judiciales nombrados por el centro.[87] Un resultado —que en lo político fue paralelo a las consecuencias antisolidarias de las triunfales revueltas antiseñoriales— fue socavar los restos de la solidaridad, basada en la aldea, entre los campesinos ricos y pobres. Este proceso ocurrió cuando las oligarquías de campesinos ricos fueron oficialmente separadas y puestas por encima de sus vecinos más pobres, y tuvieron nexos más íntimos con los propietarios que vivían en las aldeas y con la administración del Estado centralizado. Quizás más notable aún fuese el costo de la autonomía política de la aldea. Esto ha sido bien resumido por Thomas Sheppard, quien siguió la historia de la "aldea" de Lourmarin, en Provenza, en el transcurso de la Revolución. En el siglo XVIII, escribe,

> si el consejo de la aldea no iniciaba ningún gran programa, tampoco era completamente sumiso a la autoridad exterior. Fueron la vitalidad política de Lourmarin, la participación relativamente general en los asuntos de la aldea, y su continuado interés por todos sus habitantes los que caracterizaron al *ancien régime* en Lourmarin. Esta vitalidad e interés se fueron después de la Revolución, y Lourmarin en el siglo XIX se convirtió [...] en un simple engranaje de la maquinaria administrativa del gobierno central. El consejo municipal sólo discutía las cuestiones relacionadas con él, tomaba muy pocas decisiones por sí solo y funcionaba básicamente para administrar las leyes y órdenes que le llegaban por medio del prefecto. La burocracia y la centralización habían llegado a Lourmarin, pero la aldea pagó cara semejante modernización.[88]

87 Este resultado de la Revolución se asemejó así al esquema de gobierno local que el antiguo régimen había tratado de establecer en 1788. Véase la nota 27 del capítulo III.

88 Thomas F. Sheppard, *Lourmarin in the Eighteenth Century, A Study of a French Village,* Baltimore, Johns Hopkins Press, 1971, pp. 217-218. Me estoy tomando una pequeña licencia poética con esta cita. Hablando en rigor, Lourmarin acaso no fuera una "aldea campesina" como tal, sino antes bien una ciudad-mercado. Más aún: como se hallaba localizada en Provenza, antes de la Revolución ya tenía una forma oligárquica de gobierno que parecía restar importancia a la función de la Asamblea General. Véase *Lourmarin,* cap. III, y Albert Soboul, "The French Rural Community in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Past and*

Sin embargo, aunque los campesinos de Francia —como, en realidad, todos los franceses— tuvieron que enfrentarse después de la Revolución a un Estado más poderoso y entremetido, tal Estado evidentemente no era una presencia tan continua o dinámica en la sociedad y en la economía, como lo serían los Estados-Partidos comunistas de la Rusia y la China revolucionarias. El resultado general de la Revolución francesa puede caracterizarse como la coexistencia simbiótica de un Estado centralizado, profesional-burocrático, con una sociedad dominada por algunos propietarios moderadamente importantes, y muchos pequeños o medianos propietarios. En este nuevo régimen francés, el Estado no se orientaba a promover nuevas transformaciones socioestructurales. En cambio, tendía a mantenerse y a garantizar el orden social basado en la situación profesional o burocrática, y en la propiedad privada y en las relaciones de mercado. Además así como el Estado reforzado podía operar ahora sobre una base más autónoma, así también ahora los poseedores de riquezas podían (al menos marginalmente) proseguir con sus intereses económicos en el mercado, y no comprando cargos de Estado, ni empleando directamente mecanismos político-jurídicos para apropiarse de los excedentes.

Así, pese a que no habían causado la Revolución, ni habían sido súbitamente favorecidas por ella, las relaciones capitalistas de producción pudieron expandirse gradual, pero continuamente en un marco jurídico y administrativo relativamente favorable, cristalizado por la Revolución. Un siglo después de 1789, Francia estaba convirtiéndose en una nación capitalista industrial. Sin embargo, aun en la industrialización capitalista, Francia ha seguido marcada por peculiaridades sociales e institucionales: a lo largo de generaciones de moderno desarrollo económico, grandes números de campesinos franceses se han aferrado a la tierra como inquilinos o pequeños propietarios; y el Estado nacional francés siempre ha sido una gran fuerza en la vida económica, que hace y deshace oportunidades para los inversionistas privados y que da forma profundamente a los contornos regionales y sectorales del desarrollo industrial. Por tanto, no sólo unas condiciones generalmente favorables al desarrollo capitalista, sino también las pautas sociopolíticas que han hecho de Francia

Present, núm. 10, noviembre de 1956, p. 81. Sin embargo, esto sólo pone de relieve la importancia de los cambios que Sheppard nota como resultantes de la Revolución. Y parece indicar que la pérdida de solidaridad y autonomía locales pudieron ser aún mayores, por comparación, para las comunidades rurales en toda Francia.

un país relativamente distinto entre las naciones capitalistas industriales, se remontan a las grandes realizaciones de la Revolución francesa. En realidad, como mejor puede comprenderse la Revolución es como esa "gigantesca escoba" que barrió "los escombros medievales" del señorialismo y el privilegio particularista, liberando a los campesinos, a los poseedores de riquezas privadas y al Estado, por igual, de los obstáculos del antiguo régimen.

VI. EL SURGIMIENTO DE UN PARTIDO-ESTADO DICTATORIAL EN RUSIA

> El gran logro de los bolcheviques no consistió en hacer la Revolución, sino en contenerla y desviarla por canales comunistas [...] La hazaña asombrosa de los bolcheviques fue que lograran contener la fuerza elemental de las masas rusas hacia una utopía caótica.
>
> PAUL AVRICH

NINGUNA revolución social moderna ha sido tan radical como la rusa. En cuestión de meses, durante 1917-1918, revueltas en masa de obreros industriales, campesinos y soldados socavaron a las clases terratenientes y capitalistas y sellaron la disolución de la maquinaria de Estado del régimen zarista. Los revolucionarios organizados que afirmaban su liderazgo dentro de la crisis revolucionaria estaban dedicados, además, a los ideales socialistas de igualdad y democracia proletaria. Sin embargo, la Revolución rusa pronto hizo surgir un Partido-Estado sumamente centralizado y burocrático, que a la postre se comprometió con el ideal de la rápida industrialización nacional mediante el orden y el terror. Para comprender por qué y cómo se desarrollaron estos resultados, analizaremos las posibilidades, los imperativos y las imposibilidades creadas para las fuerzas en conflicto por la situación revolucionaria rusa, después de marzo de 1917. Como en la Revolución francesa, dos procesos básicos brotados de la situación revolucionaria se intersecaron para dar forma a los resultados de la Revolución rusa. Éstas fueron las revueltas populares (especialmente campesinas) y las luchas de los dirigentes políticos, basados en las ciudades, por construir nuevas organizaciones de Estado. Pero la crisis revolucionaria rusa profundizó mucho más rápida y caóticamente que la francesa. Y los estadistas revolucionarios de Rusia se enfrentaron a tareas más exigentes —al principio, de simple defensa revolucionaria, y después de la industrialización impulsada por el Estado— en condiciones internacionales e internas mucho más amenazadoras. El resultado fue un nuevo régimen ruso, en términos generales, similar al francés en su centralización política y en su base urbano-burocrática; y sin embargo también

cualitativamente distinto del nuevo régimen francés, en su orientación dinámica hacia la industrialización nacional bajo el control del Partido-Estado.

Analicemos el curso de la Revolución rusa, a partir de la implicación de la coyuntura revolucionaria de 1917.

Los efectos de la crisis social-revolucionaria de 1917

En la historiografía de la Revolución rusa se ha atribuido cierto predominio a los esfuerzos por argüir —en tono de elogio o de censura— por qué los bolcheviques pudieron destruir (o superar) la liberal fase de "febrero" de la Revolución. Desde una perspectiva comparada, este debate parece erróneo. Hemos visto que ni siquiera en la Revolución francesa prevalecieron los acuerdos políticos liberales. Cierto: tales acuerdos sobrevivieron durante varios años. En la Revolución francesa el liberalismo fue una fase auténtica; pero en Rusia nunca hubo ningún viable régimen liberal que tuviera que ser superado por nadie. Las razones se siguen de los orígenes divergentes de las dos crisis revolucionarias. La crisis revolucionaria francesa de 1789 fue producida mediante las iniciativas contra la monarquía de fuerzas políticas internas de base extensa. Después de que el absolutismo monárquico fue frustrado en Francia, hubo nuevos cuerpos revolucionarios nacionales y locales, encabezados por liberales, que disfrutaron de auténtico apoyo popular, porque habían sido establecidos mediante procesos que movilizaban una participación política sin precedentes.[1] En agudo contraste con la Francia de 1789, la Revolución rusa estalló tan sólo porque —y cuando— el Estado zarista fue destruido por el efecto de

[1] La convocatoria de los Estados Generales entrañó la selección de los dirigentes políticos nacionales mediante procesos que permitieron la participación de todos los varones adultos franceses. De manera semejante, las difundidas revoluciones municipales de 1789 llevaron al poder a Comités y milicias revolucionarios que, aunque típicamente encabezados por figuras importantes de la comunidad, movilizaron a los estratos populares, y a los pequeños propietarios (artesanos, tenderos, periodistas, empleados, etc.) y dependieron de su apoyo; y no sólo del apoyo de las oligarquías privilegiadas que previamente habían dominado a las ciudades y a los poblados en colaboración con la real administración. Véase Lynn A. Hunt, "Committees and Communes: Local Politics and National Revolution in 1789", en *Comparative Studies in Society and History*, 18:3, julio de 1976, pp. 321-346.

una prolongada participación y repetidas derrotas en la primera Guerra Mundial. Las *dumas* y los *zemstvos* habían sido demasiado tímidos al lanzar inicialmente la Revolución; y el Gobierno Provisional, después de febrero, no estaba basado en ningún tipo de sufragio nacional ni participación política popular. Además, mientras que la Asamblea Nacional Francesa pudo darse el lujo de las condiciones de paz de 1789-1791, las noveles autoridades rusas hubieron de tratar de dirigir los esfuerzos militares y enfrentarse a las consecuencias de la tensión y de las derrotas de la guerra. No son de sorprender, dado que la Revolución rusa se desarrolló de esta manera desde sus comienzos, el caos y los conflictos fundamentales fueron potenciales inmediatos, que pronto se realizaron en detrimento de una estabilización liberal así fuese temporal.

Los dilemas del Gobierno Provisional

Entre febrero y octubre de 1917, los dirigentes de los partidos y las tendencias políticas, desde los monárquicos constitucionales, hasta los socialistas moderados, hicieron esfuerzos por estabilizar la Revolución rusa de una manera liberal-democrática. Nombrado por un comité de antiguos miembros de la Duma, el Gobierno Provisional se declaró cabeza del gobierno y fideicomisario de la Revolución, hasta que pudiese ser elegida una Asamblea Constituyente que creara una nueva Constitución. Simultáneamente, en Petrogrado y en los *soviets* de los campos surgieron consejos de diputados elegidos y periódicamente reelegidos por grupos de obreros, soldados y (ocasionalmente) campesinos. Los *soviets* exigieron el derecho de supervisar las actividades del Gobierno Provisional y de los *zemstvos* de distrito y de las provincias, y las *dumas* municipales, dominadas por la clase superior, con los que el Gobierno Provisional pronto había establecido una alianza en toda forma. Así, la autocracia zarista tan súbitamente depuesta fue reemplazada por dos redes de Consejos.[2] Una de tales redes, centrada en la jefatura

[2] La situación de "doble poder" después de la Revolución de febrero está bien descrita por Isaac Deutscher en "The Russian Revolution", en *The New Cambridge Modern History*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1968, vol. 12, pp. 403-432. Véase también Marc Ferro, *The Russian Revolution of February 1917*, trad. J. L. Richards, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1972, cap. VI, y Oskar Anweiler, *The Soviets*, trad. de Ruth Hein, Nueva York, Pantheon Books, 1974, cap. III.

inicial del Gobierno Provisional, representaba principalmente a los rusos privilegiados, terratenientes, burgueses y profesionales. La otra, centrada en el *Soviet* de Petrogrado, representaba (básicamente por la *intelligentsia* de los partidos socialistas) a quienes hasta entonces habían estado completamente excluidos de la política nacional. Al principio, el Gobierno Provisional, en el que residía la autoridad formal de gobernar a Rusia, fue encabezado exclusivamente por políticos no socialistas; después de abril, se convirtió en una coalición, que incluía a los dirigentes mencheviques y socialistas revolucionarios, también responsables ante los *soviets*. Pero, coalición o no, el Gobierno Provisional siempre dependió del *Soviet* de Petrogrado para su apoyo y ayuda, poniendo en vigor toda medida política que requiriera la cooperación de los obreros o soldados. Aquellos cuya cooperación era más esencial incluían a los importantísimos obreros que manejaban los ferrocarriles y los sistemas telegráficos, y los soldados de guarnición en la capital y en otros centros urbanos claves.

Si se querían alcanzar los objetivos liberales, al principio compartidos por casi todos los rusos con conciencia política, [3] jubilosos ante la caída de la autocracia, entonces el Gobierno Provisional y los *soviets*, unidos, habían de generar y administrar soluciones a los agudos problemas de una tierra y de un pueblo agotados por la guerra. Pero esto resultó imposible. Cuando los propios problemas se volvieron cada vez más abrumadores, pronto estuvo claro que la capacidad del naciente sistema liberal para enfrentarse con ellos era aún menor que la de la antigua autocracia.

Las dificultades mismas que habían allanado el camino a la Revolución de febrero continuaron y empeoraron en adelante. Por ejemplo: el sistema ferroviario seguía sin poder satisfacer las demandas simultáneas de abastecer los frentes, retirar a los heridos, llevar alimentos a las ciudades y aportar materias primas a las industrias. Más aún: después de febrero, hubo huelgas de ferroviarios y el surgimiento de iniciativas locales y sindicalistas, que directa o indirectamente afectaban las propiedades y el funcionamiento de los ferrocarriles. Todas estas actividades añadieron nuevas dificultades a las autoridades que trataban de valerse de los vitales ferrocarriles para administrar el país. [4]

[3] Así es como interpreto yo los testimonios presentados por Marc Ferro en *February Revolution*, caps. III-V.

[4] Roger Pethybridge, *The Spread of the Russian Revolution*, Londres, Macmillan, 1972, cap. I.

La guerra no cesó. Hasta después de la toma de poder bolchevique, ningún gobierno ruso estuvo dispuesto a abandonar por completo la función del país en la guerra. Los dirigentes liberales, que apreciaban la alianza de Rusia con las potencias occidentales, se habían disgustado del zar, en gran parte, precisamente porque parecía estar conduciendo la guerra en forma inepta. Ahora que ellos estaban al frente, tenían esperanzas de revitalizar el esfuerzo de guerra mediante llamados nacionalistas revolucionarios y obtener victorias que aseguraran la alianza occidental y estabilizaran el orden sociopolítico burgués-liberal en el interior. Los socialistas moderados se mostraban menos entusiastas por la guerra, y obligaron a los liberales a renunciar públicamente a todo objetivo de imperialismo de guerra heredado del antiguo régimen. Sin embargo, no estaban dispuestos a abandonar lo que, en considerable justicia, concebían como guerra defensiva contra las Potencias Centrales. Más aún: fueran cuales fuesen las actitudes de los dirigentes del Gobierno Provisional, el gobierno ruso estaba en quiebra en 1917, en una situación en que la economía estaba desplomándose debido a las presiones de la guerra total y a la prolongada ausencia de un comercio exterior normal. Y los aliados occidentales de Rusia estaban dispuestos a dar apoyo financiero al nuevo régimen tan sólo si seguía en guerra.

Cuando los diversos dirigentes del Gobierno Provisional trataron de seguir la guerra, y de mantener en marcha al país, las masas rusas se desilusionaron más y más contra la Revolución de febrero. Actuando mediante sus acuerdos colectivos populares, empezaron a tomar las cosas cada vez más en sus propias manos, a expensas de las clases dominantes que existían.[5] Ya hemos notado que, por las vastas tierras rusas, las comunas campesinas iban invadiendo los derechos de los ricos, y luego empezaron a apoderarse de sus tierras.[6] Mientras tanto, también ocurrieron revueltas populares en las ciudades y en los frentes. Los comités de las fábricas de obreros, al principio hicieron exigencias de mejor salario y menos horas de trabajo, y luego empezaron a supervisar la administración, para iniciar esfuerzos por procurarse abastos para mantener trabajando las

[5] Véase el argumento general de Teddy J. Uldricks, "The 'Crowd' in the Russian Revolution: Towards Reassessing the Nature of Revolutionary Leadership", en *Politics and Society*, 4:3, 1974, pp. 397-413.

[6] Véase William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1921*, 2 vols., 1935, reimpresión en rústica, ed. Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965, vol. 1, cap. II, y John L. H. Keep, *The Russian Revolution*, Nueva York, Norton, 1976, tercera parte.

fábricas y, a la postre en algunos casos, para hacerse cargo de la administración de empresas enteras. [7] Al principio se formaron Comités de soldados para obtener derechos civiles a los soldados y exigir normas humanas de disciplina a sus oficiales. Gradualmente, muchos de esos comités usurparon, en la práctica, el derecho de veto de todas las decisiones de mando, especialmente las que podían tener consecuencias políticas o bien implicar la amenaza de muerte en las batallas del frente. [8] Los *soviets*, periódicamente reelegidos por grupos populares, después de ciertos plazos moderados, tendieron a reflexionar y a sancionar lo que ocurría debajo. Al mismo tiempo, procedieron a participar aún más directamente en cuestiones administrativas que al principio habían sido dejadas al Gobierno Provisional, los *zemstvos*, y las *dumas*. [9] Al Gobierno Provisional le faltaba por completo la autoridad o el poder necesarios para contener los ataques a los grupos privilegiados, y la evolución hacia la anarquía. Inmediatamente después de la Revolución de febrero, se disolvió gran parte de la antigua administración imperial, así como la policía. Los esfuerzos hechos por reconstruir, por el bien de los *zemstvos* y las *dumas* se enfrentaron a enormes problemas de coordinación de estos diversos cuerpos locales y regionales.[10] Y, aún más importante: estos órganos representativos liberales carecían de verdadera autoridad entre las masas de rusos campesinos y proletarios que antes habían sido excluidos de ellos y sometidos directamente a controles autocráticos. Ahora que se encontraban de pronto libres, los campesinos, obreros y soldados revitalizaron o formaron sus propias colectividades populares. Y éstas eran mucho más apropiadas para canalizar la acción política popular directa que para establecer la subordinación del pueblo al gobierno liberal, especialmente

7 Véase Chamberlin, *Russian Revolution*, vol 1, cap. 12; Paul H. Avrich, "Russian Factory Committees in 1917", *Jahrbucher für Geschichte Osteuropas*, 11:2, junio de 1963, pp. 164-182 y Keep, *Russian Revolution* capítulos V-VI.

8 Marc Ferro, "The Russian Soldier in 1917: Undisciplined, Patriotic and Revolutionary", en *Slavic Review*, 30:3, septiembre de 1971, pp. 483-512; Allan Wildman, "The February Revolution in the Russian Army", en *Soviet Studies*, 22:1, julio de 1970, pp. 3-23, y Chamberlin, *Russian Revolution*, cap. X.

9 Anweiler, *Soviets*, cap. III.

10 Para antecedentes generales a los problemas de gobierno después de febrero, véase Pethybridge, *Spread*, y Paul R. Gronsky y Nicholas J. Astrov, *The War and the Russian Government*, New Haven, Yale University Press, 1929.

en una época de crisis, cuando tal gobierno no podía responder a las necesidades básicas ni a los deseos de la gente ordinaria.[11]

El Gobierno Provisional tampoco quiso volver a recurrir a la fuerza. El ejército, hinchado por la guerra, era el único medio concebible de coacción oficial, pero cada vez era menos digno de confianza.[12] En ningún punto pudieron mandarse toscos reclutas, en su gran mayoría campesinos, para suprimir las revueltas agrarias. En cuanto a la situación en las ciudades, inmediatamente después de la Revolución de febrero, las tropas de las guarniciones de Petrogrado, Moscú y otros grandes centros, compartieron las actitudes de los obreros urbanos. Sólo se les podía dar órdenes con la aprobación de los *soviets*, siempre suspicaces ante reales o imaginarias amenazas contrarrevolucionarias. Durante un tiempo, las tropas de línea estuvieron más dispuestas que las tropas de las guarniciones a seguir al Gobierno Provisional. Pero ya en julio, un intento de ofensiva de Rusia contra Austria había fracasado, y la revolución campesina iba cobrando fuerza en los hogares de los soldados, en los campos, y los oficiales empezaron a ser sospechosos de tendencias contrarrevolucionarias (pronto confirmadas por el *cuartelazo* del general Lavr Kornilov). Reaccionando a estos acontecimientos, también las tropas del frente se volvieron cada vez más incontrolables y los ejércitos empezaron a desintegrarse por las continuas deserciones.

Así pues, en suma, los estratos dominantes y el Gobierno Provisional fueron cada vez más socavados por las revueltas populares, que inexorablemente se extendieron y profundizaron después de febrero y que a la postre arrancaron hasta el apoyo político nominal de muchos de los *soviets* a las iniciativas políticas y a los esfuerzos administrativos de los intentos oficiales de Petrogrado. Como era renuente e incapaz de abandonar la guerra y de sancionar o contener las revueltas agrarias, el Gobierno Provisional no pudo evitar perder sus tenues bases políticas, cuando los conflictos sociales se profundizaron y el desorden cundió por las ciudades, los frentes y los campos.

11 Anweiler, *Soviets*, cap. III, y Keep, *Russian Revolution*, partes II y III.

12 Véanse las referencias citadas en la nota 8, más Alexander Rabinowitch, "The Petrograd Garrison and the Bolshevik Seizure of Power", en *Revolution and Politics in Russia*, eds. Alexander and Janet Rabinowitch, Bloomington, Ind., Indiana University Press, 1972, pp. 172-191.

Las bases limitadas del orden político nacional

En realidad, si caminamos bajo la superficie de las formalidades políticas en busca de la dinámica sociorrevolucionaria subyacente, resulta obvio que, a partir del verano de 1917, el verdadero dilema de la Revolución rusa no fue quién debía gobernar; antes bien, fue si alguien *podía* gobernar, y si podía restablecerse un orden nacional. Ciertamente, las bases —sociales y organizativas— sobre las cuales podría restablecerse el orden eran muy limitadas. Con la infraestructura administrativa y militar del antiguo régimen quebrantada, no era posible ninguna restauración monárquica o golpe de Estado militar. (Así, la intentona de Kornilov, en septiembre de 1917, apenas comenzaba cuando fue contenida por los ferroviarios, los Guardias Rojos y los soldados leales a los *soviets*).[13] En cambio, la única verdadera esperanza de regenerar el orden nacional estaba en los diversos partidos políticos que contendían movilizando a sus seguidores populares al desencantarse del Gobierno Provisional.

Del apoyo popular potencial, el campesinado, pese al hecho de que formaba la gran mayoría, era la fuente menos probable de apoyo popular disciplinado para un nuevo orden nacional. Para ver por qué, sólo necesitamos recordar que, por virtud de la difundida existencia de la *obshchina*, los campesinos durante 1917 pudieron coordinar autónomamente sus revueltas locales contra los terratenientes, campesinos ricos y restos de la burocracia imperial. Los campesinos no tenían que depender del apoyo directo, ni del liderazgo de las fuerzas revolucionarias urbanas. Y una vez confiscadas las tierras y los recursos de no campesinos, y redistribuidos entre los pequeños terratenientes dentro de las comunidades de aldea, lo que los campesinos desearon más fue que los dejaran en paz para gobernar localmente sus propios asuntos y para dedicarse a un modo parcialmente orientado hacia su subsistencia, de su producción agrícola. Las principales preocupaciones de los campesinos por la política nacional fueron las estrictamente negativas y defensivas de tratar de impedir que llegara al poder todo gobierno que pudiera restaurar a los terratenientes y/o explotarlos a ellos mediante impuestos y conscripciones.

Todo nuevo orden político nacional necesariamente sería fundado en las ciudades y poblados. Dentro del sector urbano,

13 Para un vivo recuento, véase Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Nueva York, Norton, 1976, cap. VIII.

la base revolucionaria popular más organizable era la clase obrera industrial. Desde luego, los soldados de las guarniciones fueron fuente constante de fermento revolucionario durante todo 1917, por su determinación de no ser enviados a los frentes de guerra. Sin embargo, cuando se levantaron en armas, las unidades militares se disolvieron en la indisciplina y la deserción, y por tanto no pudieron servir ni siquiera como base inicial para reconstruir un nuevo orden.[14] Los trabajadores industriales también se dedicaron a las revueltas que socavaron las pautas existentes de autoridad en las fábricas y en los acuerdos políticos existentes en las ciudades. Sin embargo, los obreros dependían, para ganarse la vida, de mantener en operación de algún modo las fábricas, y de la existencia de un flujo económico mínimamente seguro entre consumidores y productores; entre la ciudad y el campo. Así, al cundir el caos, tuvieron un interés creciente en cooperar con cualquier fuerza revolucionaria organizada que tratara de superar tal situación.

Como la Rusia prerrevolucionaria había pasado por un desarrollo industrial rápido y extensivo, hubo considerables concentraciones de fábricas y de obreros por toda la Rusia europea, incluso importantes concentraciones en las capitales de San Petersburgo (Petrogrado después de 1914) y Moscú y en otras ciudades administrativas o guarniciones, todas ellas unidas por redes ferroviarias y telegráficas.[15] Las industrias y los ferrocarriles de Rusia no habían avanzado lo bastante para permitir al antiguo régimen competir militarmente con la Alemania imperial, pero se habían desarrollado lo bastante para dar la ventaja, en una situación de guerra civil, a todo competidor que se adueñara del centro del país. Si un partido político basado en las ciudades podía movilizar a los obreros y emplear su apoyo para establecer organizaciones administrativas y militares, en lugar de aquellos que a través de las cuales había gobernado la autocracia zarista, entonces podía restaurarse cierta apariencia de gobierno nacional en la Rusia revolucionaria. Éste fue, desde luego, el logro de los bolcheviques.

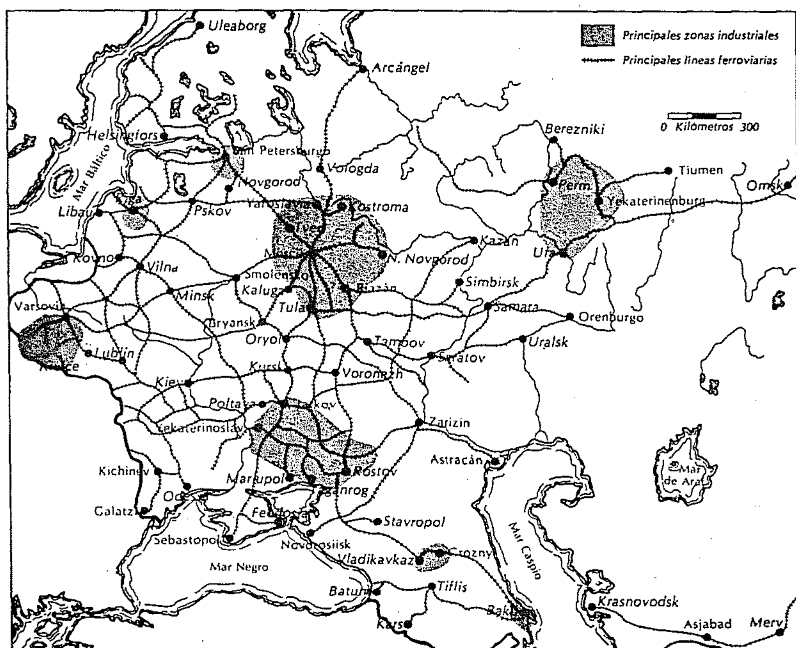
14 Véase Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943; reimpresión, Boston, Beacon Press, 1973, pp. 195 *ss*, y John Erickson, "The Origins of the Red Army", en *Revolutionary Russia*, ed. Richard Pipes, Nueva York, Doubleday [Anchor Books], 1969, pp. 292-295.

15 Véase la sección sobre Rusia en el Capítulo II para un estudio y referencias a la industrialización bajo el antiguo régimen. También aparece un análisis en Alec Nove, *An Economic History of the U.S.S.R.*, Baltimore, Penguin Books, 1972, cap. I.

La lucha de los bolcheviques por el gobierno

Entre el caos cada vez más profundo de Rusia durante la primavera y el verano de 1917, sólo el Partido Bolchevique, originalmente el más pequeño y extremoso de los partidos políticos, maniobró con éxito para crear una cada vez mayor eficacia táctica y para obtener un apoyo popular estratégicamente localizado. El Gobierno Provisional y los socialistas moderados habían mantenido la guerra en acción; habían contemporizado, aprobando expropiaciones de tierra por los campesinos, y habían luchado con objeto de evitar el desplome de la disciplina en el ejército y el control cada vez mayor de los obreros en la industria.

Mientras tanto, los bolcheviques permanecieron en abierta



M**apa** 4. *Ferrocarriles y principales zonas industriales de la Rusia europea, en 1917.* Fuente: Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire, 1801-1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1967, pp. 780-782.

oposición y, mediante constante propaganda crítica dirigida a los obreros, a la guarnición y a las tropas de línea, lograron superar la oleada de rebeliones populares espontáneas, pidiendo paz, pan, tierras, control de los obreros y "todo el poder a los *soviets*".[16] Estas tácticas llevaron un alud de nuevos miembros al partido bolchevique y llevaron a los bolcheviques a ganar mayorías elegidas en un *soviet* tras otro, desde mediados del verano hasta bien entrado el otoño.[17] Ante todo, los bolcheviques obtuvieron la ventaja sobre los partidos competidores en los poblados y unidades del ejército de las regiones que rodeaban a Petrogrado, incluso Moscú, los Urales y los estrechos septentrionales de las líneas militares del frente. En contraste, los mencheviques conservaron una fuerza relativa en las zonas periféricas del Cáucaso y de Georgia, mientras que los socialistas revolucionarios eran los más fuertes en las ciudades y poblados provinciales de las provincias más abiertamente agrícolas, y a lo largo de los frentes occidental y sudoccidental.[18] Más aún: aunque el Partido Bolchevique estuviera lejos de ser un monolito doctrinariamente unificado en 1917, sí conservaba mayor coherencia organizativa que los otros partidos socialistas, aun cuando se mantuviera en mayor contacto con los sentimientos populares en los centros urbanos.[19]

El partido exige la soberanía exclusiva

"Octubre" en la Revolución rusa no fue más que un momento, cuando el Gobierno Provisional, cuyo poder y autoridad habían sido completamente socavados por las revueltas populares, por fin fue derrocado oficialmente por el empuje bolchevique en

16 Anweiler, *Soviets*, cap. IV, y Uldricks, "Crowd in Russian Revolution", pp. 410-412.

17 T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the U.S.S.R., 1917-1967*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1968, pp. 57-68, y Anweiler, *Soviets*, pp. 176-192.

18 Anweiler, *Soviets*, pp. 176-192, y Oliver H. Radkey, *The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries, February to October 1917*, Nueva York, Columbia University Press, 1958.

19 Para unos relatos que subrayan tanto las tensiones internas de los bolcheviques como su notable capacidad para mantenerse en contacto con las orientaciones populares, véase Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Bloom-

Golpe de Estado

busca de la soberanía del Estado. Y este empuje se manifestó simplemente recogiendo las escasas piezas que quedaban del quebrantado potencial del Poder del Estado en Rusia. Los bolcheviques organizaron en la capital un golpe militar, realizado por la guarnición de Petrogrado bajo la autoridad del Comité Revolucionario Militar del *Soviet* de Petrogrado, y hecho en nombre de los *soviets* de todos los obreros, campesinos y soldados.[20] Por causa de la posición que ya habían alcanzado en los *soviets* del nordeste de Rusia, y como no había accesibles unidades leales militares de grupos dispuestos a oponerse al golpe, los bolcheviques no se enfrentaron a una inmediata oposición militar que no pudiesen superar en breves luchas.[21] Pero una cosa era exigir el poder del Estado y otra cosa mantenerlo y ejercerlo. Justificar sus pretensiones de soberanía requeriría años de trabajo a los bolcheviques en la constitución de organizaciones del Estado y aprovechó uno de los recursos disponibles de lealtad al Partido, apoyo popular urbano y restos de los expertos que quedaban del antiguo régimen, en un gobierno centralizado capaz de controlar y defender a la Rusia revolucionada.

Desde el comienzo, los bolcheviques se enfrentaron a la oposición política a sus intentos de gobernar por sí solos. Especialmente los otros partidos socialistas, pero también algunos *soviets* y uniones de obreros llamaron, en cambio, a un gobierno socialista de coalición por medio de los *soviets*. Más todavía: unas elecciones programadas mucho tiempo antes y basadas en el sufragio universal para la Asamblea Constituyente nacional se celebraron poco después del golpe bolchevique. Y cuando los delegados se reunieron en noviembre y diciembre, los bolcheviques resultaron sólo una gran minoría, muy atrás de los socialistas revolucionarios, que habían sido elegidos por masas de votantes campesinos. Aún había en los campos gran apoyo aparente a un gobierno liberal-demócrata que fuese elegido por la Asamblea Constituyente, pasando por encima de los *soviets* y anulando el golpe bolchevique.

De manera no muy sorprendente, aunque no antes de considerables luchas intrapartido, los bolcheviques fueron persuadidos

ington, Ind., Indiana University Press, 1968, y Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power.*

20 Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, caps. XI-XV ofrece un relato excelente.

21 Anweiler, *Soviets*, pp. 176-207.

por Lenin de no entregar los frutos de su golpe. El partido, que se presentaba como líder y representante del proletariado, decidió conservar y extender su dominio y consolidar y defender así la Revolución rusa. La Asamblea Constituyente fue desbandada con ayuda de pequeños destacamentos de Guardias Rojos, y toda una variedad de tácticas de manipulación y coacción fueron utilizadas para reducir y, por último, suprimir la influencia de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios en los *soviets*. Se nombró un nuevo gobierno, ostensiblemente basado en una pirámide de *soviets*, con elecciones desde abajo. Pero en la práctica, los asuntos de los *soviets* cada vez fueron más dominados por Comités Ejecutivos, que eran "elegidos" por la influencia o intervención del Partido, y que eran responsables de aplicar las decisiones administrativas que se originaban en los Comisarios de Consejos del Pueblo, dominados por el Partido, en el centro.[22]

En todo esto, desde luego, los bolcheviques tuvieron que proceder con gran cuidado y finura política, pero al principio su continua ascendencia sólo dependió de los recursos combinados de lealtad del Partido y de seguidores populares estratégicamente localizados. Así, mientras laboraban para debilitar a los partidos competidores, los bolcheviques tuvieron cuidado de no alienarse al apoyo popular. Inmediatamente después de subir al poder, sancionaron la confiscación campesina de las heredades de los terratenientes, anunciaron su intención de negociar un fin a la guerra, y decretaron la elección de oficiales por los hombres reclutados y la abolición de las distinciones de rango en los ejércitos.

Durante determinado tiempo, incluso aceptaron el principio de control de las fábricas industriales por los obreros.[23] Todos estos movimientos populares tuvieron la ventaja, desde el punto de vista bolchevique, de destruir los restos de las bases de propiedad de las clases dominantes del antiguo régimen. Estos movimientos también socavaron las restantes bases institucionales de los partidos competidores, como los sindicatos, en los que los mencheviques siguieron teniendo influencia durante cierto tiempo.

22 Véase Leonard Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, Londres, G. Bell and Sons, 1955, I y II, y Keep, *Russian Revolution*, partes IV y V.

23 Paul H. Avrich, "The Bolshevik Revolution and Workers' Control in Russian Industry", en *Slavic Review*, 22:1, marzo de 1963, pp. 47-63.

La victoria por la coacción centralizada

Así, durante un tiempo después del golpe de octubre, los bolcheviques siguieron sancionando las formas anarquistas de insurrección popular; sin embargo, la lógica de su pretensión al poder del Estado, dadas las circunstancias en que tuvieron que luchar para mantener y alentar tal pretensión, también los movió a comenzar inmediatamente a reconstruir las organizaciones administrativas y militares, y a aplicar una disciplina aún más centralizada dentro del Partido. En el verano de 1917, Lenin, en *El Estado y la Revolución*, esbozó una visión del régimen proletario, en que el ejército permanente y la burocracia serían abolidos y, en cambio, todo el pueblo gobernaría directamente mediante rotación de cargos y representantes elegidos y removibles. Pero en las condiciones a las que Rusia y los bolcheviques se enfrentaban en 1918, esta visión era imposible; en el mejor de los casos una utopía para el futuro lejano. Mientras se agudizaban las crisis social y económica, y los ejércitos se disolvían por completo, los comunistas se hallaron en situación aún peor de la que tuviera el régimen anterior, para administrar el país. Más aún: la amenaza militar alemana continuó en 1918. Para cuando se desvaneció, debido a la rendición negociada de Rusia en marzo de 1918, y la subsiguiente derrota de las Potencias Centrales en el Oeste, los regímenes contrarrevolucionarios basados en los ejércitos encabezados por ex oficiales zaristas habían surgido en Siberia y en el sur, y fuerzas expedicionarias occidentales se habían dispersado en torno a la periferia de la Rusia europea y asiática, iniciando intentos de intervención extranjera. Para enfrentarse a tan enormes dificultades, los bolcheviques rápidamente se dedicaron a la coacción organizada, la desnuda *ultima ratio* del poder del Estado. Y pronto aplicaron tal coacción, no sólo contra los contrarrevolucionarios exteriores e interiores, sino también —para restaurar el orden y la disciplina en la sociedad y el gobierno de Rusia— contra la masa de constituyentes de la propia Revolución.

La Cheka, o policía política, fue organizada inmediatamente después de la Revolución de Octubre como agencia administrativa especial y autónoma, encargada de combatir la subversión contrarrevolucionaria por cualquier medio considerado necesario o expeditivo. Las unidades armadas de la Cheka no estaban sometidas al control de las autoridades del *soviet*, o siquiera de los miembros del Partido, sino tan sólo a los dirigentes del Partido central. Como dijo un documento oficial, un tanto

brutalmente, "en su actividad, la Cheka es completamente independiente, y se encarga de búsquedas, arrestos, fusilamientos, y después rinde un informe a los Comisarios del Consejo del Pueblo y al Comité Ejecutivo central soviético.[24] Desde luego, la actividad más manifiesta de la Cheka fue la detención o ejecución sumaria de enemigos, auténticos o sospechosos, del Partido y de clase del régimen soviético. Pero también llegó a ser un medio importante para aplicar el control administrativo general y especialmente para poner en vigor las decisiones relacionadas con los intentos del nuevo Estado por administrar sus actividades económicas. Como ha dicho William H. Chamberlin:

> Ningún gobierno habría podido sobrevivir en Rusia en aquellos años sin recurrir al terrorismo [...] La moral nacional había sido totalmente quebrantada por la Guerra Mundial. Nadie, si no era bajo la más extrema compulsión, estaba dispuesto a cumplir con las obligaciones del Estado. El antiguo orden simplemente se había desvanecido; un nuevo orden, con nuevos hábitos y normas de conducta no se había formado aún; muy a menudo, la única forma en que un representante del gobierno, fuese comisario bolchevique u oficial blanco, podía hacer que se obedecieran sus órdenes, era blandiendo un revólver.[25]

Así, si el Ejército Rojo o los centros urbanos necesitaban abastecimientos, las unidades de la Cheka los arrancaban a los campesinos de las aldeas; o bien, si las autoridades urbanas deseaban poner en vigor sus planes de racionamiento, la Cheka podía arrestar y fusilar a los "especuladores" y confiscar sus bienes; o bien si unos obreros del transporte o de la administración estratégicamente situados mostraban señales de no querer cooperar con el Régimen Rojo, la Cheka podía detener o ejecutar a ciertos casos "ejemplares".

En todos estos procedimientos, si la Cheka no estaba disponible, o si se necesitaba más fuerza, los Comités de obreros organizados por el Partido, así como las unidades del Ejército Rojo podían aplicar, en cambio, las sanciones coactivas. Las continuadas dependencias respecto de la acción colectiva popular, aun cuando cada vez más estimulada y dirigida desde arriba, mostraba el deseo de los comunistas de canalizar el entusiasmo popular y su participación, siempre que se pudiese confiar en ella para consolidar el orden nuevo. Como los obreros industria-

[24] Citado en Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2. p. 79.
[25] *Ibid.*, p. 81.

les eran los partidarios que estaban más disponibles y organizados de los comunistas, habitualmente fueron ellos los que participaron.

Cuando los bolcheviques se lanzaron a los campos en busca de abastos, también se hicieron esfuerzos por organizar a los campesinos pobres contra los ricos, en apoyo del nuevo régimen basado en las ciudades.[26] Sin embargo, los campesinos, autosuficientes y relativamente unidos en sus comunidades, en general no pudieron ser integrados al nuevo régimen sobre una base voluntaria. Sin embargo, los campesinos constituían la gran mayoría de los ciudadanos soviéticos, y sus productos económicos eran básicos para la supervivencia de la Rusia urbana. Así, los bolcheviques no pudieron dejarlos en paz con sus recién aumentadas tierras, como claramente lo deseaban los campesinos. Antes bien, hubo que encontrar maneras, involuntarias de ser necesario, para hacer participar a los campesinos en el nuevo régimen.

Una de las formas más tempranas en que inevitablemente se presentó el dilema campesino fue el desarrollo de un Ejército Rojo para luchar en la guerra civil.

A diferencia de los ejércitos de la Francia revolucionaria en 1793, el Ejército Rojo ruso tuvo que ser creado de la nada, entre una población agotada por la guerra y que ya no respondía a los llamados nacionalistas.[27] Durante el verano y el otoño de 1917, las unidades regulares de los antiguos ejércitos imperiales, especialmente las más afectadas por la propaganda bolchevique, se disolvieron rápidamente. Los llamados "nacionalistas" a defender a la patria contra los alemanes servían de poco, después de años de derrotas y sufrimientos en la primera Guerra Mundial.

En agudo contraste con los dirigentes revolucionarios franceses, los bolcheviques se vieron obligados a prescindir de la movilización popular nacionalista y aceptar mutilaciones al territorio del antiguo territorio ruso.[28] Los imperativos de consolidar una

26 Lazar Volin, *A Century of Russian Agriculture*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, pp. 143-150.

27 Este contraste entre Francia y Rusia es subrayado por Chorley, *Armies and Revolution*, cap. XI.

28 La ideología marxista-bolchevique ayudó a hacer posible estos sacrificios para los constructores del Estado en 1918-1921, porque subrayaba el universalismo proletario, no la afirmación nacional de Rusia, como meta última de la Revolución. En otras palabras, había una "afinidad electiva" entre la situación objetiva y la ideología del Partido que alcanzó el poder y logró consolidarlo.

Revolución nacida de la derrota en la primera Guerra Mundial obligó a los líderes del Estado ruso (durante 1917-1921 y en realidad, hasta después de la segunda Guerra Mundial) a adoptar una posición defensiva, de retirada, y casi enteramente no expansionista.[29]

Al principio, hasta mediados de 1918, la Revolución rusa fue defendida contra los nacientes ejércitos contrarrevolucionarios exclusivamente por los guardias armados obreros, por ocasionales unidades leales militares, y por dispersas bandas de campesinos ansiosos de proteger sus hogares y sus nuevas tierras.[30] A los dirigentes máximos del Partido Comunista, situados en los centros urbanos de la Rusia europea, semejante defensa espontánea y desunida les parecía insignificante. A menos que se invirtieran las corrientes descentralizadoras, un triunfo contrarrevolucionario o bien la disolución en la anarquía y de los nacionalismos en competencia, parecían (y probablemente lo habrían sido) los únicos resultados posibles de la inminente guerra civil. Pero, como ha indicado John Ellis,

> como los bolcheviques ya se habían apoderado del Estado y asumido muchas de las funciones administrativas del gobierno, fueron incapaces de retirarse a las *hinterlands* [a las tierras interiores] antes de las ofensivas de los Blancos, sin destruir por completo su credibilidad. Habiendo subido al poder, se vieron obligados a tratar de conservarlo. Y para hacer esto, tuvieron que crear grandes ejércitos en el plazo más breve posible. Y tales grandes ejércitos necesariamente habían de estar integrados por campesinos.[31]

Con León Trotsky, nombrado comisario militar, apoyado por Lenin y por el Comité Central del Partido, se creó un Ejército Rojo centralizado, profesional y disciplinado.[32] Se decretó la conscripción militar obligatoria y, aunque se hizo un cauteloso comienzo entre los obreros leales, pronto los reclutadores

29 La única excepción notable fue el fallido intento del Ejército Rojo por tomar a Varsovia, en el verano de 1920. Véase Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2, pp. 297-316.

30 Erickson, "Origins of Red Army", en *Revolutionary Russia*, ed. Pipes, pp. 301 *ss.*

31 John Ellis, *Armies in Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, p. 174.

32 Para antecedentes generales, véase Erickson, "Origins of Red Army", en *Revolutionary Russia*, ed. Pipes, Ellis, *Armies*, cap. VII; Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2, cap. XXI, y David Footman, *Civil War in Russia*, Nueva York, Praeger, 1962, cap. III.

tuvieron que dirigirse a los campesinos, profundamente cansados de la guerra. A la postre, los campesinos llegaron a constituir más de cuatro quintas partes del Ejército Rojo, que llegó a tener más de cinco millones de hombres en 1921.[33] Para que estos reclutas, en su mayoría analfabetos muy renuentes pudieran transformarse rápidamente en cierta aproximación a una auténtica fuerza de lucha, hubo que resucitar las tradicionales prerrogativas disciplinarias de los oficiales, incluyendo entre éstas su derecho de ordenar a los soldados que mataran a otros soldados.

Un Ministerio de la Guerra, formado en sus cuadros dirigentes por especialistas heredados del antiguo régimem, recibió el mando en todas las operaciones de los campos de batalla. Y a cuantos oficiales ex zaristas como fue posible, se les indujo o se les obligó a unirse al Ejército Rojo, y se les invistió de autoridad en puestos clave, siempre y cuando éstos fueran compatibles con su (presumiblemente) posición política central y con sus aptitudes técnicas.[34] Así, en el lapso de un año, los bolcheviques echaron marcha atrás en muchas de las medidas que antes habían alentado para socavar al Gobierno Provisional, y volvieron a abrazar los principios profesionales y burocráticos de la organización militar.

A esto añadió Trotsky un sistema de controles centralizados de Partido, lo cual resultó inevitable, por la necesidad de asegurar la amalgama venturosa entre los reclutas campesinos renuentes, los oficiales zaristas políticamente sospechosos y las unidades revolucionarias irregulares, todo ello en una organización militar centralizada y eficaz. Se nombraron comisarios políticos para vigilar y asegurar la lealtad de los oficiales "especialistas" y se diseminaron unidades de combatientes de comunistas leales (miembros del Partido y trabajadores) entre las unidades formadas por campesinos, para igualar la eficacia de combate de todo el ejército.

33 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2, p. 29.

34 "Durante la Guerra Civil, entre 50 mil y 100 mil oficiales del antiguo ejército fueron enrolados en el nuevo Ejército Rojo [...] y, dato quizás no de menor importancia, poco más de 10 mil servidores civiles del Ministerio de Guerra fueron absorbidos, así como la mayor parte del cuartel general y las academias militares del antiguo ejército". Raymond L. Garthoff, "The Military as a Social Force", en *The Transformation of Russian Society*, ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, página 329.

Fue igualmente importante que todos los comunistas en el ejército estuvieran directamente sujetos a la disciplina y a la disposición de la administración política, establecida para eliminar las iniciativas políticas espontáneas y no coordinadas de las células del Partido o de los comisarios.

> De esta manera, se desarrolló una maquinaria plenamente centralizada para toda la actividad política dentro del ejército [...], a su vez dirigida por [...] el Comité Central [del Partido Comunista], que a su vez controlaba, mediante la subordinación, los departamentos políticos de las divisiones, tanto a los comisarios, como toda la actividad política en el seno de las unidades.[35]

Entre 1918 y 1921, el Ejército Rojo cumplió con dos tareas básicas para el régimen comunista. Primera y decisiva, derrotó a las amenazas militares contrarrevolucionarias. Los Rojos luchaban casi siempre de acuerdo con los principios militares tradicionales de la época, y disfrutaron de las ventajas estratégicas de tener líneas interiores y accesos a las ciudades y a los ferrocarriles de la Rusia europea. Además, contaron con el beneficio de la preferencia popular por los Blancos; incluso la preferencia marginal de la mayoría de los campesinos, sin la cual la Revolución rusa sin duda no se habría consolidado durante la guerra civil, pues por mucho que los campesinos se resintieran contra los intentos de los Rojos y de los Blancos por envolverlos a ellos y a sus riquezas en la guerra civil, temían, especialmente en las zonas centrales de Rusia, que las victorias de los Blancos entrañaran el regreso de los terratenientes a los que ellos habían expropiado.[36]

En cuanto a la segunda tarea realizada por el Ejército Rojo, al derrotar en sucesión a los ejércitos de los Blancos, el Ejército

35 Schapiro, *Origin of Communist Autocracy*, p. 243.

36 Sobre los bolcheviques en la Guerra Civil, véase Footman, *Civil War*, y Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2. Chamberlin arguye (y presenta pruebas) que aun cuando los campesinos en la mayor parte de las regiones de Rusia se oponían tanto a los Rojos como a los Blancos; sin embargo, a menudo se resintieron más contra los Blancos, porque éstos trataban de restaurar las posesiones y el poder de los terratenientes en las zonas que ocupaban. La única excepción fue en las regiones donde el señorialismo no era problema para los ricos pequeños granjeros, como en Siberia. Otra condición importante de la victoria de los Rojos fue que las Potencias Occidentales, agotadas por la misma guerra mundial que había desatado la Revolución rusa, no emprendieron intervenciones serias y sostenidas en favor de los Blancos. Pero desde luego, Rusia es tan enorme que habrían sido necesarios unos esfuerzos enormes en este sentido.

Rojo creó una base segura para el continuado gobierno sumamente centralizado del Partido Comunista bolchevique. Masas de reclutas fueron incorporadas a su estructura profesional y dominada por el Partido. Y las unidades militares irregulares —como los Guardias Rojos proletarios y las guerrillas campesinas— que habían brotado durante las fases anárquicas de la Revolución, fueron desplazadas y absorbidas por el Ejército Rojo. A la postre, las unidades guerrilleras que no pudieron ser absorbidas, como los campesinos de Makhno, en Ucrania, fueron derrotadas y destruidas.[37]

Los controles del Estado sobre la economía

Los años de guerra civil también presenciaron el establecimiento de una administración civil burocrática y supervisada por el Partido, y la centralización y extrema extensión de los controles del Estado sobre la economía rusa. El desarrollo de la administración del Estado civil fue análoga a la del cuerpo de oficiales del Ejército Rojo. Por sus escasas habilidades técnicas, muchos funcionarios del antiguo régimen y miembros de su personal fueron retenidos o sustituidos, nominalmente, bajo la supervisión de los *soviets*, pero en realidad fueron sometidos al control de cuadros (proporcionalmente pocos) del partido dispersados entre ellos.[38]

Este aparato del Estado, rápidamente regenerado, tuvo que encargarse de más deberes que nunca, especialmente el control y la supervisión económica. Diversas circunstancias —incluso los efectos de las revueltas de obreros y campesinos contra los propietarios privados, la necesidad apremiante de abastecer a los ejércitos y las ciudades en medio del desplome económico y la guerra civil, y las visiones quiméricas de una sociedad comunista que alentaban algunos cuadros bolcheviques—, todo se combinó para producir, entre 1918 y 1921, un sistema conocido como el "Comunismo de Guerra": "En que el Estado asumía el papel de único productor y único distribuidor; en que el trabajo bajo la dirección y regimentación del Estado era obligatorio;

[37] Sobre la supresión del movimiento de Makhno, véase Ellis, *Armies*, páginas 184-187, y Footman, *Civil War*, cap. VI.

[38] Merle Fainsod, "Bureaucracy and Modernization: The Russian and Soviet Case", en *Bureaucracy and Political Development*, ed. Joseph La Palombara, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1963, pp. 249-253.

en que los pagos se hacían en especie; en que habían desaparecido, en gran medida, tanto la necesidad como el uso del dinero."[39]

Al surgir este sistema, el control de los obreros sobre la industria fue una baja inmediata.[40] Los dirigentes bolcheviques notaron que los controles sindicalistas de la producción sólo fomentaban el caos económico. Así pues, a los pocos meses de iniciarse la Revolución de Octubre, procedieron a nacionalizar muchas industrias claves y a transferir el control de ellas a órganos administrativos centrales que trabajaban en cooperación con los sindicatos.

Una vez que fueron purgados de toda influencia menchevique y ocupados por miembros seguros del Partido Comunista, los sindicatos se emplearon en desplazar a los Comités o *soviets* de obreros que inicialmente se habían apoderado de las fábricas arrebatándolas a sus propietarios y administradores burgueses. A su vez, los sindicatos cedieron los derechos de administración a los directores (a menudo administradores "burgueses") nombrados por la Administración soviética. Respecto a las fábricas más grandes, el sistema resultó permanente, y sus rasgos básicos se sostuvieron hasta después de 1921, cuando otros rasgos del comunismo de guerra se suspendieron temporalmente.

En cuanto al intento inmediato de los comunistas de abolir por completo los mecanismos de mercado y de dirigir todos los aspectos de la producción y de la distribución, no pudieron superar los últimos años de la desesperada guerra civil. Aplicadas mediante el terror, medidas como la confiscación de excedentes de los campesinos, el racionamiento de todos los bienes de consumo y los últimos intentos por militarizar la disciplina del trabajo, pudieron ayudar y de hecho ayudaron a las victorias de los ejércitos rojos. Esto fue cierto en la época en que, por muy irritada que pudiera estar, la mayoría de la gente fue incapaz de dar su apoyo a los ejércitos Blancos, que eran igualmente brutales y, para colmo, contrarrevolucionarios. Pero, durante el comunismo de guerra, la economía roja se desplomó y se contrajo aún más rápidamente que durante la primera Guerra Mundial.[41] En cuanto fueron vencidos los Blancos, el

39 Chamberlin, *Russian Revolution*, vol. 2, p. 105.

40 Véase Avrich, "Revolution and Workers Control", y Jeremy R. Azrael, *Managerial Power and Soviet Politics*, Cambridge, Harvard University Press, 1966, cap. III.

41 Nove, *Economic History*, cap. III.

recién consolidado régimen soviético pronto consideró necesario y conveniente abandonar el intento de aplicar los controles totales del Estado sobre la economía. En 1921, el régimen se enfrentó a la vez a los obreros, desesperados por mejorar sus salarios de hambre y sus largas horas de trabajo obligatorio, y con las cada vez mayores revueltas campesinas, originadas por las requisiciones de granos.[42] Por consiguiente, mientras trataban de conservar su monopolio político y de reforzar la disciplina interna del Partido, los líderes comunistas se retiraron a una "nueva política económica", en que las fuerzas del mercado en la agricultura campesina, así como las iniciativas privadas en las industrias medianas y pequeñas, y el comercio al menudeo, recibieron autorización para volver. Al terminar las guerras y los conflictos civiles, estas medidas políticas facilitaron en 1925 la recuperación de la economía y de la población de Rusia, para volver a los niveles aproximados anteriores a la primera Guerra Mundial. Sin embargo, durante la recuperación, las industrias en grande escala y el comercio exterior permanecieron bajo el control central del Partido-Estado, dejando así a los comunistas (a diferencia de los jacobinos franceses después de 1793) con una sólida base organizativa e intereses en la economía.[43]

Para todos fines prácticos, esta base organizativa del poder del Partido-Estado en la industria fue todo lo que para 1921 quedó de la base proletaria de los bolcheviques. En las elocuentes palabras de Gerard Chaliand: "La 'Revolución proletaria' había triunfado, pero la propia clase obrera virtualmente se había disuelto".[44] Desde luego, originalmente el programa político de los bolcheviques había atraído el apoyo espontáneo de los obreros revolucionarios organizados por sí mismos. Pero la guerra civil, o bien disipó, o bien agotó a los partidarios proletarios originales de los bolcheviques: algunos habían abandonado las ciudades, agobiados por el hambre, hacia las zonas rurales; otros habían muerto en la defensa armada de la revolución; otros más (como muchos *sans-culottes* en Francia durante 1793) habían experimentado la movilidad hacia arriba,

42 La situación ha sido descrita de manera conmovedora en Paul Avrich, *Kronstadt, 1921*, Nueva York, Norton, 1974, cap. I, "The Crisis of War Communism". Véase, también, Seth Singleton, "The Tambov Revolt (1920-1921)", en *Slavic Review*, 25:3, septiembre de 1966, pp. 497-512.

43 Nove, *Economic History*, cap. IV.

44 Gerard Chaliand, *Revolution in the Third World: Myths and prospects*, trad. Diana Johnstone, Nueva York, Viking Press, 1977, p. 150.

alejándose de los empleos industriales para ocupar posiciones oficiales en el triunfante Partido-Estado. Nuevos trabajadores, en su mayoría de origen campesino, llegaron a ocupar los lugares de los proletarios de 1917, pero no podían constituir una base políticamente experimentada y consciente —o un contrapeso democrático— al liderazgo del Partido-Estado, cada vez más monolítico y burocratizado. A partir del año 1921, la forma del revolucionario nuevo régimen dependió de la manera en que ejercía y desplegaba ese liderazgo del poder del Estado en la sociedad rusa.

La estalinista "revolución desde arriba"

La "Nueva Política Económica" (NPE) que prevaleció después de terminada la guerra civil, no resultó una posición estable de la Revolución rusa. Hacia fines del decenio de 1920-1929, el sistema de la NPE cedió ante una sociedad totalmente colectiva y burocráticamente administrada, bajo la dirección de un dictatorial Partido-Estado, dedicado a la rápida industrialización pesada.

Llegados a este punto, es importante comprender por qué fue ésta la culminación de una Revolución hecha originalmente por gente animada de esperanzas libertarias y socialistas. Hemos de considerar primero las contradicciones inherentes a la NPE y después las condiciones situacionales heredadas del antiguo régimen, y las pretensiones políticas que quedaron después del peligro de la guerra civil. Todos estos factores nos ayudarán a explicar por qué el Partido Comunista, bajo la dirección de Stalin, se dedicó a la colectivización forzosa de la agricultura y a un programa enorme de industrialización pesada.

A comienzos de los años veinte, el híbrido sistema de NPE funcionó bastante bien: la economía se recuperó y la población creció. Pero en 1926, nuevas dificultades demostraron que había que hacer ciertos cambios básicos. Los más graves fueron planteados por las relaciones del nuevo régimen soviético con el campesinado, tanto en lo económico como en lo político.

La contradicción campesina

En 1926, la industria rusa se había recuperado en gran parte dentro del marco de las inversiones de capital de la primera

Guerra Mundial. Empero, sin ciertas infusiones extraordinarias de capital y mano de obra, no produciría ni suficientes bienes de consumo para abastecer a las masas de productores campesinos, ni suficientes bienes de capital para permitir la rápida expansión de la capacidad industrial.[45] Los campesinos, a su vez, no iban a extender la producción agrícola, y ni siquiera a entregar los excedentes que existían ya para alimentar a las ciudades y abastecer a las industrias, a menos que pudiesen comprar artículos fabricados a precios razonables, con ingresos derivados de las ventas de grano y material. Por causa de la particular estructura socioeconómica agraria que existía en la Rusia de la NPE, los campesinos tenían la capacidad conjunta, para decirlo así, de hacer o deshacer la economía nacional. Inmediatamente después de la Revolución campesina de 1917, las más grandes heredades de nobles y campesinos ricos, que habían producido una cantidad desproporcionadamente grande de las cosechas puestas en el mercado antes de 1914 habían desaparecido; en cambio, casi sólo quedaban pequeños productores, incluyendo una gran proporción, que operaba casi en el nivel de subsistencia.

Estos pequeños productores, cuyo número fue aumentando durante los años veinte, podía, y así lo deseaba, no mandar sus granos al mercado. O bien podían almacenarlos, en espera de precios más altos, o bien emplearlos para alimentar a los miembros de su familia o sus ganados.[46]

Hemos de subrayar el contraste entre este resultado agrario de la Revolución campesina rusa y la situación resultante de las revueltas campesinas antiseñoriales en Francia.[47] Desde antes de la Revolución francesa, Francia estaba sumamente comercializada para ser un país agrícola preindustrial, especialmente en lo que se refiere al grado relativamente alto de participación de muchos campesinos en las relaciones de mercado con las aldeas locales.[48] Cierto es que la solidaridad sociopolítica de las comunidades campesinas de aldea era suficiente para fomentar la resistencia colectiva (y en 1789, las revueltas) contra los

45 Nove, *Economic History*, cap. p. IV, esp. pp. 94, 117-118.

46 *Ibid.*, cap. IV, y Volin, *Century*, pp. 182-188.

47 Este párrafo se remite a los argumentos y a las referencias de la sección sobre Francia, en el capítulo III de esta obra.

48 Para una perspectiva comparada, véase Gilbert Rozman, *Urban Networks in Russia, 1750-1800, and Premodern Periodization*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1976, cap. V.

señores y contra otros del exterior que se atribuían derechos a partes de los excedentes del campesino. Sin embargo, las formas comunales no superaron ni comprometieron el individualismo y la orientación esenciales hacia la propiedad privada de los propietarios campesinos franceses. Así, la Revolución campesina francesa abolió los derechos señoriales pero no expropió ni redistribuyó la mayor parte de las tierras privadas, ni las de terratenientes no campesinos, ni las de los campesinos ricos. Y aun cuando sobrevivieron muchas limitaciones comunales al uso individual de la tierra, la Revolución las debilitó, fomentando corrientes a largo plazo hacia la agricultura individualista. La economía agraria de la Francia posrevolucionaria mostró una mezcla de propietarios individuales medianos, pequeños y pequeñísimos; y los productores agrícolas en general no estuvieron menos orientados, sino quizá más, que durante el antiguo régimen, hacia la participación regular en el mercado. Como consecuencia importante, en la secuela de la Revolución, la economía comercial-industrial francesa pudo seguir creciendo continua, aunque sólo gradualmente, sin una activa dirección del Estado y especialmente sin una activa intervención del Estado en la agricultura.

Pero, en la Rusia soviética de los años veinte, la situación era muy distinta. La Revolución campesina rusa, a diferencia de la francesa, había expropiado y redistribuido tierras privadas. Había tendido a igualar las propiedades campesinas a un nivel generalmente empobrecido y había fortalecido los controles comunales hostiles al empresario individual.[49] Como resultado de esto, los productores agrícolas rusos, en general, estaban menos orientados hacia el mercado que antes de 1917. Y la mucho mayor preponderancia de los pequeños terratenientes dentro de la economía nacional planteó una amenaza a la viabilidad de todo sistema económico nacional guiado por el mercado (no se diga, ya, de todo plan de industrialización dirigida por el Estado).

Dada la estructura socioeconómica agraria que resultó de la Revolución campesina rusa, la NPE estuvo destinada a enfrentarse a contradicciones económicas después de que inicialmente promovió la recuperación, a partir de la extrema contracción de la producción en tiempos del comunismo de guerra. El proble-

49 Véase Keep, *Russian Revolution*, caps. XXIX-XXX, y D. J. Male, *Russian Peasant Organization Before Collectivization*, Cambridge, Cambridge, University Press, 1971.

ma esencial era sencillo: sin incentivos económicos sumamente favorables; por ejemplo, bienes de consumo abundantes y baratos, más allá de la capacidad productiva de la industria soviética, y precios muy altos para el producto agrícola, que las autoridades soviéticas no se inclinaban a permitir (dados sus intereses creados en manipular las condiciones del comercio en favor de las industrias controladas por el Estado), los campesinos rusos tenían todas la razones para participar cada vez menos en la economía nacional. En realidad, los mercados de granos siguieron siendo proporcionalmente más bajos durante todos los años veinte que antes de 1914. Y en 1927, los campesinos estaban vendiendo tan poco grano que llegaron a causar una situación crítica.[50]

El régimen soviético tampoco se hallaba en posición de aplicar medios político-organizativos para *persuadir* a los campesinos a entregar sus excedentes, y muchos menos a adoptar nuevas prácticas de producción; pues el Partido, los *soviets* y la administración del Estado, sólo tenían las bases más superficiales dentro de las comunidades campesinas rurales, y muy escasa influencia.[51] Como los bolcheviques habían llegado al poder por medio de insurrecciones urbanas y de la guerra tradicional, en el proceso no habían penetrado en las aldeas, ni habían logrado establecer en ellas dirigentes políticos que a la vez tuviesen influencia entre los campesinos y fuesen leales al Partido y al régimen soviético. Además, al depender de mecanismos de mercado para facilitar la recuperación de la producción agrícola a comienzos de los años veinte, tan sólo fomentó el surgimiento de dirigentes campesinos locales relativamente ricos que, naturalmente, eran hostiles a toda política que tendiera a la movilización política en la agricultura. Así, en el momento en que se agudizó la crisis de las relaciones del campesinado con la economía nacional, el régimen soviético careció de medios políticos locales de confianza para alcanzar, reorganizar

50 Nove, *Economic History*, pp. 105-113, y 148-151, y Volin, *Century*, páginas 182-188.

51 Las fuentes de este párrafo son Male, *Peasant Organization*, cap. III; Teodor Shanin, *The Awkward Class*, Nueva York, Oxford University Press, 1972, caps. IX-X; Moshe Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power*, trad. Irene Nove, Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1968, parte I, y especialmente Thomas P. Bernstein, "Leadership and Mobilization in the Collectivization of Agriculture in China and Russia: A Comparison", Ph. D. Dissertation, Department of Political Science, Columbia University, 1970, Ann Arbor, Mich., University Microfilms, caps. III-V.

y reorientar a los campesinos. Los cuadros del *soviet* y/o partido local que había en las zonas rurales eran relativamente escasos. Y, o bien no eran confiables en lo político, desde el punto de vista del régimen (es decir, porque eran campesinos ricos, orientados hacia el mercado), o porque no ejercían influencia política entre sus vecinos (por ejemplo, porque eran agricultores pobres y jóvenes "elegidos" o nombrados para ocupar cargos locales por orden de la Administración superior).

Empero, si el régimen había de recurrir nuevamente a los métodos de procuración burdos y coactivos del comunismo de guerra, dejando sin embargo a los pequeños campesinos y a las aldeas controlar la producción agrícola, los campesinos sólo pudieron responder sembrando menos y almacenando más. Esto fue lo que empezó a ocurrir después de 1927, cuando las deficientes entregas de granos y su mercado por los campesinos indujeron al régimen a aplicar la fuerza administrativa y eso, a su vez, contribuyó a que fueran peores las cosechas en 1928-1929.[52] Así, el sistema de NPE —basado como estaba en la difícil coexistencia de campesinado pequeño, comunalmente autónomo y tendiente a la agricultura de subsistencia, con un Partido-Estado preocupado por las fuerzas del mercado, ansioso de extender las industrias dirigidas por el Estado y carente de toda firme base política en los campos—, evolucionó hacia una crisis cada vez más profunda, en que la ciudad y el campo se encontraron cada vez más en pugna.

El compromiso con la rápida industrialización y la colectivización forzosa

Hubo que tomar decisiones políticas radicales, y dentro del partido comunista se suscitaron enconadas pugnas sobre cómo proceder.[53] Contra la que llegó a ser conocida como la "derecha", Nikolai Bujarin y sus aliados propusieron una aumentada

[52] Volin, *Century*, pp. 196-202; Lewin, *Russian Peasants*, parte II, y E. H. Carr, "Revolution From Above: The Road To Collectivization", en *The October Revolution: Before and After*, Nueva York, Vintage Books, 1971, pp. 95-109.

[53] Véase Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed*, Nueva York, Vintage Books, 1959; Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Nueva York, Knopf, 1973, caps. VI-IX, y Alexander Erlich, *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1928*, Cambridge, Harvard University Press, 1967.

producción de los artículos de consumo manufacturados a precios más bajos, para inducir al campesinado a cultivar y vender más productos agrícolas, a cambio. Por otra parte, adoptando políticas originalmente propuestas por la derrotada "izquierda" trotskista, Josef Stalin gradualmente fue avanzado hacia otro enfoque. Éste entrañó, a la postre, enormes y sostenidas inversiones en la industria pesada, aunadas a la imposición administrativa de la colectivización de la agricultura, para obligar al campesinado a cultivar y entregar granos y liberar mano de obra para la súbita expansión urbano-industrial. El enfoque de Stalin fue el que prevaleció, en gran parte por el simple impulso de los acontecimientos, una vez que el Partido-Estado y los campesinos empezaron a chocar por las entregas de grano. Sin embargo, también fue cierto que hasta el punto en que se plantearon alternativas políticas claras, que fueron debatidas a mediados y finales de los años veinte, el nuevo enfoque de Stalin llegó a ser considerado por gran parte de los directivos soviéticos como preferible a la estrategia de Bujarin. Esto fue así básicamente porque las medidas de Stalin (cuyas implicaciones últimas nunca fueron previstas al principio) parecían el mejor camino para llevar la capacidad del Partido a resolver el dilema económico de Rusia.[54] El enfoque de Stalin parecía más prometedor por dos conjuntos de razones.

En primer lugar, era un enfoque destinado a levantar *prontamente* a Rusia por sí sola a un nivel superior de desarrollo económico y militar. Esto pareció de obvia importancia, no sólo porque se supuso que el socialismo sería alcanzable sólo por una sociedad industrializada, sino porque a mediados de los años veinte los bolcheviques habían cobrado aguda conciencia de que las revoluciones socialistas no ocurrirían inmediatamente en la Europa occidental. Su revolución socialista tendría que sobrevivir, si acaso, "en un país", y de allí se seguía que el desarrollo económico tendría que proceder sobre una base nacionalmente autónoma. Además, la Rusia soviética se hallaba geopolíticamente situada, como lo estuviera la Rusia zarista, dentro de su eterna tendencia a la guerra recurrente. Ningún liderazgo ruso podía dejar de incluir la preparación militar en todo plan de desarrollo económico nacional. Y a este respecto, la estrategia de Stalin de promover la rápida expansión de las

[54] Cohen, en *Bukharin*, caps. VIII-IX, hace considerable hincapié en la conversión paso tras paso de muchos dirigentes del Partido a la política de Stalin.

industrias pesadas, naturalmente pareció más conveniente que el enfoque de Bujarin; pues el enfoque de Bujarin, de haber podido proceder, necesariamente habría condenado al país a un desarrollo económico muy gradual. El Partido y la administración del Estado habrían sido llamados a cruzarse de brazos y dejar que las fuerzas del mercado, la demanda del consumidor y la expansión de las industrias ligeras, dictaran gran parte de la dirección y del ritmo del desarrollo económico nacional.[55]

Stalin, en contraste, en sus discursos llenos de metáforas marciales, pidió una reversión al *activismo*, del estilo de la guerra civil, por el Partido-Estado bolchevique. Esto nos lleva al segundo conjunto de razones del gran atractivo de su estrategia (que incluía la última ofensiva contra el campesinado) para la *élite* política existente. El Partido y las organizaciones del Estado, originalmente construidos durante la guerra civil y dirigidos básicamente por hombres cuyas experiencias revolucionarias más vívidas y mejores habían surgido durante tal periodo de intensa lucha, eran bastante apropiados y se inclinaban naturalmente hacia la actitud activista propuesta por Stalin. El movilizar equipos de trabajadores, y el Partido basado en las ciudades para salir a los campos, hostiles políticamente a apoderarse de granos de las comunidades urbanas y reorganizarlas, era exactamente el tipo de actividad que había sido llevado al triunfo por los mismos hombres en el reciente pasado heroico. Además, no sólo era cuestión de recuerdos y predisposiciones personales, pues (como ya hemos visto) el propio Partido-Estado se hallaba estructurado de tal manera que hacía necesario que todo intento político de importancia por influir en el campesinado tomara la forma de medidas impuestas a las aldeas desde el exterior, y no de reorganizaciones que fueran promovidas desde el interior.

Dados los medios político-organizativos disponibles, la verdadera elección de que se disponía en la crisis del NPE probablemente *era* entre los extremos de dejar en paz al campesinado o "atacarlo". Cuando llegó la colectivización, entre 1929 y 1935, precisamente tomó la forma de un ataque al asombrado y resistente campesinado, por fuerzas de trabajo controladas por el Partido, de obreros y administradores urbanos.[56] No es de sorprender

55 El enfoque de Bujarin también habría requerido casi ciertamente abrir la economía rusa a considerables inversiones extranjeras, aun cuando desde los años treinta esto no se habría logrado aunque se hubiera intentado.

56 Véase Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, 2ª ed. corregida y aumentada, Nueva York, Vintage Books, 1971, pp. 460-

que muchos de los cuadros soviéticos tuvieran la predisposición a responder al llamado de Stalin, a retornar a los recursos del estilo de la guerra civil, para enfrentarse activamente (en lugar de "retirarse" pasivamente) ante otras crisis más, para la Revolución dirigida por el Partido.

Sin embargo, obviamente, esta vez la tarea no consistía en ganar una guerra civil, sino de impulsar el desarrollo económico nacional. La estrategia estalinista, aunque estuviese en armonía con las experiencias y capacidades organizativas revolucionarias de los bolcheviques, sólo pudo funcionar bien porque el Partido-Estado construyó sobre condiciones económicas que continuaban desde la época prerrevolucionaria. Era el programa de Stalin, que a la postre triunfó, de gran industrialización pesada.[57] Obviamente, se benefició al ser capaz de elevarse sobre una base considerable de la industria pesada ya existente (que, desde luego, también era un fundamento básico de la organización del poder del Partido). La estrategia de Bujarin habría sido más prometedora, si la Rusia soviética hubiese heredado bien desarrolladas industrias de consumo y un sector rural lo bastante próspero y comercialmente orientado para imprimir una fuerte demanda a la industria ligera. El hecho de que ninguna de estas condiciones existiera parece indicar que el enfoque de Bujarin en esencia no era viable.[58] El enfoque de Stalin significó, en esencia, que así como el Partido-Estado fomentara un mayor desarrollo económico ruso, se concentrarían todos los esfuerzos en expandir las industrias pesadas controladas por el Estado. La importancia de la colectivización agrícola era brutalmente sencilla: la "procuración (por el Estado) de productos *a costo mínimo*",[59] sin que importara el precio en vidas de campesinos y bienestar o eficiencia de la producción agrícola. Investigaciones recientes parecen indicar que la colectivización no habría permitido auténticos aumentos de los excedentes apropiados de la agricultura rusa en general.[60] Pero ciertamente

461; Bernstein, "Collectivization of Agriculture", caps. V-VI, y Lewin, *Peasants and Power*, parte III.

57 Véase Nove, *Economic History*, caps. VIII-IX, sobre las realizaciones de las campañas estalinianas de industrialización.

58 Aun Stephen Cohen, biógrafo bastante simpatizador de Bujarin, reconoce que la estrategia de desarrollo de Bujarin "menospreció la necesidad de intervención del Estado tanto en la producción industrial como en la agrícola". Véase *Bukharin*, pp. 208-212.

59 Nove, *Economic History*, p. 184.

60 Véase James R. Millar, "Mass Collectivization and the Contribution

entrañó y permitió la rápida expansión de actividades controladas por el Estado, tanto en el sector industrial como en el agrícola.

Después de la colectivización de la agricultura, el control político del Partido-Estado quedó plenamente consolidado en los campos, como estuviera en 1921 en las ciudades. El campesinado ya no tuvo que ser cortejado con políticas pro-mercado o de *laissez-faire*, porque ya no podía retener los productos mínimamente necesarios (especialmente granos) ante las agencias de procuración del Estado. Una vez que el control político soviético en los campos quedó así consolidado, la industrialización pesada dirigida por el Estado pudo volver a empezar en la Rusia soviética, donde la había dejado el antiguo régimen; y pudo proceder —hasta el punto en que los dirigentes estaban dispuestos a pagar un alto precio en vidas humanas— a un ritmo mucho más acelerado.

El nuevo régimen

En los años que siguieron inmediatamente a 1928, al consumarse la colectivización de la agricultura, y cuando se aplicaron los programas estalinistas de gran industrialización pesada, la pauta básica de resultado de la Revolución rusa quedó cristalizada. ¿Cuáles fueron los rasgos importantes de esa pauta, y por qué tiene sentido sociológico de acuerdo con lo que hemos visto acerca de las causas y de la dinámica de la Revolución?

Un Estado fortalecido en una sociedad revolucionada

Ciertamente el rasgo más notable del nuevo régimen fue el predominio del complejo Partido-Estado, aún más grande y más dinámicamente poderoso dentro de la sociedad de lo que fuera el régimen zarista. Las simples estadísticas nos cuentan parte de la verdad. Comparando las estadísticas prerrevolucionarias y posrevolucionarias de "personal de la Administración del Estado propiamente dicho, y de la policía y del sistema judicial, con exclusión del personal de las fuerzas armadas", Alf Edeen calcula que en 1897 había 260 mil empleados públicos, de los

of Soviet Agriculture to the First Five-Year Plan: A Review Article", en *Slavic Review*, 33, diciembre de 1974, pp. 750-766.

cuales 105 mil se hallaban en el sistema policiaco, mientras que, para 1929, cuando el territorio administrativo de Rusia era considerablemente *más pequeño* que en 1897, había 390 mil empleados públicos, de los cuales 142 mil pertenecían al aparato de la policía soviética.[61] Las estadísticas soviéticas presentadas por E. H. Carr parecen indicar cifras aún superiores.[62] Desde luego, el año 1897 fue veinte años antes de la caída del antiguo régimen, de modo que parte de esta expansión sin duda ocurrió antes del ascenso del régimen soviético (especialmente durante la primera Guerra Mundial). Sin embargo, la corriente de aumento del personal del Estado durante el antiguo régimen, entre los decenios de 1860 y de 1890, no puede explicar por sí solo el aumento de 1897 a 1929. Además, el cálculo de 1929 por Edeen no incluye los aumentos de empleados del Estado que se debieron a la toma revolucionaria de las empresas industriales. No mencionamos siquiera los enormes aumentos de números de administradores, especialistas técnicos y funcionarios de partidos, que, de una u otra manera, trabajaban todos como empleados del Partido-Estado soviético, que acompañó la rápida industrialización, promovida por el Estado, desde finales de los años veinte, hasta los cincuenta. En términos generales, esta expansión parece haber sido quíntuple, mientras que la población soviética sólo aumentó en aproximadamente un tercio durante el mismo periodo.[63] Así, el sistema soviético creó organizaciones administrativas enormes y en constante expansión. Esto fue así porque el régimen soviético, de 1921 en adelante, tuvo un peso político intrínsecamente superior al del relativamente pesado y burocrático Estado zarista, y porque el Estado soviético estimuló la industrialización mucho más rápidamente y mediante medios administrativos más directamente políticos después de mediados de los años veinte.

El Estado soviético no sólo era más extenso; también era capaz de realizar más en la sociedad con menos necesidad de

61 Alf Edeen, "The Civil Service: Its Composition and Status", en *The Transformation of Russian Society*, ed. Cyril E. Black, Cambridge, Harvard University Press, 1960, p. 276.

62 E. H. Carr, *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, 3 vols., Nueva York, Macmillan, 1971, vol. 2, p. 489, cuadro 66.

63 Warren W. Eason, "Population Changes", en *Transformation*, ed. Black, p. 73. La cifra quíntuple para la expansión del Estado después de 1928, procede de Edeen, "Civil Service", en *Transformation*, ed. Black, páginas 276-278.

atender a la oposición social de lo que hubiese podido imaginar siquiera la autocracia zarista, y por dos razones básicas: primera, el Partido Comunista (bolchevique) reemplazó al zar y a su red de personal adherido como agente de la coordinación ejecutiva de todas las funciones del Estado.[64] Aquí, la diferencia obvia es que el Partido era mayor en número de miembros, y más ramificado en cada uno. Consistía de cuadros jerárquicamente ordenados, sujetos a nombramiento y disciplina explícita por los supremos funcionarios del Partido, lo que permitía una mucho más eficaz coordinación central de la que hubiese logrado el zar. Más aún: aunque para mediados de los años treinta hubo una convergencia entre ser miembro del Partido y ocupar puestos de *élite*, administrativos y técnicos, no obstante el Partido Comunista soviético continuamente intentó, mediante recurrentes campañas de reclutamiento, atraer al menos a algunos miembros de todo medio de vida y sector de la sociedad.[65]

Esto nos lleva a la segunda razón de que el régimen soviético fuese intrínsecamente más poderoso que el gobierno zarista. La autocracia zarista se había contentado con dejar aislados a los grupos representativos y sociales organizados (por ejemplo, *zemstvos*, la Iglesia, *obshchinas*), aunque subordinados sin ningún contacto con el poder del Estado ejecutivo-administrativo. En contraste, los comunistas trataron de vincular el Ejecutivo en el centro, íntimamente con las masas, integrando a todos los trabajadores, y donde residían directamente en el sistema del Partido-Estado.[66] Esto se hizo por medio de representantes y organizaciones de miembros de masas, que incluían a los *soviets* locales, los sindicatos, las cooperativas y los grupos de vecindario. Tales organizaciones abarcaban conjuntos de personas dedicadas a los asuntos públicos y las colocaban bajo la dirección de dirigentes que eran nombrados (*de facto*, si no oficialmente) por los directivos de las autoridades supremas, y responsables ante ellos, especialmente ante los jefes del Partido. Los estudiantes de la Unión Soviética (y de otros Partidos-Estados comunistas) han llamado a tales organizaciones "bandas de trasmisión", para indicar su papel de vincular la autoridad ejecutiva con la respuesta

64 Zbigniew K. Brzezinski, "The Patterns of Autocracy", en *Transformation*, ed. Black, pp. 93-109.

65 Véase Rigby, *Party Membership*, *passim*.

66 Theodore H. Von Laue, *Why Lenin? Why Stalin?*, 2ª ed., Filadelfia, Lippincott, 1971, pp. 169-170, y cap. IX, en términos generales.

y compromiso de las masas populares en la aplicación de la política del Estado.[67] Además, hemos de notar que tales organizaciones ciertamente pusieron a los dirigentes políticos soviéticos (al menos potencialmente) en un contacto mucho más directo y continuo con el ambiente y con las situaciones populares, de lo que hubiesen estado jamás las autoridades zaristas.

Este Partido-Estado soviético, mayor y más dinámicamente poderoso, desde luego se estableció en una sociedad revolucionada donde habían sido abolidos los privilegios especiales de aristócratas, funcionarios zaristas y capitalistas. En conjunto, las revueltas populares de 1917-1921 y varios decretos aplicados por el gobierno soviético entre 1918 y 1929, realizaron la eliminación completa (en lo estructural) de posesiones de los nobles, con sus diversos privilegios honoríficos y políticos y sus propiedades de tierras. También la clase de capitalistas, con su propiedad privada y control de las diversas empresas industriales y comerciales, desapareció en este periodo. Un efecto social inmediato de la eliminación de estos estratos privilegiados fue la apertura de muchas oportunidades nuevas para el avance social a nuevos ciudadanos soviéticos de clase humilde.[68] Especialmente durante el decenio de 1920 a 1929, los jefes del Ejército Rojo y del Partido fueron reclutados en grandes cantidades entre obreros industriales y campesinos. Durante los años treinta, fue más común reclutar a los miembros del Partido entre quienes ocupaban posiciones de *élite* fuera del Partido. Sin embargo, las enormes necesidades nuevas de administradores y especialistas técnicos, para ocupar los sectores industriales dirigidos por el Estado, condujeron a una rápida expansión de oportunidades para personas de todo tipo de antecedentes para lograr movilidad social ascendente, ya fuese directamente, por los canales de la industria y del Partido, o bien mediante una educación secundaria y superior subsidiada por el Estado. Desde luego, las tasas de movilidad social ascendente en la Unión Soviética declinaron después de auges iniciados, debido a los extraordinarios levantamientos de la guerra civil, al comienzo de la industrialización y las violentas purgas de las *élites* existentes a

67 Alexander Vucinich, "The State and the Local Community", en *Transformation*, ed. Black, pp. 207-209.

68 Este párrafo se basa en Edeen, "Civil Service", en *Transformation*, ed. Black, pp. 278-292; Raymond L. Garthoff, "The Military as a Social Force", en *Transformation*, ed. Black, pp. 329 *ss.*, y Rigby, *Party Membership*, caps. III-VII.

mediados de los años treinta. No obstante, a partir de 1921 hubo un acceso mucho más igualitario a todas las oportunidades disponibles de educación y movilidad social, de lo que hubiera habido durante el antiguo régimen, cuando los nobles y los ricos tenían accesos privilegiados, legales y/o *de facto* a tales oportunidades. En general, también puede decirse que, para mediados de los años treinta todos los deberes y derechos (fueran los que fuesen) de la ciudadanía nacional soviética eran más formalmente democráticos; es decir, iguales para todos los ciudadanos, algo que jamás se había logrado en el sistema político-jurídico del antiguo régimen.

El destino de los obreros y de los campesinos

Sin embargo, existen otros puntos menos halagüeños, que deben establecerse para agudizar nuestra percepción de los resultados revolucionarios en Rusia. Podemos empezar considerando la situación de los obreros y de los campesinos. La sociedad soviética acaso haya sido más igualitaria y democrática que el orden zarista en los sentidos que acabamos de indicar. Sin embargo, el régimen soviético posterior a 1928 ciertamente no fomentó el bienestar general ni la autonomía sociopolítica de los obreros urbanos y campesinos colectivizados, ni siquiera en comparación con las bajas normas fijadas durante el antiguo régimen, no digamos ya en comparación con las condiciones relativamente favorables de los años veinte.

Antes de 1928, los sindicatos soviéticos, aun cuando encabezados por miembros del Partido y organizados bajo la autoridad del gobierno, tenían derechos de participar en la administración de las empresas y de regatear por sus salarios y condiciones laborales, en nombre de sus miembros. Sin embargo, después del cambio a la industrialización forzada, la autoridad de los directores de empresa, nombrados por el Estado y supervisados por el Partido, se volvió oficialmente absoluta dentro de las fábricas. Los sindicatos ya no tenían ninguna influencia sobre "la contratación de mano de obra, la planificación de la producción, la determinación de las tasas de salarios, el establecimiento de normas de producción y la fijación de horas de trabajo".[69] En cambio, a los sindicatos se dieron "instrucciones de actuar

[69] Merle Fainsod, *How Russia Is Ruled*, Cambridge, Harvard University Press, 1953, p. 433.

básicamente como organizadores y movilizadores en interés del cumplimiento de los planes",[70] de modo que los obreros quedaron sometidos a un apremio más directo e intenso que en ninguna otra fase de la industrialización moderna en Rusia. Los sindicatos soviéticos sí conservaron la jurisdicción sobre la administración de ciertos beneficios de beneficencia y servicios sociales; pero, como los recursos asignados a ellos eran mínimos durante el primer arranque industrial, esta función habría podido tener poco efecto sobre el bienestar en promedio de los obreros. En realidad, no sólo porque los beneficios sociales eran escasos, sino, en especial, porque los salarios permanecieron bajos mientras los precios, por necesidad, eran altos, el nivel de vida de los obreros se deterioró marcadamente a comienzos de los años treinta, hasta llegar por debajo de los niveles anteriores a 1914, y sólo mejoraron gradualmente después.[71]

Con el advenimiento de la colectivización en los campos, los campesinos rusos perdieron las pequeñas parcelas de sus familias y la autonomía política colectiva de su aldea.[72] La mayoría de los campesinos quedaron organizados en granjas colectivas llamadas *koljozef.* Allí, toda la tierra, salvo los huertos familiares, era propiedad colectiva y se trabajaba colectivamente, con el propósito fundamental de entregar cantidades predeterminadas de productos especificados a las agencias de procuración del Estado, a cambio de precios fijos muy bajos. Este sistema fue firmemente impuesto por los funcionarios, que en su mayoría eran de origen urbano, y todos los cuales habían sido nombrados al Partido-Estado, al que eran leales. Incluían no sólo a los propios administradores de los *koljozef,* sino también a otros diversos funcionarios y agentes políticos afiliados a las estaciones de máquinas y tractores. Organizadas para asignar maquinaria agrícola a grupos de *koljozef,* estas estaciones también servían como órganos de vigilancia burocrática y de asignación de excedentes adicionales por el Estado.

Para financiar el desarrollo de la industria pesada, los campesinos y obreros rusos, por igual, fueron intensamente explotados por el Estado soviético: gran parte del ingreso invertido prove-

70 Nove, *Economic History,* p. 206.

71 *Ibid.,* pp. 206-207.

72 Este párrafo se ha basado en Fainsod, *How Russia Is Ruled,* cap. XVI; Nove, *Economic History,* pp. 181-184, y Lazar Volin, "The Russian Peasant: From Emancipation to Kolkhoz", en *Transformation,* ed. Black, pp. 306-307, y Naum Jasny, *The Socialized Agriculture of the USSR,* Stanford, Stanford University Press, 1949, parte III.

nía de la diferencia entre los bajos precios de procuración pagados por los productos agrícolas y los altos precios de menudeo pagados por alimento por los consumidores urbanos.[73] Sin embargo, los miembros de los *koljozef* sufrieron aún más que los obreros urbanos. No disfrutaron de la seguridad de salarios regulares (por bajos que fueran); en cambio, su remuneración se basaba en partes, individualmente ganadas, del ingreso que quedaba después de cumplir con las obligaciones fijadas por el Estado (y para las futuras necesidades de producción). Así, los ingresos de los campesinos fluctuaron con los caprichos de las cosechas; hasta tal punto, por ejemplo, durante comienzos de los años treinta, cuando fueron peores las perturbaciones de la producción en la secuela de la colectivización forzosa, millones de campesinos simplemente murieron de hambre, después de que la procuración del Estado les arrancó sus subsistencias.[74] Más aún: los servicios sociales en las zonas rurales, si acaso existían, eran aún menos adecuados que en los centros industriales urbanos. No es de sorprender que los campesinos rusos nunca se adaptaron con entusiasmo a estas formas "colectivas" de agricultura, que no iban en su interés. Como resultado directo e irónico, la mayor parte de los aumentos de la productividad que ocurrieron en la agricultura rusa después de 1928 no ocurrieron en el sector de los *koljozef*, sino por los esfuerzos de los campesinos en sus propias minúsculas parcelas.[75] Los productos de estas parcelas podían venderse en mercados abiertos, donde los moradores de las ciudades lo bastante afortunados para poder hacerlo, estaban más que dispuestos a negociar para suplementar con lo poco que pudieran lo que recibían por los canales del gobierno.

Jerarquía y coacción

Si nos volvemos ahora a los rasgos generales del sistema soviético después de 1928, podremos notar que se establecieron pautas pronunciadamente desiguales de control jerárquico y de recompensas socioeconómicas. Dentro de la administración soviética, durante los años treinta, se abandonaron todos los intentos por impedir que los funcionarios y autoridades especiales reci-

73 Nove, *Economic History*, p. 210.
74 *Ibid.*, pp. 179-180.
75 *Ibid.*, pp. 238-244, y Schapiro, *Communist Party*, pp. 463-464.

bieran privilegios. Como lo ha dicho Alf Edeen, "muchas reglas y situaciones se introdujeron de nuevo [como durante el antiguo régimen] con el propósito de obtener control y al mismo tiempo conceder autoridad al aparato administrativo, ya diferenciado y que iba aumentando en poder". [76] Se introdujeron elaboradas categorías y grandes diferencias de salarios para diferenciar a los funcionarios de los no funcionarios, y para poner en orden jerárquico sus diversas filas de funcionarios. De manera bastante notable, ya en 1940, tanto la administración civil soviética como el cuerpo de oficiales del Ejército Rojo habían instituido títulos oficiales, grados y uniformes, que eran tan elaborados y ostentosos, —y en realidad, exactamente paralelos a los establecidos durante el antiguo régimen por Pedro el Grande.[77]

Mientras tanto, en la sociedad en general, unas recompensas económicas agudamente diferenciadas —tales como bonos especiales y requisitos de consumo para trabajadores individuales sumamente calificados o superproductivos, y salarios por pieza (con normas fijadas por encima de lo normal) para los trabajadores no calificados, o semicalificados— se introdujeron para espolear los esfuerzos con el objeto de alcanzar objetivos de producción sumamente elevados. [78] Diferenciales similares se instituyeron entre los campesinos, a veces en contra de los esfuerzos de los *koljozniks* por mantener normas igualitarias de recompensas, de acuerdo con la colectivización. [79] Más aún: el temprano principio bolchevique de que los administradores, especialistas y funcionarios del Partido no recibirían pagas ni beneficios considerablemente superiores a los del trabajador calificado fue desdeñosamente abandonado (como "igualitarismo pequeñoburgués") por Stalin. Así, no sólo se fortaleció muchísimo la autoridad empresarial sobre los obreros y campesinos, sino que los administradores de la economía y el personal técnico (como los administradores del Estado y oficiales del ejército) recibieron salarios y beneficios asociados con su trabajo muy superiores a los trabajadores de la producción.[80]

76 Edeen, "Civil Service", en *Transformation*, ed. Black, p. 286.

77 *Ibid.*, pp. 286-287.

78 Nove, *Economic History*, pp. 208-209, y Schapiro, *Communist Party*, pp. 465-467.

79 Fainsod, *How Russia Is Ruled*, p. 450.

80 Para detalles particularmente reveladores a este respecto, véase Tony Cliff, *State Capitalism in Russia*, Londres, Pluto Press, 1974, pp. 65-81.

Por último, el régimen soviético llegó a depender, en grado extraordinario —comparado tanto con la autocracia zarista, reconocidamente represiva, como con otros regímenes pos-social-revolucionarios—, de la coacción y el terror organizados administrativamente como técnicas para gobernar a sus ciudadanos, y para "purgar" y controlar sus propios cuadros de funcionarios. Aquí sólo necesitamos citar ciertos ejemplos vivamente conocidos y hechos para comprobar el punto. La colectivización de la agricultura soviética, por ejemplo, sólo fue puesta en vigor mediante la aplicación de coacción ilimitada a los campesinos renuentes. Y, en el proceso, varios millones de campesinos ricos (*kulaks*), así como campesinos más pobres que se resistieron a la colectivización, fueron totalmente expropiados y deportados de sus comunidades.[81] Durante la industrialización forzosa, los ciudadanos soviéticos, en todos los niveles de la sociedad, se vieron sometidos a intensa vigilancia de la policía secreta y estuvieron continuamente sometidos a posible arresto por infracciones reales o imaginarias, a menudo seguidas por largas y frecuentemente indeterminadas sentencias en campos de prisión de trabajos forzados. En realidad, tan enormes eran estos campos, que llegaron a constituir un imperio económico-administrativo, autocontenido, que constituía una fuente importante de trabajos superexplotados, y que el régimen podía utilizar para completar sus proyectos estratégicos de infraestructura en las más duras condiciones (donde en realidad habría sido difícil y costoso emplear trabajo libre).[82] Y, desde luego, el temor general al arresto y a la prisión entre la población soviética no sólo sirvió para reforzar la disciplina laboral y los esfuerzos productivos entre quienes se mantenían fuera de las prisiones.

Los grupos principales de la sociedad soviética no estuvieron libres de vigilancia y temor. Por lo contrario, las "Grandes Purgas" de los años treinta representan quizá el ejemplo histórico más generalizado de aplicación del terror en tiempos de paz, por parte de la *élite* interna de una sociedad en contra de las otras partes.[83] El afán estaliniano por establecer y mante-

[81] Volin, *Century*, pp. 212-231, y Nove, *Economic History*, pp. 165-176.

[82] Stanislaw Swianiewicz, "The Main Features of Soviet Forced Labor", pp. 277-292 en *Russian Economic Development: From Peter the Great to Stalin*, ed. William L. Blackwell, Nueva York, New Viewpoints, 1974.

[83] Robert, Conquest, *The Great Terror; Stalin's Purge of the Thirties*, Nueva York, Crowell & Macmillan, Inc., 1973.

ner su propia dictadura personal —a cualquier costo, en sufrimiento humano y desperdicio de habilidades y experiencia entre la jefatura— aporta la "explicación" más directa de estas detenciones y asesinatos de miles de dirigentes, por igual del Partido o fuera del Partido, incluyendo virtualmente a todos los que quedaban de los "viejos"; es decir, originales bolcheviques. Sin embargo, el cuadro en que surgió la *vendetta* de Stalin contra otros miembros del liderazgo del Partido-Estado, y la forma en que fue aplicada, fueron un marco en que las organizaciones coactivas poderosas ya habían sido establecidas para castigar y aguijonear a la población en general. En las Grandes Purgas, aquellas organizaciones fueron vueltas contra el Partido y contra las *élites* administrativas más conscientes (y responsables) de los costos arrancados a la población en las etapas iniciales de la colectivización y la industrialización forzosas. Así se allanó el camino a los beneficiarios en ascenso del sistema estalinista, para pasar a ocupar el frente del escenario. Por consiguiente, el efecto, más allá del plazo corto, probablemente fue ayudar a estabilizar muchos rasgos institucionales de tal sistema.

En suma, el sistema soviético que cristalizó después de 1928 fue al mismo tiempo más formalmente igualitario y popularmente inclusivo, y más lleno de categorías, eficazmente autoritario y coactivo de lo que fuese el sistema absolutista y aristocrático prerrevolucionario. ¿Por qué surgió esta peculiar concatenación de resultados de la Revolución rusa? Esencialmente, ya hemos unido todos los hilos de una explicación adecuada y sólo necesitamos entretejerlos para sacar una conclusión.

Como el Estado zarista era tan decisivo como baluarte de las jerarquías sociales del antiguo régimen y después, en 1917, se desplomó de manera tan completa y súbita, las revueltas populares de abajo pudieron surgir prestamente dentro de la crisis política revolucionaria. Dada la orientación comunal-igualitaria de la mayoría del campesinado, y ante la ausencia en las ciudades de sindicatos seguramente establecidos e instituciones democrático-parlamentarias que canalizaran la participación popular debajo del liderazgo liberal, las revueltas populares de 1917 socavaron rápidamente las posiciones de los grupos privilegiados. Esto determinó que la Revolución fuese generalmente igualitaria en sus realizaciones básicas; y, en realidad, la Revolución social rusa de 1917 fue la más absoluta y súbita que el mundo haya presenciado.

Sin embargo, el mismo carácter radical y súbito de esta

revolución social también significó que los revolucionarios políticamente organizados —que trataban de consolidar la Revolución rusa edificando nuevas organizaciones de Estado, que contuvieran a los contrarrevolucionarios e invasores extranjeros— se enfrentaron a dilemas terribles. Las nuevas organizaciones de Estado revolucionarias tenían que hacerse rápida y virtualmente de la nada, dado lo completo de la disolución del ejército zarista y su gobierno. Más aún: la gran mayoría campesina era, en el mejor de los casos, aliada tibia e indirecta de todo potencial constructor de Estados. Para edificar las organizaciones del Estado revolucionario en estas condiciones, los bolcheviques dependieron del expediente de aprovechar los servicios de funcionarios del antiguo régimen y de coaccionar a la mano de obra y arrancar abastos a un campesinado renuente. No es de sorprender que la resultante pauta institucional del aparato del naciente Estado soviético presentara una combinación de lo siguiente: jerarquía burocrática, insistencia en las prerrogativas de los especialistas profesionales, y controles sumamente centralizados y coactivos del Partido tanto sobre funcionarios del Estado cuanto sobre los grupos populares, especialmente los campesinos.

Y el problema campesino tampoco se desvaneció después de la consolidación inicial del poder del Estado revolucionario. Debido a los efectos económicos agrarios de la revolución campesina contra grandes terratenientes y la carencia del Partido-Estado bolchevique de toda base segura organizativa en los campos, el naciente régimen soviético pronto fue atrapado en una crisis económica nacional. Por toda una variedad de razones de situación —incluso el aislamiento y la inseguridad internacional del régimen, y los legados económicos de la economía prerrevolucionaria— el Partido-Estado rápidamente se volvió hacia una industrialización pesada, impulsada por el Estado, como su manera de salir de la crisis a la que se enfrentaba en los años veinte. Sin embargo, esto significó, inevitablemente, que el nuevo régimen volvería y exageraría las pautas institucionales básicas de la estructura del Estado y de las relaciones entre Estado y sociedad que habían aparecido por primera vez durante la crisis de la guerra civil; pues ahora había de contar con ciertos medios a disposición del nuevo régimen: controles centralizados, incentivos individualizados desiguales y la posibilidad omnipresente de las sanciones coactivas. Se necesitaron estos medios para movilizar y manipular a los dirigentes y para emprender los enormes esfuerzos, sacrificios y perturbación social que necesariamente

entrañó la súbita industrialización, en que se daba prioridad a las industrias pesadas, no a los bienes de consumo y servicios. No hubo un abstracto y general "imperativo de industrialización" en acción.[84] Pero sí hubo imperativos de industrialización impulsada por el Estado, emprendidos por un régimen con una base política estrecha y precaria y en una sociedad predominantemente agraria, donde el campesinado era, a la vez, independientemente organizado y hostil al régimen.

En realidad, la gran ironía —y lo conmovedor— de la Revolución rusa se encuentra en la función y el destino del campesinado; pues los campesinos realizaron su propia y radical revolución social en 1917; y como resultado, se convirtieron en una amenaza para la viabilidad de Rusia como Nación-Estado revolucionada, en un mundo de naciones y Estados en plena competencia militar. Los esfuerzos de los estadistas revolucionarios por enfrentarse a este campesinado autónomo, mientras se enfrentaban precisamente a sus competidores políticos organizados en el interior y en el exterior, le llevó poco a poco a erigir un régimen de monstruosas proporciones y consecuencias, especialmente para el campesinado. Así, el resultado de la Revolución rusa fue un sistema totalmente colectivista y autoritario en que las energías de las masas de todo el pueblo ruso, finalmente fueron desviadas —mediante la coacción y el terror, si no se manifestaba un entusiasmo voluntario— de las rebeliones anárquicas de 1917, a una participación activa de esfuerzos centralmente determinados y dirigidos. Al principio, estos esfuerzos requirieron la construcción a una velocidad implacable y vertiginosa, de las industrias pesadas. Luego se volvieron a la defensa de la nación rusa contra un enemigo implacable en la segunda Guerra Mundial. Fuera cual fuese el costo humano —que resultó terrible— este sistema revolucionado por último se afirmó como el poder de un Estado nacional. Sólo necesitamos comparar el destino de la Rusia soviética en la segunda Guerra Mundial y después con el de la Rusia zarista de la primera Guerra Mundial para convencernos de esto.

84 En las ciencias sociales estadunidenses durante los años cincuenta y sesenta, estuvo muy en boga atribuir desigualdades posrevolucionarias en la URSS a las universales "necesidades funcionales" impuestas por la industrialización a todo país que pasa por ella. Para un ejemplo básico, véanse los ensayos reunidos en Alex Inkeles, *Social Change in Soviet Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, esp. parte III, sobre "Social Stratification"

Francia y Rusia: el argumento en retrospectiva

En este punto debe ser útil retroceder para resumir la lógica general de los argumentos generales que hasta aquí hemos desarrollado en la Segunda Parte acerca de la dinámica y los resultados de las revoluciones francesa y rusa. En términos analíticos, he procedido de manera heterodoxa. Por lo general, las revoluciones francesa y rusa se explican básicamente por referencia a los intereses socioeconómicos y las reacciones políticas de las clases urbanas, mientras los analistas subrayan lo completamente distintas que fueron ambas revoluciones en su lógica y en sus resultados. Así, la Revolución francesa es interpretada como una revolución capitalista y liberal encabezada por la burguesía, mientras que la Revolución rusa es considerada como una revolución anticapitalista, comunista, emprendida por el proletariado industrial y el partido bolchevique. En contraste, yo he analizado las revoluciones francesa y rusa en términos similares: para ambas, he subrayado el interjuego, por una parte, entre las realizaciones directas y las consecuencias políticas indirectas de las revoluciones campesinas contra los terratenientes y por otra parte, las luchas de los dirigentes políticos por construir y aplicar organizaciones de Estado dentro de las circunstancias internacionales e internas determinadas.

Desde esta perspectiva, mucho más que desde la de enfoques más ortodoxos, resulta claro y explicable que las revoluciones francesa y rusa compartieron ciertas similitudes importantes de los procesos políticos y sus resultados. En ambos casos, revueltas campesinas en gran parte espontáneas y autónomas funcionaron para hacer imposible la contrarrevolución o la estabilización liberal; y sin embargo, también imposibilitaron a los movimientos políticos revolucionarios basarse en los campos. Y, en los dos casos, las apremiantes necesidades de los dirigentes revolucionarios con base en las ciudades, por construir organizaciones de Estado lo bastante poderosas para derrotar a los contrarrevolucionarios del interior y a los enemigos del exterior, significó que las revoluciones hicieran surgir regímenes más centralizados y burocráticos. Ninguno de los dos movimientos era, en ningún sentido significativo, ni liberal-parlamentario ni directamente democrático, aun cuando ambos, originalmente, fueran elevados para canalizar la participación y entusiasmo sin precedentes de los obreros urbanos (los *sans-culottes*, en Francia y el proletariado industrial en Rusia).

Dentro del marco analítico que he aplicado, también es

posible comprender las importantes diferencias entre las revoluciones francesa y rusa de manera más realista que si sencillamente las tratamos como dos especies distintas de hechos. Básicamente, he invocado dos conjuntos de factores para explicar las diferencias de los procesos y resultados de estas revoluciones: 1) las distintas formas específicas en cada caso de las mismas variables empleadas para explicar las semejanzas subyacentes, es decir, las revueltas campesinas y las tareas de construcción del Estado dentro de la crisis revolucionaria determinada, y 2) los contrastantes marcos socioeconómicos, históricos e internacionales específicos de cada revolución.

Así, he indicado que la Revolución rusa se profundizó y radicalizó mucho más súbitamente que la francesa, por causa de los medios contrastantes en que las crisis políticas revolucionarias surgieron originalmente en ambos casos. Y la Revolución rusa se consolidó quizás, mediante expedientes aún más coactivos y autoritarios que la francesa, porque hubo que formar ejércitos revolucionarios completamente de la nada, en la Rusia desgarrada por la guerra, mientras que los jacobinos, en Francia pudieron engrosar los ejércitos ya existentes.

Tomadas en conjunto, otras varias diferencias explican por qué la Revolución francesa culminó en la coexistencia de un Estado burocrático centralizado con una sociedad de propiedad privada y economía de mercado, mientras que la Revolución rusa hizo surgir un Partido-Estado dedicado a la industrialización nacional controlada por el Estado. En Francia, las revueltas campesinas no llegaron a atacar ni a nivelar la propiedad privada individual de las tierras. Las estructuras internas socioeconómicas (tanto las que ya existían como las que resultaron de la Revolución campesina contra el señorialismo), favorecieron el desarrollo económico orientado hacia el mercado, y no hubo modelos disponibles, de la historia universal, para la industrialización controlada por el Estado. Así pues, ningún partido político de estilo comunista, movilizador de las masas, pudo consolidar el poder del Estado. Más aún: la fuerte posición de Francia en el continente favoreció la canalización de la movilización revolucionaria en un nacionalismo militarista y expansionista y no unas transformaciones políticamente dirigidas en el interior. En Rusia, por contraste, la revolución campesina se apoderó y redistribuyó grandes propiedades de tierras, con el resultado de que quedaron seriamente coartadas las posibilidades de un desarrollo económico nacional guiado por los mercados. Ya existían empresas industriales en grande escala en Rusia, y

también había modelos disponibles de control del Estado sobre las industrias. Más aún: Rusia estaba geopolíticamente en una posición sumamente vulnerable dentro del sistema de Estados europeos. Por todas estas razones, los bolcheviques se vieron capacitados, y apremiados por las circunstancias, primero a consolidar el poder del Partido-Estado sobre una base urbano-industrial, y luego a extender tal poder, desde arriba, hacia el campesinado y emplearlo para impulsar la rápida industrialización nacional de la Unión Soviética.

El lector acaso haya notado que algunas de las mismas realidades que figuran de manera tan destacada en las interpretaciones burguesas/proletarias de las revoluciones francesa y rusa también intervienen aquí. Sin embargo, la diferencia es que yo he tratado las estructuras urbana industrial y de clase de Francia y de Rusia como rasgos contextuales; como fondos contra los cuales se desarrollaron los levantamientos agrarios, de mayor importancia analítica (para mí), y la dinámica política. Desde luego, yo he argüido que las diferentes estructuras urbana industrial y de clase influyeron profundamente en los procesos y resultados revolucionarios; sin embargo, no lo hicieron porque una burguesía o un proletariado fuese el actor político clave. Antes bien, lo hicieron porque, junto con los resultados diferentes de las revoluciones campesinas, las estructuras urbanas contrastantes condicionaron de maneras distintas las posibilidades de consolidar y emplear el poder del Estado revolucionario en Francia y en Rusia.

VII. EL SURGIMIENTO DE UN PARTIDO-ESTADO MOVILIZADOR DE MASAS EN CHINA

Las revoluciones son profundamente influidas por el carácter de las clases gobernantes. El arraigado localismo del poder de los ricos hizo inevitable que la Revolución china, en contraste con las revoluciones de Francia y Rusia, procediera de las zonas exteriores hacia el centro, y no a la inversa.

FRANZ SCHURMANN

COMO LAS revoluciones rusa y francesa, la Revolución china fue lanzada por la descomposición de un antiguo régimen autocrático y semiburocrático. Y culminó en un nuevo régimen más centralizado e incorporador de masas, y en muchos aspectos, más plenamente racionalizado y burocrático que el prerrevolucionario antiguo régimen. Más aún: en las tres revoluciones, los campesinos aportaron la principal fuerza insurrecta para transformar las antiguas relaciones de clase. En Francia y en Rusia, los cambios social-revolucionarios dependieron del surgimiento de revueltas campesinas. No obstante, las organizaciones del Estado revolucionario se edificaron con ayuda del apoyo popular básicamente urbano y se impusieron mediante jerarquías administrativas a las zonas rurales. Los Estados posrevolucionarios de Francia y Rusia fueron ambos (a pesar de muchas diferencias), regímenes burocráticos profesionales; sin embargo, en la Revolución china los campesinos terminaron aportando tanto la fuerza insurrecta revolucionaria, cuanto la base popular organizada para la consolidación del poder del Estado revolucionario. Y el resultado fue un nuevo régimen revolucionario dedicado exclusivamente a fomentar la participación general y sorprendentemente renuente al dominio jerárquico rutinario por los funcionarios burocráticos y los especialistas profesionales.

Las razones de estas diferencias que separan la Revolución china de la rusa y de la francesa se hallan, como para cualquiera de los otros casos, en las características particulares de la situación social-revolucionaria de los legados que quedaban del antiguo régimen. Después de la caída del Estado imperial en

China, los terratenientes ricos permanecieron enraizados en las localidades rurales, y los Señores de la Guerra se adueñaron de los niveles provincianos y regionales. Por tanto, los estadistas revolucionarios se enfrentaron a formidables obstáculos. A la postre, la Revolución china sólo pudo completarse cuando algunos líderes revolucionarios aprendieron a canalizar las enormes energías insurrectas, productivas y políticas de la mayoría campesina.

La situación social-revolucionaria después de 1911

Una vez que se cayó la fachada de la autoridad imperial, mediante la caída de los manchúes, el poder del Estado en China paró en aquellos centros regionales, provinciales y locales en que había estado acumulándose durante decenios. En cierto sentido, esta situación se asemejó a lo que ocurrió en Francia en 1789 y en Rusia en 1917, pues en los tres ejemplos las administraciones monárquicas antes centralizadas se desintegraron, y las oportunidades de participación política e iniciativas se hicieron mucho más generales; e instituciones supuestamente representativas reemplazaron al zar, al rey, o al emperador. Sin embargo, China, fue distinta por causa del papel de sus organizaciones militares, regionalmente basadas, después de 1911.

El marco de los Señores de la Guerra

En las revoluciones francesa y rusa, los movimientos basados regionalmente no fueron un factor hasta *después* de que habían empezado a surgir gobiernos revolucionarios centralizados. Durante 1917, en Rusia, los ejércitos imperiales —ya sumamente profesionalizados y controlados desde el centro antes de 1914— sencillamente se disolvieron en el caos de las derrotas en la guerra y la revolución anárquica desde abajo. En las primeras etapas de la Revolución francesa, el militarismo regional o provincial no causó dificultades. Ello fue así, porque el antiguo régimen desde hacía tiempo había colocado a los gobernadores militares de las provincias, en un tiempo independientes, bajo controles administrativos centrales, y porque en 1789, la administración real fue desplazada por una suelta red de comunidades y milicias urbanas, que oscilaban entre las orientaciones nacional y local.

Pero en la China posterior a 1911, especialmente después de la muerte, en 1916, del presidente (y potencial emperador) Yuan Shih-k'ai, que había sido un dirigente militar clave bajo los Ch'ing, y que era capaz de contar con la lealtad de muchos generales, control político que estaba centrado, en una escala extralocal, en las capacidades coactivas de las máquinas militares regionales dominadas por los "Señores de la Guerra". Los acuerdos políticos constitucionales y parlamentarios nunca entraron en vigor.[1] En cambio: "Por todo el país existían agrupamientos político-militares independientes, cada uno de los cuales controlaba el territorio y explotaba las riquezas locales. Cada uno, como sistema, era similar a todos los demás; diferían básicamente en escala."[2] Estos regímenes eran "jerarquías estructuradas y habitualmente organizadas para la administración civil y para la guerra".[3] La autoridad en ellas dependía de la lealtad de los subordinados a un Señor de la Guerra determinado que, a su vez, había de recompesar a sus funcionarios-partidarios con dinero, armas y control sobre unidades militares y sub-bases territoriales. Como estos regímenes se hallaban en continua competencia entre sí, sus principales actividades eran la exacción de riquezas, el reclutamiento militar, las negociaciones con aliados potenciales y partidarios extranjeros y, desde luego, la violenta guerra civil.[4]

La causa del régimen de los Señores de la Guerra ha de buscarse en acontecimientos ocurridos durante el antiguo régimen y en la manera en que se desplomó el sistema imperial. Durante los últimos decenios del antiguo régimen, algunas dispersas instalaciones de transporte moderno e industrias, incluso arsenales, se crearon, en su mayor parte cerca de los puertos costeros del "Tratado", pero también en ciertas ciudades del interior controladas por poderosas autoridades provincianas.[5] Su

1 James E. Sheridan, *China in Disintegration. The Republican Era in Chinese History, 1912-1949*, Nueva York, Free Press, 1975, cap. II.

2 C. Martin Wilbur, "Military Separation and the Process of Reunification under the Nationalist Regime, 1922-1937", en *China in Crisis*, eds. Ping-ti Ho y Tang Tsou, Chicago, University of Chicago Press, 1968, volumen 1, libro 1, p. 204.

3 *Ibid.*, p. 205.

4 Sobre los Señores de la Guerra, véase, además de *ibid.*, Lucien W. Pye, *Warlord Politics*, Nueva York, Praeger, 1971, y Hsi-sheng Ch'i, *Warlord Politics in China, 1916-1928*, Stanford, Stanford University Press, 1968.

5 Véase Albert Feuerwerker, *China's Early Industrialization*, Cambridge, Harvard University Press, 1958.

repercusión sobre la sociedad y la economía china en general fue muy superficial.[6] Pero sí ocurrieron suficientes acontecimientos modernos para crear armas más destructivas y nuevas fuentes potenciales de ingreso disponibles a varios comandantes militares regionales. Además, la adopción de métodos militares modernos por las autoridades militares de las provincias, en realidad fue fomentada por los últimos Ch'ing. Pues esto se consideró como la única manera factible de transformar los ejércitos regionales que habían surgido durante la rebelión de Taiping en ejércitos profesionales, capaces de defender las diversas partes de China contra las intrusiones imperialistas.[7] Sin embargo, como hemos visto, en vez de convertirse en instrumentos eficaces de la defensa nacional, estos "nuevos ejércitos" se unieron a los ricos para derrocar a los Ch'ing. Luego, una vez desaparecida la dinastía, y con la administración imperial confuciana parcialmente desmantelada y en desorden, los Nuevos Ejércitos se convirtieron en instrumentos dominados por los Señores de la Guerra para su régimen regional y para la competencia interregional que prevaleció por completo hasta 1916.

Para la sociedad china en su conjunto, la consecuencia de la época de los Señores de la Guerra fue un círculo vicioso. Inherentemente inestables, pero naturalmente ambiciosos, los diversos regímenes de los Señores de la Guerra pugnaban continuamente por territorios, cada uno con la esperanza, quizás, de reunificar al país, a la postre. Para proseguir mejor la lucha con sus rivales, cada régimen exprimió su propia zona de base hasta el último grado posible. Impuestos agobiantes y requisiciones militares hicieron huir a muchos campesinos de sus tierras, haciendo que los ejércitos de los Señores de la Guerra se extendieran más aún, cuando los campesinos se unían para tratar de escapar de las condiciones rurales cada vez peores.[8] Al mismo tiempo, las ciudades y las industrias no fueron consideradas por los Señores de la Guerra como centros dinámicos de expansión económica

6 G. William Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China (Part II)", en *Journal of Asian Studies*, 24:2, febrero de 1965, pp. 195-228. Véase también el análisis de Rhoads Murphey, "The Treaty Ports and China's Modernization", en *The Chinese City Between Two Worlds*, eds. Mark Elvin y G. William Skinner, Stanford, Stanford University Press, 1974, pp. 17-72.

7 Ralph L. Powell, *The Rise of Chinese Military Power, 1895-1912*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1955.

8 Ch'i, *Warlord Politics in China*, p. 78.

moderna que debían cuidarse hasta que llegaran a la madurez, sino como fuentes de recursos militares, aún más tentadores y accesibles que los campos.[9] En los casos extremos, los Señores de la Guerra llegaron a hacer que muchos comerciantes tuvieran que dejar su ocupación. Así, la sociedad se debilitó, y los Señores de la Guerra y sus amigos se volvieron más poderosos y ricos; y sin embargo siempre, extrañamente, dentro de un general "equilibrio de debilidad", de modo que la reintegración política nacional se hizo imposible en China.

La supervivencia de los ricos locales

Mientras tanto, ¿qué estaba ocurriendo a la clase socieconómica dominante en China? ¿Cómo afectaron la caída del sistema imperial y el advenimiento de los Señores de la Guerra a los ricos? Para responder, hemos de distinguir entre los letrados y los funcionarios, por una parte, y los terratenientes y administradores de organizaciones comunitarias, arraigadas localmente, por la otra.

Ciertamente, la *élite* confuciana —letrados y funcionarios— se desintegró después de 1911 (en realidad, desde 1905) como cuerpo estructurado, administrativo nacional y cultural.[10] Más aún: los grandes letrados y ex funcionarios civiles no tuvieron mucha fortuna en el clima político que siguió al derrocamiento de los Ch'ing. Antes de 1911 (como hemos visto en el capítulo II) los letrados habían ganado el control de las recién establecidas Asambleas representativas nacionales; y los funcionarios, incluso muchos gobernadores de provincias nominalmente leales a los Ch'ing, habían cambiado de alianzas, hacia las camarillas regionales gobernantes. Al estallar la Revolución de 1911, muchas Asambleas y funcionarios civiles de provincia se las arreglaron para gobernar durante un tiempo, coligados con los

9 Véase, por ejemplo Robert A. Kapp, "Chungking as a Center of Warlord Power, 1926-1937", en *Chinese City Between Two Worlds*, eds. Elvin y Skinner, pp. 144-170. Sin embargo, no se trató de una ciudad "exprimida" por su Señor de la Guerra; básicamente porque también tenía un acceso estable a ingresos de las zonas rurales circundantes.

10 Las fuentes de este párrafo incluyen Frederic Wakeman, Jr., *The Fall of Imperial China*, Nueva York, Free Press, 1975, pp. 253-255, Pye, *Warlord Politics*, pp. 55-57; Sheridan, *China in Disintegration*, pp. 238-239, y Hung-mao Tien, *Government and Politics in Kuomintang China, 1927-1937*, Stanford, Stanford University Press, 1972, caps. VII-VIII.

oficiales que controlaban las fuerzas armadas. Pero en 1915, las Asambleas habían muerto, y muchos ricos antes destacados fuera de su localidad no quedaron con otra cosa que hacer sino volver a la vida ociosa o a aventuras económicas "burguesas" en las grandes ciudades. Con el pleno advenimiento del régimen regional-militarista, y hasta entrado el periodo de gobierno nacionalista del Kuomintang, después de 1927, algunos ex funcionarios letrados lograron encontrar posiciones en los regímenes de los Señores de la Guerra. Sin embargo, con los Señores de la Guerra y los nacionalistas, los cargos civiles estuvieron limitados en números, y fueron circunscritas sus funciones y requisitos, pues la organización militar se convirtió en sede básica del poder y la autoridad. Además, los antiguos funcionarios y letrados Ch'ing habían de competir con los "advenedizos" no preparados a la manera confuciana para los puestos disponibles. En suma, muchos o quizás la mayor parte de los ex funcionarios imperiales y grandes letrados, acaso lograran acomodo personal con las cambiantes estructuras de poder regionales y nacionales, o quizás lograran prosperar mediante negocios urbanos modernos. No obstante, estos sectores de la gente rica perdieron su poder e identidad distintivas después de 1911. En este sentido, su destino se pareció tanto al de la Corte francesa y a la aristocracia urbana, como a la nobleza funcionaria rusa.

La repercusión de la caída del Estado imperial y el surgimiento de los Señores de la Guerra entre la gente rica, en su posición de clase dominante local fue mucho más equívoca —y ciertamente muy distinta de las implicaciones de la caída de los regímenes monárquicos de los señores franceses y los nobles terratenientes rusos—; como los campesinos franceses y rusos gozaban de considerable solidaridad y comunidad, libres de todo control de los nobles, pudieron rebelarse, y lo hicieron, con sus propios medios contra los señores y terratenientes nobles, una vez que de pronto quedaron desorganizadas las administraciones monárquicas y los controles representativos, en 1789 y 1917, respectivamente. Pero, por razones que hemos investigado en el capítulo III los campesinos chinos, en el esquema local y normal de las cosas, no se hallaban en una posición estructural de levantarse colectiva y autónomamente contra los ricos terratenientes. En consecuencia, la disolución del sistema imperial, alrededor de 1911, no creó directamente circunstancias favorables para unas revueltas campesinas contra los terratenientes en China; y la base socioeconómica local de los ricos,

sus tierras y su liderazgo de las organizaciones comunitarias no quedaron inmediatamente socavados desde abajo.

De hecho, el poder político local ya significativo de los ricos sólo fue aumentado por la caída de la dinastía y del gobierno imperial. Desde las rebeliones de mediados del siglo XIX, los ricos locales habían usurpado, formal o informalmente las magistraturas de distrito y pasaron a ocupar los oficios de subdistrito creados por los Ch'ing con la esperanza de ganarse a sus líderes locales. Después de 1911 los ricos locales sólo continuaron ocupando estas posiciones. Además, obtuvieron una ventaja extra al ganar el control de las funciones de policía e impuestos locales para afirmar su poder y explotación sobre los campesinos.[11]

Pero la caída del sistema del Estado imperial sí tuvo consecuencias desorganizadoras para los ricos locales, al menos en tres aspectos importantes: Primero, tendió a dificultar a los agrupamientos que dirigían la comunidad local para lograr contacto entre sí. Esto haría imposible a la clase dominante tradicional defenderse contra cualquier rebelión o movimiento armado en grande escala sin ayuda considerable de los ejércitos nacionales o de los Señores de la Guerra. No ocurriría algo parecido a la defensa propia de los ricos contra los Taiping.[12]

11 Véase, ante todo, Philip A. Kuhn, "Local Self-Government under the Republic: Problems of Control, Autonomy, and Mobilization", en *Conflict and Control in Late Imperial China*, eds. Frederic Wakeman, Jr. y Carolyn Grant, Berkeley, University of California Press, 1975, pp. 257-298. Véase también Ernest P. Young, "Nationalism, Reform, and Republican Revolution", en *Modern East Asia Essays in Interpretation*, ed. James B. Crowley, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1970, pp. 173-178; Yuji Muramatsu, "A Documentary Study of Chinese Landlordism in Late Ch'ing and Early Republican Kiangnan", *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 29:3, 1966, pp. 566-599; Mark Selden, *The Yenan Way in Revolutionary China*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, pp. 5-18; Yung-teh Chow, *Social Mobility in China*, Nueva York, Atherton, 1966, y Morton H. Fried, *The Fabric of Chinese Society*, Nueva York, Praeger, 1953. Las últimas dos citas no son más que dos de muchos estudios de las zonas locales chinas efectuados entre 1920 y 1940 que presentan a los ricos locales aún en su lugar de origen.

12 En su *Rebellion and Its Enemies in Late Imperial China*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, Philip Kuhn demuestra que las conexiones entre los grupos de ricos locales, facilitadas por las operaciones del sistema de Estado confuciano, permitieron la creación de los ejércitos y milicias que derrotaron a las enormes rebeliones de mediados del siglo XIX. Realizaciones como las de Tseng Kuo-fan, literato de alto nivel, que movilizó a los ricos a la defensa regional y "nacional", se volvieron imposibles después de la caída del régimen imperial.

En segundo lugar, la caída del Estado imperial eliminó unos contactos bien institucionalizados entre los centros de poder regional y nacional y las élites locales. Los regímenes de los Señores de la Guerra que dominaron varias regiones de China después de 1911, el Kuomintang después de 1927 y los comunistas y los japoneses a finales de los años treinta y de los años cuarenta; todos estos regímenes trataron de extender sus controles administrativo y militar dentro de las zonas locales, a menudo mediante la cooperación de los ricos locales. Así, en vez de la burocracia imperial (cuyo estilo administrativo, perspectivas de política, valores e ideologías les eran bien conocidos), los ricos locales tuvieron que contentarse con una desconcertante sucesión de comandantes militares, burócratas, partidos e "ismos". Naturalmente, esta situación engendró la inestabilidad en los círculos de la *élite* local. El que tuviera el mejor contacto con el Señor de la Guerra o Partido que estuviese en el poder, podría mejorar su posición local. Pero una vez que era desplazado aquel Señor de la Guerra o Partido, nuevos hombres con nuevas conexiones cosecharían las recompensas, y las antiguas *élites* perderían poder, propiedad o aun sus vidas.

En tercer lugar, la muerte del Estado confuciano disminuyó el peso de los elementos educados confucianamente, fuesen letrados o terratenientes cultos, dentro de las clases dominantes locales, mientras la comercialización y la inestabilidad política probablemente aumentaron el poder de otros, como mercaderes, terratenientes especuladores y contrabandistas.[13] La falta de relaciones bien definidas entre las *élites* locales y los poderes centrales, así como el aumento absoluto del poder de la clase dominante local no contenida por elementos de fuera, con una "perspectiva nacional" condujo a lo que varios escritores han llamado aumento de "oportunismo" entre los ricos locales. Lo que esto significó en la práctica fue que los campesinos se vieron sometidos a una explotación más implacable y normativamente desenfrenada. El resultado fue que los campesinos cada vez fueron más tendientes a rebelarse si podían, o bien a abandonar las comunidades locales para unirse a bandas de bandoleros o ejércitos saqueadores. Éstos, a su vez, amenazaban la seguridad de los ricos y de los campesinos asentados que quedaran.

Así después de 1911, las extensiones nacionales políticas y culturales de la clase dominante de China, basada localmente, se

13 Véase Hsiao-tung Fei, *China's Gentry*, ed. Margaret Park Redfield, Chicago, University of Chicago Press, 1953.

desintegraron junto con las instituciones del Estado imperial. Mientras tanto, dentro de las comunidades locales rurales, los ricos terratenientes y otros elementos dominantes en el aspecto económico se volvieron, al mismo tiempo, más arraigados y más vulnerables. Fueron especialmente vulnerables a los ataques de toda fuerza extralocalmente organizada que estuviese dispuesta a aliarse con los inquietos campesinos, antes que con las clases dominantes locales.

Resumamos desde una perspectiva comparativa: mientras que las revoluciones francesa y rusa empezaron con la completa desorganización o el desplome total de Estados monárquicos, seguida por el rápido socavamiento de las clases dominantes mediante revueltas desde abajo, la supresión de la autocracia en China, en 1911, no resultó tan directamente en una revolución social. Desde luego, el resultado fue una profunda desintegración política y unas crecientes tensiones sociales, pues el sistema civil administrativo confuciano-imperial se disolvió. Dentro de este marco, los movimientos políticos revolucionarios encontraron espacio para maniobrar, tratando de reunir a la nación y de movilizar el apoyo popular a tal objetivo. No obstante, el continuado poder militar (y administrativo) de los Señores de la Guerra y de sus aliados, los ricos locales, fue un gran obstáculo que había que superar si se quería que triunfaran los esfuerzos de los revolucionarios. Después de 1911, los revolucionarios chinos se enfrentaron a restos más poderosos, mucho más arraigados y militarmente potentes del antiguo régimen, que los revolucionarios franceses después de 1789 y (especialmente) los revolucionarios rusos después de 1917.

La implicación más importante de esta situación social revolucionaria china especial, después de 1911, fue que "la unificación de China y la recreación de la autoridad central sólo pudo comenzar dentro del propio sistema militarista".[14] Hubo que encontrar medios para sobrepasar los obstáculos normales y la dinámica del sistema naturalmente divisorio de competencia entre los Señores de la Guerra, mientras los potenciales unificadores competían, con éxito, con él. He aquí el desafío y los dilemas más decisivamente confrontados, primero, desde comienzos de los años veintes, por el Kuomintang (originalmente ayudado por el Partido Comunista Chino, basado en las ciudades); y luego, después de 1927, por los comunistas exilia-

14 Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis,* eds. Ho y Tsou, volumen 1, libro 1, p. 220.

dos en la zona rural. Cada uno de estos movimientos políticos revolucionarios desarrolló los medios militares para adueñarse de una base geográfica segura para el establecimiento de una administración gubernamental dentro de China, porque cada uno, más tarde o más temprano, canalizó extraordinarios recursos de que no disponían, o no pudieron utilizar sus competidores. Con el tiempo, estos dos movimientos arrojaron a un lado a los "simples" Señores de la Guerra y se enfrentaron, unos a otros, como serios competidores para unificar y gobernar a China. Procedamos a echar una ojeada de cerca a las razones de los triunfos iniciales y del fracaso final del Kuomintang, y de las tempranas derrotas y del triunfo final del Partido Comunista Chino.

Surgimiento y decadencia del Kuomintang basado en las ciudades

La Revolución francesa tuvo a los jacobinos y la Revolución rusa tuvo a los bolcheviques. En cambio, la Revolución china tuvo *dos* movimientos políticos revolucionarios paralelos, que tendían y que lograron considerable éxito, consolidando el poder del Estado dentro de la situación social revolucionaria posterior a 1911. Uno de ellos, el Kuomintang, basado principalmente en el apoyo de las ciudades y sus recursos; el otro, el Partido Comunista Chino, basado después de 1927 en el apoyo campesino y en los recursos del campo. Ciertamente (como veremos), el triunfo final de los comunistas dependió de su capacidad de penetrar en las comunidades rurales, desplazar los restos de la clase acomodada y movilizar la participación campesina hasta un grado sin precedentes en la historia china (al menos la reciente). Pero la supervivencia y la victoria final de los comunistas también dependió de la incapacidad del Kuomintang para consolidar el poder del Estado sobre una base urbana. Por ello, en esta sección no debemos analizar el desarrollo del Kuomintang sino también tratar de comprender por qué este movimiento de bases urbanas no pudo triunfar en China, en contraste con los bolcheviques y los jacobinos (y sus sucesores burocráticos y militares), que *sí* pudieron consolidar el poder del Estado sobre bases urbanas en sus sociedades predominantemente agrarias y campesinas. Sólo de esta manera podremos ver por qué hubo en la China revolucionaria dos grandes movimientos para consolidar el poder del Estado —incluso un movimiento distintivo, de

base campesina, que a la postre triunfó— y no un solo movimiento de bases urbanas.

El que movimientos por la reunificación política *surgieran* en la situación posterior a 1911, estuvo implícito en las orientaciones de todos los chinos con conciencia política. Los que aún eran fieles a los ideales tradicionales recordaron los beneficios de la unidad imperial. Hasta los Señores de la Guerra luchaban con el objetivo declarado de promover la reunificación. Pero, más importante, crecientes números de chinos que habían recibido una moderna educación universitaria, así como los hombres de negocios chinos que aumentaban en capacidad económica e independencia durante el periodo de la primera Guerra Mundial se convirtieron a diversos ideales de la cultura occidental y se convirtieron en vociferantes partidarios de la autonomía nacional china y su afirmación, contra los privilegios humillantes de las potencias imperialistas. Estos modernos nacionalistas se concentraban ante todo en las grandes ciudades costeras, muchas de las cuales eran puertos occidentalizados "de Tratado". Estas mismas ciudades fueron las primeras sedes de los movimientos antiimperialistas periódicos de masas, en la secuela de la primera Guerra Mundial, cuyas disposiciones enfurecieron a los chinos ya que abiertamente desdeñaban las aspiraciones de integridad nacional. Contra este fondo, no es de sorprender que los primeros dirigentes y las bases populares organizadas, tanto del Kuomintang como del Partido Comunista Chino, procedieran de estos centros urbanos "modernizados" de la China de comienzos del siglo XX.[15]

Alianza y rompimiento con los comunistas

El Kuomintang y el Partido Comunista surgieron casi al mismo tiempo, y pronto fueron aliados en una lucha nacionalista contra los Señores de la Guerra. En julio de 1921, el Primer Congreso del Partido Comunista Chino (PCCH), consistente en trece representantes de los círculos intelectuales izquierdistas, se reunió en Shangai. A finales de 1922, el Kuomintang (KMT) de Sung Yatsen —que era un partido sueltamente organizado, el cual consistía básicamente en intelectuales de las bases urbanas, y que era

15 Robert C. North e Ithiel de Sola Pool, "Kuomintang and Chinese Communist Elites", en *World Revolutionary Elites*, eds. Harold D. Lasswell y Daniel Lerner, Cambridge, MIT Press, 1966, pp. 376-395.

el sucesor de las organizaciones revolucionarias Teng Meng Hui, de 1911— decidió aceptar la ayuda y el consejo de la Unión Soviética y reorganizarse en un partido demócrata-centralista, con base entre las masas. Finalmente, en 1924, el PCCH y el nuevo KMT, actuando ambos de acuerdo con los consejos soviéticos, convinieron en unirse y trabajar juntos en pro de una "revolución nacionalista y democrática". En adelante, los miembros del PCCH fueron admitidos para pertenecer simultáneamente a su partido y desempeñar papeles importantes en el reorganizado KMT.

Entre 1923 y 1926, el Kuomintang, que desde 1924 incluía a los comunistas, realizó tres cosas importantes.[16] Primera: creó un eficaz Gobierno Nacionalista, dentro de su base, que iba ensanchándose en torno de Cantón. Segunda: creó y desarrolló un Ejército Revolucionario Nacionalista, bien armado y entrenado, controlado desde el centro y adoctrinado en materia política, y lo preparó para la Expedición al Norte, para derrotar a los Señores de la Guerra y reunificar a China. Y tercera: edificó un partido antiimperialista, centralmente organizado, pero con base entre las masas, orientado a la reforma social. Los ingredientes decisivos de la fórmula del KMT para desarrollar una fuerza capaz de derrotar a los regímenes de los Señores de la Guerra fueron la ayuda militar y financiera soviética así como la movilización popular y la ideología nacionalista, pues éstos eran los recursos de que carecían los Señores de la Guerra, al menos en su combinación.

Un requisito para la consolidación del poder del KMT en la provincia de Kwantung fue el desarrollo del Ejército Nacional Revolucionario (ENR). En la academia de Whampoa, eran preparados y políticamente adoctrinados los oficiales del ENR, por instructores chinos y rusos. La ayuda financiera y las armas rusas, canalizadas por las autoridades del KMT, facilitaron el control de toda una variedad de unidades que constituían al ENR. En 1925, Chiang Kai-shek pudo enfrentar su ejército a los militaristas rivales de Kwangtung. La derrota de éstos permitió al gobierno nacionalista, con ayuda de un recién establecido Banco Central, financiar por medio de Rusia un préstamo, para centralizar y racionalizar los procedimientos de recaudación de impuestos, aumentando así sus ingresos y extendiendo más su capacidad de reclutar y controlar unidades militares.

[16] Sigo en esto a Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis*, eds. Ho y Tsou, vol. 1, libro 1, pp. 224-241.

Mientras tanto, los comunistas y los cuadros del KMT "de izquierda" aportaron el impulso que los miembros del KMT, entre 1923 y 1926 aumentaran de unos cuantos miles a más de 200 mil, sin contar enormes ingresos paralelos en asociaciones de movimientos de masas relacionados con el Partido.[17] Como resultado de sus esfuerzos especiales, el PCCH y su organización juvenil también crecieron considerablemente, sobre todo después de 1925. Este temprano PCCH se consideraba como el "Partido del proletariado". Así, el Partido

> trató de organizar a todo el proletariado en una red de sindicatos industriales [...] vinculados en federaciones funcionales y metropolitanas y todas ellas unidas en un Sindicato General del Trabajo, controlado por el propio Partido. En pocos años de intensos esfuerzos, un puñado de jóvenes intelectuales [...] lograron [...] crear o penetrar y adueñarse de centenares de sindicatos, varias grandes federaciones y una organización nacional que a mediados de 1927 afirmó contar con cerca de tres millones de miembros.[18]

Para todos los que formaban parte de la Alianza Nacionalista, la consolidación de la base de Kwangtung no era más que una preparación para lanzar una expedición militar que reunificara a China. Iniciada en julio de 1926, por el Ejército Nacional Revolucionario, "los objetivos básicos de la Expedición del Norte eran, primero, tomar las ciudades de Wu-Han [Hankow], luego tomar Shangai y Nanking y, por último adueñarse de Pekín. Este plan exigía la derrota de Wu P'ei-fu [Señor de la Guerra de Hupei, el norte de Hunán y de Honán], de Sun Ch'uan-fang [Señor de la Guerra de Fukién, Chekiang, Kiangsú, Anhwei y Kiangsí] y Chang Tso-lin [Señor de la Guerra de Manchuria, Shantung y Chihli [Hopei] en sucesión".[19] En octubre de 1926, las ciudades de Wu-Han habían sido tomadas en un rápido avance hacia el norte. Después de un periodo de reorganización para incorporar antiguas unidades enemigas que habían respondido a las iniciales victorias nacionalistas, con-

17 *Ibid.*, pp. 224-225.

18 C. Martin Wilbur, "The Influence of the Past; How the Early Years Helped to Shape the Future of the Chinese Communist Party", en *Party Leadership and Revolutionary Power in China*, ed. John Wilson Lewis, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, p. 56. Véase también Jean Chesneaux, *The Chinese Labor Movement, 1919-1927*, trad. H. M. Wright, Stanford, Stanford University Press, 1968.

19 Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis*, eds. Ho y Tsou, volumen 1, libro 1, p. 242.

virtiéndose a "la Revolución", las fuerzas nacionalistas pudieron tomar Shangai y Nanking en la primavera de 1927. Pero en este punto, los nuevos avances hacia el norte fueron interrumpidos por el rompimiento de la Alianza Nacionalista.

Como correctamente lo ha dicho Wilbur, "en cuanto los primeros estallidos triunfales de la Expedición del Norte terminaron, se hicieron agudas las cuestiones de '¿cuánta revolución social?' y '¿cuánto antiimperialismo' ".[20] Las tensiones siempre inherentes a la Alianza Nacionalista se convirtieron en contradicciones. Dentro de la jefatura del KMT, los dirigentes comunistas y del KMT de izquierda que compartían sus opiniones consideraron la Expedición del Norte más que como una campaña para unir al país; la vieron como el preludio a una considerable reforma social, o también como una revolución. Muchos de estos dirigentes izquierdistas habían trabajado para movilizar el entusiasmo de las masas entre obreros y campesinos.[21] Habían prometido el cambio social a las masas y esperaban, a cambio, aprovechar el apoyo de las masas y la revolución social para ascender a los puestos más altos del KMT

[20] *Ibid.*, p. 245.

[21] Sobre la temprana organización comunista de los campesinos, véase Shinkichi Eto, "Hai-lu-feng --The First Chinese Soviet Government", *China Quarterly* núm. 8, octubre-diciembre de 1961, pp. 161-183, y núm. 9, enero-marzo de 1962, pp. 149-181; Stuart Schram, *Mao Tse-tung* Baltimore, Md., Penguin Books, 1967, cap. V, y especialmente Roy Hofheinz Jr., *The Broken Wave: The Chinese Communist Peasant Movement, 1922-1928*, Cambridge, Harvard University Press, 1977. El enfoque del PCCH a la organización rural durante este periodo solió ser bastante ingenuo: se hizo gran hincapié en "predicar" a los campesinos, con el fin y el objetivo de hacerles unirse a las asociaciones. En el papel, en 1927 había enormes cantidades de miembros coordinadas por los líderes distritales, provinciales y nacionales del PCCH. Se emplearon, para aplicar a los campesinos, eslóganes moderados, reformistas, que incluían llamados antiimperialistas y favorables a la reducción de rentas. Ansiosos por proteger su alianza con el KMT, los cuadros del PCCH trataron de establecer una distinción entre "terratenientes bravucones" y "terratenientes patriotas". Los campesinos, habiendo tenido poca experiencia directa con el imperialismo, respondieron rápidamente a los llamados económicos de los comunistas. Pocos podían captar distinciones chinas entre tipos diversos de terratenientes. Y, una vez enardecidos, los campesinos no eran fáciles de controlar desde arriba. Así la agitación de los cuadros, por muy moderada que fuera su intención, trabajó para incrementar las tensiones de la clase rural. Pero los cuadros no estaban realmente preparados para la guerra de clase rural. Para defenderse (así como defender a los campesinos a los que habían levantado) contra las fuerzas mercenarias de los terratenientes, dependieron completamente, y con conmovedora confianza, de los ejércitos controlados por el KMT.



Mapa 5. *Las provincias de China y zonas adyacentes, 1930.* **Fuente: James Sheridan, *China in Disintegration*, Nueva York, The Free Press, 1975, p. IV.**

Por su parte, los dirigentes derechistas del KMT, durante largo tiempo habían desconfiado tanto de los izquierdistas como de los movimientos de masas, pues pensaban en la "Revolución" estrictamente como un asunto unificador y cautelosamente antiimperialista. Además, no estaban dispuestos a dejarse desalojar por un golpe comunista. Después de 1925 creció el movimiento de masas, y el entusiasmo por la Expedición del Norte condujo a crecientes huelgas, manifestaciones e inquietud en el campo. Como resultado, los dirigentes derechistas del KMT no tuvieron gran dificultad en encontrar apoyo a sus opiniones entre la burguesía, los ricos y los oficiales cuyas familias de terratenientes se veían amenazadas por las asociaciones campesinas. También los ataques a los civiles extranjeros durante las primeras etapas de la Expedición del Norte provocaron los temores de las potencias occidentales, moviéndolas a enviar fuerzas armadas para proteger las vidas de sus nacionales en los grandes puertos del centro de China.

Así, en 1927, la Alianza Nacionalista llegó a un punto de decisión crítica. Chiang Kai-shek, como jefe del ENR y foco personal de toda la suelta coalición de ejércitos que comprendía la fuerza militar de la Alianza, se hallaba en la mejor posición para decidir el asunto. Y así lo hizo: comenzando con el golpe de Shangai de abril de 1926, y extendiendo durante todo un periodo de violentas purgas de comunistas y jefes de movimientos de masas por todo el territorio dominado por el KMT, el Kuomintang fue reorientado. Se apartó de su continuada dependencia de la ayuda soviética y de la movilización de masas inspiradas por comunistas. En cambio, empezó a depender más de los recursos financieros de los hombres de negocios chinos en las recién conquistadas ciudades de la China central, y a depender de los ingresos del comercio internacional de los puertos y de la ayuda (incluso, asesoría militar) de las potencias occidentales.[22]

¿Cómo era posible otra decisión? Desde su nacimiento, el movimiento nacionalista había tendido básicamente a la conquista militar. La ayuda y el consejo de los soviéticos habían sido aceptados por Sun Yat-sen sólo porque parecían ofrecer riquezas extraordinarias en la lucha contra los demás regímenes militares. La movilización de masas, especialidad de los cuadros comunistas, también constituía un recurso único.

[22] Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis*, eds. Ho y Tsuo, volumen 1, libro 1, pp. 245-253.

Sin embargo, en cuanto los obreros huelguistas o las asociaciones de campesinos rebeldes empezaron a salirse de todo control, comprensiblemente parecieron a los militares unificadores, cada vez más una carga, que probablemente le enajenaría a los nacionalistas chinos de las clases superiores y atraería la intervención extranjera contra el KMT. Más aún: en la secuela de los triunfos iniciales de la Expedición del Norte, la riqueza de los centros urbanos de la China central pareció un bien recibido sustituto a los subsidios soviéticos. Y, en realidad, una vez movilizada mediante las innovaciones fiscales de T. V. Soong, esa riqueza permitió a Chiang Kai-shek consumar el avance para reunificar (nominalmente) la mayor parte del país durante 1928-1931. Esta campaña procedió por medio de campañas basadas en la clásica manera de los Señores de la Guerra, sobre una bien organizada combinación de batallas reales, maniobras diplomáticas para dividir a sus enemigos, y la compra de enemigos potenciales mediante subsidios de dinero o armas.[23]

No se consolida el control nacional

Sin embargo, en todo esto había que pagar un precio a largo plazo, aun en función de la propia meta nacionalista de unificación y fuerza para China, pues ningún régimen basado principalmente en el sector urbano moderno, centrado en los puertos del Tratado de China, podía esperar con realismo consolidar el poder del Estado centralizado en la China posterior a 1911. Unas breves comparaciones con la Francia y la China revolucionarias nos ayudarán a explicar por qué.

De manera un tanto similar a las ciudades portuarias comerciales de la Francia del siglo XVIII, estas modernas ciudades chinas se hallaban orientadas hacia afuera, situadas en los bordes del ámbito continental, y marginadas de toda jerarquía administrativa urbana a través de la cual habían gobernado las autoridades imperiales.[24] En las Asambleas Nacionales de la Francia revolucionaria, los políticos que procedían o estaban orientados hacia los intereses de los puertos comerciales franceses, tendieron a ser desplazados cuando el poder del Estado revolucionario fue consolidado por políticos de las ciudades y

23 *Ibid.*, pp. 253-260.

24 Véanse los mapas finales de Elvin y Skinner, eds., *Chinese City Between Two Worlds.*

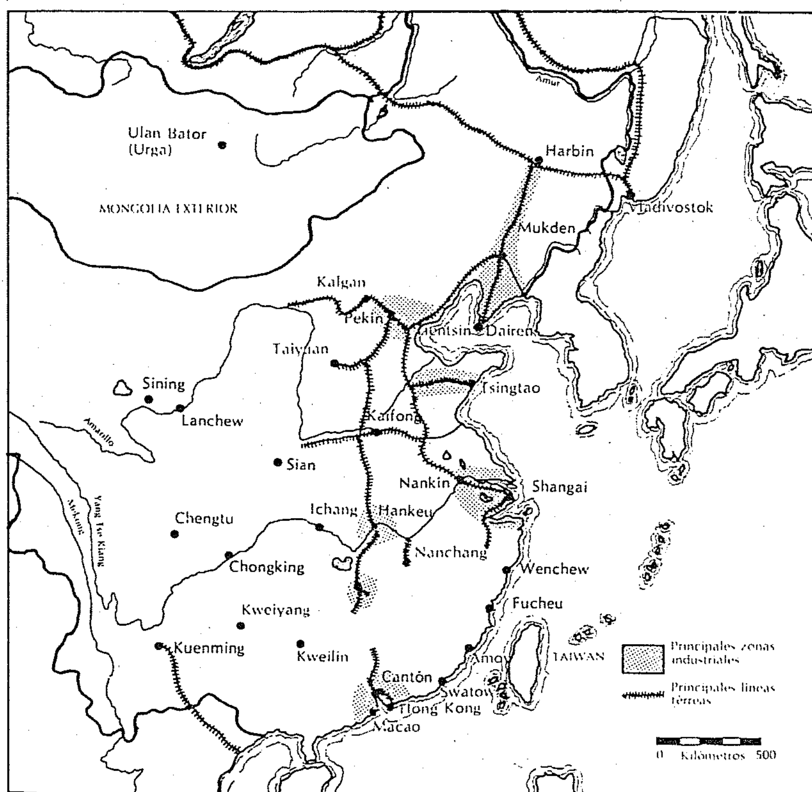
poblados del interior.[25] Pero ninguna sucesión semejante de los guías revolucionarios de bases urbanas podía ocurrir en China. La clase dominante rural, los ricos, permanecieron arraigados en el fondo de la antigua jerarquía administrativa, sobre el nexo de nivel básico entre la ciudad y el campo. Además, dentro del contexto de la época de los Señores de la Guerra que prevaleció después de 1916, la competencia por el poder nacional estaba absolutamente militarizada, y ya no era fácil suprimir a los atrincherados Señores de la Guerra que se hallaban en las zonas del interior. No habría jacobinos *montagnards* en China.

Y sin embargo, ¿por qué no pudo el Kuomintang (o algún otro partido con bases urbanas) imitar la estrategia de construcción de Estado de los bolcheviques, dependiendo de las industrias modernas, la movilización proletaria y las ventajas militares del transporte ferroviario? La respuesta es que simplemente no existían esos recursos. Aunque China había experimentado cierto grado de industrialización moderna y desarrollos ferroviarios antes de 1928, el grado general de desarrollo era muy inferior que el de Rusia antes de 1917. Así, en China (hasta 1949, no se diga ya en 1928) la producción total de las industrias modernas nunca superó el 3.5% del ingreso nacional, y los obreros industriales siguieron siendo considerablemente menos del 1% de la fuerza laboral. (Cifras más o menos comparables de los últimos tiempos de la Rusia zarista eran: 16% y 5% respectivamente).[26] Además, las industrias chinas eran básicamente industrias ligeras, de escala pequeño-mediana. Y (como lo indica el *Mapa 6*) se hallaban básicamente concentradas a lo largo de la costa del Este. Las líneas férreas (también indicadas en el *Mapa 6*) eran pocas y escasas, y no constituían en absoluto una red primaria completa que uniera todas las grandes ciudades y poblados de China. En contraste (como lo indica el *Mapa 4*, en el capítulo VI) Rusia poseía, antes de 1917, una red ferroviaria primaria completa; y sus industrias modernas eran en gran parte industrias pesadas en gran escala, localizadas en muchos de los

25 Véase la nota 8 del capítulo IV de este libro.

26 Para las cifras de China, véase Albert Feuerwerker, *The Chinese Economy, 1912-1949, Michigan Papers in Chinese Studies*, núm. 1, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Chinese Studies, 1968, caps. III-V, y Chesneaux, *Chinese Labor Movement*, cap. II. Para Rusia, véase Raymond W. Goldsmith, "The Economic Growth of Tsarist Russia, 1860-1913", en *Economic Development and Cultural Change* 9:3, abril de 1961, p. 442, y Teddy J. Uldricks, "The 'Crowd' in the Russian Revolution", en *Politics and Society*, 4:3, 1974, p. 402.

centros administrativos urbanos de la Rusia europea. Así, durante la Revolución rusa, los bolcheviques pudieron movilizar estratégicamente el apoyo proletario localizado para ayudarlos a construir nuevas organizaciones de Estado, en lugar de la jerarquía administrativa urbana mediante las cuales las autoridades zaristas habían mantenido unida a Rusia y habían dominado en el



Mapa 6. *Ferrocarriles y principales zonas industriales de China, en 1930.* Fuente: James Sheridan, *China in Disintegration*, Nueva York, The Free Press, 1975, p. iv, y Jean Chesneaux, *The Chinese Labor Movement, 1919-1927;* trad. H. M. Wright, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1968, pp. 423-426.

campo. Pero tal posibilidad no estaba abierta al Kuomintang (ni a ningún partido chino de bases urbanas). En cambio, sólo podía esperar obtener mediante impuestos la producción del sector comercial-industrial moderno de China, mucho más pequeño y marginal. Por las limitaciones de su base urbana moderna, el Kuomintang, después de 1927 nunca logró romper el círculo vicioso de ingresos inadecuados y control político central insuficiente que había abrumado a todos los anteriores regímenes militaristas en la China del siglo xx. Antes bien, el gobierno nacionalista sólo reprodujo las formas de los antiguos Señores de la Guerra en una escala mayor, superficialmente "nacional", como lo revelará una mirada atenta a las pautas posteriores a 1927.

Las victorias militares de los nacionalistas, fuese mediante lucha o conversión de unidades enemigas intactas, ocurrieron tan rápidamente después de 1925 y hasta mediados de los años treinta, que la adoctrinación política y la organización y financiamiento centrales no pudieron mantenerse al ritmo del crecimiento tal como ocurrió. No era posible desbandar ni reorganizar completamente aquellas unidades de los Señores de la Guerra que se habían convertido a la causa nacionalista. Así, generalmente hubo que dejarlas intactas, al mando de sus oficiales originales, y se les permitió mantenerse básicamente, como antes, de los recursos financieros, industriales y de mano de obra de sus bases geográficas establecidas. La lealtad al centro sólo pudo mantenerse mediante subsidios de dinero o armas procedentes de Nanking.[27] Estos acuerdos garantizaron, naturalmente, que el gobierno nacionalista no tuviese ni un ejército nacional unificado y eficaz, gobernable desde el centro, ni acceso gubernamental a los recursos de grandes zonas del país.

Así, aun después de las campañas anticomunistas de 1931-1935, habían dado a Nanking una oportunidad extraordinaria de extender los controles centrales más allá de su base original en las provincias de Chekiang y Kiangsú, en otras diez designadas como "zonas de supresión de bandidos" el régimen del Kuomintang aún no "era libre [...] de hacer nombramientos sin consultar a los gobernantes de las provincias [...] Tampoco Nanking podía establecer un sistema administrativo uniforme y

27 Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis*, eds. Ho y Tsou, vol. 1, libro 1, pp. 244-245; 259-260.

centralizado por todas las zonas. Cuestiones de finanzas provinciales seguían fuera del control central".[28]

Más aún:

> fuera de las diez Provincias de Supresión de Bandidos, la autoridad del Kuomintang era nominal o inexistente. Seguía existiendo un alto grado de provincialismo en Shansí, Kwangsí, Kwangtung, Yunnán y Szechwán. También existían varios grados de autonomía en Kweichow y en las provincias exteriores del norte y del noroeste. Allí los militaristas provinciales o regionales nombraban a sus propios funcionarios y regenteaban sus propios asuntos administrativos y financieros con poca o ninguna atención a los deseos de la autoridad central.[29]

Por último, aun en las provincias donde estableció su control militar y administrativo sin oposición, el régimen de Nanking mostró muy poca capacidad o inclinación para reorganizar la política al nivel de las aldeas y para poner en vigor reformas socioeconómicas. Por debajo de la base *hsien* (condados) de la burocracia, los ricos siguieron imperando.[30]

A su vez, por la superficialidad de su control político del país el régimen nacionalista entre 1928 y 1936, cedió a los gobernantes locales y provincianos los derechos de los impuestos sobre la tierra. En cambio, el régimen dependió enteramente de los ingresos urbanos, fáciles de recaudar: impuestos a los bienes de consumo, tarifas al comercio internacional y préstamos mediante bonos, de altos intereses, emitidos por bancos controlados por el gobierno.[31] Pero este enfoque a las finanzas del gobierno era limitador, pues en el mejor de los casos, estas medidas fiscales tenían un efecto neutral sobre el naciente sector comercial e industrial moderno; en el peor de los casos, limitaban la capacidad de compra del consumidor y destruían los incentivos para ahorrar o para las inversiones productivas a largo plazo. El crecimiento de la economía urbana del que tanto dependía el gobierno nacionalista quedaba así severamente

28 Hung-mao Tien, *Government and Politics in Kuomintang China, 1927-1937*, Stanford, Stanford University Press, 1972, p. 180.

29 *Ibid.*, p. 181.

30 *Ibid.*, caps. V y VI, John K. Fairbank, Edwin O. Reischauer y Albert M. Craig, *East Asia: Tradition and Transformation*, Boston, Houghton Mifflin, 1973, pp. 787-788, 793, y Lloyd E. Eastman, *The Abortive Revolution: China under Nationalist Rule, 1927-1937*, Cambridge, Harvard University Press, 1974, caps. I, III, V.

31 Feuerwerker, *Chinese Economy, 1912-1949*, pp. 54-56.

limitado, si no absolutamente sofocado.[32] Tampoco podía el gobierno empezar a invertir directamente en el desarrollo económico, pues virtualmente todos los ingresos eran devorados por gastos de administración, patrocinio y milicia.

A la postre, al perder dinamismo el régimen, también perdió toda vitalidad política y degeneró en una serie de camarillas burocráticamente atrincheradas, que enfocaban los nexos de lealtad personal a Chiang Kai-shek.[33] El "Generalísimo", que dirigía el Consejo Militar de estrategia, dedicaba la mayor parte de su atención y habilidades a las campañas militares contra los Señores de la Guerra que todavía quedaban y los "bandidos" comunistas.

También tenía que interesarse en los delicados procesos de mantener las camarillas políticas en competencia y a los militares subordinados inquietos, o bien comprados con subsidios y puestos honoríficos, o bien desequilibrados e incapaces de unirse en su contra. Las instituciones asesoras y administrativas civiles funcionaban sólo como adjuntos de las jerarquías militares y su personal estaba formado de acuerdo con el patrocinio necesitado por el séquito personal de Chiang. El Kuomintang dejó de reclutar partidarios populares y perdió las funciones coordinadoras y de toma de decisiones que había ejercido durante el periodo de la tutela soviética. Las organizaciones de masas o bien se dejaron atrofiar, o fueron utilizadas simplemente con propósitos de puesta en vigor de la despolitización de obreros, campesinos y estudiantes.

Si este régimen del Kuomintang se hubiese enfrentado sólo a desafíos militares internos durante dos o tres decenios, en lugar de un solo decenio, probablemente habría logrado una hegemonía militar-política colocada sobre el núcleo de China, al precio del continuado estancamiento socioeconómico. Sin

32 *Ibid.*, pp. 57-59, y Douglas S. Paauw, "The Kuomintang and Economic Stagnation, 1928-1937", en *Journal of Asian Studies*, 16, febrero de 1957, pp. 213-220. Eastman, en *Abortive Revolution*, pp. 226-239, no está de acuerdo con el argumento de Paauw, de que el sector moderno "se estancó" bajo el régimen nacionalista. Pero sigue presentando un cuadro sombrío.

33 Este párrafo se basa especialmente en Tien, *Government and Politics*, pt. 1; Patrick Cavendish, "The 'New China' of the Kuomintang", en *Modern China's Search for a Political Form*, ed. Jack Gray, Nueva York, Oxford University Press, 1969, pp. 138-186; Ch'ien Tuan-sheng, *The Government and Politics of China, 1912-1949*, Cambridge, Harvard University Press, 1950, *passim;* Sheridan, *China in Disintegration*, caps. VI-VII, y Eastman, *Abortive Revolution.*

embargo, aun esto parece improbable, aunque sólo fuese porque la crisis agraria, cada vez más profunda, casi ciertamente habría aportado inagotables abastos de reclutas campesinos a los restantes ejércitos de bandidos y comunistas. Pero, ¿qué gobierno nacional de la época moderna ha estado libre de presiones exteriores? En el caso de la China Nacionalista, la incapacidad del régimen, entre 1930 y 1936, de enfrentarse a las intrusiones japonesas, sólo invitó a la invasión en gran escala que llegó en 1937.

Huelga decir que Nanking no tuvo capacidad para enfrentarse al desafío de una guerra en gran escala con una potencia industrial. Esto fue así, no sólo por causa de la fuerza enemiga, sino también por la debilidad interna de un régimen imperfectamente unificado y centralizado, incapaz de movilizar la riqueza potencial de China y renuente a comprometer el dominio militarista y de la clase superior mediante la movilización política de las masas.

La retirada forzosa de los nacionalistas, que se apartaron de las ricas ciudades costeras internándose en la *hinterland* (tierra interior) solamente exacerbó todas las debilidades inherentes al régimen.

El gobierno nacionalista, a falta de un moderno sector urbano al que exigirle impuestos, se reacomodó en Chungking, y se dedicó a los expedientes, por una parte, de exprimir impuestos mediante intermediarios ricos locales, de las partes accesibles de la economía rural del sudoeste y, por otra parte, de obtener préstamos, a tasas estratosféricas de interés, y emitir papel moneda sin el debido apoyo. La recaudación de impuestos exacerbó la ira rural sin obtener ingresos o abastos adecuados, y la política de préstamos y de moneda generó una inflación incontenible en las ciudades. Los funcionarios del gobierno y los habitantes de las ciudades generalmente fueron atrapados en una espiral de precios ascendente y escasez de artículos básicos. Toda inversión aparte de la puramente especulativa, a largo plazo, se volvió completamente absurda.[34]

A pesar de todos sus sufrimientos, tampoco los sentimientos patrióticos de los partidarios urbanos del KMT fueron recompensados, porque la guerra contra Japón nunca fue venturosa. La situación presentada por Barbara Tuchman en su libro *Stilwell and the American Experience in China*, es comprensible como destino de un régimen militarista aislado de recursos

[34] Feuerwerker, *Chinese Economy, 1912-1949*, pp. 54, 59 y 62.

fácilmente explotables y cada vez más preocupado por la mera supervivencia.[35] La organización militar del régimen de Chungking durante la segunda Guerra Mundial fue una colección descentralizada de ejércitos, controlados casi todos ellos por comandantes de zona que combinaban funciones militares y civiles.

Ostensiblemente, la descentralización había de evitar la derrota de China ante Japón de un solo golpe. En realidad, reflejó y perpetuó la incapacidad de Chiang para gobernar a todas sus fuerzas desde el centro. A ningún comandante se podía ordenar o persuadir de emplear sus tropas primero contra los japoneses a menos que fuera directamente atacado, por temor de que perdieran su base ante otros comandantes, o de que sus fuerzas se debilitaran más aún. Además, el propio Chiang se mostraba renuente a emplear las unidades mejor equipadas que controlaba, y fuese contra los japoneses o para afirmar su dominio sobre sus subordinados cuasi-independientes, porque estaba ahorrándolas para el choque con los comunistas, que consideraba que ciertamente ocurriría en cuanto el Occidente derrotase al Japón. Y el poco control que tenía Chiang sobre los varios ejércitos nacionalistas dependía de los recursos financieros que él personalmente tenía como jefe del gobierno y, especialmente, de su capacidad de maniobrar y contraequilibrar unidades en un balance general de debilidad. El resultado final fue la situación que tanto enfureció al general Stilwell durante los años cuarenta: un enorme establecimiento militar, diseminado, virtualmente inútil para entablar la guerra; esencialmente, porque constituía el tegumento interno político laxo del régimen militarista de Chiang. Muy poco podía moverse, para que no se desplomara toda la estructura.

Además, una vez terminada la guerra, no se necesitó mucho tiempo para que el régimen de Chiang se desplomara, especialmente porque la suerte de un formidable competidor, el Partido Comunista Chino, mejoró por las mismas condiciones que habían socavado a los nacionalistas. Para ver por qué, retornemos cronológicamente a 1927 y veamos lo que ocurrió a los comunistas después de ser expulsados de la primera Alianza Nacionalista.

[35] Barbara W. Tuchman, *Stilwell and the American Experience in China, 1911-1945*, Nueva York, Macmillan, 1971. Sobre las condiciones rurales durante la fase bélica del gobierno del *Kuomintang*, véase Graham Peck, *Two Kinds of Time*, ed. rev., Boston, Houghton Mifflin, 1967.

Los comunistas y los campesinos

La temprana fuerza política del Partido Comunista Chino quedó diezmada en la purga del Kuomintang de 1927-1928. Los movimientos de masas fueron desbandados, y miles de jefes fueron muertos. Para su pena, la purga enseñó a los comunistas chinos "la amarga lección de que sin fuerzas militares propias, el cortejar a la *élite*, creación de una organización y jefatura de partido en el movimiento campesino y obrero se convirtieron en nada en las corrientes cambiantes de la China del Kuomintang y los Señores de la Guerra".[36]

Un Ejército Rojo a base de campesinos

Las oportunidades abiertas a los restos de los jefes comunistas estaban gravemente limitadas. Se enfrentaban a enemigos —los Señores de la Guerra y el ascendiente gobierno del Koumintang— que podían aprovechar los beneficios de la productividad urbana y la ayuda exterior para mantener la fuerza militar necesaria para exiliar a los comunistas de la ciudades de China. Desde luego, la fascinación con las ciudades era difícil de desarraigar entre muchos jefes del Partido. Durante años después de 1927 se hicieron intentos recurrentes por tomar las ciudades, y por ascender al poder sobre levantamientos de masas de campesinos y obreros, y apostándolo todo a la fuerza de unidades militares pequeñas supuestamente leales, que a menudo eran desertores del Kuomintang. Todos estos intentos resultaron abortados y costosos en vidas humanas. Gradualmente, mientras algunos jefes seguían tratando de tomar ciudades, y cuando Moscú (así como los jefes del partido chino, basados clandestinamente en centros urbanos) apremiaban al PCCH a no abandonar al proletariado, varios grupos de comunistas empezaron a gravitar hacia una nueva estrategia: la guerra de guerrillas de base campesina, que ayudaría a llevar al Partido a la victoria.[37]

Precisamente porque esta estrategia militar era la única posible dadas las circunstancias, el Partido Comunista Chino después

36 Mark Selden, "The Guerrilla Movement in Northwest China, the Origins of the Shensi-Kansu-Ninghsia Border Region (Part I)", en *China Quarterly*, núm. 28, octubre-diciembre de 1966, p. 68.

37 Franklin W. Houn, *A Short History of Chinese Communism*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1973, cap. III, y Robert W. McColl, "The Oyüwan Soviet Area, 1927-1932", en *Journal of Asian Studies* 27:1, noviembre de 1967, pp. 41-60.

de 1927 se vio obligado a entrar en acuerdo con el campesinado, de manera muy distinta de como había ocurrido en Francia y en Rusia. Los campesinos podían ser enrolados por la fuerza en ejércitos permanentes, dirigidos por profesionales y abastecidos por los centros urbanos; en cambio, había que persuadirlos de aportar voluntariamente mano de obra y abastos para los Ejércitos Rojos. Los campesinos no darían tal apoyo de manera voluntaria y confiable, a menos que los comunistas parecieran estar luchando en favor de sus propios intereses, y en un estilo que se conformara a sus orientaciones localistas. La guerra de guerrillas es un modo descentralizado de lucha, y por tanto era potencialmente adecuado a las tendencias campesinas.[38] Pero en principio, nada impide a las fuerzas militares de tipo guerrillero ser (o convertirse en) bandas dispersas y desunidas de hombres armados que pueden terminar simplemente viviendo del pueblo. Lo que hizo tan distinto al Ejército Rojo de los comunistas chinos, construido desde finales de los años veinte hasta los cuarenta, fue que combinó las tácticas guerrilleras con una unificación político-ideológica por medio del control del Partido. Y evolucionó hacia un modo de operación que entrañaba no sólo entablar batallas sino también cooperar con el campesinado y movilizarlo.

Como el Ejército Rojo soviético durante la guerra civil rusa (y los ejércitos revolucionarios franceses, dirigidos por los *montagnards* de 1793-1794), el Ejército Rojo chino estuvo penetrado por Comités y comisarios políticos. Sin embargo, el objetivo supremo de los representantes del Partido Soviético simplemente había sido exigir la lealtad de un ejército estratificado, profesional, básicamente a fuerza de conscriptos. En cambio, los cuadros de los comunistas chinos en el Ejército Rojo hicieron mayor hincapié en educar a todos los miembros de la milicia hacia una cooperación dedicada, con el objeto de alcanzar objetivos definidos por el Partido.[39] Aunque nunca se aflojó la disciplina militar básica, las diferencias de grado y de recompensas entre los oficiales y sus hombres se redujeron, y se subrayó el compromiso ideológico universal. Todo esto fue necesario para alcanzar una acción militar eficaz en circunstan-

[38] John Ellis, *Armies in Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, cap. X.

[39] Ying-mao Kau, *The People's Liberation Army and China's Nation-Building*, White Plains, N. Y., International Arts and Sciences Press, 1973, páginas XXI-XXV.

cias económicamente difíciles en una situación en que no podían existir estructuras centralizadas y rígidas, pues como ejército guerrillero, el Ejército Rojo necesariamente estaba compuesto por pequeñas unidades capaces de acción flexible e independiente sobre una base descentralizada. Sin embargo, también tenía que ser eficazmente coordinado y estar dispuesto a combinarse para operaciones en gran escala cuando las condiciones así lo permitieran.

En otro agudo contraste (especialmente) con el Ejército Rojo soviético, el Ejército chino fue preparado para "unirse" con el campesinado civil.[40] Fundamentalmente, esto significó tratar las vidas, propiedades y costumbres de los campesinos con escrupuloso respeto. También significó que, siempre que unidades del Ejército Rojo se apoderaran de zonas ocupadas, trataran de mezclarse con las vidas diarias de los campesinos de dos maneras principales. Primera, para abastecerse sin sobrecargar ni violar las vidas de los campesinos, las unidades del ejército se dedicaban a actividades de producción. Y segunda, para conquistar el apoyo activo de los campesinos, las unidades del Ejército Rojo promovían la educación política, las actividades del Partido y la organización de la milicia en las aldeas con las que tenían contactos sostenidos. En suma, para convertirse en "un pez nadando en el mar del pueblo", el Ejército Rojo hubo de emprender actividades económicas y políticas, así como de combate.

En los años que siguieron inmediatamente a 1927, el Ejército Rojo empezó realmente a tomar forma. La guerra de guerrillas era por entonces la única posibilidad realmente viable que quedaba a los comunistas. Pudieron organizarse unidades de lucha en zonas inaccesibles, donde el control de los nacionalistas o los Señores de la Guerra era débil, o bien traslapante y dividido. También era muy importante que unidades de guerrilla, pequeñas y dispersas, pudieran estar compuestas *inicialmente* por individuos o grupos que no estuvieran realmente asentados en las comunidades rurales, zonas que, desde luego, solían encontrarse todavía bajo el control de los terratenientes, directa o indirectamente. En cambio, los reclutas iniciales para la guerra de guerrillas podían salir de las filas de los campesinos que habían sido desplazados a emprender actividades ilegales centradas en remotas "zonas fronterizas"; es decir, zonas en las montañas y entre diversas provincias. Afortunadamente para los comunistas chinos —pero no incidentalmente, a la luz de lo

40 *Ibid.*, pp. XXV-XXVI.

que ya hemos aprendido acerca de la dinámica agraria en China y de las condiciones críticas del periodo—, los potenciales reclutas campesinos desplazados abundaban donde los comunistas chinos más los necesitaban.

Disponemos de información acerca de dos de tales tempranas concentraciones de fuerzas guerrilleras comunistas a finales de los años veinte: los partidarios comunistas de la zona limítrofe de Shensi-Kansu-Ningsia (Shen-Kan-Ning)[41] y el "Cuarto Ejército Rojo" encabezado por Mao Tse-tung y Chu-Teh en las montañas de Chingkang-shan, de la China central.[42] En ambas zonas, fuerzas "revolucionarias" (para horror de los máximos dirigentes del Partido), consistían en elementos *déclassés* como bandidos, ex soldados y contrabandistas. Eran guiadas por una combinación de sus propios líderes indígenas, además de cuadros del partido comunista, habitualmente antiguos intelectuales sin ninguna experiencia militar. Para los grupos de partidarios en ambos lugares, la simple supervivencia como unidades militares organizadas era el primer problema urgente. Con excepción de pobres y dispersas aldeas localizadas en baluartes de montaña, estas minúsculas unidades rojas no parecen haber dominado grandes territorios, ni contenido muchas comunidades durante largos periodos. Los contactos con campesinos establecidos eran en su mayoría transitorios y con frecuencia clandestinos (por ejemplo, contactos de noche con amigos en las aldeas fuera de los baluartes de montaña). Como los bandidos, estos primeros ejércitos rojos tuvieron que solicitar y más a menudo confiscar recursos de fuera de sus baluartes para poder vivir. Y sin embargo, eran bandidos, pero con una diferencia: entre ellos, los miembros del Partido constantemente estaban predicando a las tropas, y los campesinos en las aldeas ocupadas durante cierto tiempo, respecto a los principios básicos y objetivos del programa comunista. Además, siempre que era posible, los rojos trataban de atraer a los campesinos más pobres, confiscando y redistribuyendo las tierras de los campesinos ricos.

Sin embargo, tal bandidismo social rojo no fue más que una fase transitoria. Evidentemente, los propios comunistas tenían

41 Mark Selden, *The Yenan Way in Revolutionary China*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, pp. 42-78.

42 Stuart Schram, *Mao Tse-tung*, Baltimore, Md., Penguin Books, 1967, pp. 124-145; Edgar Snow, *Red Star Over China* (1938); reimpresión ed., Nueva York, Grove Press, 1961, pp. 164-188, y Agnes Smedley, *The Great Road, The Life and Times of Chu Teh*, Nueva York, Monthly Review Press, 1956, L. 6-7. Para más información sobre otra temprana base del Ejército Rojo véase McColl, "Oyüwan Soviet".

propósitos mucho mayores en mente. Además, hasta el grado en que triunfó este temprano enfoque, permitió a las fuerzas rojas sobrevivir y extenderse. Y la expansión las puso frente al que sería el dilema central en la búsqueda del triunfo de los comunistas chinos por medio de la guerra de guerrillas rural: cómo lograr un contacto estable y directo con los campesinos asentados y productivos. Si esto no se hacía, las dispersas unidades guerrilleras difícilmente podrían convertirse en ejércitos capaces de conquistar el poder del Estado. En principio, los comunistas podían ofrecer toda una variedad de medidas políticas, como la reducción de impuestos o rentas, y la toma y redistribución de las propiedades de los ricos, la provisión de servicios locales sociales y la protección contra los ejércitos de merodeadores, que podían atraer a los necesitados campesinos establecidos; pero la verdadera aplicación de tales medidas políticas dependió de ganar un acceso directo a los campesinos en sus comunidades, lo que significaba trabajar alrededor y por debajo de los campesinos ricos y de sus partidarios y por último, desplazarlos. Ello, a su vez, constituyó un intrincado proceso político que sólo pudo triunfar efectuado por los cuadros comunistas que trabajaban directamente en las aldeas, bajo la protección de, al menos, un mínimo escudo militar-administrativo. Sin embargo, para lograr este tipo de control militar y administrativo sobre bases territoriales era exactamente para lo que, en primer lugar, se necesitaban los ejércitos rojos apoyados por campesinos establecidos. Los comunistas chinos no estuvieron en camino hacia la victoria final hasta que parcialmente encontraron y parcialmente crearon las condiciones que combinaban cierto grado de seguridad territorial con posibilidades y presiones para penetrar y reorganizar las comunidades locales, lo cual les permitió forjar un vínculo directo con los campesinos establecidos.

Las tempranas tácticas del bandidismo social rojo se aplicaron en medios rurales, donde las fuerzas militares enemigas eran débiles o estaban divididas (como durante 1928-1930 en la China central, debido a conflictos entre los nacionalistas y los Señores de la Guerra, en la secuela de la Expedición del Norte). Estas tácticas pronto "empezaron a dar dividendos en la creación de mayores bases y ejércitos del interior".[43] Así, en 1931 los comunistas lograron establecer el gobierno "Soviético Kiangsi", que gobernaba una población establecida que, según

43 Wilbur, "Military Separatism", en *China in Crisis*, eds. Ho y Tsou, volumen, 1, L. 1, p. 260.

las fortunas de la guerra, variaba entre nueve y treinta millones. Durante la breve vida del *soviet*, los comunistas tuvieron sus primeras oportunidades de experimentar técnicas de movilización de masas para obtener recursos rurales y mantener a sus tropas.[44] Pero poco o nada lograron en sus intentos de transformar permanentemente las estructuras políticas y de clase de aldea, de tales maneras que permitieran una máxima movilización de los recursos económicos y la mano de obra campesina; pues la administración del *soviet* siguió siendo rudimentaria, y sin llegar nunca directamente a las localidades para desplazar a las élites locales. Y la seguridad de la zona base ante los ataques militares nunca fue suficiente para permitir al Ejército Rojo dar protección fidedigna a los campesinos que atacaban a los ricos campesinos y terratenientes, y que compartían los despojos que les daban los cuadros comunistas.

Habiendo sofocado los principales centros de oposición de los Señores de la Guerra al régimen de Nanking en la China central, Chiang Kai-shek, con la anuencia de las autoridades locales y provinciales ansiosas por la política social-revolucionaria de los comunistas, dirigió sus bien equipados ejércitos contra el *soviet* de Kiangsi. Al principio, las tácticas guerrilleras lograron mantener a raya a los nacionalistas. Pero en 1935, la quinta campaña de "rodeo y aniquilamiento" de Chiang, pleneada por estrategos militares alemanes, logró obligar a los comunistas a abandonar por completo las regiones centrales más ricas de China. Sólo después de la cruel prueba de la "larga marcha",[45] los restos de las fuerzas comunistas llegaron a una zona donde pudieron reagruparse y sobrevivir: la pobre y desolada región rural de Shensi-Kansu-Ningsia, en el noroeste de China. Allí ya había florecido un movimiento de guerrillas rojas, que había logrado considerable éxito apelando a los campesinos pobres de la región.[46] Reforzada por las fuerzas que habían evacuado el centro de China, la base de Shen-Kan-Ning pronto empezó a extenderse.

[44] Véase Ilpyong J. Kim, "Mass Mobilization Policies and Techniques Developed During the Period of the Chinese Soviet Republic", en *Chinese Communist Politics in Action*, ed. A Doak Barnett, Seattle, University of Washington Press, 1969, pp. 78-98, y Franz Schurmann, *Ideology and Organization in Communist China*, 2ª ed., Berkeley, University of California Press, 1968, pp. 414-416.

[45] Véase Dick Wilson, *The Long March, 1935*, Nueva York, Avon Books, 1973.

[46] Selden, *Yenan Way*, caps. I-III.

El Segundo Frente Unido: reclutamiento de cuadros y control administrativo

En este punto intervinieron los acontecimientos políticos nacionales e internacionales, que son muy comprensibles, dado lo que hemos aprendido acerca de la debilidad inherente al régimen nacionalista. Estos acontecimientos determinaron que los comunistas tuviesen tiempo de atrincherarse sólidamente en el noroeste y de que disfrutaran de circunstancias favorables para extender su movimiento y tener bases territoriales en una gran zona de China. Por una parte, las violaciones japonesas a la soberanía china, desde 1930, estaban haciendo que muchos chinos cultos se desilusionaran de las credenciales nacionalistas del régimen de Chiang Kai-shek. Chiang seguía determinado a superar toda oposición interna antes de enfrentarse a la amenaza japonesa, pero esa política, por muy comprensible que sea desde el punto de vista de Chiang, no atraía al público educado de las ciudades. Así, cuando en 1935 los comunistas empezaron a reafirmar sus credenciales nacionalistas perfectamente válidas, haciendo un llamado a un "Frente Unido" contra Japón, la idea encontró considerable apoyo en las ciudades.[47] Además, en cuanto los comunistas se hubieron afirmado en el noroeste, Chiang Kai-shek empezó a depender del Señor de la Guerra, parcialmente autónomo, Chiang Hsueh-liang, para proseguir la guerra civil contra ellos. Pero las fuerzas de Chiang-liang eran de manchurianos que habían sido expulsados de sus tierras por los japoneses, y resultaron susceptibles a las ofertas comunistas de una alianza *de facto* contra los japoneses. Por consiguiente, cuando Chiang Kai-shek llegó a Sian en 1936, con la intención de espolear a su aliado, el Señor de la Guerra, a una actividad más vigorosa contra los rojos, Chiang Hsueh-liang "arrestó" al Generalísimo, y sólo lo liberó cuando éste públicamente convino en establecer un frente unido antijaponés con los comunistas.[48]

Para los comunistas, éste fue un respiro necesario y una buena oportunidad para extender el llamado de su movimiento a los chinos educados en el marco de la lucha patriótica. Al ingresar en el Frente, los comunistas pusieron sus ejércitos y

[47] John Israel, *Student Nationalism in China, 1927-1937*, Stanford, Cal., Hoover Institution Publications, 1966.

[48] Un vivo relato de este "incidente de Sian" aparece en Edgard Snow, *Red Star Over China*, pp. 431-478.

zonas de base bajo la autoridad nominal de los nacionalistas. Convinieron en no hablar de lucha de clases, y en fomentar en cambio la unidad nacional junto con reformas moderadas. A cambio, recibieron el habitual tipo de subsidios pagados por el gobierno nacionalista a los regímenes regionales aliados y durante un tiempo se beneficiaron de la ausencia relativa de oposición militar del KMT.[49]

La invasión japonesa de China, desencadenada por completo en 1937, fue, desde luego, un desastre militar para todas las unidades militares que formaban la fuerza principal de la nueva alianza nacionalista. Ninguna de estas fuerzas pudo contener o rechazar el ataque japonés. Sin embargo, las condiciones creadas por la ocupación japonesa de grandes zonas del país permitieron a los comunistas, ya orientados hacia la movilización rural, ciertas nuevas oportunidades políticas:

> Pues mientras los invasores japoneses podían ocupar las ciudades, donde había estado basado el Kuomintang, no tenían mano de obra suficiente para controlar eficazmente los campos, mientras que las bases guerrilleras comunistas se multiplicaban rápidamente durante los años de guerra. La retirada de las fuerzas militares del Kuomintang hacia el oeste ante los ejércitos japoneses invasores, y el concurrente desplome de la autoridad gubernamental nacionalista en gran parte de China, permitió a los comunistas salir de su remoto refugio de Shensi y extender su influencia política y militar por vastas zonas de los campos del norte y el centro de China[...] El gradual crecimiento de los núcleos políticos y militares comunistas, apoyados por los campesinos en muchas partes de China, durante los años de guerra, resultó decisivo cuando la lucha revolucionaria con el Kuomintang se reanudó con plena furia en 1946, en una guerra civil de masas.[50]

La capacidad de los comunistas para aprovechar las mismas condiciones de guerra que habían debilitado al Kuomintang dependió de su triunfo final para combinar llamados nacionalistas a potenciales reclutas educados con respuestas concretas a los intereses de los campesinos (incluyendo tanto el interés de los campesinos en unas eficaces medidas defensivas contra el terror japonés, como su interés en eliminar del poder a los ricos

[49] Selden, *Yenan Way*, pp. 116-120.

[50] Maurice Meisner, "Yenan Communism and the Rise of the Chinese People's Republic", en *Modern East Asia; Essays in Interpretation*, ed. James B. Crowley, Nueva York, Harcourt, Brace, and World, 1970, pp. 278-279.

sobre la vida política y económica local).[51] Por una parte, la capacidad de los comunistas para identificar su causa con el interés nacionalista en una resistencia vigorosa a los japoneses, les permitió reclutar "miles de estudiantes e intelectuales [que] emigraron a Yenán [...] Allí, en la universidad antijaponesa del Ejército Rojo del noroeste, muchos fueron adiestrados [...] hasta llegar a ser importantes cuadros políticos, administrativos y militares para la base comunista, en rápida expansión, y su zona de guerrillas".[52] Y por otra parte, su capacidad última para llegar directamente a las aldeas y organizar a los campesinos para la resistencia, la producción y la lucha de clases dio a los comunistas acceso a las riquezas extraordinarias que necesitaban para expulsar al Kuomintang de la China continental después de 1946; sin embargo, la realización de estas dos movilizaciones no ocurrió al mismo tiempo, ni sin contradicciones potenciales.

Al principio, entre 1937 y 1940, el periodo del Frente Unido eficaz, el foco principal del interés comunista parece haber parecido ajeno a los asuntos internos de las aldeas. Desde luego, se recaudaban impuestos a lo largo de las líneas reformadas; se alentaba a los jóvenes a unirse al Ejército Rojo; se llevaban a cabo obras de defensa local; y ocasionales equipos de trabajo visitantes llegaban a las aldeas. Pero la movilización sistemática de los campesinos fue un tanto descuidada, y no se intentó ninguna redistribución en gran escala de la tierra.[53] Vale la pena notar que muchas familias tradicionales de la clase dominante e individuos de *élite* pudieron desempeñarse bastante bien durante el Frente Unido. No es que la presencia de los comunistas no estableciera ninguna diferencia: por ejemplo, los terratenientes a

51 Hay muy pocas pruebas en apoyo de la conocida tesis de Chalmers Johnson, de que la expansión comunista durante el periodo de Yenán se debió al "nacionalismo campesino" y no a los llamados comunistas a los intereses socioeconómicos de los campesinos. La mayoría de los campesinos chinos aún no tenían suficiente conciencia política (en escala extralocal) para ser "nacionalistas". Antes bien, parecen haber respondido favorablemente a los comunistas siempre que éstos actuaran para proteger los intereses de los campesinos, ya fuesen intereses en mayor seguridad económica o intereses en protección contra los ejércitos merodeadores (de cualquier nacionalidad). Para argumentos y testimonios, véase Chalmers A. Johnson, *Peasant Nationalism and Communist Power*, Stanford, Stanford University Press, 1962; Selden, *Yenan Way*, pp. 91-93, 119-120, y Donald G. Gillin, "'Peasant Nationalism' in the History of Chinese Communism", *Journal of Asian Studies*, 23:2, febrero de 1964, pp. 269-289.

52 Meisner, "Yenan Communism", en *Modern East Asia*, ed. Crowley, página 279.

53 Selden, *Yenan Way*, cap. IV.

menudo tuvieron que pasar por las formalidades de reducir sus tasas de renta e interés; y las familias más ricas oficialmente pagaban impuestos con tasas más altas de evaluación que las pobres. Sin embargo, también había subterfugios. Los terratenientes podían amenazar en secreto a los campesinos con desalojo, a menos que se les pagaran bajo la mesa alquileres "normales"; o las familias ricas podían tranquilamente dividir sus tierras entre varios hijos, y "dar" temporalmente sus tierras a relaciones pobres de clan, para evitar las tasas de impuesto más altas. Sin insistir en la organización intra-aldea para aplicar las reformas, a veces se efectuaron cambios más en la apariencia que en la realidad. Además, durante el periodo del Frente Unido, se permitió a los miembros de todas las clases, de hecho se les alentó, a participar en la política. Por consiguiente, muchos terratenientes y antiguos terratenientes sirvieron al gobierno, y algunos llegaron a ser miembros del Partido.

En esencia, durante el Frente Unido, los comunistas actuaron como una dinastía china tradicional recién establecida, o como una rebelión parcialmente triunfante, o bien como un poder militar provinciano bajo la tutela nacionalista, lo que, en cierto sentido, eran. Dedicaron sus esfuerzos a construir y consolidar el control en los niveles de zona de base y regional.[54] Naturalmente, construir unidades del Ejército Rojo de la fuerza principal y mantener organizaciones guerrilleras y milicianas constituyó una gran parte de su esfuerzo. Además, hubo miles de estudiantes e intelectuales atraídos a Yenán después del advenimiento del Frente Unido, junto con cuadros del partido de alto nivel, ya veteranos, y oficiales tradicionales que quedaron atrás (como se les animó a hacerlo durante todo este periodo). Todos fueron puestos a trabajar como administradores en los niveles regionales y de condado para desarrollar medidas políticas socioeconómicas y planes para la administración. Poderosos departamentos funcionales, cada uno en la cúspide de una jerarquía vertical de departamentos que descendía, desde el nivel regional, surgieron como principales centros de la política. Eran de nivel cumbre, orientados a la política, más que las aldeas. Su efecto consistió en burocratizar la administración comunista; no en movilizar a los campesinos para el cambio. Los administradores locales, aunque supuestamente más cercanos al pueblo, se quedaron con poco que hacer, sino aplicar las medidas políticas, si podían. En 1940, los comunistas tenían en sus

[54] *Ibid.*, pp. 144-161.

zonas de base del norte cerca del mismo grado de control regional administrativo y militar que hubiese podido tener un eficaz gobierno chino tradicional. Desde luego, la presencia de los japoneses los mantenía fuera de las ciudades y poblados y les impedía el acceso a las grandes redes de comunicaciones y transportes. También las constantes luchas hicieron las fronteras inestables en la zona base (aun cuando este problema sólo fue agudo después de 1940, según Mark Selden). Empero, en términos generales, los primeros tres años del Frente Unido habían demostrado ser una panacea para los comunistas, permitiéndoles, con la renuente aquiescencia del KMT, consolidar un firme control administrativo sobre extensas zonas y poblaciones.

Sin embargo, en 1941, el triunfo mismo del temprano programa del Frente Unido "socavó su base: la rápida expansión (comunista) precipitó agudos choques con los japoneses y el Kuomintang".[55] Los japoneses empezaron a lanzar grandes ataques contra los comunistas, que "constituían la amenaza dominante de las aspiraciones japonesas de conquista",[56] y el KMT intensificó su bloqueo a las zonas en poder de los comunistas y cortó sus subsidios al Ejército Rojo y a la administración comunista. Bajo presión de fuera, los comunistas se vieron obligados a echar cargas cada vez más pesadas sobre el campesinado. Y a menos que hubiera cambios, necesariamente tenían que hacerlo así, mediante un aparato administrativo notablemente similar en estilo al aparato tradicional. Tal como ha dicho Selden:

> En 1941, en una época de reveses militares nacionales y bloqueos, las crecientes tensiones entre campesinado y el gobierno pusieron a los comunistas ante problemas fundamentales relacionados con lo adecuado de su gobierno en la región fronteriza. ¿Tan sólo había sido reemplazada la *élite* tradicional por una nueva *élite* de cuadros, dejando sin resolver los elementos básicos y la pobreza y opresión rurales? ¿Eran capaces los cuadros locales de efectuar reformas rurales y sobreseer permanentemente la tradicional *élite* de terratenientes como poder dominante en la vida de la aldea? ¿Podían ser las aisladas aldeas de la región fronteriza eficazmente vinculadas con la política general que emanaba de los altos niveles del partido y el gobierno? ¿Era una burocracia costosa y remota, con el monopolio de administradores educados y experimentados el medio más efectivo para gobernar y politizar a la región limítrofe?[57]

[55] Mark Selden, "The Yenan Legacy: The Mass Line", en *Chinese Communist Politics in Action*, ed. A. Doak Barnett, Seattle, University of Washington Press, 1969, p. 102.
[56] *Ibid.*, pp. 101-102.
[57] *Ibid.*, pp. 103-104.

La movilización de masas para la producción, la guerra y la revolución agraria

Al llegar 1942, los comunistas chinos comprendieron la necesidad de alcanzar un nivel superior de movilización de masas en apoyo del esfuerzo de guerra contra el Japón y la guerra civil contra los nacionalistas. Sus agudas necesidades les llevaron a crear "métodos concretos para vincular el esfuerzo militar y los problemas sociales rurales y económicos en un solo programa de movilización de guerra, que penetrara en cada aldea y en cada familia, y que abarcara a cada individuo".[58] Este programa al principio no requirió una total lucha de clases contra los terratenientes y campesinos ricos; antes bien, se vio a los cuadros del partido trabajar directamente con los aldeanos para mejorar la producción económica. En realidad, la aumentada productividad agrícola se hallaba en la base de la clave sobre si las zonas de base bloqueadas podrían sobrevivir, si el pueblo dentro de ellas podía ser abastecido y si podrían desviarse recursos suficientes a los esfuerzos no agrícolas, como la industria, la educación y el importantísmo esfuerzo militar.

Antes de que los cuadros del partido pudieran adoptar sus nuevos papeles de movilización de masas en las zonas locales, fueron necesarias unas reformas dentro del Partido. De 1942 a 1944, se efectuó una rectificación del Partido (llamada *cheng-feng*).[59] Se trató de un proyecto de educación intensiva interna, que utilizara técnicas de discusión y crítica de grupo. Estaba planeado para unificar y disciplinar a los heteróclitos elementos que constituían el Partido, incluso intelectuales reformistas, *élites* tradicionales que habían cambiado de bando y campesinos pobres y jóvenes, sobre la base de la interpretación maoísta de los principios marxista-leninistas. De la campaña de *cheng-feng* surgió asimismo, un compromiso del Partido con las técnicas de "línea de masas". Estas sancionaban un interjuego recurrente entre la formulación de estrategia general por el cambio y participación directa por los cuadros con problemas locales político-organizativos y concretos en nivel local. "De las masas, a las masas", fue la manera de resumir la línea de masa de Mao Tse-tung, "esto significa", escribió Mao:

> Tomad las ideas de las masas (ideas dispersas y asistemáticas) concentradlas [...] Luego, id a las masas y propagad y explicad estos ideales hasta que las masas los abracen como propios, aferraos a ellos y traducidlos en acción, y poned a prueba lo correcto de tales ideales en esta acción. Lue-

[58] *Ibid.*, p. 151.
[59] Selden, *Yenan Way*, pp. 188-207.

go, concentrad nuevamente ideas de las masas y una vez más llevadlas a las masas [...] y así, una y otra vez, en una espiral interminable, en que las ideas se vuelven más correctas, más vitales y más ricas cada vez.[60]

Esta presentación de la línea de masas sin duda representa mal el grado en que los objetivos de iniciativas básicas no procedieron de las masas, sino de los altos dirigentes del Partido. Sin embargo, sí expresa el grado en que los comunistas chinos se forjaron en el crisol de los principios de los años cuarenta, y estilo exclusivamente persuasivo y participatorio de guía política. Como dijo Mao, en el mismo documento que acabamos de citar: "Cuanto más ardua la lucha, mayor la necesidad para los comunistas de vincular su jefatura íntimamente con las demandas de las masas en general, y la de combinar los llamados lineamientos generales íntimamente con la guía particular."

Durante el mismo periodo de rectificación del Partido, también se efectuaron cambios en las estructuras administrativas de las zonas limítrofes.[61] Miles de cuadros de alto nivel (es decir, en su mayoría, intelectuales) fueron enviados a trabajar a los niveles de condado y subcondado. El hincapié cambió, de la labor departamental funcional al nivel regional, a la labor de movilización de masas, orientada hacia la aldea, a los niveles locales. La influencia del Partido en la labor administrativa se intensificó, pues el Partido se especializó en coordinar política y actividades de movilización de masas. Por último, nuestros cuadro del partido —especialmente los cuadros más jóvenes y pobres campesinos, que habían dominado antes ociosas administraciones de condado y subdistrito, pero también muchos cuadros intelectuales— fueron animados a ascender a la jefatura informal en nuevas asociaciones intra-aldeas dedicadas a la producción, cuya creación estaba alentando el Partido.

Tanto Mark Selden como Franz Schurmann insisten en que el Movimiento Cooperativo (lanzado por el PCCH en 1943) fue significativo no sólo como recurso para aumentar la productividad agrícola sino también como el medio por el cual se desarrollaron nuevas pautas de organización y liderazgo dentro de las aldeas del norte de China.[62] Las nuevas pautas no se impusieron por

60 Stuart Schram ed., *The political Thought of Mao Tse-tung*, ed. corregida y aumentada, Nueva York, Praeger, 1969, pp. 316.

61 Selden, *Yenan Way*, pp. 212-229.

62 *Ibid.*, pp. 237 *ss*, y Franz Schumann, *Ideology and Organization*, pp. 416 *ss*.

la vía administrativa; en cambio, se fortalecieron y transformaron las formas tradicionales de combinación del trabajo, en asociaciones dirigidas por cuadros del Partido y activistas campesinos, y no por patronos ricos o sus agentes. Luego, estas cooperativas fueron puestas en marcha, en tareas que ayudaban a mejorar la vida de los campesinos y promovían el esfuerzo de guerra. El movimiento cooperativo fue notable como primera ocasión en que el Partido participó activamente en nivel de aldea, en las actividades productivas que eran la esencia misma de la existencia campesina. La participación del Partido en la labor de producción, siempre orientada previamente a una economía dominada por terratenientes y campesinos ricos, llegó durante un periodo en que muchos aspectos de la labor del Partido en lo administrativo (por ejemplo, los aspectos relacionados con la educación, las reformas económicas y la movilización de guerra) enfocaban la vida de la aldea. Esto preparó el escenario no sólo para el desarrollo económico en las aldeas sino también para los cambios básicos de la estructura sociopolítica de aldea y, por último, para la revolución agraria impulsada desde abajo.[63]

En realidad, en 1946-1947, después de que la guerra con Japón había terminado, pero cuando se reanudaba ya la intensificada guerra civil con el Kuomintang, los comunistas instituyeron una política de radical reforma de la tierra en las zonas liberadas. Todas las tierras de los terratenientes, institucionales y de campesinos ricos serían confiscadas y redistribuidas entre los campesinos pobres y de ingresos medios, tan cerca como fuera posible de una base de absoluta equidad individual de propiedad de la tierra, sin consideración a sexo ni edad. Tal política no estaba calculada para promover la estabilidad interna durante un periodo en que las zonas liberadas estaban pasando por una movilización total para la guerra civil. Y, como lo indica Schurmann, durante periodos anteriores y posteriores a 1949, en que la alta productividad económica y/o máximo control administrativo habían sido sus objetivos principales, los

63 Vale la pena anotar que al parecer ocurrieron cambios similares en la balanza del poder de diferentes maneras en las aldeas directamente ocupadas por los japoneses. La aldea de Arco Largo, descrita por William Hinton en su libro *Fanshen* (Nueva York: Vintage Books, 1968), fue una de tales aldeas. Allí, algunos jóvenes campesinos pobres ocuparon por primera vez papeles dirigentes en el esfuerzo de resistencia clandestina intra-aldea. Las *élites* tradicionales colaboraron con los japoneses. Así, después de librarse de los japoneses los obreros del partido "patriota" se encontraron en posición de desafiar a las "traidoras" *élites* tradicionales, como preludio a la promoción de la reforma agraria.

comunistas chinos han evitado las radicales políticas de "lucha de clases".

Entonces, ¿por qué ocurrió esta revolucionaria reforma agraria a finales de los años cuarenta, precisamente cuando el PCCH estaba en su esfuerzo final y militar para subir al poder al nivel nacional en China? Schurmann sugiere una intrigante respuesta doble.[64] Por una parte, los anteriores esfuerzos de los comunistas por la movilización de masas habían creado una nueva *élite* intra-aldea de cuadros campesinos jóvenes y pobres, ya dedicados a conflictos cotidianos con los tradicionales dirigentes locales por la administración de todo tipo de asuntos de aldea. (También, aunque Schurmann no subraye este punto, cuadros de intelectuales exteriores participaban en las aldeas, y tendían a apoyar o a proponer cambios más radicales de los que de otra manera habrían ocurrido.) Por otra parte, en el marco de la guerra civil, los líderes del Partido de nivel superior tenían razones para desear, de una vez por todas, liberarse de la tradicional clase dominante. Pues mientras estas familias conservaran algún poder, podían tener también la voluntad y capacidad de organizar la resistencia interna contra los comunistas. Además, las propiedades confiscadas a los terratenientes y campesinos ricos podían asignarse a los campesinos pobres y de ingresos medios, que entonces estarían más motivados a apoyar a las milicias locales y al "Ejército de Liberación del Pueblo" cuando estas organizaciones militares lucharan por su derecho a conservar las nuevas tierras.[65] El razonamiento de Schurmann sugiere, al mismo tiempo, por qué los dirigentes del Partido de nivel superior convinieron en la radical reforma agraria y por qué tal política condujo a la erupción de una verdadera revolución desde abajo en muchas aldeas. Pues, una vez en marcha,

> la reforma agraria tuvo un ímpetu propio. Las repetidas referencias de los dirigentes (del Partido) a "excesos izquierdistas" indican que no tenían pleno control sobre los actos de los cuadros de la aldea. La reforma agraria es recordada por muchas personas que salieron de

[64] Schurmann, *Ideology and Organization*, pp. 427-437.

[65] John Gittings comenta que "una parte esencial de la estrategia militar comunista en la guerra civil con los nacionalistas después de 1946 fue ganarse el apoyo popular en las zonas liberadas [...] Durante el invierno de 1947 se lanzó un nuevo y más radical programa de reforma agraria, reclutamiento en gran escala para el año siguiente, y una gran revisión política y organizativa de las fuerzas armadas y del partido". Véase *The Role of the Chinese Army*, Nueva York, Oxford University Press, 1967, p. 7.

> China a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta como un periodo de terror. Al intensificarse la lucha militar, también lo hizo el radicalismo de la reforma agraria. Lo que había comenzado como programa de redistribución de tierras terminó como Terror Revolucionario en que fue destruida la tradicional *élite* rural de China.[66]

Lo que ocurrió en el norte de China entre 1946 y 1949 fue una síntesis única entre las necesidades militares de los comunistas chinos y el potencial sociorrevolucionario del campesinado chino, pues en el proceso de movilizar los esfuerzos campesinos para apoyar los gobiernos y ejércitos de la zona base, los comunistas chinos penetraron las comunidades locales y las reorganizaron. Así, el campesinado como clase fue provisto de una autonomía y solidaridad autónomas de las que no había disfrutado dentro de la tradicional estructura sociopolítica agraria. En cuanto los campesinos adquirieron aquellos medios para convertirse (dentro de las aldeas) en una clase propia, pudieron atacar a los terratenientes con tanto rigor como los campesinos rusos en 1917. Salvo que, a diferencia de los campesinos rusos, los campesinos chinos se revelaron contra los terratenientes sólo con la ayuda y el aliento de los cuadros comunistas locales; y la revolución agraria china, en conjunto, ocurrió bajo la "pantalla" militar y administrativa aportada por el control de las zonas básicas por el Partido. Así, la revolución campesina china no culminó, como la revolución campesina rusa de 1917, en un anárquico giro de las aldeas campesinas sobre sí mismas. En cambio, fortaleció la alianza política existente entre los campesinos y los comunistas y alentó a los campesinos a redoblar sus esfuerzos para apoyar a los Ejércitos Rojos, de cuyos victoriosos esfuerzos dependían si querían conservar sus ganancias políticas sociorrevolucionarias y de propiedad en las aldeas. En suma, la búsqueda de recursos rurales del Partido Comunista Chino para hacer posibles las victorias militares contra Japón, los Señores de la Guerra y los nacionalistas, finalmente dieron por resultado la revolución social en los campos de China. Y a su vez la revolución social generó los incrementos finales de reclutas campesinos entusiastas y la directamente controlada productividad agraria que los Ejércitos Rojos necesitaban para arrojar de las ciudades a las desmoralizadas fuerzas del Kuomintang y, en realidad, de toda la China continental.

66 Schurmann, *Ideology and Organization*, pp. 431-432.

El nuevo régimen

El establecimiento de la República Popular de China fue proclamado en Pekín por los comunistas victoriosos, el 1 de octubre de 1949. A finales de los años cincuenta, después de varios años de transición para gobernar en y por medio de los centros urbanos, los comunistas habían consolidado un nuevo régimen que mostraba grandes diferencias del pasado chino, de la época imperial y de los "republicanos" y Señores de la Guerra. En su estructura y dinámica, este nuevo sistema sociopolítico comunista chino se parecía a los nuevos regímenes francés y ruso en diversos aspectos, pero también difería de cada uno de ellos en cosas importantes. Por tanto, en esta sección concluiremos la Segunda Parte, así como este capítulo sobre los resultados de la Revolución china, analizando estas pautas compartidas y distintivas de los resultados revolucionarios en China.

Una burocracia de Estado fortalecida

Como las revoluciones francesa y rusa, la Revolución china hizo surgir, mediante las luchas políticas y de clase del interregno revolucionario a un régimen político nuevo, mucho mayor, más poderoso y más burocrático. El gobierno, responsable de las funciones administrativas, y el Partido, responsable de la política, la coordinación y la supervisión, constituyeron jerarquías organizativas separadas pero claramente entrelazadas que se extendían desde Pekín a través de múltiples niveles intermedios hasta cada aldea, fábrica, escuela y vecindario. Este Partido-Estado fue, desde su nacimiento, mucho mayor en sus dimensiones que el aparato de cerca de 40 mil funcionarios,[67] que existió durante el sistema imperial (del siglo XIX), y también mucho mayor que los dos millones de funcionarios del gobierno nacionalista del Kuomintang al final (1948).[68] Así, en 1952, el número de "cuadros del Estado" comunistas, o personal de oficinas y administrativo de los órganos y empresas del gobierno, ya era de 3 310 000, y en 1958 alcanzaba casi los 8

67 Franz Michael, "State and Society in Nineteenth-Century China", en *Modern China*, ed. Albert Feuerwerker, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1964, p. 58.

68 Ying-mao Kau, "Patterns of Recruitment and Mobility of Urban Cadres", en *The City in Communist China*, ed. John W. Lewis, Stanford, Stanford University Press, 1971, pp. 98-99.

millones.[69] Las dimensiones del Partido Comunista, como tal, también son de interés: en 1953, había 6.1 millones de miembros del Partido, pero sus miembros siguieron aumentando rápidamente, hasta llegar a 17 millones en 1961.[70] Esto casi constituyó más del 1% de la población, oficialmente calculada en 583 millones en 1953.[71] En contraste, los letrados poseedores de grados confucianos, aquellos que, análogos a los miembros del Partido Comunista, ocuparon los puestos claves en la política del Estado y local, constituían menos de un tercio del 1% de la población durante el siglo XIX.[72]

El régimen comunista, como lo ha dicho A. Doak Barnett, "extendió el alcance y el efecto del poder central hasta un grado sin precedente":

> Tradicionalmente en China, el poder central, trasmitido a través de una bien establecida burocracia, llegaba al nivel de condado (*hsien*) con cierto grado de eficacia al menos durante los periodos en que el país se hallaba unificado bajo un régimen fuerte — pero en los niveles de subcondado "el gobierno informal", regenteado por los tradicionales grupos de *élite* como los "ricos" y toda una variedad de instituciones sociales no gubernamentales tendían a dominar el escenario. Los comunistas han alterado básicamente esta situación. Han destruido en gran parte tanto a los antiguos grupos de *élite* cuanto a la mayor parte de las tradicionales instituciones sociales, sustituyéndolas por una nueva *élite* de Partido Comunista y nuevas organizaciones de masas, establecidas y dominadas por comunistas, y han extendido los instrumentos burocráticos del gobierno del Partido y el gobierno hasta el nivel de las aldeas.[73]

De manera similar, el nuevo sistema político extendió sus actividades a las zonas funcionales, como la dirección de la producción económica y la provisión de servicios sociales y educativos, que antes de la Revolución no formaban parte de la esfera del Estado.[74]

69 Victor C. Funnell, "Bureaucracy and the Chinese Communist Party", *Current Scene*, 9:5, mayo de 1971, p. 6.

70 Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, p. 986.

71 Ping-ti Ho, *Studies on the Population of China, 1368-1953*, Cambridge, Harvard University Press, 1959, p. 278.

72 Los cálculos se basan en los números de letrados que aparecen en Michael, "State and Society", en *Modern China*, ed. Feuerwerker, p. 60, y sobre los cálculos de población en Ho, *Studies*, p. 278.

73 A. Doak Barnett, *Cadres, Bureaucracy, and Political Power in Communist China*, Nueva York, Columbia University Press, 1967, pp. 428-429.

74 Para antecedentes generales del régimen comunista chino, véase

Una vez consolidado, el nuevo régimen comunista fue marcadamente más burocrático que el antiguo régimen, aun cuando el Estado imperial prerrevolucionario en cierto sentido había sido insólitamente burocrático para una monarquía agraria, debido a su modo universalista, de reclutar funcionarios mediante el sistema de exámenes confuciano. Los dirigentes comunistas fueron reclutados sobre la base de nuevas normas que daban mucho mayor peso a consideraciones de antecedentes de clase (pobre) y virtud política, como credenciales educativas o especialización técnica. Sin embargo, también las normas políticas, idealmente, se aplicaban en teoría de manera impersonal. Y aun si el sistema comunista podía ser, concebiblemente, considerado como menos burocrático que el antiguo régimen sobre la única dimensión del reclutamiento a los cargos formales, *per se*, no obstante, en otros aspectos era mucho más burocrático. Los cambios claves son similares a los de Francia, donde, durante el antiguo régimen, habían existido obstáculos comparables a la plena burocratización. Más cargos de guía en la sociedad, especialmente en los niveles locales, se convirtieron en puestos formales, pagados, dentro de las jerarquías organizativas. De manera similar, todos los puestos guías y sus deberes y prerrogativas quedaron mucho más impersonalmente definidos, en dos sentidos. Primero, se convirtieron en puestos de organizaciones que tenían metas específicas que alcanzar, en contraste con las posiciones muy generalmente definidas, con responsabilidades generales y mixtas que habían predominado en el sistema confuciano-imperial. En segundo lugar, se volvieron, mucho más verdaderamente, cargos *separados* de los intereses y propiedades privadas, de lo que hubiera ocurrido en los cargos imperiales. Los funcionarios ya no podían, legítimamente, unir ingresos públicos e ingresos personales, ni combinar normalmente los negocios de su familia (o clan, o locales) y los intereses políticos, con la realización de tareas para el Estado o el Partido.

Lo que, ante todo, significaron estos cambios fue que los bloques de poder, basados local y regionalmente que tanto habían socavado la autoridad militar y administrativa central del antiguo régimen de China en el siglo XIX, y que habían seguido existiendo después de su caída en 1911, se disolvieron al surgir el Partido-Estado comunista; pues la existencia de aquellos blo-

especialmente Barnett, *Cadres and Bureaucracy*, y Franz Schurmann, *Ideology and Organization*.

ques de poder anteriores a 1949 dependían tanto de la fusión del poder político y de los intereses de la propiedad privada, cuanto de la incapacidad de las autoridades de la China central para controlar el despliegue y las actividades del personal del gobierno y de los jefes políticos locales. Aun cuando facciones pro-políticas provinciales y dificultades para controlar a los líderes locales han perturbado recurrentemente a China desde 1949, sin embargo, el establecimiento del Partido-Estado comunista superó esencialmente los básicos obstáculos estructurales a un poder de Estado centralizado en China. Los potenciales jefes regionales pudieron ser (y lo fueron) transferidos y cesados,[75] y las autoridades centrales pudieron iniciar y aplicar medidas políticas que afectaron profundamente a las comunidades locales.

La China comunista y la Rusia soviética

Si el nuevo régimen de China compartió estos rasgos generales de centralización, burocratismo y mayor peso dentro de la sociedad, con los nuevos regímenes francés y ruso, sin embargo, en sus características particulares, obviamente se pareció mucho más al nuevo régimen ruso que al francés. Según la atinada frase de Ezra Vogel, el régimen comunista chino fue una "burocracia politizada",[76] y no, como en Francia, un Estado administrativo racional-jurídico dentro del marco de una economía nacional guiada por el mercado. Es decir: como en la Rusia soviética, todas las organizaciones gubernamentales fueron imbuidas por controles del Partido y sometidas a coordinación para alcanzar metas fijadas por los altos dirigentes del Partido pa-

[75] Por ejemplo, Kao Kang, importante jefe del partido con una poderosa base en Manchuria, fue depuesto de su poder regional en 1953-1955; véase James Pinckney Harrison, *The Long March to Power*, Nueva York, Praeger, 1972, pp. 467-468. Asimismo, un tema importante de Ezra Vogel, *Canton under Communism*, Cambridge, Harvard University Press, 1969, es la repercusión de los controles y programas centrales sobre la provincia de Cantón. Y Richard Pfeffer arguye que aun durante la Revolución cultural, cuando se debilitaron los controles centralizados del Partido-Estado, siguieron siendo depuestos o transferidos dirigentes regionales. Véase su "Serving the People and Continuing the Revolution", en *China Quarterly*, núm. 52, octubre-diciembre de 1972, pp. 632-633.

[76] Ezra F. Vogel, "Politicized Bureaucracy: Communist China", en *Communist Systems in Comparative Perspective*, eds. Leonard J. Cohen y Jane P. Shapiro, Nueva York, Doubleday [Anchor Books], 1974, pp. 160-170.

ra toda la nación. Además, también como en Rusia, el Partido-Estado chino pudo aplicar medidas políticas, en parte, mediante nexos directos con el pueblo en general. Esto fue así porque los ciudadanos fueron agregados en organizaciones "cinturones de trasmisión" políticamente coordinadas, que incluían Asambleas de representantes (en todos los niveles del gobierno; desde el local hasta el nacional), vecindades y grupos de trabajo, asociaciones de masas para jóvenes, mujeres, obreros, etcétera.[77]

¿Por qué fue el nuevo régimen chino mucho más similar al ruso que al francés? Desde luego, esta pregunta es retórica, pero vale la pena contestarla. Después de todo, en mi previo análisis de por qué un Estado controlado por el Partido surgió de la Revolución rusa, mientras que los jacobinos cayeron del poder en Francia, subrayé la importancia de las industrias modernas en gran escala (que existían en Rusia, pero no en Francia). Tales industrias ofrecieron una base para la supervivencia y consolidación del control de un Partido orientado por una ideología, movilizador de masas, *después* de haber realizado sus tareas iniciales de reconstruir nuevas organizaciones del Estado y defenderse contra las amenazas contrarrevolucionarias. Sin embargo, tomando en conjunto la economía china anterior a 1949, se pareció mucho más a la economía francesa de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX que a la ya considerablemente industrializada economía de los últimos años de la Rusia zarista. Tanto la economía francesa de finales del siglo XVIII, como la economía china anterior a 1949, fueron abrumadoramente agrario-comerciales, y dominadas por pequeñas unidades de producción. Que las formas básicas de los resultados revolucionarios chinos, no obstante, terminaran pareciéndose mucho más a las formas soviéticas que a las francesas sólo señala los efectos importantes sobre el curso y los resultados de la Revolución china, de dos conjuntos de factores contextuales universales o internacionales: 1) la influencia política sobre China de la ya revolucionada Rusia soviética, y 2) mayores posibilidades, en el siglo XX, para la industrialización nacional impulsada por el Estado.

En primer lugar, obviamente afectó la forma de su resultado final el que la Revolución china profundizara hasta llegar a ser una revolución social e hiciera surgir movimientos políticos revolucionarios tan sólo *después* de que los bolcheviques habían triunfado en Rusia. Hemos de recordar que tanto el Partido

77 Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, pp. 896-898.

Comunista Chino como el Kuomintang, comenzaron bajo la tutela soviética y copiaron el modelo leninista de organización del Partido. Lo que es más: el Partido Comunista Chino, en su fase inicial también imitó la estrategia revolucionaria, basada en el proletariado y orientada hacia él, de los bolcheviques. Aun cuando esta temprana estrategia falló y el Partido, en los campos, acabó por aislarse tanto del proletariado cuanto de la tutela soviética directa, los comunistas chinos siempre conservaron las ideas fundamentales de la estructura del Partido leninista y una lealtad ideológica a la Revolución "Proletaria".[78] La organización del Partido les facilitó movilizar activamente el apoyo regular campesino durante los años cuarenta, estableciendo una sólida base política en los campos, como nunca la poseyeron los revolucionarios franceses. Y después de 1949, la herencia organizativa e ideológica leninista realmente predispuso a los comunistas chinos a copiar características del régimen soviético, al afirmar su control sobre las ciudades y sobre la nación en conjunto.

En segundo lugar, también importó que, después de 1949, hubiese a la vez posibilidades infraestructurales y atractivos internacionales para que los comunistas chinos consolidaran un Partido-Estado al estilo soviético. Hemos de subrayar aquí que, a mediados del siglo XX, en oposición a los finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la autonomía y el poder nacionales dependían de la industrialización. Y, no menos significativo, la dirección del Estado de las industrias modernas en gran escala, así como la planeación y la movilización del Estado para la mayor industrialización nacional, eran posibilidades muy auténticas, especialmente para todo régimen que llegara al poder en un país con *algunas* industrias modernas ya existentes. En China, desde finales del siglo XIX, los capitalistas extranjeros y los chinos que ocupaban los puertos "de Tratado" habían edificado algunas industrias modernas en los límites del país sobre todo en Manchuria, que los chinos recuperaron después de la derrota japonesa en la segunda Guerra Mundial. Y allí estaba el ejemplo estalinista de industrialización pesada nacional impulsada por el Estado, para que los comunistas chinos trataran de imitarlo después de 1949. Por todas estas razones, entonces —porque el Partido Comunista Chino había comenzado como Partido de

[78] Un análisis particularmente agudo de las influencias leninistas y estalinistas sobre el comunismo chino se encuentra en Roland Lew, "Maoism and Chinese Revolution", en *The Socialist Register 1975*, Londres, Merlin Press, 1975, pp. 115-159.

base proletaria, bajo la tutela soviética; porque había establecido una base de masas en los campos después de ser exiliado de las ciudades; porque había unas cuantas industrias modernas en gran escala que pudieron ser tomadas para formar las "alturas de mando" de una economía dirigida por el Estado, y porque el modelo estalinista de rápida industrialización podía ser imitado— los comunistas chinos, al marchar a las ciudades y consolidar el verdadero poder político nacional después de 1949, *no* se resignaron a funcionar como simples administradores del Estado en una economía agraria reformada de pequeños terratenientes. En cambio, procedieron paso a paso durante los años cincuenta: a extender la administración del Partido y del Estado sobre las empresas financieras, industriales y comerciales; a colocar las organizaciones de masas urbanas (obreros, estudiantes, profesionales, consumidores) bajo la influencia del Partido; a llevar a cabo la colectivización de la agricultura, y a aplicar planes para la industrialización nacional controlada por el Estado. Más aún: los comunistas chinos operaron (durante la primera mitad de los años cincuenta) bajo la tutela soviética directa; especialistas técnicos y equipo de capital llegaron de la Unión Soviética, y supuestamente, los chinos pagarían esta ayuda con exportaciones agrícolas y con una leal subordinacion a la hegemonía de la Unión Soviética en cuestiones de política exterior.[79]

En realidad, para mediados de los años cincuenta, parecía que la China comunista cada vez se convertiría más, en lo institucional, en una copia al carbón del sistema estalinista soviético. Una estrategia inequívocamente estaliniana de desarrollo económico nacional quedó encarnada en el primer Plan Quinquenal de China, para 1953-1957, cuyos objetivos claves han sido sucintamente resumidos por Alexander Eckstein:

> En primer lugar, un compromiso absoluto para lograr una alta tasa de desarrollo económico, casi año tras año, o al menos sobre un promedio de cinco años. En segundo lugar, una concentración particular en el progreso industrial. En tercer lugar, una pauta de industrialización y desarrollo económico orientado hacia la industria pesada. En cuarto lugar, una alta tasa de ahorro e inversión para alcanzar los tres primeros objetivos. En quinto lugar, la industrialización a expensas de la agricul-

[79] Para antecedentes sobre la consolidación y las iniciativas políticas tempranas de los comunistas chinos durante los cincuentas, véase Vogel, *Canton under Communism*, pt. II, y Schurmann, *Ideology and Organization*, esp. cap. IV; pp. 371-380 en cap. VI, y pp. 438-464 en cap. VII.

tura. En sexto lugar, la transformación institucional (es decir, la colectivización) en la agricultura y otros sectores de la economía, y séptimo, la tendencia a los métodos intensivos en capital, en la elección de la tecnología de la producción industrial.[80]

Para aplicar estas medidas políticas, los comunistas chinos trataron de copiar las pautas soviéticas de planificación y control de la economía.[81] Se establecieron ministerios nacionales para planificar la inversión industrial y supervisar la asignación de recursos y las operaciones de empresa. Especialmente en las grandes unidades de producción, se instituyó la "administración de un solo hombre"; según este sistema, el director de la fábrica era el responsable de cumplir con las especificaciones del plan nacional. Dentro de la empresa misma, ejercía control sobre todas las operaciones mediante cadenas jerárquicas explícitas de mando y con la ayuda de precisas reglas de procedimientos y normas de producción individualizadas. Para hacer funcionar estos sistemas de planificación y control industriales, se alentaron las recompensas socioeconómicas, cada vez más diferenciadas. Al mismo tiempo, todos los que trabajaban dentro del sistema moderno industrial, de industria pesada en gran escala, aumentaron sus privilegios ante la mayoría campesina y los trabajadores urbanos y rurales de las unidades industriales o comerciales en pequeña escala. Durante los años cincuenta, estos sectores pasaron por la colectivización, y sin embargo su papel en el plan económico nacional existente sólo pudo ser producir recursos económicos excedentes, para canalizarlos hacia el privilegiado sector urbano y de industria pesada.

Pero a partir de 1957, la política básica de los comunistas chinos fue reorientada. Desde antes del término del Primer Plan Quinquenal, los jefes comunistas chinos empezaron a advertir que la política al estilo soviético no era apropiada para las condiciones de China. Mediante enconados debates, surgió un consenso de tentativa de nuevos guías, en favor de unos planes de desarrollo más equilibrados que subrayaran el crecimiento de la agricultura y de las industrias orientadas hacia los campos y el consumidor.[82] Más aún: ya a comienzos de los años sesenta, la

80 Alexander Eckstein, *China's Economic Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, pp. 50-51.

81 Véase Schurmann, *Ideology and Organization*, pp. 236-262: Stephen Andors, *China's Industrial Revolution*, Nueva York, Pantheon Books, 1977, pp. 53-59, y Eckstein, *Economic Revolution*, pp. 50-54.

82 Véase Eckstein, *Economic Revolution*, pp. 54-56 y C. K. Yeh, "Soviet and Communist Chinese Industrialization Strategies", en *Soviet*

alianza chino-soviética se rompió. La ayuda y los técnicos soviéticos fueron retirados de China, y los chinos empezaron a seguir su propia línea de política exterior, hostil a la Unión Soviética, y a desarrollar su propia e independiente capacidad nuclear.

Aun mientras surgían estas básicas reorientaciones políticas, los jefes comunistas chinos también se dividieron sobre hasta qué punto debían depender de promover el desarrollo nacional sobre la movilización política de masas y sobre la política complementaria para reducir las desigualdades de los sectores urbano y rural, entre dirigidos y directores y entre los diversos estratos de la población; pues cuando los comunistas chinos emprendieron por primera vez la reorientación de su política económica a final de los años cincuenta, ciertos jefes, incluso Mao Tse-tung, no sólo pidieron mayor hincapié en el desarrollo de los campos; también pidieron mayor dependencia de la movilización de los líderes del Partido y una mayor participación popular, especialmente campesina, en los esfuerzos de desarrollo, y en las modificaciones de las estructuras organizativas y en los sistemas de recompensas que facilitarían este enfoque. Una primera prueba de tal enfoque salió mal parada durante el Gran Salto Adelante, de 1958-1960. En consecuencia, durante los años sesenta hubo enconadas pugnas por las opciones políticas. En términos muy generales, había "maoístas", que deseaban llevar adelante la estrategia de desarrollo orientada hacia los campos y movilizadora de masas, para extenderlas a las industrias urbanas y también a las instituciones de educación superior. Y había "liuistas", que deseaban retirarse hacia la estrategia de desarrollo orientada hacia las ciudades, elitista en lo educativo, y burocráticamente administrada, en que el desarrollo agrícola sería movilizado mediante mayores inversiones de capital y privilegios para los productores campesinos más eficientes. Sólo después de que las pugnas intra-partido culminaron en los levantamientos de masas fomentados por los maoístas (y, a la postre, la toma por el Ejército de Liberación del Pueblo) de la "Gran Revolución Cultural Proletaria", de 1965-1968, se decidió la lucha política, provisionalmente, en favor de la línea maoísta.[83]

and Chinese Communism: Similarities and Differences, ed. Donald W. Treadgold, Seattle, University of Washington Press, 1967, pp. 327-363.

83 Sobre las "dos líneas" véase Stuart R. Schram, "Introduction: the Cultural Revolution in Historical Perspective" pp. 1-109, y Jack Gray, "The Two Roads: Alternative Strategies of Social Change and Economic

Ahora, diez años después, muchos líderes antes purgados por los maoístas están volviendo definitivamente al poder y modificando muchas de las medidas políticas introducidas en el periodo de la Revolución cultural. No obstante, en todo el sube y baja de jefes y medidas políticas subrayadas desde finales de los años cincuenta, hasta ahora no ha habido ningún regreso a la directa imitación de las pautas estalinistas, ni a una alianza íntima con la Unión Soviética. Antes bien, los comunistas chinos han luchado mediante diferentes estrategias y tácticas mientras tratan de seguir el sendero revolucionario propio y distintivo de China. Tampoco las luchas por el poder entre los comunistas chinos han seguido la misma trayectoria de las luchas bolcheviques de los años veinte: en China no ha habido un desenlace cataclísmico, como el triunfo del estalinismo en Rusia.[84] En cambio, los grupos dirigentes han sido purgados (despedidos del poder y caídos en desgracia, pero no asesinados), sólo para resurgir más adelante; las tendencias políticas han alternado con el tiempo, mientras las realizaciones anteriores eran desdeñadas, pero no han sido completamente destruidas en las sucesivas fases. De todas estas luchas por el poder y alternaciones de las líneas políticas, ha surgido en China desde 1957, una estrategia de desarrollo nacional; modos de coordinación y jefatura política, y pautas de estratificación social totalmente distintas, no sólo (como es obvio) de los resultados de la Revolución francesa, sino también de los de Rusia; analicemos más de cerca estos resultados revolucionarios chinos.

Una estrategia equilibrada para el desarrollo nacional

En contraste con la rápida y extremadamente monofacética urbanización de la Rusia estalinista, y con el desarrollo de su industria pesada, la China comunista ha creado estrategias de "caminar con dos piernas". Han continuado las inversiones en gran escala, y las industrias tecnológicamente avanzadas.

Growth in China", pp. 109-157, ambos en *Authority, Participation and Cultural Change in China,* ed. Schram, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

84 En las páginas 305-309 de mi anterior artículo "Old Regime Legacies and Communist Revolutions in Russia and China", en *Social Forces,* 55:2, diciembre de 1976, erróneamente establecí un paralelo demasiado cercano entre la dinámica y las trayectorias de las luchas por la jefatura en la Unión Soviética después de 1921 y las de la China comunista después de 1949.

Pero se ha hecho mayor hincapié en fomentar el desarrollo agrícola y en el crecimiento de las industrias regionales de mediano tamaño, y rurales pequeñas, destinadas a servir a los consumidores campesinos, a producir insumos (por ejemplo, fertilizantes, electricidad, herramientas) de uso para la agricultura, y en procesar recursos locales y productos de la agricultura.[85] Los medios administrativos se han aplicado para controlar la urbanización, manteniendo su tasa general más lenta que la del crecimiento económico, y canalizando la mayor parte del crecimiento urbano hacia pequeñas ciudades y poblados, y no hacia los grandes centros metropolitanos. Por consiguiente, en palabras de Jon Sigurdson:

> La migración desde las zonas rurales —y la interna fuga de cerebros— que estuviera tan en evidencia durante los años cincuenta, ha sido básicamente invertida [...] Desde la Revolución cultural, los campos han sido afectados por dos flujos de migración inversa.
> Primero, se pidió a un número considerable de estudiantes urbanos de educación media que se asentaran más o menos permanentemente en las zonas rurales.
> En segundo lugar, en el proceso de organizar diversos servicios de infraestructura, se ha ido a los campos un gran número de profesionales: profesores, administradores, médicos y otro personal médico.[86]

Más aún: en la China comunista se han ideado medios no sólo para enviar gente educada de las ciudades a los campos, sino también para adaptar las técnicas modernas a las necesidades y posibilidades rurales. Las medidas pertinentes incluyen la improvisación de "tecnologías intermedias" para industrias locales, programas de preparación difundida y simplificada, "paraprofesional", como el programa de "médicos descalzos" y la creación de un sistema educativo nacional, que aporta una educación secundaria orientada básicamente hacia la agricultura en las propias localidades rurales.[87]

[85] Véase Eckstein, *Economic Revolution*, pp. 58-63, Carl Riskin, "Small Industry and the Chinese Model of Development", en *China Quarterly*, núm. 46, abril-junio de 1971, pp. 245-273, y Jon Sigurdson, *Rural Industrialization in China*, Cambridge, Harvard University Press, 1977.

[86] Sigurdson, *Rural Industrialization*, pp. 28-29.

[87] Sobre las "tecnologías intermedias", véase Jon Sigurdson, "Rural Industry and the Internal Transfer of Technology", en *Authority and Participation*, ed. Schram, pp. 199-232. Sobre la educación véase Richard D. Barendsen, "The Agricultural Middle School in Communist China", en *China Under Mao: Politics Takes Command*, ed. Roderick MacFarquhar,

En el marco de tales programas de desarrollo nacional, la agricultura campesina colectivizada se ha convertido en sector dinámico en China, productiva por derecho propio y básica para ciertos avances complementarios de las industrias locales y de los servicios sociales. Los comunistas chinos *no* han empleado la colectivización y las estructuras del Partido-Estado en los campos sólo como medio para expropiar excedentes agrícolas o imponer controles burocráticos a la vida rural. Desde comienzos de los años sesenta, la unidad básica de producción y contabilidad en la agricultura china ha sido el "equipo" local, unidad de propiedad colectiva, planeamiento y labor que corresponde a una pequeña aldea o a un vecindario de una aldea mayor, consistente en cerca de veinte familias campesinas.[88] Los equipos son dirigidos, no por burócratas asalariados, sino por jefes locales elegidos que trabajan junto con otros campesinos. A su vez, los cuadros de "brigada" y de tiempo parcial en el nivel de la aldea son responsables de coordinar los planes de equipo y de movilizar la mano de obra para los proyectos industriales e infraestructurales, para beneficio de toda la aldea. Desde luego, los jefes de equipo y de brigada están sometidos a influencias desde arriba. El Partido llega directamente al nivel de brigada, y la unidad básica de administración del Estado en la China comunista rural es la comuna, que corresponde a la tradicional zona de mercado. En este nivel, funcionarios asalariados de tiempo completo supervisan el cumplimiento de los planes de producción negociados entre las localidades y el Estado, conforme coordinan los servicios de extensión agrícola y los servicios sociales y dirigen empresas industriales que son propiedad de la comuna. Los productores campesinos están obligados a entregar granos al Estado en forma de impuestos y ventas a precios fijos; también aportan fondos al mantenimiento de las funciones de la comuna y de la brigada. No obstante, lo notable del gobierno local rural de China es su descentralización de las res-

Cambridge: MIT Press, 1966, pp. 304-332, Pfeffer "Serving the People", pp. 639-645, y John Gardner y Wilt Idema, "China's Educational Revolution", en *Authority and Participation*, ed. Schram, pp. 257-289. Sobre el programa de "médicos descalzos", véase Victor W. Sidel y Ruth Sidel, "The Delivery of Medical Care in China", en *Scientific American*, 230:4, abril de 1974, pp. 19-22.

88 Byung-joon Ahn, "The Political Economy of the People's Commune in China: Changes and Continuities" en *Journal of Asian Studies*, 34:3, mayo de 1975, p. 637. Mi análisis de la organización de la agricultura colectiva y el gobierno local rural se basa en este artículo en términos generales.

ponsabilidades de la jefatura y el espacio dado a los jefes de equipo, brigada y comuna, para conservar y reinvertir los excedentes generados por la agricultura local y las empresas industriales. Por consiguiente, los campesinos chinos pueden ver a menudo nexos directos entre proyectos políticamente dirigidos y colectivamente basados y el bienestar de sus propias familias y aldeas. Como los campesinos rusos después de la colectivización, los campesinos chinos han conservado y hecho un uso muy productivo de sus parcelas familiares privadas; pero, por todas las formas en que el Partido-Estado chino ha dado apoyo material a la agricultura y ha utilizado las organizaciones locales basadas en los campesinos, la agricultura colectiva en China —en contraste con lo que ocurrió en la Unión Soviética— se ha vuelto económicamente productiva y socialmente vital para los campesinos chinos y para la sociedad comunista china en general.[89]

También hay un contraste con Francia, donde los campesinos después de la Revolución, en gran parte quedaron desprotegidos por el Estado para enfrentarse a los caprichos del desarrollo nacional guiado por el mercado. Las ganancias fueron a parar a aquellas zonas de la Francia agrícola y a aquellos individuos privilegiados, dentro del propio campesinado, que fueron comercialmente favorecidos, mientras que otros se estancaban o lo perdían todo.[90] En la China comunista también ha habido diferencias importantes de riqueza y desarrollo, en especial entre las distintas localidades y regiones rurales.[91] Pero al menos la presencia de los colectivos unidos y periódicamente movilizados por el Partido-Estado ha significado que virtualmente todas las comunidades y familias campesinas dentro del campesinado en general puedan incluirse en el desarrollo agríco-

89 Véase *ibid.*, pp. 657-658; Eckstein, *Economic Revolution*, pp. 206-213, y Sterling Wortman, "Agriculture in China", *Scientific American*, 232:6, junio de 1975, pp. 13-21.

90 Sobre los campesinos franceses en el siglo XIX, véase Theodore Zeldin, *France: 1848-1945*, volumen I, "Ambition, Love, and Politics", Londres, Oxford University Press, 1973, cap. IX, y Maurice Agulhon, Gabriel Désert y Robert Specklin, *Histoire de la France Rurale*, vol. 3, "Apogée et Crise de la Civilization Paysanne, 1789-1914", París, Editions du Seuil, 1976.

91 Estas desigualdades y sus razones se subrayan en Audrey Donnithorne, "China's Cellular Economy: Some Economic Trends Since the Cultural Revolution", *China Quarterly*, núm. 52, octubre-diciembre de 1972, páginas 605-619.

la, logrando importantes ganancias en ingresos, y bienestar en el proceso.[92]

Coordinación política, movilización de masas e igualitarismo

Si la China comunista ha creado un enfoque distintivo al desarrollo económico nacional, sus pautas de jefatura en organizaciones y en la sociedad en general también han diferido de las jerarquías sumamente centralizadas y formalizadas de control características del sistema estalinista-soviético. Merecen mencionarse dos aspectos de las pautas de China. En primer lugar, la estrategia china de desarrollo económico nacional "equilibrado" ha dado una prima a la coordinación y a la jefatura responsable en los niveles local y provincial, así como nacional. Ha sido imposible que todos los proyectos fuesen planificados y controlados de acuerdo con pautas y procedimientos explícitos entregados desde los ministerios centrales; en cambio, se ha delegado gran responsabilidad por iniciar y administrar industrias que no sean en gran escala, servicios sociales y el desarrollo agrícola, a dirigentes locales o regionales de "bajo nivel". Los procedimientos de planificación, especialmente los destinados a mezclar actividades económicas en territorios determinados, han sido flexibles, haciendo hincapié no en obedecer órdenes detalladas desde arriba, sino, más bien, en adaptar y coordinar los recursos locales para alcanzar metas específicas dentro del marco de los objetivos nacionales en general.[93] Evidentemente, tales pautas descentralizadas de jefatura y planificación han sido vitales para el desarrollo de eslabones entre la industria y la agricultura.[94] También es digno de notar que, aun en las organizaciones de industria en gran escala, se abandonaron los esfuer-

[92] Hasta las zonas muy marginadas y decadentes han ganado, como lo muestra el estudio de una empobrecida aldea de Kwangtung realizado por Richard Madsen. Véase "Revolutionary Asceticism in Communist China: Social Causes and Consequences of Commitment to the Maoist Ethos in a South China Village" (tesis para el doctorado en filosofía, Department of Sociology, Harvard University, abril de 1977).

[93] Para ediciones generales, véase Marianne Bastid, "Levels of Economic Decision-Making", en *Authority and Participation*, ed. Schram, pp. 159-197, y Peter Schran, "Economic Management", en *China: Management of a Revolutionary Society*, ed. John M. Lindbeck, Seattle, University of Washington Press, 1971, pp. 193-220.

[94] Véase Sigurdson, *Rural Industrialization*, pp. 7-10 y 35-42, y cap. III, esp. pp. 115-117, y Donnithorne, "China's Cellular Economy".

zos por instituir la administración de un solo hombre, al estilo soviético, después de mediados de los años cincuenta, en favor de varias pautas de dirección por los Comités. Esto ocurrió, en parte, porque las nuevas pautas estaban mejor planificadas para coordinar diversos esfuerzos e intercambios dentro de la empresa y entre la empresa y su medio, mientras que el enfoque de la administración de un solo hombre imponía la obediencia a los planes dictados desde el centro, de acuerdo con procedimientos preconcebidos y formalmente especificados.[95]

En segundo lugar, a diferencia de la completa reversión en la Unión Soviética a los controles de los obreros de la producción por especialistas profesionales y administradores autoritarios, que podían aplicar sanciones individualmente diferenciadas, en China ha habido intentos recurrentes de aplicar estilos de "línea de masas", de movilización política colectiva dentro de las aldeas e instituciones urbanas.[96] Las presiones políticas de arriba sobre los dirigentes organizativos siempre parecen haber sido necesarias en tales intentos, porque tales administradores, líderes políticos y especialistas técnicos, hubieron de ser espoleados para abandonar sus propios privilegios de recompensas y autoridad para "mezclarse con" los trabajadores. La idea es que las pautas de control autoritarias y sumamente estratificadas sobre los obreros pueden alienar a éstos, haciendo que no aporten plenamente sus capacidades y esfuerzos; de modo que si se suprimen las barreras, por una jefatura de estilo de línea de masas, de allí resultará un desarrollo económico y social más rápido.[97] Esta filosofía de la jefatura "maoísta" no ha dominado continuamente el medio de trabajo en China. Pero desde el Gran

95 Andors, *Industrial Revolution*, cap. III, y *passim*, y Schurmann, *Ideology and Organization*, pp. 263-308.

96 Para dos estudios recientes sobre la "Línea de masas" y movilización política en China, véase Victor G. Nee, "Community and Change in Revolutionary China" (tesis para el doctorado en filosofía, Department of Sociology, Harvard University, abril de 1977), y Charles P. Cell, *Revolution at Work: Mobilization Campaigns in China*, Nueva York, Academic Press, 1977. El libro de Cell ofrece una hojeada de las principales campañas e hipótesis sobre su eficacia. Cell concluye que la movilización de masas, especialmente para las campañas económicas, *sí* ha sido una estrategia eficaz para promover el cambio social en China.

97 La razón del estilo de la jefatura "maoísta" ha sido bien presentada por Martin King Whyte en "Bureaucracy and Modernization in China: The Maoist Critique", en *American Sociological Review*, 38:2, abril de 1973, pp. 149-163, y "Iron Law versus Mass Democracy: Weber, Michels and the Maoist Vision", en *The Logic of "Maoism": Critiques and Explication*, ed. James Chieh Hsiung, Nueva York, Praeger, 1974, pp. 37-61.

Salto Adelante, ha dejado su marco sobre la movilización para los proyectos de producción en las aldeas, sobre los Comités de administración de representantes obreros establecidos en muchas fábricas, durante y después de la Revolución cultural.[98]

Un concomitante importantísimo de estas pautas de jefatura en la China comunista ha sido que, en comparación con Rusia, se ha ido haciendo mucho mayor hincapié en el liderazgo político organizado como tal. Esto así es, ya sea que el liderazgo haya sido aportado por el Partido Comunista o, durante la Revolución cultural, por el politizado Ejército de Liberación del Pueblo (que temporalmente asumió las funciones del Partido, después de que su propia organización fue diezmada). En la Rusia estalinista, el Partido Comunista de la Unión Soviética tendió a degenerar en un club de *élite* para dirigentes, cuyo poder se basaba en sus posiciones funcionales como administradores, burócratas y especialistas profesionales.[99] Ello pudo ocurrir porque, en la sociedad soviética, el verdadero poder quedó sumamente concentrado en burocracias centralizadas y *élites* organizativas de "un solo hombre"; al Partido le quedó poco que hacer, aparte de supervisar y garantizar la unidad y lealtad del estrato burocrático dirigente. Pero en la China comunista, los cuadros políticos y los Comités han compartido sus funciones, tales como la decisión política y especialmente la coordinación de la aplicación de medidas políticas, que fueron monopolizadas en todo lo posible por los ministerios del gobierno central en la Rusia soviética.[100] Y ha seguido habiendo esfuerzos recurrentes de movilización de masas, ideológicamente orientada, en China, un estilo de guía para el cual es esencial la dirección política, antes que la burocrática. En suma, como ha dicho A. Doak Barnett:

> El papel decisivo del Partido en China, aun por contraste con otros países gobernados por los comunistas, queda reforzado por el hecho de que el Partido ha tendido, hasta ahora, a ir mucho mas allá de su papel de director y supervisor de otras organizaciones políticas y constantemente ha invadido la administración gubernamental [...] En muchas ocasiones y muchos campos, el Partido no ha supervisado simplemente

[98] Para los efectos sobre la administración de las fábricas, véase Andors, *Industrial Revolution*, esp. caps. IV, VII y VIII y conclusión.

[99] T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the U.S.S.R. 1917-1967*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1968, cap. VI.

[100] SShurmann, *Ideology and Organization*, caps. II-V. Se establecen aquí y en todos estos capítulos contrastes explícitos con la Unión Soviética.

el correr de las cosas, sino que ha tendido a intervenir y administrarlas por sí mismo.[101]

Por último, las pautas de estratificación que han surgido en China desde los años cincuenta son dignas de comentarse. Comparada no sólo con la Rusia estalinista, sino también con los países industriales capitalistas y con otros países en desarrollo de hoy, la China comunista es relativamente igualitaria. Se han hecho esfuerzos concertados por contener o reducir las desigualdades de ingreso y categoría entre los estratos de empleados, entre los trabajadores urbanos y rurales, y entre gobernantes y gobernados.

Las estadísticas de distribución del ingreso nos narran parte de la historia. Según Alexander Eckstein, los diferenciales del ingreso urbano-rural en China se redujeron considerablemente después de 1951, porque los precios de compra agrícolas subieron tanto, que los precios de los productos industriales se vendieron en las zonas rurales y porque los salarios reales industriales aumentaron "sólo marginalmente en 1957 y en 1972".[102] Dentro del propio sector urbano-industrial, Eckstein calcula que los diferenciales de salarios chinos (entre grados de capacitación de los trabajadores de las fábricas) han sido similares a los de muchos otros países contemporáneos, desarrollados y subdesarrollados (aun cuando yo añadiría que son marcadamente más igualitarios que los diferenciales de salarios soviéticos durante los años treinta). Sin embargo, hemos de considerar la gama completa de precios y salarios desde los obreros hasta los máximos administradores y profesionales. China —con una gama de 10 a 1 (o si se consideran los casos muy extremos, hasta de 20 a 1)— parece mucho más igualitaria que Rusia en 1934, donde la gama (comparable a la cifra de 10 a 1 para China) era de 29 a 1, y también mucho más igualitaria que la India (30 a 1) o los Estados Unidos (hasta 50 a 1) hoy día.[103] Además, Eckstein indica que los diferenciales de ingresos son aún menores en términos reales en China, en comparación con los Estados Unidos o la India, porque los artículos han sido racionados y sus precios son bajos, y el acceso a los artículos de lujo se ha

101 Barnett, *Cadres and Bureaucracy*, p. 430.

102 Eckstein, *Economic Revolution*, p. 303.

103 *Ibid.*, pp. 299-301. Para Rusia en 1934, véase Leonard Schapiro *The Communist Party of the Soviet Union*, 2ª ed., corregida y aumentada, Nueva York, Vintage Books, 1971, p. 465.

vuelto muy difícil. En su mayor parte, las *élites* de la China comunista no han disfrutado de privilegios especiales comparables a los que se otorgaron a los administradores, jefes de Partido y obreros privilegiados en la Rusia estalinista.

Aparte de las tendencias de controlar o reducir los diferenciales del ingreso, se han lanzado ataques a las desigualdades de prestigio social y de autoridad. Esto fue así, especialmente en los años que siguieron a la Revolución cultural, cuando se aplicaron muchas medidas sorprendentes (o que fueron aplicadas plenamente después de previos principios tentativos).[104] Las insignias de grado de los uniformes del Ejército Rojo fueron abolidas. "Se esperaba que periódicamente los intelectuales, trabajadores de oficina y funcionarios del Partido dejaran sus puestos para dedicarse a trabajos manuales" y se requirió que los funcionarios de fábricas, ingenieros y funcionarios de comuna, pasaran periodos regulares haciendo trabajos manuales, junto con los obreros y campesinos a los que supervisaban.[105] Ciertos comités de fábricas con representantes obreros recibieron autorización empresarial en unidades industriales. Y, quizás lo más extraordinario, se suspendió el acceso directo a la educación superior sobre la base de exámenes competitivos, a que antes se sometían los graduados de la educación intermedia. En cambio, se supuso que todos los graduados irían a trabajar en la industria o en la agricultura, y se dio considerable derecho de voto a las comunidades locales y unidades de producción, en la selección final de los estudiantes universitarios. Éste fue un intento notable por socavar la reproducción social de *élites* universitarias, que virtualmente se reclutaban y educaban en forma exclusiva entre familias urbanas, que se apartaban así de las realidades del trabajo productivo en las fábricas y aldeas.

Desde luego, sería un error interpretar parte de lo anterior como prueba de que han quedado abolidas para siempre las desigualdades de condición y autoridad, así como los diferenciales del ingreso. Por una parte, medidas radicales como las instituidas durante la Revolución cultural siempre han retrocedido (aunque rara vez han sido completamente abandonadas) en los periodos siguientes. Más precisamente, ni aun durante la pleamar de la experimentación maoísta, nunca se ha hecho un

104 Para visión general, véase Martin King Whyte, "Inequality and Stratification in China", *China Quarterly* núm. 64, diciembre de 1975, páginas 684-711, y Pfeffer, "Serving the People", pp. 635-653.

105 Whyte, "Inequality and Stratification", pp. 695-696.

serio intento (por parte de los poderosos líderes de China) de abolir radicalmente las desigualdades. En cambio, como afirma Martin Whyte, como mejor se comprende el igualitarismo comunista chino es como tendiente a la más plena participación posible de todas las personas en el desarrollo nacional, por medio de medidas destinadas a "acallar las consecuencias" de las desigualdades existentes. "Lo distintivo del igualitarismo chino se encuentra", dice Whyte,

> no tanto en su reducción o eliminación de diferencias de ingreso, poder y capacidades educativas, aunque parte de esto ha ocurrido, sino en su intento de acallar las consecuencias, en cuestiones como estilo de vida, pautas de consumo y diferencia interpersonal, de las desigualdades que sí existen. Se considera a las personas que ocupan altos puestos en China con derecho a ciertos tipos de recompensas y autoridades diferenciales, pero al mismo tiempo está prohibido alardear de autoridad o dedicarse al consumo ostensible. Se hace, así, un esfuerzo concertado por reducir el efecto subjetivo que las desigualdades existentes puedan tener sobre la iniciativa y la dedicación de los desposeídos, en cuyo nombre se hizo la Revolución.[106]

Sin embargo, desde la perspectiva comparativa, el igualitarismo comunista chino parece bastante notable. Esto será así aun si las recurrentes corrientes "maoístas" hacia mayor igualación y más profunda movilización de masas resulta que han cesado permanentemente después de la muerte de Mao Tsetung; pues el hecho es que ni en Francia ni en Rusia hubo tendencias, durante los decenios que siguieron inmediatamente a la consolidación del poder del Estado revolucionario, hacia una igualación económica o sociopolítica. Así, China, desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los años setenta, realmente destaca como un fenómeno histórico especial.

Razones de los distintivos resultados en China

Si los resultados revolucionarios chinos han sido distintivos (especialmente en comparación con el sistema comunista ruso) de las varias maneras analizadas en las páginas precedentes, entonces la pregunta obvia es: *¿por qué* ha ocurrido esto? Desde la perspectiva analítica de este libro, la explicación se encuentra fundamentalmente en las condiciones y posibilidades a las

[106] *Ibid*, p. 695.

que respondieron los líderes comunistas chinos, de acuerdo con sus capacidades políticas, una vez que habían consolidado el poder del Estado y el control socioeconómico nacional, a mediados de los años cincuenta. Tres conjuntos de factores tuvieron importancia especial; los legados económicos heredados del antiguo régimen; las realidades estratégicas de la época posterior a la segunda Guerra Mundial, y las distintivas capacidades políticas acumuladas por el Partido Comunista Chino durante su advenimiento al poder, especialmente en relación con el campesinado. Todo esto puede explicar por qué el nuevo régimen chino se desarrolló como lo hizo, especialmente desde finales de los años cincuenta.

En primer lugar, los legados económicos de la China anterior a 1949 nos ayudan a explicar por qué los comunistas chinos abandonaron los planes de desarrollo de tipo estalinista al cabo de pocos años de haberlos emprendido. Que los comunistas chinos estaban capacitados y dispuestos, después de 1949, a seguir una estrategia de estilo soviético, haciendo hincapié en la industria pesada, puede atribuirse en gran parte al hecho de que de pronto habían recobrado, aunque en condiciones dañadas por la guerra, las fábricas industriales modernas que se habían encontrado en zonas antes ocupadas por el enemigo. Con inversiones relativamente modestas en capital y en especialistas administrativos, pronto pudieron reconstruirse tales industrias, llegando al nivel de la segunda Guerra Mundial, y un poco más acá.[107] Pero una vez que los comunistas hubieron restaurado así las industrias de Manchuria y los centros costeros, a sus niveles de preguerra, empezaron a llegar a los límites de una economía muy distinta de aquella a la que se habían enfrentado los rusos durante los años veinte.[108] Había una base de industria pesada bien desarrollada sólo en Manchuria; en otros centros, el desarrollo industrial moderno era muy inferior, y predominaban las industrias ligeras y empresas comerciales. Y, aún más decisivo: la economía rural de China tenía características muy distintas de las de la agricultura rusa. Entre los años 1400 y 1900, la agricultura china había alcanzado sus máximos de producción dentro de los límites de la tecnología tradicional, la estructura social y las áreas de tierras disponibles. Y la población china ha-

107 Perkins, "Growth and Changing Structure", en *China's Modern Economy*, ed. en Perkins, p. 147.

108 Este punto constituye un tema central en *ibid.*, y en Harry Magdoff, "China: Contrasts with the U.S.S.R.", en *Monthly Review*, 27, julio-agosto de 1975, pp. 12-57.

bía aumentado continuamente, desde 1700, hasta virtualmente saturar la capacidad expansiva del sector agrario aproximadamente desde 1850.[109] Más aún: gran parte de la vida económica china estuvo, hasta 1949, orientada hacia las redes de zonas de mercado intrarregionales e intralocales de comercio y producción no mecanizada.[110]

Así, en materia de impedimentos, los comunistas chinos se encontraron ante una situación en que ni siquiera los métodos más brutales de explotación de la agricultura campesina en bien del desarrollo de la industria pesada urbanizada, podrían haber funcionado como lo hicieron en Rusia después de 1928, pues la moderna base industrial heredada sobre la que los chinos habrían tenido que construir era mucho más limitada que de lo que dispusieron los *soviets*, mientras que las barreras objetivas, aumento súbito de la producción agrícola y el mercado, eran mucho más formidables de lo que fueran en Rusia. Desde luego, pocas opciones quedaban, aparte de invertir en el desarrollo agrícola y en las industrias, al tiempo que se intentaba dotar al país de una industria pesada.

Además, para considerar el lado positivo, donde más vital ha sido la vida económica china ha sido en las localidades y regiones. Los campesinos tradicionalmente participaron en relaciones económicas y sociales más allá de los límites de sus propias aldeas, y se acostumbraron a seguir la guía de gentes educadas, no campesinas, en organizaciones y proyectos locales. Unos florecientes sistemas de interdependencia entre industrias (no mecanizadas) y agricultura ya existían en muchas regiones rurales. En suma, las oportunidades de fomentar —y, desde luego, "modernizar"— el desarrollo económico rural parecían accesibles después de 1949, si podía el nuevo régimen forjar la apropiada voluntad política y los medios organizativos idóneos.

En segundo lugar, las relaciones internacionales y condiciones estratégicas también afectaron el desarrollo del régimen comunista chino. Siempre hubo tensiones en la alianza chino-soviética de los años cincuenta.[111] Al fin y al cabo, los comunistas chinos

109 Véase Dwight H. Perkins, *Agricultural Development in China, 1368-1968*, Chicago, Aldine, 1969, y Ho, *Population, 1368-1953.*

110 G. William Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China (Part II)", en *Journal of Asian Studies*, 24, febrero de 1965, pp. 195-228.

111 Fairbank, Reischauer y Craig, *East Asia*, pp. 919-921, y Harrison *Long March*, pp. 480-481.

habían llegado al poder casi exclusivamente por sus propios medios, y tendían a resentir la hegemonía soviética. La Unión Soviética estaba buscando la coexistencia pacífica con los Estados Unidos, al mismo tiempo que China se sentía amenazada por la intervención estadunidense en Corea, y también buscaba el apoyo soviético para sus intentos de recobrar Taiwán. Además, los comienzos de la reorientación de los planes de desarrollo chinos, apartándose del modelo soviético crearon tensiones adicionales entre los dos países.

El rompimiento decisivo de la República Popular con la Unión Soviética llegó como resultado de la determinación china por desarrollar su propia capacidad nuclear, signo último y base del poderío militar estratégico nacional en la época posterior a la segunda Guerra Mundial.[112] Aquí el punto interesante, sin embargo, no es que la alianza chino-soviética se rompiera por esta cuestión, sino que, dada la naturaleza peculiar de las armas nucleares, China *pudiera* crear tales armas. Esto entrañó abandonar la protección militar soviética, mientras el imperialismo estadunidense se extendía por Asia, precisamente mientras China también seguía una estrategia de desarrollo económico nacional *menos* exclusivamente orientada hacia el desarrollo de la industria pesada. Obviamente, esta audaz combinación de iniciativas fue posible para los comunistas chinos alrededor de 1960, sólo porque las armas nucleares requieren una inversión económica e industrial relativamente pequeña, comparada con equipar enormes ejércitos de tierra, con avanzados armamentos mecanizados y protección aérea. Esto último había sido el imperativo estratégico al que se enfrentaran los soviéticos durante los años treinta y, como hemos visto, afectó poderosamente sus opciones acerca de las necesidades del desarrollo económico nacional; pero los comunistas chinos, ante la situación estratégica posterior a la segunda Guerra Mundial, pudieron al menos considerar especular sobre un análogo militar a la política económica de "caminar con dos piernas". Pudieron invertir intensivamente tales recursos en crear una capacidad disuasiva nuclear, y al mismo tiempo mantener un enorme Ejército de Liberación Popular, no modernizado, cuya capacidad de organizar la resistencia guerrillera descentralizada en un país enorme había de disuadir (ello se esperaba) a todo potencial invasor. Por último, en cuanto el rompimiento chino-soviético fue completo y después

112 Mis ideas al respecto han recibido gran influencia de Franz Schurmann, *The Logic of World Power*, Nueva York, Pantheon, 1974, 2ª Parte.

de que los Estados Unidos dejaron de intensificar su presencia militar activa en Asia, los comunistas chinos pudieron aprovechar la situación estratégica internacional de otra manera: enfrentando a una superpotencia, los Estados Unidos, contra la otra, la URSS. Ninguno de estos argumentos pretende implicar que algo relativo a la situación internacional de la segunda posguerra movió positivamente a China a desarrollarse como lo hizo después de mediados de los años cincuenta; pero, pensando en la comparación con la situación de Rusia en el sistema de Estados europeos después de la primera Guerra Mundial, sí parece válido decir que los chinos se enfrentaron a circunstancias que les *permitieron* desarrollarse de manera diferente hasta el punto en que las condiciones económicas internas y —especialmente— su capacidad política, acumulada por el Partido-Estado, los alentó a hacerlo.

Pues, por último y en tercer lugar, ningún factor ha sido más importante que las capacidades políticas acumuladas por el Partido, espoleando a los comunistas chinos a emprender aquellos enfoques, orientados hacia la agricultura, y relativamente participativos e igualitarios, al desarrollo nacional, que han sido la característica de la China del nuevo régimen. Ante todo, la relación política ya desarrollada del Partido Comunista Chino con el campesinado fue decisiva. Cuando los comunistas chinos, durante los años cincuenta, consolidaron plenamente el poder del Partido-Estado y decidieron promover el desarrollo nacional, gozaron de una enorme ventaja que los bolcheviques no habían tenido durante los años veinte: los nexos políticos directos con las aldeas campesinas.

Hemos de recordar que el campesinado chino, históricamente, había estado vinculado y subordinado a los terratenientes ricos dentro de las comunidades locales (mercados). Los campesinos no habían logrado derrocar el poder económico y político de los terratenientes por sí solos; en cambio, la revolución social en los campos chinos sólo procedió con ayuda de la protección del Ejército Rojo y del liderazgo de los comunistas presentes. La revolución agrícola ocurrió en el norte de China durante las etapas finales de la guerra civil entre los comunistas y los nacionalistas, y luego se extendió al sur de China a comienzos de los años cincuenta, después de que los comunistas habían exigido el poder nacional. En ambas fases, el proceso tuvo importantes factores concomitantes e implicaciones políticas. Los terratenientes y las instituciones que los apoyaban sólo fueron desplazados cuando los cuadros comunistas penetraron

en cada aldea, organizaron en asociaciones a los campesinos pobres y de medianos ingresos, reclutaron líderes para estas asociaciones entre los propios dirigentes campesinos y, finalmente, animaron a los campesinos a atacar a los terratenientes (así como a los campesinos ricos). La secuela no sólo fue la redistribución de grandes territorios y otras propiedades entre los campesinos; además, se establecieron nuevos dirigentes e instituciones políticas basadas en los campesinos, en los niveles locales, para reemplazar las antiguas disposiciones dominadas por terratenientes, incluso los clanes. Desde luego, el Partido Comunista Chino tenía que ganar muchísimo en todo esto. La situación fue diferente de la de Rusia después de las revueltas campesinas autónomas de 1917, cuando las comunidades campesinas quedaron más apartadas que nunca de las influencias exteriores, dejando a los bolcheviques sin ninguna base sólida en el campo y sin manera de llegar allí en lo futuro. En China, las comunidades campesinas en la secuela de la revolución agrícola quedaron vinculadas, en lo organizativo, con el Partido-Estado comunista. Las aldeas revolucionadas quedaron llenas de viejas y nuevas familias de "campesinos de clase media" que se habían beneficiado directamente de la redistribución de tierras organizada por los comunistas. Y fueron gobernados mediante nuevas organizaciones encabezadas por cuadros campesinos locales, que o bien eran miembros del Partido o estaban acostumbrados a cooperar con los comunistas.

Después de 1949-1952, tales cuadros rurales constituyeron una inapreciable reserva de apoyo y directiva popular para el Partido-Estado comunista para aprovecharlo en el curso de la movilización socialista.[113] Y ciertamente la aprovechó; primero, para organizar en muchas regiones "equipos de ayuda mutua" para apoyar y suplementar la producción del pequeño campesino; y después, de 1955 a 1958, para promover la verdadera colectivización de la mayor parte de la propiedad de la tierra y la producción agrícola. En ciertos aspectos externos —como el objetivo de facilitar el control político sobre la producción y los excedentes agrícolas, y la pauta de un programa concebido originalmente moderado, pero que después había de acelerarse y radicalizarse, una vez arrancado—, el impulso de la colectiviza-

113 El legado del liderazgo local de la revolución agraria ha sido fuertemente subrayado por Thomas Paul Bernstein, en "Leadership and Mobilization in the Collectivization of agriculture in China and Russia: A Comparison" (tesis para el doctorado en filosofía, Department of Political Science, Columbia University, 1970), esp. pp. 111-132 y 179-200.

ción china se pareció a la de los soviéticos en 1928-1933. No obstante, hubo muchas diferencias importantes en medios y resultados. Como lo ha dicho Thomas Bernstein, los comunistas chinos colectivizaron la agricultura mediante la "movilización de mando", basados en fuertes dosis de coacción aplicadas por emisarios urbanos, porque los rusos carecieron de cuadros numerosos o dignos de fe dentro de las aldeas. En contraste, los comunistas chinos pudieron proceder mediante la "movilización participativa" aplicando una mezcla de persuasión, manipulación de grupo y pequeñas dosis de coacción, porque los jefes de su movimiento salieron básicamente de comunidades campesinas políticamente fidedignas, que operaban en sus propias regiones de origen o cerca de ellas.[114] Y mientras que la colectivización soviética causó la devastación a corto plazo de la producción agrícola, así como el estancamiento a largo plazo en el sector colectivo, el impulso de colectivización china (en sí mismo, dejando aparte el Gran Salto Adelante) causó mucho menos perturbación inmediata, y dejó la base organizativa para un sector colectivo productivo en lo futuro.

¿Qué diferencia estableció todo esto para el nuevo régimen en general? Los comunistas chinos pudieron llevar adelante la colectivización de la agricultura con relativa facilidad, activando y extendiendo su base política ya existente por los campos. Esto, a su vez posibilitó que dependieran y dieran forma activamente al crecimiento agrícola y al desarrollo rural como parte de una estrategia de desarrollo nacional impulsado por el Estado. Así, la relación única forjada originalmente entre los comunistas y los campesinos mientras se completaba y consolidaba la revolución social china creó posibilidades especiales posteriores para que el Partido-Estado movilizara a los campesinos para su participación activa en la transformación socialista.

De manera similar, ha creado persistentes "impulsos" hacia la aplicación y el mantenimiento de políticas relativamente equilibradas e igualitarias de desarrollo nacional. Pues aun si los campesinos potencialmente pudiesen verse persuasivamente envueltos en el desarrollo nacional gracias a los medios político-organizativos de que se dispone, sin embargo, no responderían en realidad, a menos que viesen beneficios que obtener. Para activar sus potenciales capacidades políticas, los comunistas chinos han tenido que hacer las mismas cosas que han hecho: fomentar las inversiones en la agricultura y en las industrias

114 *Ibid.*, cap. VI.

rurales y los servicios sociales, y elevar a los campesinos hacia niveles nacionales de educación, salud y consumo, mientras no permiten que los enclaves urbanos más modernos adelanten sus ventajas. Así, tal política ha dependido para su aplicación de los dirigentes políticos locales activos y responsables, y de la recurrente movilización colectiva. Sin tales medidas políticas faltas de liderazgo, la participación campesina —mediante la persuasión— no habría triunfado. Con ellas, toda China ha logrado avanzar, lentamente, quizá, y con perturbaciones recurrentes, mas, no obstante, con un notable progreso general de desarrollo económico e igualdad social.

Así en China, como en Francia y Rusia, los resultados revolucionarios dependieron mucho de las realizaciones del campesinado y de su relación con los dirigentes constructores de Estado que consolidaron la Revolución. En Rusia, el campesinado efectuó su propia revolución niveladora sobre las tierras y luego se convirtió en pasiva amenaza a la viabilidad económica y política de la nación revolucionada. En consecuencia, los métodos estalinistas a la postre fueron modelados en gran parte por los esfuerzos de los bolcheviques, por controlar forzosamente a los campesinos mediante órdenes y terror. En Francia, el campesinado efectuó una revolución mucho más limitada contra ciertas pretensiones sobre sus excedentes, perdiendo gran parte de su unidad en el proceso y finalmente se encontró en parte forzado y parcialmente inducido a coexistir en el contexto de un mercado nacional con un Estado administrativo-burocrático, mientras el capitalismo gradual pero inexorablemente socavaba su posición. Sin embargo, tan sólo en China, el campesinado no pudo efectuar su propia revolución, y los revolucionarios organizados no pudieron llegar al poder directamente dentro de las ciudades y poblados. Los comunistas y campesinos necesariamente se aliaron para completar la revolución. Por consiguiente, se crearon posibilidades especiales para los revolucionarios una vez en el poder del Estado, para emplear la movilización participativa en la siguiente transformación de la economía y de la sociedad, y para que las actividades y el bienestar de los campesinos se convirtieran en parte fundamental del desarrollo nacional en China.

Resumen

Las luchas revolucionarias han surgido de crisis de dominación de Estado y de clase, y los resultados social-revolucionarios han

sido poderosamente moldeados por los obstáculos y oportunidades ofrecidas por estas crisis. De manera similar, los resultados de la revolución social han sido moldeados y limitados por las estructuras socioeconómicas existentes y por las circunstancias internacionales dentro de las cuales los jefes revolucionarios han luchado por reconstruir, consolidar y aplicar el poder del Estado. Tales han sido, en términos generales, los argumentos analíticos planteados en la Segunda Parte. El cuadro 2 presenta un resumen de la lógica general de muchos de los puntos específicos establecidos hasta aquí acerca de las revoluciones en cada país y en todo su proceso.

Los argumentos y la lógica comparativa de la Segunda Parte se han basado claramente en los resultados establecidos en la Primera Parte. Se han atribuido las similitudes generales a las causas y de los resultados de las revoluciones francesa, rusa y china, a las similitudes básicas de las crisis sociorrevolucionarias —que han presentado coyunturas de desorganización administrativa/militar e insurrecciones campesinas de las cuales surgieron las tres revoluciones. Las variaciones de los conflictos y los resultados revolucionarios han sido explicados, parcialmente, de acuerdo con los rasgos específicos de cada crisis revolucionaria: exactamente cómo se descompuso cada Estado del antiguo régimen; exactamente qué tipos de revueltas campesinas fueron facilitadas por la existente estructura agraria. Y también las variaciones han sido explicadas parcialmente por referencia a las estructuras socioeconómicas específicas y a las situaciones internacionales trasladadas, más o menos, de cada antiguo régimen, a cada nuevo régimen.

Desde luego, las revoluciones sociales provocan grandes transformaciones. Pero sólo causan tales transformaciones dentro de los límites de situaciones internas e internacionales históricamente dadas. Los conflictos de clase y política de las revoluciones sociales surgen, además, de crisis históricamente específicas de los antiguos regímenes. Así, las explicaciones de los conflictos y resultados de las revoluciones sociales surgen claramente, como en este libro, de un entendimiento anterior de las estructuras y de las situaciones de los antiguos regímenes y de un análisis anterior de las causas de las crisis sociorrevolucionarias. Los cambios revolucionarios se efectúan sobre tales fundamentos y dentro de tales circunstancias.

Los resultados de las revoluciones sociales no marcan, desde luego, el fin de todo cambio. La historia social ha continuado en Francia desde comienzos del siglo XIX, en Rusia desde el

decenio de 1930 y en China, desde los años sesenta; sin embargo, los resultados revolucionarios en los tres países sí fijaron límites al futuro desarrollo. Y crearon nuevos obstáculos y oportunidades a las futuras luchas políticas, tanto dentro de cada nación como en la escala global.

Cuadro 2. *Resultado de las revoluciones sociales en Francia, Rusia y China*

Efectos de las crisis sociales revolucionarias	*Legados socioeconómicos de los antiguos regímenes*	*Circunstancias históricas internacionales y universales*
Similitudes		
La estabilización liberal es imposible. Clases dominantes vulnerables. Grupos populares disponibles para la movilización política.	La sociedad sigue siendo predominantemente agraria, y los campesinos son la mayor presencia.	La nación ha sido intensivamente atrapada en la competición internacional, durante y después de la Revolución.
Francia		
Fases liberales, pero no estables. Sobrevive el marco organizativo de los reales ejércitos. Las revueltas campesinas suprimen el señorialismo, pero no redistribuyen la propiedad de la tierra.	Economía agrario-comercial de unidades pequeñas y medias; la industria no es mecanizada. No hay proletariado industrial. Los grupos de pequeños propietarios dominan la economía.	Francia participa en la competición militar continental como potencia hegemónica. El control del Estado del desarrollo económico nacional aún no es una posibilidad histórica.
Rusia		
No hay una verdadera fase liberal. Los ejércitos zaristas se disuelven por completo. Los campesinos expulsan a los terrate-	Considerable desarrollo de empresas modernas en gran escala, principalmente de industria pesada. Proletariado colocado estratégicamente.	Rusia a la defensiva en el sistema de Estados europeos, desde 1917 hasta la segunda Guerra Mundial.

CUADRO 2. [*Continúa.*]

Efectos de las crisis sociales revolucionarias.	*Legados socioeconómicos de los antiguos regímenes*	*Circunstancias históricas internacionales y universales*
nientes, redistribuyen la propiedad de la tierra; se vuelven hacia dentro, al nivel de la aldea.		Es posible la industrialización impelida por el Estado.
China		
Desunión política y militar de la época de los "Señores de la Guerra". Los campesinos no pueden levantarse por sí solos; los ricos terratenientes siguen siendo poderosos en las localidades.	Tradicional economía agrario-comercial en gran parte sin transformarse. Unos cuantos enclaves marginales moderno industriales en su mayoría de industria ligera.	China invadida durante la segunda Guerra Mundial; a la defensiva, después de la segunda Guerra Mundial, aunque en un mundo dominado por los Estados Unidos y la URSS, como superpotencias nucleares. Es posible la industrialización impulsada por el Estado.

Proceso de construcción del Estado revolucionario	*Naturaleza del nuevo régimen*
Similitudes	–
Movilización político-militar del apoyo popular en las guerras contra los contrarrevolucionarios y competidores del interior, y contra los invasores extranjeros.	El Estado, mayor y más centralizado, burocrático e incorporador de las masas que el antiguo régimen. El Estado es más autónomo en el interior y en el exterior. Han desaparecido los privilegios de la clase terrateniente.
Francia	
El protopartido jacobino moviliza las fuerzas populares urbanas para revitalizar el ejército nacional; no hay una base duradera en la industria ni entre los campesinos.	Estado profesional burocrático, no controlado por el Partido; promueve la estabilidad interna y la expansión militar.

CUADRO 2. [*Concluye.*]

Proceso de construcción del Estado revolucionario	*Naturaleza del nuevo régimen*
Los jacobinos caen después de la consolidación militar; la consolidación administrativa sólo se logra bajo la dictadura militar napoleónica.	Sociedad de propiedad privada y economía guiada por el mercado. Se facilita el desarrollo capitalista, favoreciendo a los propietarios ricos.
Rusia	
El partido bolchevique moviliza al proletariado industrial; no hay base en el campo. Ha de reconstruir de pronto, y de la nada, las organizaciones del Estado, mediante medios de coacción. Para sobrevivir entre los campesinos y en circunstancias internacionales amenazadoras, el régimen recurre a la colectivización forzada y a la industrialización pesada.	El Partido-Estado es jerárquico, autoritario y coactivo. Desarrollo económico nacional impelido por el Estado; hincapié en la industria pesada y en la rápida urbanización. Exageradas desigualdades de *status* y recompensas económicas.
China	
Falla la consolidación revolucionaria de base urbana. El PCCH moviliza a los campesinos para la guerra de guerrillas y la revolución agraria. Después de 1949, el Partido-Estado controla las industrias, pero también conserva y utiliza su base política única en el campo.	El Partido-Estado, relativamente descentralizado y movilizador de masas. El desarrollo económico impelido por el Estado, con gran hincapié en la agricultura y en el desarrollo rural. Intentos por reducir o contener las desigualdades continuas.

CONCLUSIÓN

"La cuestión básica de toda revolución es la del poder del Estado", escribió Lenin, en mitad de la Revolución rusa de 1917.[1] Aquí estaba hablando el organizador revolucionario Lenin. Sin embargo, como teórico, Lenin siguió a Marx, sosteniendo que los acontecimientos históricos de las relaciones de clase eran la matriz estructural de la cual surgían las pugnas revolucionarias por el poder del Estado, y creyó que los conflictos de clase eran los medios por los que tales cuestiones habrían de resolverse acerca de las formas y funciones del poder del Estado. Las revoluciones burguesas habrían servido para fortalecer a los Estados como instrumentos del dominio burocrático y coactivo. Sin embargo, las revoluciones anticapitalistas y socialistas allanarían el camino a la atrofia del Estado como tal, porque no habría ocasión de un dominio del Estado sobre las clases productoras en cuyo nombre y por cuyos esfuerzos se emprenderían tales revoluciones.[2]

El análisis de este libro indica al mismo tiempo la verdad y los límites de la visión leninista de Estados y revoluciones. Las cuestiones del poder del Estado sí *han* sido básicas en las transformaciones social-revolucionarias, pero el poder del Estado sólo puede comprenderse como instrumento de dominación de clase, y los cambios de las estructuras del Estado no pueden explicarse básicamente en función de los conflictos de clase. En Francia, Rusia y China, los conflictos de clase —especialmente entre campesinos y terratenientes— fueron centrales durante los interregnos revolucionarios. Pero tanto el surgimiento de las situaciones revolucionarias, para empezar, cuanto la naturaleza de los nuevos regímenes que surgieron de los conflictos revolucionarios, dependieron fundamentalmente de las estructuras de organizaciones del Estado y de sus relaciones parcialmente autónomas y dinámicas con la clase doméstica y las fuerzas políticas, así como de sus posiciones en relación con otros Estados extranjeros.

1 Lenin, "El Poder Doble", originalmente publicado en *Pravda* el 9 de abril de 1917; reimpreso en Robert C. Tucker, ed., *The Lenin Anthology,* Nueva York, Norton, 1975, p. 301.

2 Véase Lenin, "Estado y Revolución", reimpreso en *Lenin Anthology*, ed., Tucker, pp. 311-398.

La Francia, Rusia y China prerrevolucionarias tenían Estados imperiales bien establecidos, con demostradas capacidades para proteger su propia hegemonía y la de las clases dominantes contra las revueltas desde abajo. Antes de que pudieran ocurrir revoluciones sociales, había que descomponer el poder administrativo y militar de estos Estados. Cuando ello ocurrió en Francia en 1789, en Rusia en 1917 y en China en 1911, *no* fue por las actividades deliberadas con tal fin, ni de parte de los revolucionarios declarados ni de parte de poderosos grupos políticos dentro de los antiguos regímenes. Antes bien, las crisis políticas revolucionarias que culminaron en la descomposición administrativa y militar, surgieron porque los Estados imperiales quedaron atrapados en presiones cruzadas entre una intensificada competición militar o intrusiones del exterior y frenos impuestos a las respuestas monárquicas por las existentes estructuras de clase agraria o instituciones políticas. Los Estados del antiguo régimen tendían a tales crisis revolucionarias porque sus estructuras existentes les imposibilitaban enfrentarse a las exigencias militares internacionales, en particular a las que cada uno tuvo que enfrentarse en la era moderna.

Una vez que se desintegraron los Estados del antiguo régimen, se pusieron en movimiento fundamentales conflictos políticos y de clase que no se resolverían hasta que, en lugar de las antiguas, se consolidaran nuevas administraciones y organizaciones militares. Las revueltas desde abajo atacaron directamente la propiedad y los privilegios de las clases dominantes, realizando así cambios en las relaciones de clase que de otra manera no habrían podido ocurrir. Sin embargo, no menos importantes fueron los efectos de las revueltas campesinas y obreras en el curso de las luchas políticas nacionales. Las posibilidades de una restauración contrarrevolucionaria o de una estabilización liberal quedaron reducidas, y los dirigentes revolucionarios encontraron posible movilizar el apoyo en el proceso de construir nuevas organizaciones de Estado para defenderse contra competidores internos e invasores del exterior. Comparados con los Estados imperiales de los antiguos regímenes, los nuevos Estados-regímenes que surgieron en Francia, Rusia y China, por igual, fueron más fuertes y más autónomos dentro de la sociedad y más poderosos contra toda competición exterior dentro del sistema de Estados internacionales. Más aún: los campesinos y los obreros de las ciudades quedaron más directamente incorporados a la política nacional y a los proyectos apoyados por el Estado después de las revoluciones, cuyo triunfo habían ayudado a asegurar. Unos Estados

nacionales fortalecidos no fueron los únicos resultados de las revoluciones francesa, rusa y china, pero tales cambios del orden del Estado sí se encontraron entre las transformaciones revolucionarias más notables e importantes.

De las tres revoluciones surgieron Estados más centralizados, burocráticos y autónomamente poderosos en el interior y en el exterior. Este hecho señala la operación de influencias persistentes, sin que importe si los conflictos internacionales de una revolución, fueron anticapitalistas, como en Rusia y China, o, en general, favorables al desarrollo capitalista, como en Francia. Una de tales influencias fue la dinámica competitiva del sistema internacional de Estados.

Las guerras e intrusiones imperiales hicieron nacer las crisis revolucionarias, y los nacientes regímenes revolucionarios consolidaron el poder del Estado, no sólo entre conflictos internos armados, sino también en circunstancias internacionales amenazadas por los militares. En Francia, Rusia y China por igual, las exigencias de la consolidación revolucionaria en un mundo de Estados competitivos ayudaron a hacer que los guías dispuestos y capaces de construir unas organizaciones coactivas y administrativas centralizadas salieran al escenario durante las revoluciones, y que su obra creara una permanente base de poder para los cuadros del Estado, dentro de los órdenes sociales revolucionados.

A mayor abundamiento, las modernas revoluciones sociales como la francesa, la rusa y la china, invariablemente han ocurrido en países atrapados detrás de naciones competidoras más desarrolladas económicamente. Cada vez más en el "tiempo del mundo" han surgido oportunidades y modelos aplicables al poder del Estado para promover el desarrollo económico nacional. Por tanto, especialmente en Rusia y en China, los dirigentes revolucionarios han podido aplicar el poder del Estado después de la consolidación inicial de los nuevos regímenes para promover nuevas transformaciones socioeconómicas. Estas transformaciones han contribuido indispensablemente a la supervivencia nacional (es decir, como en Rusia en la segunda Guerra Mundial) o al bienestar material del pueblo en general (es decir, en China). Sin embargo, ciertamente no habría podido realizarse sin una dinámica intervención del Estado o sin controles políticos sobre muchos aspectos de la vida social y económica.

Podemos vernos tentados a concluir que, en contraste con Lenin, Max Weber constituye una guía mejor y más infalible hacia los resultados revolucionarios. En opinión de Weber, las

revoluciones funcionan, a la postre, para fomentar la dominación burocrática, tanto más inevitablemente hasta el grado en que establecen controles de Estado sobre la economía.[3] Pero esta perspectiva nos ofrece una visión insuficiente en los variados resultados de las revoluciones francesa, rusa y china, especialmente respecto a sus consecuencias para los campesinos que participaron tan decisivamente en los tres dramas revolucionarios, y que constituyeron la vasta mayoría en la sociedad, después de las revoluciones tanto como antes. Dado el destino último del campesinado ruso bajo Stalin, obviamente es imposible sostener que las revoluciones comunistas, anticapitalistas, necesariamente han servido a los intereses campesinos mejor que las revoluciones sociales no comunistas, como la francesa (o la mexicana). Pero tampoco es posible aseverar que los campesinos inevitablemente tienen un mejor destino de acuerdo con regímenes revolucionarios comunistas "totalitarios". La Revolución china da un mentís a esta fácil conclusión y desafía la oposición categórica recibida de "democracia" contra "totalitarismo", así como los resultados de la Revolución rusa desafían toda equiparación automática de democracia socialista con anticapitalismo. Como resultado directo de las realizaciones socioeconómicas y políticas de la Revolución china, los campesinos chinos en general no sólo disfrutan de condiciones materiales marcadamente superiores a las anteriores a 1949; también poseen más control directo y participación en las decisiones acerca de los asuntos de sus vidas, localmente enfocadas, más que el campesinado ruso después de 1929, o que el campesinado francés después de 1789-1793; además por muy centralizado y burocrático que el Partido-Estado comunista chino sea en comparación con los regímenes chinos prerrevolucionarios, no obstante, ha dado considerable espacio a la planificación y a la iniciativa provinciales y locales. Estas consideraciones parecen indicar (que nos perdone Weber) que las revoluciones anticapitalistas fortalecedoras del Estado no necesariamente resultan sólo en una forma más total de dominación burocrática al estilo occidental.

[3] Véase especialmente Weber sobre la "burocracia", en *From Max Weber: Essays in Sociology*, ed., y trad. H. H. Gerth y C. Wright Mills, Nueva York, Oxford University Press, 1958; cap. VIII. Las ideas de Lenin y de Weber sobre el Estado y la burocracia han sido muy bien comparadas en Erik Olin Wright, "To Control or Smash Bureaucracy: Weber and Lenin on Politics, the State, and Bureaucracy", en *Berkeley Journal of Sociology*, 19, 1974-1975, pp. 69-108.

Desde luego, no hay que romantizar los resultados de la Revolución china. Los mejores ideales de la democracia socialista están lejos de haberse realizado en un marco en que la vida política es caracterizada por la manipulación de grupo y por la intolerancia a muchos tipos de disidencia. No obstante, locura sería dejar que las categorías políticas recibidas nos cegaran ante las cualidades participativas de la política comunista china en general o a los genuinos avances de la toma de decisiones de la comunidad local que han sido realizadas por y para la mayoría campesina china, como resultado de la Revolución. El Estado chino se ha fortalecido y, al mismo tiempo, también la democracia colectiva en el nivel local. Este resultado revolucionario no puede ser adecuadamente comprendido por una perspectiva téorica que plantee una marcha unilineal o histórica, o la racionalización burocrática. Antes bien, debe considerarse desde una perspectiva comparada que atribuya peso a las distintas formas de descomposición del antiguo régimen, conflictos revolucionarios y movilización campesina en el curso de la construcción del Estado revolucionario, que fueron específicos de la historia de la Revolución china.

Las revoluciones francesa, rusa y china, cuyas similitudes y variaciones ha explorado este libro extensamente, y que ha tratado de explicar, desde luego no han sido las únicas transformaciones social-revolucionarias del mundo moderno. La mayoría de los observadores probablemente convendrá en que las revoluciones sociales, aproximadamente en el mismo sentido aquí delineado —es decir, transformaciones rápidas y básicas de un Estado y la estructura de clase de una sociedad, acompañadas y en parte realizadas por revueltas de clase desde abajo— también han ocurrido en México entre 1911 y los años treinta, y desde la segunda Guerra Mundial, en Yugoslavia, Vietnam, Argelia, Cuba, Bolivia, Angola, Mozambique, Guinea-Bissau y Etiopía. Todas ellas comparten ciertas semejanzas generales con las revoluciones francesa, rusa y china. Ocurrieron en países predominantemente agrarios, y sólo fueron posibles mediante la descomposición administrativo-militar de los Estados preexistentes. Las revueltas campesinas o la movilización a la guerra de guerrillas desempeñaron una función básica en cada proceso revolucionario. Además, en cada uno de estos casos, los dirigentes revolucionarios organizados (reclutados entre las filas de *élites* antes marginales, educadas) surgieron o salieron a la escena durante la crisis revolucionaria. Y estos líderes actuaron para

construir nuevas y reforzadas organizaciones del Estado, para consolidar los cambios revolucionarios y afirmar la autonomía nacional.

Tales similitudes plantean la pregunta de si son generalizables los argumentos presentados en este libro. ¿Se les puede aplicar fuera de los casos francés, ruso y chino? En un sentido, la respuesta es inequívocamente, "no": no es posible extender mecánicamente los argumentos causales específicos que se han desarrollado para Francia, Rusia y China, hasta constituir una "teoría general de las revoluciones" aplicable a todas las demás revoluciones sociales modernas. Hay dos razones importantes por las que tal estrategia sería vana. En primer lugar, las causas de las revoluciones (sean de casos individuales o de conjuntos de casos similares) necesariamente varían, de acuerdo con las circunstancias históricas e internacionales de los países en cuestión. "No conocemos principios universales del cambio histórico", escribió una vez sabiamente C. Wright Mills, porque "los mecanismos del cambio [...] varían con la estructura social que estamos examinando [...], así como hay una variedad de estructuras sociales, también hay una variedad de principios del cambio histórico."[4] Y en segundo lugar, las pautas de causación y resultados revolucionarios necesariamente son afectados por los cambios de la historia universal en las estructuras y bases fundamentales del poder del Estado como tal. La similitud y las formas de las revoluciones tienden a cambiar con el tiempo, porque, como también notó Mills en el mismo pasaje antes citado, el "cambio histórico *es* cambio de las estructuras sociales; de las relaciones entre sus partes componentes".

La fuerza del primer punto se manifiesta cuando consideramos que virtualmente todas las revoluciones sociales modernas, aparte de la francesa, la rusa y la china, han ocurrido en países ex colonizados, relativamente pequeños y situados en posiciones sumamente vulnerables y dependientes dentro de la economía capitalista mundial y el sistema internacional de Estados. En México y en Vietnam, para tomar dos ejemplos posibles y totalmente distintos, las crisis sociorrevolucionarias no brotaron como resultado de confrontaciones de Estados imperiales históricamente autónomos y bien establecidos con competidores militares extranjeros o intrusos. Para comprender las raíces de estas crisis revolucionarias, el analista debe seguir tanto los

[4] C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, p. 150. (La Imaginación Sociológica, FCE.)

legados históricos del colonialismo, tal como afectaron específicamente cada estructura sociopolítica indígena, así como las repercusiones indirectas, para México y Vietnam, de cambios del poder económico y militar dentro de los sistemas políticos y económicos globales. Así en México, un gobierno nacional débil fue uno de los legados del colonialismo español. Y el ascenso y la caída del régimen prerrevolucionario, tenuemente centralizado y militarmente débil de Porfirio Díaz (1870-1911), fueron poderosamente afectados por cambios entre las potencias industriales más poderosas del Atlántico Norte, por flujos de inversiones extranjeras en diversas regiones de México, y por los cambiantes equilibrios políticos y orientaciones extranjeras de sucesivos gobiernos de los Estados Unidos. [5] De manera similar, la revolución social de Vietnam surgió sólo después del colonialismo francés, el cual había desplazado al anterior régimen imperial indígena, que fue perturbado por las conquistas del Japón y luego su derrota en la segunda Guerra Mundial.[6]

A mayor abundamiento, el curso y los resultados de las revoluciones sociales en los países dependientes son poderosamente condicionados, no sólo por los requisitos de la defensa militar y su afirmación contra los invasores extranjeros, reales y potenciales, sino también por la ayuda directa, económica y militar, del exterior. A menudo, tal ayuda le es ofrecida a los triunfadores revolucionarios por grandes potencias exteriores, ansiosas de influir en la forma y en la política de los nuevos regímenes. Esto no significa que tales regímenes revolucionados simplemente se vuelven "clientes" de las grandes potencias. En realidad, estos regímenes son más internacionalmente autónomos que sus prerrevolucionarios predecesores, y sus relaciones con los patrocinadores extranjeros frecuentemente están cargadas de tensiones. Sin embargo, parece justo decir que la política seguida por los regímenes revolucionarios en los países pequeños y dependientes ha sido influida más directamente por los patrocinadores extranjeros y más frenadas por las relaciones económicas transnacionales, que las políticas de los nuevos regímenes francés, ruso y

5 Véase, especialmente, Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America*, Nueva York, Oxford University Press, 1970, y Walter Goldfrank, "World System, State Structure, and the Onset of the Mexican Revolution", en *Politics and Society*, 5:4, 1975, páginas 417-439.

6 Para un recuento sucinto de la Revolución vietnamita que subraya estos factores, véase John Dunn, *Modern Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, cap. V.

(aun) chino. Un caso extremo es Cuba. La revolución acabó con la extrema dependencia de los Estados Unidos y permitió a Cuba seguir una política más autónoma o igualitaria de desarrollo económico dirigido por el Estado. Sin embargo, al mismo tiempo, Cuba llegó a depender mucho de la ayuda económica soviética y su política exterior quedó claramente paralela a la de la URSS. [7]

Así, se fijan límites a la capacidad de generalización de las pautas causales específicas indentificadas para Francia, Rusia y China, porque han ocurrido otras revoluciones (más recientemente) en otros países, con historias políticas significativamente distintas, localizados en posiciones internacionales más dependientes. Además, otros límites aún más fundamentales a la generalización de las clásicas pautas sociales revolucionarias pueden seguirse hasta las transformaciones históricas, importantes en la escala internacional, en las formas y bases del poder del Estado. Especialmente desde que acabó la segunda Guerra Mundial, cuando docenas de naciones nuevas surgieron del colonialismo en un mundo económicamente dominado por el capitalismo, y militarmente dominado por superpotencias rivales, por tecnología de armas modernas y por formas burocráticas profesionales de organización militar, que se han difundido virtualmente a todo Estado soberano. Las autoridades nacionales, por doquier, han carecido de reacción simbólica y del apoyo coactivo de un moderno establecimiento militar. Y las diversas superpotencias han estado a la altura de las circunstancias, compitiendo entre sí para reclutar y aportar aliados o Estados clientes. Sin duda, una consecuencia ha sido hacer que las revoluciones sociales sean mucho menos probables, en general, de lo que de otra manera habrían sido, si la mayoría de las naciones nuevas carecieran de milicias modernas. En parte esto es así por la simple fuerza represiva de los modernos establecimientos militares. Tal como declaró Katherine Chorley, en 1943: "Ninguna revolución ganará contra un ejército moderno [interior] cuando tal ejército lance toda su fuerza contra la insurrección." [8] Desde entonces, la brecha, ya grande, entre la fuerza oficial, controlada por el Estado, y los medios de coacción que pueden aplicar (sin ayuda exterior) los grupos extraoficiales

[7] Susan Eckstein, "Capitalist Constraints on Cuban Socialist Development", texto mimeografiado, Boston, Department of Sociology, Boston University, 1978.

[8] Katherine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, 1943; reimpresión ed., Boston, Beacon Press, 1973, p. 243.

y populares ha aumentado más aún. Sin embargo, esta brecha no es en sí misma la única consideración. Al fin y al cabo, aun los ejércitos premodernos de la Francia del antiguo régimen pudieron reprimir las revueltas desde abajo.

Más importante que su simple ventaja coactiva, es el hecho de que los establecimientos modernos y profesionales militares tienden a diferenciarse, en lo organizativo y en lo social, de las dominantes clases económicas de los países a los que "sirven". En la mayoría de los países del Tercer Mundo de hoy, los oficiales no se reclutan básicamente entre las clases capitalista o terrateniente, sino, en cambio, entre las filas de familias de oficiales menores y pequeños propietarios. Y los puestos de oficiales tienen intereses poderosos pero limitados que se centran en favorecer sus propios intereses de grupo dentro del aparato del Estado, así como en conservar la autoridad del Estado como tal.[9] Mientras sus propias carreras e intereses organizativos se vean amenazados, tales cuerpos de oficiales pueden permanecer apartados de las pugnas políticas entre los dirigentes del Estado y las clases dominantes. Además, ya permanezcan apartados o decidan intervenir mediante golpes de Estado, el poder coactivo del propio ejército no se ve en peligro por tales pugnas. Así, las crisis revolucionarias sociales posteriores a la segunda Guerra Mundial *no* han surgido, como en la Francia de los Borbones y en la China de los manchúes, como subproducto de pugnas políticas en que haya ejecutivos y grupos de la clase dominante que poseían influencia organizativa dentro del Estado, incluyendo influencia dentro del cuerpo de oficiales. Antes bien, las perturbaciones internacionales de los controles coloniales han sido el origen más común de las crisis revolucionarias. Y una vez completada la descolonización, mientras modernos establecimientos militares se instalaban con todo éxito, entonces las revoluciones sociales se volvieron mucho menos probables, aun cuando sí han sido muy frecuentes los golpes militares de varios tipos. Pero virtualmente todos los golpes, aun los más "reformistas" han perpetuado las formas y los controles del Estado existente, y por lo general han impedido la movilización de masas o las revueltas desde abajo.[10]

9 Para una revisión excelente del cuerpo de oficiales militares del actual Tercer Mundo, de sus antecedentes sociales y de sus modos de participación política, véase Eric A. Nordlinger, *Soldiers in Politics: Military Coups and Governments*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1977.

10 Portugal, a mediados de los años setenta, durante cierto periodo después del golpe que derribó a la dictadura de Salazar, puede constituir

Por tanto, las cambiantes circunstancias de la historia universal, así como las contrastantes historias políticas y situaciones internacionales, dificultan extender automáticamente a otras revoluciones sociales aquellas generalizaciones descriptivas y aquellos argumentos causales de este libro acerca de las revoluciones francesa, rusa y china. Otras revoluciones requieren análisis por su propio derecho, mediante comparaciones de causas aproximadamente similares entre sí y contrastes de países que han experimentado revoluciones sociales con otros países situados de manera similar que no han pasado por transformaciones revolucionarias. Muy valioso trabajo sobre estos lineamientos ya ha sido efectuado por estudiosos como Eric Wolf, John Dunn, Jeffery Paige y Susan Eckstein;[11] y aún hay más labor por hacer. Si así sucede, el marco analítico de referencia, los principios básicos de análisis comparativo de Francia, Rusia y China, también deberán ser útiles para análisis comparativos de las causas y los resultados de otras revoluciones sociales. La importancia de la atención sistemática a las circunstancias internacionales e históricas que influyen sobre los estallidos revolucionarios y sus culminaciones, es obvia a partir del anterior análisis de las pautas revolucionarias recientes. Y, en reali-

una excepción a la generalización de que los golpes militares no causan revueltas desde abajo; no obstante, las tendencias radicales en Portugal han sido desde hace tiempo detenidas y en gran parte invertidas. Otra fascinante excepción en este decenio ha sido Etiopía, donde los oficiales rebeldes se volvieron hacia la movilización de masas en un asalto cada vez mayor contra un Estado arcaico y una aristocracia terrateniente, seguida por una movilización militar en masa, para afirmar la soberanía nacional ante una invasión de Somalia y la secesión regional en Eritrea. Aunque lanzada por un golpe y fuertemente influida desde fuera por la intervención de las grandes potencias, la Revolución etíope, en general se ha conformado a las pautas clásicas de las revoluciones sociales. Sin embargo, no es probable que nada similar vuelva a ocurrir, porque pocos o ningunos otros regímenes, ni siquiera monarquías absolutas nominales, muestran rasgos semiburocráticos y aristocráticos comparables al antiguo régimen de Etiopía del emperador Haile Selassie.

[11] Véase Dunn, *Modern Revolutions*; Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper & Row, 1969; Jeffrey M. Paige, *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*, Nueva York, Free Press, 1975; Susan Eckstein, *The Impact of Revolution: A Comparative Analysis of Mexico and Bolivia*, Contemporary Political Sociology Series, Beverly Hills, Cal., Sage Publications, 1976, y Susan Eckstein y Peter Evans, "The Revolution as Cataclysm and Coup: Politic Transformation and Economic Development in Mexico and Brazil", en *Comparative Studies in Sociology*, 1, 1978, páginas 129-155.

dad, todos los analistas históricos de las revoluciones del siglo XX han subrayado tales influencias.

Quizá menos obvia, pero igualmente urgente, es la necesidad de que los investigadores de las revoluciones contemporáneas así como históricas tomen una perspectiva estructural, subrayen las relaciones y los conflictos objetivos entre los distintamente situados grupos y naciones, y no los intereses, cosmovisiones o ideologías de actores particulares en las revoluciones. Las vanguardias revolucionarias organizadas con el tiempo se han vuelto más conscientes y más vociferantes acerca de su función indispensable al "hacer" las revoluciones; sin embargo, me parece a mí que las crisis revolucionarias recientes, tanto como aquellas que lanzaran las revoluciones sociales clásicas, han surgido sólo mediante las contradicciones internacionales e intranacionales y las ocurrencias coyunturales, más allá del control deliberado de los revolucionarios declarados. Tampoco las vanguardias del Tercer Mundo han sido más estratégicamente prescientes que los jacobinos, bolcheviques y comunistas chinos acerca del curso de las revoluciones. Por tanto, pese a la tentación de analizar las revoluciones "a través de los ojos" de las vanguardias ideológicas, el verdadero desafío para el analista de la historia comparada consiste en descifrar las causas estructurales/coyunturales de las crisis revolucionarias poscoloniales y neocoloniales, y las condiciones socioeconómicas y políticas que han modelado los conflictos revolucionarios y sus consolidaciones.

Por último, la clave de un buen análisis estructural se encuentra en un enfoque a las *organizaciones del Estado* y sus relaciones, tanto con los medios internacionales como con las clases internas y las condiciones económicas. En los países periféricos, las posibilidades de estallidos revolucionarios han dependido básicamente de las continuidades o perturbaciones de las maquinarias del Estado durante las crisis de la descolonización, y de las relativas capacidades coactivas y vulnerabilidades internacionales de regímenes neocoloniales. Una vez lanzadas, las luchas sociorrevolucionarias han girado en torno de los esfuerzos de construir el Estado por las vanguardias revolucionarias. Y los resultados de las revoluciones han sido determinados por las condiciones económicas internas e internacionales a las que se han enfrentado los estadistas revolucionarios y por las relaciones de tales estadistas con los Estados extranjeros, sus enemigos y partidarios. No menos importantes han sido las relaciones de los constructores del Estado revolucionario con las fuerzas de clase.

Los agricultores se han levantado espontáneamente, o han sido directamente movilizados por los partidos revolucionarios en todas las revoluciones sociales periféricas, desde la mexicana hasta la vietnamita. Los proletariados industriales han desempeñado papeles claves en muchos ejemplos (como en las revoluciones boliviana y mexicana). Las clases capitalistas, nacionales o internacionales también han figurado, al menos indirectamente, en cada conflicto revolucionario. Las pautas exactas de las relaciones entre Estado y clase han variado considerablemente y desafían toda descripción uniforme. Pero el punto analíticamente importante sigue siendo central: en una situación revolucionaria, las fuerzas de clase, ya sean de clase capitalista, que conserven el control sobre los medios estratégicos de producción y vínculos económicos, o bien clases populares, cuyas revueltas o movilización militar contribuyen a la lucha revolucionaria, están atadas por vínculos de conflicto y cooperación, mando y movilización con las actividades dinámicas y parcialmente autónomas de los Estados y sus constructores. Las pautas revolucionarias han variado de un tipo de régimen a otro, de un periodo de la historia universal al siguiente, y, en realidad, de un caso al otro. Sin embargo, sigue siendo útil un enfoque de los nexos de las relaciones entre Estado y Estado, entre Estado y economía, y entre Estado y clase, para descifrar la lógica de las causas y resultados social-revolucionarios, desde Francia, en el decenio de 1790, hasta Vietnam, Angola y Etiopía en el de 1970.

La teoría de las revoluciones de Karl Marx, y su visión del socialismo han servido como puntos más o menos explícitos de referencia para muchos de los argumentos de este libro. Hasta hoy en la moderna historia universal, las revoluciones sociales, aunque entrañen elementos de conflictos de clase, claramente no se han conformado a las previsiones teóricas o a las visiones morales de Marx. Han ocurrido en países agrícolas atrapados muy detrás de sus competidores; no en las naciones industriales capitalistas más avanzadas. Y ni aun aquellas revoluciones que han expropiado a las clases capitalistas interiores en nombre de los ideales socialistas han redundado hasta hoy, en las prósperas y democráticas sociedades comunistas pensadas por Marx.

La falta de armonía entre la teoría marxista de las revoluciones y las verdaderas pautas históricas de las revoluciones sociales sugieren más insistentemente de lo que muchos socialistas contemporáneos quisieran reconocer, la necesidad de repensar

algunas de las bases del enfoque marxista. Cierto: el llamado a un socialismo basado en la clase obrera, de Marx, sigue siendo válido para las sociedades avanzadas; nada en los últimos cien años de historia universal ha socavado el potencial apremiante, de hecho, necesario, de tal llamado. No obstante, queda en pie que el marxismo clásico no previó ni explicó adecuadamente el poder autónomo, para bien o para mal, de los Estados, como maquinarias administrativas y coactivas atrincheradas en un sistema internacional y militarizado de Estados. Aun si, *especialmente*, las clases obreras de las sociedades avanzadas se volviesen revolucionarios políticos autoconscientes, en las escalas nacional e internacional —algo muy distinto y más difícil de lograr que la organización de clases en el nivel local que se encuentra tras las revueltas campesinas de Francia, Rusia y China—, aún tendrían que enfrentarse a la capacidad represiva de los Estados existentes, y a la posible amenaza de nuevas formas de dominación de Estado que pudieran surgir imprevistas y no intencionales, de las verdaderas transformaciones revolucionarias. En las grandes revoluciones históricas, las revueltas campesinas terminaron amoldándose a los esfuerzos y el final dominio de los jefes revolucionarios constructores del nuevo Estado. Ninguna revolución socialista de la clase obrera digna de este nombre podría repetir tal pauta.

Permítaseme terminar con una nota sumamente especulativa. Si la revolución social fuera a transformar a una nación industrial avanzada, sólo puedo suponer que tendría que tomar una forma muy distinta y ocurrir en condiciones internacionales totalmente distintas de las grandes revoluciones sociales históricas. Como parece sumamente improbable que los Estados modernos puedan desintegrarse como organizaciones administrativo-coactivas sin destruir al mismo tiempo a las sociedades, probablemente una revolución social moderna tendría que fluir gradualmente, no cataclísmicamente, de una larga serie de "reformas no reformistas",[12] realizadas por movimientos políticos con base en las masas que se esforzaban por democratizar toda institución principal; desde la economía hasta los partidos políticos, el ejército y la burocracia civil. Sin embargo, para que sea posible una verdadera democratización dentro de cualquier país industrial avanzado, sin duda sería necesario que los movimien-

[12] El término es de André Gorz, y la idea queda explicada en su *Strategy for Labor: A Radical Proposal*, trad. Martin A. Nicolaus y Victoria Ortiz, Boston, Beacon Press, 1967.

tos democratizadores procedieran casi sumultáneamente en todos los países avanzados, y que alcanzar un progreso continuo hacia el desarme y la paz internacional fuera el objetivo clave de cada movimiento. Para privar a los dirigentes de los Estados autoritarios de su autoperpetuadora razón de ser, se necesitaría una reducción de las mismas rivalidades militares que ayudaron a desencadenar y determinar las revoluciones sociales en el pasado.

En suma, las causas y los resultados de las grandes revoluciones sociales del pasado difícilmente podrían recapitularse en revoluciones democrático-socialistas futuras en las sociedades industriales avanzadas. Sin embargo, el pasado aún tiene algo que enseñarnos acerca del futuro: nos sugiere que en las revoluciones futuras, como en las pasadas, el ámbito del Estado probablemente será central. Como en una ocasión dijo Franz Neumann, "la lucha por el poder político; es decir, la lucha por el control de las organizaciones coactivas por la policía, la justicia, el ejército, la burocracia y la política exterior, es el agente del progreso histórico". [13] Sólo si esto se comprende bien la gente podrá realizar con eficacia la visión marxista de una sociedad socialista como "una asociación, en que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos", [14] y en que el Estado se transforme "de un órgano que domina a la sociedad, en un órgano completamente subordinado a ella". [15]

[13] Franz Neumann, *The Democratic and Authoritarian State*, ed. Herbert Marcuse, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1957, p. 264.

[14] De Karl Marx y Friedrich Engels, "El Manifiesto Comunista", reimpreso en *Selected Works*, Nueva York, International Publishers, 1968, página 53.

[15] De Karl Marx, "Crítica del Programa de Gotha", en *Karl Marx, Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, ed. y trad. T. B. Bottomore, Nueva York, McGraw-Hill, 1956, p. 255.

BIBLIOGRAFÍA

ESTA bibliografía enumera las principales obras consultadas al desarrollar los argumentos de este libro. La bibliografía traslapa pero no coincide exactamente con las notas. Ciertos artículos o partes de libros citados en las notas en apoyo de puntos particulares del texto no fueron incluidos aquí; tampoco he enumerado las obras acerca de los casos contrastantes, Inglaterra, Prusia/Alemania y Japón. Sin embargo, la bibliografía incluye muchos libros y artículos importantes que informaron el análisis general y las discusiones en profundidad de los casos francés, ruso y chino, pero que no fueron citados en las notas. La bibliografía ha sido organizada alfabéticamente bajo cuatro rubros principales.:

I. *Francia: Antiguo Régimen y Revolución*
II. *Rusia: Antiguo Régimen y Revolución*
III. *China: Antiguo Régimen y Revolución*
IV. *Antecedentes teóricos e históricos*

En general, los libros que influyeron de manera importante sobre los argumentos de los capítulos I y IV y las introducciones de los capítulos II y III han sido incluidos en la Parte Cuarta, mientras que las partes Primera y Tercera contienen listas de los diversos libros y artículos de historiadores y especialistas en un campo que he consultado para cada uno de los principales estudios de casos, incluyendo obras acerca de los antiguos regímenes, y de los acontecimientos de las revoluciones y los resultados revolucionarios.

I. FRANCIA: ANTIGUO RÉGIMEN Y REVOLUCIÓN

Acomb, Frances. *Anglophobia in France, 1763-1789.* Durham, N. C.: Duke University Press, 1950.

Agulhom, Maurice; Désert, Gabriel, y Specklin, Robert. *Histoire de la France Rurale*, vol. 3, *Apogée et Crise de la Civilisation Paysanne, 1789-1914*, París: Editions du Seuil, 1976.

Amann, Peter. *The Eighteenth-Century Revolution: French or Western?* Lexington, Mass.: Heath, 1963.

Barber, Elinor G. *The Bourgeoisie in 18th Century France.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1955.

Barker, Ernest. *The Development of Public Services in Western Europe, 1660-1930.* Nueva York: Oxford University Press, 1944.

Behrens, C. B. A. "Nobles, Privileges and Taxes in France at the End of the Ancien Régime". *Economic History Review* 2ª ser. 15 (3) (abril, 1963): 451-75.

The Ancien Régime. Londres: Harcourt, Brace and World, 1967.

Beloff, Max. *The Age of Absolutism, 1600-1815.* Nueva York: Harper & Row, 1962.

Bernard, Leon. "French Society and Popular Uprisings Under Louis XIV". *French Historical Studies* 3:4 (otoño, 1964): 454-74.

Bien, David D. "La Réaction Aristocratique avant 1789: l'Exemple de l'Armée (à suivre)". *Annales: Economies, Sociétés, Civilizations* 29:1 (enero-febrero, 1974): 23-48.

Bloch, Marc. "La Lutte pour l'Individualisme Agraire dans la France du XVIIIe Siècle". *Annales d'Histoire Economique et Sociale* 11:7 (julio, 1930): 329-81 y 11:8 (octubre, 1930): 511-56.

"Sur le Passé de la Noblesse Française: Quelques Jalons de Recherche". *Annales d'Histoire Economique et Sociale* 8:40 (julio, 1936): 366-78.

French Rural History: An Essay on Its Basic Charateristics. Trad. por Janet Sondheimer. Berkeley: University of California Press, 1970.

Bois, Paul. *Paysans de l'Ouest: Des Structures Economiques et Sociales aux Options Politiques depuis l'Epoque Révolutionnaire dans la Sarthe.* Le Mans: Imprimerie M. Vilaire, 1960.

Bordes, Maurice, "Les Intendants Eclaires de la Fin de l'Ancien Régime". *Revue d'Histoire Economique et Sociale* 39: 1 (1961): 57-83.

Bosher, J. F. *French Finances, 1770-1795: From Business to Bureaucracy.* Cambridge: Cambridge University Press, 1970.

Bouchard, Gérard. *Le Village Immobile.* París: Librarie Plon, 1972.

Braudel, Fernand, y Labrousse, Ernest, eds. *Histoire Economique et sociale de la France*, vol. 2, *Des Derniers Temps de l'Age Seigneurial aux Préludes de l'Age Industriel (1660-1789).* París: Presses Universitaires de France, 1970.

Brinton, Crane. *The Jacobins: An Essay in the New History.* 1930. Reed. Nueva York: Russell and Russell, 1961.

Bromley, J. S. "The Decline of Absolute Monarchy (1683-1774)". En *France: Government and Society*, ed. por J. M. Wallace-Hadrill y John McManners, pp. 134-60. Londres: Methuen, 1957.

Bruun, Geoffrey. "The Balance of Power During the Wars, 1793-1814". En *The New Cambridge Modern History*, Vol. 9, pp. 250-74. Cambridge: Cambridge University Press, 1965.

Cameron, Rondo E. "Economic Growth and Stagnation in France, 1815-1914". *Journal of Modern History* 30:1 (marzo, 1958): 1-13.

Cavanaugh, Gerald J. "The Present State of French Revolutionary Historiography: Alfred Cobban and Beyond". *French Historical Studies* 7:4 (otoño, 1972): 587-606.

Clough, Shephard Bancroft. *France: A History of National Economics, 1789-1939.* Nueva York: Octagon Books, 1964.

Cobb, Richard. "The Revolutionary Mentality in France 1793-1794". *History* 52 (1957): 181-96.

Les Armées Révolutionnaires: Instrument de la Terreur dans les Départements, Avril 1793-Floréal, An II. París: Mouton, 1961-3.

The Police and the People: French Popular Protest, 1789-1820. Nueva York: Oxford University Press, 1970.

Paris and Its Provinces, 1792-1802. Nueva York: Oxford University Press, 1975.

Cobban, Alfred. *A History of Modern France*, vol. 1, *Old Regime and Revolution, 1715-1799.* Baltimore, Md.: Penguin Books, 1957.

A History of Modern France, vol. 2, *From the First Empire to the Second Empire, 1799-1871.* Baltimore, Md.: Penguin Books, 1961.

The Social Interpretation of the French Revolution. Cambridge: Cambridge University Press, 1964.

Aspects of the French Revolution. Nueva York: Norton: 1970.

France Since the Revolution. Londres: Jonathan Cape, 1970.

"Local Government During the French Revolution". En *Aspects of the French Revolution*, pp. 112-30. Nueva York: Norton, 1970.

Crouzet, François. "Wars, Blockade, and Economic Change in Europe, 1792-1815". *Journal of Economic History* 24:4 (diciembre, 1964)' 567-88.

"England and France in the Eighteenth Century: A Comparative Analysis of Two Economic Growths". En *The Cause of the Industrial Revolution in England*, ed. por R. M. Hartwell, pp. 139-74. Londres: Methuen, 1967.

"French Economic Growth in the Nineteenth Century Reconsidered". *History* 59: 196 (junio, 1974): 167-79.

Chalmin, P. "La Désintégration de l'Armée Royale en France à la Fin de XVIIIe Siècle". *Revue Historique de l'Armée* 20: 1 (1964): 75-90.

Chaussinand-Nogaret, Guy. "Capital et Structure Sociale sous l'Ancien Régime". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 25: 2 (marzo-abril, 1970): 463-76.

Church, Clive H. "In Search of the Directory". En *French Government and Society, 1500-1850*, ed. por J. F. Bosher, pp. 261-94. Londres: Athlone Press, 1973.

"The Social Basis of the French Central Bureaucracy Under the Directory 1795-1799". *Past and Present* no. 36 (abril, 1967): 59-72.

Darnton, Robert. "The High Enlightenment and the Low-Life of Literature in Pre-revolutionary France". *Past and Present* 51 (mayo, 1971): 81-115.

"In Search of the Enlightenment: Recent Attempts to Create a Social History of Ideas". *Journal of Modern History* 43 (1971): 113-32.

Davies, Alun. "The Origins of the French Peasant Revolution of 1789". *History* 49: 165 (febrero, 1964): 24-41.

Davies, Ralph. *The Rise of the Atlantic Economies.* Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1973.

Dawson, Philip. "The *Bourgeoisie de Robe* in 1789". *French Historical Studies* 4: 1 (primavera, 1965): 1-21.

Provincial Magistrates and Revolutionary Politics in France, 1789-1795. Cambridge: Harvard University Press, 1972.

Delbeke, Baron Francis. *L'Action Politique et Sociale des Avocats au XVIIIe Siècle*. Lovaina: Librairie Universitaire, 1927.

Doyle, William. "The Parlements of France and the Breakdown of the Old Regime, 1771-1788". *French Historical Studies* 6: 4 (otoño, 1970): 415-58.

"Was There an Aristocratic Reaction in Pre-Revolutionary France?" *Past and Present* núm. 57 (noviembre, 1972): 97-122.

Edelstein, Melvin. "*La Feuille Villageoise*, the Revolutionary Press, and the Question of Rural Political Participation". *French Historical Studies* 7:2 (otoño, 1971): 175-203.

Egret, Jean. *La Révolution des Notables: Mournier et les Monarchiens.* París: Librairie Armand Colin, 1950.

"L'Aristocratie Parlementaire Française à la Fin de l'Ancien Régime". *Revue Historique* 208 (julio-septiembre, 1952): 1-14.

La Pré-Révolution Française (1787-1788). París: Presses Universitaires de France, 1962.

Eisenstein, Elizabeth L. "Who Intervened in 1788? A Commentary on *The Coming of the French Revolution*". *American Historical Review* 71: 1 (octubre, 1965): 77-103.

Faucheux, Marcel. *L'Insurrection Vendéenne de 1793: Aspects Économiques et Sociaux*. París: Imprimerie Nationale, 1964.

Fohlen, Claude. "France 1700-1914". En *The Emergence of Industrial Societies*, pt. 1, The Fontana Economic History of Europe, vol. 4, ed. por Carlo M. Cipolla, pp. 7-75. Londres: Collins/Fontana, 1973.

Ford, Franklin, L. "The Revolutionary-Napoleonic Era: How Much of a Watershed?" *American Historical Review* 69: 1 (octubre, 1963): 18-29.

Robe and Sword: The Regrouping of the French Aristocracy After Louis XVI. Nueva York: Harper & Row, 1965.

Forster, Robert. *The Nobility of Toulouse in the Eighteenth Century: A Social and Economic Study*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins Press, 1960.

"The Noble Wine Producers of the Bordelais in the Eighteenth Century". *Economic History Review.* 2ª ser. 14: 1 (agosto, 1961): 18-33.

"The Provincial Noble: A Reappraisal", *American Historical Review* 68: 3 (abril, 1963): 681-91.

"The Survival of the Nobility During the French Revolution". *Past and Presents* núm. 37 (julio, 1967): 71-86.

The House of Saulx-Travanes: Versailles and Bungundy, 1700-1830. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press, 1971.

Fox, Edward Whiting. *History in Geographic Perspective: The Other France.* Nueva York: Norton, 1972.

Furet, Francois. "Le Catéchisme Révolutionnaire". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 26: 2 (marzo-abril, 1971): 255-89.

Furet, François, y Denis Richet. *The French Revolution.* Trad. por Stephen Hardman. Nueva York: Macmillan, 1970.

Gay, Peter. "Rhetoric and Politics in the French Revolution". *American Historical Review* 66: 3 (abril, 1961): 664-81.

Gershoy, Leo. *The French Revolution and Napoleon.* 1933 Reed. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1964.

Godechot, Jacques. "The French Revolution". En *Chapters in Western Civilization*, 3ª ed., vol. 2, pp. 1-54. Nueva York: Columbia University Press, 1962.

Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire. 2ª ed. rev. París: Presses Universitaires de France, 1968.

Goodwin, A. "The French Executive Directory—A Revaluation". *History* 22: 87 (diciembre, 1937): 201-18.

"Calonne, the Assembly of French Notables of 1787 and the Origins of the Révolte Nobiliare". *English Historical Review* 61: 240 (mayo, 1946): 202-34 y 61: 241 (septiembre, 1946): 329-77.

Goubert, Pierre. *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen.* Trad. por Anne Carter. Nueva York: Vintage Books, 1970.

L'Ancien Régime, 2: Les Pouvoirs. París: Armand Colin, 1973.

The Ancien Régime: French Society, 1600-1750. Trad. por Steve Cox. Nueva York: Harper & Row, 1974.

Greenlaw, Ralph W., ed. *The Economic Origins of the French Revolution.* Lexington, Mass.: D. C. Heath, 1958.

Greer, Donald. *The Incidence of the Terror During the French Revolution.* Cambridge: Harvard University Press, 1935.

The Incidence of the Emigration During the French Revolution. Cambridge: Harvard University Press, 1951.

Gruder, Vivian R. *The Royal Provincial Intendants: A Governing Elite in Eighteenth-Century France.* Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1968.

Hampson, Norman. *A Social History of the French Revolution.* Toronto: University of Toronto Press, 1963.

The Enlightenment. Baltimore, Md.: Penguin Books, 1968.

Hartmann, Louis. "Les Officiers de l'Armée Royale à la Veille de la Révolution". *Révue Historique* 100 (enero-abril, 1909): 241-68, y 101 (marzo-agosto, 1909): 38-79.

Hauser, H. "The Characteristic Features of French Economic History from the Middle of the Sixteenth to the Middle of the Eighteenth

Century". *Economic History Review* 4: 3 (octubre, 1933): 257-72.

Higonnet, Patrice L. R. "Montagne, Gironde et Plaine: Bourgeoisie Provinciale, Bourgeoisie Urbaine, Bourgeoisie Rurale". Inédito. Cambridge: Harvard University, n. d.

Hoffman, Stanley, et al. *In Search of France: The Economy, Society, and Political System in the Twentieth Century.* Nueva York: Harper & Row, 1965.

Holtmann, Robert B. *The Napoleonic Revolution.* Filadelfia: Lippincott, 1967.

Hunt, Lynn A. "Committees and Communes: Local Politics and National Revolution in 1789". *Comparative Studies in Society and History* 18: 3 (julio, 1976): 321-46.

Jackson, J. Hampden, ed. *A Short History of France From Early Times to 1972.* 2ª ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1974.

Kaplow, Jeffry. *Elbeuf During the Revolutionary Period: History and Social Structure.* Baltimore, Md.: Johns Hopkins Press, 1964.

"On 'Who Intervened in 1788?' " *American Historical Review* 72: 2 (enero, 1967): 497-502.

New Perspectives on the French Revolution. Nueva York: Wiley, 1965.

Kemp, Tom. *Economic Forces in French History.* Londres: Dobson Books, 1971.

Knapton, Ernest John. *Revolutionary and Imperial France, 1750-1815.* Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1972.

Labrousse, C. E. *La Crise de l'Economie Francaise à la Fin de l'Ancien Régime et au Début de la Révolution.* París: Presses Universitaires de France, 1943.

Le Paysan Français des Physiocrates à nos Jours. París: Cours de Sorbonne, 1962.

"The Evolution of Peasant Society in France from the Eighteenth Century to the Present". En *French Society and Culture Since the Old Regime,* ed. por E. M. Acomb y M. L. Brown, pp. 44-64. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1966.

Landes, David S. *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present.* Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

Lefebvre, Georges. *Les Paysans du Nord pendant La Révolution Française.* Lille, Francia: Librairie Papeterie, 1924.

The Coming of the French Revolution. Trad. por R. R. Palmer. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1947.

Questions Agraires au Temps de la Terreur. La Roche-sur-Yon, Francia: Henri Potier, 1954.

"The French Revolution and the Peasants". En *The Economic Origins of the French Revolution,* ed. por Roberto Greenlaw, pp. 73-83. Lexington, Mass.: Heath, 1958.

Lefebvre, Georges. "Urban Society in the Orleanais in the Late Eighteenth Century". *Past and Present* núm. 19 (abril, 1961): 46-75.
The French Revolution. 2 vols. Trad. por Elizabeth Moss Evanson (vol. 1) y John Hall Stewart y James Friguglietti (vol. 2). Nueva York: Columbia University Press, 1962, 1964.
Etudes sur la Révolution Française. París: Presses Universitaires de France, 1963.
"Répartition de la Propriété et de l'Exploitation Fonçières à la Fin de l'Ancien Régime". En *Etudes sur la Révolution Française*, pp. 279-306. París: Presses Universitaires de France, 1963.
The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France. Trad. por Joan White. Nueva York: Pantheon, 1973.
Le Goff, T. J. A., y Sutherland, D. M. G. "The Revolution and the Rural Community in Eighteenth-Century Brittany". *Past an Present* núm. 62 (febrero, 1974): 96-119.
Leónard, Emile G. "La Question Sociale dans l'Armée Française au XVIII Siècle". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 3:2 (abril-junio, 1948): 135-49.
L'Armée et ses Problèmes au XVIIIe Siècle. París: Librairie Plon, 1958.
Le Roy Ladurie, Emmanuel. "Révoltes et Contestations Rurales en France de 1675 à 1788". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 29: 1 (enero-febrero, 1974): 6-22.
The Peasants of Languedoc. Trad. por John Day. Urbana: University of Illinois Press, 1976.
Leuthy, Herbert. *France Against Herself.* Trad. por Eric Mosbacher. Nueva York: Praeger, 1955.
Lévy-Leboyer, Maurice. "Croissance Economique en France au XIXe Siècle". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 23: 4 (julio-agosto, 1968): 788-807.
Lewis, W. H. *The Splended Century: Life in the France of Louis XIV.* Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1957.
Lublinskaya, A. D. *French Absolutism: The Crucial Phase, 1620-1629.* Trad. por Brian Pearce. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.
Lucas, Colin, "Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution". *Past and Present* núm. 60 (agosto, 1973): 84-126.
The Structure of the Terror: The Example of Javogues and the Loire. Nueva York: Oxford University Press, 1973.
Lyons, Martyn. *France Under the Directory.* Cambridge: Cambridge University Press, 1975.
Marczewski, Jan. "Some Aspects of the Economic Growth of France, 1660-1958". *Economic Development and Cultural Change* 9: 3 (abril, 1961): 369-86.
"The Take-Off Hypoythesis and French Experience". En *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, ed. por W. W. Rostow, pp. 119-38: Nueva York: St. Martin's Press, 1963.
Markham, F. M. H. "Napoleonic France". En *France: Government and*

Society, ed. por J. M. Wallace-Hadrill y John McManners, pp. 188-206. Londres: Methuen, 1957.

Martin, Kingsley. *French Liberal Thought in the Eighteenth Century*. Londres: Phoenix House, 1962.

Mathiez, Albert. *The French Revolution*. Trad. por Catherine A. Phillips. Nueva York: Russell and Russell, 1962.

Matthews, George T. *The Royal General Farms in Eighteenth-Century France*. Nueva York: Columbia University Press, 1958.

Mazauric, Claude. "Vendée et Chouannerie". *La Pensée* núm. 124 (noviembre-diciembre, 1965): 54-85.

McManners, J. "France". En *The European Nobility in the Eighteenth Century*, ed. por Albert Goodwin, pp. 22-42. Nueva York: Harper & Row, 1967.

Mitchell, Harvey. "The Vendée and Counterrevolution: A Review Essay". *French Historical Studies* 5: 4 (otoño, 1968): 405-29.

"Resistance to the Revolution in Western France". *Past and Present* núm. 63 (mayo, 1974): 94-131.

Mornet, Daniel. *La Pensée Française au XVIIIe Siècle*. París: Librairie Armand Colin, 1926.

Mousnier, Roland. "Recherches Sur les Soulèvements Populaires en France avant la Fronde". *Révue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 5 (1958): 6-113.

Murphy, J. e Higonnet, P. "Les Députés de la Noblesse aux Etats Généraux de 1789". *Révue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 20 (abril-junio, 1973): 230-47.

Murphy, James Michael; Higonnet, Bernard e Higonnet, Patrice. "Notes sur la Composition de l'Assemblée Constituante". *Annales Historiques de la Révolution Française* 46: 217 (julio-septiembre, 1974): 321-6.

Palmer, R. R. *Twelve Who Ruled: The Year of Terror in the French Revolution*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1941.

"Georges Lefebvre: The Peasants and the French Revolution". *Journal of Modern History* 31: 4 (1959): 329-42.

"Popular Democracy in the French Revolution: Review Article". *French Historical Studies* 1: 4 (diciembre, 1960): 445-69.

The World of the French Revolution. Nueva York: Harper & Row, 1972.

Parker, Harold T. "Two Administrative Bureaus Under the Directory and Napoleon". *French Historical Studies* 4: 2 (otoño, 1965): 150-69.

Patrick, Alison. "Political Divisions in the French National Convention, 1792-93". *Journal of Modern History* 41: 4 (diciembre, 1969): 421-74.

Piétri, François. *La Réform de l'Etat au XVIIIe Siècle*. Paris: Editions de France, 1935.

Ponteil, Félix. *Napoleon 1er et l'Organisation Autoritaire de la France*. París: Librairie Armand Colin, 1956.

Porchnev, Boris. *Les Soulèvements Populaires en France de 1623 à 1648*.

Oeuvres Etrangères, núm. 4. París: École Pratique des Hautes Études, VI Section, Centres de Recherches Historiques, 1963.
Prestwick, Menna. "The Making of Absolute Monarchy (1559-1683)". En *France: Government and Society*, ed. por J. M. Wallace-Hadrill y J. McManners, pp. 105-33. Londres: Methuen, 1957.
Ranum, Orest. *Paris in the Age of Absolutism.* Nueva York: Wiley, 1968.
Reinhard, M. "Observations sur le Rôle Révolutionnaire de l'Armée dans la Révolution Française". *Annales Historiques de la Révolution Française* núm. 168 (abril-junio, 1962): 169-81.
Richardson, Nicholas. *The French Prefectoral Corps, 1814-1830.* Cambridge: Cambridge University Press, 1966.
Richet, Denis. "Croissance et Blocage en France du XVe au XVIIIe Siècle". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 23: 4 (julio-agosto, 1968): 789-97.
"Autour des Origines Ideologiques Lointaines de la Révolution Française: Elites et Despotism". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 24: 1 (enero-febrero, 1969): 1-23.
Ross, Steven T. "The Development of the Combat Division in Eighteenth-Century French Armies". *French Historical Studies* 4: 1 (primavera, 1965): 84-94.
Rudé, George. *The Crowd in the French Revolution.* Nueva York: Oxford University Press, 1959.
Revolutionary Europe, 1783-1815. Nueva York: Harper & Row, 1966.
Paris and London in the Eighteenth Century. Nueva York: Viking Press, 1973.
Robespierre: Portrait of a Revolutionary Democrat. Nueva York: Viking Press, 1976.
Sagnac, Philippe. *La Formation de la Société Française Moderne.* Vol. 2. París: Presses Universitaires de France, 1946.
La Fin de l'Ancient Régime et La Révolution Americaine (1763-1789). París: Presses Universitaires de France, 1952.
Saint-Jacob, Pierre de. *Les Paysans de la Bourgogne du Nord au Dernier Siècle de l'Ancien Régime.* Dijon, Francia: Imprimerie Bergniaud et Privat, 1960.
Sargent, Frederic O. "Feudalism to Family Farms in France". *Agricultural History* 35: 4 (1961): 193-201.
Scott, Samuel F. "The French Revolution and the Professionalization of the French Officer Corps". En *On Military Ideology*, ed. por Morris Janowitz y Jacques Van Doorn, pp. 5-56, Rotterdam, Holanda: Rotterdam University Press, 1971.
"The Regeneration of the Line Army During the French Revolution". *Journal of Modern History* 42: 3 (septiembre, 1970): 307-30.
Sée, Henri. *Economic and Social Conditions in France During the Eighteenth Century.* Trad. por Edwin H. Zeydel. Nueva York: F. S. Crofts, 1931.
Shennan, J. H. *The Parliament of Paris.* Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1968.

Sheppard, Thomas F. *Lourmarin in the Eighteenth Century: A Study of a French Village*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins Press, 1971.

Soboul, Albert. "Classes and Class Struggles During the French Revolution". *Science and Society* 17: 5 (verano, 1953): 238-57.

"The French Rural Community in the Eighteenth and Nineteenth Centuries". *Past and Present* núm. 10 (noviembre, 1956): 78-95.

La France à la Veille de la Révolution: Economie et Société. París: Centre de Documentation Universitaire, 1960.

The Sans-Culottes: The Popular Movement and Revolutionary Government, 1793-1794. Trad. por Rémy Inglis Hall. Nueva York: Doubleday (Anchor Books). 1972.

The French Revolution, 1787-1799: From the Storming of Bastille to Napoleon. Trad. por Alan Forrest y Colin Jones. Nueva York: Vintage Books, 1975.

Sydenham, M. J. *The Girondins*. Londres: Athlone Press, 1961.

The French Revolution. Nueva York: Capricorn Books, 1966.

Taylor, George V. "Types of Capitalism in Eighteenth-Century France". *English Historical Review* 79: 312 (julio, 1964): 478-97.

"Noncapitalist Wealth and the Origins of the French Revolution". *American Historical Review* 72: 2 (enero, 1967): 469-96.

"Revolutionary and Nonrevolutionary Content in the *Cahiers* of 1789: An Interim Report". *French Historical Studies* 7: 3 (primavera, 1972): 479-502.

Temple, Nora. "The Control and Exploitation of French Towns During the Ancien Régime". *History* 51: 171 (febrero, 1966): 16-34.

Thompson, J. M. *Robespierre and the French Revolution*. Nueva York: Collier Books, 1962.

Tilly, Charles. *The Vendée: A Sociological Analysis of the Counterrevolution of 1793*. Nueva York: Wiley, 1967.

Tilly, Louise. "The Food Riot as a Form of Political Conflict in France". *Journal of Interdisciplinary History* 2: 1 (verano, 1971): 23-57.

Tocqueville, Alexis de. *The Old Regime and the French Revolution*. Trad. por Stuart Gilbert. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1955.

Treasure, G. R. R. *Seventeenth Century France*. Londres: Rivingtons, 1966.

Vovelle, Michel. "L'Elite ou le Mensonge des Mots". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 29: 1 (enero-febrero, 1974): 49-72.

Williams, Gwyn A. *Artisans and Sans-Culottes: Popular Movements in France and Britain During the French Revolution*. Nueva York: Norton, 1969.

Woloch, Isser. *Jacobin Legacy: The Democratic Movement Under the Directory*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970.

Young, Arthur. *Travels in France During the Years 1787, 1788, and 1789*. Ed. por C. Maxwell. Cambridge: Cambridge University Press, 1929.

Zeldin, Theodore. *France: 1848-1945*, vol. I, *Ambition, Love, and Politics*. Nueva York: Oxford University Press, 1973.

II. Rusia: Antiguo Régimen y Revolución

Anweiler, Oskar, *The Soviets: The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*. Trad. por Ruth Hein. Nueva York: Pantheon, 1974.

Avrich, Paul H. "The Bolshevik Revolution and Workers' Control in Russian Industry". *Slavic Review* 22: 1 (marzo, 1963): 47-63.

"Russian Factory Commitees in 1917". *Jährbücher für Geschichte Osteuropas* 11: 2 (junio 1963): 161-82.

Russian Rebels, 1600-1800. Nueva York: Schocken Books, 1972.

Kronstadt 1921. Nueva York: Norton, 1974.

Azrael, Jeremy R. *Managerial Power and Soviet Politics*. Cambridge: Hardvard University Press, 1966.

Baykov, Alexander. "The Economic Development of Russia". *Economic History Review*. 2ª ser. 7:2 (1954): 137-49.

Berdyaev, Nicholas. *The Origins of Russian Communism*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1960.

Bergson, Abram, y Kuznets, Simon, eds. *Economic Trends in the Soviet Union*. Cambridge: Harvard University Press, 1963.

Bernstein, Thomas P. "Leadership and Mobilization in the Collectivization of Agriculture in China and Russia: A Comparison". Tesis para doctorado, Department of Political Science, Columbia University, 1970. Ann Arbor, Mich.; University Microfilms.

Bettelheim, Charles. *Class Struggles in the USSR, First Period: 1917-1923*. Trad. por Brian Pearce. Nueva York: Monthly Review Press, 1976.

Billington, James H. "Six Views of the Russian Revolution". *World Politics* 18 (abril, 1966): 452-73.

Black, Cyril E., ed. *The Transformation of Russian Society*. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Black, Cyril E., et al. *The Modernization of Japan and Russia*. Nueva York: Free Press, 1975.

Blackwell, William L. *The Beginnings of Russian Industrialization, 1800-1860*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1968.

Russian Economic Development: From Peter the Great to Stalin. Nueva York: New Viewpoints, 1974.

Blum, Jerome. *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1961.

Boyd, John R. "The Origins of Order No. 1". *Soviet Studies* 19:3 (enero, 1968): 359-72.

Brzezinski, Zbigniew K. "The Patterns of Autocracy". En *The Transformation of Russian Society*, ed. por Cyril E. Black, pp. 93-109. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Carr, Edward Hallett. *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. 3 vols. Nueva York: Macmillan, 1951-68.

Carr, Edward Hallett. *Socialism in One Country, 1924-1926*. 3 vols. Nueva York: Macmillan, 1958-64.

"The Russian Revolution and the Peasant". *Proccedings of the British Academy* 49 (1963): 69-93.

Foundations of a Planned Economy, 1926-1929. 3 Vols. Nueva York: Macmillan, 1971.

The October Revolution: Before and After. Nueva York: Vintage Books, 1971.

Carson, George Barr, Jr. "The State and Economic Development: Russia, 1890-1939". En *The State and Economic Growth*, ed. por Hugh G. J. Aitken, pp. 115-47. Nueva York: Social Science Research Council, 1959.

Cliff, Tony, *State Capitalism in Russia*. Nueva York: Pluto Press, 1974.

Cohen, Stephen F. *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938*. Nueva York: Knopf, 1973.

Conquest, Robert. *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties*. Nueva York: Macmillan, 1973.

Chamberlin, William Henry. *The Russian Revolution, 1917-1921*. 2 Vols. 1935. Reed. Nueva York: Grosset & Dunlap, 1965.

Charques, Richard. *The Twilight of Imperial Russia*. Londres: Phoenix House, 1958.

Chayanov, A. V. *The Theory of Peasant Economy*. Ed. por Daniel Thormer, Basile Kerblay, y R. E. F. Smith. Homewood, Ill.: Richard D. Irwin, 1966.

Cherniavsky, Michael. *Tsar and People*. Nueva York: Random House, 1969.

Daniels, Robert Vincent. "The Kronstadt Revolt of 1921: A Study in the Dynamics of Revolution". *American Slavic and East European Review* 10:4 (diciembre, 1951): 241-54.

The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia. Nueva York: Simon & Schuster, 1969.

Deutscher, Isaac. *The Prophet Armed: Trotsky 1879-1921*. Nueva York: Vintage Books, 1965.

The Prophet Outcast: Trotsky 1929-1940. Nueva York: Vintage Books, 1965.

The Prophet Unarmed: Trotsky 1921-1929. Nueva York: Vintage Books, 1965.

Stalin: A Political Biography. Nueva York: Oxford University Press, 1966.

The Unfinished Revolution: Russia 1917-1967. Nueva York: Oxford University Press, 1967.

"The Russian Revolution". En *The New Cambridge Modern History*, 2ª ed., vol. 12, pp. 403-432. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.

Dobson, Richard B. "Mobility and Stratification in the Soviet Union". *Annual Review of Sociology* 3 (1977): 297-329.

Edeen, Alf. "The Civil Service: Its Composition and Status". En *The Trans-*

formation of Russian Society, ed. por Cyril E. Black, pp. 274-91. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Elkin, Boris. "The Russian Intelligentsia on the Eve of the Revolution". En *The Russian Intelligentsia*, ed. por Richard Pipes, pp. 32-46. Nueva York: Columbia University Press, 1961.

Ellison, Herbert J. "Economic Modernization in Imperial Russia: Purposes and Achievements", *Journal of Economic History* 25 (diciembre, 1965): 523-40.

Emmons, Terence. "The Peasant and the Emancipation". En *The Peasant in Ninetheenth-Century Russia*, ed. por Wayne S. Vucinich, pp. 41-71. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.

Erickson, John. "The Origins of the Red Army". En *Revolutionary Russia*, ed. por Richard Pipes, pp. 286-325. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1969.

Erlich, Alexander. *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1928.* Cambridge: Harvard University Press, 1967.

Esper, Thomas. "Military Self-Sufficiency and Weapons Technology in Muscovite Russia". *Slavic Review* 28:2 (junio, 1969): 185-208.

Fainsod, Merle. *How Russia is Ruled.* Cambridge: Harvard University Press, 1953.

Smolensk Under Soviet Rule. Cambridge: Harvard University Press, 1958.

Feldmesser, Robert A. "Social Classes and Political Structure". En *The Transformation of Russia Society*, ed. por Cyril E. Black, pp. 235-52. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Ferro, Marc. "The Russian Soldier in 1917: Undisciplined, Patriotic, and Revolutionary". *Slavic Review* 30-3 (septiembre, 1971): 483-512.

The Russian Revolution of February 1917. Trad. por J. L. Richards, Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1972.

"La Naissance du Système Bureaucratique en U.R.S.S." *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 31-2 (marzo-abril), 243-67.

Field, Daniel. *Rebels in the Name of the Tsar.* Boston: Houghton Mifflin, 1976.

Fischer, George. *Russian Liberalism: From Gentry to Intelligentsia.* Cambridge: Harvad University Press, 1958.

Florinsky, Michael T. *Russia: A History and Interpretation.* Nueva York: Macmillan, 1955.

Footman, David. *Civil War in Russia.* Nueva York: Praeger, 1962.

Garder, Michel. *A History of the Soviet Army.* Nueva York: Praeger, 1966.

Garthoff, Raymond L. "The Military as a Social Force". En *The Transformation of Russia Society*, ed. por Cyril E. Black, pp. 323-7. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Gerschenkron, Alexander. "Problems and Patterns of Russian Economic

Development". En *The Transformation of Russian Society*, ed. por Cyril E. Black, pp. 42-72. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

"Russian Agrarian Policies and Industrialization, 1861-1917", En *Continuity in History and Other Essays*, pp. 140-248. Cambridge: Harvard University Press, 1968.

Getzler, Israel. "Marxist Revolutionaries and the Dilemma of Power". En *Revolution and Politics in Russia*, ed. por Alexander y Janet Rabinowitch, pp. 88-112. Blomington: University of Indiana Press, 1972.

Goldsmith, Raymond W. "The Economic Growth of Tsarist Russia, 1860-1913". *Economic Development and Cultural Change* 9:3 (abril, 1961): 441-75.

Golovine, Nicholas N. *The Russian Army in the World War.* New Haven: Yale University Press, 1931.

Granick, David. *The Red Executive: A Study of the Organization Man in Russian Industry*. Garden City, N. Y.: Doubleday, 1960.

Gronsky, Paul P., y Astrov, Nicholas J. *The War and the Russian Government.* New Haven: Yale University Press, 1929.

Haimson, Leopold. "The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917". *Slavic Review* 23:4 (diciembre, 1964): 619-42 y 24:1 (marzo, 1965): 1-21.

The Russian marxists and the Origins of Bolshevism. Boston: Beacon Press, 1966.

Harcave, Sidney. *The Russian Revolution of 1905*. Nueva York: Macmillan, 1964.

Hellie, Richard. *Enserfment and Military Change in Muscovy*. Chicago: University of Chicago Press, 1971.

Hoetzsch, Otto. *The Evolution of Russia.* Londres: Thames and Hudson, 1966.

Inkeles, Alex. *Social Change in Soviet Russia.* Cambridge: Harvard University Press, 1968.

Jasny, Naum. *The Socialized Agriculture of the USSR*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1949.

Jenkins, Joseph Craig. "Agrarian Class Structure and Peasant Revolution-Russia 1917". Tesis para maestría, Department of Sociology, State University of New York at Stony Brook, abril, 1974.

Karcz, Jerzy F. "From Stalin to Brezhnev: Soviet Agricultural Policy in Historical Perspective". En *The Soviet Rural Community*, ed. por James R. Millar, pp. 36-70. Urbana: University of Illinois Press, 1971.

"Thoughts on the Great Problem". *Soviet Studies* 18:4 (abril, 1967): 399-434.

Karpovitch, Michael. *Imperial Russia, 1801-1917*. Nueva York: Holt, 1964.

Keep, John L. H. *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilization.* Nueva York: Norton, 1976.

Keller, Theodore. "To Lead the People: Notes on the Russian Revolutionaries". *Journal of Contemporary Revolutions* 5:3 (verano, 1973): 94-121.

Kennan, George F. "The Breakdown of the Tsarist Autocracy". En *Revolutionary Russia*, ed. por Richard Pipes, pp. 1-32. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1969.

Kingston-Mann, Esther. "Lenin and the Beginings of Marxist Peasant Revolution: The Burden of Political Opportunity, July-October, 1917". *Slavonic and East European Review* 50:121 (octubre, 1972): 570-88.

Kochan, Lionel. *The Making of Modern Russia.* Baltimore, Md.: Penguin Books, 1963.

Laird, Roy D., y Laird, Betty A. *Soviet Communism and Agrarian Revolution.* Baltimore, Md.: Penguin Books, 1970.

Lane, David. *Politics and Society the USSR.* Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1970.

The Roots of Russian Communism: A Social and Historical Study of Russian Social Democracy, 1898-1907. University Park, Penn.: Pennsylvania State University Press, 1975.

Laqueur, Walter. *The Fate of the Revolution: Interpretations of Soviet History.* Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1967.

Lenin, V. I. *The Development of Capitalism in Russia.* Moscú: Progress Publishers, 1967.

Lewin, Moshe. "The Immediate Background of Soviet Collectivization". *Soviet Studies* 17:2 (octubre, 1965): 162-97.

Russian Peasants and Soviet Power: A Study of Collectivization. Trad. por Irene Nove. Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1968.

Lenin's Last Struggle. Trad. por A. M. Sheridan Smith. Nueva York: Vintage Books, 1970.

Liebman, Marcel. *The Russian Revolution.* Trad. por Arnold J. Pomerans. Nueva York: Vintage Books, 1972.

Lincoln, W. Bruce. "The Genesis of an 'Enlightened' Bureaucracy in Russia, 1825-1856". *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 20:3 (septiembre, 1963): 321-30.

Longly, D. A. "Officers and Men: A Study of the Development of Political Attitudes Among Sailors of the Baltic Fleet in 1917". *Soviet Studies* 25:1 (julio, 1973): 28-50.

Lyashchenko, Peter I. *History of the National Economy of Russia to the 1917 Revolution.* Trad. por L. M. Herman. Nueva York: Macmillan, 1949.

Male, D. J. *Russian Peasant Organization Before Collectivization.* Cambridge: Cambridge University Press, 1971.

Matossian, Mary. "The Peasant Way of Life". En *The Peasant in Nineteenth Century Russia*, ed. por Wayne S. Vucinich, pp. 1-40. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Matthews, Mervyn. *Class and Society in Soviet Russia.* Nueva York: Walker, 1972.
McGrew, Roderick E. "Some Imperatives of Russian Foreign Policy". En *Russia Under the Last Tsar*, ed. por George Stavrou, pp. 202-29. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1969.
Menashe, Louis. "Vladimir Illyich Bakunin: An Essay on Lenin". *Socialist Revolution* núm. 18 (noviembre-diciembre, 1973): 9-54.
Mendel, Arthur P. "Peasant and Worker on the Eve of the First World War". *Slavic Review* 24:1 (marzo, 1965): 23-33.
Meyer, Alfred G. *The Soviet Political System.* Nueva York: Random House, 1965.
Millar, James R., ed. *The Soviet Rural Community.* Chicago: University of Illinois Press, 1961.
"Mass Collectivization and the Contribution of Soviet Agriculture to the First Five-Year Plan: A Review Article". *Slavic Review* 33 (diciembre, 1974): 750-66.
Millar, James R., y Guntzel, Corinne A. "The Economics and Politics of Mass Collectivization Reconsidered: A Review Article". *Explorations in Economic History* 8:2 (otoño, 1970): 103-116.
Miller, Margaret S. *The Economic Development of Russia, 1905-1914.* 2ª ed. Londres: P. S. King, 1967.
Miller, Robert F. *One Hundred Thousand Tractors: The MTS and the Development of Controls in Soviet Agriculture.* Cambridge: Harvard University Press, 1970.
Moore, Barrington, Jr. *Soviet Politics—The Dilemma of Power: The Role of Ideas in Social Change.* Nueva York: Harper & Row, 1965.
Terror and Progress USSR: Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship. Nueva York: Harper & Row, 1966.
Moose, W. E. "Stolypin's Villages". *Slavonic and East European Review* 43:101 (junio, 1965): 257-75.
Nettl, J. P. *The Soviet Achievement.* Londres: Harcourt, Brace, and World, 1967.
Nove, Alec. *An Economic History of the U.S.S.R.* Baltimore, Md.: Penguin Books, 1969.
Owen, Launcelot A. *The Russian Peasant Movement, 1906-1917.* Londres: P. S. King, 1937.
Pares, Bernard. *A History of Russia.* Nueva York: Vintage Books, 1965.
Pavlovsky, George. *Agricultural Russia on the Eve of the Revolution.* Londres: Routledge, 1930.
Perrie, Maureen. "The Russian Peasant Movement of 1905-1907: Its Social Composition and Revolutionary Significance". *Past and Present* núm. 57 (noviembre, 1972): 123-55.
Pethybridge, Roger. *The Spread of the Russian Revolution: Essays on 1917.* Londres: Macmillan, 1972.
Pintner, Walter M. "The Social Characteristics of the Early Nineteenth-Century Russian Bureaucracy". *Slavic Review* 29:3 (septiembre, 1970): 429-43.

Pipes, Richard, ed. *The Russian Intelligentsia.* Nueva York: Columbia University Press, 1961.

Revolutionary Russia: A Symposium. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1969.

Russia Under the Old Regime. Nueva York: Scribner, 1974.

Pushkarev, Sergei. *The Emergence of Modern Russia, 1801-1917.* Trad. por Robert H. McNeal y Tova Yedlin. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.

Rabinowitch, Alexander. *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising.* Bloomington: University of Indiana Press, 1968.

"The Petrograd Garrison and the Bolshevik Seizure of Power". En *Revolution and Politics in Russia,* ed. por Alexander y Janet Rabinowitch, pp. 172-91. Bloomington: University of Indiana Press, 1972.

The Bolscheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd. Nueva York: Norton, 1976.

Radkey, Oliver H. *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917.* Cambridge: Harvard University Press, 1950.

"The Socialist Revolutionaries and the Peasantry After October". En *Russian Thought and Politics,* ed. por Hugh McLean, Martin Malia y George Fischer, pp. 457-79. Cambridge: Harvard University Press, 1957.

The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries, February to October 1917. Nueva York: Columbia University Press, 1958.

The Sickle Under the Hammer. The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months of Soviet Rule. Nueva York: Oxford University Press, 1963.

Raeff, Marc. "The Russian Autocracy and Its Officials". En *Russian Thought and Politics,* ed. por Hugh McLean, Martin Malia y George Fischer, pp. 77-91. Cambridge: Harvard University Press, 1957.

Origins of the Russian Intelligentsia: The Eighteenth-Century Nobility. Nueva York: Harcourt, Brace, and World, 1966.

Imperial Russia 1682-1825: The Coming of Age of Modern Russia. Nueva York: Knopf, 1971.

Reed, John H. *Ten Days That Shook the World.* Nueva York: Signet Books, 1967.

Rigby, T. H. *Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1968.

Rimlinger, Gaston W. "Autocracy and the Factory Order in Early Russian Industrialization". *Journal of Economic History* 20:1 (marzo, 1960): 67-92.

Robinson, Geroid Tanquary. *Rural Russia Under the Old Regime.* 1932. Reed. Berkeley: University of California Press, 1969.

Rosenberg, Arthur. *A History of Bolshevism.* Nueva York: Oxford University Press, 1934.

Rosenberg, William G. "The Russian Municipal Duma Elections of 1917: A Preliminary Computation of Returns". *Soviet Studies* 21:2 (octubre, 1969): 131-63.

Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1974.

Rowney, Don Karl. "Higher Civil Servants in the Russian Ministry of Internal Affairs: Some Demographic and Career Characteristics, 1905-1916". *Slavic Review* 31:1 (marzo, 1972): 101-10.

Rozman, Gilbert. *Urban Networks in Russia, 1750-1800, and Premodern Periodization.* Princeton, N. J.; Princeton University Press, 1976.

Sablinsky, Walter. "The All-Russian Railroad Union and the Beginning of the General Strike in October, 1905". En *Revolution and Politics in Russia,* ed. por Alexander y Janet Rabinowitch, pp. 113-33. Bloomington: University of Indiana Press, 1972.

Schapiro, Leonard. *The Origins of the Communist Autocracy.* Londres: G. Bell and Sons, 1955.

The Government and Politics of the Soviet Union. Ed. rev. Nueva York: Vintage Books, 1967.

The Communist Party of the Soviet Union. 2ª ed. corregida y aumentada. Nueva York: Vintage Books, 1971.

Schwarz, Solomon M. *The Russian Revolution of 1905: The Workers' Movement and the Formation of Bolshevism and Menshevism.* Trad. por Gertrude Vakar. Chicago: University of Chicago Press, 1967.

Seton-Watson, Hugh. *The Decline of Imperial Russia, 1855-1914.* Nueva York, Praeger, 1952.

The Russian Empire, 1801-1917. Nueva York: Oxford University Press, 1967.

Shanin, Teodor. *The Awkward Class. Political Sociology of Peasantry in a Developing Society: Russia 1910-1925.* Nueva York: Oxford University Press, 1972.

Singleton, Seth. "The Tambov Revolt (1920-1921)". *Slavic Review* 25:3 (septiembre, 1966): 497-512.

Sontag, John P. "Tsarist Debts and Tsarist Foreign Policy". *Slavic Review* 27: 4 (diciembre, 1968): 529-41.

Starr, S. Frederick. *Decentralization and Self-Government in Russia, 1830-1870.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1972.

Treadgold, Donald W. *The West in Russia and China,* vol. 1, *Russia, 1472-1917.* Londres: Cambridge University Press, 1973.

Trotsky, Leon. *The Russian Revolution.* Selección y presentación de F. W. Dupee. Trad. por Max Eastman. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1959.

1905. Trad. por Anya Bostock. Nueva York: Vintage Books, 1972.

Tucker, Robert C. *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*. Nueva York: Norton, 1974.

Stalinism: Essays in Historical Interpretation. Nueva York: Norton, 1977.

Ulam, Adam B. *The Bolsheviks: The Intellectual and Political History of the Triumph of Communism in Russia*. Nueva York: Collier Books, 1965.

Uldricks, Teddy J. "The 'Crowd' in the Russian Revolution: Towards Reassessing the Nature of Revolutionary Leadership". *Politics and Society* 4: 3 (1974): 397-413.

Venturi, Franco. *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*. Trad. por Francis Haskell. Nueva York: Grosset & Dunlap, 1966.

Volin, Lazar. *A Century of Russian Agriculture: From Alexander II to Kruschchev*. Cambridge: Harvard University Press, 1970.

Von Laue, Theodore H. "Russian Peasants in the Factory, 1892-1904". *Journal of Economic History* 21 (1961): 61-80.

Sergei Witte and the Industrialization of Russia. Nueva York: Columbia University Press, 1963.

"Russian Labor Between Field and Factory, 1892-1903". *California Slavic Studies* 3 (1964): 33-65.

"The Chances for Liberal Constitutionalism". *Slavic Review* 24:1 (marzo, 1965): 34-46.

Why Lenin? Why Stalin?: A Reappraisal of the Russian Revolution, 1900-1930. 2ª ed. Filadelfia: J. B. Lippincott, 1971.

Vucinich, Alexander. "The State and the Local Community". En *The Transformation of Russian Society*, ed. por Cyril E. Black, pp. 191-208. Cambridge: Harvard University Press, 1960.

Vucinich, Wayne S., ed. *The Peasant in Nineteenth-Century Russia*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Wade, Rex A. "The Rajonnye Sovety of Petrograd: The Role of Local Political Bodies in the Russian Revolution". *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 20: 2 (junio, 1972): 227-40.

Walkin, Jacob. *The Rise of Democracy in Pre-Revolutionary Russia: Political and Social Institutions Under the Last Three Czars*. Nueva York: Praeger, 1962.

Wallace, Sir Donald Mackenzie. *Russia on the Eve of War and Revolution*. Nueva York: Vintage Books, 1961.

Watters, Francis M. "The Peasant and the Village Commune". En *The Peasant in Nineteenth-Century Russia*, ed. por Wayne S. Vucinich, pp. 133-57. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Werth, Alexander. *Russia at War, 1941-1945*. Nueva York: Avon Books, 1964.

Wesson, Robert G. *The Russian Dilemma: A Political and Geopolitical View*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1974.

Wildman, Allan. *The Making of a Workers' Revolution: Russian Social*

Democracy, 1891-1903. Chicago: University of Chicago Press, 1967.

"The February Revolution in the Russian Army". *Soviet Studies* 22: 1 (julio, 1970): 3-23.

Wolfe, Bertram D. *An Ideology in Power: Reflections on the Russian Revolution.* Nueva York: Stein & Day, 1970.

Yarmolinsky, Avrahm. *Road to Revolution: A Century of Russian Radicalism.* Nueva York: Collier Books, 1962.

Zelnik, Reginald E. *Labor and Society in Tsarist Russia: The Factory Workers of St. Petersburg, 1855-1870.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1971.

"Russian Workers and the Revolutionary Movement". *Journal of Social History* 6 (invierno, 1971-1972): 214-34.

III. China: Antiguo Régimen y Revolución

Ahn, Byung-joon. "The Political Economy of the People's Commune in China: Changes and Continuites". *Journal of Asian Studies* 34: 3 (mayo, 1975): 631-58.

Chinese Politics and the Cultural Revolution: Dynamics of Policy Processes. Seattle: University of Washington Press, 1976.

Andors, Stephen. *China's Industrial Revolution: Politics, Planning, and Management, 1949 to the Present.* Nueva York: Pantheon Books, 1977.

Balaz, Etienne. *Chinese Civilization and Bureaucracy.* Trad. por H. M. Wright. New Haven: Yale University Press, 1964.

Barendsen, Robert D. "The Agricultural Middle School in Communist China". En *China Under Mao: Politics Takes Command*, ed. por Roderick MacFarquhar, pp. 304-32. Cambridge: M.I.T. Press. 1966.

Barnett, A. Doak. *China on the Eve of Communist Takeover.* Nueva York: Praeger, 1963.

Cadres, Bureaucracy, and Political Power in Communist China. Nueva York: Columbia University Press, 1967.

Chinese Communist Politics in Action. Seattle: University of Washington Press, 1969.

Bastid Marianne. "Levels of Economic Decision-Making". En *Authority, Participation and Cultural Change in China*, ed. por Stuart R. Schram, pp. 159-98. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Baum, Richard, con Bennett, Louise B., eds. *China in Ferment: Perspectives on the Cultural Revolution.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1971.

Bergère, Marie-Claire. "The Role of the Bourgeoisie". En *China in Revolution*, ed. por Mary C. Wright, pp. 229-95. New Haven: Yale University Press, 1968.

Bergère, Marie-Claire. "De la Chine Classique à la Chine Actuelle: Fluctuations Economiques et Révolution". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 24: 4 (julio-agosto, 1969): 860-75.

Bernstein, Thomas P. "Leadership and Mass Mobilisation in the Soviet and Chinese Collectivisation Campaigns of 1929-30 and 1955-56: A Comparison". *China Quarterly* núm. 31 (julio-septiembre, 1967): 1-47.

"Leadership and Mobilization in the Collectivization of Agriculture in China and Russia: A Comparison". Tesis para el doctorado, Department of Political Science, Columbia University, 1970. Ann Arbor, Mich.: University Microfilms.

Bettelheim, Charles. *Cultural Revolution and Industrial Organization in China.* Trad. por Alfred Ehrenfeld. Nueva York: Monthly Review Press, 1975.

Bianco, Lucien. "Les Paysans et la Révolution Chine, 1919-1949". *Politique Etrangère* núm. 2 (1968): 117-41.

Origins of the Chinese Revolution, 1915-1949. Trad. por Muriel Bell. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1971.

Buck, John Lossing. *Chinese Farm Economy.* Chicago: University of Chicago Press, 1930.

Cavendish, Patrick. "The 'New China' of the Kuomintang". En *Modern China's Search for a Political Form*, ed. por Jack Gray, pp. 138-96. Nueva York: Oxford University Press, 1969.

Cell, Charles P. *Revolution at Work: Mobilization Campaigns in China.* Nueva York: Academic Press, 1977.

Clubb, O. Edmund. *Twentieth Century China.* Nueva York: Columbia University Press, 1964.

Cohen, Paul A. "Ch'ing China: Confrontation With the West, 1850-1900". En *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. por James B. Crowley, pp. 29-61. Nueva York: Harcourt, Brace, and World, 1970.

Crook, Isabel y David. *Revolution in a Chinese Village: Ten Mile Inn.* Londres: Routledge and Kegan Paul, 1959.

Chang, Chung-li *The Chinese Gentry: Studies on Their Role in Nineteenth Century Chinese Society.* Seattle: University of Washington Press, 1955.

The Income of the Chinese Gentry. Seattle: University of Washington Press, 1962.

Chang, P'eng-yüan. "The Constitutionalists". En *China in Revolution*, ed. por Mary C. Wright, pp. 143-83. New Haven: Yale University Press, 1968.

Chao, Shu-li. *Rhymes of Li Yu-tsai and Other Stories.* Pekín: Cultural Press, 1950.

Ch'ên, Jerome. *Mao and The Chinese Revolution.* Nueva York: Oxford University Press, 1965.

Chesneaux, Jean. *The Chinese Labor Movement, 1919-1927.* Trad. por H. M. Wright. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Chesneaux, Jean. *Popular Movements and Secret Societies in China, 1840-1950*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1972.

Peasant Revolts in China, 1840-1949. Nueva York: Norton, 1973.

Chesneaux, Jean; Bastid, Marianne, y Bergère, Marie-Claire. *China: From the Opium Wars to the 1911 Revolution*. Trad. por Anne Destenay. Nueva York: Pantheon Books, 1976.

Ch'i, Hsi-sheng. *Warlord Politics in China, 1916-1928*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Chiang, Siang-tseh. *The Nien Rebellion*. Seattle: University of Washington Press, 1954.

Ch'ien, Tuan-sheng. *The Government and Politics of China*. Cambridge: Harvard University Press, 1950.

Chow, Tse-tung. *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1967.

Chow, Yung-teh. *Social Mobility in China*. Nueva York: Atherton, 1966.

Ch'ü, T'ung-tsu. *Local Government in China Under the Ch'ing*. Cambridge: Harvard University Press, 1962.

Diamond, Norma. "Collectivization, Kinship, and the Status of Women in Rural China". *Bulletin of Concerned Asian Scholars, Special Issue: Asian Women* 7: 1 (enero-marzo, 1975): 25-32.

Dittmer, Lowell. *Liu Shao-ch'i and the Chinese Cultural Revolution: The Politics of Mass Criticism*. Berkeley: University of California Press, 1974.

Domes, Jürgen. *The Internal Politics of China, 1949-1972*. Trad. por Rüdiger Machetzki. Nueva York: Praeger, 1973.

Donnithorne, Audrey. "China's Cellular Economy: Some Economic Trends Since the Cultural Revolution". *China Quarterly* núm. 52 (octubre-diciembre, 1972): 605-18.

Eastman, Lloyd E. *The Abortive Revolution: China Under Nationalist Rule, 1927-1937*. Cambridge: Harvard University Press, 1974.

Eberhard, Wolfram. *Conquerors and Rulers: Social Forces in Medieval China*. Leyden, Holanda: Brill, 1952.

A History of China. 3ª ed. Berkeley: University of California Press, 1969.

Eckstein, Alexander. *China's Economic Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977.

Elvin, Mark. *The Pattern of the Chinese Past*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1973.

Elvin, Mark, y Skinner, G. William, eds. *The Chinese City Between Two Worlds*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

Eto, Shinkichi. "Hai-lu-feng– The First Chinese Soviet Government". *China Quarterly* núm. 8 (octubre-diciembre, 1961): 161-83 y núm. 9 (enero-marzo, 1962): 149-81.

Fairbank, John K., ed. *Chinese Thought and Institutions*. Chicago: University of Chicago Press, 1957.

The United States and China. 3ª ed. Cambridge: Harvard University Press, 1971.

Fairbank, John K.; Reischauer, Edwin O., y Craig, Albert M. *East Asia: Tradition and Transformation.* Boston: Houghton Mifflin, 1973.

Fei, Hsiao-tung. *Peasant Life in China: A Field Study of Country Life in the Yangtze Valley.* Nueva York: Oxford University Press, 1946.

"Peasantry and Gentry: An Interpretation of Chinese Social Structure and Its Changes". *American Journal of Sociology* 52: 1 (julio, 1946): 1-17.

China's Gentry: Essays on Rural-Urban Relations. Chicago: University of Chicago Press, 1953.

Fei, Hsiao-tung, y Chang, Chih-I. *Earthbound China: A Study of Rural Economy in Yunnan.* Chicago: University of Chicago Press, 1945.

Feuerwerker, Albert. *China's Early Industrialization: Sheng Hsuan-huai (1844-1916) and Mandarin Enterprise.* Cambridge: Harvard University Press, 1958.

Modern China. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1964.

The Chinese Economy, 1912-1949. Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 1. Ann Arbor: Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1968.

The Chinese Economy, ca. 1870-1911. Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 5. Ann Arbor: Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1969.

Rebellion in Nineteenth-Century China. Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 21. Ann Arbor: Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1975.

Fincher, John. "Political Provincialism and the National Revolution". En *China in Revolution,* ed. por Mary C. Wrigth, pp. 185-226. New Haven: Yale University Press, 1968.

Franke, Wolfgang. *China and the West: The Cultural Encounter, 13th to 20th Centuries.* Trad. por R. A. Wilson. Nueva York: Harper & Row, 1967.

A Century of Chinese Revolution, 1851-1949. Trad. por Stanley Rudman. Nueva York: Harper & Row, 1971.

Freedman, Maurice. *Lineage Organization in Southeastern China.* Londres: University of London, 1965.

Fried, Morton H. *Fabric of Chinese Society.* Nueva York: Praeger, 1953.

Friedman, Edward. *Backward Toward Revolution: The Chinese Revolutionary Party.* Berkeley: University of California Press, 1974.

Friedman, Edward, y Selden, Mark, eds. *America's Asia: Dissenting Essays on Asian-American Relations.* Nueva York: Vintage Books, 1971.

Gamble, Sidney D. *Ting Hsien: A North China Rural Community.* Nueva York: Institute of Pacific Relations, 1954.

North China Villages: Social, Political, and Economic Activities Before 1933. Berkeley: University of California Press, 1963.

Gardner, John e Idema, Wilt. "China's Educational Revolution". En *Authority, Participation, and Cultural Change in Communist China*, ed. por Stuart R. Schram, pp. 257-89. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Gillin, Donald G. " 'Peasant Nationalism' in the History of Chinese Communism". *Journal of Asian Studies* 23: 2 (febrero, 1964): 269-89.

Warlord: Yen Hsi-shan in Shansi Province, 1911-1949. Princeton, N. J. Princeton University Press, 1967.

Gittings, John R. *The Role of the Chinese Army*. Nueva York: Oxford University Press, 1967.

"The Chinese Army". En *Modern China's Search for a Political Form*, ed. por Jack Gray, pp. 187-224. Nueva York: Oxford University Press, 1969.

Gray, Jack. "The Economics of Maoism". *Bulletin of the Atomic Scientists* 25: 2 (febrero, 1969): 42-51.

"The Two Roads: Alternative Strategies of Social Change and Economic Growth in China". En *Authority, Participation and Cultural Change in China*, ed. por Stuart R. Schram, pp. 109-58. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Griffith, Samuel B., II. *The Chinese People's Liberation Army*. Nueva York: McGraw-Hill, 1967.

Gurley, John. "Capitalist and Maoist Economic Development". En *America's Asia*, ed. por Edward Friedman y Mark Selden, pp. 324-56. Nueva York: Vintage Books, 1971.

Harrison, James Pinckney. *The Long March to Power: A History of the Chinese Communist Party, 1921-72*. Nueva York: Praeger, 1972.

Hatano, Yoshiro, "The New Armies". En *China in Revolution*, ed. por Mary C. Wright, pp. 365-82. New Haven: Yale University Press, 1968.

Hinton, William. *Fanshen: A Documentary of Revolution in a Chinese Village*. Nueva York: Vintage Books, 1966.

Ho, Ping-ti, *Studies on the Population of China, 1368-1953*. Cambridge: Harvard University Press, 1959.

The Ladder of Success in Imperial China: An Analysis of Social Mobility, 1368-1911. Nueva York: Columbia University Press, 1962.

Hofheinz, Roy, Jr. *The Broken Wave: The Chinese Communist Peasant Movement, 1922-1928*. Cambridge: Harvard University Press, 1977.

Horn, Joshua S. *Away With All Pests: An English Surgeon in People's China: 1954-1969*. Nueva York: Monthly Review Press, 1971.

Hou, Ching-ming. *Foreign Investment and Economic Development in China, 1840-1937*. Cambridge: Harvard University Press, 1965.

Houn, Franklin W. *A Short History of Chinese Communism*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1973.

Hsiao, Kung-chuan. *Rural China: Imperial Control in the Nineteenth Century*. Seattle: University of Washington Press, 1967.

Hsieh, Winston. "Peasant Insurrection and the Marketing Hierarchy in the Canton Delta, 1911". En *The Chinese City Between Two Worlds*, ed. por Mark Elvin y G. William Skinner, pp. 119-42. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

Ichiko, Chūzō. "The Role of the Gentry: An Hypothesis". En *China in Revolution*, ed. por Mary C. Wright, pp. 297-317. New Haven: Yale University Press, 1968.

Isaacs, Harold R. *The Tragedy of the Chinese Revolution*. 2ª ed. rev. Nueva York: Atheneum, 1968.

Israel, John. *Student Nationalism in China: 1927-1937*. Stanford, Cal.: Hoover Institution Publications, 1966.

"Reflections on the Modern Chinese Student Movement". *Daedalus* 97 (invierno, 1968): 229-53.

Jen, Yu-wen. *The Taiping Revolutionary Movement*. New Haven: Yale University Press, 1973.

Johnson, Chalmers A. *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergence of Revolutionary China, 1937-1945*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1962.

Karol, K. S. *China: The Other Communism*. 2ª ed. Nueva York: Hill & Wang, 1968.

Kau, Ying-mao. *The People's Liberation Army and China's Nation-Building*. White Plains, N. Y.: International Arts and Sciences Press, 1973.

"Urban and Rural Strategies in the Chinese Communist Revolution". En *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia*, ed. por John Wilson Lewis, pp. 253-70. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

Kim, Ilpyong J. "Mass Mobilization Policies and Techniques Developed in the Period of the Chinese Soviet Republic". En *Chinese Communist Politics in Action*, ed. por A. Doak Barnett, pp. 78-98. Seattle: University of Washington Press, 1969.

Kuhn, Philip A. *Rebellion and Its Enemies in Late Imperial China: Militarization and Social Structure, 1796-1864*. Cambridge: Harvard University Press, 1970.

"Local Self-Government Under the Republic: Problems of Control, Autonomy, and Mobilization". En *Conflict and Control in Late Imperial China*, ed. por Frederic Wakeman, Jr. y Carolyn Grant, pp. 257-98. Berkeley: University of California Press, 1975.

Lampton, David M. *Health, Conflict, and the Chinese Political System*. Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 18. Ann Arbor: Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1974.

Lee, Rensselaer, W. "The Hsia Fang System: Marxism and Modernization". *China Quarterly* núm. 28 (octubre-diciembre, 1966): 40-42.

Lew, Roland. "Maoism and the Chinese Revolution". En *The Socialist Register 1975*, pp. 115-59. Londres: Merlin Press, 1975.

Lewis, John W. *Leadership in Communist China.* Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1963.

Party Leadership and Revolutionary Power in China. Cambridge: Cambridge University Press, 1970.

The City in Communist China. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1971.

Lindbeck, John M., ed. *China: Management of a Revolutionary Society* Seattle: University of Washington Press, 1971.

MacKinnon, Stephen R. "The Peiyang Army, Yuan Shih-k'ai, and the Origins of Modern Chinese Warlordism". *Journal of Asian Studies* 32: 3 (mayo, 1973), 405-23.

Madsen, Richard. "Revolutionary Asceticism in Communist China: Social Causes and Consequences of Commitment to the Maoist Ethos in a South China Village". Tesis para el doctorado, Department of Sociology, Harvard University, abril, 1977.

Magdoff, Harry. "China: Contrasts with the U.S.S.R." *Monthly Review* 27: 3 (julio-agosto, 1975): 12-57.

Maitan, Livio. *Party, Army and Masses in China.* Trad. por Gregor Benton y Marie Collitti. Londres: New Left Books, 1976.

McColl, Robert W. "The Oyüwan Soviet Area, 1927-1932". *Journal of Asian Studies* 27: 1 (noviembre, 1967): 41-60.

"A Political Geography of Revolution: China, Vietnam, and Thailand". *Journal of Conflict Resolution* 11: 2 (junio, 1967): 153-67.

Meisner, Maurice. "Yenan Communism and the Rise of the Chinese People's Republic". En *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. por James B. Crowley, pp. 265-97. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1970.

Li Ta-chao and the Origins of Chinese Marxism. Nueva York: Atheneum, 1973.

"Utopian Socialist Themes in Maoism". En *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia,* ed. por John Wilson Lewis, páginas 207-52. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

Michael, Franz. "State and Society in Nineteenth Century China". *World Politics* 7 (abril, 1955): 419-33. Rep. en *Modern China*, ed. por Albert Feuerwerker, pp. 57-69. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1964.

The Taiping Rebellion: History and Documents, vol. 1, *History*. Seattle: University of Washington Press, 1966.

Milton, David, y Milton, Nancy Dall. *The Wind Will Not Subside: Years in Revolutionary China, 1964-1969.* Nueva York: Pantheon Books, 1976.

Muramatsu, Yuji. "Some Themes in Chinese Rebel Ideologies". En *The Confucian Persuasion*, ed. por Arthur F. Wright, pp. 241-67. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1960.

"A Documentary Study of Chinese Landlordism in Late Ch'ing and

Early Republican Kiangnan". *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 29: 3 (1966): 566-99.

Murphey, Rhoads. "The Treaty Ports and China's Modernization". En *The Chinese City Between Two Worlds*, ed. por Mark Elvin y G. William Skinner, pp. 17-72. Stanford, Cal.; Stanford University Press, 1974.

Myers, Ramon H. *The Chinese Peasant Economy: Agricultural Development in Hopei and Shantung, 1890-1949.* Cambridge: Harvard University Press, 1970.

Nee, Victor G. "Community and Change in Revolutionary China". Tesis para el doctorado, Department of Sociology, Harvard University, abril, 1977.

North, Robert C., y de Sola Pool, Ithiel. "Kuomintang and Chinese Communist Elites". En *World Revolutionary Elites*, ed. por Harold D. Lasswell y Daniel Lerner, pp. 319-455. Cambridge: M.I.T. Press, 1966.

Oksenberg, Michel. "Methods of Communication within the Chinese Bureaucracy". *China Quarterly* núm. 57 (enero-marzo, 1974): 1.39.

Paauw, Douglas, S. "The Kuomintang and Economic Stagnation, 1928-1937". *Journal of Asian Studies* 16 (febrero, 1957): 213-20.

Parsons, James B. *Peasant Rebellions of the Late Ming Dynasty.* Tucson: University of Arizona Press, 1970.

Peck, Graham. *Two Kinds of Time: Life in Provincial China During the Crucial Years, 1940-1941.* ed. rev. Boston: Houghton Mifflin, 1967.

Perkins, Dwight H. *Agricultural Development in China, 1368-1968.* Chicago Aldine, 1969.

China's Modern Economy in Historical Perspective. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1975.

"Growth and Changing Structure of China's Twentieth-Century Economy". En *China's modern Economy in Historical Perspective*, ed. por Dwight H. Perkins, pp. 115-66. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1975.

Pfeffer, Richard, "Serving the People and Continuing the Revolution". *China Quarterly* núm. 52 (octubre-diciembre, 1972): 620-53.

Powell, Ralph L. *The Rise of Chinese Military Power, 1895-1912.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1955.

Pye, Lucien W. *The Spirit of Chinese Politics: A Psychocultural Study of the Authority Crisis in Political Development.* Cambridge: M.I.T. Press, 1968.

Warlord Politics. Nueva York: Praeger, 1971.

Rankin, Mary Backus. *Early Chinese Revolutionaries: Radical Intellectuals in Shanghai and Chekiang, 1902-1911.* Cambridge: Harvard University Press, 1971.

Rawlinson, John L. "China's Failure to Coordinate Her Modern Fleets in the Late Nineteenth Century". En *Approaches to Modern*

Chinese History, ed. por Albert Feuerwerker, Rhoads Murphy y Mary C. Wright, pp. 105-32. Berkeley: University of California Press, 1967.

China's Struggle for Naval Development, 1839-1895. Cambridge: Harvard University Press, 1967.

Rhoads, Edward J. *China's Republican Revolution: The Caso of Kwangtung, 1895-1913.* Cambridge: Harvard University Press, 1975.

Richman, Barry M. *Industrial Society in Communist China.* Nueva York: Vintage Books, 1969.

Riskin, Carl. "Small Industry and the Chinese Model of Development". *China Quarterly* núm. 46 (abril-junio): 245-73.

"Incentive Systems and Work Motivations: The Experience in China". *Working Papers for a New Society* 1: 4 (invierno, 1974); 27-31, 77-92.

Rossanda, Rossana. "Mao's Marxism". *The Socialist Register 1971.* Londres: Merlin Press, 1971.

Rozman, Gilbert. *Urban Networks in Ch'ing China and Tokugawa Japan.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1973.

Scalapino, Robert A., ed. *Elites in the People's Republic of China.* Seattle: University of Washington Press, 1972.

Schram, Stuart R. "Mao Tse-tung and Secret Societies". *China Quarterly* núm. 27 (julio-septiembre, 1966): 1-13.

Mao tse-tung. Baltimore, Md.: Penguin Books, 1967.

The Political Thought of Mao Tse-tung. Ed. corregida y aumentada, Nueva York: Praeger, 1969.

Authority, Participation, and Cultural Change in China. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Schran, Peter. "Economic Management". En *China: Management of a Revolutionary Society*, ed. por John M. Lindbeck, pp. 193-220. Seattle: University of Seattle Press, 1971.

"On the Yenan Origins of Current Economic Policies". En *China's Modern Economy in Historical Perspective*, ed. por Dwight H. Perkins, pp. 279-302. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1975.

Schurmann, H. Franz. "Organisational Principles of the Chinese Communists". En *China Under Mao: Politics Takes Command*, ed. por Roderick MacFarquhar, pp. 87-98. Cambridge: M.I.T. Press, 1966.

"Politics and Economics in Russia and China". En *Soviet and Chinese Communism: Similarities and Differences*, ed. por Donald W. Treadgold, pp. 297-326. Seattle: University of Washington Press, 1967.

Ideology and Organization in Communist China. 2ª ed. Berkeley: University of California Press, 1968.

Schwartz, Benjamin I. "The Intelligentsia in Communist China: A Tentative Comparison". En *The Russian Intelligentsia*, ed. por Ri-

chard Pipers, pp. 164-81. Nueva York: Columbia University Press, 1961.

Chinese Communism and the Rise of Mao. Nueva York: Harper & Row, 1967.

Selden Mark. "The Guerrilla Movement in Northwest China: The Origins of the Shensi-Kansu-Ninghsia Border Region". *China Quarterly* núm. 28 (octubre-diciembre, 1966): 63-81, y núm. 29 (enero-marzo, 1967): 61-81.

"The Yenan Legacy: The Mass Line". En *Chinese Communist Politics in Action*, ed. por A. Doak Barnett, pp. 99-151. Seattle: University of Washington Press, 1969.

The Yenan Way in Revolutionary China. Cambridge: Harvard University Press, 1971.

Sheridan, James E. *Chinese Warlord: The Career of Feng Yü-Hsiang.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1966.

China in Disintegration: The Republican Era in Chinese History, 1912-1949. Nueva York: Free Press, 1975.

Shih, Kuo-heng. "The Early Development of the Modern Chinese Business Class". En *The Rise of the Modern Chinese Business Class: Two Introductory Essays*, ed. por Marion J. Levy y Kuo-heng Shih, pp. 19-63. Nueva York: Institute of Pacific Relations, 1949.

Shih, Vincent Y. C. "Some Chinese Rebel Ideologies". *T'oung Pao* 44 (1956): 150-226.

The Taiping Ideology: Its Sources, Interpretations, and Influences. Seattle: University of Washington Press, 1967.

Sidel, Victor W., y Ruth Sidel. "The Delivery of Medical Care in China". *Scientific American* 230: 4 (abril, 1974): 19-27.

Sigurdson, Jon. "Rural Industry and the Internal Transfer of Technology". En *Authority, Participation and Cultural Change in China*, ed. por Stuart R. Schram, pp. 199-232. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Rural Industrialization in China. Cambridge: Harvard University Press, 1977.

Skinner, G. William. "Marketing and Social Structure in Rural China". 3 pts. *Journal of Asian Studies* 24: 1 (noviembre, 1964): 3-43; 24:2 (febrero, 1965): 195-228, y 24: 3 (mayo, 1965): 363-99.

"Chinese Peasants and the Closed Community: An Open and Shut Case". *Comparative Studies in Society and History* 13: 3 (julio, 1971): 270-81.

The City in Late Imperial China. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1977.

Skinner, G. William y Winckler, Edwin. "Compliance Succession in Rural Communist China". En *A Sociological Reader on Complex Organizations*, 2ª ed., ed. por Amitai Etzioni, pp. 410-38. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1969.

Smedley, Agnes. *the Great Road: The Life and Times of Chu Teh.* Nueva York: Monthly Review Press, 1956.

Snow, Edgar. *Red. Star Over China.* 1938. Nueva York: Grove Press, 1961.

Solomon, Richard H. *Mao's Revolution and the Chinese Political Culture.* Berkeley: University of California Press, 1971.

Spector, Stanley. *Li Hung-chang and the Huai Army: A Study in Nineteenth-Century Chinese Regionalism.* Seattle: University of Washington Press, 1964.

Tan, Chester C. *Chinese Political Thought in the Twentieth Century.* Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1971.

Tawney, R. H. *Land and Labour in China.* 1932. Reed. Boston: Beacon Press, 1966.

Taylor, George E. "The Taiping Rebellion". *Chinese Social and Political Science Review* 16: 4 (1932-3): 545-614.

Taylor, Romeyn. "Social Origins of the Ming Dynasty, 1351-1360". *Monumenta Serica* 22 (1963): 1-78.

Teng, Ssu-yu. *Historiography of the Taiping Rebellion.* Cambridge: Harvard University Press, 1962.

Thaxton, Ralph. "Tenants in Revolution: The Tenacity of Traditional Morality". *Modern China* 1: 3 (julio, 1975): 323-58.

Tien, Hung-mao. *Government and Politics in Kuomintang China, 1927-1937.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1972.

Townsend, James R. *Political Participation in Communist China.* Berkeley: University of California Press, 1969.

Treadgold, Donald W. *Soviet and Chinese Communism.* Seattle: University of Washington Press, 1967.

The West in Russia and China, volumen 2, *China, 1582-1949.* Cambridge: Cambridge University Press, 1973.

Tuchman, Barbara W. *Stillwell and the American Experience in China, 1911-45.* Nueva York: Macmillan, 1971.

Van Slyke, Lyman P., ed. *The Chinese Communist Movement: A Report of the United States War Department, July 1945.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1968.

Vogel, Ezra F. *Canton Under Communism: Programs and Politics in a Provincial Capital, 1949-1968.* Cambridge: Harvard University Press, 1969.

"Politicized Bureaucracy: Communist China". En *Communist Systems in Comparative Perspective*, ed. por Leonard J. Cohen y Jane P. Shapiro, pp. 160-70. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1974.

Wakeman, Frederic, Jr. *Strangers at the Gate: Social Disorder in South China, 1839-1861.* Berkeley: University of California Press, 1966.

"High Ch'ing: 1683-1839". En *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. por James B. Crowley, pp. 1-28. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1970.

The Fall of Imperial China. Nueva York: Free Press, 1975.

Wakeman, Frederic, Jr., y Grant, Carolyn, eds. *Conflicts and Control in Late Imperial China.* Berkeley: University of California Press, 1975.

Wang, Yeh-chien. *Chinese Intellectuals and the West, 1872-1949.* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1966.

Land Taxation in Imperial China, 1750-1911. Cambridge: Harvard University Press, 1973.

Watt, John R. *The District Magistrate in Late Imperial China.* Nueva York: Columbia University Press, 1972.

Whyte, Martin King. "Bureaucracy and Modernization in China: The Maoist Critique". *American Sociological Review* 38: 2 (abril, 1973): 149-63.

"Iron Law Versus Mass Democracy: Weber, Michels, and the Maoist Vision". En *The Logic of Maoism: Critiques and Explication,* ed. por James Chieh Hsiung, pp. 37-61. Nueva York: Praeger, 1974.

Small Groups and Political Rituals in China. Berkeley: University of California Press, 1974.

"Inequality and Stratification in China". *China Quarterly* núm. 64. (diciembre, 1975): 684-711.

Whyte, Martin King; Vogel, Ezra F., y Parish, William L., Jr. "Social Structure of World Regions: Mainland China". *Annual Review of Sociology* 3 (1977): 179-207.

Wilbur, C. Martin. "Military Separatism and the Process of Reunification Under the Nationalist Regime, 1922-1937". En *China in Crisis,* 2 vols., ed. por Ping-ti Ho y Tang Tsou, vol. 1, bk. 1, pp. 203-63. Chicago: University of Chicago Press, 1968.

"The Influence of the Past: How the Early Years Helped to Shape the Future of the Chinese Communist Party". En *Party Leadership and Revolutionary Power in China,* ed. por John Wilson Lewis, pp. 35-68. Cambridge: Cambridge University Press, 1970.

Wilson, Dick. *The Long March of 1935: The Epic of Chinese Communism's Survival.* Nueva York: Avon Books, 1973.

Wittfogel, Karl A. *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power.* New Haven: Yale University Press, 1957.

Wolf, Margery, y Witke, Roxane, eds. *Women in Chinese Society.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1975.

Wortman, Sterling. "Agriculture in China". *Scientific American* 232: 6 (junio, 1975): 13-21.

Wright, Mary C. *The Last Stand of Chinese Conservatism: The T'ung-Chih Restoration, 1862-1874.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1957.

China in Revolution: The First Phase, 1900-1913. New Haven: Yale University Press, 1968.

Yang, C. K. *Religion in Chinese Society.* Berkeley: Univ. of California Press, 1961.

Chinese Communist Society: The Family and the Village. Cambridge: M.I.T. Press, 1965.

"Some Preliminary Statistical Patterns of Mass Actions in Nineteenth-Century China". En *Conflict and Control in Late Imperial China*, ed. por Frederic Wakeman, Jr., y Carolyn Grant, pp. 174-210. Berkeley: University of California Press, 1975.

Yang, Martin C. *A Chinese Village: Taitou, Shangtung Province*. Nueva York: Columbia University Press, 1965.

Yang, Shang-kuei. *The Red Kiangsi-Kwangtung Border Region*. Pekín: Foreign Languages Press, 1961.

Yeh, C. K. "Soviet and Communist Chinese Industrialization Strategies". En *Soviet and Chinese Communism: Similarities and Differences*, ed. por Donald W. Treadgold, pp. 327-63. Seattle: University of Washington Press, 1967.

Young, Ernest P. "Nationalism, Reform, and Republican Revolution: China in the Early Twentieth Century". En *Modern East Asia: Essays in Interpretation*, ed. por James B. Crowley, pp. 151-79. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1970.

Young, Marilyn B., ed. *Women in China: Studies in Social Change and Feminism*. Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 15. Ann Arbor: Center for Chinese Studies, University of Michigan, 1973.

IV. Antecedentes teóricos e históricos

Adam, Heribert. *Modernizing Racial Domination: South Africa's Political Dynamics*. Berkeley: University of California Press, 1971.

Alavi, Hamza. "Peasants and Revolution". En *The Socialist Register 1965*, pp. 241-77. Londres: Merlin Press, 1965.

Allardt, Erik. "Culture, Structure and Revolutionary Ideologies". *International Journal of Comparative Sociology* 12: 1 (marzo, 1971): 24-40.

Althusser, Louis. "Contradiction and Overdetermination". En *For Marx*, trad. por Ben Brewster, pp. 87-128. Nueva York: Vintage Books, 1970.

Amann, Peter. "Revolution: A Redefinition". *Political Science Quarterly* 77: 1 (marzo, 1962): 36-53.

Anderson, Perry. *Lineages of the Absolutist State*. Londres: New Left Books, 1974.

Passages From Antiquity to Feudalism. Londres: New Left Books, 1974.

Considerations on Western Marxism. Londres: New Left Books, 1976.

Arendt, Hannah. *On Revolution*. Nueva York: Viking Press, 1965.

Aston, Trevor. *Crisis in Europe, 1560-1660*. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1967.

Barker, Ernest. *The Development of Public Services in Western Europe, 1660-1930*. Nueva York: Oxford University Press, 1944.

Barraclough, G. "Universal History". En *Approaches to History: A Symposium*, ed. por H. P. R. Finberg, pp. 83-109. Toronto: University of Toronto Press, 1962.
Bell, David V. J. *Resistance and Revolution*. Boston, Houghton Mifflin, 1973.
Ben-David, Joseph, y Zloczower, Awraham. "Universities and Academic Systems in Modern Societies". *Archives Européenes de Sociology* 3: 1 (1962): 45-84.
Bendix, Reinhard. *Nation-Building and Citizenship*. Nueva York: Wiley, 1964.
"Tradition and Modernity Reconsidered". *Comparative Studies in Society and History* 9 (1967): 292-346.
Beqiraj, Mehmet. *Peasantry in Revolution*. Cornell Research Papers in International Studies, no. 5. Ithaca, N. Y.: Center for International Studies, Cornell University, 1966.
Bittner, Egon. "Radicalism and the Organization of Radical Movements". *American Sociological Review* 28: 6 (diciembre, 1963): 928-40.
Black, Cyril E., y Thornton, Thomas P., eds. *Communism and Revolution: The Strategic Uses of Political Violence*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1964.
Bloch, Marc. "Toward a Comparative History of European Societies". En *Enterprise and Secular Change*, ed. por Frederic C. Lane y Jelle C. Riesmersma, pp. 494-521, Homewood, Ill.: Richard D. Irwin, 1953.
Block, Fred. "The Ruling Class Does Not Rule: Notes on the Marxist Theory of the State". *Socialist Revolution* núm. 33 (mayo-junio, 1977): 6-28.
Blum, Jerome. "The European Village as Community: Origin and Functions". *Agricultural History* 45: 3 (julio, 1971): 157-78.
"The Internal Structure and Polity of the European Village Community From the Fifteenth to the Nineteenth Century". *Journal of Modern History* 43: 4 (diciembre, 1971): 541-76.
Borkenau, Franz. "State and Revolution in the Paris Commune, the Russian Revolution, and the Spanish Civil War". *Sociological Review* 29: 41 (1937): 41-75.
Braudel, Fernand. "European Expansion and Capitalism, 1450-1650". En *Chapters in Western Civilization*, 3ª ed., vol. 1, 245-88. Nueva York: Columbia University Press, 1961.
Brenner, Robert. "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe". *Past and Present* núm. 70 (febrero, 1976): 30-75.
"The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism". *New Left Review* núm. 104 (julio-agosto, 1977): 25-92.
Brinton, Crane. *The Anatomy of Revolution*. 1938. ed. corregida y aumentada, Nueva York: Vintage Books, 1965.
Bukharin, Nikolai. *Historical Materialism: A System of Sociology*. Trad. de

la 3ª edición rusa, 1921. Ann Arbor: University of Michigan, 1969.

Calvert, Peter. *A Study of Revolution.* Nueva York: Oxford University Press, 1970.

Cammett, John M. *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1967.

Carr, E. H. *What is History?* Nueva York: Vintage Books, 1961.

Cipolla, Carlo M. *Guns, Sails, and Empires: Technological Innovation and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700.* Nueva York: Minerva Press, 1965.

Cohan, A. S. *Theories of Revolution: An Introduction.* Nueva York: Halsted Press, 1975.

Cohn, Norman. *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*, ed. corregida y aumentada. Nueva York: Oxford University Press, 1970.

Collins, Randall. "A Comparative Approach to Political Sociology". En *State and Society: A Reader*, ed. por Reinhard Bendix, et. al., páginas 42-69. Berkeley: University of California Press, 1968.

Conflict Sociology. Nueva York: Academic Press, 1975.

"Some Principles of Long-Tem Social Change: The Territorial Power of States". Documento presentado en la Reunión Anual de la American Sociological Association, Chicago, Illinois, septiembre, 1977.

Chaliand, Gerard. *Revolution in the Third World: Myths and Prospects.* Trad. por Diana Johnstone. Nueva York: Viking Press, 1977.

Chirot, Daniel. *Social Change in the Twentieth Century.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1977.

Chorley, Katherine. *Armies and the Art of Revolution.* 1943. Reed. Boston: Beacon Press, 1973.

Daniels, Robert Vincent. "The Chinese Revolution in Russian Perspective". *World Politics* 13: 2 (1961): 210-30.

Davies, James C. "Toward a Theory of Revolution". *American Sociological Review* 27 (1962): 5-18.

"The J-Curve of Rising and Declining Satisfactions as a Cause of Some Great Revolutions and a Contained Rebellion". En *Violence in America*, ed. por Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, pp. 671-709. Nueva York: Signet Books, 1969.

When Men Revolt and Why: A Reader in Political Violence and Revolution. Nueva York: Free Press, 1971.

Dehio, Ludwig. *The Precarious Balance: Four Centuries of the European Power Struggle.* Trad. por Charles Fullman. Nueva York: Vintage Books, 1962.

Deutsch, Karl W. "Social Mobilization and Political Development". *American Political Science Review* 55 (septiembre, 1961): 493-514.

Deutscher, Isaac. "The French Revolution and the Russian Revolution: Some Suggestive Analogies". *World Politics* 4: 3 (abril, 1952): 369-81.

DeVries, Jan. *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1660-1750.* Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
Dorn, Walter L. *Competition for Empire, 1740-1763.* Nueva York: Harper & Row, 1963.
Dunn, John. *Modern Revolutions: An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon.* Cambridge: Cambridge University Press, 1972.
"The Success and Failure of Modern Revolutions". En *Radicalism in the Contemporary Age*, vol. 3, ed. por S. Bialer y S. Sluzar, páginas 83-114, 305-18. Boulder, Colorado: Westview Press, 1977.
Eckstein, Harry, ed. *Internal War.* Nueva York: Free Press, 1964.
"On the Etiology of Internal Wars". *History and Theory* 4: 2 (1965): 133-63.
Edwards, Lyford P. *The Natural History of Revolution.* 1927. Reed. Chicago: University of Chicago Press, 1970.
Eisenstadt, S. N. *Modernization: Protest and Change.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1966.
"The Social Framework and Conditions of Revolution". En L. Kriesberg, ed., *Research in Social Movements, Conflict and Change.* Greenwich, Conn.: J. A. I. Press.
Eisenstadt, S. N., y Azmon, Yael. *Socialism and Tradition.* Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press, 1975.
Ellis, John. *Armies in Revolution.* Nueva York: Oxford University Press, 1974.
Ellwood, Charles A. "A Psychological Theory of Revolutions". *American Journal of Sociology* 11: 1 (julio, 1905): 49-59.
Fanon, Frantz. *The Wretched of the Earth.* Trad. por Constance Farrington. Nueva York: Grove Press, 1968.
Feierabend, Ivo K.; Feierabend, Rosalind L., y Gurr, Ted. Robert, eds. *Anger, Violence, and Politics: Theories and Research.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1972.
Feierabend, Ivo K.; Feierabend, Rosalind L., y Nesvold, Betty A. "Social Change and Political Violence: Cross-National Patterns". En *Violence in America*, ed. por Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, pp. 606-68. Nueva York: Signet Books, 1969.
Feldman, Arnold S. "Violence and Volatility: The Likelihood of Revolution". En *Internal War*, ed. por Harry Eckstein, pp. 111-29. Nueva York: Free Press, 1964.
Forster, Robert, y Greene, Jack P., eds. *Preconditions of Revolution in Early Modern Europe.* Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press, 1970.
Freeman, Michael. "Review Article: Theories of Revolution". *British Journal of Political Science* 2:3 (julio, 1972): 339-59.
Friedrich, Carl J., ed. *Revolution.* Nueva York: Atherton, 1966.
Geertz, Clifford, ed. *Old Societies and New States: The Quest for Modernity in Asia and Africa.* Nueva York: Free Press, 1963.

Gerschenkron, Alexander. *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge: Harvard University Press, 1962.

Continuity in History and Other Essays. Cambridge: Harvard University Press, 1968.

Geschwender, James A. "Explorations in the Theory of Social Movements and Revolutions". *Social Forces* 42:2 (1968): 127-35.

Gills, John R. "Political Decay and the European Revolutions, 1789-1848". *World Politics* 22:3 (abril, 1970): 344-70.

Goldfrank, Walter L. "The Causes of the Mexican Revolution". Tesis para el doctorado. Department of Sociology, Columbia University, 1973.

"Theories of Revolution and Revolution Without Theory: The Case of Mexico". *Theory and Society* 7:1 (enero-marzo, 1979).

Goodwin, Albert, ed. *The European Nobility in the Eighteenth Century*. Nueva York: Harper & Row, 1967.

Gorz, André. *Strategy for Labor: A Radical Proposal*. Trad. por Martin A. Nicholas y Victoria Ortiz. Boston: Beacon Press, 1967.

Gottschalk, Louis. "Causes of Revolution". *American Journal of Sociology* 50:1 (julio, 1944): 1-8.

Gramsci, Antonio. *Selections From the Prison Notebooks*. Ed. y trad. por Quintan Hoare y Geoffrey Nowell Smith. Nueva York: International Publishers, 1971.

Greene, Thomas H. *Comparative Revolutionary Movements*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1974.

Griewank, Karl. "Emergence of the Concept of Revolution". En *Revolution: A Reader*, ed. por Bruce Mazlish, Arthur D. Kaledin, y David B. Ralston, pp. 13-17. Nueva York: Macmillan, 1971.

Gross, Feliks. *The Revolutionary Party: Essays in the Sociology of Politics*. Westport, Conn.: Greenwood Press, 1974.

Gurr, Ted Robert. "A Causal Model of Civil Strife: A Comparative Analysis Using New Indices". *American Political Science Review* 27 (1968): 1104-24.

"Psychological Factors in Civil Violence". *World Politics* 20 (enero, 1968): 245-78.

Why Men Rebel. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970.

"The Revolution Social Change Nexus". *Comparative Politics* 5:3 (abril, 1973): 359-92.

Hagopian, Mark N. *The Phenomenon of Revolution*. Nueva York: Dodd, Mead, 1974.

Hatto, Arthur. " 'Revolution': An Inquiry Into the Usefulness of an Historical Term". *Mind* 58: (229) (enero, 1949): 495-517.

Hermassi, Elbaki. "Toward a Comparative Study of Revolutions". *Comparative Studies in Society and History* 18:2 (abril, 1976): 211-35.

Hintze, Otto. "Economics and Politics in the Age of Modern Capitalism". En *The Historical Essays of Otto Hintze*, ed. por Felix Gilbert, páginas 422-52. Nueva York: Oxford University Press, 1975.

Hintze, Otto. "Military Organization and the Organization of the State". En *The Historical Essays of Otto Hintze*, ed. por Felix Gilbert, páginas 178-215. Nueva York: Oxford University Press, 1975.

Hobsbawm, Eric J. *Primitive Rebels: Studies in the Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries.* Nueva York: Norton, 1965.

Bandits. Nueva York: Delacorte Press, 1969.

"Revolution". Documento presentado al XIV Congreso Internacional de Ciencias Históricas, San Francisco, agosto, 1975.

Hopkins, Terence K., e Immanuel Wallerstein. "The Comparative Study of National Societies". *Social Science Information* 6:5 (octubre, 1967): 25-58.

Hopper, Rex D. "Revolutionary Process". *Social Forces* 28 (marzo, 1950): 270-9.

Huntington, Samuel P. *Political Order in Changing Societies.* New Haven: Yale University Press, 1968.

Johnson, Chalmers. *Revolution and the Social System.* Stanford, Cal.: The Hoover Institution, Stanford University, 1964.

Revolutionary Change. Boston: Little, Brown, 1966.

Jouvenel, Bertrand de. *On Power: Its Nature and the History of Its Growth.* Trad. por J. F. Huntington. Boston: Beacon Press, 1968.

Kautsky, John H. "Revolutionary and Managerial Elites in Modernizing Regimes". *Comparative Politics* 1:4 (julio, 1969): 441-67.

Kemp, Tom. *Industrialization in Nineteenth-Century Europe.* Londres, Longman, 1969.

Kirchheimer, Otto "Confining Conditions and Revolutionary Breakthroughs". *American Political Science Review* 59 (diciembre, 1965): 964-74.

Kramnick, Isaac. "Reflections on Revolution: Definition and Explanation in Recent Scholarship". *History and Theory* 11:1 (1972): 26-63.

Landes, David S. "Japan and Europe: Contrasts in Industrialization". En *The State and Economic Enterprise in Japan*, ed. por William W. Lockwood, pp. 93-182. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965.

Landsberger, Henry A. "The Role of Peasant Movements and Revolts in Development". En *Latin American Peasant Movements*, ed. por Henry A. Landsberger, pp. 1-61. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1969.

Rural Protest: Protest Movements and Social Change. Nueva York: Barnes & Noble Books, 1973.

Langer, William L. "The Pattern of Urban Revolution in 1848". En *French Society and Culture Since the Old Regime*, ed. por Evelyn M. Acomb y Marvin L. Brown, pp. 90-118. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1966.

Laqueur, Walter, "Revolution". *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 13, páginas 501-7. Nueva York: Macmillan, 1968.

Lasswell, Harold D., y Lerner, Daniel, eds. *World Revolutionary Elites: Studies in Coercive Ideological Movements.* Cambridge: M.I.T. Press, 1966.

Leiden, Carl, y Schmitt, Karl M. *The Politics of Violence: Revolution in the Modern World.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1968.

Lewis, John Wilson, ed. *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia.* Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

Lichtheim, George. *Marxism: An Historical and Critical Study.* 2ª ed. Nueva York: Praeger, 1965.

Lijphart, Arend. "Comparative Politics and the Comparative Method". *American Political Science Review* 65 (septiembre, 1971): 682-93.

Lockwood, David. "Social Integration and System Integration". En *Explorations in Social Change,* ed. por George K. Zollschan y Walter Hirsch, pp. 244-57. Boston: Houghton Mifflin, 1964.

Lubasz, Heinz, ed. *Revolutions in Modern European History.* Nueva York: Macmillan, 1966.

Lukács, Georg. *History and Class Consciousness.* Trad. por Rodney Livingstone. Cambridge: M.I.T. Press, 1971.

Lupsha, Peter A. "Explanation of Political Violence: Some Psychological Theories Versus Indignation". *Politics and Society* 2:1 (otoño, 1971): 89-104.

MacIntyre, Alasdair. "Ideology, Social Science and Revolution". *Comparative Politics* 5:3 (abril, 1973): 321-42.

Malia, Martin. "The Escalation of European Revolution: 1640, 1789, 1848, 1917". Documento presentado en la Reunión Anual de la Sección Europea Moderna de la American Historical Association, Atlanta, Georgia, diciembre, 1975.

Marx, Fritz Morstein. *The Administrative State: An Introduction to Bureaucracy.* Chicago: University of Chicago Press, 1957.

Marx, Karl, y Engels, Friedrich. *Selected Works.* Nueva York: International Publishers, 1968.

McNeill, William H. *The Shape of European History.* Nueva York: Oxford University Press, 1974.

Migdal, Joel. *Peasants, Politics, and Revolution: Pressures Toward Political and Social Change in the Third World.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1974.

Moffett, John Thurber. "Bureaucratization and Social Control: A Study of the Progressive Regimentation of the Western Social Order". Tesis para el doctorado, Department of Sociology, Columbia University, 1971.

Moore, Barrington, Jr. *Political Power and Social Theory.* Nueva York: Harper & Row, 1965.

Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World. Boston: Beacon Press, 1966.

"Revolution in America?" *New York Review of Books* (enero, 1969): 6-12.

Moore, Wilbert E. "Predicting Discontinuities in Social Change". *American Sociological Review* 29 (junio, 1964): 331-8.

Mosca, Gaetano. *The Ruling Class.* Ed. y rev. por Arthur Livingston. Nueva York: McGraw-Hill, 1939.

Moulder, Frances V. *Japan, China and the Modern World Economy: Toward a Reinterpretation of East Asian Development ca. 1600 to ca. 1918.* Cambridge: Cambridge University Press, 1977.

Mousnier, Roland. *Peasant Uprisings in the Seventeenth Century: France, Russia, and China.* Trad. por Brian Pearce. Nueva York: Harper & Row, 1972.

Muller, Edward N. "A Test of a Partial Theory of Potential for Political Violence". *American Political Science Review* 66 (septiembre, 1972): 928-49.

Nagel, Ernest, ed. *John Stuart Mill's Philosophy of Scientific Method.* Nueva York: Hafner, 1950.

Neumann, Franz. *The Democratic and the Authoritarian State: Essays in Political and Legal Theory.* Ed. por Herbert Marcuse. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1964.

Neumann, Sigmund. "The Structure and Strategy of Revolution: 1848 and 1948". *Journal of Politics* 11 (agosto, 1949): 532-44.

Nisbet, Robert A. *Social Change and History.* Nueva York: Oxford University Press, 1969.

Nordlinger, Eric A. *Soldiers in Politics: Military Coups and Governments.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1977.

Oberschall, Anthony R. "Rising Expectations and Political Turmoil". *Journal of Development Studies* 6:1 (octubre, 1969): 5-22.

Social Conflict and Social Movements. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall 1973.

Overholt, William H. "Revolution". En *The Sociology of Political Organization.* Croton-on-Hudson, N. Y.: The Hudson Institute, 1972.

Paige, Jeffery M. *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World.* Nueva York: Free Press, 1975.

Palmer, R. R. "The World Revolution of the West: 1763-1801". *Political Science Quarterly* 69:1 (marzo, 1954): 1-14.

Parkin, Frank. "System Contradiction and Political Transformation". *Archives Européene de Sociologie* 13 (1972): 45-62.

Parsons, Talcott. "The Processes of Change of Social Systems". En *The Social System*, cap. 9. Nueva York: Free Press, 1964.

Pettee, George Sawyer. *The Process of Revolution.* Nueva York: Harper and Brothers, 1938.

Polanyi, Karl. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time.* 1944. Reed. Boston: Beacon Press, 1957.

Portes, Alejandro. "Leftist Radicalism in Chile". *Comparative Politics* 2:2 (enero, 1970): 251-74.

"On the Logic of Post-Factum Explanations: The Hypothesis of Lower-

Class Frustration As the Cause of Leftist Radicalism". *Social Forces* 50: 1 (septiembre, 1971): 26-44.

Rafael, Eliezer Ben. "Social Aspects of Guerilla War". Tesis para el doctorado, Hebrew University, octubre, 1972.

Richter, Melvin. "Tocqueville's Contributions to the Theory of Revolution". En *Revolution*, ed. por Carl J. Friedrich, pp. 75-121. Nueva York: Atherton, 1966.

Riezler, Kurt. "On the Psychology of the Modern Revolution" *Social Research* 10:3 (septiembre, 1943): 320-36.

Rosenau, James N., ed. *International Aspects of Civil Strife.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1964.

Russell, D. E. H. *Rebellion, Revolution, and Armed Force: A Comparative Study of Fifteen Countries With Special Emphasis on Cuba and South Africa.* Nueva York: Academic Press, 1974.

Russett, Bruce M. "Inequality and Instability: The Relation of Land Tenure to Politics". *World Politics* 16 (abril, 1964): 442-54.

Rustow, Dankwart A. "Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model". *Comparative Politics* 2:3 (abril, 1970): 337-63.

Salert, Barbara. *Revolutions and Revolutionaries: Four Theories.* Nueva York: Elsevier, 1976.

Scheiner, Irwin. "The Mindful Peasant: Sketches for a Study of Rebellion". *Journal of Asian Studies* 32:4 (agosto, 1973): 579-91.

Schorske, Carl. *German Social Democracy, 1905-1917.* Nueva York: Wiley, 1954.

Schram, Stuart R., ed. *The Political Thought of Mao Tse-tung.* Ed. corregida y aumentada. Nueva York: Praeger, 1969.

Schurmann, Franz. "On Revolutionary Conflict". *Journal of International Affairs* 23:1 (1969): 36-53.

The Logic of World Power. Nueva York: Pantheon Books, 1974.

Schwartz, David C. "A Theory of Revolutionary Behavior". En *When Men Revolt and Why*, ed. por James C. Davies, pp. 109-32. Nueva York: Free Press, 1971.

"Political Alienation: The Psychology of Revolution's First Stage". En *Anger, Violence, and Politics*, ed. por Ivo K. y Rosalind L. Feierabend y Ted Gurr, pp. 58-66. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1972.

Selden, Mark. "Revolution and Third World Development". En *National Liberation*, ed. por Norman Miller y Roderick Aya, páginas 214-48. Nueva York: Free Press, 1971.

Selznick, Philip. *The Organizational Weapon: A Study of Bolshevik Strategy and Tactics.* Nueva York: McGraw-Hill, 1952.

Sewell, William H., Jr. "Marc Bloch and the Logic of Comparative History". *History and Theory* 6:2 (1967): 208-18.

Skocpol, Theda. "A Critical Review of Barrington Moore's Social Origins of Dictatorship and Democracy". *Politics and Society* 4:1 (otoño, 1973): 1-34.

"Explaining Revolutions: In Quest of a Social-Structural Approach".

En *The Uses of Controversy in Sociology*, ed. por Lewis A. Coser y Otto N. Larsen, pp. 155-75. Nueva York: Free Press, 1976.

"France, Russia, China: A Structural Analysis of Social Revolutions". *Comparative Studies in Society and History* 18: 2 (abril, 1976): 175-210.

"Old Regime Legacies and Communist Revolutions in Russia and China". *Social Forces* 55: 2 (diciembre, 1976): 284-315.

"Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique". *American Journal of Sociology* 82: 5 (marzo, 1977): 1075-90.

Skocpol, Theda, y Trimberger, Ellen Kay. "Revolutions and the World-Historical Development of Capitalism". *Berkeley Journal of Sociology* 22 (1977-8): 101-13.

Shanin, Theodor, ed. *Peasants and Peasant Societies*. Baltimore, Md.: Penguin Books, 1971.

Smelser, Neil J. *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1963.

Comparative Methods in the Social Sciences. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1976.

Smith, Thomas C. "Pre-Modern Economic Growth: Japan and the West". *Past and Present* núm. 60 (agosto, 1973): 127-60.

Snyder, David, y Charles Tilly. "Hardship and Collective Violence in France, 1830 to 1960". *American Sociological Review* 37 (octubre, 1972): 520-32.

Sorokin, Pitirim A. *The Sociology of Revolution*. Filadelfia: Lippincott, 1925.

Stein, Stanley J., y Stein, Barbara H. *The Colonial Heritage of Latin America*. Nueva York: Oxford University Press, 1970.

Stinchcombe, Arthur L. "Agricultural Enterprise and Rural Class Relations". En *Class, Status, and Power*. 2ª ed., ed. por Reinhard Bendix y Seymour Martin Lipset, páginas 182-90. Nueva York: Free Press, 1966.

"Stratification Among Organizations and the Sociology of Revolution". En *Handbook of Organizations*, ed. por James G. March, páginas 169-80. Chicago: Rand McNally, 1965.

Stone, Lawrence. "Theories of Revolution". *World Politics* 18: 2 (enero, 1966): 159-76.

Tanter, Raymond, y Midlarsky, Manus. "A Theory of Revolution". *Journal of Conflict Resolution* 11: 3 (septiembre, 1967): 264-80.

Tilly, Charles. "Collective Violence in European Perspective". En *Violence in America: Historical and Comparative Perspectives*, ed. por Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, pp. 4-42. Nueva York: Signet Books, 1969.

"Does Modernization Breed Revolution?" *Comparative Politics* 5: 3 (abril, 1973): 425-47.

"Town and Country in Revolution". En *Peasant Rebellion and Com-*

munist Revolution in Asia, ed. por John Wilson Lewis, páginas 271-302. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1974.

The Formation of National States in Western Europe. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1975.

"Revolutions and Collective Violence". En *Handbook of Political Science*, vol. 3, *Macropolitical Theory*, ed. por Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby, pp. 483-556. Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1975.

From Mobilization to Revolution. Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1978.

Tilly, Charles; Tilly, Louise, y Tilly, Richard. *The Rebellious Century, 1830-1930*. Cambridge: Harvard University Press, 1975.

Tiryakian, Edward A. "A Model of Societal Change in Its Lead Indicators". En *The Study of Total Societes*, ed. por Samuel Z. Klausner, páginas 69-97. Nueva York: Doubleday (Anchor Books), 1967.

Trimberger, Ellen Kay. "State Power and Modes of Production: Implications of the Japanese Transition to Capitalism". *The Insurgent Sociologist* 7 (primavera, 1977): 85-98.

Revolution From Above: Military Bureaucrats, and Development in Japan, Turkey, Egypt and Peru. New Brunswick, N. J.: Transaction Books, 1978.

"A Theory of Elite Revolution". *Studies in Comparative International Development* 7:3 (otoño, 1972): 191-207.

Tucker, Robert C. "The Political Theory of Classical Marxism". En *The Marxian Revolutionary Idea*, cap. 3 Nueva York: Norton, 1970.

The Lenin Anthology. Nueva York: Norton, 1975.

Vagts, Alfred. *A History of Militarism, Civilian and Military*. Ed. rev. Nueva York: Free Press, 1967.

Von Laue, Theodore H. *The Global City*. Filadelfia: Lippincott, 1969.

Wallace, Anthony F. C. "Revitalization Movements". *American Anthropologist* 58 (abril, 1956): 264-81.

Wallerstein, Immanuel. *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York: Academic Press, 1974.

"The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis". *Comparative Studies in Society and History* 16:4 (septiembre, 1974): 387-415.

Walzer, Michael. "Puritanism as a Revolutionary Ideology". *History and Theory* 3:1 (1963): 59-90.

The Revolution of the Saints: A Study in the Origins of Radical Politics. Nueva York: Atheneum, 1968.

"Regicide and Revolution". *Social Research* 40:4 (invierno, 1973): 617-42.

Weber, Max. *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*. Ed. por Guenther Roth y Claus Wittich. 3 vols. Nueva York: Bedminster Press, 1968.

Wertheim, W. F. *Evolution and Revolution: The Rising Waves of Emancipation*. Baltimore, Md.: Penguin Books, 1974.

Willer, David, y Zollschan, George K. "Prolegomenon to a Theory of Revolutions". En *Explorations in Social Change*, ed. por George K. Zollschan y Walter Hirsch, pp. 125-51. Boston: Houghton-Mifflin, 1964.

Williams, E. N. *The Ancien Regime in Europe*. Nueva York: Harper & Row, 1970.

Wolf, Eric R. *Peasants*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1966.

Peasant Wars of the Twentieth Century. Nueva York: Harper & Row, 1969.

"Peasant Rebellion and Revolution". En *National Liberation*, ed. por Norman Miller y Roderick Aya, pp. 48-67. Nueva York: Free Press, 1971.

Wolin, Sheldon S. "The Politics of the Study of Revolution". *Comparative Politics* 5:3 (abril, 1973): 343-58.

Wolpe, Harold. "An Examination of Some Approaches to the Problem of the Development of Revolutionary Consciousness". *Telos* núm. 4 (otoño, 1969): 113-44.

Wright, Erik Olin. "To Control or Smash Bureaucracy: Weber and Lenin on Politics, the State and Bureaucracy". *Berkeley Journal of Sociology* 19 (1974-75): 69-108.

Yoder, Dale. "Current Definitions of Revolution". *American Journal of Sociology* 32 (noviembre, 1926): 433-41.

Zagorin, Perez. "Theories of Revolution in Contemporary Historiography". *Political Science Quarterly* 88:1 (marzo, 1973): 23-52.

"Prolegomena to the Comparative History of Revolution in Early Modern Europe". *Comparative Studies in Society and History* 18: 2 (abril, 1976): 151-74.

Zelditch, Morris, Jr. "Intelligible Comparisons". En *Comparative Methods in Sociology*, ed. por Ivan Vallier, pp. 267-307. Berkeley: University of California Press, 1971.

Este libro se terminó de imprimir el 18 de julio de 1984 en los talleres de Offset Marvi, Leiria núm. 72, 09440 México, D. F. En la composición se emplearon tipos Baskerville de 11, 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La tirada fue de 5 000 ejemplares. *Pedro Torres Aguilar* cuidó la edición.

ÍNDICE